

Las Costumbres Nacionales

Por

Edith Wharton

Freeditorial 

LIBRO PRIMERO

Capítulo I

—Undine Spragg, ¿cómo te atreves? —protestó su madre, levantando una mano prematuramente ajada y repleta de anillos para salir en defensa de la nota que acababa de entregar un apático botones.

Pero su defensa era tan frágil como su protesta, y siguió sonriendo a su visita mientras la señorita Spragg, con un rápido movimiento de sus jóvenes dedos, se apoderaba de la carta y se apartaba para leerla junto a la ventana.

—Supongo que es para mí —se limitó a decirle a su madre por encima del hombro.

— ¿Ha visto usted cosa igual, señora Heeny? —murmuró la señora Spragg con orgullo y reprobación.

La señora Heeny, una mujer de aspecto enérgico y profesional, con impermeable, el velo gastado y caído hacia atrás, y un bolso de cocodrilo bastante usado a sus pies, siguió la mirada de la madre con gesto de conformidad y buen humor.

—Nunca he visto a una joven más adorable —asintió, respondiendo más al espíritu que a la letra de la pregunta de su anfitriona.

La señora Spragg y su acompañante estaban entronizadas en grandes sillones dorados, en uno de los salones privados del Hotel Stentorian. A las habitaciones que ocupaban los Spragg se las conocía como una de las suites Looey, y las paredes del salón estaban parcialmente forradas de reluciente caoba, tapizadas con seda de damasco de color rosa salmón y decoradas con retratos ovales de María Antonieta y la princesa de Lamballe. En el centro de la alfombra de flores había una mesa dorada con la superficie de ónice mexicano, que sostenía una palmera en un cesto igualmente dorado y adornado con un lazo rosa. A excepción de la palmera y un ejemplar de El perro de los Baskerville, la habitación no mostraba otros indicios de ocupación humana, y la actitud de la propia señora Spragg era de absoluta indiferencia, como una figura de cera en una vitrina. Su elegante indumentaria justificaba esta pose, al tiempo que su rostro, de mejillas pálidas y suaves, con los párpados hinchados y la boca caída, recordaba al de una figura de cera semiderretida, a resultas de lo cual le hubiera salido aquella papada.

La señora Heeny, por el contrario, tenía una apariencia de solidez y realidad que resultaba muy tranquilizadora. La firmeza con que su figura negra

y corpulenta se asentaba en el sillón, y el modo en que sus manos grandes y enrojecidas se agarraban a los brazos de éste, denotaban organización y confianza en su oficio, que era el de manicura y masajista de la alta sociedad. Con la señora Spragg y con su hija, la señora Heeny ejercía la doble función de manipuladora y amiga, y era en condición de esto último como, concluido su trabajo diario, se había pasado un momento para «animar» a las solitarias damas del Stentorian.

La joven, cuya figura merecía el elogio profesional de la señora Heeny, cambió de pronto sus adorables rasgos al apartarse de la ventana.

—Ten... Puedes quedarte con ella —dijo, haciendo una bola con el papel y arrojándolo con desdén al regazo de su madre.

— ¿Y eso? ¿No es del señor Popple? —preguntó la señora Spragg, a quien pilló desprevenida.

—No; no es suya. ¿Qué te ha hecho pensar que lo fuera? —le espetó la hija; pero al punto, con una nota de decepción infantil, añadió—. Es sólo de la hermana del señor Marvell; al menos dice que es su hermana.

Con gesto desconcertado, la señora Spragg buscó sus anteojos entre la cascada de flecos de su pechera firmemente ceñida.

Los pequeños ojos azules de la señora Heeny chispeaban de curiosidad.

— ¿Marvell? ¿Qué Marvell es ése?

La joven explicó lánguidamente:

—Un hombre bajito... creo que el señor Popple dijo que se llamaba Ralph. —Y su madre completó la aclaración:

—Undine los conoció anoche, en la fiesta del hotel. Y por algún comentario que hizo el señor Popple sobre una de las nuevas obras de teatro, ella se pensó que...

— ¿Y cómo sabes tú lo que yo pensé? —la interrumpió Undine, advirtiéndole a su madre con sus ojos grises bajo unas cejas oscuras y rectas.

—Porque dijiste que creías... —empezó a decir la señora Spragg con tono de reproche; pero la señora Heeny, ajena a sus discusiones, seguía su propia línea de pensamiento.

— ¿Qué Popple? ¿Claud Walsingham Popple... el pintor de retratos?

—Supongo que sí. Dijo que le gustaría retratarme. Me lo presentó Mabel Lipscomb. No me importaría no volver a verlo —dijo la muchacha, sumergida en su rabia de color rosa.

— ¿Lo conoce usted, señora Heeny? —preguntó la señora Spragg.

—Más bien lo conocí. Le hice la manicura antes de que pintara su primer retrato de sociedad... uno de cuerpo entero de la señora de Harmon B. Driscoll —explicó la señora Heeny, sonriendo con indulgencia a sus amigas—. Yo conozco a todo el mundo. Si no me conocen es que no hacen vida de sociedad, y Claud Walsingham sí la hace. Aunque no tanto como Ralph Marvell, ese hombre bajito, como tú lo has llamado —sentenció.

A esa palabra, Undine Spragg giró en redondo hacia la señora Heeny, con una rapidez que revelaba su agilidad juvenil. Se pasaba el día doblándose y retorciéndose, y todos sus movimientos parecían arrancar en la base del cuello, justo por debajo del pelo entre dorado y cobrizo, y pasaba sin pausa de estirar por completo el cuerpo esbelto hasta las puntas de los dedos a doblarse hasta las puntas de sus finos e inquietos pies.

—Entonces ¿conoce usted a los Marvell? ¿Son elegantes? —preguntó.

La señora Heeny hizo el gesto desalentado de una pedagoga que en vano ha luchado por inculcar unos conocimientos rudimentarios en una mente rebelde.

— ¡Hay que ver, Undine Spragg! ¡Te he hablado de ellos un montón de veces! La madre de él era una Dagonet. Viven con el anciano Urban Dagonet, en Washington Square.

A la señora Spragg esto le aclaraba aún menos cosas que a su hija.

— ¿Tan lejos? ¿Por qué viven con otra persona? ¿Carecen de medios para tener su propia casa?

Undine tenía una percepción más rápida y miró inquisitiva a la señora Heeny.

— ¿Quiere decir que el señor Marvell es tan elegante como el señor Popple?

— ¿Tan «elegante»? ¡Claud Walsingham Popple no es de su clase!

La joven se acercó a su madre de un salto, arrebatándole y alisando el papel arrugado.

—Laura Fairford... ¿se llama así su hermana?

—La señora de Henley Fairford; sí. ¿Qué dice en su carta?

El rostro se iluminó como si un rayo de sol lo alcanzara a través de la triple cortina que cubría las ventanas del Stentorian.

—Quiere que cene con ella el próximo miércoles. ¿No es un poco raro? ¿Por qué me lo pide? ¡Si no me conoce! —Su tono de voz indicaba que estaba acostumbrada a ser invitada sólo por quienes sí la conocían.

La señora Heeny se echó a reír.

—Él sí te conoce, ¿no es así?

— ¿Quién? ¿Ralph Marvell? Pues claro que me conoce... el señor Popple lo trajo anoche a la fiesta.

—Pues ya sabes el porqué. Cuando un joven de la alta sociedad quiere volver a ver a una muchacha, le pide a su hermana que la invite.

Undine la miró con incredulidad.

— ¡Qué raro! Porque no todos ellos tienen hermanas, ¿o sí? Será un fastidio para los que no tengan hermanas.

—Tienen a sus madres... o a sus amistades casadas —dijo la señora Heeny en tono omnisciente.

— ¿Caballeros casados? —preguntó la señora Spragg un poco sorprendida, aunque sinceramente deseosa de aprender la lección.

— ¡No, por Dios! Damas casadas.

— ¿Es que nunca están presentes los caballeros? —continuó la señora Spragg, con la sensación de que si éste fuera el caso Undine se llevaría ciertamente una buena decepción.

— ¿Presentes dónde? ¿En las cenas? Naturalmente que sí... La señora Fairford da las cenas más elegantes de la ciudad. En el Town Talk de esta mañana viene una crónica de la que dio la semana pasada; seguro que la llevo aquí entre mis recortes —dijo la señora Heeny, rebuscando en su bolso, del que sacó un montón de recortes de periódico que extendió sobre su amplio regazo para localizar con el dedo índice humedecido aquel al que acababa de referirse—. Aquí está —dijo, sosteniendo uno de los recortes con el brazo extendido; luego echó la cabeza hacia atrás y leyó despacio y sin marcar las pausas—: «La señora de Henley Fairford ofreció otra de sus elegantísimas cenas el pasado miércoles que, como es habitual, fue reducida y selecta y fueron muchos los que rechinaron los dientes de rabia al no ser invitados, porque en la velada posterior madame Olga Loukowka ofreció una exhibición de sus nuevos pasos de baile...». Así es como se dice pasos de baile en francés —aclaró la señora Heeny, volviendo a guardar los documentos en su bolso.

— ¿Conoce también a la señora Fairford? —preguntó Undine con sumo interés; mientras que la señora Spragg, impresionada pero ávida de datos, quiso saber:

— ¿Vive en la Quinta Avenida?

—No; tiene una casita en la calle Treinta y Ocho, un poco más abajo de Park Avenue.

Las damas volvieron a mostrarse decepcionadas, y la masajista se apresuró a decir:

—Pero ¡todos quieren recibirla en sus mansiones! Desde luego que la conozco —añadió, dirigiéndose a Undine—. Le estuve dando masajes por una distensión de tobillo hace un par de años. Tiene unos modales exquisitos, aunque le falta conversación. Entre mis clientes hay magníficos conversadores —apostilló la señora Heeny, con talante discriminatorio.

Undine seguía pensando en la nota.

—Va dirigida a mamá: señora de Abner E. Spragg. ¡Nunca había visto nada tan divertido! “¿Permitirá que su hija cene conmigo?”. ¡Permitir! ¿Es una mujer peculiar la señora Fairford?

—No; la peculiar eres tú —señaló la señora Heeny—. ¿No sabes que lo que se estila en la mejor sociedad es fingir que las muchachas no pueden hacer nada sin autorización de sus madres? Recuérdalo, Undine. No debes aceptar invitaciones de caballeros sin antes decir que debes consultarlo con tu madre.

— ¡Santo Cielo! ¿Y cómo sabrá mi madre lo que debe decir?

—Ella dirá lo que tú le digas que diga, naturalmente. Y más vale que le digas que deseas cenar con la señora Fairford —añadió jovialmente la señora Heeny mientras se cerraba el impermeable y se agachaba para coger el bolso.

— ¿Tengo que escribir entonces esa nota? —preguntó la señora Spragg, con creciente agitación.

La señora Heeny reflexionó.

—No. Supongo que puede escribirla Undine como si lo hiciera usted. La señora Fairford no conoce su letra.

La señora Spragg pareció visiblemente aliviada y, cuando Undine se fue a su habitación con la nota, murmuró en tono quejoso:

—Por favor, señora Heeny, no se vaya. No he visto a un ser humano en todo el día, y no consigo que se me ocurra nada que decirle a la doncella francesa.

La señora Heeny miró a su anfitriona con amistosa compasión. Tenía plena conciencia de ser el único punto de luz en el horizonte de la señora Spragg. Desde que los Spragg se mudaron a Nueva York dos años antes, procedentes de Apex City, no habían progresado gran cosa en la tarea de establecer relaciones en su nuevo entorno; y, cuando cuatro meses antes el médico de la señora Spragg prescribió los servicios profesionales de la señora Heeny para su paciente, no sabía que estaba haciendo más por su ánimo que por su bienestar físico. La señora Heeny ya había tenido «casos» similares: conocía

bien a la familia rica y varada en su solitario esplendor en un lujoso hotel del West Side, con un padre condenado a buscar un remedo de vida social en el bar del hotel y una madre privada incluso del contacto con los de su clase y reducida a la enfermedad de puro aburrimiento y hastío. La pobre señora Spragg había tenido sus relaciones de joven, pero desde que su creciente fortuna convirtió esta ocupación en algo impropio, fue cayendo en la relativa inercia que las damas de Apex City consideraban una de las prerrogativas de la riqueza. En Apex, sin embargo, la señora Spragg pertenecía a un club social Y, antes de trasladarse a la Casa Mealey, vivió muy ocupada con la interminable carga de tareas que exigía la organización de un hogar, mientras que Nueva York no parecía ofrecer ninguna esfera de actividad para una dama. De ahí que se relacionara de manera indirecta, con ayuda de la señora Heeny, que sabía manipular su imaginación tan bien como sus músculos. Era la señora Heeny quien poblaba sus largos y fantasmagóricos días de soledad con animadas anécdotas de los Van Degen, los Driscoll, los Chauncey Elling y otros potentados cuyas más nimias hazañas la señora Spragg y Undine habían seguido a distancia en los periódicos de Apex, y quienes ahora, cuando sólo las separaba de sus pórticos en el Olimpo la extensión de Central Park, parecían encontrarse mucho más lejos de ellas.

La señora Spragg carecía de ambiciones personales —daba la impresión de haber puesto todo su ser en su hija—, pero había resuelto con verdadera pasión que Undine tuviera cuanto deseara, y a veces se imaginaba que la señora Heeny, que con tanta naturalidad cruzaba esos umbrales sagrados, tal vez un día pudiera facilitarle a Undine su acceso a ellos.

—Bueno, me quedaré un poquito más si usted quiere; ¿qué le parece si le hago las uñas mientras charlamos? Así será una ocasión más social —propuso la masajista, poniendo su bolso sobre la mesa y cubriendo la superficie de ónice con limas y frascos.

La señora Spragg se quitó los anillos de las manos menudas y pecosas. Le tranquilizaba sentirse al cuidado de la señora Heeny y, aunque sabía que la atención le costaría tres dólares, estaba segura de que a Abner no le importaría. Desde que abandonaron precipitadamente Apex City, la señora Spragg comprendió que Abner había tomado la decisión de no preocuparse y de sobrellevar a cualquier precio su aventura neoyorquina. Y ahora empezaba a saber que el precio sería considerable. Llevaban dos años en Nueva York y no habían obtenido ningún beneficio social para su hija, cuando ésa y no otra era la razón por la que se habían instalado allí. Si había motivos más acuciantes, ni la señora Spragg ni su marido los mencionaban en ningún momento, ni siquiera en la dorada intimidad de su alcoba en el Stentorian, y el asunto quedó envuelto de tal modo en el silencio que para la señora Spragg era lo mismo que si no existiera: estaba sinceramente convencida de que, como

decía Abner, se habían marchado de Apex porque Undine ya no tenía edad para vivir allí.

Undine — ¡la pobre!— aún parecía demasiado joven para vivir Nueva York, donde ciertamente pasaba inadvertida entre sus indiferentes multitudes; y la madre temblaba al pensar en el día en que la hija se percatara de su invisibilidad. A la señora Spragg no le preocupaba la espera; contaba con inmensas reservas de paciencia flemática, pero últimamente notaba que Undine empezaba a ponerse nerviosa, y no había nada a lo que sus padres temieran tanto como a los nervios de Undine. La preocupación maternal de la señora Spragg se traslucía inconscientemente en sus palabras.

—Espero que ahora se calme un poco —murmuró, sintiéndose también ella más tranquila al hundir su mano en la espaciosa palma de la señora Heeny.

— ¿Quién? ¿Undine?

—Sí. Parecía muy nerviosa ante la posibilidad de que el señor Popple apareciera por aquí. A juzgar por cómo se comportó él anoche, Undine estaba segura de que vendría esta misma mañana. Está tan sola, la pobre, que no puedo culparla.

—Seguro que vendrá. En Nueva York las cosas no van tan deprisa —dijo la señora Heeny, manejando alegremente su lima.

La señora Spragg volvió a suspirar.

—Eso parece. Dicen que los neoyorquinos siempre tienen prisa, aunque yo no veo que se hayan dado mucha prisa en conocernos.

La señora Heeny se apartó para examinar el resultado de su trabajo.

—Usted espere, señora Spragg, usted espere. Las prisas nunca conducen a nada bueno.

— ¡Qué verdad es eso... qué verdad! —exclamó la señora Spragg, con un énfasis tan trágico que la masajista levantó la vista para mirarla.

—Claro que es verdad. Y en Nueva York más que en ninguna otra parte. Si te equivocas caes en un papel de atrapar moscas, y una vez que has caído no puedes salir de ahí, por más que lo intentes.

La madre de Undine lanzó otro suspiro, aún más desesperado.

— ¡Me gustaría que le dijera eso a Undine, señora Heeny!

—Yo creo que Undine está bien. Una muchacha como ella puede permitirse el lujo de esperar. Y, si el joven Marvell de verdad se ha prendado de ella, ya verá cómo Undine no tarda en tenerlo todo a su entera disposición.

Tan halagüeña perspectiva permitió que la señora Spragg se entregara sin

reservas a las atenciones de la señora Heeny, que entre parecidas confidencias se prolongaron por espacio de una hora. Acababa la señora Spragg de despedir a la masajista y se estaba poniendo sus anillos cuando se abrió la puerta y apareció su marido.

El señor Spragg entró en silencio, dejando su sombrero de copa sobre la mesa de ónice y su abrigo en uno de los sillones dorados. Era más bien alto, de barba entrecana y ligeramente encorvado de hombros, y tenía su cuerpo la flaccidez propia del hombre sedentario que podría ser fuerte si no padeciera de dispepsia; sobre sus cautos ojos grises, con bolsas en los párpados inferiores, se dibujaban las mismas cejas densas y rectas de su hija. El pelo fino le caía un poco más de la cuenta sobre el cuello de la camisa, y un emblema masónico colgaba de la gruesa cadena de oro que cruzaba el chaleco negro y arrugado.

Se quedó de pie en el centro de la habitación, observando lenta y exploratoriamente la dorada vacuidad, y luego dijo amablemente:

— ¿Qué tal, mamá?

La señora Spragg no se levantó, pero posó una mirada cariñosa en su marido.

—A Undine la han invitado a una cena, y la señora Heeny dice que se trata de una de las familias más importantes. Es la hermana de uno de los caballeros que Mabel Lipscomb le presentó a Undine anoche.

Había un leve deje triunfal en el tono de la señora Spragg, pues fue tanto su insistencia como la de la propia Undine lo que convenció al señor Spragg para dejar la casa que habían comprado en West End Avenue y trasladarse con su familia al Stentorian. Undine había llegado a la conclusión de que mientras siguieran «encerrados en casa» no tenían ninguna esperanza, porque toda la gente elegante a la que conocía o estaba de viaje o vivía en hoteles. Convencer a la señora Spragg fue fácil, pero el señor Spragg se había resistido, pues en ese momento no podía ni vender ni arrendar su casa en condiciones tan ventajosas como deseaba. Poco después del traslado todo pareció indicar que estaba en lo cierto, y dar los primeros pasos en sociedad resultaba tan difícil en un hotel como desde la propia casa; de ahí que la señora Spragg estuviera impaciente por comunicar que Undine había conseguido su primera invitación bajo el techo del Stentorian.

—Ahora ves que hicimos bien en venir aquí, Abner —añadió; a lo que él respondió con aire distraído:

—Supongo que vosotras siempre os las arregláis para tener razón.

Pero el señor Spragg seguía sin sonreír y, en lugar de sentarse a fumar un puro, como tenía por costumbre antes de cenar, dio dos o tres vueltas sin

rumbo por el salón y se detuvo delante de su mujer.

— ¿Qué pasa? ¿Algo va mal en el centro? —preguntó ella, con la preocupación reflejada en sus ojos.

La noción que tenía la señora Spragg de lo que sucedía «en el centro» era sumamente elemental, pero el rostro de su marido era el barómetro en el que desde hacía mucho tiempo se había acostumbrado a leer la autorización para seguir actuando sin restricciones o la advertencia de hacer una pausa y abstenerse de todo en tanto se capeaba el inminente temporal.

El señor Spragg negó con la cabeza.

—N... no. Nada que no pueda manejar si Undine y tú os tranquilizáis un poco. —Guardó silencio y miró hacia la puerta de la habitación de su hija—. ¿Dónde está? ¿Ha salido?

—Creo que está en su habitación, probándose vestidos con la doncella. No sé si tendrá algo apropiado para llevar a esa cena —murmuró la señora Spragg, tanteando la situación.

El señor Spragg sonrió al fin.

—Seguro que lo tendrá —dijo, en tono profético.

Miró de nuevo hacia la puerta de la habitación de su hija, como si quisiera asegurarse de que estaba cerrada; delante de su mujer, muy cerca, bajó la voz para decir:

—Hoy he visto a Elmer Moffatt en el centro.

— ¡Ay, Abner! —Una oleada de temor, casi físico, recorrió a la señora Spragg. Sus manos enjovadas temblaron sobre el regazo de encaje negro, y las carnosas curvas de su rostro se hundieron como un globo al ser pinchado—. ¡Ay, Abner! —volvió a gemir, mirando también ella hacia la puerta de su hija.

Las cejas oscuras del señor Spragg se frunció de rabia, aunque era evidente que esa rabia no iba dirigida a su mujer.

— ¿De qué sirve tanto «Ay, Abner»? Elmer Moffatt no nos importa nada... es como si no lo conociéramos.

—Sí; lo sé. Pero ¿qué está haciendo aquí? ¿Hablaste con él? —balbució. Abner enganchó los pulgares en los bolsillos del chaleco.

—No; creo que Elmer y yo ya hemos hablado todo lo que teníamos que hablar.

La señora Spragg gimió de nuevo.

—No le digas a ella que lo has visto, Abner.

—Como quieras, pero es posible que se cruce con él.

—No lo creo... ahora que tiene un grupo nuevo. No se lo digas en ningún caso.

El marido se alejó, palpándose el bolsillo en busca de uno de los cigarrillos que siempre llevaba en él; y su mujer se levantó y lo siguió hasta apoyarle una mano en el hombro.

—No podrá hacerle nada, ¿verdad?

— ¿Hacerle algo? —Se volvió, furioso—. ¡Que se atreva a tocarla... y ya verá!

Capítulo II

Desde su habitación blanca y dorada, con sus paneles verde mar y una vieja alfombra rosa, Undine podía ver la calle Setenta y Dos y los árboles desnudos de Central Park.

Se acercó a la ventana y, retirando las sucesivas capas de encaje, contempló la larga perspectiva de edificios de piedra rojiza en dirección este. Pasado el Parque se encontraba la Quinta Avenida, ¡y era en la Quinta Avenida donde ella deseaba estar!

Dio la espalda a la ventana y se acercó al escritorio para dejar la nota de la señora Fairford, que se dispuso a estudiar atentamente. En la sección titulada «Charla de Tocador» de uno de los periódicos dominicales había leído que las mujeres más elegantes usaban un papel del color de la sangre de pichón y escribían con tinta blanca, y desoyendo los consejos de su madre había encargado una buena remesa con sus iniciales impresas en plata. Le decepcionó descubrir que la señora Fairford escribía en un anticuado papel blanco que ni siquiera llevaba sus iniciales; tan sólo su dirección y su número de teléfono, a partir de lo cual Undine se formó una pobre opinión de la posición social de la señora Fairford, y por un momento se sintió muy satisfecha de responder a su nota en el papel rojo. De pronto se acordó del énfasis con que la señora Heeny había elogiado a la señora Fairford, y la pluma pareció vacilar. ¿Y si el papel blanco fuera más moderno que el papel rojo? Quizá fuese más elegante. Bueno, no le preocupaba que a la señora Fairford no le gustara el papel rojo; ¡a ella sí le gustaba! Y no pensaba doblegarse ante una mujer que vivía en una casita por debajo de Park Avenue...

Undine era una mezcla de feroz independencia e intensa imitación.

Deseaba sorprender a todo el mundo con su atrevimiento y su originalidad, y al mismo tiempo se modelaba a imagen y semejanza de la última persona a la que conocía, de ahí que la confusión de modelos y estilos le causara una gran turbación llegado el momento de decidirse por uno u otro. Siguió dudando un poco más y finalmente sacó del cajón un papel sencillo con la dirección del hotel.

Le pareció divertido escribir la nota en nombre de su madre y se le escapó una risita al componer esta frase: «Estaré encantada de autorizar a mi hija para que acuda a cenar con usted» (el «acuda a cenar» le pareció más elegante que el simple «cenar» de la señora Fairford); sin embargo, en el momento de firmar tropezó con una nueva dificultad. La señora Fairford había firmado «Laura Fairford», como una colegiala que se dirige a una compañera. ¿Sería ésa la fórmula adecuada para la señora Spragg? Undine no podía tolerar que su madre se rebajara a la condición de la masa que vivía lejos de Park Avenue, y con trazo resuelto escribió: «Atentamente, señora de Abner E. Spragg». La inseguridad se apoderó de ella y repitió la nota copiando la fórmula de la señora Fairford. «Suya afectísima, Leota B. Spragg». La despedida le pareció entonces una extraña yuxtaposición de formalismo y liberalidad, por lo que hizo un tercer intento: «Con afecto, Leota B. Spragg». Sin embargo, esto parecía excesivo, puesto que las damas no se conocían, y tras varias tentativas optó finalmente por una solución de compromiso y terminó la nota diciendo: «Suya afectísima, señora Leota B. Spragg». Undine se dijo que tal vez fuera convencional, pero sin duda era correcto.

Resuelto el asunto, abrió la puerta impetuosamente y se asomó al pasillo, llamando con voz imperiosa: «¡Céleste!». Y cuando apareció la doncella francesa, dijo:

—Quiero repasar todos mis vestidos de noche.

El guardarropa de la señorita Spragg no tenía demasiados vestidos de noche. Había encargado algunos el año anterior, pero, indignada al no sacarles partido, se los había lanzado a la cara a la doncella. Pese a todo, madre e hija habían sucumbido una vez más al abstracto placer de comprar dos o tres vestidos más, por la sencilla razón de que eran exquisitos y Undine estaba deliciosa con ellos. Pero Undine también se había hartado de éstos, se había hartado de verlos colgados en el armario como burlescos puntos de interrogación, y en ese momento, mientras Céleste los extendía sobre la cama, le parecieron repugnantemente vulgares y tan vistos como si hubiera bailado con ellos hasta hacerlos jirones. No obstante, cedió a la persuasión de la doncella y consintió en probárselos.

El primero y el segundo no ganaron con el minucioso escrutinio a que fueron sometidos: parecían decididamente pasados de moda.

—Tienen algo raro en las mangas —protestó Undine, y los descartó de inmediato.

El tercero era sin duda el más bonito, pero se lo había puesto para el baile del hotel la noche anterior, y era inconcebible lucirlo de nuevo antes de que hubiera pasado una semana. Sin embargo, a Undine le gustaba verse con el vestido puesto, porque le recordaba los relucientes pasos de baile que había dado en compañía de Claud Walsingham Popple y la más serena aunque también más fructífera conversación que tuvo con su amigo, el joven bajito en el que apenas se había fijado.

—Puedes irte, Céleste. Me probaré los vestidos sola —dijo. Y cuando Céleste salió, cargada de exquisitos trajes desechados, Undine cerró la puerta con llave, arrastró el gran espejo de pie, buscó en un cajón guantes y abanico, y se sentó delante del espejo con el aire de una dama recién llegada a una fiesta. Antes de salir, Céleste había cerrado las persianas y encendido la luz eléctrica, y la habitación blanca y dorada, con sus resplandecientes lámparas de pared, procuraba al entorno el brillo necesario para dar rienda suelta a la ilusión. Una luz tan intensa destruiría los matices y las sutilezas de cualquier modelo, pero Undine tenía una belleza tan viva, tan primaria casi, que la iluminación no podía apagarla. Las cejas oscuras, el pelo rubio cobrizo y el cutis perfecto, sonrosado y blanco, desafiaban cualquier tentativa de deformación por parte del resplandor; parecía una criatura de fábula que viviera en un rayo de luz.

De niña Undine no había mostrado más que un tibio interés por las diversiones de sus compañeras. Ya desde muy pequeña cuando vivía con sus padres en la destartalada periferia de Apex y se colgaba de la verja con Indiana Frusk, la hija del fontanero «de enfrente», que era una niña cubierta de pecas, a Undine le gustaban muy poco las muñecas o saltar a la comba, y mucho menos el alboroto que hacía Indiana cuando interpretaba el papel de Atalanta para todos los chicos del barrio. Incluso entonces el principal placer de Undine era «vestirse» con la falda de los domingos de su madre y «hacer de dama» delante del espejo del armario. Este placer había sobrevivido a su infancia, y Undine siguió practicando en secreto la misma pantomima; se entregaba a ella probándose faldas, abanicándose, moviendo los labios en silenciosa charla y risa, hasta que últimamente había decidido apartarse de todo lo que le recordara sus frustrados anhelos sociales. En ese momento, sin embargo, dio rienda suelta a la dicha de dramatizar su belleza. En pocos días tendría que interpretar la escena que en ese momento ensayaba, y le divertía observar por anticipado la impresión que causaría en los invitados de la señora Fairford.

Prolongó un rato su conversación con el imaginario círculo de admiradores, volviéndose a este o aquel lado, abanicándose, tamborileando con los dedos y toqueteando los pliegues de su vestido, como hacía en la vida

real cuando la gente se fijaba en ella. Su incesante movimiento no era síntoma de timidez: Undine actuaba así porque pensaba que en sociedad lo correcto era mostrarse animado, y su única noción de vivacidad eran el ruido y la inquietud. Se observó y se dio el visto bueno, admirando la luz en el pelo, el brillo de los dientes entre la sonrisa, las sombras puras en el cuello y los hombros al pasar de una pose a otra. Sólo una cosa la perturbaba: el exceso de redondez en las curvas de su cuello y en el volumen de sus caderas. Tenía estatura suficiente para permitirse unos kilos de más, pero el dictado de la moda era una delgadez excesiva, y se estremeció ante la idea de perder un día la verticalidad.

Dejó entonces de moverse y de brillar ante su propio reflejo, y se hundió en el sillón, entregándose a la introspección. Pensándolo bien, le molestaba mucho haber prestado tan poca atención al joven Marvell, que a la postre había resultado ser mucho menos desdeñable que su brillante amigo. Marvell le pareció más bien tímido, menos acostumbrado a la vida en sociedad, y aunque hizo un par de comentarios muy graciosos, a su manera discreta pero irónica, en modo alguno tenía el estilo magistral del señor Popple, su actitud a un tiempo dominante y suave. Cuando el señor Popple fijó en Undine sus ojos negros y calificó de «artístico» el color de su pelo, ella se había estremecido hasta lo más profundo de su ser. Seguía pareciéndole increíble que el señor Popple no fuera tan distinguido como el joven Marvell, pues daba la impresión de que sintonizaba mucho mejor con el mundo acerca del cual Undine leía en los periódicos dominicales, el mundo áureo y resplandeciente de los Van Degen, los Driscoll y sus iguales.

Salió de su ensimismamiento al oír en el pasillo las últimas palabras que su madre le dirigía a la señora Heeny. Esperó a que concluyeran las despedidas y entonces abrió la puerta, cazó al vuelo a la sorprendida masajista y la arrastró hasta su habitación.

La señora Heeny contempló con admiración la radiante aparición que la sujetaba.

— ¡Dios mío, Undine! ¡Estás arrolladora! ¿Te estás probando el vestido para la cena de la señora Fairford?

—Sí... no; es un vestido viejo —dijo Undine, los ojos resplandecientes bajo las cejas oscuras—. Señora Heeny, quiero que me diga la verdad... ¿son gente tan elegantísima como ha dicho?

— ¿Quién? ¿Los Fairford y los Marvell? ¡Si no los encuentras elegantes, Undine Spragg, más vale que vayas directamente a la corte de Inglaterra!

Undine se enderezó.

—Quiero lo mejor. ¿Son tan elegantes como los Driscoll y los Van Degen?

La señora Heeny soltó una risotada de desprecio.

— ¡Escúchame bien, niña incrédula! Como que estoy aquí delante de ti, te digo que he visto a la señora de Harmon B. Driscoll en su casa de la Quinta Avenida acostada en una cama de terciopelo rosa, con sábanas de encaje de Honiton, llorando hasta quedarse sin lágrimas porque no conseguía que la invitaran a las veladas musicales de la señora de Paul Marvell. ¡Ni se atrevía a soñar con una invitación a cenar! Eso no podría comprarlo ni con todo su dinero... ¡y ella lo sabe!

Undine se quedó un momento inmóvil, con las mejillas encendidas y los labios entreabiertos, y luego alargó sus brazos suaves para abrazar a la masajista.

— ¡Ay, señora Heeny... qué buena es usted conmigo! —dijo, rozando con los labios el ajado velo de la masajista mientras ésta, liberándose entre risas, le decía al darse la vuelta:

—Tú sé formal, Undine, y llegarás a donde quieras.

¡Sé formal, Undine! Sí, ése era el consejo que necesitaba. A veces, cuando caía en sus estados de mal humor, acusaba a sus padres por no habérselo enseñado. Era muy joven, ¡y ellos le habían enseñado tan pocas cosas! Se estremeció al recordar ciertas escapadas. Desde que llegaron a Nueva York había estado a punto de embarcarse en un par de aventuras peligrosas, y el primer invierno se prometió incluso con el atractivo profesor de equitación austríaco que la acompañaba en sus paseos por el Parque. Tuvo éste la ligereza de mostrarle un estuche que contenía una diadema y de confiarle que se había visto obligado a presentar su renuncia en un destacado regimiento de caballería tras batirse en duelo por una condesa; y a raíz de esta confidencia Undine se postró a sus pies e intercambió con él su anillo de perlas rosadas por uno de plata trenzada, que, según dijo él, la condesa le había entregado en su lecho de muerte con el ruego de que no se lo quitara hasta que conociese a una mujer más hermosa que ella.

Por fortuna, poco después de este incidente Undine se encontró con Mabel Lipscomb, a quien había conocido en un internado del medio oeste con el nombre de Mabel Blitch. La señorita Blitch ocupaba en el colegio un puesto de honor, por ser la única alumna neoyorquina, y durante algún tiempo Undine e Indiana Frusk, cuyos padres habían logrado que su hija fuera admitida en el mismo centro escolar —sólo por un trimestre—, compitieron ferozmente por la amistad de Mabel. Aunque Indiana recurría a métodos totalmente carentes de escrúpulos y llamaba la atención con cierta violencia, la victoria fue finalmente para Undine, a quien Mabel proclamó más refinada, y la derrotada Indiana las tildó de « ¡par de cursis!» antes de desaparecer para siempre del escenario de su fracaso.

Mabel volvió seguidamente a Nueva York y se casó con un agente de bolsa, y Undine empezó a dar sus primeros pasos en sociedad el día en que se encontró con la señora de Harry Lipscomb y se instaló de nuevo bajo su ala.

Harry Lipscomb insistió en investigar las referencias del profesor de equitación y descubrió que su verdadero nombre era Aaronson y que había escapado de Cracovia acusado de estafar a criaditas y despojarlas de todos sus ahorros, y a la luz de este descubrimiento Undine se fijó por primera vez en que el profesor tenía los labios demasiado rojos y además llevaba el pelo engominado. Este era uno de los episodios que abochornaban a Undine al volver la vista atrás, y una vez más tomó la decisión de confiar menos en sus impulsos, sobre todo en lo tocante a regalar anillos. Creía, sin embargo, haber aprendido mucho desde entonces, sobre todo desde que por consejo de Mabel Lipscomb los Spragg se trasladaron al Stentorian, donde esta dama tenía su residencia.

Mabel no era nada monopolizadora, y enseguida introdujo a Undine en el grupo del Stentorian y de sus ramas filiales: una sociedad adicta a los «días» y unida por su pertenencia a innumerables clubes, mundanos, culturales o «serios». Mabel llevó consigo a Undine a estas actividades y la presentó como «invitada» a las reuniones del club, donde recibió el apoyo de otras muchas invitadas: «mi amiga la señorita Stager, de Phalanx, Georgia» o simplemente (si la dama en cuestión literalmente lo era) «mi amiga Ora Prance Chettle de Nebraska»... «Ya sabes quién es la señora Chettle».

Algunos de estos encuentros tenían lugar en los amplios hoteles fondeados en las zonas altas del West Side como una flota de buques de guerra de nombre sonoro: el Olympian, el Incandescent o el Ormolu; mientras que otros, acaso más exclusivos, se celebraban en apartamentos igualmente amplios pero decorados con un toque más romántico: el Partenón, el Tintern Abbey o el Lido. Undine prefería las fiestas mundanas donde se organizaban juegos y de las que regresaba cargada de trofeos de plata de Holanda, aunque también le impresionaban los clubes de debate, donde las damas distinguidas se dirigían al público desde una improvisada tribuna o donde se discutían asuntos de interés tan imperecedero como “ ¿Qué es el encanto?» o «La novela-problema», y luego se tomaba limonada rosa o canapés de colores en medio de una acalorada controversia sobre el «aspecto ético» de la cuestión.

Todo era interesante y novedoso, y al principio Undine envidió a Mabel Lipscomb por haberse hecho un lugar en aquellos círculos, aunque con el tiempo empezó a despreciarla por conformarse con estar ahí. Porque Undine no tardó en caer en la cuenta de que el acceso al «mundo» de Mabel no la había acercado a la Quinta Avenida. Conocía de oídas a toda la aristocracia dorada de Nueva York y se había familiarizado con las peculiaridades de sus más distinguidos vástagos estudiando con pasión la prensa diaria. Pero

buscaba en vano a los originales en el mundo de Mabel, y sólo de tarde en tarde atisbaba el brillo seductor de algún miembro de estas familias, como cuando Claud Walsingham Pople, ocupado en retratar a una dama a quien los Lipscomb describieron como «casada con un magnate del acero», consideró un deber asistir a uno de los téés de su clienta, donde Mabel tuvo el privilegio de conocerlo y de mencionarle a su amiga la señorita Spragg.

Fue así como se fueron revelando para la atenta Undine insospechadas jerarquías sociales, aunque empezaba a pensar que de nada le servía tanta competencia cuando sus esperanzas revivieron con la aparición del señor Pople y de su amigo en el baile del Stentorian. Creía haber aprendido lo suficiente para no caer nuevamente en el error que cometió con el abominable Aaronson, y sin embargo había vuelto a equivocarse al destacar a Claud Walsingham Pople y casi desairar a su compañero, más reservado. Todo era sumamente desconcertante, y la perplejidad de Undine había aumentado todavía más tras escuchar el relato de la señora Heeny sobre el disgusto de la gran señora de Harmon B. Driscoll.

Hasta la fecha Undine había imaginado que el clan de los Driscoll y el de los Van Degen, junto con sus aliados, ostentaban su soberanía indiscutible sobre la alta sociedad de Nueva York. Mabel Lipscomb también lo creía, y a menudo alardeaba de su amistad con una tal señora Spoff, que sólo era prima segunda de la señora de Harmon B. Driscoll. Pero allí estaba ella, Undine Spragg, de Apex, ¡a punto de introducirse en un círculo que los Driscoll y los Van Degen habían asediado en vano! La perspectiva le produjo un ligero mareo de triunfo, y Undine cayó paulatinamente en ese peligroso estado de seguridad que la llevaba a cometer sus peores locuras.

Se levantó y, acercándose al espejo, observó el reflejo de sus ojos brillantes y sus mejillas encendidas. Esta vez sus temores eran superfluos: ¡ya no habría más errores ni más locuras! ¡Por fin iba a conocer a la gente más distinguida... iba a conseguir lo que quería!

Mientras le sonreía a su imagen feliz en el espejo, oyó la voz de su padre en la habitación contigua y se apresuró a quitarse el vestido, desprenderse de los guantes largos y soltarse la rosa del pelo. Arrojó todas estas exquisiteces a un rincón, se puso una bata y abrió la puerta para pasar al salón.

El señor Spragg estaba de pie, cerca de su madre, sentada en actitud lánguida, la cabeza caída sobre el pecho, como hacía cuando se llevaba «un disgusto». El padre levantó la vista bruscamente al entrar Undine.

—Papá, ¿te lo ha contado mamá? La señora Fairford me ha invitado a cenar. Es la hija de la señora de Paul Marvell —la señora Marvell era una Dagonet—, y son más elegantes que nadie; ¡no se codean con los Driscoll y los Van Degen!

El señor Spragg miró a su hija con divertido cariño y, en broma, dijo:

— ¿Es eso cierto? ¿Por qué quieren entonces codearse contigo?

—No soy capaz de imaginarlo... ¡a menos que sea porque piensan que de ese modo podrán llegar a ti! —replicó Undine en el mismo tono, abrazando sus hombros caídos y acercando a sus mejillas el pelo brillante.

—Y... ¿piensas ir? ¿Has aceptado? —dijo, encajando de buen grado la broma de su hija mientras ésta lo mantenía inmovilizado y la señora Spragg, a sus espaldas, gemía y se agitaba en el sillón.

Undine apartó la cabeza, miró a su padre a los ojos y, acercándose a su mirada cansada por los años hasta tal punto que su cara se tornó borrosa para él, declaró:

—Me muero de ganas, pero no tengo nada que ponerme.

El gemido de la señora Spragg fue esta vez más audible.

—Undine, yo no le pediría a tu padre que te compre más ropa ahora que acaba de liquidar las últimas facturas.

—Todavía estoy muy lejos de liquidar las últimas facturas —la interrumpió el señor Spragg, levantando las manos para sujetar a su hija por sus delgadas muñecas.

—Aunque... si quieres que parezca un espantajo y no vuelvan a invitarme, tengo el vestido perfecto para eso —amenazó Undine, en un tono a medio camino entre la broma y la humillación.

El señor Spragg apartó a Undine sin soltarle las muñecas y una sonrisa le dibujó algunas arrugas alrededor de los ojos.

—Seguro que ese vestido resultará muy útil en alguna ocasión; te aconsejo que lo conserves para llevarlo en el futuro, y ahora ve y escoge otro para esa cena de los Fairford —dijo. Y, antes de que pudiera terminar, Undine ya estaba otra vez en sus brazos, sofocando su última palabra con besos y gritos.

Capítulo III

Aunque por nada del mundo lo hubiera reconocido ante sus padres, a Undine le decepcionó la cena de la señora Fairford.

Para empezar la casa era pequeña y bastante fea. No había allí ni adornos dorados ni derroche de luz: la habitación en la que se sentaron después de cenar, con sus pantallas de lámpara verde formando débiles charcos de

resplandor y sus hileras de libros del suelo al techo, le recordó a Undine la vieja biblioteca pública de Apex antes de que se inaugurara el nuevo edificio de mármol. En lugar de un fuego de gas o de una chimenea pulida con su mampara de cristal rojo y sus bombillas eléctricas detrás, había una anticuada chimenea de leña, como en los cuadros de «De vuelta en la granja por Navidad», y cuando los leños caían al suelo, la señora Fairford o su hermano se levantaban de un salto para ponerlos en su lugar, mientras las cenizas se desperdigaban y lo ponían todo perdido.

También la cena resultó decepcionante. Undine era demasiado joven para reparar en los detalles culinarios, pero esperaba que vería a los demás comensales entre un jarrón de orquídeas y que comería entrées de vivos colores en pequeñas blondas de papel. En su lugar sólo había un centro de helechos y una sencilla carne asada perfectamente reconocible... ¡como si fueran todos dispépticos a dieta! A tenor de lo que se insinuaba en los periódicos dominicales, le pareció una torpeza por parte de la señora Fairford no haber elegido un menú más moderno, y a medida que discurría la velada Undine empezó a sospechar que aquello no era una auténtica «fiesta» y que la habían invitado a compartir lo mismo que comían los anfitriones cuando estaban solos.

Le bastó sin embargo una mirada a la mesa para convencerse de que la señora Fairford nunca habría tratado con la misma ligereza al resto de los invitados. Eran sólo ocho, pero entre ellos estaba ni más ni menos que la joven señora de Peter Van Degen —que era una Dagonet—, y la consideración que esta dama, que era uno de los más selectos ornamentos de la Columna de Sociedad, mostraba al resto de la compañía, convenció a Undine de que todos eran más importantes de lo que parecían. Le gustó la señora Fairford, una mujer incisiva y menuda, de nariz grande y buena dentadura, según revelaban sus frecuentes sonrisas. Con su sobrio vestido negro y sus adornos anticuados, no era precisamente lo que ella hubiera llamado «elegante», pero hacía gala de una extraña amabilidad que a la joven le recordó a su padre cuando no estaba cansado o preocupado por el dinero. Otra de las damas, de pelo blanco, no mereció por mucho tiempo la atención de Undine; y a la cuarta, una muchacha como ella, que le fue presentada como la señorita Harriet Ray, la menospreció a simple vista, pues le pareció sosa y llevaba un «modelo» del año anterior. También los hombres resultaron ser mucho menos impresionantes de lo que había imaginado. No esperaba gran cosa del señor Fairford, puesto que los hombres casados carecían intrínsecamente de interés y, además, su calvicie y su bigote gris parecían relegarlo de manera natural a un segundo plano; pero sí se había figurado que habría algunos jóvenes brillantes y de su edad, y en lo más profundo de su corazón deseaba ver al señor Popple. No estaba allí, y uno de los invitados, a quien llamaban señor Bowen, era decepcionantemente mayor —supuso que debía de ser el marido de la dama de pelo blanco—,

mientras que los otros dos, que parecían amigos del joven Marvell, no tenían el atractivo de Claud Walsingham.

Undine se sentó entre el señor Bowen y el joven Marvell, a quien encontró muy «dulce» (así se refería ella a la gente amistosa), pero aún más tímido que en el baile del hotel. No estaba segura de si era tímido o de si su silencio tal vez fuera un síntoma de seguridad en sí mismo que se expresaba con negación en lugar de con iniciativa. Era rubio y, sin ser alto, tenía buena percha, y se mesaba el bigote fino y claro mirándola con amabilidad, casi con ternura, aunque dejaba en manos de su hermana y el resto de los invitados la tarea de interrogarla y clasificarla.

Viendo lo bien que se expresaba la señora Fairford, a Undine le chocó que la señora Heeny la encontrara carente de conversación. Pero, aunque a ella la gente callada le pareciese torpe, tampoco se dejaba impresionar fácilmente por la fluidez verbal. Todas las damas de Apex City eran más locuaces que la señora Fairford y manejaban un vocabulario más amplio: la diferencia estribaba en que la conversación de la señora Fairford parecía un concierto antes que un solo. Daba pie a que todos intervinieran, marcando el ritmo con su sonrisa, y en cierto sentido armonizaba e incorporaba a la melodía los comentarios de los demás. Se esforzó particularmente en que Undine tuviera su parte en la interpretación, pero los impulsos expansivos de la muchacha eran invariablemente recibidos con extraño recelo, siendo ésta la reacción predominante de la noche. Undine hizo propósito de observar y escuchar, sin dejarse llevar, y se sentó muy envarada y ligeramente ruborizada, respondiendo con prontitud pero con brevedad y puntuando todas sus frases con un risita nerviosa, aceptando con un «No tengo inconveniente» la invitación de la anfitriona a probar las uvas, o diciendo «No me sorprende» cuando le parecía que alguien intentaba impresionarla.

Este estado de lucidez le permitió tomar buena nota de todo cuanto allí se dijo. La conversación se centró más en asuntos generales que en personas particulares, a diferencia de aquello a lo que Undine estaba acostumbrada, y aunque se le escaparon las alusiones a libros y cuadros, captó y registró todas las referencias personales, y se ruborizó cada vez que se mencionaba de pasada al señor Popple.

—Sí, me está retratando —dijo la señora de Peter Van Degen, que hablaba arrastrando ligeramente las palabras—. Ya sabéis que este año está retratando a todo el mundo...

— ¡Como si eso fuera una razón! —oyó Undine que le decía la señora Fairford al señor Bowen, quien en el mismo tono replicó:

—Es una razón Van Degen. —Y la señora Fairford asintió con un encogimiento de hombros.

—Ese Popple es un hombre encantador... ¡Pinta exactamente igual que habla! —intervino la dama de pelo blanco—. Todos sus retratos proclaman que es un auténtico caballero, ¡y hay que ver cómo fascina a las mujeres! No son cuadros de la señora tal o de la señorita cual, sino un reflejo de la impresión que Popple cree haber causado en ellas.

La señora Fairford sonrió.

—A veces pienso —dijo con un susurro— que el señor Popple es el único caballero que conozco; en todo caso es el único hombre que me ha dicho que es un caballero... Nunca deja de mencionarlo.

Undine tenía buen oído para el matiz de ironía nacional y no le pasó por alto que sus compañeros se estaban divirtiendo a costa del pintor. Se estremeció como si fuera ella el objeto de las chanzas, pero al fin tuvo la embriagadora sensación de encontrarse en el baluarte de la moda. Desvió su atención cuando, en medio de la carcajada general, oyó que la señora Van Degen le decía en voz baja al joven Marvell:

—Yo pensaba que a ti te gustaban sus cuadros; de lo contrario no le habría pedido que me retratara.

Hubo algo en el tono de la señora Van Degen que puso en guardia a Undine, la cual aguzó el oído para escuchar la respuesta.

—Seguro que te hará un retrato estupendo; espero que me invites a verlo pronto. —Marvell hablaba siempre con tanta naturalidad y tan poco énfasis que Undine no pudo discernir si de verdad le importaba tan poco como daba a entender. Fijó la vista en su plato de fruta y miró de soslayo a la señora Van Degen.

La señora Van Degen no era ni hermosa ni imponente; era tan sólo una mujer morena y de aspecto aniñado, de ojos tristes y bastante dada a la risa nerviosa; pero iba mejor vestida y más enjoyada que las demás, y tanto su elegancia como su inquietud hacían que a Undine le resultara menos ajena. Le había dirigido a Marvell una mirada al tiempo suplicante y posesiva, pero Undine (que había comprendido que ambos eran más o menos primos) fue incapaz de concluir si denotaba simplemente la intimidad del parentesco o un sentimiento más personal; y el tono con que él había respondido podía indicar tanto la franca aprobación de la amistad como un sentimiento diferente y camuflado. Aquel mundo de medias luces y medios tonos, de elipsis y de abreviaturas, confundía y desorientaba a Undine, que sintió la violenta necesidad de apartar las telarañas de un manotazo para imponerse como personaje dominante de la escena.

Sin embargo, cuando pasó al salón con el resto de las damas, donde la señora Fairford fue a sentarse a su lado, la cautela volvió a ser la tónica

dominante. Undine quería que se fijaran en ella, pero temía que la trataran con condescendencia, y una vez más le desconcertó el tono sutil de su anfitriona. En ningún momento tuvo la señora Fairford la falta de tacto de referirse a Undine como una recién llegada a Nueva York. —Y no había para ella nada más terrible—, pero sus preguntas sobre los cuadros que a Undine le habían interesado en las distintas exposiciones del momento o sobre los últimos libros que había leído eran como una puerta abierta a la sospecha, pues las respuestas fueron invariablemente negativas. Undine ni siquiera sabía que hubiera cuadros que debiera haber visto y mucho menos que «la gente» fuera a verlos, y el único libro que había leído últimamente era *Al cesar los besos*, un título que la señora Fairford al parecer desconocía. Tampoco en cuestión de teatro se ponían de acuerdo, porque Undine había visto catorce veces *Ulalú*, y Ned Norris la había vuelto «loca» en *El manantial de agua de soda*, pero no había oído hablar de los famosos comediantes berlineses que interpretaban a Shakespeare en el *German Theatre* y sólo de oídas conocía a la inteligente actriz estadounidense que intentaba ofrecer obras de «repertorio» con una compañía de calidad. La conversación se animó un momento cuando Undine recordó que había visto a Sarah Burnhard en una obra que llamó *Legión* y otra que pronunció como *Fe*, pero tampoco esto condujo a ninguna parte, porque había olvidado de qué trataban ambas y la actriz había resultado ser mucho mayor de lo que ella esperaba.

La llegada de los hombres desde la sala de fumadores no mejoró la situación. Henley Fairford sustituyó a su mujer al lado de la joven, y aunque en Apex era inaudito que un hombre casado impusiera su compañía a una muchacha, Undine dedujo que los demás no mostraban ningún interés en hablar con ella, de ahí que la pareja de anfitriones se relevara para librarse de ella alternativamente. A raíz de este descubrimiento adoptó la postura de mantener la cabeza muy tesa y responder: «La verdad es que no sabría decirle» o “ ¿De veras?» a todos los intentos del señor Fairford, que por lo demás no fueron ni numerosos ni sorprendentes, y resultó un alivio para los dos que la dama del pelo blanco se levantara, dando así la señal para disolver la reunión.

En el vestíbulo, adonde el joven Marvell había llegado antes que ella, Undine se encontró con la señora Van Degen, que se estaba poniendo su capa y cuando terminó de colocársela puso una mano en el brazo de Marvell.

—Ralphie, querido, ¿querrás venir conmigo el viernes a la ópera? Primero cenaremos juntos... Peter tiene una de sus cenas en el club. —Intercambiaron algo parecido a una sonrisa cómplice, y Undine oyó que el joven aceptaba. La señora Van Degen se volvió después hacia ella.

—Adiós, señorita Spragg. Espero que usted también...

«... ¿venga a cenar conmigo?». Eso era seguramente lo que estaba a punto de decir, y a Undine le dio un vuelco el corazón.

—... pase a verme alguna tarde —concluyó la señora Van Degen mientras bajaba las escaleras hacia su coche, donde un lacayo envuelto en pieles la esperaba junto a la puerta con más pieles en los brazos.

A Undine le ardía la cara cuando se dio la vuelta para coger su capa, y una vez se la hubo puesto con altiva deliberación vio que Marvell estaba a su lado, con su abrigo y su sombrero, y el corazón le dio un vuelco aún mayor. ¡Iba a «escoltarla» hasta casa, naturalmente! Aquel joven tan brillante —en ese momento le pareció «brillante»— que cenaba solo con mujeres casadas y que en el círculo de los Van Degen era «Ralphie, querido», casi no tenía ojos más que para ella; y nada más pensarlo la perdida confianza volvió a fluir cálidamente por las venas de Undine.

La calle estaba cubierta de hielo y Undine disfrutó de un momento delicioso al bajar las escaleras del brazo de Marvell, sujetándose con fuerza mientras esperaban que se acercara su taxi; pero Marvell la ayudó a entrar, cerró la puerta y le tendió la mano por la ventanilla abierta.

—Adiós —dijo, con una sonrisa; y Undine no pudo ocultar su orgullo herido, balbuciendo como una mema desde las profundidades de su desilusión:

—Ah... adiós.

Capítulo IV

—Papá, tienes que reservar un palco en la ópera para el viernes que viene.

Los padres de Undine adivinaron de inmediato por el tono de voz de su hija que estaba «nerviosa».

Habían puesto muchas esperanzas en que la cena de los Fairford sirviera para tranquilizarla, y fue un golpe para ellos ver que el resultado había sido justamente el contrario cuando, a la mañana siguiente, Undine entro con parsimonia en el sofocante esplendor de la sala de desayuno del Stentorian.

Los síntomas del nerviosismo de Undine eran inconfundibles para el señor y la señora Spragg. Veían acercarse la tormenta en los ojos de su hija, que pasaron del gris claro al pizarra, y también en sus cejas oscuras y rectas, que se fruncieron, y en las curvas de sus labios rojos, que se estrecharon hasta formar una línea paralela.

El señor Spragg, que acababa de terminar el último plato de su variopinto

desayuno, se estaba ajustando las gafas de oro para echar un vistazo al periódico cuando Undine cruzó el salón suntuosamente tapizado, donde los aromas del café quedaban suspendidos a perpetuidad bajo el techo blasonado y la gruesa alfombra era capaz de absorber las migas de todo un año sin necesidad de barrerse.

En torno a ellos se sentaban otras familias pálidas y bien vestidas que desayunaban en silencio, siguiendo un plan alimentario en el que parecían darse cita todas las incompatibilidades gastronómicas del planeta; y un grupo de camareros igualmente pálidos conversaba con desgana en el centro del salón, dando la espalda de común acuerdo a quienes supuestamente debían atender.

Undine, que se levantaba demasiado tarde para compartir el desayuno con sus padres, tenía la costumbre de que Céleste le llevara su chocolate a la cama, tal como se describía en los artículos de «Un día en la vida de una mujer de sociedad» que aparecían en «Charla de Tocador». De ahí que su mera aparición en el salón alertara a los padres sobre esos síntomas de excesiva tensión que al punto se vieron confirmados tras un escrutinio más atento, y el señor Spragg dobló el periódico y se colgó las gafas del chaleco con el aire de un hombre que prefiere enterarse cuanto antes de lo peor y dar el asunto por concluido.

— ¡Un palco en la ópera! —balbució la señora Spragg, apartando los plátanos con nata con los que intentaba seducir su apetito, demasiado mustio para el hígado frito o el cangrejo con mayonesa.

—Un palco de platea —corrigió Undine, ignorando la exclamación de su madre y dirigiéndose exclusivamente al padre—. El viernes es la noche más elegante, y ese tenor nuevo vuelve a cantar en Cavaliria, tuvo a bien explicar.

— ¿De veras? —dijo el padre, metiéndose las manos en el bolsillo del chaleco y empezando a inclinar la silla hacia atrás, hasta que recordó que no había pared en la que apoyarla. Recuperó el equilibrio y dijo—: ¿No te bastaría con un par de butacas de platea?

—No —respondió Undine, oscureciendo el gesto.

El padre la miró con aire divertido.

—Supongo que has invitado a todos los que estuvieron en la cena.

—No... a nadie.

— ¿Y piensas ir sola a un palco? —Undine guardó un silencio desdeñoso—. Porque no creo que quieras ir con tu madre y conmigo...

El comentario fue tan jocoso que todos se rieron, incluso la señora Spragg, y Undine continuó en un tono más suave:

—Quiero hacer algo por Mabel Lipscomb, en señal de agradecimiento. Siempre me lleva a todas partes y todavía no he hecho nada por ella... ni una sola cosa.

Este llamamiento a la fe nacional en el deber de reciprocidad no podía pasar inadvertido, y la señora Spragg murmuró:

—Es verdad, Abner. —Pero el señor Spragg seguía en sus trece.

— ¿Tienes idea de lo que cuesta un palco?

—No; pero supongo que tú sí —respondió Undine, con inconsciente frivolidad.

—Desde luego. Ese es el problema. ¿Por qué no te conformas con un par de butacas?

—Porque Mabel podría pagarse tranquilamente una.

—Eso es verdad —terció la señora Spragg, que siempre era la primera en sucumbir a los argumentos de su hija.

—Pues me temo que no puedo pagarle un palco.

El rostro de Undine cobró un tono aún más sombrío. Se sentó en silencio, mientras el chocolate se espesaba en la taza y, con una mano casi tan repleta de anillos como la de su madre, tamborileó con los dedos sobre el mantel arrugado.

—Podríamos volver directamente a Apex —dijo al fin, con un suspiro.

La señora Spragg miró a su marido alarmada. Ese tipo de combates entre dos caracteres tan fuertes siempre le producían palpitaciones, y lamentó no tener a mano su ampolla de digitalina.

—Un palco de platea cuesta ciento veinticinco dólares —dijo el señor Spragg, guardándose un mondadientes en el bolsillo del chaleco.

—Sólo lo quiero una vez.

El padre la miró, frunciendo socarronamente sus patas de gallo.

—Tú sólo quieres la mayoría de las cosas una vez, Undine.

Era ésta una observación que los padres le hacían frecuentemente en su primera juventud: Undine no tardaba en cansarse de las cosas, pero siempre las quería «inmediatamente». Y hasta que no lo conseguía nadie podía vivir en paz.

—Me gustaría mucho más tener un palco para toda la temporada —señaló, y el padre comprendió que le había dado pie. Undine tenía dos maneras de sacarle a su padre lo que quería en contra de los principios de éste; una era la

tierna y aduladora, y otra la dura y fría. Y él no sabía cuál de las dos le resultaba más temible. Los padres de Undine habían admirado su fuerte personalidad cuando era pequeña y sus arrebatos sacudían la casa de Apex; pero hacía mucho tiempo que la señora Spragg se asustaba en estas ocasiones, y también el padre empezaba a temerlas.

—Verás, Undie —dijo, perdiendo firmeza—. Lo cierto es que este mes voy un poquito justo.

Los ojos de Undine adoptaron un aire distraído, como hacía siempre cuando él se refería a sus negocios. Ese era terreno propio de los hombres; y ¿para qué iban los hombres al «centro» si no era para satisfacer todos los caprichos de sus mujeres? Se levantó bruscamente, dejando a sus padres plantados, y más para sí que para ellos dijo:

—Creo que iré a dar un paseo a caballo.

— ¡Ay, Undine! —dijo la señora Spragg con agitación. Siempre le entraban palpitaciones cuando Undine salía a cabalgar, y desde que ocurrió el incidente con Aaronson, sus temores no se limitaban a lo que pudiera hacer el caballo.

— ¿Por qué no llevas a tu madre de compras? —propuso el señor Spragg, consciente de las limitaciones de sus recursos.

En lugar de responder, Undine cruzó el salón como un huracán y salió por la puerta sin esperar a su madre, con la rabia y el desprecio dibujados en cada línea de su arrogante y joven espalda. La señora Spragg salió trotando mansamente detrás de su hija, y el señor Spragg cruzó el vestíbulo de mármol para comprar un cigarro antes de tomar el metro hacia su despacho.

Undine salió a montar no porque tuviera especiales ganas de hacer ejercicio, sino porque quería disciplinar a su madre. Estaba casi segura de que conseguiría su palco en la ópera, pero no entendía por qué siempre tenía que luchar por sus derechos, y le molestó particularmente que su madre no la hubiera secundado más que tibiamente. Si ambas no se unían en ese tipo de crisis, ella tenía que esforzarse el doble.

Y Undine detestaba las «escenas»; era esencialmente amante de la paz y prefería vivir en continua armonía con sus padres. Pero no podía evitar que fueran tan poco razonables. Hasta donde alcanzaba su recuerdo, siempre había habido «problemas» por el dinero; pese a todo, tanto Undine como su madre al final se salían con la suya, sin por ello amenazar la fortuna familiar de un modo permanente. Así pues, era natural concluir que la familia disponía de fondos en abundancia y que la renuencia del señor Spragg no era sino el fruto de su imperfecto conocimiento de las necesidades de la vida.

Cuando volvió de su paseo a caballo la señora Spragg la recibió como si acabara de resucitar de entre los muertos. A Undine le pareció absurdo, claro; pero ya estaba acostumbrada al comportamiento absurdo de sus padres.

— ¿Ha llamado papá? —fue su primera y escueta pregunta.

—No; todavía no ha llamado.

Undine apretó los labios, aunque se apresuró a cambiarse de ropa con gesto decidido.

—Tal como ha reaccionado parece que le hubiera pedido que me comprara el teatro entero, en lugar de un simple palco —murmuró, lanzando al aire su chaqueta ceñida.

La señora Spragg interceptó la prenda voladora y la alisó sobre la cama. Ninguna de las dos «soportaba» que la doncella estuviera presente cuando se arreglaban, y la señora Spragg siempre se ocupaba de estos servicios auxiliares para Undine.

—Undine, tú sabes que papá no siempre tiene dinero en el bolsillo, y últimamente hemos tenido muchos gastos. Papá era un hombre rico en Apex, pero ser rico en Nueva York es muy distinto.

Estaba delante de su hija y la miraba con gesto suplicante.

Undine, que se había sentado para quitarse el cuello y el chaleco, levantó la cabeza con una impaciente sacudida.

— ¿Por qué razón entonces nos fuimos de Apex? —preguntó.

La señora Spragg solía apartar la vista de la mirada inclemente de su hija, pero esta vez aguantó con una especie de atemorizado coraje, hasta que los párpados de Undine cayeron sobre sus mejillas encendidas.

Se puso en pie de un salto y tiró con fuerza del lazo de la falda, mientras la señora Spragg, pasando de la temeridad a la mansedumbre, revoloteaba a su alrededor con celo obstruccionista.

—Haz el favor de soltarme la falda, mamá... Me la quito el doble de deprisa yo sola.

La señora Spragg retrocedió, comprendiendo que su presencia ya no era deseada. Sin embargo, se detuvo en el umbral de la puerta, como dominada por una influencia superior y, dirigiendo una última mirada a su hija, dijo:

—No te has encontrado con nadie mientras estuviste fuera, ¿verdad, Undine?

Undine frunció el ceño; se estaba peleando con sus largas botas de charol.

— ¿Encontrarme con alguien? ¿Te refieres a alguien conocido? No conozco a nadie... ¡y nunca llegaré a conocer a nadie si papá me impide salir con la gente!

La bota salió con ayuda de un calzador que Undine lanzó con furia contra la alfombra rosa mientras la señora Spragg, dando media vuelta para ocultar una mirada de incontenible alivio, salía discretamente de la habitación.

El día siguió su curso. Undine quería bajar en busca de Mabel Lipscomb para hablarle de la cena de los Fairford, pero seguía con aquel regusto amargo en los labios. ¿Adónde conduciría la cena? A juzgar por lo que veía, a ninguna parte. Ralph Marvell ni siquiera le había preguntado cuándo podía pasar a verla, y a ella le avergonzaba confesar a Mabel que no la había acompañado a casa.

De repente decidió ir a ver los cuadros de los que había hablado la señora Fairford. Tal vez coincidiera allí con algunos de los invitados a la cena, pues a juzgar por su conversación parecía que se pasaban la vida en las galerías de arte.

La idea la animó, y se puso sus mejores pieles y un sombrero cuya factura aún no se había atrevido a presentarle a su padre. Era la hora más elegante en la Quinta Avenida, pero Undine no conocía a ninguna de las damas que se saludaban con una inclinación de cabeza desde sus vehículos a motor. Debía conformarse con la estela de admiración que dejaba a su paso por la acera, pero el homenaje de las calles era algo familiar para ella y su vanidad ansiaba un plato más selecto.

Cuando llegó a la galería de arte mencionada por la señora Fairford la encontró aún más concurrida que la Quinta Avenida, y algunas de las damas y de los caballeros inclinados ante los cuadros tenían un indiscutible «aspecto» de consagración social. Abriéndose paso entre ellos, Undine fue consciente de concitar tanta atención como en la calle, y se detuvo delante de los cuadros con pose embelesada al tiempo que hacía garabatos en el catálogo, imitando a una muchacha alta y envuelta en pieles de marta, y sintiendo las oleadas de admiración en su espalda vigilante.

Se fijó en una dama de negro que observaba los cuadros a través de un monóculo de carey adornado con diamantes y colgado de una larga cadena de perlas. Undine reparó de inmediato en las oportunidades que ofrecía el artefacto para ejecutar graciosos movimientos de muñeca y giros superciliares. De pronto se le antojó plebeyo y promiscuo mirar el mundo con el ojo desnudo, y sus cambiantes apetencias se fundieron en el único deseo de un monóculo con una cadena. Tan violento era su deseo que, impelida a seguir a la propietaria del monóculo, acabó tropezando por descuido con un joven corpulento y enfundado en un abrigo, de tal suerte que el catálogo se le cayó

de las manos a consecuencia de la colisión.

Cuando el joven recogió el catálogo para devolvérselo, Undine notó que los ojos saltones y el rostro extrañamente replegado del joven se teñían de admiración. Era tan poco atractivo que casi habría lamentado el homenaje, de no haber sido porque su extraña fisonomía despertó en ella una asociación de ideas remotamente agradable. ¿Dónde había visto esa grotesca cabeza de reptil, con esos párpados y esos labios tan gruesos como lóbulos de oreja? Una secuencia de innumerables fotos de periódico pasó fugazmente ante sus ojos, todas, como el original que tenía delante, de hombres enfundados en un abrigo, la corbata de seda atravesada por una perla de gran tamaño...

—Gracias —murmuró, envolviéndose en gracia y resplandor mientras el joven se quedaba inmóvil, sombrero en mano, y en tono amistoso decía:

—El gentío es espantoso, ¿verdad?

En ese momento se acercó la dama del monóculo para llevarse al chico al otro lado de la galería con un golpecito y un indiferente «Peter, ven a ver esto».

El corazón de Undine empezó a latir con intensa excitación, pues había identificado al joven cuando éste se dio la vuelta. Peter Van Degen... no podía ser otro que el joven Peter Van Degen, el hijo del gran banquero Thurber Van Degen, el marido de la prima de Ralph Marvell, el héroe de los suplementos dominicales, el ganador de Lazos Azules en los concursos de hípica, de Copas de Oro en las carreras de coches y el propietario de caballos de carreras e impresionantes balandros: el máximo exponente, en suma, de todas las artes supremas que daban a la vida por comparación una apariencia rancia e inútil fuera del círculo mágico de la Columna de Sociedad.

Undine sonrió al recordar la expresión con que esos ojos saltones y claros se habían posado sobre ella... ¡y esto casi la consoló por la indiferencia que su mujer le había mostrado!

Cuando volvió a casa cayó en la cuenta de que no recordaba nada de los cuadros que había visto...

No había noticias de su padre, y Undine reaccionó con disgusto. ¿De qué servían esos encuentros si no tenían una secuela? Era muy probable que nunca volviera a encontrarse con Peter Van Degen y, en el supuesto caso de que coincidiera con él por accidente, no podrían continuar su conversación sin ser debidamente «presentados». ¿De qué servía ser hermosa y llamar la atención si estaba eternamente condenada a mezclarse con la anodina masa de los no invitados?

Encontrar una tarjeta de Ralph Marvell en la mesita del salón no alivió su

mal humor. Le pareció muy poco halagador y hasta casi descortés de su parte pasar a verla sin anunciarse: eso parecía indicar que el joven no tenía intención de continuar su amistad. Pero, cuando apartó la tarjeta con desdén, su madre dijo:

—Ha sentido mucho no verte, Undine... Te ha estado esperando casi una hora.

Eso despertó su interés.

— ¿Aquí... solo? ¿No le dijiste que había salido?

—Sí... pero quiso subir de todos modos. Me lo pidió.

— ¿Te lo pidió?

El orden social parecía hacerse añicos a los pies de Undine. ¡Un visitante pidiendo algo a la madre de una muchacha! Miró a su madre con fría incredulidad.

— ¿Qué te hace pensar que te lo pidió?

—Pues que lo hizo expresamente. Hablé por teléfono con recepción para decir que habías salido, y me dijeron que el joven deseaba verme. —La señora Spragg dejó que el hecho se expresara por sí solo; era del todo insólito para ella admitir siquiera una explicación hipotética.

Undine se encogió de hombros.

—Es evidente que fue un error. ¿Por qué consentiste en que subiera?

—Pensé que tal vez tuviera un recado para ti, Undie.

El argumento le pareció a Undine no carente de peso.

— ¿Y lo tenía? —quiso saber, quitándose los alfileres del sombrero y dejándolo sobre la mesa de ónice.

—Pues, no... sólo quería charlar. Estuvo encantador conmigo, aunque no pude averiguar sus intenciones —se vio obligada a reconocer la señora Spragg.

La hija la miró con una especie de fría conmiseración.

—Nunca puedes —murmuró, dando media vuelta.

Se tendió lánguidamente en uno de los sofás dorados y rosas y se quedó allí dando vueltas al asunto, con una novela sin leer sobre las rodillas. La señora Spragg deslizó con timidez un almohadón bajo la cabeza de su hija y se colocó disimuladamente tras las cortinas de encaje, donde se sentó a contemplar las luces que empezaban a encenderse en la calle, extendiendo su red de resplandor hasta el otro lado del Parque. Asistir al momento en que las

luces de Nueva York se iluminaban al llegar la noche era una de las principales ocupaciones de la señora Spragg.

Undine seguía tumbada en silencio, las manos crispadas por detrás de la cabeza. Se había sumido en uno de sus amargos estados de reflexión, cuando todo su pasado le parecía una lucha sin tregua por algo que nunca llegaba a alcanzar, desde un viaje a Europa hasta un palco en la ópera, y en esos momentos tenía la convicción de que, si el pasado había sido así, el futuro sería igual. Pero Undine les había dicho a sus padres en numerosas ocasiones que ella sólo deseaba mejorar: quería honestamente lo mejor.

Su primera batalla —cuando dejó de gritar para que le dieran caramelos o de enfurruñarse para que le compraran un juguete— fue la de salir de Apex en verano. Sus veranos, vistos retrospectivamente, parecían tipificar lo más horrible y exasperante de su vida. Los primeros los pasó en la casita de campo amarilla, donde se colgaba de la valla para dar patadas a los tablones rotos o intercambiar chicle mascado y manzanas mordidas con Indiana Frusk. Más tarde, cuando volvía del internado, empezó a pasar las vacaciones en la Casa Mealey, un lugar un poco más refinado, adonde sus padres, renunciando a la miserable periferia, se mudaron con su primer aumento de fortuna. Los suelos teselados, los lujosos salones y los radiadores semejantes a órganos de la Casa Mealey, tenían, aparte de una elegancia intrínseca, la inmensa ventaja de situar a los Spragg muy por encima de los Frusk, y permitían que, cuando Undine se encontraba con Indiana en la calle o en el colegio, voceara su ascenso con frívolas alusiones al esplendor de la vida en un hotel. Pero aun en este escenario y pese a la superioridad social que implicaba, los largos meses veraniegos en el medio oeste, meses tórridos, de moscas y de malos olores, no tardaron en volverse tan insufribles como lo fueran en la casita amarilla.

Undine conoció en el colegio a niñas que pasaban el mes de agosto con sus padres en los Grandes Lagos; algunas incluso iban a California, mientras que otras — ¡ah, inefable felicidad!— veraneaban en el «este».

Pálida y apática por la aburrida y sofocante rutina de la Casa Mealey, Undine chupaba limones a escondidas, mordisqueaba lápices de grafito y se bebía medio litro de café cargado para agravar su aspecto enfermizo; y, cuando supo que incluso Indiana Frusk pasaría un mes en Buffalo, no necesitó de ayudas artificiales para acentuar los estragos de la envidia. Alarmados por su aspecto, sus padres se convencieron al fin de la necesidad de un cambio de aires, y con timidez, con precaución, se trasladaron un mes a un hotel con vistas a un lago resplandeciente.

Allí tuvo Undine la satisfacción de enviar irónicas postales a Indiana y de descubrir que superaba con creces en belleza al resto de las jóvenes huéspedes. Conoció a una guapa mujer de Richmond casada con un ingeniero de minas

que acompañaba a su marido a inspeccionar las minas de Eubaw, recién inauguradas; y la espantosa decepción que manifestaba la mujer, su repugnancia, su disgusto ante las caras, la comida, las distracciones y la aridez y estridencia del lugar, fueron una terrible iniciación para Undine. Supo entonces que existía algo mejor, más lujoso, más excitante, más digno de ella. Se dijo que su destino siempre era el de llegar tarde a «esa otra cosa», y aunque en este caso no fuera demasiado tarde, se empeñó con indoblegable obstinación en la tarea de obligar a sus padres a que el verano siguiente la llevaran al «este».

Cediendo ante lo inevitable, los Spragg se resignaron a pasar el verano en un «centro turístico» de Virginia, donde Undine tuvo un primer atisbo de posibilidades más románticas: paseos a caballo y excursiones en coche por el bosque a la luz de la luna, meriendas en los claros de las montañas y un ambiente de sentimentalismo de postal navideña que atemperó un poco sus duras aristas y le permitió descubrir placeres de una especie más delicada. Pero también en esta ocasión todo se echó a perder al espiar por una nueva puerta. Tras un primer encuentro con las otras chicas que se alojaban en el hotel, comprendió como siempre que era la primera... hasta que llegaron de Washington el señor y la señora Wincher, en compañía de su hija. Undine era mucho más atractiva que la señorita Wincher, pero desde el primer momento vio que ella no sabía sacar tanto partido a su belleza como la otra a su aspecto corriente. Además, le exasperó descubrir que la señorita Wincher no sólo no fuera consciente de la posible rivalidad entre ellas, sino que ni siquiera reparase en su existencia. La joven de Washington, de rostro alargado, indiferente y altiva, se sentaba aparte a leer novelas o jugaba en solitario con sus padres, como si el bullicio del enorme hotel, con sus cotilleos y sus coqueteos, fuera invisible e inaudible. Undine ni siquiera logró que la mirara, pues la señorita Wincher siempre ponía la vista en su libro cuando la belleza de Apex pasaba por su apartado rincón, ya fuera despacio o a todo correr. Un día llegó una conocida de los Wincher, una dama de Boston que se encontraba en Virginia en visita botánica, y a partir de retazos de la conversación que la señorita Wincher mantuvo con la recién llegada, Undine, aguzando el oído desde detrás de una de las columnas de la gran terraza, tuvo acceso a un mundo que en absoluto había imaginado.

Al parecer, los Wincher se encontraban en Potash Springs por la única razón de una grave enfermedad de la madre, que a última hora le había impedido alejarse más de Washington. Habían alquilado su casa de la costa norte y en cuanto pudieran salir de aquel «agujero espantoso» se marcharían a pasar el otoño en Europa. A la señorita Wincher se le hacía insoportable el paso de los días en Potash Springs, aunque sin duda era una buena cura de descanso tras un invierno tan agitado. Naturalmente habrían preferido alquilar una casa, pero en aquel «agujero», por asombroso que pudiera parecer, no

había ninguna; y así intentaban aislarse como podían de la «chusma del hotel»: ¿por casualidad se había fijado su amiga, preguntó entre paréntesis la señorita Wincher, en los jóvenes que llegaban los domingos? Eran incluso más raros que las «bellezas» a las que perseguían; y para evitar la promiscuidad del comedor habían transformado una de sus habitaciones, y comían allí... como si estuvieran en Persimmon House, ¿no había otro modo de describirlo! Por fortuna, ese horrible lugar le estaba sentando bien a su madre, y ya casi habían concluido su estancia...

Undine se puso enferma mientras escuchaba. La tarde anterior había salido a dar «un paseo en buggy» con un joven caballero de Deposit —ayudante de un dentista— y le había permitido que la besara, y hasta le había regalado la flor que llevaba en el pelo. Pero, en ese momento, el mero hecho de acordarse de él le pareció aborrecible, aunque lo más aborrecible era el desdén de la señorita Wincher. La enfureció que los Wincher la catalogasen entre «la chusma del hotel» y las «bellezas» que esperaban la llegada de los jóvenes el domingo. A partir de ese momento el hotel le pareció apestoso, y en menos de una semana arrastró a sus asombrados aunque agradecidos padres de vuelta a Apex.

Pese a todo, el desprecio de la señorita Wincher había abierto nuevos horizontes para Undine, y su sangre pionera no le daba un momento de descanso. Había sentido la llamada del Atlántico, y el verano siguiente los Spragg se instalaron en Skog Harbour, una localidad de Maine. Undine todavía se estremecía al recordar lo mucho que se aburrió. Ése resultó ser el peor verano de todos. El austero hotelito azotado por el viento, por fuera todo guijarros y por dentro todo tarta de arándanos, era «exclusivo», provinciano y típicamente bostoniano, y los Spragg pasaron las interminables semanas en el vacío de un aislamiento insufrible. Lo más desconcertante era que todas las mujeres del hotel eran vulgares, sin estilo o viejas, y la mayoría iban en grupos de tres. Caso de haber habido una competición, como era habitual, Undine habría ganado «sin mover un dedo», como decía Van Degen. Pero no la hubo, porque el resto de los «huéspedes» formaban un círculo impenetrable y gélido que paseaba, navegaba, jugaba al golf y discutía sobre ciencia cristiana y sobre lo Subliminal, ajenos al trémulo organismo al que la corriente arrastraba indefenso contra sus escolleras.

El día que los Spragg se marcharon de Skog Harbour, Undine se juró a sí misma apretando los labios: «No volveré a probar nada que no sea Nueva York». Se había salido con la suya, y estaba en Nueva York, aunque hasta la fecha con tan escaso éxito como en ocasiones anteriores. Todo, desde lo más grande hasta lo más pequeño, parecía estar en su contra. Cuando se sumía en estas reflexiones, Undine se mostraba dispuesta a reconocer sus propios errores, pero éstos nunca eran tan exasperantes como las meteduras de pata de

sus padres. Estaba segura, por ejemplo, de haber dado al fin «el giro correcto», como decía la señora Heeny, y, justo en el momento en que su suerte parecía a punto de cambiar, la estúpida obstinación de su padre con el palco de la ópera le desbarataba todos sus planes...

Siguió tumbada, dando vueltas a todas estas cosas, hasta mucho después de que la señora Spragg fuera a vestirse para la cena, y eran casi las ocho cuando oyó los pasos cansados de su padre en el vestíbulo.

Fijó la vista en su libro mientras él entraba en la habitación y se movía a su alrededor, dejando el abrigo y el sombrero; luego, los pasos se acercaron, y un pequeño paquete cayó sobre las páginas del libro.

— ¡Ay, papá! —exclamó, dando un salto, llena de alegría, mientras la novela caía al suelo y sus dedos buscaban las entradas para la ópera. Lo que vio fue un paquete sustancial que no se parecía a nada que hubiera visto. Lo miró, con una mezcla de esperanza y temor, dirigiendo a su padre una mirada interrogante y feliz, mientras la cetrina sonrisa de éste seguía despertando su curiosidad. Después lo abrazó efusivamente, ahogando entre su pelo las palabras de él.

—Es para más de una noche... ¡pero si es para todos los viernes! ¡Eres maravilloso, eres maravilloso! —dijo Undine, exultante.

Atrapado entre las centelleantes redes de su hija, el señor Spragg fingió disgusto.

— ¿No me digas? ¡Se han debido de equivocar...! —Luego, prisionero del brillo de los ojos de Undine, que no paraba de girar a su alrededor, dijo—: Sé que tú sólo querías ir una vez, Undine, pero pensé que tal vez quisieras invitar a tus amigos en otras ocasiones.

La señora Spragg, que desde el umbral de su puerta había escuchado este último comentario con lágrimas en los ojos, se acercó mientras Undine salía corriendo para vestirse.

—Abner... ¿de verdad puedes permitírtelo sin problemas?

Él respondió con una de sus breves y torpes caricias.

—No te preocupes por eso, Leota. Quiero que pueda salir con sus amistades. Quiero que pase con ellas todo el tiempo posible.

Guardaron silencio, mientras la señora Spragg escudriñaba con ansiedad en los ojos cansados de su marido.

— ¿Has vuelto a ver a Elmer?

—No. Con una vez ya es suficiente —replicó, frunciendo el ceño igual que Undine.

— ¡Tú dijiste que no podría ir tras ella, Abner!

—Y no puede. Pero... ¿y si ella se pone nerviosa y se siente sola y le da por buscarlo?

La señora Spragg se estremeció ante semejante posibilidad.

— ¿Qué aspecto tenía? ¿El mismo de siempre?

—No; iba muy acicalado. Eso es lo que me asustó.

A ella también le asustaba, hasta el punto de que sus mejillas, habitualmente sin vida, palidieron. Siguió escudriñando a su marido con preocupación.

—Tienes mal aspecto, Abner. Deja que te prepare ahora mismo tus gotas para el estómago —propuso.

Pero él rechazó el ofrecimiento con su humor inquebrantable.

—Creo que estoy demasiado enfermo para correr ese riesgo —dijo, acariciando el brazo de ella con el característico gesto conyugal de Apex City—. Vayamos a cenar, mamá... creo que a Undine no le importará que no me cambie de ropa esta noche.

Capítulo V

Los había mirado con envidia desde el paraíso, los había mirado con reverencia desde el patio de butacas, y al fin estaba en la misma línea, entre todos ellos, formaba parte del semicírculo sagrado que en el entreacto goza del privilegio de hacer que el público común se olvide de que ha caído el telón.

Mientras se acomodaba en la butaca izquierda de su cubículo escarlata y le indicaba a Mabel Lipscomb con la mano que se sentara en el extremo opuesto, imitando un gesto que aprendió cuando observaba desde el patio de butacas, Undine sintió esa percepción ampliada que se experimenta en los grandes momentos de la vida. Su conciencia parecía capaz de asimilar la totalidad de la curva iluminada del auditorio, desde las filas ininterrumpidas de espectadores que veía debajo hasta el brillo de la araña que coronaba el teatro, y ella era el núcleo de todo aquel resplandor, la sensible y palpitante superficie en cuyo centro coincidían todos los rayos de luz.

Fue casi un alivio que las luces se apagaran un momento después, que se alzara el telón y que el centro de la iluminación se desplazara a otra parte. La música, la escenografía y el movimiento en el escenario eran como una suntuosa neblina que atemperaba el resplandor que iluminaba Undine desde

todos los rincones y le permitía tranquilizarse, tomar aire y adaptarse a ese entorno nuevo y claro que le producía la sensación de ser extrañamente transparente y frágil.

Cuando cayó el telón tras el primer acto, tomó conciencia de un cambio sutil. Una corriente de actividad en distintas direcciones recorría todos los palcos, se hacían y se deshacían corrillos, se movían los abanicos y centelleaban las cabezas, emergían abrigos negros entre hombros blancos y los recién llegados dejaban sus pieles y sus encajes en la roja penumbra del fondo del palco. Ajena a sí misma por el momento, Undine recorrió el teatro a través de sus gemelos en busca de rostros familiares. A algunos los conocía de vista, aunque no supiera sus nombres —bustos inmóviles de la alta sociedad—, a otros los reconocía por las fotos de los periódicos; pero no vio a nadie a quien pudiera decir que conocía legítimamente, y a medida que proseguía su búsqueda todo se tornó impreciso y borroso.

Todos los palcos estaban casi llenos, pero el que más llamaba su atención era uno, situado justo enfrente del suyo, que seguía obstinadamente vacío. ¡Qué extraño tener un palco en la ópera y no usarlo! ¿Qué podrían estar haciendo sus propietarios...? ¿Qué otro placer aún más raro estarían saboreando? Undine recordó que en el reverso del programa de mano se indicaba el número de los palcos y los nombres de los abonados, y tras hacer un cálculo rápido consultó la lista. Lunes y viernes, señora de Peter Van Degen. Eso era: ¡el palco estaba vacío porque la señora Van Degen cenaba esa noche sola con Ralph Marvell! «Peter tiene una de sus cenas en el club». Undine tuvo una clara visión del comedor de los Van Degen: lo imaginó de roble tallado y con suntuosos adornos dorados, con una mesita en el centro, y luces en tonos rosas, y flores, y vio a Ralph Marvell, frente a las uvas y el champán, inclinándose para encender su cigarrillo con el de su anfitriona. Undine había visto escenas similares en el teatro, y también en las revistas de papel cuché, pero en ese momento le parecía estar contemplando de verdad hasta el último detalle, desde el brillo de las joyas en los hombros desnudos de la señora Van Degen hasta cómo se acariciaba el joven Marvell el bigote rubio y fino mientras escuchaba y sonreía.

Se sonrojó de rabia al pensar en lo ingenua que había sido al imaginar que el joven se había quedado «prendado» de ella... ¡al suponer que algún día llegaría a contar para toda esa gente felizmente ensimismada! Todos tenían sus amigos, sus vínculos y sus deliciosas y multitudinarias obligaciones: ¿por qué habrían de hacer un hueco para una intrusa en un círculo que ya copaban los iniciados?

Mientras esbozaba en su imaginación los detalles de la escena en el comedor de los Van Degen, vio con claridad que la sociedad elegante era de una inmoralidad atroz y que ella nunca podría ser realmente feliz en un

ambiente tan emponzoñado. Recordó que un eminente sacerdote estaba pronunciando una serie de sermones en contra de la corrupción social, y decidió que el domingo asistiría sin falta a escucharlo.

Esta cadena de pensamientos se interrumpió al percibir que alguien la observaba atentamente desde el palco contiguo. Se volvió fingiendo que iba a hablar con Mabel Lipscomb y se encontró con la figura corpulenta de Peter Van Degen. Estaba de pie, detrás de la dama del monóculo, que esta vez no era de carey sino todo de brillantes, y, a una palabra de su acompañante, la mujer se inclinó con aire crítico para mirar a Undine.

—No... no me acuerdo —dijo; y Undine se sonrojó al saberse no identificada tras un escrutinio tan minucioso.

Sin embargo, no cabía duda de que el joven Van Degen sí la recordaba. Undine incluso advirtió que intentaba arrancarle alguna señal de reconocimiento, de ahí que se centrara con altivez en el estudio del programa.

— ¡Mira, ahí está el señor Popple! —exclamó Mabel Lipscomb, haciendo aspavientos con el abanico y el programa de mano para hacerse notar. Undine ya había visto que Mabel, rubia y entusiasmada, se había puesto en pie, demasiado cerca del borde del palco, desmesurada y excesiva, y la liberalidad de sus demostraciones intensificaba el efecto de desproporción. Nadie más se movía y gesticulaba de ese modo: la comunicación entre el resto de los palcos parecía establecerse mediante una telegrafía muda y desprovista de gestos. Pese a todo, no pudo contener las ganas de mirar hacia donde Mabel dirigía su mirada, y allí efectivamente estaba Claud Popple, más alto y más dominante que nunca, inclinado desenfadadamente sobre lo que Undine pensó que sin duda sería la espalda de una mujer exquisita.

Claud Popple respondió a los desaforados movimientos de la señora Lipscomb con un discreto saludo, y Undine vio que los gemelos de la mujer exquisita se movían hacia ella y se dijo que el señor Popple no tardaría en «presentarse». Pero el entreacto se prolongaba sin que nadie abriera la puerta ni perturbara la pacífica somnolencia de Harry Lipscomb, que «no era muy» de ópera (según su propia expresión) y se había dado por vencido, retirándose a un lugar discreto del palco. Undine observaba con envidia el deambular del señor Popple de palco en palco, de una mujer exquisita a otra mujer exquisita, y justo cuando todo parecía indicar que el recorrido terminaría en su puerta, lo vio aparecer en el punto de partida, al otro lado del teatro.

— ¡Mira, Undie... ahí está el señor Marvell! —volvió a decir Mabel, que una vez más fue presa de un escandaloso ataque de gesticulación; y Undine se sonrojó entonces hasta la raíz del cabello cuando la señora de Peter Van Degen apareció en el palco de enfrente seguida de Ralph Marvell. Parecían estar solos en el palco ¡como sin duda habían estado solos toda la noche! y Undine

se volvió furtivamente para ver si el señor Van Degen compartía su desaprobación. Pero éste había desaparecido, y ella se inclinó muy nerviosa para tirarle del brazo a Mabel.

— ¿Qué pasa, Undine? ¿No ves al señor Marvell ahí enfrente? ¿Es su hermana la que está con él?

—No. Yo no gesticularía tanto, Mabel —le susurró Undine entre dientes.

— ¿Por qué no? ¿No quieres que sepa que estás aquí?

—Sí, pero la gente no gesticula.

Mabel miró a su alrededor, sin darse por vencida.

—Será porque ya se han visto. ¿Le digo a Harry que vaya a saludarlo? —gritó, para hacerse oír sobre el estruendo de los instrumentos de viento.

— ¡No! —dijo Undine, mientras se levantaba el telón.

A partir de ese momento Undine ya no pudo seguir la acción en el escenario. Dos presencias acaparaban su imaginación: la de Ralph Marvell, menudo, inalcanzable y remoto, y la de Mabel Lipscomb, próxima, inmensa e incontenible.

Le quedó claro que Mabel Lipscomb era ridícula. Por eso Popple no se había acercado al palco. Nadie se molestaría en hablar con ella mientras Mabel estuviera a su lado: Mabel, con esa figura monumental y llena de curvas, cuando las mujeres elegantes eran diáfanas y flexibles; Mabel estridente y explícita, las demás comedidas e insinuantes. Mabel era el centro del grupo del Stentorian, pero en el teatro había resultado ser no sólo desconocida sino también desconocedora. ¡Si ni siquiera sabía que la señora de Peter Van Degen no era la hermana de Ralph Marvell! Y tenía un modo de pregonar su ignorancia a los cuatro vientos que chirriaba comparado con los métodos más sutiles de Undine. Fue en este preciso instante cuando a ésta se le reveló el que sería uno de los principios rectores de su carrera: «Es mejor observar que hacer preguntas».

Cayó de nuevo el telón, y la mirada de ésta voló hasta el palco de los Van Degen. Varios hombres entraron al tiempo, y poco después Ralph Marvell se levantó y salió del palco. Mitad inconscientemente, Undine se colocó de tal modo que pudiera vigilar con un ojo la puerta del palco. Pero el tirador de la puerta seguía sin moverse, y Harry Lipscomb, que continuaba repantigado en el sofá, la cabeza apoyada en los abrigos y respirando entre estertores con la boca abierta, estiró las piernas un poco más, ocupando parte del umbral...

Estaba a punto de terminar el entreacto cuando la puerta se abrió y dos caballeros tropezaron con las piernas del señor Lipscomb. En cabeza iba Claud Walsingham Popple y por encima de sus hombros asomaba el rostro de

batracio de Peter Van Degen. Un breve murmullo del señor Popple sirvió para presentar a su compañero a las dos damas, y el señor Van Degen se sentó al punto detrás de Undine, relegando al pintor junto a la señora Lipscomb.

—Qué curioso... por casualidad vi a su amiga saludando al querido Popp. Así que fui a verlo, le agarré del cuello y le dije que me presentara sin que pasara un minuto más. El otro día, en la Exposición del Motor, quise saber quién era usted... no, ¿dónde fue? Ah, viendo esos cuadros en Goldmark. Por cierto, ¿qué le parecen? A usted sí que deberían pintarla... lo digo en serio y usted lo sabe... Debería pedirle al querido Popp que la retrate. Le pintaría una cascada de rizos. Tiene que permitirme que venga para hablar de eso... ¿De los cuadros o de su pelo? Mejor de su pelo, si no le importa. ¿Dónde ha dicho que se aloja? Ah, vive aquí, ¿no es cierto? ¡Eso es fantástico!

Undine se sentó muy cerca del borde de la silla, ligeramente ladeada hacia él, como había visto que hacían las demás mujeres, pero sin alejarse demasiado del borde del palco, de manera que todo el teatro pudiera ver que estaba conversando con nada menos que el señor Peter Van Degen. Sin embargo, la conversación del señor Popple era mucho más brillante y tenía más sentido, y Undine vio que le dirigía largas miradas por encima del hombro de Mabel Lipscomb; pero no podía olvidar con cuánta indiferencia la habían tratado en la cena de los Fairford, y quería — ¡cuánto lo deseaba! — que Ralph Marvell la viera hablando con Van Degen.

Le abrió su corazón, improvisando una opinión sobre los cuadros y una opinión sobre la música, aceptando alegremente su invitación de cenar y divertirse una noche próxima en el Café Martin, y fortaleciendo su posición, o eso le pareció a ella, comentando que había conocido a la señora Van Degen. Pero, no bien Undine pronunció su nombre, el gesto de su compañero se nubló, sus labios se apretaron ligeramente y se apagó su sonrisa seductora.

— ¿Mi mujer...? Bueno, ella no va a restaurantes... Se mueve en un plano superior. Pero tendremos al querido Popp y a la señora... la señora... ¿Cómo ha dicho que se llama su amiga la gorda? Un selecto grupo de cuatro... y luego podemos ir a algún espectáculo divertido... ¡Caramba! Ya sube el telón, tengo que irme.

Cuando la puerta se cerró a espaldas de Peter Van Degen, a Undine le ardían las mejillas de indignación. ¿Por qué, si la señora Van Degen no iba a restaurantes, suponía él que ella sí iría? ¡Y encima cargando con Mabel! La abrumadora sensación de fracaso se apoderó de ella una vez más. La velada estaba a punto de terminar y ¿de qué le había servido? Cuando miraba desde el patio de butacas se figuraba que sentarse en un palco era formar parte de la sociedad; ahora comprendía que eso podía subrayar aún más su exclusión. ¡Y tenía el palco reservado para toda la temporada! Había sido una estupidez por

parte de su padre ir más allá de las órdenes recibidas: ¿por qué no se limitó a hacer lo que le pidió? Se sentía desesperada y cansada: odiosos recuerdos de Apex se arremolinaban en su cabeza. ¿Irían las cosas igual de mal en Nueva York que allí?

Oyó que Lipscomb susurraba a sus espaldas:

—Eh, chicas, creo que voy a marcharme; volveré a buscaros cuando termine la función. —Le oyeron cerrar la puerta con sigilo, y Mabel se acomodó en su asiento para disfrutar del espectáculo sin ser molestada.

Llegado el último entreacto, Undine se levantó, resuelta a no esperar un segundo más. Mabel, absorta en la observación del público, no vio que Undine se disponía a salir; entonces la puerta se abrió y apareció Ralph Marvell.

Undine se detuvo, y la mano levantada para coger la capa de la pared quedó suspendida en el aire con descuido. En aquella posición se revelaba su figura delgada y esbelta, y la fresca curva del cuello bajo la cabeza, inclinada hacia atrás. Estaba más pálida de lo normal, y dedicó al rostro de Marvell una mirada profunda y brillante bajo las cejas rectas.

— ¿No irá a marcharse? —dijo él.

—Pensaba que usted no vendría —se limitó a responder.

—He esperado a propósito para no coincidir con los otros visitantes.

Undine se rio, halagada, y dijo:

— ¡No hemos tenido tantos!

Tuvo la intuición de que la franqueza era el mejor modo de hablar con él. Se sentaron en el sofá de damasco rojo, apoyando la cabeza en los abrigos que colgaban de la pared. Al recostarse, a Undine se le enganchó el pelo entre las lentejuelas de una de las prendas, y tuvo que quedarse muy quieta mientras el joven Marvell liberaba la redecilla cautiva. Volvieron a acomodarse, riéndose por el incidente.

Una mirada bastó a la señora Lipscomb para ver claramente la situación, y al punto reanudó su entusiasmada inspección de los palcos. En el rincón revestido por un espejo donde se encontraban Undine y Marvell, la luz menguaba hasta volverse un mero resplandor rosado y el murmullo del público llegaba hasta ellos como amortiguado por cortinas de seda. Undine se fijó en los rasgos delicados y nítidos de su acompañante cuando éste separó la cabeza de las paredes tapizadas de seda roja. La mano con que se acariciaba el pequeño bigote era también muy fina, aunque nervuda y en absoluto afeminada. Ella siempre había asociado el refinamiento y la delicadeza exclusivamente con su propio sexo, aunque empezaba a pensar que en un hombre podían resultar incluso más agradables. Marvell tenía los ojos grises,

como los suyos, las cejas castañas y las pestañas más oscuras, y su piel era clara como la de una mujer, pero con un atractivo tono sonrosado, igual que sus manos.

Mientras hablaba en voz baja, preguntándole a Undine qué le parecía la música y qué había hecho desde la última vez que se vieron, ella notó que la miraba menos que de costumbre y apartó también su mirada, pero cada vez que volvía la vista sus ojos se encontraban con los de él. La conversación de Marvell seguía siendo impersonal, y a Undine le decepcionó que no hiciera ningún cumplido a su vestido o a su pelo —estaba acostumbrada a que siempre se elogiara su pelo, y el incidente de las lentejuelas podría haber dado pie a alguna alusión—, pero el instinto sexual le indicaba que, bajo la serenidad de sus palabras, el joven vibraba al sentirse cerca de ella. Su contención la tranquilizó y le hizo abstenerse de esa continua agitación corporal que era el único modo que conocía de participar en la inmemorial danza del cortejo. Habló con sencillez y con franqueza de sí misma, de sus padres, de la poca gente que sabía de su estancia en Nueva York y de cómo a veces casi lamentaba haberles convencido para salir de Apex.

—Lo hicieron únicamente por mí, ¿sabe? Aquí están terriblemente solos, y además creo que yo nunca llegaré a entender las costumbres neoyorquinas —confesó, con la mirada franca de la juventud—. Es verdad que conozco a algunas personas, pero no son... no son como yo esperaba que sería la gente en Nueva York. —Se aventuró a lanzar una mirada aparentemente involuntaria a Mabel—. Esta noche, aquí, he visto a muchachas a las que me gustaría mucho conocer (me parecen encantadoras y refinadas), pero creo que nunca llegaré a conocerlas. Esta ciudad no es muy acogedora con las muchachas de fuera, ¿verdad? Supongo que ya hay suficientes con las de aquí y... son todas tan fascinantes que no necesitan más. —Mientras hablaba, Undine posó sus ojos en los de él, a medias riendo y a medias mostrando nostalgia, y luego dejó caer las pestañas, que se tiñeron despacio del rubor de sus mejillas.

Antes de marcharse, Marvell le preguntó si la encontraría en casa al día siguiente.

La noche fue agradable y, después de acompañar a su prima hasta su coche de motor, Marvell volvió andando a casa, en Washington Square. En la esquina se encontró con el señor Popple.

—Hola, Ralph, amigo mío... ¿te has topado con nuestra belleza cobriza del Stentorian? ¡Quién iba a imaginarse que Harry Lipscomb nos pondría en el camino semejante preciosidad! Peter Van Degen casi levita. Me sacó del palco de la señora de Monty Thurber y me arrastró del cuello para que se la presentara. Ya ha planeado una cena en Martin's. ¡Cuando Peter quiere algo no puede esperar ni un momento! Intercedí con una palabra en tu nombre: le dije

que tenía que permitimos participar desde el principio a ti y a mí. Es curiosa la suerte que tienen algunas para iniciarse. Me da que ésta caerá si consigue desembarazarse de los Lipscomb. Creo que le pediré que me permita retratarla; estaría muy bien para la exposición de primavera. Será un magnífico colgante para combinar con mi señora Van Degen... rubia y morena... la noche y la mañana... Claro que a mí, personalmente, me va más el estilo de la señora Van Degen, necesito a alguien con clase... pero en materia de pura carne... Eh, ¿no entras en el club?

Marvell no pensaba entrar y suspiró prolongadamente con alivio cuando su amigo se despidió de él.

¿Era posible que alguna vez hubiera pensado con indulgencia en el egregio Popple? Ese tono de omnisciencia social, que en otro tiempo le resultara tan cómico, se le antojaba ahora tan ofensivo con un áspero contacto físico. Y lo peor de todo era que Popple, con la ligera exageración de una caricatura, ciertamente expresaba los ideales del mundo que frecuentaba. Seguro que otros pensarían de la señorita Spragg lo mismo que él había dicho: casi cualquiera en el círculo de Ralph coincidiría en que era una suerte para una chica de Apex iniciarse con Peter Van Degen en una cena en el Café Martin...

Al subir las escaleras de la casa de su abuelo, Ralph Marvell observó la fachada simétrica del antiguo edificio de piedra rojiza, con su sobrio frontón de mármol, tal como habría observado un rostro familiar.

—Tienen razón... a fin de cuentas tienen razón en cierto modo — murmuró, mientras introducía la llave en la cerradura.

Se refería a su madre y a su abuelo, el anciano Urban Dagonet, ambos, desde que Ralph alcanzaba a recordar, tan estrechamente identificados con la casa de Washington Square que casi podían ser la conciencia interior del edificio, tal como éste podía ser la forma exterior de los dos; y la cuestión de a quién parecía conceder la casa sus derechos intrínsecos coincidía con la de la desintegración social que se manifestaba en la amplia y variopinta diversidad de fisionomías arquitectónicas en el otro extremo de la Quinta Avenida.

Mientras echaba los cerrojos y pasaba al recibidor, con sus puertas de caoba oscuras y el apacible efecto de «interior holandés» de su suelo de mármol blanco y negro, se dijo que eso que Popple llamaba sociedad era exactamente igual que las casas en las que vivían quienes la integraban: un batiburrillo de desafortunados adornos sobre una fina cáscara de acero útil. La cáscara de acero se encontraba en Wall Street, mientras que los adornos sociales se concentraban precipitadamente en la Quinta Avenida, y la unión entre ambas zonas era tan monstruosa y artificial, tan distinta del crecimiento homogéneo y gradual con el que la sociedad florece en otros países, como la disparidad entre las gárgolas de Blois del tejado de la casa de Peter Van Degen

y las esqueléticas paredes que las sustentaban.

«Ellos» siempre lo habían dicho; y al menos la actitud de los Dagonet, la visión de la vida de los Dagonet y hasta las líneas del mobiliario de la casa del anciano Dagonet así lo expresaban.

Ralph a veces llamaba a su madre y a su abuelo los aborígenes, y los emparentaba con los desaparecidos moradores del continente americano, abocados a una rápida extinción por el avance de la raza invasora. Le gustaba referirse a Washington Square como la «reserva» y profetizar que quienes vivían allí no tardarían en ser exhibidos como especímenes etnológicos, tristemente atrapados en el ejercicio de sus primitivas industrias.

Prudentes, modestos, de clase media habían sido los ideales del Nueva York indígena, y al joven le parecieron de pronto singularmente coherentes y respetables, en contraste con el caos de apetitos indiscriminados que constituían las tendencias modernas. También él había querido ser «moderno», se había rebelado medio en broma contra las restricciones y las exclusiones del viejo código, y quién sabe si no era una de esas irónicas restituciones de la herencia lo que en ese preciso instante le hizo ver por primera vez lo que el otro lado tenía que decir; y de pronto sintió que ése era «su» lado.

Capítulo VI

Arriba, en su habitación con la chimenea encendida, se dejó caer en un sillón y se entregó al recuerdo...

Primero Harvard... luego Oxford, después un año de iniciación y correrías. De vuelta en Nueva York había estudiado Derecho, y ahora tenía su despacho en las oficinas de una firma respetable, al frente de la cual habían modelado su patrimonio los Dagonet a lo largo de varias generaciones. Sin embargo, su profesión era lo menos real en su vida. Marvell empezaba ahora a ver la realidad: los libros que casi reventaban sus viejos maletines de estudiante universitario y desbordaban sillas y mesas; también bocetos — ¡sería capaz de hacer cosas bonitas si supiera cómo terminarlas!— y, en el escritorio, junto a su brazo, hojas sueltas escritas en prosa y en verso, tan bonitas como los bocetos e igualmente inacabadas.

No había en la tradición de los Dagonet ni en la de los Marvell nada contrario a estos desgastados escauceos con la vida. Por espacio de cuatro o cinco generaciones había sido norma en ambas familias que un muchacho fuera a Columbia o a Harvard, estudiara Derecho y cayera luego en una inercia más o menos cultivada. Lo único esencial era vivir «como un caballero», esto

es, con un tranquilo desdén por el dinero, una pasividad abierta a sensaciones más delicadas, uno o dos criterios inamovibles en cuanto a la calidad del vino y una arcaica probidad que aún no había aprendido a discernir entre el honor privado y el honor «empresarial».

No había bagaje más inútil para la juventud moderna: esas páginas de notas sobre su escritorio no eran en realidad necesarias para ratificar que Ralph Marvell era un caso perdido. Aceptó el hecho con un fatalismo no exento de humor. Los recursos materiales en ambas ramas de la familia no eran ilimitados, pero siempre serían suficientes para satisfacer sus frugales apetencias: suficientes para comprar libros (no «ediciones») y permitirse de cuando en cuando una escapada a los grandes centros del arte y las ideas. Entre tanto contaba con su propio mundo interior de maravillas. Siendo niño, durante unas vacaciones en la playa, Ralph descubrió una cueva con la marea baja, un lugar inaccesible y secreto de luces glaucas, murmullos misteriosos y un solo rayo de luz para comunicarse con el cielo. Había ocultado su hallazgo a los demás niños, no por cicatería, pues siempre fue un chico generoso, sino por la sensación de que había cosas en esa cueva que los demás, aunque eran todos buenos amigos, no serían capaces de entender, y el lugar nunca llegaría a ser enteramente suyo si dejaba que sus primos, todos cubiertos de pecas, jugaran allí a contrabandistas y piratas.

Y así fue creando Marvell su mundo interior. Aunque teñido de impresiones externas, fue tejiendo en secreto una cortina a su alrededor para entrar y salir a su antojo con la misma alegría de la posesión furtiva. Claro que algún día alguien terminaría por descubrir su mundo y reinaría allí con él...: no, reinaría sobre su mundo y sobre él. Ya en un par de ocasiones un liviano pie se había posado en ese umbral. Su prima Clare Dagonet, por ejemplo; hubo un verano en que la voz de Clare logró sortear sus meandros... pero Ralph se fue a pasar el otoño en España, y a su regreso ella ya estaba prometida con Peter Van Degen. La cueva se volvió transitoriamente negra. De eso hacía mucho tiempo, tal como se cuenta el tiempo cuando se tienen menos de treinta años, y hacía ya tres años que Ralph sólo sentía por ella una mezcla de compasión y desprecio. ¡Haber llegado hasta la entrada de su cueva y dar media vuelta para meterse en la guarida de Van Degen...!

La pobre Clare se arrepentía ciertamente —y lo manifestaba a las claras—, pero se arrepentía adornada con los diamantes de Van Degen, mientras el coche de motor de Van Degen trasladaba su corazón destrozado de la ópera al baile. Se había dejado sojuzgar por aquello por lo que había trabajado, y ya nunca volvería a encontrar el camino hasta la gruta encantada... A partir de ese momento, Ralph había llegado al punto de decidir que nunca se casaría, no de repente ni con dramatismo, sino con la sobria consideración que urge a quienes están a punto de dar el paso contrario. Lo que más deseaba, una vez

superado ese primer golpe, era aprender y hacer: conocer lo que habían pensado los más grandes, reflexionar al respecto y comenzar luego su propia singladura: escribir si fuera posible algunos buenos versos; en caso contrario, prosa crítica. Entre las páginas desperdigadas en su escritorio había un poema dramático, pero también prosa crítica, y no estaba satisfecho con el poema; y así poeta y crítico pasaban las noches en encendido y estéril debate. Parecía en conjunto probable que el crítico terminaría ganando la partida, y que el ensayo sobre «Las estructuras rítmicas de Walt Whitman» cobraría forma antes que «El Dios prohibido». Y, aunque la luz de la cueva era ahora de un azul menos sobrenatural y el canto de las mareas no estaba tan cargado de esa música inimaginable, el lugar seguía siendo un espacio poblado de ecos y multitudes cuando Undine Spragg apareció en su umbral...

Su madre y su hermana naturalmente querían que se casara. Tenían la teoría al uso de que Ralph estaba «hecho» para la dicha conyugal, pues eso era lo que las mujeres pensaban siempre de un hombre que no se emborrachaba ni tenía bajos apetitos. La idea le hacía sonreír cuando se sentaba agazapado entre sus tesoros secretos. Casarse... pero ¿con quién, en nombre de la luz y de la libertad? Las hijas de los de su clase se vendían a los invasores; las hijas de los invasores compraban a sus maridos igual que compraban un palco en la ópera. Todo se negociaba en la Bolsa. Sabía que su madre no tenía esas ambiciones para él: le gustaría que se enamorase de una «chica agradable» como Harriet Ray. Harriet Ray no era ni vulgar ni ambiciosa. Consideraba Washington Square como la cuna de la Sociedad, se sabía de memoria quiénes eran primos de quiénes en el antiguo Nueva York, detestaba los coches de motor, no lograba hacerse entender por teléfono, y había decidido que, si alguna vez llegaba a casarse, jamás recibiría en su casa a una mujer divorciada. La señora Marvell decía a menudo que las chicas como Harriet empezaban a escasear. Ralph no estaba seguro de eso. Se inclinaba a pensar que, con algunas variaciones, siempre habría montones de Harriets Ray con quienes las madres sin ambiciones mundanas recomendarían casarse a sus hijos, y Ralph no deseaba disminuir esta reserva de muchachas sacando a una de ellas de las filas de jóvenes casaderas. No tenía ningunas ganas de casarse: ésa era la pura verdad, hasta que conoció a Undine Spragg. ¿Y ahora...? Encendió un cigarro y empezó a rememorar su hora de conversación con la señora Spragg.

Ralph nunca se había tomado muy en serio las convicciones sociales de su madre. Estudiando la marcha de la civilización desde una perspectiva más amplia, se había mezclado con los invasores desde una edad temprana y había observado con curiosidad sus ritos y costumbres. Pero la mayoría de los invasores a los que conocía se habían transformado por el contacto con los indígenas: hablaban su mismo idioma, aunque a menudo hubiera en sus labios un significado enteramente distinto. En realidad, Ralph nunca los había visto

en su esencia, antes de que adoptaran la lengua de la raza conquistada. La señora Spragg, por su parte, seguía hablando el dialecto de su gente, y antes de que terminara la visita Ralph dejó de lamentar que su hija hubiera salido. Tenía la vaga impresión de que en presencia de la joven —por más que él la imaginara sencilla y sincera— no habría aprendido tantas cosas sobre la vida en Apex.

Una vez reconciliada, o cuando menos resignada a la misteriosa necesidad de tener que «entretener» a un amigo de Undine, la señora Spragg se lanzó a este primer encuentro con los tiernos retoños de su verborrea. Llevaba dos días sin ver a la señora Heeny, y hablar con aquel joven tan cordial y de amables modales le resultó casi tan fácil como hablar con la masajista. Además, a él podía contarle cosas que la señora Heeny ya sabía, y a la señora Spragg le gustaba repetir sus historias. Era lo único que le proporcionaba una sensación de permanencia en medio de los cambiantes escenarios de la vida. Y así, tras lamentar por extenso la inoportuna ausencia de Undine, y después de que el joven visitante, con una sonrisa y mientras en su cerebro resonaban ecos de *divers et ondoyant*, repitiera después de la madre el nombre de la hija, diciendo: «Es un hallazgo extraordinario... ¿cómo sabían que le iría tan bien?», fue fácil para la señora Spragg responder: «La llamamos así por un producto para marcar las ondas del pelo que mi padre lanzó al mercado la misma semana en que ella nació...» y explicar a continuación, mientras él seguía impresionado y silencioso: «Viene de ondular, en francés; mi padre estaba seguro de que era un nombre con gancho. Era un hombre muy culto y tenía una gran habilidad para encontrar los mejores nombres. Recuerdo que cuando inventó su Cola Goliath se pasó toda la noche leyendo la Biblia hasta dar con el nombre exacto... No, mi padre no empezó siendo droguero...». La señora Spragg, animándose al detectar el interés de Marvell, continuó: «Lo educaron para ser empresario de pompas fúnebres y desarrolló un negocio de primera clase, pero era un excelente orador y al cabo de un tiempo se hizo sacerdote. Claro que no ganaba tanto como con la funeraria, y al final terminó abriendo una droguería, y también eso lo hizo de primera, aunque su corazón siempre estaba en el púlpito. Pero tras el éxito que tuvo su producto capilar se dedicó a especular con terrenos y entonces lo perdió todo, aunque el señor Spragg hizo todo cuanto “pudo”». Cuando se embarcaba en una frase muy larga, la señora Spragg siempre la remataba lastrando la última palabra.

Siguió diciendo que su marido no estaba por aquel entonces en posición de hacer mucho por su suegro. El señor Spragg era un muchacho pobre cuando llegó a Apex, y sus primeros años de matrimonio fueron una batalla constante, oscurecida por el dolor familiar. Dos de sus tres hijos murieron de fiebres tifoideas en la epidemia que asoló Apex antes de que se construyeran las nuevas conducciones de agua, una calamidad a raíz de la cual el señor Spragg tomó la firme decisión de que en Apex todo el mundo pudiera beber agua

limpia, lo que marcó el comienzo de su fortuna.

—Se había quedado con algunas de las tierras inservibles de mi pobre padre para ayudarlo a saldar sus deudas y, cuando se hizo con la compañía Movimiento por el Agua Pura, el consejo decidió comprar las tierras y construir allí el nuevo depósito; a partir de ese momento empezamos a tener una situación más holgada, y fue como si todo ocurriera para consolarnos un poco por la pérdida de los niños.

En lo sucesivo, el señor Spragg se convirtió en un pilar de Apex, y los años de abundancia siguieron a los de escasez. Ralph Marvell no era lo suficientemente versado en negocios para leer entre líneas del indocto relato de la señora Spragg y entendía tan poco como ella la conexión oculta entre las desgracias familiares del señor Spragg y su triunfo empresarial. El señor Spragg había «ayudado» a su arruinado suegro y jurado sobre la tumba de sus hijos que ningún niño de Apex volvería a morir por beber agua contaminada, y fue a partir de estos dos impulsos altruistas, merced a una impresionante ley de compensación, como adquirió su prosperidad material. Lo que Ralph sí comprendió y apreció fue la sinceridad y la falta de afectación con que la señora Spragg le hablaba de sus orígenes humildes. No había en ella ninguna pretensión de pasado opulento, tal como los demás invasores eran dados a ostentar ante los simples aunque desengañados miembros de la raza indígena. Los Spragg habían sido «gente corriente» y aún no habían aprendido a avergonzarse de ello. Esta circunstancia los acercaba mucho más a los ideales de los Dagonet que cualquier falsa elegancia pasada. Ralph tuvo la sensación de que su madre, que se estremecía de espanto ante la señora de Harmon B. Driscoll, podría comprender y estimar a la señora Spragg.

Pero ¿cuánto duraría la inocencia virginal de los Spragg? Popple ya había puesto en ellos sus vulgares manos... ¡Popple y el inefable Van Degen! En cuanto ellos y los de su clase pusieran en marcha el proceso de iniciación de Undine, no había manera de saber —o, mejor dicho, era facilísimo saber— cómo terminaría todo. Le pareció increíble que también Undine estuviera destinada a engrosar las filas de la elegancia barata; y, sin embargo, ¿no eran precisamente su frescura y su ingenuidad la marca de su destino? Undine todavía estaba en esa edad en la que los espíritus flexibles se dejan atrapar por vez primera. Y que la mano que la atrapase pudiera ser la de Van Degen era lo que producía en Ralph palpitaciones en las sienes y anegaba de golpe todos los planes para su propio futuro, como una inundación primaveral al romperse la presa de un castor. Salvar a Undine de Van Degen y el vandegenismo: ¿sería ésta la misión de Ralph Marvell...? ¿La «llamada» que oscuramente había esperado hasta ese momento de su vida? No era eso ni mucho menos lo que se había propuesto hacer con esos fugitivos destellos de conciencia a los que él llamaba su ser, pero todo cuanto hasta entonces había perseguido para ese ser

transitorio se volvía insignificante ante la presión de la llamada de Undine.

El concepto que Ralph Marvell tenía de las mujeres se basaba en las experiencias propias de los jóvenes atractivos de su clase. Las mujeres se acercaban a él tanto por su atractiva condición de ganador, como por la sensación de calidez juvenil que ocultaba bajo su apariencia ligeramente irónica o por sus encantos físicos e intelectuales. Sólo durante el breve reinado de Clare Dagonet se habían agitado las regiones más profundas de su ser; pero, tras comprender lo que cada episodio sentimental podía ofrecer, Ralph había preservado, en todas sus aventuras menores, la misma fe en la gran aventura que aún estaba por llegar. Era esta fe la que lo convirtió en presa fácil cuando el amor apareció al fin ataviado con los atributos del romanticismo: el sueño indestructible de pasión perfecta propio del hombre dotado de imaginación.

La claridad con la que Ralph juzgaba tanto a Undine como a sí mismo parecía la prueba más sólida de que sus sentimientos eran algo más que una emoción superficial. No era ciego a la tosquedad y a las limitaciones de Undine, pero eso formaba parte de su encanto y de su persuasión. *Diverse et ondoyante...* así la había visto él desde el primer momento. Pero ¿no era precisamente eso el signo de una capacidad de respuesta más rápida a los múltiples encantos del mundo? Allí estaba Harriet Ray, aislada en el vacío hermético de la opinión heredada, y era imposible encontrar en ella siquiera una gota de aire fresco: ¡era imposible acudir al rescate de jóvenes damas tan protegidas de los peligros de la realidad! Undine no contaba con la protección de las tradiciones —Ralph adivinada que las opiniones de la señora Spragg eran tan fluidas como las de su hija— y su sensibilidad a cualquier sensación nueva, combinada con su evidente desconocimiento de los valores relativos, la convertía en presa fácil de las fuerzas de la locura. Ralph la veía —allí sentado, apretándose las sienes con los puños— como una encantadora Andrómeda, atada a una roca, mientras el monstruo devorador de la Sociedad corría a devorarla; y se veía a sí mismo descendiendo en espiral a lomos de su caballo alado —cual Pegaso convertido en Rocinante para la ocasión— para cortar las cadenas que la aprisionaban y llevársela de allí, girando en el azul del cielo...

Capítulo VII

Dos meses después de la vigilia nocturna del joven Marvell, la señora Heeny, sentada en una silla baja delante de las rodillas de Undine, dio a la mano izquierda de la muchacha una palmadita de aprobación y apartó los esmaltes que tenía en el regazo.

— ¡Ya está! Puedes ponerte el anillo —dijo, señalando la trascendencia del asunto con risa jovial; Undine respondió a su risa con un murmullo de beneplácito y deslizó en el dedo anular de su mano liberada un anillo de zafiros engarzados con suma complejidad.

La señora Heeny miró otra vez la mano.

—Son piedras antiguas, Undine... Tienen un aspecto muy distinto —dijo, examinando el anillo mientras friccionaba las brillantes puntas de los dedos de la joven con la palma de su mano carnosa—. Y el engarce es muy peculiar... No me extrañaría que hubieran pertenecido a la abuela Dagonet.

La señor Spragg, que merodeaba junto a ellas sinceramente feliz, se acercó corriendo a mirar.

— ¿No cree que lo ha comprado expresamente para ella, señora Heeny? Venía en un estuche de Tiffany.

La manicura volvió a reír.

—Porque lo ha mandado pulir en Tiffany. ¿Es que nunca ha oído hablar de las joyas de la familia, señora Spragg? Los miembros de la aristocracia europea no salen a «comprar» un anillo de compromiso, y Undine va a casarse con un miembro de nuestra aristocracia.

Esto tranquilizó a la señora Spragg.

—Bueno, se me ocurrió que quizá hubieran escatimado con el anillo...

Pasando por alto esta explicación, la señora Heeny se levantó y se bajó las mangas negras y brillantes.

—Undine, si quieres que te arregle el pelo más vale que empecemos ya.

Undine se movió en el asiento para mirarse en el espejo del tocador. Sus hombros asomaban bajo el encaje y la muselina, que se deslizaron ligeramente hacia la espalda cuando levantó los brazos para desprenderse del pelo las horquillas de carey.

—Claro que quiero... ¡Quiero estar maravillosa!

—Bueno... no sé si sabré peinarte a la moda del momento —dijo la señora Heeny, en un tono que recalca las dudas sobre su propia habilidad.

—Es usted una artista, señora Heeny; y esta noche no puedo contar con la doncella francesa —suspiró la señora Spragg, desplomándose en un sillón junto al tocador.

Undine sacudió la cabeza hacia atrás para soltar sus rizos. Mientras la señora Heeny le separaba el centelleante pelo, la señora Spragg se recostó en su asiento y absorbió con los párpados entrecerrados la hermosura de su hija.

Ésta parecía haber incorporado a su belleza una cualidad nueva: tenía un esplendor más suave, una especie de gracia atenuada, que acaso le comunicara la humedad de los ojos de su madre.

— ¿Vas a conocer al anciano caballero por primera vez en esta cena? — preguntó la señora Heeny, recogiendo los mechones hasta formar una corona trenzada.

—Sí. ¡Y estoy muerta de miedo! —Con risa confiada, Undine cogió un espejo de mano para examinar el pequeño lunar marrón que tenía sobre la curva del labio superior.

—Seguro que Undine sabe cómo tratarlo —aseguró la señora Spragg con una especie de estremecimiento de triunfo.

—Lo que desde luego sabrá es cómo «mirarlo» —señaló la señora Heeny; y Undine sonrió a su propio reflejo.

— ¡Espero no parecerle horrible!

La señora Heeny se echó a reír.

— ¿Has leído esta mañana la descripción que hacían de ti en el Radiator? A ver si tengo un momento para recortarla. Me parece que pronto voy a necesitar una bolsa especial sólo para tus recortes.

Undine levantó ostentosamente los brazos por encima de la cabeza y volvió a contemplar su imagen escorzada en el espejo, con los párpados entornados.

— ¡Por Dios! No te muevas tanto. ¿Quieres que te ponga esta rosa? Así... ¡estás preciosa! —suspiró la señora Heeny cuando los pétalos rosas se hundieron por encima de la frente en el pelo de Undine.

Undine retiró la silla hacia atrás y se sentó con la barbilla apoyada en las manos unidas para estudiar el resultado de las manipulaciones de la señora Heeny.

—Sí; así es como llevaba la otra noche su flor la señora de Peter Van Degen; sólo que la suya era una camelia. ¿Cree que me sentaría mejor una camelia?

—Creo que, si la señora Van Degen parecía una rosa, sería una rosa ajada —dijo poéticamente la señora Heeny—. Quédate quieta un momento. Tienes tanto pelo que me quedaré más tranquila si te pongo otra horquilla.

Undine se quedó quieta, y la señora Heeny apoyó inesperadamente las manos en sus hombros, se inclinó ante su imagen en el espejo y dijo con aire juguetón:

— ¿Habías estado prometida antes, Undine?

La cara del espejo se ruborizó, desde la barbilla hasta la frente, y el rubor se derramó sobre los hombros blancos, de donde se había deslizado el escote del vestido.

— ¡Ay, si él te viera en este momento! —bromeó la señora Heeny.

Levantándose con alboroto, la señora Spragg cruzó la habitación y se quedó un minuto absorta en el vestido extendido sobre la cama. Undine se libró con un movimiento ágil de las manos de la señora Heeny.

— ¿Prometida? ¡Dios mío, sí! ¿Es que no lo sabía? Con el príncipe de Gales. Rompí el compromiso porque no me apetecía vivir en la Torre.

La señora Spragg se colgó el vestido del brazo con mucho cuidado y se acercó con una sonrisa de tranquilidad.

—Supongo que Undie viajará a Europa —le dijo a la señora Heeny.

— ¡Yo también supongo que Undie viajará a Europa! —dijo la propia Undine—. Embarcaremos justo después. ¡Mamá, ten cuidado con mi pelo! — Se agachó con gracia para deslizarse bajo el vestido de encaje que su madre sostenía por encima de su cabeza.

Al incorporarse, como Venus entre sus pliegues, alguien llamó a la puerta con los nudillos y al momento hizo amago de abrir.

— ¡Mabel! —musitó Undine, dejando caer las cejas como hacía su padre; la señora Spragg corrió a proteger a su hija, acercándose con disgusto a la puerta entreabierta.

— ¿Quién es? Ah, es usted, señora Lipscomb. Bueno, no sé si puede... Undie no ha terminado de vestirse...

—Es típico de ella... ¡Siempre inmiscuyéndose! —murmuró Undine, introduciendo los brazos en las mangas transparentes.

—Ah, eso no importa. ¡La ayudaré a vestirse! —dijo Mabel Lipscomb, mientras su voluminosa figura y su cabeza rubia emergían en el umbral de la puerta—. He pensado que debía echar una mano esta noche, teniendo en cuenta que fui yo quien los presentó.

Undine saludó con sonrisa forzada, mientras la señora Spragg mostraba su malestar con un gesto que marcó sus tenues arrugas y, apartándose para esquivar a Mabel, le dijo entre dientes a la señora Heeny:

—Yo creo que a mi hija le basta con que la vean...

El primer encuentro con el anciano señor Dagonet fue menos terrible de lo que Undine esperaba. Ya había estado una vez en la casa de Washington

Square en compañía de su madre, para devolver la visita ceremonial de la señora Marvell, pero el abuelo de Ralph no estaba presente en esa ocasión. Todos los ritos relacionados con su compromiso eran nuevos y misteriosos para Undine, y no menos lo era la inesperada necesidad de «cargar» —como decía ella— con su madre en todo el asunto. La costumbre establecida según el credo de Apex era que los padres quedaran completamente al margen en el momento de decidirse el destino de los hijos, y ver que en Nueva York se invertía esta regla era tan desconcertante para Undine como para su madre. La señora Spragg no estaba en absoluto preparada para interpretar su papel en aquella visita a la señora Marvell, de ahí que contagiara a su hija su propio nerviosismo, y que la media hora que pasaron en el austero y deslucido salón de la casa figurase entre los peores recuerdos de Undine.

Undine se sintió más segura cuando volvió sola. La confianza en su propia belleza le había permitido hasta la fecha sobrellevar cualquier ordalía, y ahora se veía reforzada por la sensación de poder que le daba saberse amada. Si pudieran dejar fuera a su madre estaba segura, en su propia expresión, de saber «manejar el asunto»; y a la señora Spragg la dejaron providencialmente fuera de la cena en casa de los Dagonet. Al parecer sólo asistiría el pequeño núcleo familiar al que Undine ya conocía, y sentada a la derecha del anciano señor Dagonet, en el oscuro comedor de techos altos con puertas de caoba y retratos en penumbra de los Firmantes de la Declaración de Independencia y sus mujeres, Undine se alegró conscientemente de su propia ascendencia. El anciano —menudo, frágil y ligeramente irónico— pareció sucumbir de inmediato a su hechizo. Si en algún momento ella detectó bajo la cordialidad del anciano un peligro delicado, como el de un fino instrumento quirúrgico, lo juzgó irrelevante y optó por ignorarlo, pues aún no percibía con claridad las fuerzas que no la afectaban directamente.

La señora Marvell, discreta y en segundo plano, aunque impresionante de todos modos, era menos sensible a las artes de Undine, y la joven adivinó que se oponía al matrimonio de Ralph. La señora Heeny le había contado que la madre tenía otros planes para su hijo, y la noticia se vio confirmada con los ecos del breve y violento combate, que llegaron hasta los excitados oídos de los huéspedes del Stentorian. Una vez superado el conflicto, el ambiente se despejó de inmediato, y en él apareció el enemigo en un acto de rendición incondicional. Sorprendió a Undine que no hubiera represalias ni volvieran a mencionarse los detalles de la derrota. No era ésa la noción que ella tenía de una guerra, y atribuyó exclusivamente la rotunda victoria al efecto de sus encantos.

La señora Marvell no se mostraba del todo subyugada, aunque parecía ansiosa por disipar cualquier duda al respecto de su buena fe, y si dejaba en manos de su animada hija la responsabilidad de la conversación tal vez fuera

porque se sentía más capaz de demostrar su indulgencia con su silencio que con sus palabras.

En cuanto a la señora Fairford, nunca había manejado de un modo más brillante la fusión de elementos que quedaba en sus manos. Undine ya había descubierto que adoraba a su hermano, y por ello supuso que podía ser una aliada inquebrantable o una enemiga feroz. No se alarmó, sin embargo por esta última posibilidad. Tenía a la señora Fairford por una mujer «magnífica» y deseaba ganarse su simpatía; además, se sentía en tal estado de aturullada confianza en sí misma que le parecía sencillo ganarse la simpatía de cualquiera.

El resto de los invitados —el marido de la señora Fairford y otro hombre un poco mayor, Charles Bowen, que era al parecer un amigo especial de ésta— no merecieron su atención: los situó en el mismo plano que a los cuadros en penumbra que tenía detrás. Esperaba una fiesta más concurrida, aunque le alivió encontrarse con un grupo pequeño y al que poder dominar. No tenía ninguna intención de imponerse asertivamente. La rapidez con que captaba las diferencias externas ya le había enseñado a modular y atenuar su tono de voz, y a sustituir sus «vaya idea» y sus «no me sorprende» por expresiones más refinadas; no llevaba ni diez minutos sentada a la mesa cuando pensó que mostrarse muy enamorada y un poco aturdida y desbordaba por la novedad y la intensidad de sus sentimientos era para los Dagonet la actitud propia de una joven dama en su situación. No le costó interpretar el papel porque estaba realmente enamorada. Y era muy agradable mirar al otro lado de la mesa y ver una expresión desconocida en los ojos grises de Ralph, y sentir que la causa era ella; aunque esto era sólo una parte del placer general que le proporcionaba asistir a aquel homenaje a su belleza y de las sensaciones de interés y curiosidad que despertaba en ella todo cuanto la rodeaba, desde los retratos de la familia en las paredes hasta la plata del anciano Dagonet sobre la mesa... ¡que a la postre también sería suya!

La conversación, como ya ocurriera en casa de la señora Fairford, confundió a Undine por la ausencia de alusiones personales y la tendencia a centrarse en libros, cuadros y política. La «política» siempre había sido para ella algo parecido a la trastienda de un negocio un lugar donde se arrojaban los desperdicios y se cocinaban los enredos más dudosos. Como charla de salón le aburría, la encontraba tan insulsa como las oraciones del 4 de julio, y se le iba la cabeza pese a su deseo de parecer informada y competente.

El anciano señor Dagonet, que hablaba con voz aflautada y cortante, puliendo y liberando cada sílaba, intentó acudir en su ayuda interesándose amablemente por su familia y por las amistades que había hecho en Nueva York. Pero el progenitor de una cariátide, que existe simplemente como sostén filial, no es un tema fértil, y, al verse instada por primera vez a pensar en sus

padres como tema de conversación, Undine cayó en la cuenta de su falta de méritos. Nunca se había parado a pensar qué «interesaba» a su padre o a su madre y, retada a especificar, sólo podía nombrarse —con sinceridad— a sí misma. Tampoco sobre la cuestión de sus amistades neoyorquinas podía explayarse mucho más, pues hasta el momento su círculo había crecido bastante más despacio de lo que esperaba. Se figuró que al ser cortejada por Ralph tendría acceso inmediato a todos los privilegios sociales de su prometido, pero éste se había mostrado extrañamente reacio a introducirla en el círculo de los Van Degen, en el que él se movía con tanta familiaridad; y las personas que sí parecían ansiosas por conocerla —algunas mujeres «inteligentes» y anticuadas de la edad de su hermana, y un par de ancianas llenas de energía que vivían en casas viejas, rodeadas de muebles de caoba y de retratos de Stuart— no le ofrecían las posibilidades que ella buscaba.

—Todavía no conozco a mucha gente... Ya le he dicho a Ralph que tiene que darse prisa en presentarme —le dijo al señor Dagonet, mirando de soslayo a Ralph, de cuya mirada entre las flores y las luces era consciente en todo momento.

—Mi hija te acompañará... tienes que conocer a las amistades de su madre —dijo el caballero, mientras la señora Marvell sonreía sin comprometerse—. Pero creo que tiene usted una buena amiga... la dama que la ha introducido en sociedad —continuó el señor Dagonet; y Undine tuvo una vez más la sensación de que la incontenible Mabel volvía a «entrometerse».

—Sí... Mabel Lipscomb. Éramos compañeras de colegio —dijo con indiferencia.

— ¿Lipscomb? ¿Lipscomb? ¿A qué se dedica el señor Lipscomb?

—Es agente de bolsa —dijo Undine, satisfecha de poder presentar al marido de su amiga bajo una luz tan favorecedora. Había aprendido que, por sutilezas de una clasificación profesional desconocida en Apex, en Nueva York era más distinguido ser agente de bolsa que dentista, y le sorprendió el escaso interés que mostró el señor Dagonet.

— ¿Ah? ¿Agente de bolsa? —dijo, en el mismo tono en que Popple diría: “¿Dentista?».

Y Undine volvió a verse perdida en un nuevo laberinto de distinciones sociales. Sintió un repentino desprecio por Harry Lipscomb, que ya había empezado a parecerle estridente, cómico e insignificante.

—Supongo que Mabel no tardará en pedir el divorcio —dijo, deseando por razones personales presentar a la señora Lipscomb de la manera más favorable.

Las bonitas cejas del señor Dagonet se fruncieron.

— ¿El divorcio? Umm... eso es mal asunto. ¿Se ha portado él mal?

Undine pareció inocentemente sorprendida.

—No lo creo. Se llevan bastante bien. Pero él ha resultado ser una decepción para ella. No está en el círculo adecuado, y creo que Mabel sabe que mientras no se libre de él no llegará a ninguna parte.

Estas palabras, que Undine pronunció acentuando su timbre aflautado, como hacía cuando estaba segura de lo que decía, fueron recibidas con un silencio que se prolongó y se intensificó, mientras los rostros de todos los presentes, con la excepción de Ralph Marvell, reflejaban en mayor o menor grado el mismo asombro y disgusto que el anciano.

—Pero, mi querida muchacha... ¿en qué posición quedaría tu amiga si, como tú dices, «se libra» de su marido con un pretexto tan trivial?

Sorprendida por la sequedad de la pregunta, Undine intentó explicarse.

—Bueno, ella no alegraría esa razón. Pero cualquier abogado puede solucionarlo. ¿No suelen llamarlo deserción?

Hubo otro silencio, esta vez más palpitante, interrumpido por la risa de Ralph.

— ¡Ralph! —le amonestó su madre en voz baja. Después, volviéndose a Undine con una sonrisa forzada, dijo—: Parece que en algunas zonas del país empieza a tolerarse este tipo de... arreglos tan desafortunados. Pero en Nueva York, a pesar de que la indiferencia es creciente, una mujer divorciada sigue estando — ¡gracias a Dios!— en clara desventaja.

Undine abrió unos ojos como platos. Por fin surgía un tema que de verdad le interesaba y que le permitía una vez, más atisbar con asombro en la cámara oscura de la sociedad neoyorquina.

— ¿Quiere usted decir que Mabel quedaría en peor posición? ¿Que no podría salir tanto como ahora?

La señora Marvell respondió muy seria.

—Yo diría que eso depende de la clase de gente con la que desee relacionarse.

— ¡Con la mejor, naturalmente! Ella no tiene otro propósito. Ralph intervino, volviendo a reír.

—Ya lo ves, Undine, será mejor que te lo pienses dos veces antes de decidir divorciarte de mí.

— ¡Ralph! —le reprendió de nuevo su madre. Pero Undine, ruborizada y encendida, replicó:

— ¡Bueno, eso sólo depende de ti! En Apex se considera que si una muchacha se casa con un hombre que resulta no ser lo que ella esperaba tiene derecho a cambiar. ¡Más vale que tú te pienses eso dos veces!

— ¡Si al menos estuviera seguro de qué es lo que tú esperas! —dijo él, captando la broma y devolviéndola en mitad del silencio fascinado de todos los demás.

— ¡Pues «todo»! —anunció ella; y el señor Dagonet posó su mano vieja y surcada de venas en la mano de Undine y, con un cambio de tono que rebajó la tensión que se había creado, dijo:

—Hija mía, con ese aspecto seguro que lo conseguirás.

Capítulo VIII

Fue sin duda la previsión de la señora Fairford lo que zanjó las posibles tensiones llevándose a Ralph y a su prometida al teatro después de cenar. Quedó claro que el señor Dagonet nunca se acostaba antes de pasar una hora jugando al whist con su hija, y el silencioso señor Fairford pasaba sus veladas en el club jugando también al bridge. Así pues, la fiesta se vio reducida a Undine y Ralph, junto a la señora Fairford y su expectante amigo. Causaba en Undine una vaga extrañeza el hecho de que el grave caballero de pelo gris acompañara siempre a la señora Fairford, aunque llegó a la conclusión de que era costumbre en Nueva York que las damas casadas estuvieran siempre «rodeadas» de caballeros (como las chicas en Apex), y de ahí que el señor Bowen fuera el único superviviente de las anteriores victorias de Laura Fairford.

No tuvo sin embargo mucho tiempo para entregarse a tales conjeturas, porque la representación a la que asistían —el debut de una actriz de moda londinense— había atraído a un concurrido público, en el que reconoció de inmediato algunas caras familiares. Su compromiso se había anunciado tan sólo el día anterior, y Undine tuvo la deliciosa sensación de salir «en todos los periódicos» y de concitar innumerables miradas de interés y curiosidad mientras recorría el teatro tras la estela de la señora Fairford. Sus butacas se encontraban cerca del escenario y el desfile hasta ellas fue lento, para prolongar esta sensación de felicidad. Antes de ocupar su butaca, Undine se detuvo para que Ralph le quitara la capa y cuando éste la despegababa de sus hombros oyó que una dama decía a sus espaldas: «Ahí está... la de blanco con

esa espalda tan bonita...», y un hombre respondía: «¡Dios mío! ¿Dónde ha encontrado semejante joya?».

La aprobación anónima sin duda agradaba a Undine, quien tuvo ocasión de saborear un momento aún más exquisito cuando en el palco del proscenio, al otro lado del teatro, vio a Clare Van Degen sentada, junto a la mojigata figura de la señorita Harriet Ray. «Están aquí para verme con él... ¡no lo soportan, pero no pueden evitarlo!». Y se volvió para dedicar a Ralph una sonrisa de posesión.

La señora Fairford también parecía sorprendida por la presencia de las dos damas, y Undine oyó que le susurraba al señor Bowen:

— ¿Has visto a Clare ahí? ¡Y está con Harriet! ¡Que Harriet haya querido venir me parece espartano! ¡Y qué propio de Clare pedirselo!

Su compañero se echó a reír.

—Ése es uno de los más profundos instintos de la naturaleza humana. El asesinado es tan dado como el asesino a regresar a la escena del crimen.

Sin duda adivinando el deseo de Ralph de tener a Undine para él solo, la señora Fairford la había dejado pasar en primer lugar y ella, mientras se sentaba, fue consciente de que la persona que ocupaba la butaca contigua se volvía ligeramente con un vago gesto de reconocimiento. Pero ya se levantaba el telón, y Undine se dejó absorber por el drama, tanto más cuanto que éste tendía a mostrar las sucesivas prácticas de acicalamiento de su personaje principal. Sentada junto a Ralph Marvell y sintiendo la emoción de su cercanía como un aspecto más sutil del interés general que su presencia suscitaba, se vio al fin recompensada por la desilusión que había sufrido aquella otra noche en la ópera. Era característico de ella recordar sus fracasos con tanta intensidad como sus triunfos, y la pasión con que deseaba borrarlos, «saldar cuentas» con ellos, era siempre uno de los incentivos latentes en su conducta. Finalmente tenía lo que deseaba; era consciente de poseer lo «verdadero» y, entre otras sensaciones más difusas, la adoración de Ralph le procuraba el más refinado de los placeres, como el que podría experimentar una reina guerrera, triunfalmente transportada por príncipes cautivos, que lee en los ojos de uno de ellos la pasión que no se ha atrevido a expresar.

Su imprecisa felicidad se vio reforzada con diversos actos de reconocimiento al caer el telón. Todas las personas con las que quería «salir», como se decía en Apex, parecían reunidas en las butacas y en los palcos, y los ojos de Undine no dejaban de volverse con especial satisfacción hacia la incongruente pareja que formaban la señora de Peter Van Degen y la señorita Ray. La visión le resultaba tan irresistible que le susurró a Ralph:

—Deberías ir a saludar a tu prima. ¿Le has dicho que estamos prometidos?

— ¿A Clare? Claro que sí. Iba a llamarte mañana.

—Ah, no es necesario que se moleste; sería la primera vez —dijo Undine con altivez.

En lugar de responder a este comentario, Ralph preguntó:

— ¿A quién estás saludando?

—Al señor Popple. Viene hacia aquí. Ya sabes que quiere pintarme. — Undine resplandeció y se agitó cuando el brillante Popple se abrió camino entre las butacas hasta el asiento contiguo, momentáneamente desocupado.

—Un tipo de primera el que está sentado a tu lado, quienquiera que sea, por darme esta oportunidad —declaró el artista—. Ah, Ralph, amigo mío, ¿cómo lo has conseguido? Nos tienes a todos atónitos. —Se inclinó para dar a Marvell el irónico apretón de manos del celibato—. Nos has dejado a todos lamentándonos; usted lo sabe, señorita Spragg. Pero yo tengo una ventaja sobre los demás... ¡y es que puedo pintarla! El no podrá prohibirlo, ¿o sí? ¡Al menos antes de casarse!

Undine dividió entre los dos sus radiantes sonrisas.

—No creo que me trate de un modo distinto cuando nos hayamos casado —proclamó, con alegre desafío.

—Bueno, nunca se sabe. ¿No cree que deberíamos empezar cuanto antes? En serio, me gustaría mucho incluir su retrato en la exposición de primavera.

— ¿De veras? ¡Eso será encantador!

—Usted lo será, sin ninguna duda... tal como pienso retratarla. Pero veo que Ralph se pone mustio. Alégrate, mi querido amigo; seguro que serás invitado a las sesiones de pintura... aunque eso le corresponde decidirlo a la señorita Spragg. Ah, ya vuelve su vecino, maldito sea. ¿Me hará usted saber cuándo podemos empezar?

Mientras Popple se alejaba, Undine se volvió ansiosa hacia Marvell.

— ¿Crees que habrá tiempo? ¡Me encantaría que me retratara!

Ralph sonrió y dijo:

—Mi pobre niña... te aseguro que lo hará, para vengarse. ¡Qué cara más dura, pedirte que poses para él...!

Undine lo miró y dijo:

— ¿Por qué? ¿No ha retratado a tu prima y a todas las mujeres elegantes?

—Bueno, ¡si sólo quieres un retrato elegante!

—Quiero lo mismo que las demás —dijo ella, frunciendo el ceño y haciendo un mohín.

Empezaba a disgustarle el más leve gesto de resistencia a su placer por parte de Ralph, y su resentimiento adoptó en esta ocasión la forma —característica en los cortejos de Apex— de darle la espalda deliberadamente en el siguiente entreacto. Esto tuvo para Undine la consecuencia de entrar en relación más directa con su vecino de butaca. El vecino se volvió al ver que ella hacía lo mismo, mostrando sobre la reluciente pechera de la camisa una falsa perla de gran tamaño y un rostro rubicundo, carnoso y chato, sin un solo ángulo, y sin embargo más afilado que una navaja. Undine se sobresaltó cuando sus ojos se encontraron, y por un largo momento la mirada de cada uno quedó suspendida en la contemplación del otro.

Undine se volvió al fin con aire distraído, pero al moverse se le cayeron al suelo los gemelos, y su vecino se agachó para recogerlos.

—Y bien... ¿todavía no me reconoces? —dijo, con una leve sonrisa, mientras le devolvía los gemelos.

Hasta los labios de Undine se habían quedado sin color, y cuando intentó hablar no pasó de producir un ligero chasquido con la garganta. Era consciente de su cambio de aspecto, y el miedo a que Marvell lo notara la obligaba a seguir con la cara descompuesta vuelta hacia su vecino. Los ojos negros y saltones, que destacaban de un modo llamativo en la cara redonda y brillante, denotaron al principio un interés impersonal y ligeramente irónico, pero la sorpresa creció en ellos al prolongarse el silencio de Undine.

— ¿Qué ocurre? ¿Es que no quieres hablar conmigo?

Undine reparó entonces en que Marvell, ajeno a su modesta exhibición de descontento, se había levantado y se dirigía hacia el pasillo; y esta afirmación de independencia, que un momento antes tanto la habría molestado, dio paso a una intensa sensación de alivio.

—No... no te dirijas a mí, por favor. Ya te lo explicaré en otro momento... Te escribiré. —Su vecino seguía observándola, emitiendo con los labios un silbido inaudible bajo el bigote pequeño y oscuro.

—Bueno, yo... esto es muy embarazoso —murmuró; y, comoquiera que Undine no contestara, añadió—: ¿Tienes miedo de que te pida que me presentes a tu amigo?

Undine hizo un discreto gesto de súplica.

—No puedo explicártelo; te prometo que nos veremos, pero te pido que no me hables en este momento.

El hombre abrió su programa de mano y siguió hablando en voz baja,

fingiendo leer:

—Siempre dispuesto a hacer un favor, desde luego. Ése ha sido siempre mi lema. Pero ¿es una promesa... sin trampa ni cartón? ¿Nos veremos?

Undine se apartó un poco más.

—Lo prometo. Yo... quiero verte —tartamudeó.

—Muy bien. Llámame mañana al Driscoll. Setecientos nueve, ¿entendido?

Ella asintió y él añadió en voz aún más baja:

—En todo caso, supongo que puedo darte la enhorabuena —y sin esperar respuesta se volvió para observar el palco de la señora Van Degen a través de sus gemelos.

Clare, consciente del escrutinio a que era sometida desde el patio de butacas, se inclinó hacia atrás y por encima del hombro le preguntó a Ralph Marvell, que acababa de sentarse a sus espaldas.

— ¿Quién es ese hombre tan raro, el de la cara colorada, que está hablando con la señorita Spragg?

Ralph se adelantó para mirar.

— ¿El que está a su lado? Es la primera vez que lo veo. Aunque me parece que te equivocas; no está hablando con él.

—Pero lo estaba... ¿Verdad, Harriet?

La señorita Ray frunció los labios sin hablar, y la señora Van Degen hizo una pausa de menos de un segundo antes de decir:

—Tal vez sea un amigo de Apex.

—Es muy probable. Aunque en ese caso me lo habría presentado.

La prima de Ralph se encogió ligeramente de hombros:

— ¿Piensas a animarla a que lo haga?

Peter Van Degen, que pasó un momento por el palco de su mujer, captó el coloquio y levantó sus gemelos.

— ¿El tipo que está al lado de la señorita Spragg? ¡Diantre, Ralph, esta noche está arrolladora! Un momento... yo conozco esa cara. Lo vi en la oficina de Harmon Driscoll el día de la reunión con Eubaw Mine. Ese tío es su secretario o algo por el estilo. Driscoll lo llamó para que comunicara algunos datos a los directores, y me pareció un tipo muy espabilado.

Clare Van Degen se volvió alegremente hacia su primo.

— ¡Si tiene algo que ver con los Driscoll más vale que lo cultives! Es el

tipo de relación que los Dagonet siempre han necesitado. ¡Yo me casé para darles ejemplo!

Ralph soltó una carcajada.

—Tienes razón. Voy corriendo a conocerlo —dijo, y tendió la mano a su prima, evitando su mirada de decepción.

Esa noche, al entrar en su dormitorio, Undine se sobresaltó ante la presencia de una figura camuflada que de pronto se reveló en la oscuridad: era la lánguida silueta nocturna de la señora Spragg.

— ¿Madre? ¿Qué demonios...? —exclamó Undine cuando la señora Spragg apretó el interruptor, inundando de luz la habitación. La idea de que la madre se quedara esperando a la hija era tan ajena a las costumbres de Apex que sólo despertó desconfianza e irritación en el objeto de esta deferencia.

La señora Spragg se aproximó con gesto reprobatorio para quitarle la capa de los hombros.

—No he podido evitarlo, Undie... Le dije a tu padre que tenía que esperarte. Quería que me lo contaras todo.

Undine se apartó de ella.

— ¡Por Dios! ¿A estas horas? Mañana parecerás un cadáver si te pasas la noche en vela.

Se acercó al tocador y empezó a demoler con manos febriles la estructura que con tanto mimo había levantado la señora Heeny unas horas antes. Pero la rosa se le enganchó en el pelo, y la señora Spragg se aventuró tímidamente a liberarla, disfrutando así de una perfecta visión de su hija en el espejo.

— ¡Eres tú la que parece un cadáver! ¿Estás enferma? ¿Qué pasa, hija mía?

Undine se alejó bruscamente.

— ¿Es que no puedes dejarme en paz? ¿Y «ahora» también estoy blanca? —gritó, mientras la sangre iluminaba sus mejillas pálidas; y, viendo que la señora Spragg se retiraba, Undine añadió con más suavidad, en el tono de una madre que riñe a un niño díscolo—: ¡Que te observen así es suficiente para poner enfermo a cualquiera!

—Lo siento mucho, Undie —dijo la señora Spragg, muy compungida—. Supongo que habrá sido el brillo de la luz.

—Sí... esta luz es espantosa; bájala un poco —ordenó Undine, para quien normalmente ningún resplandor era demasiado intenso; y la señora Spragg se apresuró a obedecer, dando gracias por tener una tarea que cumplir.

Undine se sumió luego en un silencio inquietante mientras dejaba que le desataran el vestido y le llevaban su camisón y sus zapatillas. Saltaba a la vista que su madre quería seguir hablando, pero se contenía por miedo a que la echasen de allí con cajas destempladas.

— ¿No quieres tomar un poquito de leche antes de acostarte? —propuso al fin, mientras Undine se hundía en un sillón—. La tengo preparada para ti en la salita.

La hija respondió sin levantar la vista:

—No. No quiero nada. Vete a la cama.

La madre parecía debatirse entre un instinto de obediencia cultivado durante toda una vida y un temor que no alcanzaba a formular.

—Ya me voy, Undie. —Le dijo adiós con la mano—. ¿Es que no te recibieron como es debido, hija? —preguntó, con súbita resolución.

— ¡Qué tontería! ¿Cómo «debían» recibirme? Todo el mundo estuvo encantador conmigo. —Se levantó de un salto y siguió desvestiéndose, arrojando la ropa al suelo y sacudiendo la cabeza con los hombros desnudos.

La señora Spragg, agachada, iba recogiendo las prendas desperdigadas a medida que caían al suelo y las doblaba con una caricia nostálgica para dejarlas en el salón, sin atreverse a levantar los ojos hacia su hija. No se acercó a ella hasta que la oyó lanzarse sobre la cama y retirar el cobertor con desprecio.

— ¡Ah, apaga la luz... estoy muerta! —protestó hundiendo la cara en la almohada.

La señora Spragg dio media vuelta obedientemente; luego, concentrando todos sus impulsos dispersos en un apasionado acto de valor, volvió junto a la cama y dijo:

—Undie... ¿no habrás visto a nadie... en el teatro quiero decir? ¿A alguien a quien no quisieras ver?

Al oír la pregunta, Undine levantó la cabeza y se incorporó bruscamente sobre el montón de almohadas, la cara blanca y con expresión de fastidio muy cerca del rostro contraído de la madre. Se observaron un momento la una a la otra, intercambiando rabia y miedo en sus miradas, hasta que Undine respondió:

—No, a nadie. Buenas noches.

Capítulo IX

A última hora del día siguiente, Undine esperaba a solas bajo la pérgola de una glicinia desprovista de hojas, en el extremo oeste de Central Park. Se había puesto el vestido más sencillo y el sombrero más discreto, y se había cubierto con un velo, pero incluso así preparada para la ocasión era consciente de su inoportuno resplandor.

El hábito de encontrarse con muchachos jóvenes en lugares recónditos no le era desconocido: lo novedoso era la turbación que sentía al hacerlo. No le preocupaba tanto la posibilidad de encontrarse accidentalmente con Ralph Marvell como el recuerdo de encuentros similares, y en modo alguno fortuitos, con el romántico Aaronson. ¿Era posible que la mano en la que ahora lucía el anillo de compromiso de Ralph se hubiera rendido alguna vez, en ese mismo lugar, al tacto de su profesor de equitación? Sólo de pensarlo sintió una oleada de malestar físico que vino a borrar otro recuerdo igualmente desagradable, aunque más lejano.

Este recuerdo revivió con la aparición de un joven rubicundo de estatura media, corpulento y abotonado bajo un abrigo de hombros cuadrados, que en ese momento se acercaba por el paseo en dirección a la pérgola. Perfilado sobre el empinado camino de asfalto, el recién llegado reveló su figura gruesa aunque compacta, la cabeza redonda sobre un cuello en el que la prosperidad produciría un pliegue encarnado a la primera ocasión. Su rostro de contornos redondeados, y la encarnada inocencia de la piel realzada por unos ojos negros prematuramente astutos, tenía una expresión ingeniosa y jovial que a Undine en otro tiempo le había resultado «elegante», pero que en ese momento le sorprendió por lo vulgar. Sintió que, en el ambiente de los Marvell, Elmer Moffatt no sería un «caballero». Había no obstante algo en su aspecto que auguraba la capacidad de transformarse en cualquier personaje que se le antojara, aunque no parecía probable que entre sus deseos figurara en ese momento el personaje del caballero. Su andar siempre había sido arrogante y enérgico, y ladeaba la cabeza con un leve impudor que alguna vez ella había considerado «atractivo»; pero, si esa apariencia denotaba entonces una suerte de desafío desesperado al mundo y a sus juicios, ahora sugería tan sólo una relación casi consolidada con estas fuerzas, y a Undine le dio un vuelco el corazón al comprender las implicaciones del cambio.

A medida que se acercaba, el joven sustituyó su expresión de seguridad por una de sorpresa ligeramente divertida.

—Bueno... ¡es un detalle de tu parte, Undine! —dijo, cogiendo los dedos sin vida de ella con una mano pulcramente enfundada.

Undine dijo a través del velo:

—Dije que vendría.

Él se echó a reír.

—Así es. Y ya ves que yo te creí. Aunque podría no haber...

—No creo que tenga sentido empezar así —le interrumpió ella, nerviosa.

—En eso también tienes razón. ¿Qué tal si paseamos un poco? Hace bastante fresco cuando te quedas quieto.

Retomó el camino que bajaba a la avenida, y Undine avanzó a su lado con paso largo y fluido.

Cuando llegaron a la relativa intimidad de los árboles que entrelazaban sus ramas, Moffatt se detuvo para decir:

—Si vamos a hablar, me gustaría verte la cara, Undine. —Y, tras un primer momento de recelo, ella se retiró el velo sumisamente.

Él la miró en silencio, y luego, en tono evaluador, dijo:

—Has engordado un poco, pero estás más pálida. —Y tras un nuevo escrutinio apreciativo, añadió—: Hay poquísimas mujeres a las que valga la pena mirar, y te agradezco que me hayas concedido esta nueva oportunidad.

Undine frunció el ceño, aunque suavizó el gesto con una sonrisa temblorosa.

—Me alegro de verte, Elmer... me alegro, de veras.

Él le devolvió la sonrisa y siguió estudiándola con buen humor:

—Anoche no lo dejó usted traslucir, señorita Spragg.

—Estaba muy sorprendida. Te creía en algún lugar de Alaska.

El joven volvió a formar con los labios el silbido mudo con que solía expresar asombro.

— ¿Sorprendida? ¿No te dijo Abner E. Spragg que me había visto en el centro?

Undine lo miró sobresaltada:

— ¿Mi padre? ¿Es que lo has visto? ¡No me ha dicho ni una palabra!

El silbido de Elmer se hizo audible.

— ¡Todavía está corriendo! —dijo alegremente—. Ojalá pudiera asustar a otros con la misma facilidad con que asusto a tu padre.

Undine vaciló.

—Yo nunca he sentido por ti lo mismo que mi padre —se aventuró a decir

finalmente; y él respondió con otra larga mirada.

—Bueno, creo que si te hubieran dejado en paz no te habrías portado tan mal conmigo —fue su conclusión.

—No era mi intención, Elmer... Te doy mi palabra... pero era tan joven... Yo no sabía nada...

Los ojos de Elmer se iluminaron como quien recuerda una broma:

—No, claro; supongo que dos años de compromiso con un estirado como Millard Binch no enseña gran cosa a una chica; y eso era lo único que te había pasado antes de que yo apareciese.

Undine se sonrojó hasta la frente.

—Pero, Elmer... yo era una niña cuando me prometí con Millard...

—De eso no cabe duda. Y seguiste siéndolo después. En los titulares de The Apex Eagle siempre te llamaban «La niña-novia».

—No veo qué sentido tiene... ahora...

— ¿Eso también está prohibido? Dime, Undine... ¿de qué podemos hablar? Creía que estábamos aquí para eso.

—Desde luego. —Hizo un esfuerzo por sobreponerse—. Sólo quería decir que... ¿de qué sirve escarbar en el pasado?

— ¿Escarbar? ¿Esa es la idea? ¿Por eso me cortaste anoche?

—Yo... ¡ah, Elmer! No era mi intención; lo que pasa es que estoy prometida.

—De eso me di cuenta enseguida. Lo habría sabido aunque no leyera los periódicos. —Soltó una risotada—. Seguro que él se sentía maravillosamente bien allí a tu lado. Eso lo comprendo. Lo recuerdo. Pero no me parece una razón para despreciarme. Ahora soy un ciudadano respetable... Soy uno de los secretarios personales de Harmon B. Driscoll. —Subrayó el dato parodiando su solemnidad.

Esta declaración, sin duda impresionante para Undine, no le dio pie sin embargo a responder de inmediato con el oportuno cumplido.

—Elmer Moffatt... ¿lo eres de verdad?

Elmer volvió a reír.

—Creo que de haberlo sabido anoche me habrías reconocido.

Undine sacó sus conclusiones y se puso muy pálida.

—Entonces ¿vives en Nueva York...? ¿Seguirás viviendo aquí?

—Bueno, eso parece; al menos mientras conserve este empleo. Los grandes hombres siempre se sienten atraídos por la metrópolis. Y yo sentí su llamada justo cuando el tío Harmon B. estaba buscando a alguien que pudiera facilitarle información solvente sobre la mina de Eubaw... ya sabes que los Driscoll están muy metidos en Eubaw. Casualmente fue allí adonde fui después de nuestro pequeño disgusto en Apex, y resultó ser justo el momento en que se estaba haciendo el trato. De manera que en cierto sentido tus padres me hicieron un favor cuando convirtieron Apex en un infierno para mí, ¿verdad que tiene gracia?

Undine se sobrepuso y le tendió la mano impulsivamente.

—Me alegro mucho... de veras. ¡Me alegro mucho de que tuvieras ese golpe de suerte!

—Muchas gracias —dijo Elmer—. Por cierto, cuéntaselo a Abner E. Spragg la próxima vez que te cruces con él.

—Mi padre también se alegrará mucho, Elmer. —Vaciló un instante y dijo —: Supongo que ahora comprenderás que era natural que mis padres se sintieran así...

—Bueno, lo que no me pareció natural es que te hicieran sentir lo mismo a ti. Aunque reconozco que yo no era precisamente un buen partido por aquel entonces —dijo Elmer jugando con su mirada sobre Undine—. Pero, dime una cosa, Undine... ¿verdad que estuvo bien mientras duró?

Undine se sobresaltó y se ruborizó; sus ojos se entristecieron.

—Eh, ¿qué pasa? ¿Eso también está prohibido? Bien, de acuerdo. Mira, Undine, será mejor que me digas de qué querías hablar.

Undine recorrió con ojos desesperados los nudosos troncos de la glicinia bajo la cual se habían detenido.

—Sólo quería pedirte... rogarte... que no vuelvas a decir nada por el estilo... nunca...

— ¿Sobre nosotros?

Ella asintió en silencio.

— ¿Por qué? ¿Qué hay de malo en eso? ¿Es que alguien ha hablado mal de mí?

—No, no. ¡No es eso!

— ¿Por qué demonios, entonces... aparte de que tú te avergüenzas de mí? —Undine no respondió; se quedó quieta, clavando la punta de su bastón en una fisura del asfalto. Al cabo de un rato, en un tono que por primera vez

denotaba una leve irritación, Elmer dijo—: No tengo intención de inmiscuirme entre esa gente tuya tan fina, si es eso lo que te preocupa.

El tono de Elmer intensificó la angustia de Undine.

—No, no... no lo entiendes. Lo único que quiero es que no se sepa nada.

—Sí, pero ¿por qué? Todo ocurrió a la luz del día.

—Eso no importa... que ocurriera a la luz... o... no... —Elmer lanzó un silbido que a ella le hizo añadir—: Lo que quiero decir es que aquí, en el este, ni siquiera ven con buenos ojos que una chica haya estado prometida anteriormente.

Este último comentario le arrancó una carcajada al joven, que cada vez estaba más perplejo:

— ¡Caray! ¿Y cómo piensan que ha pasado su juventud? ¿Tocando Ciudad sagrada con el acordeón y tricotando para las ferias de la iglesia?

—Aquí se cuidan mucho de las chicas. Todo es diferente. Sus madres las acompañan.

Al crecer su hilaridad un punto más, Elmer miró a su alrededor, fingiéndose coaccionado.

— ¡Perdona! ¿Cómo he podido olvidarlo? ¿Dónde está tu carabina, la señora Spragg? —Flexionó el brazo con ceremoniosa burla—. Permíteme que te acompañe hasta tu vehículo. Como ves, estoy al tanto de lo que se estila en Nueva York.

Undine no pudo contener un suspiro de desaliento.

—Elmer... ¿si de verdad crees que nunca tuve intención de hacerte daño, no me lo hagas tú ahora!

— ¿Hacer daño? —Recuperó la seriedad y se acercó un poco—. ¿Qué es lo que quieres, Undine? ¿Por qué no lo dices a las claras?

—Ya te lo he dicho. No quiero que Ralph Marvell, ni ninguno de los suyos, se entere de nada. Si su familia llegara a saberlo, jamás le permitiría casarse conmigo... ¡jamás! Y él tampoco querría, se sentiría horrorizado. ¡Y eso me mataría, Elmer... eso me mataría!

Undine se le acercó, olvidando sus reservas y su repugnancia, movida por la imperiosa necesidad de arrancarle una promesa para sentirse segura.

— ¡Por favor, Elmer, si alguna vez has sentido algo por mí, ayúdame en este momento, y yo te ayudaré si tengo la oportunidad!

Elmer había recuperado su frialdad —mientras que Undine la había

perdido por completo— y estaba rígido, a pesar de que las suplicantes manos de la joven y su rostro encendido se encontraban muy cerca de él, lo suficiente para desarmar a cualquiera que no tuviera sus nervios de acero.

— ¿Eso quieres, gatita? ¿Me estás pidiendo que borre a Elmer Moffatt, de Apex City? ¿Que interprete el papel de caballero cuando nos encontremos? ¿De eso se trata?

—Por favor, Elmer. Es mi primera oportunidad... ¡no puedo perderla! — suplicó Undine, estallando en sollozos.

— ¡Tonterías, niña! Naturalmente que no la perderás. Mira, Undine... vaya, nunca te había visto llorar. No tengas miedo de mí... no pienso interrumpir la marcha nupcial. —Silbó un compás de Lohengrin—. Sólo quiero una pequeña promesa a cambio.

Ella lo miró con temor, y él añadió para tranquilizarla:

—No me interpretes mal. No pretendo entrar en tu círculo... al menos no con fines sociales; pero si en algún momento me conviniera conocer a alguien por asuntos de negocios, ¿me harías ese favor... después de que te hayas casado?

Sus miradas se encontraron, y Undine tembló en silencio por unos momentos. Al fin le tendió la mano.

—Después, sí. Lo prometo. ¿Y tú lo prometes, Elmer?

— ¡Una promesa es una promesa! —canturreó, girando en redondo para seguirla mientras ella volvía precipitadamente sobre sus pasos.

Era un atardecer del mes de marzo y la fachada del Stentorian resplandecía cuando Undine cruzó su espléndido umbral. Se deslizó por el vestíbulo de mármol y se elevó hacia el cielo en el ascensor forrado de espejos, sin apenas darse cuenta del paso que estaba dando. Quería estar a solas para poner un poco de orden en sus pensamientos, y esperaba escabullirse en su habitación sin tropezar con su madre. A través del tupido velo, los racimos de luz de la sala de los Spragg se dilataban y fluían al unísono en un resplandor amarillo del que se desprendió una silueta, y con súbito fastidio vio que Ralph Marvell dejaba de hojear la revista de ficción que había sustituido a El perro de los Baskerville sobre la mesa de ónice.

—Ya sé; me dijiste que no viniera... y aquí estoy —dijo, cogiéndola de la mano y llevándola hasta sus labios mientras buscaba sus ojos a través del velo.

Ella se apartó con gesto nervioso.

—Te advertí que llegaría muy tarde.

—Lo sé... pero ¡decidí arriesgarme! Y estás terriblemente cansada y

deseando con todas tus fuerzas que no hubiera venido.

—No estoy del todo segura —dijo Undine, intentando ocultar su desconcierto con una sonrisa.

— ¡Qué vocecita tan trágica! Veo que de verdad estás molida. No he podido evitarlo; quería pasar un momento, pero si quieres me voy. —Undine se estaba quitando los guantes, y Ralph le cogió las manos y tiró de ellas—. Sólo quítate el velo y deja que te vea.

La resistencia de Undine se transformó en un ligero temblor; él lo notó y soltó sus manos.

—No me tomes el pelo, por favor. Nunca lo he soportado —balbució Undine, apartándose de él.

—Hasta mañana entonces; si es que las peluqueras lo permiten.

Undine se forzó a reír.

—Si me vieras ahora no volverías mañana. Estoy espantosa... Hacía mucho calor y me han hecho esperar mucho tiempo.

— ¿Y todo por estar más hermosa para un hombre que ya está cegado por tu belleza?

Estas palabras hicieron sonreír a Undine, que acercándose inclinó la cabeza y se quedó quieta mientras él le levantaba el velo. Al retirarlo sus labios se encontraron, y la mirada tierna y apasionada de Ralph fue como incienso para ella.

Sin embargo, la expresión del joven pasó en un momento de la veneración a la preocupación.

— ¡Cariño! ¿Qué pasa? ¿Has estado llorando!

Instintivamente, Undine ocultó la cara con las manos. La insistencia de Ralph era tan irritante como la de su madre.

—Ya te he dicho que hacía un calor espantoso... y todo me parecía horrible, y me enfadé y me puse nerviosa. —Se volvió hacia el espejo fingiendo que se alisaba el pelo.

Marvell le puso la mano en el brazo.

—No soporto verte así. ¿Por qué no podemos casarnos mañana y ahorrarnos todos estos ridículos preparativos? Creo que aborreceré toda esa ropa tan exquisita si te hace sentirte así de desgraciada.

Undine dejó caer las manos y se abalanzó sobre él, su rostro iluminado por una idea nueva. Ralph era increíblemente guapo y atractivo, y a ella empezó a

latirle el corazón con fuerza.

— ¡Yo también las aborreceré! ¡Ojalá pudiéramos casarnos ahora mismo!

Marvell la abrazó rebotante de felicidad.

— ¡Cariño... cariño! ¡No digas eso si no lo deseas de verdad! ¡Es demasiado maravilloso!

Undine siguió en sus brazos, no porque deseara ternura, sino porque se había quedado absorta en sus pensamientos y no era consciente del abrazo.

—Supongo que todo podría estar listo antes si digo que es imprescindible —dijo, atravesando a Ralph con una mirada penetrante—. Y lo demás... podrían enviarnoslo a Europa cuando ya estemos allí. Quiero marcharme de aquí contigo cuanto antes, alejarme de todo... ¡estar lo más lejos posible, solos tú y yo! —Una iluminación fugaz le hizo ofrecer sus labios a Ralph.

— ¡Ah, mi cielo... mi cielo! —susurró Marvell.

Capítulo X

El señor y la señora Spragg eran dados a caer en largos períodos de cavilación y apatía, de ahí que si alguien se dedicara a estudiar la herencia de Undine tal vez no comprendiese de quién había sacado esa actividad tan desbordante. Hallaría la respuesta en la vida profesional de su padre. Desde el momento en que puso el pie en Wall Street, el señor Spragg se transformó en otro hombre. Físicamente el cambio se reveló en signos levísimos y sutiles. No tensaba los músculos más de lo acostumbrado, ni caminaba con menos desgana cuando se dirigía a su oficina entre la multitud que se agolpaba en William Street. Llevaba los hombros caídos igual que siempre y su viejo chaleco negro mostraba la misma arruga hundida en la cintura y el mismo fofa abultamiento debajo. Sólo en su rostro era apreciable la diferencia, y aun en este caso parecía acechar bajo sus rasgos más que modificarlos abiertamente: se mostraba de cuando en cuando en el brillo cauto de los ojos entrecerrados, el empuje de las cejas oscuras o la tensión de las laxas líneas de la boca, como el súbito destello del candil de un vigilante nocturno en la oscuridad ante la fachada de una casa con los postigos cerrados.

Los postigos se habían atrancado con más firmeza de lo habitual una mañana, más o menos dos semanas después de la fecha en que tuvieron lugar los últimos incidentes reseñados, y el señor Spragg se acercaba a la torre de acero y hormigón en cuyas alturas tenía su despacho. Los acontecimientos se habían sucedido en el intervalo con rapidez y de un modo sorprendente, y

Spragg ya había asimilado el hecho de que su hija iba a casarse en menos de una semana, sin respetar el plazo tradicional a partir de la fecha del compromiso. El cambio significaba poco para él en el aspecto de las convenciones, pero le planteaba dificultades imprevistas en el plano práctico. A lo largo de las últimas semanas había aprendido que una boda en Nueva York entrañaba obligaciones materiales desconocidas en Apex. El propio Marvell pasó altivamente por alto estas cuestiones, aunque su abuelo, nada más anunciarse el compromiso, fue a ver al señor Spragg para exponerle con suma precisión la situación financiera del joven.

Spragg se sintió a primera vista tentado de manejar la situación con indulgente ironía. Recostado en su silla giratoria, los pies cómodamente instalados sobre una papelera inclinada, con aspecto de sereno poder, la venerable elegancia del señor Dagonet se le antojó tan indefensa como un palillo de marfil en el juego del mikado y respondió al anciano con la suavidad de un gigante bondadoso.

— ¿Dice usted que Ralph no se gana la vida con la abogacía? No me sorprende, por las conversaciones que he tenido con él. Lo cierto es que la abogacía es un negocio que requiere... —lo interrumpió una protesta del señor Dagonet—. Ah, ¿usted lo llama «profesión»? ¿No es un negocio? —Su sonrisa se volvió más benévola al tomar conciencia de esta novedosa distinción—. Entonces, supongo que ése es el problema de Ralph. Nadie puede confiar en ganar dinero con una «profesión» y, si es así como usted le ha enseñado a considerar la abogacía, más le valdría renunciar y dedicarse a fabricar cocinas.

Aunque, en un espectro menos amplio, el señor Dagonet también tenía su sentido del humor, y respondió a Spragg con un buen regate.

—Precisamente porque yo sabía que hacer cocinas sería una profesión igual de poco lucrativa para él preferí ahorrarle un fracaso tan estrepitoso y lo encaucé hacia la abogacía.

La réplica produjo en Spragg un gruñido divertido, y la mirada de los dos hombres se cruzó con inesperado entendimiento.

— ¿Es así? ¿Qué puede hacer entonces? —preguntó el suegro.

—Puede escribir poesía... al menos eso es lo que me dice —fue la dubitativa respuesta del señor Dagonet, consciente de estar ofreciendo una alternativa muy poco válida, y acto seguido añadió—: Y puede contar con tres mil al año de mi parte.

El señor Spragg se reclinó un poco más en su asiento, sin alterar su relación sutilmente calculada con la papelera.

— ¿Es eso lo que cuesta publicar su poesía?

El señor Dagonet volvió a sonreír; era evidente que estaba disfrutando con esta entrevista.

—No, por Dios... No aspira a ediciones «de lujo». Y de vez en cuando recibe diez dólares de alguna revista.

— ¿Nunca le han enseñado a trabajar? —reflexionó el señor Spragg.

—No; eso es algo que nunca me pude permitir.

—Comprendo. Eso significa que tendrán que vivir con doscientos cincuenta dólares mensuales.

El señor Dagonet no se inmutó ni dejó de sentirse a gusto.

— ¿Eso cuestan los vestidos de su hija?

Una corriente de risa subterránea agitó los pliegues inferiores de la cintura de Spragg.

—Creo que podría ofrecerle algo... Sé que inteligencia no le falta.

El señor Dagonet hizo un gesto de amistosa advertencia.

—A la larga será más rentable para usted y para mí que se mantenga al margen del negocio —dijo, levantándose para señalar que había cumplido su misión.

Las consecuencias de este encuentro cordial fueron más graves de lo que Spragg había previsto... y su adversario se alzó con la victoria. No entraba en los cálculos de Spragg la obligación de garantizar una asignación mensual a su hija cuando ésta se casara. Sí contaba con ofrecerle la boda «más elegante» que jamás se hubiera celebrado en la prensa de Nueva York, y la fantasía de su mujer ya se había lanzado a navegar por un mar de lujos: un coche de motor, una casa en la Quinta Avenida y una tiara que eclipsara el resplandor de la de la señora Van Degen; pero éstas eran prestaciones ocasionales que el señor Spragg podía proporcionar siempre y cuando se encontrara «bien instalado» en el mercado. Sin embargo, verse impelido a cubrir con tan poco preaviso la brecha entre la asignación del joven Marvell y las necesidades de Undine era cosa muy distinta, y la inmediata conclusión del padre fue que lo mejor sería romper el compromiso. Este tipo de escisiones eran prácticamente indoloras en Apex, de ahí que Spragg imaginara que sería fácil, apelando al orgullo de su hija, convencerla de que merecía algo mejor.

—Sería mejor que esperaras un poco y siguieras buscando —le dijo para iniciar la conversación cuyo final aún no podía recordar sin estremecerse.

Al comprender las intenciones de su padre, Undine se puso terrible. Todo

se derrumbaba a sus pies, como se derrumbaban ciudades y pueblos al paso de un tornado en su Estado natal. ¿Esperar un poco? ¿Seguir buscando? ¿Es que él se figuraba que se casaba por dinero? ¿No comprendía que lo importante era la clase de gente con la que ella quería «relacionarse»? ¿Pretendía arrojarse al círculo de los Lipscomb, casarla con un dentista y mandarla a vivir en un apartamento del West Side? ¿Por qué no se habían quedado en Apex si creía que no podía aspirar a más? ¡Para eso habría podido casarse con Millard Binch, en lugar de entregárselo a Indiana Frusk! ¿Es que su padre no era capaz de entender que para las chicas finas de Nueva York casarse no era participar en una carrera de coches? Romper su compromiso con un hombre que formaba parte de un círculo como el de Ralph Marvell significaba arruinar todas sus oportunidades. Se dirían todo tipo de maldades sobre ella, y nunca más podría relacionarse con la gente elegante. Mejor que volvieran a Apex en el acto, puesto que a fin de cuentas fueron ellos, no ella, quienes quisieron salir de allí; su madre podía atestiguarlo. Siempre había hecho lo que querían su padre y su madre, pero al final había renunciado a comprender qué se proponían, aparte de hacerle sufrir; y, si ésas eran sus intenciones, ¿no les parecía suficiente? A ella desde luego que sí. En lo sucesivo dirigiría su propia vida, y no debían molestarse en preguntarle adónde iba o qué se proponía hacer, porque esta vez preferiría morir antes que decírselo... y lo cierto es que le habían hecho la vida tan odiosa que sólo deseaba caerse muerta.

El señor Spragg la escuchaba en silencio, estirándose la barba con una mano arrugada y cetrina, mientras con la otra tiraba de la sisa de su chaleco. De pronto levantó la vista y dijo:

— ¿No estás enamorada de él, Undie?

Undine lo miró, con sus espléndidas y pobladas cejas de amazona.

— ¿Crees que todo lo demás me importaría lo más mínimo si no lo estuviera?

— Si lo estás, no creo que ni a ti ni a él os importe empezar modestamente.

Undine dirigió una mirada de desprecio a su ignorancia.

— ¿Me crees capaz de arrastrarlo? — Con un gesto magnífico, se sacó del dedo el anillo de Marvell—. Se lo devolveré ahora mismo. Le diré que pensaba que era un hombre rico, y he visto que me había equivocado... — Estalló en sollozos entrecortados, balanceando su hermoso cuerpo con todo el abandono del dolor juvenil; el padre se inclinó sobre ella para acariciarle un hombro y, con impotencia, dijo:

— Veré qué puedo hacer, Undine...

Durante toda su vida, y a intervalos cada vez más breves, el señor Spragg

se había visto obligado a «ver qué podía hacer» por sus mujeres, y todo había salido siempre tal como ellas deseaban. Undine no tuvo que devolver su anillo y en su estado de hipnótica felicidad apenas se interesó en averiguar de qué modo se habían resuelto las cosas, limitándose a aceptar la garantía de su madre: «Papá lo ha arreglado todo».

También el señor Spragg aceptó la situación. Un yerno que esperaba recibir una pensión como si fuera un veterano del ejército era un fenómeno desconocido para él, pero si eso era lo que Undine quería no iba él a negárselo. Sucedió, no obstante, que sólo dos días más tarde se encontró con una nueva exigencia: los jóvenes habían decidido casarse «inmediatamente», en lugar de esperar hasta junio. El cambio de planes llegó para el señor Spragg en un momento especialmente inoportuno para hacer los necesarios ajustes financieros. Siempre se había declarado capaz de manejar cualquier crisis con tal de que Undine y su madre «no perdieran la calma», pero esta vez les advirtió que de ningún modo podía seguir el nuevo ritmo establecido.

Sin dignarse siquiera volver a la carga, Undine dejó el asunto en manos de su madre, y sorprendió al señor Spragg encontrar en su mujer una firmeza tan indoblegable como la de su hija.

—No puedo, Loot... no dispongo de liquidez —protestó; pero la señora Spragg lo combatió centímetro a centímetro, de espaldas a la pared... y cuando su marido ya estaba muy cerca de ella lo esquivó diciendo:

—A lo mejor te interesa saber que ha visto a Elmer.

La flecha dio en la diana, y el señor Spragg la miró con gesto alterado.

— ¿A Elmer? ¿Qué narices...? ¿No habrá estado aquí?

—No, pero se sentó a su lado la otra noche en el teatro, y está muy enfadada con nosotros por no habérselo advertido.

El señor Spragg frunció el ceño, proyectando las cejas hacia delante.

— ¿Advertirle de qué? ¿Qué significa Elmer para ella? ¿Por qué tiene miedo de Elmer Moffatt?

—Tiene miedo de lo que diga.

— ¿De lo que diga? ¿Qué demonios puede decir para hacerle daño?

—No lo sé —gimoteó la señora Spragg—. Está tan nerviosa que apenas puedo sacarle una palabra.

En el rostro emblanquecido del señor Spragg se reveló un nuevo temor.

— ¿Tiene miedo de que vuelva a rondarla... a cortejarla? ¿A eso se refiere con «lo que diga»?

—No lo sé. No lo sé. Sólo sé que tiene miedo... Lo teme como a la muerte.

Estuvieron un rato en silencio, intercambiando conjeturas con una mirada de preocupación, hasta que él se levantó y, cogiendo el sombrero, dijo:

—No te preocupes, Leota; veré qué puedo hacer.

Llevaba ya dos arduas semanas «viendo», y el esfuerzo lo había sumido en un estado de tensión que no había vuelto a experimentar desde los épicos días del Movimiento por el Agua Pura en Apex. No tenía por costumbre compartir sus temores con su mujer y su hija, y ellas continuaron con los preparativos de la boda con la certeza de que, una vez «papá» se convencía de que era imposible eludir sus demandas, podían confiar en que éstas se verían invariablemente satisfechas, como siempre, por medios de los que no necesitaban preocuparse. Y, cuando el señor Spragg llegaba a su oficina la mañana en cuestión, se sentía razonablemente seguro de cumplir con las expectativas, aunque se dijo que un par de victorias más como aquélla provocarían el desastre.

Entró en el gran vestíbulo de mármol del Ararat Trust Building y se dirigió al ascensor exprés que lo subiría hasta su despacho. Un hombre se volvió hacia él en la puerta del ascensor y Spragg reconoció a Elmer Moffatt, que le tendió la mano con gesto natural.

El señor Spragg no ignoró el gesto; ni tan siquiera retiró la mano. El rechazo no figuraba en su código de conducta como señal de censura consciente. En el sur, cuando uno tenía cuentas pendientes con un hombre, intentaba pegarle un tiro; en el oeste se procuraba su ruina jugándole una mala pasada en los negocios; pero en ninguno de estos lugares se recurría al rechazo como arma de ofensa social. Y así, al ver a Moffatt en su camino, Spragg le tendió una mano inerte, al tiempo que lo miraba con cara de pocos amigos. Moffatt recibió la mano y la mirada con idéntica frialdad.

— ¿Sube a su despacho? Hacia allí iba precisamente.

Spragg entró en el ascensor al abrirse la puerta y Elmer se colocó a su lado. Guardaron silencio durante el ascenso hasta la oficina pero, una vez allí, Spragg se volvió para preguntarle irónicamente:

— ¿Queda algo por decir?

Moffatt sonrió.

—Nada... no; ahora me ocupo de una nueva línea de productos.

Spragg ponderó la respuesta, abrió la puerta y soportó que Moffatt lo siguiera. Se sentó ante la mesa cubierta de polvo, en el recinto acristalado de su oficina, con su única ventana oscurecida por la entiznada perspectiva de múltiples chimeneas, y buscó instintivamente el apoyo de la papelería. Sin que

nadie lo invitara, Moffatt se dejó caer en la silla más próxima y, tras otro silencio, Spragg dijo:

—Estoy muy ocupado esta mañana.

—Lo sé; por eso estoy aquí —respondió tranquilamente Moffatt. Se recostó en su asiento, cruzó las piernas y se retorció el bigotito rígido con una mano regordeta, adornada con un sello—. En realidad —siguió diciendo—, vengo a devolver bien por mal. Usted cree que le debo algo y voy a demostrarle que no es así. He venido a hacerle una buena oferta... no porque le tenga cariño, sino porque me divierte la ocasión.

Mientras Moffatt hablaba, Spragg cogió el montón de cartas que había sobre la mesa y se puso a mezclarlas como un mazo de naipes. Las repartió deliberadamente entre dos jugadores imaginarios, luego las apartó, y sacó su reloj.

—Sí... yo también llevo uno de éstos —dijo Moffatt—. Pero ya verá que no ha perdido el tiempo cuando oiga lo que tengo que decirle.

El señor Spragg miró las chimeneas sin hablar, y Moffatt continuó:

—No creo que le interese la historia de mi vida, de manera que le ahorraré los números atrasados. En Apex solía usted decir que yo pasaba demasiado tiempo haraganeando en el bar de la Casa Mealey; ésa era una de las cosas que tenía contra mí. Puede que lo hiciera... pero eso me enseñó a hablar, y también a escuchar a los demás. En este momento soy uno de los secretarios personales de Harmon B. Driscoll, y esas horas de holganza en la Casa Mealey me han resultado más útiles que cualquier trabajo que hubiera podido tener. El viejo se enteró de que yo conocía de buena mano las entretelas del contrato de Eubaw y me pidió que le facilitara información útil. Le he dicho muchas cosas a cambio de dinero, pero también he escuchado otras. Eubaw no es el único producto que interesa a los Driscoll.

El señor Spragg se guardó el reloj en el bolsillo y volvió la mirada somnolienta de la ventana al rostro de su visitante.

—Sí —dijo Moffatt, como si respondiera a este movimiento—, los Driscoll están haciendo negocios en Apex. Ahora que ya tienen en el bolsillo toda la red de tranvías quieren hacerse con el suministro de agua, pero eso usted lo sabe tan bien como yo. El caso es que lo necesitan, y ahí es donde usted y yo entramos en juego.

El señor Spragg introdujo las manos en las sisas del chaleco y dirigió nuevamente la vista a la ventana.

—Hace mucho tiempo que estoy fuera de eso —dijo en tono indiferente.

—Sí —asintió Moffatt; pero sabe lo que se cocía mientras estuvo dentro.

— ¿Y? —preguntó Spragg, pasando una mano al emblema masónico de la cadena de su reloj.

—Y el diputado James J. Rolliver, que estaba en el negocio con usted, sigue allí. Es el hombre a quien los Driscoll quieren ver caer. ¿Qué sabe de él?

Spragg se puso a dar vueltas a su emblema, pensativo.

— ¿Te ha pedido Driscoll que vengas aquí?

Moffatt se echó a reír.

—No, señor... por nada del mundo.

Spragg separó los pies de la papelera y se enderezó en su asiento.

—Pues yo tampoco se lo he pedido. Buenos días, señor Moffatt.

El joven se quedó observándolo un momento, con un divertido brillo en los ojos pequeños y negros, sin hacer amago de levantarse.

—Undine se casa la semana que viene, ¿no es cierto? —preguntó, en tono coloquial.

Spragg se agitó en su silla giratoria y su rostro se ensombreció.

—Vas a...

Moffatt interrumpió con un gesto de la mano lo que pudiera decir.

—No es necesario que me advierta de nada. No quiero que me inviten a la boda. Y tampoco pretendo intervenir en las amonestaciones.

Spragg emitió un sonido de burla gutural.

—Pero quiero salir del despacho de Driscoll —prosiguió Moffatt, imperturbable—. Allí no hay futuro para un hombre como yo. Yo tengo una visión más amplia de las cosas. Por eso Apex era un traje que me venía demasiado justo. Sólo los hombres pequeños triunfan en lugares pequeños. Nueva York es mi tamaño... sin una sola modificación. Se lo demostraría mañana mismo si tuviera cincuenta mil dólares.

Spragg no repitió el gesto de despedida. Volvía a escuchar, con cautela, aunque con interés. Moffatt cayó en la cuenta y siguió diciendo.

—Y podría duplicar esa suma, sí señor, duplicarla, sólo con que usted me acompañara al despacho del viejo Driscoll antes de las cinco de la tarde. ¿Empieza a ver la conexión, señor Spragg?

Spragg guardó silencio mientras Moffatt tarareaba unos compases de *In the Gloaming* y luego dijo:

— ¿Quieres que le cuente a Driscoll lo que sé sobre James J. Rolliver?

—Quiero que le diga la verdad... Quiero que represente la honradez política en su Estado natal. Un hombre de su importancia se lo debe a la comunidad, señor —gritó Moffatt.

Spragg no paraba de torturar su emblema masónico.

—Rolliver y yo estuvimos siempre juntos —dijo al fin, con un deje de reticencia.

— ¿Y cuánto ha sacado usted de eso? ¿No es cierto que él siempre ha ido por delante en la partida?

—No puedo hacer eso... no puedo hacer eso —dijo Spragg, golpeando la mesa con el puño, como si hubiera allí una invisible multitud de agresores.

Moffatt se puso en pie sin el menor atisbo de decepción en su rostro rubicundo.

—Bien, hasta la vista —dijo, dirigiéndose hacia la puerta. Casi en el umbral se detuvo para añadir como quien no quiere la cosa—: Disculpe la alusión personal pero... tengo entendido que la boda de la señorita Spragg se celebra el lunes próximo.

Spragg no respondió.

— ¿Cómo es eso? —insistió Moffatt, sin darse por vencido—. Vi en el periódico que estaba prevista para finales de junio.

El señor Spragg se levantó bruscamente.

—Supongo que mi hija tiene sus razones —dijo, acercándose hacia la puerta, tras la estela de Moffatt.

—Supongo que sí... como las tengo yo para pedirle que me acompañe a ver al viejo Driscoll. Si las razones de Undine son tan buenas como las mías...

— ¡No sigas por ahí, Elmer Moffatt! —le advirtió Spragg levantando una mano amenazante.

Moffatt hizo el gesto burlesco de esquivar el golpe. Luego se puso serio y se acercó a Spragg, que había bajado el brazo.

—Verá, yo sé cuáles son las razones de Undine. He hablado con ella... ¿no se lo ha dicho? Ella no se anda con rodeos, como usted. Me dijo directamente lo que le preocupaba. Quiere que Marvell la crea recién salida del jardín de infancia. De mí no saldrá ninguna prueba. Y créame que la comprendo... no tengo intención de publicar mis memorias. Pero un trato es un trato. —Se detuvo un instante, retorciendo con los dedos la gruesa cadena de oro que le cruzaba el chaleco—. Le diré una cosa, señor Spragg. No guardo rencor, al menos a Undine, y de haberme sido posible con mucho gusto le habría hecho

el favor de olvidar el pasado. Pero usted no vaciló en patearme cuando ya había caído, y me ha costado un par de días ponerme de nuevo en pie. Ahora tengo la oportunidad de llegar a donde quiero, y hay una especie de justicia poética en el hecho de que sea usted quien me ayude a lograrlo. Si consigo cincuenta mil dólares en un par de días, no me importará quién me haya dado el impulso. Tengo un asunto más que seguro a la vista, y usted es el único hombre que puede dármelo. ¿Comprende ahora en qué punto nos encontramos?

Spragg no se había movido mientras Moffatt pronunciaba este discurso; con las manos en los bolsillos, accionaba mecánicamente las mandíbulas, como si mordisqueara un mondadientes por debajo de la barba. Sus mejillas cetrinas se habían vuelto más pálidas y las cejas colgaban de un modo amenazante sobre los ojos entornados. No había sin embargo amenaza, apenas una leve nota de curiosidad, en el tono en que dijo:

— ¿Quieres hablar?

El rostro encarnado del joven se tornó duro como el acero:

—Quiero que usted hable con el viejo Driscoll. —Hizo una pausa y añadió —: Hay cien mil dólares en juego.

Spragg consultó una vez más su reloj.

—Ya nos veremos —dijo, con un esfuerzo.

Moffatt entrechocó los puños.

— ¡No, señor... no nos veremos! Sólo sabrá de mí... a través de la familia Marvell. Su información no vale ni un dólar para Driscoll si no la tiene hoy mismo.

Se detuvo al oír pasos al otro lado del despacho, y la mecanógrafa del señor Spragg apareció en el umbral de la puerta.

—El señor Marvell está aquí —anunció; y Ralph Marvell, radiante de premura y de felicidad, se interpuso entre los dos hombres, tendiendo una mano a su futuro suegro.

— ¿Llego en un momento terriblemente inoportuno, señor? Despídame si es así... pero antes deje que le diga una palabra sobre este collar que he comprado para Un...

Se interrumpió, consciente por la mirada de Spragg de la presencia de Elmer Moffatt, quien con inusitada discreción se había retirado hacia el otro lado de la puerta.

Marvell le dirigió una mirada luminosa e instintivamente cargada de hospitalidad juvenil, pero Moffatt miraba a Spragg sin ver a Marvell.

Como si respondiera a una señal imperceptible, Spragg pronunció mecánicamente el nombre de su visitante, y los jóvenes se acercaron el uno al otro.

—Le ruego mil perdones... ¿interrumpo una conferencia importante? —dijo Ralph, mientras le daba la mano.

—No, no... creo que ya casi habíamos terminado. Saldré un momento y cortejaré a la rubia mientras conversan —respondió Moffatt en el mismo tono.

—Muchísimas gracias... no serán más de dos segundos —dijo Ralph, escrutándolo con la mirada—. ¿No nos hemos visto antes? Tengo la impresión de haberlo visto... recientemente...

Moffatt parecía a punto de contestar, pero su respuesta quedó interrumpida por un brusco movimiento de Spragg. Hubo una pausa perceptible durante la cual la mirada negra y brillante de Moffatt reposó inquisitivamente sobre Ralph; luego miró de nuevo a Spragg y los dos se observaron un momento en silencio.

—Pues no... no que yo recuerde, señor Marvell —dijo al fin Moffatt, dirigiéndose a Ralph en tono amistoso—. Pero más vale tarde que nunca... y confío en tener el placer de volver a verlo pronto.

Se despidió de los dos con un asentimiento de cabeza y salió del despacho, donde lo oyeron dedicar a la mecanógrafa una exagerada sarta de palabras galantes.

LIBRO SEGUNDO

Capítulo XI

El sol de julio cercaba con un anillo de fuego el bosquecillo de acebos de una villa en las colinas próximas a Siena.

Abajo, junto a la carretera, la gran casa amarilla parecía parpadear y estremecerse bajo el resplandor, mientras que a sus espaldas, loma tras loma, el fresco crepúsculo de acebo ascendía hasta el saliente donde Ralph Marvell, tendido de espaldas sobre la hierba, contemplaba la retícula negra de las ramas, entre cuyos huecos relucían pequeños fragmentos de cielo azul, duros y brillantes como esmaltes.

También allí el calor volvía el aire denso, aunque en comparación con la

incandescencia de la zona más baja el lugar parecía umbrío y fresco, como esas iglesias en las que Undine y él a veces se refugiaban en el cenit de los días tórridos.

Ralph adoraba el calor del verano italiano, igual que había adorado los días luminosos de la primavera: la larga y rápida sucesión de días que los había ido arrastrando desde que desembarcaron en Nápoles cuatro meses antes. Cuatro meses de una belleza inagotable y cambiante que se entretejía a su alrededor para crear formas intensas y tenues, y junto a él, de su mano, la encarnación de ese espíritu mágico en perpetua transformación, la radiante criatura a través de cuyos ojos él lo veía todo. Ésa fue la bendición de su apresurado matrimonio: un tiempo de ocio antes del verano para internarse en los remotos pliegues de las montañas del sur, para tumbarse bajo la sombra de los naranjos sicilianos y, al fin, viajando en lentas etapas hacia el Adriático, alcanzar este paraje de colinas en el centro del país, donde incluso en pleno mes de julio se disfrutaba de un aire respirable.

El aire de Siena era para Ralph no sólo respirable; era embriagador. El sol hollaba la tierra como un agricultor sus viñedos, extrayendo de ella deliciosas fragancias y pigmentos. Se invertían allí todos los valores del paisaje templado: las luces del mediodía eran blancas, mientras que las sombras tenían un color insospechado. A la negrura de los alcornoques, los acebos y los cipreses se superponía el lustre púrpura y verde, la iridiscencia cobriza del bronce viejo; y, noche tras noche, el cielo cobraba un color de vino azulado y burbujeaba de estrellas. Ralph se dijo que quien no hubiera contemplado Italia así, postrado bajo el sol, no conocía los tesoros secretos que este país albergaba.

Estando allí tumbado, flotaban sobre la superficie de sus pensamientos fragmentos de emociones pasadas, fugitivas felicidades de ideas y sensaciones. Era uno de esos momentos en que las impresiones acumuladas a lo largo de toda una vida convergen en el corazón y en el cerebro, aclarándose, entrelazándose en una enigmática confusión de belleza. Ya en otras ocasiones había tenido atisbos de ese estado de íntima fusión con la vida en los que uno se siente como una simple ola en la vertiginosa corriente del ser, pero siempre los teñía una sensación de individualidad más intensa de la que puede alcanzarse sin traspasar los límites de lo real. Ahora, sin embargo, conocía la sensación en su plenitud, y con ella llegaba la fuerza liberadora del lenguaje. Las palabras volaban como pájaros de luz entre las ramas, y le bastaba con agitar su varita mágica para que descendieran sobre él. Sólo que resultaban tan hermosas allá arriba, zigzagueando en su fantástico vuelo a través del azul, que por el momento le resultaba más placentero limitarse a mirarlas, y no quería emplear su varita.

Estuvo observando las formas que dibujaban hasta que la intensidad de la

luz le hirió los ojos, y entonces cambió de posición y miró a su mujer.

Undine estaba apoyada en el tronco nudoso de un árbol, con el aire levemente incómodo de quien no está acostumbrado al abandono silvestre. Su hermosa espalda no lograba adaptarse a las irregularidades del tronco, y de vez en cuando se movía en busca de una posición más confortable. Su expresión, no obstante, era serena, y al mirarla entre los párpados adormilados, a Ralph le pareció que su rostro nunca había sido más exquisito.

—Pareces fresca como una ola —le dijo, acercándose para cogerle la mano que tenía en la rodilla. Ella le dejó hacer, y Ralph se acercó un poco más, escudriñándola como si fuera un delicado fragmento de marfil o de preciosa porcelana. Su mano era pequeña y suave, ligera como una pluma o un bejín; no era una mano emocionante y rápida, no era una mano parlante, sino una mano para acariciar y vestir con anillos, una mano que dejaba en el cerebro un difuso resplandor rosáceo. Los dedos eran cortos y afilados, con hoyuelos en la base y unas uñas suaves como pétalos de rosa. Ralph los levantó uno a uno, como un niño que juega con las teclas de un piano; no eran elásticos y no volvían completamente a su posición original, sino que retrocedían sólo lo justo para mostrar los hoyuelos.

Dio la vuelta a la mano, trazó el curso de sus venas azules desde la muñeca hasta la palma redondeada y besó su tibia concavidad. En mi mundo superior se había esfumado: su universo se había concentrado en la palma de una mano; mas no por ello tuvo la sensación de que se redujera. En las místicas profundidades de las que surgía su pasión se desconocían las dimensiones terrenas, y la curva de la belleza tenía unos límites tan amplios que podía contener todo cuanto la imaginación quisiera verter. Nunca se había sentido Ralph tan seguro de su capacidad para escribir un gran poema, pero en ese momento era la mano de Undine la que sostenía la varita mágica de la expresión.

Undine volvió a moverse, inquieta, y respondió a sus últimas palabras con un leve deje de reproche.

—Pues no siento ningún frescor. Dijiste que aquí correría un poco de brisa.

Ralph se rio.

— ¡Pobrecita mía! ¿Alguna vez llegó a hacer en Apex tanto calor como aquí?

Undine retiró la mano esbozando una leve sonrisa.

—Sí... pero ¡yo no me casé contigo para volver a Apex!

Ralph volvió a reír, luego se incorporó sobre un codo y recuperó la mano de Undine.

—Me gustaría saber para qué te casaste conmigo.

— ¡Dios mío! Hace demasiado calor para adivinanzas —dijo ella sin impaciencia, aunque con una lasitud menos feliz que la de él.

Ralph se inquietó.

— ¿De verdad te molesta tanto el calor? Si te molesta nos vamos.

Undine enderezó la espalda con entusiasmo.

— ¿Quieres decir a Suiza?

—Bueno no había pensado en dar un salto tan grande. Me refería a que podemos volver a Siena.

Ella se apoyó lánguidamente contra el tronco del árbol.

—En Siena hace más calor.

—Podemos sentarnos en la catedral... Allí siempre hace fresco cuando cae el sol.

—Llevamos una semana sentándonos en la catedral todos los días cuando cae el sol.

— ¿Qué te parece si de camino paramos en Lecceto? Todavía no te he enseñado Lecceto, y el viaje de vuelta a la luz de la luna será glorioso.

Esto despertó un leve interés en Undine.

—Podría ser bonito... pero ¿dónde podemos comer algo?

Ralph volvió a reír.

—No creo que podamos. Eres demasiado práctica.

—Alguien tiene que serlo. Y comer en el hotel es muy desagradable si llegamos tarde.

—Admito que la mejor comida siempre la acapara ese oficial de caballería tan atractivo que tiene tantas ganas de conocerte.

El rostro de Undine se iluminó.

—Ya sabes que no es un conde; es marqués. Se llama Roviano; su palacio de Roma aparece en las guías de viaje y habla inglés maravillosamente. Céleste se ha informado sobre él con el jefe de camareros —dijo, con la seguridad de quien maneja información fiable.

Marvell, sentado con la espalda erguida, se inclinó perezosamente sobre la hierba para coger su sombrero.

—Razón de más para volver corriendo a defender nuestra comida —dijo,

en ese tono de broma que se había convertido en la expresión habitual de su ternura; pero sus ojos se suavizaron al absorber por última vez el parpadeante brillo submarino de la luz de su antigua gruta, a través del cual la figura de Undine ondeaba por encima de él como una nereida.

—Nunca te has parecido a tu nombre tanto como en este momento —dijo, arrodillándose a su lado y rodeándola con un brazo. Ella respondió con una sonrisa vaga, como si no captara la alusión y se contentara con que cayera donde almacenaba las referencias sin explicar que antes estimulaban su curiosidad, pero que ahora se limitaban a darle tiempo para pensar en otras cosas. Sin embargo, no por vaga fue su sonrisa menos adorable, y la duda latente la volvió aún más deliciosa para Ralph. Más tarde recordaría que la copa de la vida parecía a punto de desbordarse en ese momento.

—Vamos, cariño... aquí o allá... ¡todo es divino!

Pero, una vez en el coche de caballos, Undine se mostró insensible al dulce hechizo del atardecer, reparando tan sólo en el calor y el polvo, y comentando al pasar bajo el acantilado boscoso de Lecceto que podían haber parado allí, porque con el dolor de cabeza que empezaba a notar ya no le importaba si cenaba o no cenaba.

Ralph miró con anhelo las abruptas paredes que se alzaban sobre sus cabezas, pero ella estaba de un humor poco favorable a la comunión con ese tipo de paisajes, y él no hizo intento de detenerse. En cambio, dijo:

—Si estás cansada de Italia, tenemos el mundo entero para elegir.

Undine no respondió al momento; luego dijo:

—Es del calor de lo que estoy cansada. ¿La gente no suele venir antes a Italia?

—Sí; por eso he elegido el verano, para tenerla toda para nosotros solos.

Esforzándose por parecer razonable, Undine respondió:

—Si me hubieras dicho que iríamos a todas partes en el peor momento del año al menos habría preparado otra ropa.

— ¡Pobrecita mía! En ese caso, vayamos por todos los medios al lugar más idóneo para tu vestuario; es demasiado bonito para no incluirlo en nuestros planes.

Los labios de Undine se endurecieron.

—Sé que a ti no te preocupa mi aspecto, pero no me diste tiempo para encargarme nada antes de casarnos, y ahora sólo puedo ponerme la ropa del invierno pasado.

Ralph sonrió. Hasta un espíritu tan subyugado como el suyo era capaz de detectar la incoherencia al reprocharle lo precipitado de su matrimonio; pero las variaciones de Undine sobre el eterno femenino seguían haciendo las delicias de Ralph.

—Iremos a donde tú quieras... Contigo todo resulta único —dijo, como si quisiera complacer a una niña imposible.

— ¿A Suiza entonces? Céleste dice que St. Moritz es maravilloso — exclamó Undine, cuyas ideas de Europa procedían principalmente de las conversaciones con su experimentada ayudante.

—Cerca del Engadine puede hacer fresco. ¿Por qué no volvemos al sur... a Capri, por ejemplo?

— ¿Capri? ¿Es esa isla que vimos desde Nápoles adonde van los artistas? —Undine frunció el ceño—. Puede ser espantoso con este calor.

—De acuerdo, en ese caso conozco un pueblecito en Suiza donde podemos alejarnos de la gente y sentarnos junto a una cascada de agua verde mientras yo me tumbo en la hierba y persigo adjetivos.

La perplejidad del señor Spragg al saber que su yerno se proponía mantener una casa con las ganancias que le deparara su Musa seguía siendo motivo de diversión entre la pareja, y una de las bromas más frecuentes de sus primeras semanas juntos consistió en imaginarse como dos seres primitivos que recorren un continente virgen subsistiendo con los adjetivos que Ralph lograba cazar para su epopeya. Esta vez su mujer no captó la broma, y él guardó silencio mientras el carruaje subía la cuesta larga y polvorienta hasta la puerta de Fontebranda. Vio que Undine ponía cara de desilusión al sugerir la posibilidad de escapar de la gente en Suiza, y sintió una profunda cuchillada al comprender que lo que ella quería era gente... que estaba harta de estar a solas con él.

Se quedó muy quieto, observando las murallas de piedra ocre y las torres en la empinada pendiente. A fin de cuentas no había nada nuevo en este descubrimiento. Llevaba semanas en el filo de su conciencia, pero le había vuelto la espalda con esa costumbre instintiva del corazón de aferrarse a lo irreal mientras dure. Aun en ese momento, cientos de justificaciones acudieron en su ayuda. Le decían que no era de él de lo que estaba cansada, sino de la vida que llevaban en ese momento. Apenas minutos antes, sin exageración consciente, le había dicho que su presencia volvía único cualquier lugar, pero de pronto se preguntó hasta qué punto habría consentido él en compartir una vida como la que ella llevaba antes de casarse. Y tuvo que reconocer que esos meses de lánguido vagabundeo por las remotas colinas de Italia debían de haber resultado para ella tan sin sentido como las cenas o los bailes lo habrían

sido para él. Una imaginación como la de Ralph, poblada de imágenes y de asociaciones tan variadas, alimentada por tantas corrientes surgidas del río de la existencia humana, difícilmente podía imaginar lo estrecho y vacío que era el espacio apenas iluminado en el que revoloteaba el espíritu de su mujer. Su mente era un lugar tan desprovisto de belleza y de misterio como el colegio en mitad de la pradera donde se había educado, y sus ideales le parecían a Ralph tan patéticos como las sortijas de corteza y vitolas de cigarro con que Undine aprendió a adornar sus manos infantiles. Empezaba a comprender todo esto y aprendía a adaptarse a su reducido abanico de experiencias. La tarea de abrir nuevas ventanas en la mente de su mujer le inspiraba lo suficiente para armarse de una paciencia infinita, pero aún no se atrevía a reconocer que la maleabilidad y diversidad de Undine no eran espontáneas sino imitadas.

Entretanto no deseaba que ella sacrificase sus deseos por él, y le preocupó no atreverse a confesar las verdaderas razones para no ir a Engadine. Lo cierto era que sus fondos menguaban más deprisa de lo esperado. Tras oponerse rotundamente al precipitado matrimonio de su hija, con el argumento de que en tan poco tiempo no estaba en condiciones de realizar las provisiones necesarias, el señor Spragg (tal vez, como Undine le explicó a Ralph, a raíz de un golpe de suerte en la Bolsa) satisfizo los deseos de la pareja con la mayor liberalidad posible, les ofreció una boda acorde con los ideales de la señora Spragg y con los más altos parámetros de los recortes de prensa de la señora Heeny, y se comprometió a garantizar a Undine unos ingresos en consonancia con este espléndido comienzo. Se decidió que Ralph, por su parte, renunciaría a la abogacía y buscaría una actividad mejor remunerada; y a él le pareció el menor de los sacrificios a cambio del privilegio de convertir a Undine en su mujer, aunque siguió albergando la secreta esperanza de afirmar en el intervalo su verdadera vocación con alguna obra que justificara su dedicación a las letras.

Supuso que la asignación de Undine, sumada a sus modestos ingresos, bastaría para satisfacer las necesidades de ambos. Las suyas eran muy pocas y siempre habían estado al alcance de sus posibilidades; pero las necesidades diarias de Undine, combinadas con sus intermitentes alardes de despilfarro, habían dado al traste con los cálculos de Ralph y ya gastaban mucho más de lo que ingresaban.

Si antes de celebrarse el matrimonio alguien hubiera profetizado que a Ralph le costaría decirle esto a Undine, él habría desdeñado la sugerencia con una sonrisa, y durante sus primeros días de vida en común le pareció hartamente improbable que surgieran entre ellos problemas pecuniarios. Sin embargo, Ralph había progresado desde entonces en su conocimiento conyugal y empezaba a ser consciente de que en la despreocupación por el dinero de Undine no iba implícito el deseo de pasarse sin éste, sino una confianza ciega

en que lo conseguiría de un modo u otro. Si Undine, como los lirios del campo, parecía ajena a estos asuntos no era por falta de ambiciones, sino porque daba por hecho que ya se encargarían de todo quienes tenían el privilegio de permitirle combinar su indiferencia floral con su elegancia.

Reaccionó a la primera nota de advertencia de Ralph con la certeza de que ella «no tenía por qué preocuparse», y por el tono de su respuesta indicó que eso era asunto de él. Ralph sin duda deseaba protegerla de ésta y de otras preocupaciones, como también deseaba, y con mayor pasión desde que abordaron el asunto en un par de ocasiones, no incurrir en el peligro de juzgar aquello que todavía adoraba. Estas cortapisas a su sinceridad le hicieron guardar silencio el resto del viaje, y, cuando después de la cena Undine volvió a quejarse de dolor de cabeza, dejó que subiera a su habitación y se fue a pasear por las calles débilmente iluminadas para entrar de nuevo en comunión con sus preocupaciones.

Se cernían sobre él con insistencia mientras caía la oscuridad, y Siena adquirió de pronto la facultad del habla, con esa estremecedora diversidad de sonidos que en las noches estivales surge de cada resquicio de la piedra en las viejas ciudades de Italia. Salió después la luna, revelando progresivamente las líneas del paisaje antiguo, y acodado en un viejo parapeto de ladrillo mientras observaba cómo la lejanía cianoplateada se revelaba entre las masas negras de la distancia intermedia, Ralph sintió que su espíritu crecía y se apaciguaba. Por primera vez, a medida que sus sentidos se emocionaban ante el roce profundo de la belleza, se preguntó si esas preocupaciones grises y corrientes que ahora lo oprimían no podrían convertirse en la fuerza motriz de la creación. Y en ese momento deseó ser capaz de aprovechar todos los tesoros acumulados en los últimos meses: ¡algo que además de poner algún dinero en sus bolsillos armonizara la exuberante confusión de su espíritu! «Escribiré, escribiré: seguro que eso es lo que todo esto significa», se dijo, con la difusa impresión de haber dado con la solución que le permitiría aplazar por algún tiempo el deslizamiento que ya había iniciado por la pendiente del desencanto.

Habría querido quedarse allí un rato más, ajeno al tiempo, rastreando las ramificaciones de su imaginación en la intrincada belleza del escenario, pero venció el deseo de compartir su estado de ánimo con Undine. A lo largo de los últimos meses le había comunicado al instante cada uno de sus pensamientos y sensaciones, movido por un impulso emocional semejante al que ahora sentía, y aunque el flujo de la comunicación entre ambos no era ni profundo ni abundante, cada nueva oleada de sentimientos parecía tener la fuerza necesaria para abrirse camino hasta el corazón de ella. Volvió al hotel presuroso, casi jadeante, pero ya mientras llamaba a la puerta con los nudillos una sutil emanación procedente de otras influencias pareció detenerlo y enfriar su ilusión.

Undine había apagado la luz y estaba sentada junto a la ventana, a la luz de la luna, la cabeza apoyada lánguidamente en una mano. Se volvió al entrar Marvell y, sin decir nada, adoptó de nuevo la misma posición.

Ralph estaba acostumbrado a este tipo de recepciones mudas y sabía que carecían de motivos personales, que no eran sino el resultado de un código social extremadamente simplificado. El señor y la señora Spragg rara vez hablaban cuando se encontraban, y las palabras de saludo parecían casi ajenas a su vocabulario doméstico. Ralph imaginó al principio que su calidez terminaría por suscitar una respuesta en Undine, que tan deprisa había aprendido las formas del trato mundano, pero no tardó en comprender que la intimidad sólo era para ella el pretexto para huir de tales formas y refugiarse en un mutismo total.

Esa noche, no obstante, Ralph detectó un significado distinto en su silencio, como si ella quisiera transmitírselo deliberadamente. Y respondió con silencio, pero de una clase distinta, dejando que su cercanía hablase por él mientras se arrodillaba junto a ella y apoyaba una mejilla contra la suya. Undine apenas pareció consciente del gesto, aunque también a eso Ralph estaba acostumbrado. Nunca había mostrado ella repugnancia ante su ternura, pero esta respuesta tan distante y propia de Ariel, apuntaba desde el principio no tanto a retraimiento por ignorancia como a la frialdad del elemento del que Undine tomaba su nombre.

Pareció menos impasible cuando él la atrajo, aunque sintió que se resignaba como un niño cansado. Contuvo el aliento, sin atreverse a romper el hechizo.

Al cabo de un rato, suspiró.

—Acabo de ver algo maravilloso... ¡Me habría gustado mucho que hubieras estado conmigo!

— ¿Qué era? —preguntó ella, volviendo la cabeza con ligero interés.

—Una... no lo sé... una visión... La he visto hace un momento, al salir la luna.

— ¿Una visión? —El interés de Undine se había esfumado—. Nunca me han interesado gran cosa los espíritus. Mamá siempre quería arrastrarme a sus sesiones de espiritismo, pero a mí me entraba sueño.

Ralph se echó a reír.

— ¡No hablaba de un espíritu muerto sino de uno vivo! He tenido la visión de un libro que quiero escribir. Me ha venido de repente, de un modo extraordinario, como si descendiera sobre mí mientras esa luna enorme y blanca se descolgaba sobre el paisaje negro, como si me desgarrara como una

gran águila blanca... ¡como el pájaro de Júpiter! ¡No fue a fin de cuentas un águila lo que devoró a Prometeo!

Undine se apartó bruscamente, y el fulgor de la luna reveló el disgusto en su rostro.

— ¿No irás a escribir un libro aquí?

Ralph se levantó y avanzó uno o dos pasos; luego dio media vuelta y dijo:

—Claro que no. Donde tú quieras. Lo importante es que ha venido a mí... mejor dicho, ¡ha vuelto a mí! ¡Son estos meses que llevamos juntos, es nuestra felicidad! ¡Es que he descubierto el sentido de la vida, y eres tú, querida mía, quien me lo ha proporcionado!

Volvió a postrarse junto a ella, pero Undine se separó y contuvo un sollozo en la garganta.

—Undine... ¿qué pasa?

—Nada... no lo sé... Supongo que tengo nostalgia...

— ¿Nostalgia? ¡Pobrecita mía! ¿Estás cansada de viajar? ¿Qué es?

—No lo sé... No me gusta Europa... No es lo que yo esperaba, y todo me parece muy aburrido. —Sus palabras estallaron con un prolongado gemido de rebeldía.

Marvell la miró con perplejidad. Era extraño que esos pensamientos agitaran ese otro corazón pegado al suyo sin que él lo hubiera advertido.

— ¿Es menos interesante de lo que esperabas... o menos divertido? ¿Es eso?

—Es sucio y feo... Todas las ciudades en las que hemos estado estaban repugnantemente sucias. No soporto el olor y a los mendigos. Estoy harta de estas sofocantes habitaciones de hotel; me ponen enferma. Yo creía que todo sería espléndido... pero Nueva York es mucho más bonito.

— ¿Nueva York en julio?

—Eso es lo de menos. Al menos hay jardines cubiertos, y siempre hay gente. Todos estos lugares parecen muertos. Es como un cementerio espantoso.

Marvell contuvo la risa por puro reparo.

—No llores, cariño... ¡no llores! Lo comprendo. Te sientes sola y el calor te fatiga. Esto es aburrido, es muy aburrido; he sido un idiota por no darme cuenta. Pero empezaremos de nuevo... Nos marcharemos de aquí.

Undine se animó al instante.

— ¿Iremos a Suiza?

—Iremos a Suiza. —Marvell tuvo una imagen fugaz del apacible rincón junto a la cascada de agua verde, donde podría encontrarse de nuevo con la visión que acababa de tener. Enseguida apartó de ahí sus pensamientos y dijo —: Iremos a donde tú quieras. ¿Cuándo crees que estarás preparada?

— ¡Mañana mismo... mañana a primera hora! Sacaré a Céleste de la cama para que prepare el equipaje. ¿Podemos ir directamente a St. Moritz? Prefiero dormir en el tren que en otro de estos hoteles horribles.

Se puso en pie de un salto, el rostro iluminado, el pelo ondulado flotando alrededor como si siguiera el feliz latido de su corazón.

— ¡Eres un encanto, Ralph, y te amo! —exclamó, dejando que él la estrechara contra su pecho.

Capítulo XII

En el apacible rincón junto a la cascada verde Ralph podría conservar la fe en su visión, pero ¿cómo sorprenderla en medio de la multitud que abarrotaba St. Moritz en pleno verano?

Al menos Undine encontró allí lo que quería, y cuando estaba con ella y le ofrecía una de sus espléndidas sonrisas, todo lo demás quedaba en suspenso para Ralph. Sin embargo, en sus horas de deambular solitario por las laderas apenas cubiertas de hierba, expuesto a la irónica interrogación del cielo y las montañas, sus preocupaciones volvían con insistencia y de la manera más inoportuna. A veces cobraban la forma de dificultades materiales. ¿Cómo, por ejemplo, afrontar el gasto de la lujosa suite que ocupaban en el Engadine Palace mientras llegaba el siguiente envío de fondos del señor Spragg? Y, una vez abonada la cuenta del hotel, ¿cuánto quedaría para el viaje a París y los gastos que allí se avecinaban, además del pasaje de vuelta a América? Estos asuntos lo apartaban de su proyectado libro, que a la postre sería lo que casi siempre habían sido todas las obras maestras de la literatura: un librito hecho en la penuria y de escasa calidad. ¡Bien! ¿Por qué no? ¿No depositaban siempre los adoradores las más raras esencias en el altar de su divinidad? Ralph aún se regocijaba ante la idea de devolver a Undine una parte de la belleza de sus primeros meses juntos. Pero hasta en sus paseos solitarios la visión lo esquivaba, y eran muy pocas las horas que podía dedicarle.

Los días de Undine estaban repletos de actividad, y se sobreentendía que él debía seguirla allá donde ella fuese. Era evidente lo mucho que Ralph había crecido en su estima desde que se dejaron absorber por la vida en los grandes

hoteles; ella constató además que su dominio de las lenguas extranjeras colocaba a su marido en una ventajosa posición incluso en aquellos círculos donde generalmente se hablaba inglés o al menos se entendía. El desconocimiento de los idiomas era un obstáculo para Undine, de ahí que no tardara en sumarse al grupo de compatriotas que daban el tono social al hotel. Para Ralph, que ya les había tomado la medida en viajes anteriores, eran personajes familiares y encontraba una réplica exacta de todos ellos en cualquiera de los ambientes del ocio continental. Destacaba en el grupo la señora de Harvey Shallum, una mujer extravagante de aire parisino, casada con un hombre bajito, con cara de figura de cera y vestido a la última moda, lo cual parecía más un tributo a la importancia de su mujer que el sello de sus gustos personales. A decir verdad, no podía afirmarse que el señor Shallum tuviera ninguna inclinación personal. Aunque conversaba con monótona fluidez en las principales lenguas europeas, rara vez ejercitaba este don salvo en el trato con los directores y maîtres del hotel, y sus largos silencios sólo se interrumpían para hacer resignadas alusiones a las barbaridades que había soportado a cuenta de esa clase de individuos, talentosos pero desaprensivos.

La señora Shallum, quien sólo dominaba algunos verbos que en sus labios eran siempre irregulares, lograba no obstante presentarse como una personalidad políglota, con tanta viveza como su marido pasaba inadvertido. No tenía otra noción del trato con sus iguales que la de dividirlos en bandos y someterlos a frecuentes reemplazos, y la sociedad acogía sus desvelos con una sonrisa, como un niño al que se acuna enérgicamente. Detectó al instante el valor de Undine como un factor provechoso para sus propios planes, y ambas establecieron una alianza sobre la que Ralph se abstuvo de arrojar la fría luz del desprecio. Era para él cuestión de honor no mostrar desdén por ninguna de las diversiones de Undine: los bulliciosos e interminables almuerzos campestres, los bailes sofocantes y promiscuos, los conciertos, las partidas de bridge y las obras de teatro con las que se pretendía disfrazar la diferencia entre los Alpes y París o Nueva York. Pensaba que la juventud siempre encierra un elemento narcisista, y de lo que Undine de veras disfrutaba era del encanto de su propia imagen reflejada en la admiración de los demás. Como aprendía deprisa y se adaptaba con facilidad, no tardaría en interesarse un poco más por la cualidad de la superficie reflectante, y entretanto ninguna crítica que él hiciera debía privarla de este placer.

La aparición en el Engadine Palace del oficial de caballería de Siena no fue una sorpresa del todo grata para él, pero, incluso después de que el apuesto marqués le fuera presentado a Undine y pasara toda la noche bailando con ella, Ralph no se sintió demasiado molesto. Marido y mujer se habían acercado progresivamente desde su llegada a St. Moritz, y en los pocos momentos que ella le dedicaba se mostraba siempre alegre y cálida. Su malhumor se había esfumado y demostraba unas cualidades de camaradería que parecían augurar

un entendimiento más profundo. Era sin embargo esta misma esperanza la que volvía a Ralph más dependiente de los estados de ánimo de Undine, más temeroso de alterar la armonía entre ellos; y no le permitía poner sobre la mesa la cuestión del dinero: recordaba demasiado bien cómo apretaba Undine los labios y apartaba sus ojos de él, como si fuera un extraño.

Fue un asunto distinto el que un día dibujó en el rostro de su mujer esa temida expresión. Había anunciado su intención de salir de excursión con la señora Shallum y tres o cuatro de los jóvenes que integraban el núcleo de su fluctuante círculo, y por primera vez no le preguntó a Ralph si quería acompañarla, aunque él no lamentó quedarse solo. Estaba cansado de esos escandalosos asaltos a la soledad de las cumbres, y la perspectiva de pasar una tarde tranquila le permitiría centrar sus pensamientos en su libro. Al fin se presentaba la ocasión de recuperar la visión que había tenido a la luz de la luna...

Observaba desde el balcón al grupo de excursionistas. La señora Shallum ya gritaba en dos lenguas distintas hacia varias ventanas de la larga fachada cuando Undine salió del hotel junto al marqués de Roviano y dos jóvenes diplomáticos ingleses. A su lado, alta y esbelta con su atuendo de montaña, la señora Shallum parecía un muestrario de tapicería ambulante. El aire de las montañas coloreaba sus mejillas y revelaba nuevos matices en su pelo, y Ralph nunca la había visto tan rebosante de frescura matinal. El grupo aún no estaba completo, y molestó a Ralph que en el último momento se sumara a los excursionistas una cosmopolita y notoria dama rusa con la que había coincidido en sus tiempos de soltero, y de quien ya se había cuidado de prevenir a Undine. Conocedor de los extraños ejemplares de las profundidades que se colaban entre las amplias redes del balneario, ya había previsto que el encuentro con la baronesa Adelschein sería inevitable; lo que no esperaba es que fuera a integrarse en el círculo íntimo de su mujer. Cuando los excursionistas se pusieron en marcha, volvió a su mesa y se esforzó en reanudar su trabajo; pero no lograba centrar sus pensamientos, que se hallaban muy lejos de allí, junto a Undine. Llevaba sólo cinco meses casado, y le pareció demasiado pronto para verse tan incuestionablemente excluido de esas excursiones, como el pobre Harvey Shallum. Apartó con una sonrisa esta primera punzada de celos, pero la irritación que le produjo encontró un pretexto para justificar su malestar por la elección de compañeros de Undine. La señora Shallum le resultaba chirriante, aunque por otro lado era visible como un escaparate, y estaba seguro de que con el tiempo su mujer llegaría a comprender que sólo ofrecía baratijas. Roviano y los ingleses le parecían correctos: se mostraban claramente inclinados a la diversión, pero eran agradables y educados. En todo caso, era natural que bailaran al son de las mujeres a las que acompañaban, y el tono de madame Adelschein era de lo más estridente. No se le escapaba sin embargo que la capacidad de Undine

para protegerse se viera debilitada por el instinto de adaptarse a su compañía, fuera la que fuese, de «copiar» a los demás en sus gestos y en su manera de hablar igual que copiaba su forma de vestir, de ahí que inquietaran a Ralph las situaciones a las que por su ignorancia podría verse expuesta.

Undine volvió tarde, sofocada tras la larga caminata, resplandeciente y misteriosa, como Ralph la había visto los primeros días de su cortejo; y esto le hizo revivir su enfado por haber sido excluido deliberadamente del grupo.

—Has tardado una eternidad. ¿Ha sido la Adelschein quien os ha entretenido tanto? —preguntó, intentando conservar su habitual tono humorístico.

Undine se desplomó en el sofá y se quitó el sombrero, lanzando sobre Ralph la luz de su mirada cándida.

—No lo sé. Son todos muy divertidos. El marqués es increíblemente brillante.

—No sabía que tú o Bertha Shallum conocierais a madame Adelschein tanto como para ir de excursión con ella.

Undine alisaba con aire ausente el penacho de brillantes plumas de gallo de su sombrero.

—No creo que haga falta conocer especialmente bien a la gente para salir a dar un paseo. La baronesa también es increíblemente brillante. Siempre se refería a sus conocidos por sus títulos, sin reparar en que predominaba una fórmula más sencilla.

—No discuto que su conversación pueda ser interesante, pero ya te he contado lo que piensa de ella la gente decente —replicó Ralph, exasperado por lo que en ella parecía intencionada simulación de ignorancia.

Undine siguió observándolo con sus ojos claros, sin el menor atisbo de ofensa.

— ¿Quieres decir que la gente no quiere salir con ella? Te equivocas; no es cierto. Se relaciona con todo el mundo. Anoche cenó con la gran duquesa; Roviano me lo ha dicho.

No pretendía forzar a Ralph a que considerara la situación con mayor tolerancia.

— ¿Y te ha dicho también lo que se dice de ella?

— ¿Lo que se dice de ella? —preguntó Undine, reprendiéndolo con su mirada límpida—. ¿Te refieres a ese desagradable escándalo del que me hablaste? ¿Crees que le consentiría que me hablara de esas cosas? Lo que digo es que te equivocas en cuanto a su posición social. Él asegura que ella va a

todas partes.

Ralph rio con impaciencia.

—No cabe duda de que Roviano es una autoridad, pero resulta que no es asunto suyo elegir a tus amigos.

Undine respondió riendo a su vez.

—Bueno, creo que para eso no necesito a nadie. Puedo hacerlo yo sola — dijo, con esa cortante ironía habitual entre los Spragg.

Ralph se sentó a su lado y le acarició un hombro.

—No, niña tonta; no puedes. No conoces a esa gente en absoluto; no sabes nada de sus orígenes, de sus reglas y de sus convenciones; es mi deber cuidar de ti y advertirte si vas por mal camino.

— ¡Dios mío, qué discurso tan solemne! —exclamó Undine, encogiendo malhumoradamente el hombro para apartar la mano de Ralph—. No creo que una americana necesite conocer tan bien sus reglas. Ellos saben que yo sigo mis propias reglas, y si no les gusta no tienen por qué venir conmigo.

—Seguro que se apresuran a salir contigo. Y lo harán encantados. La cuestión es hasta dónde te obligarán a seguirlos, y dónde aterrizarás al final.

Undine sacudió la cabeza imitando el movimiento aprendido al «recitar» sus lecciones escolares sobre la libertad y la tiranía británica.

— ¡Nadie me ha llevado nunca más lejos de lo que yo haya querido! — declaró. Era exquisitamente simple.

—No estoy seguro de que Roviano no lo haya hecho ya, al salir en defensa de madame Adelschein. Probablemente pensaba que tú lo sabías. Para él toda esta «sociedad» es tan vulgar como la gente que viaja en ómnibus. Para todos los que están aquí la sociedad significa recibir el beneplácito de su grupo particular en este lugar y de los correspondientes grupos en otros lugares. La Adelschein puede venir a un lugar como éste porque no es asunto de nadie impedirselo, pero las mujeres que aquí la toleran la rechazarían por completo si pusiera un pie en su propio territorio.

El aire reflexivo con que Undine lo escuchaba le hizo pensar que este argumento sí la había convencido, y ella le dirigió una mirada radiante cuando terminó de exponerlo.

—En ese caso es muy sencillo; si va a Nueva York puedo volverle la espalda.

Ralph se quedó callado un momento... y luego fue a recoger sus cuartillas desperdigadas.

En los días posteriores Undine no pasó menos tiempo con madame Adelschein, y Ralph interpretó como un desafío que no ocultara su relación. Lo fuera o no, Ralph lo dejó correr. Ya no parecía importarle demasiado que su mujer frecuentase más o menos la compañía de madame Adelschein, puesto que había demostrado ampliamente que era capaz de defenderse. Lo que le dolía era la rotundidad de la prueba, el perfecto funcionamiento del instinto de conservación de Undine. Ralph se enfrentó por primera vez al temor que lo había estado acechando: empezaba a juzgar aquello que aún adoraba.

Pronto se vio absorto por asuntos más acuciantes. Se veía pendiente del correo, a la espera de que llegara la asignación mensual de su suegro, con la que sin saber exactamente cómo esperaba cubrir los enormes gastos que debería afrontar entre St. Moritz y Nueva York. El hecho de que el cheque del señor Spragg se retrasara fue causa de peores temores, y éstos se vieron bruscamente confirmados cuando, una tarde, al entrar en su suite, encontró a Undine llorando delante de una carta de su madre.

Su aflicción le hizo temer que el señor Spragg hubiese enfermado, y abrazó a su mujer para consolarla, pero ella se apartó con gesto impaciente.

—Están los dos bien... pero papá ha perdido mucho dinero. Ha estado especulando y no podrá enviarnos nada durante al menos tres meses.

— ¡Mientras no haya nadie enfermo! —murmuró Ralph, para tranquilizarla; aunque en realidad seguía la mirada desesperada de Undine en torno a la larga perspectiva de la habitación desnuda.

— ¡Tres meses! ¡Tres meses!

Undine se secó los ojos, sin moverse, apretando los labios y tamborileando con el pie mientras él leía la carta de su madre.

— ¡Tu pobre padre! Es un golpe muy duro para él. Lo siento —dijo, devolviéndole la carta.

Por un momento fue como si ella no lo hubiera oído; luego dijo entre dientes:

—Es duro para nosotros. Supongo que ahora tendremos que volver a casa directamente.

Ralph la miró con expresión de asombro.

— ¡Ojalá no fuera más que eso! En todo caso yo tengo que estar de vuelta dentro de unas semanas.

— ¡Pero no tendríamos que marcharnos en agosto! Es el primer sitio de Europa que me gusta, y tengo la mala suerte de que me obliguen a salir de aquí.

—Lo siento muchísimo, cariño. La culpa es mía por convencerte de que te casaras con un pobre.

—La culpa es de papá. ¿Por qué demonios se ha dedicado a especular? ¡Ahora no sirve de nada que diga que lo siente! —Se quedó un momento pensativa y de pronto cogió la mano de Ralph—. ¿Crees que tu familia podría hacer algo... ayudarnos sólo por esta vez?

Ralph enrojció hasta el cuero cabelludo. Le parecía inconcebible que Undine se atreviera a hacer semejante sugerencia.

—No podría pedírselo... no es posible. Mi abuelo hace cuanto puede por mí, y mi madre no tiene nada más que lo que él le da.

Undine no parecía consciente de la vergüenza que sentía Ralph.

—Tu abuelo no nos da ni la mitad de lo que nos da mi padre —dijo; y como él no respondiera, continuó—: ¿No podrías pedírselo a tu hermana? Necesito comprarme un poco de ropa antes de volver a casa.

A Ralph se le encogió el corazón mientras la miraba. ¿Qué clase de cambio siniestro se operaba en ella cuando se contrariaba su voluntad? Parecía volverse inaccesible, implacable: sus ojos eran los ojos de un enemigo.

—No sé... ya veremos —dijo, levantándose y alejándose de ella. El roce de su mano le resultó repugnante en ese momento. Sí... podría pedírselo a Laura, desde luego; y lo que ella tuviera sería para él. Pero le resultaba terriblemente amargo, y el hecho de que Undine no lo comprendiese le hería aún más que la indiferencia con que reaccionaba ante la desgracia de su padre.

Lo que más le dolía era la curiosa circunstancia de que, a pesar de su irresponsabilidad, siempre fuera ella quien proponía las soluciones más prácticas, quien daba de lleno en el clavo de la conveniencia. Ningún escrúpulo sentimental debilitaba el golpe o desviaba a Undine de su firme objetivo. Undine había pensado inmediatamente en Laura, y Laura era para Ralph el único recurso, el inevitable. Ralph se representa en sus agitados pensamientos el asombro de su hermana, y torció el gesto con disgusto al sentir el aguijón de la ironía de Henley Fairford: Fairford, que llegado el momento de la boda había guardado silencio, mesándose el bigote mientras los demás discutían y objetaban: un silencio tras el que Ralph había detectado una objeción más profunda que la que subyacía a los razonamientos del resto de la familia. ¡No era ningún consuelo pensar que Fairford probablemente también callaría en esta ocasión! Pero la necesidad pudo más que estas dolorosas punzadas, y Ralph apretó los dientes y puso un cable.

La principal sorpresa de Undine fue que la respuesta de Laura, aunque inmediata y generosa, no les permitía continuar su estancia en St. Moritz. Al

parecer reconoció en la expresión de su marido la futilidad de esta esperanza, pues, con uno de esos repentinos cambios de humor que seguían desarmando a Ralph, aceptó la inminente partida y se despidió filosóficamente de los Shallum y el resto del grupo. Al fin y al cabo, aún tenía la perspectiva de París, y en septiembre podría ver las nuevas creaciones de los modistos y sorprender sus concilios secretos.

Ralph estaba perplejo ante la tenacidad con que se aferraba a sus planes. No bien llegaron a París intentó que tomara conciencia de la necesidad de volver a casa de inmediato, pero ella se quejó de fatiga y alegó un vago malestar, y Ralph tuvo que plegarse a sus deseos de descanso. Le sorprendió sin embargo lo extraño e inapropiado del término, porque Undine estuvo desde el día de su llegada en un estado de continua actividad. Parecía dominar «su» París por arte de magia, y en un abrir y cerrar de ojos se movía con una facilidad sobrenatural entre los bulevares y la Place Vendôme.

—Naturalmente —le explicaba a Ralph—, comprendo que podemos gastar poquísimos, pero salí de Nueva York sin un solo trapo y fuiste tú quien me ordenó devolver el ajuar en lugar de dejar que nos lo enviaran. Ojalá no te hubiera hecho caso... papá lo habría pagado antes de perder el dinero. Tal y como están las cosas, al final me saldrá más barato comprar algo aquí. La ventaja de los modistos franceses es que esperan para cobrar el doble de tiempo que en casa. Y están locos por vestirme... Bertha Shallum te lo puede confirmar; dice que nunca han tenido una oportunidad así. Por eso no me ha importado venir a este hotelucho: quería ahorrar hasta el último céntimo para comprar un par de cosas decentes. Y aquí están acostumbrados a regatear... ¿no te imaginas cómo los he derrotado! ¿Tienes idea de lo que cuesta en Nueva York un traje de noche...?

Y así continuó, persistente y cerril cada vez que él intentaba introducir una nota de prudencia. En los demás asuntos, por el contrario, se mostraba más sensata que de costumbre. París entusiasmó a Undine, y pasaron horas deliciosas en los teatros —en los «pequeños»—, disfrutaron de entretenidas cenas en restaurantes de moda y temerarias veladas de ronda por lugares en los que la emocionaba y llenaba de una simple alegría el hecho de que pudiesen tomarla por aquello que evidentemente «la tomaban». Estas diversiones familiares permitieron a Ralph recuperar el gusto por la compañía de su mujer. La inocencia de Undine, su entusiasmo, sus sorprendentes comentarios y su ingenuidad recordaron a Ralph sus anteriores aventuras parisinas, cubriendo los trillados escenarios de la ciudad con un velo de romanticismo. El futuro parecía menos cercano y menos implacable y, al recibir una tranquilizadora carta de su hermana, dejó que su conciencia se adormilara y se dejó llevar por la fuerte corriente del placer. En Nueva York no tendrían tantas diversiones, y su vida sería más tranquila por algún tiempo. Por otro lado, sus vagas

intuiciones acerca del pasado del señor Spragg le sugerían que su suegro no tardaría en recuperarse y entonces recompensaría con redoblada generosidad sus apuros temporales; y además de todas estas posibilidades estaba su libro por escribir... el libro que estaba seguro de atrapar finalmente en cuanto se hubieran instalado en Nueva York.

Entretanto los gastos diarios y las facturas que no podían aplazarse se iban comiendo la mayor parte de la ayuda de Laura. Las preocupaciones de Ralph regresaron, y su difícil situación se le reveló de un modo sorprendente cuando, al ir a comprar los pasajes, supo que los precios eran los de «temporada alta» y entre las condiciones figuraba el pago inmediato. Le explicaron que las normas eran menos estrictas en otros momentos, pero en septiembre y octubre no podían hacerse excepciones.

Cuando regresaba con este nuevo peso en su cabeza, distinguió la silueta deambulante de Peter Van Degen: Peter paseando y saboreando las seducciones del bulevar con la desagradable desenvoltura del hombre cuyas necesidades se miden exclusivamente con dinero y que siempre dispone de lo suficiente para satisfacerlas.

Su propia conciencia de estas ventajas se dejó sentir en la amabilidad con que saludó a Ralph y en la brusquedad con que le pidió que «pasara a ver a Clare», que estaba con él en París para comprar ropa de invierno.

—Se va a Italia en coche la semana que viene con algunos de sus amigos de pelo largo, pero a mí me va más el otro lado. Regreso en el Sorceress. Acaban de revisarlo en Greenock y supongo que tendremos un buen viaje. Vente conmigo, amigo mío.

El Sorceress era el yate a motor de Van Degen, el más grande y complicado de su clase. Era su costumbre regresar en el yate en alegre compañía tras sus escapadas cada seis meses a París y Londres, mientras Clare hacía la travesía en un trasatlántico. La naturaleza de esta compañía hizo que la invitación resultara casi ofensiva para Ralph, pero, pensando que probablemente se trataba de una frase que Van Degen soltaba a cualquier conocido cuando estaba de buen humor, se limitó a responder:

—Te lo agradezco mucho, querido amigo, pero Undine y yo embarcamos enseguida.

Los vidriosos ojos de Peter se animaron.

—Ah, claro; todavía estáis de luna de miel. ¿Cómo está la novia? ¿Tan deslumbrante como siempre? Preséntale mis respetos, por favor. Supongo que estará demasiado ocupada con sus vestidos para que pueda pasar a saludarla... pero ¡tú no dejes de ver a Clare! —Salió corriendo, a la zaga de unas enaguas veloces, y Ralph prosiguió su camino.

Lo prolongó un poco para aplazar el momento de anunciarle a Undine el aprieto en que se encontraban, pues no veía más que un modo de sufragar el coste del viaje y era embarcar sin demora para acabar con los gastos de París. Sabía que sus planes serían muy mal acogidos, y aún más temía ver cómo se endurecía la expresión de Undine después de lo mucho que había disfrutado últimamente de su alegría.

Cuando al fin entró en la pequeña salita que a ella le parecía «sofocante», la encontró conversando con un caballero de barba rubia que llevaba un lazo rojo en la solapa y que, ante la llegada de Ralph —y al parecer a una señal de la señora Marvell—, guardó precipitadamente en su maletín varios objetos de pequeño tamaño que hasta entonces estaban sobre la mesa y se despidió inclinándose con un «madame... monsieur» digno de la más alta tradición.

Ralph lo observó con gesto divertido.

— ¿Quién es tu amigo, un embajador o un sastre?

Undine se estaba poniendo a toda prisa sus anillos, que, según vio Ralph en ese momento, también habían estado desperdigados sobre la mesa.

—Ah, era el joyero del que te hablé... ése al que va Bertha Shallum.

— ¿Un joyero? ¡Mi pobre niña! ¿Has estado comprando joyas? —La mera extravagancia de la idea le hizo soltar una carcajada.

Ella se acercó y se sentó a su lado, poniendo una mano en su brazo. Ralph levantó la mano y se fijó en el intenso brillo del anillo de zafiros que le había regalado.

— ¿No irías a engarzarlo? —preguntó, sonriendo y dando vueltas al anillo en el dedo de ella. Y continuó con su ingrata explicación diciendo—: No es que no quiera que hagas esto o lo otro; lo que pasa sencillamente es que en este momento andamos bastante cortos de dinero. Acabo de estar en la naviera, y nuestros pasajes costarán mucho más de lo que pensaba.

Mencionó la suma y el hecho de que debía dar una respuesta al día siguiente. ¿Aceptaría ella embarcar ese mismo sábado? ¿O tendrían que zarpar dos semanas más tarde en un vapor más lento desde Plymouth?

Undine puso mala cara a ambas posibilidades. No le gustaba demasiado el mar y temía que el barco más barato fuera «repugnante». Quería hacer el viaje lo más rápidamente posible y con el mayor lujo —Bertha Shallum le había dicho que en una «suite de cubierta» nadie se mareaba—, pero sobre todo quería pasar otra semana o dos en París, y era difícil, como siempre, hacerle comprender que las circunstancias no siempre podían amoldarse a sus deseos.

— ¿Esta semana? ¿Cómo quieres que esté lista? Además, el sábado cenamos en Enghien con los Shallum, y el domingo vamos en coche a

Chantilly con los Driscoll. ¡Cómo se te ocurre que embarquemos esta semana!

Pese a todo, seguía oponiéndose a la alternativa más económica y, tras llevarse consigo la discusión a Voisin's para seguir discutiéndola sin provecho alguno a lo largo de un prolongado almuerzo, la solución no parecía más próxima.

—Bueno, piénsalo y dime algo esta noche —dijo Ralph, mientras pagaba la cuenta disparada por la insensata elección de primeurs de Undine.

Undine había quedado en acompañar a la recién llegada señora Shallum a dar un paseo por la Rue de la Paix, y Ralph vio la ocasión de escaparse a una representación de teatro clásico en el Français. Al llegar a París había llevado a Undine a este tipo de espectáculos, pero al ver su aburrimiento y su desconcierto decidió no volver a intentarlo y tampoco había tenido tiempo de volver sin ella. Se alegró de olvidar un poco sus preocupaciones en aquel ambiente. La obra era de lo mejor, la interpretación al estilo de la gran escuela, algo que ya casi no se veía pero que él conservaba vivo entre sus primeros recuerdos de los escenarios parisinos, y su rendición a estas influencias resultó tan completa como en otros tiempos. Transportado por el carro de fuego del arte, volvió a sentir en sus músculos la fuerza de sus corceles, y la velocidad del vuelo aún resonaba cuando, va tarde, volvió paseando hasta el hotel.

Capítulo XIII

Creía que Undine aún no habría regresado, pero en las escaleras se cruzó con la señora Shallum, que se abalanzó sobre él bajo el ala inmensa de su sombrero.

—Sí, está arriba, pero mejor que venga usted conmigo a tomar el té en el Luxe. ¡No creo que los maridos sean bien recibidos!

Ralph respondió, riendo, que era precisamente el momento en que los maridos debían aparecer, y la señora Shallum se alejó, gritando por encima del hombro:

—Da lo mismo. ¡Lo esperaré!

Ralph encontró a Undine en el salón, sentada tras una mesita de té, al otro lado de la cual, en actitud de cómoda intimidad, se encontraba repantigado Peter Van Degen.

No se movió al ver a Ralph, considerando sin duda que un asentimiento de cabeza y un «¡Hola!» eran suficiente saludo, habida cuenta de su parentesco. Peter era dado a incurrir en ese tipo de errores cuando se encontraba en

confianza, y la primera reacción de Ralph fue mirar a Undine para ver cuál era su reacción. Pero en sus ojos sólo vio los nítidos rayos que invariablemente despertaban en ellos el ruido y las bromas; en momentos así, su rostro era como un teatro en todo su esplendor. El hecho de que el responsable de la iluminación fuera el marido de su prima no agradó precisamente a Marvell, quien consideraba a Peter un pelmazo en sociedad y un incordio insufrible en circunstancias más familiares. Ralph empezaba a no tener pelos en la lengua con la escasa discriminación de Undine, aunque su simpatía por Clare le obligaba a atemperarse en su trato con Van Degen.

De ahí que escuchara con aparente buen humor su propuesta de pasar la velada con los Shallum en un petit théâtre y saludara con una carcajada la declaración de Undine:

—Ah, Ralph no irá... A él sólo le gustan los teatros donde los actores salen en bata y hablan en verso. ¿No es eso lo que acabas de ver? —añadió, volviendo el cuello para mirarlo y bañarlo con su luz.

— ¿Qué? ¿Uno de esos espectáculos del Français?

— ¡Por el gran César, Ralph! ¡No me extraña que tu mujer se muera por ir al Folies Bergère!

—No tiene por qué, mi querido amigo. Nunca interferimos en los vicios del otro.

El indeseado Peter encendía tranquilamente un cigarrillo.

— ¡Ah, en eso reside el secreto de la felicidad conyugal! En casarse con alguien a quien le gusta todo lo que a ti te disgusta y en hacer el amor con quien comparte tus propios gustos.

Undine celebró la ocurrencia con una carcajada.

—La pena es que el pobre Ralph esté abocado a esas horribles antiguallas. ¿Os imagináis a qué tipo de mujer le gustan esas obras de teatro?

—Yo lo imagino perfectamente: a mi mujer le encantan —dijo Van Degen con una sonrisa; y Ralph intervino al punto para añadir:

—Por tanto podéis ahorraros vuestra compasión conmigo.

Y Undine soltó esa risotada levemente áspera que siempre le arrancaba toda mención a Clare.

—Entonces, mañana por la noche a Paillard's —concluyó Van Degen—. Y en cuanto al otro asunto... es una posibilidad. En vuestras manos queda fijar la fecha.

La sonrisa y el asentimiento de cabeza que intercambiaron con Undine

insinuaba una profunda connivencia de la que Ralph estaba abiertamente excluido, y éste se preguntó qué amplio programa de diversiones no habrían tenido tiempo de planificar. Le desagradó la idea de que Undine se dejara ver a menudo en compañía de Van Degen, cuya reputación en París no contaba con el respaldo que le proporcionaban sus relaciones en Nueva York; pero no quería inmiscuirse en las distracciones de Undine, y seguía buscando algo que decir cuando la puerta se cerró y ella se volvió alegremente.

— ¡Cuánto me alegro de que hayas vuelto! Tengo noticias para ti —dijo, rozándole el brazo.

Su caricia y su tono de voz bastaron para diluir las tribulaciones de Ralph, quien respondió que había tenido suerte de encontrarla, pues ya la suponía ocupada en una mesa de té del Nouveau Luxe para reponerse de los estragos de la tarde.

—No he comprado demasiado... No he estado mucho tiempo fuera —dijo ella, mirándolo con viva expresión—. ¿Qué crees que he estado haciendo? Mientras tú estabas sentado en tu sofocante y viejo teatro, preocupándote por el dinero (no digas mentirijillas... ¡sé que estabas preocupado!), yo te estaba ahorrando cientos y miles. ¡Te he ahorrado el precio de los pasajes!

Ralph se rio de puro deleite en su belleza. ¿Qué más daban las tonterías que pudiera decir cuando resplandecía de ese modo?

—Eres maravillosa... ¿cómo lo has conseguido? ¿Renunciando a una diadema?

— ¡Sabes que no soy tan tonta como tú crees! —Lo sujetó con los brazos estirados y movió la cabeza con alegre misterio—. ¡No te lo imaginarías nunca! He logrado que Peter Van Degen nos invite a embarcar en el Sorceress. ¿Qué me dices a eso?

Soltó una carcajada triunfal, segura del efecto que el anuncio produciría.

Ralph la miró fijamente.

— ¿El Sorceress? ¿Lo has logrado?

—Bueno, digamos que lo insinué veladamente hasta que él lo propuso. Ahora está entusiasmado con la idea... Creo que antes de llegar aquí ni se le había pasado por la cabeza.

— ¡Seguro que no! —replicó Ralph—. ¡Nunca habría tenido la desfachatez de pensarlo!

— ¡Pues yo se lo he hecho pensar! ¿Habías tenido tanta suerte alguna vez?

— ¿Tanta suerte? —Exhaló un gemido de desesperación ante la obstinada inocencia de Undine—. ¿Crees que voy a dejarte cruzar el Atlántico en el

Sorceress?

Undine se encogió de hombros con gesto impaciente.

— ¿Eso lo dices porque tu prima no irá en el barco?

—Si no va es porque en él no hay sitio para mujeres decentes.

—Si eso es cierto la culpa es de Clare. Todo el mundo sabe que está loca por ti y no se lo oculta a su marido. Por eso él busca otras mujeres.

La rabia coloreó las mejillas de Undine, cuyas cejas cayeron como una barra negra sobre sus ojos encendidos. Pese al rechazo que le causaron estas palabras, Ralph era sensible al tempestuoso fuego de la belleza de su mujer, pero por primera vez todo el resentimiento latente estalló en él, y le volvió la espalda, respondiendo a su ira con ira.

— ¿Es ésa la maravilla que te ha contado?

— ¿Crees que yo necesitaba que me lo contara? Todo el mundo lo sabe... Todo el mundo en Nueva York sabía que ella se puso furiosa cuando supo que ibas a casarte. Por eso ha sido siempre tan antipática conmigo. Si no vas en el Sorceress todos dirán que lo haces porque ella tenía celos de mí y no te lo ha permitido.

La indignación de Ralph se tornó en disgusto. Undine dejó de parecerle hermosa: su cara era igual que sus pensamientos. Ralph se levantó riendo con exasperación.

— ¿Es otro de los argumentos que él te ha dado? Desde luego que son convincentes... —Pero su desprecio se esfumó tal como había venido, dando paso a una oleada de compasión, al vago impulso de callar y protegerla. ¿Cómo caía en la provocación de Undine, que era fruto de su debilidad, cuando él tenía la obligación de defenderla y protegerla de todo eso? Recordó sus primeros sueños de salvarla del vandegenismo... No era así como había imaginado el rescate.

—No le demos a Peter el gusto de discutir por él —dijo, alejándose para servirse una taza de té.

Cuando hubo llenado la taza se sentó al lado de Undine, sonriendo.

—Seguro que hablaba en broma... y habrá imaginado que tú le seguías la corriente. Pero si de veras le has hecho pensar que podíamos ir con él será mejor que le escribas unas líneas.

Undine seguía con el ceño fruncido.

— ¿Te niegas, entonces?

— ¿Negarme? ¡No lo necesito! ¿Quieres ser la sucesora de la mitad de las

coristas de Nueva York?

— ¡No creo que vayan en el barco con nosotros!

—Pero irán los ecos de su conversación. Es el único idioma que Peter conoce.

—Me ha dicho que anhelaba la influencia de una mujer como es debido...
—Se interrumpió y se sonrojó ante la carcajada de Ralph.

—Pues dile que vuelva a intentarlo cuando lleve un par de meses bajo esa influencia. Entretanto, nosotros nos ceñiremos a los barcos normales.

Ralph empezaba a comprender que él único camino para llegar a la razón de Undine pasaba por su vanidad, y pensó que si lograba ridiculizar a Van Degen tal vez renunciara por sí sola a la idea de embarcar en el Sorceress. Pero su voluntad se endureció poco a poco, a medida que él se oponía en tono jocoso, y no resultó menos formidable cuando al fin se tranquilizó. Ralph estaba acostumbrado a tratar con mujeres que en circunstancias similares se plegaban al juicio masculino sin cuestionarlo: cuando se declaraba que un hombre no era «decente» el asunto quedaba zanjado. Undine, por el contrario, tenía por costumbre atribuir a motivos personales todo lo que interfiriera en sus planes, y Ralph vio que achacaba su oposición a las furtivas maquinaciones de la pobre Clare. Le resultaba odioso prolongar la discusión, pues la recriminación era lo que más temía en los labios de Undine. Sin embargo, llegaría el momento en que tendría que afrontarlo, evitando en la medida de lo posible pensar en las mezquinas familiaridades y en las represalias tomadas del más vulgar de los vocabularios que empezaba a atisbar. Ciertas réplicas surcaban el aire veloces como utensilios domésticos al vuelo, ciertos ataques sonaban como acusaciones de envenenamiento. Se resistía a esa clase de comparaciones, pero se adherían a su imaginación, y dio gracias cuando la rabia de Undine se transformó en llanto. Él contuvo la suya y alcanzó su objetivo. El viaje en el Sorceress quedó descartado y se le hizo llegar a Van Degen la oportuna nota. Al mismo tiempo, Ralph envió un cable a su hermana para pedirle una ampliación del préstamo, pues para cosechar esta victoria tuvo que hacer una concesión: quedarse en París hasta octubre y navegar en un vapor rápido, en suite de cubierta, como los Shallum.

Una nueva distracción diluyó en poco tiempo el mal humor de Undine, que se entregó despreocupadamente al disfrute de París. Los Shallum eran el centro de un grupo de ideas afines y, en las horas en que las damas quedaban libres de sus modistos, los restaurantes retumbaban con sus carcajadas y los barrios con el estrépito de sus coches de motor. Van Degen, que había aplazado su regreso, era uno de los habituales en estas reuniones, pero Ralph contaba con influencias neoyorquinas para apartarlo de Undine. Empezaba a saber cómo influir en ella apelando a su instinto social antes que a otras

sensibilidades.

El peor momento para Ralph fue la visita a Clare Van Degen, que en la víspera de su partida le había rogado que pasara por su hotel. La encontró menos nerviosa y habladora que de costumbre, con una expresión en la mirada que evocó en él los días en que atormentaba sus pensamientos. La visita transcurrió sin vanas alusiones al pasado, hasta que Ralph ya se marchaba y Clare lo sorprendió al decir:

—No permitas que Peter deje a tu mujer en ridículo.

Ralph se echó a reír, pero también se ruborizó.

—Undine es perfectamente capaz de protegerse incluso de las seducciones de Peter.

Clare sonrió y bajó la mirada hacia las pulseras que llevaba en su bronceada y fina muñeca:

—A sus seducciones... sí. Pero Peter es un inventor inagotable de diversiones, y a Undine le gusta que la diviertan.

Ralph no respondió, aunque tampoco se mostró molesto. Se limitó a tomar la mano de Clare para besársela al tiempo que le decía adiós; y ella se apartó sin una despedida audible.

A medida que se acercaba el día de la partida, Undine se concentró tanto en sus vestidos que casi ni pensaba en divertirse. A primera y a última hora se encerraba con probadores y empaquetadores —ni siquiera permitía que las hábiles manos de Céleste manipularan los tesoros que entraban a raudales en su habitación—, y Ralph maldecía su flaqueza por no saber refrenarla y buscaba consuelo en los museos y en las galerías de arte.

No era capaz de despertar en ella escrúpulo alguno para no incurrir en nuevas deudas, por más que supiera que ya no era ajena al valor del dinero. Había aprendido a regatear, a pedir descuentos, a eludir honorarios, a intimidar a los pequeños comerciantes y a obtener concesiones de los grandes, no porque se esforzara en reducir sus gastos —así lo veía Ralph— sino con el propósito de prolongar el placer de gastar. Molesto por este rasgo, él intentaba ridiculizarla para que se abstuviera de actuar así. En cierta ocasión le dijo que su mano denotaba tacañería, mostrándole a modo de prueba que sus dedos no se doblaban hacia atrás, ni la palma se abría por completo a pesar de su suavidad. Con cierta brusquedad, Undine replicó que no era extraño, pues desde que se había casado sólo oía hablar de economía; y Ralph no supo qué responder. Y así los proveedores continuaron subiendo a su suite, y Ralph se escabullía en cuanto podía, mirando de soslayo las cajas negras satinadas y las inestables pirámides de cartón, quitándose el sombrero para esquivar a las

sombrereras o desapareciendo antes de que las vendeuses pasaran trotando a su lado envueltas en una nube de opopánax. Se sentía incapaz de pronunciarse sobre las necesidades que estos proveedores satisfacían, aunque la reaparición del joyero de la barba rubia le dio motivos para albergar nuevos temores. Undine le aseguró que había renunciado a la idea de engarzar las joyas y que tenía tiempo de sobra para recuperarlas, pero cuando él se interesó por el asunto, alegó retrasos y «molestias» y le hizo quedar en mal lugar al preguntarle en tono irónico si creía que ella compraba «por placer» cuando sabía tan bien como él que no había dinero suficiente. No todos los pensamientos de Ralph eran sombríos. Seguía dejándose contagiar por el estado de ánimo de Undine, y cuando estaba contenta él respondía con ligereza. Aunque sus diversiones fueran demasiado primitivas para compartirlas con ella, disfrutaba viendo cómo se reflejaban en su expresión. Solo al volver la vista atrás le llamaba la atención la evanescencia, la insustancialidad de sus momentos de afinidad compartida y reparaba en las señales permanentes que dejaba cada nueva brecha que se abría entre ellos. Aún así, seguía imaginando que algún día cambiarían las tornas, y que Undine descubriría su voz interior a medida que fuese afinando su sentido de los valores.

Algo parecido tenía Ralph en mente cuando la tarde anterior al día de su partida regresó al hotel para ayudarla con los últimos preparativos. Ella le había rogado que la dejara sola en la abarrotada salita de sus habitaciones, mientras continuaban llegando paquetes de última hora, y casi había oscurecido cuando llegó Ralph. La noche anterior parecía pálida y nerviosa, y en el último momento se excusó para no cenar con los Shallum en un restaurante de las afueras. Era tan impropio de ella perderse semejante oportunidad que Ralph incluso se preocupó un poco. Sin embargo, con la llegada de los paquetes Undine volvió a ponerse en pie y a dominar la situación, y él se retiró sumisamente, tal como el señor Spragg habría huido en los tiempos de Apex de la tormenta de verano que se desataba en la casa el día de «limpieza general».

Al entrar en el salón vio que todo seguía desordenado. Las sillas quedaban ocultas bajo los vestidos, el papel de seda asomaba en los baúles bostezantes y Undine estaba tumbada en el sofá con los ojos cerrados, sobre un montón de exquisitos trajes.

Levantó la cabeza al verlo llegar y la apartó con aire distraído.

— ¡Mi pobre niña! ¿Qué pasa? ¿Todavía no han terminado?

En lugar de responder, Undine hundió la cara en el respaldo del sofá y empezó a sollozar. La violencia de su llanto le sacudía el pelo sobre los hombros, y sus manos, aferradas al brazo del sofá, la separaban de éste como

si le resultara insoportable tocar nada.

Ralph se inclinó sobre ella, muy alarmado.

— ¿Qué pasa, cariño? ¿Qué ha pasado?

Recordó lo fatigada que parecía la noche anterior, la expresión de desconcierto en sus ojos, y eso reanimó un vago recuerdo. Ralph siempre había sido ajeno a las fórmulas al uso en cuanto a los efectos beatíficos de la maternidad, y tenía abundantes razones para no recibir con agrado las noticias que creía que ella estaba a punto de darle; pero la mujer a la que un hombre ama siempre es un caso especial, y todo lo que le sucediera a Undine era distinto. Si era eso lo que le ocurría, a Ralph le pareció maravilloso y divino: por el momento no sintió nada más.

—Cuéntame qué ha pasado, cariño —le pidió.

Ella seguía sollozando, sin hacerle caso, y Ralph esperó a que se tranquilizara. Intentaba eludir las frases supuestamente oportunas en parecidas circunstancias, pero deseaba abrazarla con fuerza y entregarle todo su corazón a través de un largo beso.

Undine se incorporó de pronto y lo miró con expresión desesperada.

— ¿Por qué demonios me miras así? ¡Cualquiera es capaz de darse cuenta de lo que pasa!

El tono de Undine hizo que Ralph se estremeciera de dolor, aunque logró retener una de sus manos, y se miraron en silencio.

— ¿De verdad lo lamentas tanto? —dijo Ralph al fin, consciente de lo inexpresivo de su voz.

— ¿Lamentarlo... lamentarlo? Estoy... estoy... —Apartó su mano y siguió llorando.

—Pero, Undine, cariño, poco a poco te irás sintiendo mejor... ¡Estoy seguro!

— ¿Mejor? ¿Mejor? ¿Cuándo? ¿Dentro de un año? Esto requiere un año... ¡un año entero de tu vida! ¿Qué más me da cómo me sentiré dentro de un año?

La frialdad del tono de Undine fue como un martillazo. Había en ella algo más que una simple alteración nerviosa; se trataba de un resentimiento sólido y razonado.

Ralph se sorprendió pretextando agotamientos, buscando evasiones... ¡cualquier cosa con la que pudiera proporcionarle un poco de consuelo!

— ¿Quién sabe? Tal vez sea un error.

No hubo ningún cambio en el rostro de Undine, que volvió la cabeza con gesto hastiado.

— ¿No crees que podrías haberte equivocado, cariño?

— ¿Equivocado? ¿Cómo demonios voy a equivocarme?

Aun en esos momentos de confusión, a Ralph le impresionó la fría seguridad de Undine, y se preguntó cómo podía estar tan segura.

— ¿Esto quiere decir que has preguntado... que has consultado...?

La ironía de sus palabras le oprimió la garganta. Eran exactamente las mismas palabras que habría pronunciado en una sórdida conversación clandestina... ¡y las estaba dirigiendo a su mujer!

— Sé que no me equivoco —insistió ella en tono apagado.

Hubo otro largo silencio. Undine estaba tumbada, con los ojos cerrados, toqueteando el brazo del sofá con una mano incapaz de estarse quieta. La otra mano descansaba fríamente entre las de Ralph, y su contacto le hurtaba poco a poco la paralizante influencia que le producía lo que ella estaba pensando: la sensación de inminente malestar, de ansiedad y de gastos, además de innecesaria alteración en el conjunto de sus vidas.

— ¿Eso es lo único que sientes? —preguntó Ralph al cabo, con un punto de amargura, como si quisiera negar la odiosa realidad que él también percibía. Se levantó y se alejó—. ¿Nada más? —insistió.

— ¿Qué otra cosa esperas que sienta? Me siento fatal, si quieres saberlo. —Ralph vio que volvía a temblar por los sollozos.

— ¡Pobrecita... pobre niña! Lo siento... ¡Lo siento muchísimo!

Esta reiteración sin sentido pareció exasperarla. Ralph lo supo por el estremecimiento que sacudió su cuerpo, tal como el agua en calma se riza premonitoriamente antes de la llegada del viento. Undine se volvió hacia él y se puso en pie de un salto.

— ¿Lo sientes... dices que lo sientes? ¿Lo sientes? ¿Por qué? ¿En qué cambia las cosas para ti? —Retrocedió unos pasos, levantó sus delgados brazos—. ¡Mírame... mira cómo soy... y cómo voy a ser! ¡No serás tú el que se deteste más cada mañana al mirarse en el espejo! ¡Tu vida seguirá igual que siempre! Pero ¿qué será de la mía durante meses? Y para colmo tiene que pasar precisamente ahora, cuando acabo de tomarme tantas molestias... de matarme por todas estas cosas —dijo, abarcando con gesto trágico el desorden de la habitación—, cuando pensaba que volvía a casa para divertirme y estar guapa, para encontrarme con la gente y disfrutar un poco después de tantas preocupaciones... —Se desplomó en el sofá con un nuevo estallido de llanto

—. ¡De qué me servirá ahora toda esta porquería! ¡Me pongo mala sólo de verlo! —sollozó, ocultando la cara entre las manos.

Capítulo XIV

Se distinguía el señor Claud Walsingham Popple entre otras razones por el hecho de que su estudio no estuviera abarrotado de utensilios para la práctica de su arte al punto de impedir la ubicación, en una esquina cubierta de almohadones, de una elaborada mesita de té flanqueada por las más variadas tentaciones en forma de pastelitos y bocadillos.

Como todos los grandes hombres, el señor Popple tuvo al principio sus altibajos, si bien su reputación quedó definitivamente establecida merced al veredicto de un acaudalado mecenas que, tras realizar una incursión en otros territorios del retratismo, proclamó como fruto final de su experiencia que Popple era el único hombre capaz de «pintar una perla». Y los modelos que consideraban este asunto de la máxima importancia hallaron además entre los méritos del artista el de la subordinación sistemática del arte a la elegancia, tanto en la vida como en sus retratos. El aspecto de suciedad y de desorden inevitable en toda producción artística resultaba tan poco visible en su estudio decorado con lujosas telas y biombos como en su pintura, y solía decirse, en elogio de su trabajo, que era el único artista en cuyo estudio una dama podía posar con un vestido nuevo.

De hecho, el señor Popple sostenía que la personalidad del artista debía quedar invariablemente oculta tras la del hombre. Opinaba que la esencia del buen gusto residía en crear un cuadro con la misma facilidad con que se encendía un cigarrillo. Ralph Marvell había dicho de él en cierta ocasión que, cuando se disponía a empezar un retrato, siempre se volvía los puños y decía: «Damas y caballeros, pueden comprobar que aquí no hay absolutamente nada»; y la señora Fairford completaba la descripción calificando su pintura de arte de «calientaplatos».

Bien avanzada una tarde del mes de diciembre, unos cuatro años después de que el señor Popple conociera a la señorita Undine Spragg de Apex, ni siquiera el simbólico calientaplatos resultaba visible en su estudio; la única prueba de actividad reciente en la habitación era el retrato de cuerpo entero de la señora de Ralph Marvell, que, desde su altivo caballete y su marco profusamente enguirnaldado, miraba hacia la puerta como si el señor Popple la hubiese invitado a «recibir» a las visitas.

El propio artista, oportunamente vestido de terciopelo gris ratón, acababa

de dar la espalda al cuadro para inclinarse sobre las tazas de té, pero su lugar fue ocupado por la voluminosa amplitud del señor Peter Van Degen, el cual, embutido en un abrigo de última moda, se colocó frente al retrato en la actitud de quien lo observa por primera vez.

—Sí... es bueno... Es buenísimo, Popp; has conseguido las ondas del pelo a la perfección, aunque creo que las perlas tendrían que ser un poco más grandes declaró.

Una leve risa llegó desde la tarima elevada por detrás del caballete.

— ¡Desde luego que sí! Pero eso no es culpa suya, pobre hombre. ¡No fue él quien me las regaló! —Mientras hablaba, la señora de Ralph Marvell se levantó de un monumental sillón de brazos dorados y diseño pseudoveneciano, arrastrando sus largas telas hasta llegar al lado de Van Degen.

— ¡Pues debería regalártelas... por el privilegio de haberte pintado! —respondió éste, trasladando sus ojos saltones de la copia al original. Su mirada se posó sobre la señora Marvell en lo que pareció un rápido intercambio de complicidad y pasó luego a una inspección crítica de su apariencia. Llevaba puesto para la sesión un vestido ligero y brillante, y las largas curvas de su cuello blanquísimo asomaban por encima del escote en la luz fría del estudio, mientras el pelo, de un dorado cobrizo sin sombra, centelleaba con la dureza de los diamantes.

— ¡El privilegio de pintarme! Dios mío, ¡si tengo que pagar para que me pinten! Él te dirá que me regala el cuadro, pero ¿cuánto te imaginas que cuesta esto? —Se rozó el brillante vestido con la punta de un dedo.

Van Degen seguía mirándola con frío placer.

— ¿Llega el precio un poco más arriba que el vestido?

Ella ignoró la insinuación, diciendo:

—Claro que lo que cuesta es el corte...

— ¿Quieres decir lo que cortan y luego no utilizan? ¿Verdad, Popp, que es por eso por lo que deberían cobrar?

Undine recibió el comentario con frío desdén, pero el señor Popple sintió su sensibilidad herida.

—Mi querido Peter, el artista, para que lo entiendas, lo ve todo exclusivamente como una cuestión de color, de forma; mientras que para el hombre es una cuestión de honor blindarse de acero para no caer en la seducción personal.

Van Degen respondió a la protesta de Popple con un sonido casi de burla grosera al tiempo que Undine sentía un agradable estremecimiento ante la

mirada que le dirigía su retratista. Encontraba halagadoras las palabras de Van Degen y consideraba ingeniosa su impertinencia, pero era la elocuencia de Popple lo que la iluminaba por dentro. Al cabo de más de tres años de experiencia social, la señora Marvell seguía pensando que Popple «hablaba magníficamente», como un héroe de novela, y atribuía a los celos la escasa seriedad con que se lo tomaban los amigos de su marido. La conversación de Popple le parecía intelectual, y el entusiasmo con que compartía con ella sus pensamientos le resultaba de lo más halagador, en contraste con la creciente tendencia de Ralph a reservar los suyos para sí. El homenaje de Popple parecía la prueba más sutil de lo que Ralph podría haber conseguido si «de verdad la hubiese comprendido». El siguiente paso de Undine fue achacar sus errores a la falta de entendimiento de Ralph, y la satisfacción que esta idea le produjo la animó a decir al artista que sólo él sabía despertar su «verdadero ser». Popple le aseguró entonces que consagraría lo que le quedaba de vida al recuerdo de estas palabras y, al insinuar que los más oscuros errores habían ensuciado su existencia, a ella le emocionó pensar en la purificadora influencia que ejercía sobre él.

Así era como un hombre debía hablarle a una mujer de verdad... ¡pero qué pocos conocían este secreto! Ralph también era elocuente en los primeros meses de su matrimonio, incluso citaba poesía, pero ella no entendía sus desconcertantes juegos de palabras y sus extrañas alusiones (todo lo desconocido le olía a ridículo), y los poetas a los que citaba eran esotéricos y abstrusos. La retórica del señor Popple procedía de fuentes más familiares y abundaba en las expresiones favoritas y en los conmovedores recuerdos de *The Fifth Reader*. Además era tanto hombre de letras como artista; poseía un conocimiento sin parangón de la ficción contemporánea e incluso se adentraba en esos libros de memorias más livianos que presentan a conocidos personajes históricos bajo el disfraz de títulos como *Una hechicera real* o *Pasión en palacio*. La maestría con que Popple hablaba de la novela del momento, especialmente en lo relacionado con la sensibilidad de su héroe y su heroína, producía en Undine una sensación de actividad intelectual en vivo contraste con la displicencia que Ralph mostraba hacia ese tipo de obras. La «Pasión», insinuaba el artista, habría sido la nota dominante de su vida si no la hubiera mantenido bajo control un exaltado sentido de la caballerosidad y la intuición de que una naturaleza de tanta intensidad emocional como la suya debía «refrenarse» en todo momento.

Van Degen se estaba sirviendo de la bandeja de cócteles helados situada junto a la mesita del té, y Popple, volviéndose hacia Undine, retomó el hilo de su discurso. ¿Por qué, preguntó, aludir en presencia de otros a sentimientos que tan pocos podían comprender? El hombre medio — ¡un demonio afortunado! — (con una mirada de compasión a la espalda de Van Degen) no sabía nada de la feroz contienda que la naturaleza inferior libraba con la

superior; y aún la mujer cuyos ojos encendían este combate... ¿hasta qué punto era consciente de su violencia? ¿Sabía ella —preguntó insensatamente Popple— cuantas veces el artista quedaba anulado por el hombre? ¿Cuántas veces el hombre tenía que ponerse el bocado entre los dientes, no fuera a ser que la mirada de la modelo evocara algún recuerdo sagrado, alguna lección aprendida acaso en las rodillas de su madre?

—Oye, Popp, ¿dónde aprendiste a preparar este cóctel? Porque es de lo mejor que he probado —dijo Van Degen, relamiéndose; a lo que el artista, lanzando al aire una mano nerviosa, respondió con un murmullo:

—Calla, Peter... ¿es que no hay nada sagrado para ti?

Agradó a Undine saberse capaz de inspirar semejantes emociones. Le fatigaría mantener una conversación en el mismo plano que Popple, pero disfrutaba escuchándolo, y sobre todo disfrutaba de que otros pudieran oír las cosas que le decía.

Sus sentimientos por Van Degen eran distintos. Tenían gustos más afines, aunque sus modales no halagaban tanto su vanidad como los de Popple. Detectaba la intensidad con que Van Degen despreciaba casi todo lo que no entendía o no podía comprar; y ésa era la típica clase de «exclusividad» que a ella le impresionaba. Pero Popple seguía siendo para Undine, como en sus días de joven inexperta, el maestro de esa ciencia mundana de la que había creído poseedor a Ralph Marvell. En sus tres años de matrimonio, había aprendido a establecer diferencias desconocidas en sus categorías juveniles. Descubrió que se había entregado a lo exclusivo y lo aburrido, cuando el futuro pertenecía a lo ostentoso y lo promiscuo; se encontraba en la situación de quienes se han sumado a las causas perdidas o —por usar una analogía más acorde con su persona— se han equivocado de noche al reservar un palco en la ópera. Todo era exasperante y confuso. Los ideales de Apex se fundaban en el mito de las «familias con solera» que gobernaban Nueva York desde un trono de tradición revolucionaria mientras los nuevos millonarios les rendían tributo feudal. La experiencia, sin embargo, había demostrado hacía ya tiempo lo ilusorio que era este símil. La clasificación del mundo de la señora Marvell, entre los que recibían visitas y los que no, estaba tan en desuso como una cosmogonía medieval. Los que no recibían la visita de los de Washington Square constituían el núcleo de sistemas sociales totalmente incomprensibles para los segundos y eran tan indiferentes a las opiniones de éstos como las constelaciones a los cálculos de los astrónomos; y todos estos sistemas giraban jubilosamente en torno a su astro rey de oro.

Tras el regreso de Undine a Nueva York, había habido momentos en los que casi llegó a catalogar su matrimonio entre los odiosos errores juveniles de cuyo recuerdo confiaba en liberarse con esta unión. Y, como no tenía por

costumbre culparse de sus errores, fue inevitable que paulatinamente toda la culpa cayera sobre Ralph. En este punto de su carrera, Undine hallaba un doloroso placer en la pregunta: “ ¿Qué sabe una muchacha de la vida?”. Y el dolor se volvía más intenso al comprobar que todos los amigos a quienes formulaba esta pregunta parecían convencidos —caso de haber tenido el privilegio— de ellos habrían sabido ahorrarle tanto desencanto.

La certeza de no haberse equivocado nunca fue para ella tan nítida como esa tarde en particular, cuando las personas invitadas por el señor Pople a contemplar su retrato empezaron a congregarse en el estudio.

Se dieron cita para la ocasión algunas de las principales figuras del grupo de Undine, la mayoría de las cuales disfrutaban irritantemente de los privilegios que ella tanto anhelaba. Allí estaba el joven Jim Driscoll, heredero de la casa Driscoll, con su mujer bajita, corpulenta y desconfiada, que detestaba las reuniones sociales pero asistía a todas no fuese a parecer que la excluían; la «hermosa señora Beringer», un ser adorablemente descarriado que (según Laura Fairford) cultivaba extravagantes opiniones y era incapaz de distinguir entre una cosa y otra; el pequeño Dicky Bowles, a quien todo el mundo invitaba porque se daba por supuesto que «diría cosas» si los demás no lo hacían; los Shallum, recién llegados de París y arrastrando consigo a un desconcertado noble a quien todos llamaban genéricamente «el conde» y que iniciaba sus conversaciones con la cautela del explorador que observa hasta dónde puede llegar con los salvajes; y tras estos personajes más sobresalientes, los habituales de relleno en todas partes porque han aprendido a llamar la atención social. Semejante compañía era la idónea para halagar tanto al artista como a su modelo, pues representaba de un modo completo esa unanimidad de opinión que genera la fuerza social. Ninguno de los presentes se complicaba con teorías personales sobre el arte: lo único que le pedían a un retrato era que el vestido pareciese «real» y el rostro un poco menos; y después de un dilatado proceso de idealización de la carne y «realización» de los tejidos, el señor Pople se hallaba en condiciones de satisfacer ambas exigencias.

—Escuchad —dijo Peter Van Degen, de pie frente al caballete, en actitud de inspirada exégesis—, lo grande en un retrato masculino es captar el parecido... eso lo sabemos todos; pero en el caso de la mujer es diferente: un retrato femenino debe ser agradable. ¿Quién quiere verlo a todas horas si no lo es? Esos tipos tan importantes que alardean de lo que ellos llaman realismo... ¿qué impresión producen sus retratos en un salón? ¿Creéis que siquiera se lo preguntan? No les importa... ¡porque no van a convivir con ellos! Además, ¿qué saben ellos de salones? La mayoría ni siquiera se ha puesto en la vida un traje de etiqueta. Ahí es donde Popp les gana a todos la partida: él sabe cómo vivimos y lo que queremos.

El discurso de Van Degen fue recibido por el artista con un murmullo de

desdén y por su público con una cálida expresión de aprobación.

—Felizmente en este caso —dijo Popple— (como en el de tantos otros de mis modelos) —se apresuró a añadir—, no ha habido necesidad de idealizar, puesto que la propia naturaleza supera los sueños del artista.

Undine, desafiando espléndidamente a la concurrencia a compararla con su retrato, dedicó al cuadro una sonrisa de consciente satisfacción que se acrecentó cuando el joven Jim Driscoll dijo:

— ¡Diantre, Mamie, tienen que retratarte así para la nueva sala de música!

Su mujer miró el cuadro con recelo.

— ¿Qué tamaño tiene? Para nuestra casa necesitaríamos uno mucho más grande —objetó. A lo que Popple, animado por las dimensiones de la ocasión, aseguró que ésa sería una gran oportunidad para «trabajar» un pórtico de mármol y un vestido de cola: acababa de retratar a la señora de Lycurgus Ambler en traje de cola y tocada con plumas, pero como vivía en Buffalo no habría conflicto entre ambos cuadros.

—Tendrá que ser bastante más grande que el de la señora Ambler — insistió la señora Driscoll; y al sugerir Popple que en ese caso también podría «trabajar» a Jim Driscoll en traje de gala (“ ¿Les han retratado alguna vez para una exposición? Pues, lo serán... tendrá que ser así si soy yo quien pinta el cuadro, lo cual será una ocasión digna de recordar»), Van Degen se volvió a Undine para murmurar:

—Es un puro farol... Jim no podría pagar ni una fotografía. El viejo Driscoll está seco desde la investigación de Ararat.

Undine lo miró con extrañeza, porque su agitada vida no le dejaba tiempo para seguir las perturbaciones de Wall Street más allá de lo que pudieran afectar a la hospitalidad en la Quinta Avenida.

— ¿Eso significa que se han arruinado? ¿No darán ese baile de gala?

Van Degen se encogió de hombros.

—Nadie sabe lo que puede pasar. Ese tipo tan raro, Elmer Moffatt, amenaza con ofrecer al viejo Driscoll un baile de gala... ¡dice que lo va vestir con un traje a rayas! Al parecer sabe demasiadas cosas de los tranvías de Apex.

Undine se puso un poco pálida. Aunque ya se había probado su traje para el baile de los Driscoll, la decepción que sintió al oír la noticia se borró al mencionarse el nombre de Moffatt. No había tenido la curiosidad de seguir las noticias sobre la investigación de Ararat Trust, pero en un par de ocasiones había oído retazos de conversación en algún salón donde se aludía vagamente

a Elmer Moffatt, al cual se tildaba de errática influencia financiera, un personaje mitad ridículo mitad temible. ¿Era posible que hubiera prevalecido esto último? ¿Que hubiera llegado el momento en que Elmer Moffatt —el Elmer Moffatt de Apex— pudiera siquiera por un momento causar consternación en la esfera de los Driscoll? Él siempre había dicho que «veía las cosas a lo grande», pero nadie habría podido imaginar que estuviera destinado a manejarlas personalmente a gran escala. Todo parecía indicar, no obstante, que en los ociosos tiempos de Apex, cuando Moffatt daba la impresión de ser «un vago y un payaso», como decía el padre de Undine, en realidad ya estaba afilando sus cuchillos; a decir verdad, ella siempre percibió el efecto de su fuerza de arrastre. Empezó a latirle con fuerza el corazón y quiso preguntar más cosas a Van Degen, pero temía delatarse y se volvió hacia el resto del grupo.

La señora Driscoll seguía formulando sus objeciones con leve obstinación.

—Desde luego que guarda el parecido... eso es evidente; pero debo señalarle algo, señor Pople. El vestido parece del año pasado.

La atención de las damas se centró al punto en el cuadro, y el artista palideció ante el desafío.

—En todo caso, la cara no parece del año pasado... Eso es lo que les molesta tanto a todas —murmuró Van Degen.

Undine le dedicó una rápida sonrisa. Ya casi se había olvidado de Moffatt. Cualquier triunfo en el que ella participara levantaba una oleada de placer en sus venas, y el éxito del cuadro eclipsó cualquier otra impresión. Se imaginó ocupando el puesto de honor en la exposición de primavera, la multitud agolpada para ver el retrato, repitiendo su nombre, y decidió que cuando volviera a casa telefonaría a su agente de prensa para que escribiera un párrafo sobre el té de Pople.

Pero en el momento de marcharse, mientras se ponía el abrigo, sus pensamientos volvieron al baile de los Driscoll. ¡Qué desastre si al fin se suspendía, después todo el trabajo que se había tomado con su vestido! Se había inspirado en el modelo de la emperatriz Josefina según el retrato de Prudhon en el Louvre. El vestido ya estaba armado y había empezado a bordarse, y previó los problemas que tendría con el modisto si se desdecía.

— ¿Por qué tan triste y pálida, hermosa prima? —preguntó Van Degen cuando salían del ascensor en el que habían bajado solos desde el estudio.

—No sé... estoy cansada de posar. Y hacía un calor espantoso.

—Sí, en el estudio de Pople siempre hace calor, como si los retratos pudieran resfriarse. —Van Degen miró el reloj—. ¿Hacia dónde vas?

—A West End Avenue, naturalmente... si es que encuentro un taxi.

Era un motivo de queja para Undine no precisamente desdeñable el hecho de seguir viviendo en la casa que simbolizaba la primera aventura inmobiliaria del señor Spragg en Nueva York. En el momento de la boda se acordó que la joven pareja se establecería en los sagrados distritos de moda, pero al regresar de su luna de miel la casa de West End Avenue seguía desocupada y, a la vista de la difícil situación económica del señor Spragg, hasta a Undine le pareció un disparate rechazarla. Tampoco lamentó su exilio ese primer invierno, mientras esperaba el nacimiento de su hijo, pues prefería estar lejos de la Quinta Avenida y practicar su odioso ejercicio obligatorio donde nadie pudiera verla. Estaba segura de que el año siguiente su padre les ofrecería una casa mejor.

Pero el año siguiente el precio de los alquileres en la Quinta Avenida había subido, y el pequeño Paul Marvell, en su preciosa cunita rosa, ya empezaba a interferir en los planes de su madre. Alarmado por su último arrebatado despilfarrador, Ralph se puso de lado de su suegro en el esfuerzo de instarla a resignarse a vivir en West End Avenue, y así, al cabo de tres años, seguía padeciendo los continuos trastornos que creaba la incongruencia entre su posición social y su posición geográfica..., el fastidio de facilitar a sus proveedores una dirección del West Side y la mayor irritación que sentía cuando sus amistades le decían: «Deja que te lleve a casa, querida... ¡Ah, lo había olvidado! Me temo que no tengo tiempo para ir tan lejos...».

Ya era suficiente desgracia no disponer de coche propio, vivir a expensas de que alguien la «llevase», propiciar la ocasión sin disimulos, manipular a todas horas para que alguien se ofreciese (¡no soportaba que la vieran en un taxi!); pero el hecho de no poder contar con sus amistades en muchas ocasiones, por lo alejado de su destino, intensificaba la insoportable sensación de vivir «al margen de las cosas».

Van Degen miró la calle larga y cubierta de nieve, sobre la cual las farolas empezaban a proyectar sus deprimentes sombras amarillentas.

—De ningún modo te irás en taxi en una noche así. Si no te importa ir en el coche abierto, será mejor que vengas conmigo. Te llevaré por el High Bridge y tomarás un poco el aire antes de cenar.

La proposición era tentadora, pues el triunfo en el estudio había dejado a Undine cansada y nerviosa; empezaba a comprender que el éxito podía ser tan fatigoso como el fracaso. Además, esa noche asistía a una gran cena, y el aire fresco le proporcionaría a su mirada y a su cutis el aspecto que necesitaba. En algún rincón de sus pensamientos acechaba sin embargo una difusa sensación de compromiso olvidado. Mientras intentaba recordarlo notó que Van Degen le subía el cuello de piel hasta la barbilla.

— ¿No has traído nada para cubrirte la cabeza? ¿Te bastará con ese encaje? Vamos, pues. —La condujo a través de la puerta giratoria y al llegar a la calle añadió, riendo—: ¿No te importa que te vean conmigo, verdad? A esta hora no pasa nada... En estos momentos Ralph irá en el tren elevado, agarrado a una correa.

El crepúsculo invernal era deliciosamente frío, y mientras cruzaban rápidamente Central Park, cobrando impulso para su veloz carrera hacia el norte por el bulevar oscuro, Undine sintió esa oleada de placer físico que ahoga cualquier escrúpulo y silencia los recuerdos. En realidad no tenía grandes escrúpulos, pero a Ralph no le gustaba que pasara demasiado tiempo con Van Degen, y ella siempre intentaba salirse con la suya haciendo el menor «ruido» posible. Era consciente por sí misma de que era un error mostrarse accesible con un hombre como Peter: el ansia de diversión de Undine se atenuaba merced al instinto de contenerse y tomarse el debido tiempo, un instinto semejante a la paciente habilidad con que su padre supo gestionar la venta de esa finca «sin valor» en los días del Movimiento por el Agua Pura. La juventud, sin embargo, ganaba de cuando en cuando la partida, y Undine no siempre era capaz de resistirse al placer inmediato. Por otro lado, le resultaba divertido que la «identificaran» con Peter Van Degen, cuyo desinterés por las «mujeres decentes» era público y notorio. Y se deleitaba en su victoria sobre los encantos de las meretrices; se sentía ennoblecida por la buena influencia que ejercía en un hombre como él.

Pese a todo, en cuanto el coche empezó a volar en el gélido atardecer, todas sus preocupaciones se esfumaron. No podía quitarse de la cabeza el vestido que había encargado inútilmente y que simbolizaba otros muchos gastos que no se atrevía a confesarle a Ralph. Van Degen la oyó suspirar y se inclinó hacia ella, aminorando la velocidad.

— ¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

Lo dijo en un tono que de pronto hizo pensar a Undine que podía confiar en él, y aunque en un principio murmuró que no pasaba nada, lo hizo con la intención consciente de que la persuadiera hasta arrancarle una confesión. Además, la extraordinaria «amabilidad» de Peter parecía justificar y demostrar a Undine que hacía bien en fiarse de su propio instinto en lugar de seguir los dictados de la prudencia. Nunca hasta la fecha, en sus conversaciones con Peter, había insinuado siquiera remotamente sus «apuros» materiales... algo que por otro lado parecía inútil disimular cuando una vivía en West End Avenue. Sin embargo, al sentir que le pedían un reconocimiento definitivo de su situación, le pareció que la opinión que la mayoría de la gente tenía del pobre Peter era injusta. Porque éste no se mostró ni demasiado atrevido ni demasiado prudente (aunque la gente dijese de él que «no se molestaba en discernir»); con campechanía fraternal restó importancia al disgusto por el

vestido para el baile, y le aseguró que él mismo daría un baile para no perderse la ocasión de verla lucirlo; y añadió: «Y no te preocupes por la factura... ¿basta con un par de miles?», en un tono que denotaba la escasa importancia que el dinero tenía para alguien con una visión más amplia de la vida.

Todo se resolvió tan deprisa y con tanta facilidad que en pocos, minutos Undine se había tranquilizado y, asintiendo con la cabeza cuando Peter le preguntó si ya se encontraba bien, se entregó sin reservas al disfrute del momento. Tranquilidad, se dijo, era lo único que necesitaba para ser feliz... ¡y eso era precisamente lo que Ralph nunca había sabido darle! Al pensar en esto se imaginó la cara de su marido, con la frente arrugada por las preocupaciones; ¡era característico de su modo de «fastidiar» aparecérselo precisamente en ese momento! Cerró los ojos para no verlo, pero al instante otra cara que guardaba un extraño parecido con la de su marido pasó a ocupar su lugar; y con un grito de fastidio dio un respingo bajo sus pieles.

— ¡Dios mío! Es el cumpleaños del niño... había quedado en llevarlo a casa de su abuela. Le iba a comprar una tarta, y Ralph también estaría allí. ¡Ya sabía yo que se me olvidaba algo!

Capítulo XV

Las luces llevaban un buen rato encendidas en el salón de los Dagonet y, tras haber dado otra vuelta con impaciencia, la señora Fairford abrió las ajadas cortinas de damasco para escudriñar en la plaza oscura. Volvió junto a la chimenea, donde Charles Bowen estaba apoyado entre las ampulosas cariátides de mármol blanco.

—Ni rastro de ella. Sencillamente se le ha olvidado.

Bowen consultó su reloj y se volvió para compararlo con el artefacto de estilo Imperio.

—Las seis en punto. ¿Por qué no telefoneas otra vez? Debe tratarse de un error. A lo mejor ella sabía que Ralph llegaría tarde.

Laura se echó a reír.

—Nunca me ha parecido que esté tan pendiente de los movimientos de Ralph. Acabo de llamar y la criada me ha dicho que estaba fuera desde las dos. La niñera estuvo esperando hasta las cuatro y media, porque no se atrevía a venir sin recibir instrucciones; y ahora ya es demasiado tarde para traer a Paul.

Se alejó hacia el extremo opuesto del salón, donde, a través de las puertas entreabiertas, una brillante superficie de caoba reflejaba una tarta como una

flor marchita en la que agonizaban dos velas.

—Apágalas, por favor —le dijo a alguien que estaba detrás; luego cerró las puertas y volvió junto a Bowen.

—Es todo un desastre: mi abuelo ha renunciado a su paseo en coche, mamá ha cancelado su reunión en el hospital y ha dejado plantado a todo el comité. Y Henley... ¡si hasta lo convencí para que no fuera a su partida de bridge! Se escapó justo antes de que tú llegaras. Undine prometió que traería al niño a las cuatro. Y no es la primera vez que pasa una cosa así. Siempre falta a sus compromisos.

—Tiene tantos que es inevitable faltar a algunos.

— ¡Si al menos eligiera! Ahora que Ralph ha tenido que ponerse a trabajar y pasa tanto tiempo en la oficina, es una crueldad por parte de ella obligarlo a salir todas las noches. El otro día me contó que hacía un mes que no cenaban en casa. Parece que Undine no se da cuenta de lo mucho que él trabaja.

Bowen contemplaba meditativamente las brasas de la chimenea.

—Claro... ¿por qué iba a hacerlo? —dijo.

— ¿Que por qué iba a hacerlo? De verdad, Charles...

— ¿Por qué iba a darse cuenta si no tiene ni idea de lo que hace él?

—Puede que no tenga ni idea, pero al menos debería saber que es su extravagancia lo que ha obligado a Ralph a tener que trabajar. —La señora Fairford miró a Bowen con reproche—. Hablas como si estuvieras de su parte.

— ¿Es que ya se han formado dos bandos? En ese caso, prefiero observarlos con imparcialidad desde las cumbres de la especulación pura. Quiero tener una visión general del problema que afecta a los matrimonios americanos.

La señora Fairford se desplomó en un sillón, exhalando un suspiro.

— ¡Si eso es lo que quieres más vale que te apresures! La mayoría de los matrimonios no dura lo suficiente para que dé tiempo a clasificarlos.

—Reconozco que requiere una inteligencia ágil. Pero el punto débil casi siempre es el mismo, y pasado algún tiempo ya sabes dónde buscar.

— ¿A qué llamas el punto débil?

Bowen hizo una pausa antes de responder:

—Al hecho de que el ciudadano medio desprecia a su mujer.

La señora Fairford dio un respingo.

— ¿Es ahí adonde te lleva la paradoja?

Bowen mantuvo su posición, sin empecinarse.

—Bueno... ¿no crees que está demostrado? ¿Hasta qué punto comparte el marido con su mujer la vida real? ¿Hasta qué punto confía en su criterio y en su ayuda para manejar los asuntos importantes? Piensa en Ralph, por ejemplo. Dices que la extravagancia de su mujer lo obliga a trabajar demasiado; pero ése no es el problema. Es normal que un hombre trabaje para su mujer... lo anormal es que no se moleste en contarle nada de lo que hace.

— ¿A Undine? ¿Se moriría de aburrimiento si se lo contara!

—Exacto; incluso se sentiría ofendida. Pero ¿por qué? Porque eso es contrario a las costumbres nacionales. ¿Y de quién es la culpa? Una vez más de los hombres... no estoy hablando de Ralph; estoy hablando de la especie a la que pertenece: al homo sapiens americanus. ¿Por qué no hemos enseñado a nuestras mujeres a que se interesen por nuestro trabajo? Sencillamente porque ellas no nos interesan lo suficiente.

La señora Fairford se hundió en el sillón y observó desde allí los vertiginosos abismos que, desde la posición a la que la elevaban sus pensamientos, se abrían a su alrededor.

— ¿No os interesan? ¿No le interesan al hombre americano... el más esclavizado, el más sencillo, el más sacrificado...?

—Sí; y el más indiferente también: ésa es la cuestión. La esclavitud no justifica su indiferencia. Sacrificarse por las mujeres forma parte de la tradición de este país; montones de personas siguen dando su vida por dogmas en los que ya no creen. Además, la pasión por el dinero se ha extendido antes de que la gente sepa cómo gastarlo, y los hombres despilfarran su fortuna con sus mujeres porque no saben qué otra cosa hacer con ella.

— ¿Eso significa que si el hombre gasta el dinero con su mujer es por pura falta de imaginación?

—No necesariamente, pero sí es una falta de imaginación suponer que eso es lo único que debe proporcionarle. Mira a tu alrededor y comprenderás a qué me refiero. ¿Por qué las mujeres europeas se interesan mucho más por lo que hacen sus maridos? Porque ellas son importantes para ellos, y eso les hace creer que vale la pena. No son un paréntesis, como lo son aquí; ocupan un puesto central en el cuadro. No estoy insinuando que Ralph no se interese por su mujer... Ralph es un hombre apasionado, una patética excepción. Pero incluso él debe adaptarse a un entorno en el que los valores románticos se han invertido por completo. ¿Dónde transcurre la verdadera vida de la mayoría de los hombres americanos? ¿En el salón de una mujer o en su oficina? La

respuesta es obvia, ¿no te parece? El centro de gravedad emocional no es el mismo en Europa que en América. En las sociedades refinadas el centro es el amor; en la nuestra son los negocios. El auténtico *crime passionnel* en Estados Unidos es un «gran robo». Produce más emoción destrozar ferrocarriles que hogares. —Bowen se detuvo para encender otro cigarrillo antes de reanudar su exposición—. ¿No es ésa la clave de tantos divorcios? ¿Crees que si nos preocupáramos por las mujeres a la antigua usanza, con la posesividad de los bárbaros, estaríamos dispuestos a dejarlas tan fácilmente? La gran paradoja reside en que los hombres que materialmente hacen los mayores sacrificios por sus Mujeres son los que menos hacen por ellas ideal y románticamente. ¿Y cuál es el resultado? ¿Cómo se vengan ellas? Todas mis simpatías son para las mujeres, pobrecillas engañadas, cuando veo sus falaces intentos por adornar las migajas que les lanzan sus preocupados maridos —el dinero y los coches y los vestidos— y por fingir ante sí mismas y ante los demás que en eso consiste realmente la vida. Sí, ya sé lo que vas a decir... que cada vez fingen menos, y en eso te doy la razón; cada vez sucumben más a la fuerza de la fascinación; pero algunas empiezan a tomar conciencia del engaño y saben que el dinero, los coches y la ropa son el gran precio que han de pagar por no interferir en el camino del hombre.

La señora Fairford respondió a esta encendida diatriba con perplejo silencio, y cuando se hubo repuesto preguntó con un murmullo:

— ¿Y Undine es una de las excepciones?

Su compañero recibió el golpe con una sonrisa.

—No, ella es el resultado monstruosamente perfecto del sistema; la prueba más evidente de su triunfo. Es Ralph quien es la víctima y la excepción.

— ¡Ah, pobre Ralph! —exclamó la señora Fairford levantando rápidamente la cabeza—. Acaba de llegar. Supongo —añadió a media voz— que tus argumentos no servirán para explicarle el hecho de que su mujer se haya olvidado de venir.

Bowen respondió con un suspiro, pero enseguida pareció ahuyentarlo con la punta del cigarrillo; guardó silencio mientras la puerta se abría y entraba Ralph Marvell.

— ¡Bueno, Laura! Hola, Charles... ¿tú también has estado celebrándolo? —Se volvió hacia su hermana—: Es imperdonable llegar tan tarde; no me atrevo a mirar a mi hijo a la cara. Pero he tenido que quedarme en el centro en previsión de sus futuros cumpleaños. —Le devolvió el beso a la señora Fairford—. ¿No me digas que la fiesta ha terminado y el invitado de honor se ha ido a dormir?

Allí frente a ellos, riendo y un poco agitado, el peso de su esfuerzo

resonaba en su tono alegre y se traslucía en sus ojos preocupados. La señora Fairford lanzó una mirada a Bowen y se alejó para tocar el timbre.

—Siéntate, Ralph... parece cansado. Te serviré un poco de té.

Ralph se desplomó en un sillón.

—He venido a toda prisa... Tenía ganas de sumarme a la fiesta. ¿Dónde están todos? —Se acercó al otro extremo de la sala y abrió las puertas del comedor—. ¡Hola! ¿Dónde os habéis metido? ¡Qué tarta tan bonita! ¡Pero si ni siquiera la habéis cortado!

La señora Fairford le dijo:

—Ven aquí primero y toma un poco de té.

—No, gracias... el té después. ¿Están todos arriba con mi abuelo? Tengo que hacer las paces con Undine...

Su hermana lo cogió del brazo y lo empujó hacia la chimenea.

—Undine no ha venido.

—¿Que no ha venido? Entonces, ¿quién ha traído al niño?

—El niño tampoco ha venido. Por eso la tarta está sin cortar.

Ralph frunció el ceño.

—¿Cuál es el misterio? ¿Está el niño enfermo? ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada... Paul está perfectamente. Parece ser que Undine se olvidó. No fue a buscarlo a casa, y la niñera estuvo esperándola hasta que se hizo demasiado tarde.

Los ojos de Ralph se oscurecieron, pero se limitó a soltar una risotada y a sacar su pitillera.

— ¡Pobrecito Paul...! ¡Pobre niño! —Se acercó al fuego—. Sí, por favor... un poco de té.

Volvió a sentarse con expresión cansada, como si una poderosa sustancia estimulante hubiera dejado de hacerle efecto; pero antes de que le sirvieran el té ya había mirado el reloj y se había puesto en pie.

—Esto no puede ser. Tengo que volver a casa enseguida para ver al pobre niño antes de cenar. ¿Y mi madre...? ¿Y mi abuelo? ¡Quiero hablar con ellos! ¡Debo excusarme en nombre de Paul!

—El abuelo está echando su siesta. Y mamá ha salido corriendo a una reunión del comité que había cancelado. Se marchó en cuanto supimos que Paul ya no vendría.

—Ya, comprendo. —Volvió a sentarse—. Sí, sírveme un té bien cargado. He tenido un día agotador.

Se recostó en el asiento y entornó los ojos, sin probar la taza que sostenía en la mano. Bowen se marchó y Laura se quedó sentada en silencio, observando a su hermano a hurtadillas mientras fingía que hacía algo con la tetera. Ralph vació su taza y la dejó en la mesa; luego, volviendo a caer en la misma actitud, entrelazó las manos por detrás de la cabeza y clavó la mirada en el fuego con aire apático. De pronto despertó sobresaltado. Una bocina había sonado en la calle y se oían ruedas en la puerta.

— ¡Ahí está Undine! ¿Por qué se habrá retrasado tanto? —Se puso en pie de un salto y se acercó a la puerta, pero quien llegaba era Clare Van Degen.

Al verlo expresó su alegría con un murmullo.

— ¡Qué suerte encontrarte! Bueno, en realidad no ha sido la suerte: he venido porque sabía que estarías aquí. Nunca se acerca a mí, Laura. ¡Tengo que perseguirlo para verle el pelo!

Esbelta y sombría bajo sus largas pieles, Clare se inclinó para besar a la señora Fairford y luego se volvió hacia Ralph.

—Sí, sabía que te encontraría aquí. Sabía que era el cumpleaños del niño y le he traído un regalo; un regalo caro y vulgar, típico de los Van Degen. A mí ya no me queda imaginación para encontrar un buen regalo, el que exige sentimientos en lugar de dinero. Ahora, cuando tengo que comprar uno, ya nunca digo: «Quiero esto o aquello». Me limito a decir: «Deme algo que cueste tanto». —Sacó un paquete de sus manguitos—. ¿Dónde está la víctima de mi vulgaridad? Dejádme que lo aplaste bajo el peso de mi oro.

La señora Fairford suspiró y dijo:

— ¡Clare... Clare!

Ralph sonrió a su prima.

—Lo siento, pero tendrás que confiármelo a mí. La fiesta ha terminado; llegas demasiado tarde.

Clare pareció sorprendida.

— ¡Cómo! Acabo de dejar a Marnie Driscoll y me ha dicho que Undine estaba aún en el estudio de Popple hace tan sólo unos minutos. Popple ha ofrecido un té para enseñar el retrato.

— ¿Popple ha ofrecido un té? —preguntó Ralph, con gesto de burla y preocupación—. ¡Ah, en ese caso...! En compañía de Popple, ¿quién no va a olvidarse de cómo vuela el tiempo?

Recobró su habitual tono tranquilo, y Laura vio que las palabras de la señora Van Degen habían diluido su preocupación. Se volvió hacia su prima.

— ¿Me confiarás el regalo del niño?

Clare le entregó el paquete.

—Siento no poder dárselo personalmente. Si he dicho lo que acabo de decir es porque sabía lo que Laura y tú estabais pensando... En realidad se trata de un cuenco muy antiguo de los Dagonet que recibí de nuestra venerada bisabuela.

— ¿Cuál? ¿El que usabas para tomar las gachas?

Ralph detuvo la mano de su prima para besarla.

— ¡Qué detalle tan cariñoso!

Ella le dirigió una de sus extrañas miradas.

— ¿Por qué no decir: «Eso no es propio de ti»? Aunque tú ya no recuerdas cómo soy —dijo, volviéndose para mirar el reloj—. Es tarde; tengo que irme. Voy a una gran cena en casa de los Elling... Pero ¿tú no ibas también, Ralph? Más vale que te lleve a casa.

En el coche, Ralph se recostó en silencio mientras le echaban una manta por encima de las rodillas y Clare señalaba sin parar la sucesión de objetos dorados en el portaequipajes, a la altura de su codo. Resultaba apacible dejarse llevar con tanta suavidad por las calles abarrotadas, y la presencia de Clare a su lado le comunicaba una vaga sensación de tranquilidad.

Hacía bastante tiempo que la compañía femenina representaba para él algo muy distinto de ese alivio de la tensión: el temor constantemente renovado de pequeñas decepciones, evasiones y subterfugios cotidianos. La transformación se había operado gradualmente, marcada tan sólo por una cadena de desilusiones; hasta que en un momento se alcanzó un punto sin retorno. Ese momento tuvo lugar uno o dos meses antes del nacimiento de su hijo, cuando, al ojear un montón de facturas atrasadas de París, encontró la del joyero al que en cierta ocasión sorprendió reunido con Undine. La factura no era elevada, pero dos de sus conceptos llamaron su atención. «Engarce de colgante de perla y diamante. Engarce de anillo de zafiro y diamante». El colgante de perla y diamante era el regalo de bodas de su madre; el anillo el que él le regaló a Undine con motivo de su compromiso. El hecho de que ambas joyas fueran reliquias de familia, intactas por espacio de varias generaciones, no fue lo que le importó en ese momento; lo que sintió fue la puñalada de la mentira de su mujer. En París ella le aseguró que no había mandado a engarzar sus joyas. Poco después de su regreso a Nueva York, se había fijado en que no llevaba su anillo de pedida, aunque pronto dejó de llevar también los otros, y cuando él le

preguntó la razón Undine dijo que le «preocupaba» llevar anillos en su estado. Entonces comprendió que le había engañado y, olvidándose de todo lo demás, fue en su busca con la factura en la mano. Las lágrimas y la aflicción de Undine lo llenaron de arrepentimiento. ¿Era ése el momento de atormentarla por insignificancias? La rabia de Ralph pareció inspirar verdadero miedo físico a Undine, y, al notarlo, él se deshizo en súplicas de perdón. Terminada esta escena, ella le había perdonado y volvía a lucir el anillo en el dedo...

Poco después, la llegada del niño pareció borrar todos estos recuerdos humillantes, aunque con el tiempo Marvell comprobó que no se habían borrado, sólo habían desaparecido de vista temporalmente. A decir verdad, este incidente tuvo un efecto desproporcionado, pues le reveló una nueva faceta de la personalidad de su mujer. Ya no le importaba que le hubiese mentido, lo que le dolía es que no fuera consciente del daño que le hacía al destruir la identidad de las joyas. Comprendió que, aun después de que hubieran aclarado las cosas, ella había seguido creyendo que él sólo se había enfadado porque le había mentido; y descubrir que su mujer era completamente ajena a sentimientos de los que dependía buena parte de su vida interior marcó para Ralph una nueva fase en su relación.

No pensaba en esto mientras iba en el coche con Clare Van Degen, pese a que formaba parte de esa inquietud crónica que le volvía más receptivo a la empatía de su prima, a la comprensión que ella por timidez no expresaba. A fin de cuentas ambos tenían la misma sangre y las mismas tradiciones. Ella era ligera y frívola, carecía de objetivos y de fuerza de voluntad, pero mostraba sus debilidades con franqueza y jamás le habría mentido ni explotado su ternura.

El nerviosismo de Clare se fue mitigando poco a poco, y al fin empezó a hablar con una voz suave que parecía responder a los pensamientos de Ralph. Carecía sin embargo de matices personales, y conversaron tranquilamente de cosas triviales: de la cena-baile en la que se verían esa misma noche, del vestido que ella había elegido para el baile de gala de los Driscoll de los recurrentes rumores sobre la difícil situación económica de los Driscoll y del misterioso personaje de Elmer Moffatt, cuyos movimientos empezaban a vigilarse en Wall Street con genuina fascinación. Cuando, un año después de casarse, Ralph renunció a su vocación para asociarse con una firma de agentes inmobiliarios, entró en contacto por primera vez con el teatro de los «negocios» y, siempre que podía apartar la atención de sus obligaciones, observaba con interés la violenta interacción de las fuerzas que en él operaban. Había oído contar cosas de Moffatt que parecían distinguirlo del rebaño de los que hacían dinero: anécdotas acerca de su frescura, su indolencia y su buen carácter, del humor que conservaba aun cuando el conflicto de intereses alcanzara cotas máximas; y su personaje crecía envuelto en un halo de

misterio en vista de que nadie sabía de dónde había salido o cómo disponía de la información que, por el momento, lo convertía en un hombre tan formidable.

—Me gustaría conocerlo —dijo Ralph—; seguro que es un buen ejemplar de las pocas especies pintorescas que todavía conservamos.

—Sí... podría ser divertido; aunque los tipos más pintorescos de Wall Street suelen ser los más aburridos en mi salón —señaló Clare—. Pero ¿no lo conoce Undine? Creo recordar haberlos visto juntos.

— ¿A Undine y Moffatt? En ese caso tú lo conoces... ¿Has estado con él?

—No lo conozco exactamente; sólo me señalaron quién era. Creo que fue hace unos años. Sí... fue una noche en el teatro, justo después de que tú anunciaras tu compromiso. —Ralph creyó detectar un ligero temblor en la voz de su prima, como si temiera que él pudiese reparar en cómo grababa ella sus recuerdos—. Viniste a nuestro palco —siguió diciendo—, y yo te pregunté cómo se llamaba el hombre de la cara colorada que estaba sentado al lado de Undine. Tú no lo sabías, pero alguien dijo que era Moffatt.

A Marvell le sorprendió más el tono de Clare que sus palabras.

—Es raro que Undine no lo haya mencionado nunca, si lo conoce —respondió con indiferencia.

El coche se detuvo en la puerta de casa de Ralph, y Clare le tendió la mano, mirándole por primera vez a los ojos.

— ¿Por qué nunca vienes a verme? Te echo de menos más que nunca.

Él le apretó la mano sin responder, pero se quedó un rato parado en la acera viendo cómo se alejaba el coche. Cuando entró en la casa encontró el vestíbulo a oscuras; no había nadie en el pequeño comedor excesivamente cargado de muebles. La criada le anunció que la señora Marvell aún no había regresado, y Ralph subió al cuarto de su hijo. La niñera lo esperaba en el umbral de la puerta para pedirle entre susurros que no hiciera ruido; le había costado mucho tranquilizar al niño tras el disgusto que se había llevado y acababa de acostarlo en ese momento.

Ralph bajó a su habitación y se tiró en su viejo sillón de universitario, el mismo en el que cuatro años antes había pasado una noche en vela, soñando con Undine. No disponía de un estudio propio y había amontonado en su dormitorio sus cuadros, sus libros y otras reliquias de su juventud. Rodeado de estos objetos le vino el recuerdo de esa otra noche... ¡la noche en que sintió la «llamada»! ¡Qué idiota había sido por no reconocer entonces su significado! Y se sintió triplemente ridículo por seguir, todavía, a su merced. La llama del amor que había revoloteado alrededor de la pasión por su mujer se había

consumido; todas sus esperanzas e ilusiones de transformación se habían desvanecido, dejando sin embargo un dolor inagotable por la proximidad de ella, por su sonrisa, por su roce. La vida se había convertido para Ralph en un esfuerzo constante por alcanzar estos dones, para lo cual había hecho una concesión tras otra: sacrificó sus proyectos literarios, renunció a su profesión por un negocio con el que no congeniaba, y luchaba sin tregua para ganar más dinero con el que satisfacer las crecientes exigencias de Undine. A eso lo había conducido la «llamada»...

El reloj dio las ocho, pero era inútil vestirse antes de que Undine llegara, y se acomodó en el sillón, cogiendo su pipa y el periódico vespertino. Su enfado pasajero se había esfumado; después de un día de trabajo estaba generalmente demasiado cansado para que ese tipo de sentimientos pudieran prolongarse. Sentía no obstante curiosidad, una curiosidad desinteresada por saber qué pretexto inventaría Undine para justificar el hecho de llegar tan tarde, y qué exclusiva para haber olvidado el cumpleaños del niño.

Estuvo leyendo hasta las ocho y media; entonces se levantó y se acercó a la ventana. La avenida estaba desierta; ni un coche de caballos o de motor giraba en la esquina por la que esperaba que llegaría Undine, y miró con indiferencia en dirección contraria. También allí la perspectiva estaba desierta, tanto que a doce manzanas de distancia distinguió el destello de las luces de un gran automóvil deportivo que bajaba furiosamente desde Morningside. A medida que se acercaba, el coche disminuyó la velocidad, se arrimó a la acera y se detuvo en su puerta. A la luz de una farola reconoció a su mujer al apearse y distinguió en la silueta de su acompañante a un personaje familiar, enfundado en un abrigo de piel. El coche arrancó a gran velocidad y Undine subió corriendo las escaleras.

Ralph salió al rellano. La vio subir rápidamente, como si intentara llegar a su habitación sin ser vista. Se detuvo al verlo y al echar la cabeza hacia atrás la luz cayó sobre su pelo alborotado y su cara resplandeciente.

— ¿Y bien? —dijo, sonriéndole.

—Te han estado esperando toda la tarde en Washington Square... y el niño se ha quedado sin cumpleaños.

Undine se ruborizó, aunque se apresuró a decir.

— ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no lo ha llevado la niñera?

—Porque tú dijiste que vendrías a recogerlo, y ella te estuvo esperando.

—Pero llamé por teléfono y...

“ ¿Será ésta la mentira?», se preguntó Ralph, y en voz alta preguntó:

— ¿Desde dónde?

—Desde el estudio, naturalmente... —Se abrió el abrigo, para dar fe de que decía la verdad—. La sesión ha durado un poco más de lo normal... Había algo en el vestido que Popple no lograba captar...

—Creía que hoy daba un té.

—Se tomó un té después; siempre lo hace. Invitó a unas cuantas personas para que vieran mi retrato. Eso también me entretuvo. Yo no lo sabía, y cuando aparecieron no pude salir corriendo. Habrían pensado que no me gustaba el cuadro.

Undine guardó silencio y los dos se miraron al tiempo interrogativamente.

— ¿Quién te dijo que daba un té? —preguntó ella.

—Clare Van Degen. La he visto en casa de mi madre.

— ¡En ese caso no te habrás sentido tan desconsolado...!

—La niñera no ha recibido ningún recado. Mi familia está muy decepcionada; y el pobre niño no ha parado de llorar.

— ¡Madre mía! ¡Qué lío! Aunque tendría que haberme imaginado que no recibirían mi recado. Siempre pasa algo que me hace quedar mal con tu familia.

Se disponía a entrar en su habitación con aire de orgullo herido, pero Ralph se lo impidió interponiendo una mano.

— ¿Vienes directamente del estudio?

—Sí. ¿Es muy tarde? Tengo que vestirme. Ya sabes que esta noche cenamos con los Elling.

—Lo sé... ¿Cómo has venido? ¿En taxi?

Ella respondió sin rodeos:

—No; no encontraba ninguno que quisiera traerme... y me ha traído Peter, que ha sido un ángel. Casi salgo volando. Hoy conducía su descapotable.

Seguía arrebolada, y Ralph le vio contraer ligeramente el labio inferior. La había empujado hasta tal punto que ya sólo cabía preguntar: «Si vienes directamente del estudio, ¿cómo es que te he visto llegar desde Morningside?».

El interrogatorio carecía de sentido si no lo preguntaba, y en ese caso Ralph habría sacrificado su orgullo inútilmente. Pero de pronto, cara a cara, casi rozándose, ella se convirtió en algo inconmensurablemente extraño y lejano, y la pregunta murió en los labios de Ralph.

— ¿Algo más? —preguntó Undine, con leve sonrisa.

—No; anda, ve a vestirte —dijo, y volvió a su habitación.

Capítulo XVI

En las encrucijadas de la vida rara vez hay señales; o, mejor dicho, aunque la señal siempre esté, suele encontrarse en un lugar poco visible, como las que nos advierten de una pendiente peligrosa o de un paso a nivel sin barrera.

Mientras reflexionaba sobre esto, Ralph pensó que había visto la señal tres años antes, en un bosquecillo de acebos de Italia. Ese día su vida se había desbordado; así lo expresó en ese momento. Y ahora comprendía que ciertamente así había sido: desbordado hasta el extremo de vaciar la copa por completo, o al menos de dejar al descubierto los posos del néctar. Ahora sabía que nunca podría volver a mirar la mano de su mujer sin recordar lo que ese día leyó en ella. El lenguaje de su superficie era aparentemente dulce, pero bajo las líneas sonrosadas había visto la señal de advertencia.

Desde entonces caminaba con un fantasma: el desdichado fantasma de su propia ilusión. Sin embargo, en cierto sentido Ralph había dado a este fantasma vida, color y sustancia, movido por la fuerza de su propia necesidad, tal como un hombre insufla una apariencia de vida en el cuerpo querido y ahogado que se niega a dar por muerto. De todo esto cobró clara y dolorosa conciencia la mañana que siguió a esta conversación con su mujer en las escaleras. A media noche, mientras recordaba la escena, se culpó de no haber sido capaz de llegar hasta las últimas consecuencias, por miedo a afrontar la verdad. Sabía no obstante que éste no era el caso. No era la verdad lo que temía, sino una nueva mentira. Si hubiera atisbado la posibilidad de que ella dijera: «Sí, estaba con Peter Van Degen, y por la razón que tú imaginas», habría encajado el golpe como un hombre. Pero sabía que ella jamás lo admitiría. Continuaría eludiendo y fingiendo, mientras lo miraba igual que él la miraba a ella, porque en ese juego estaba segura de derrotarlo finalmente. Cuando volvió a casa, tras la cena con los Elling, esta certeza se volvió tan insoportable que Ralph estuvo a punto de gritar: «¡No me mires; yo tampoco volveré a mirarte!». Pero conservó la calma, sabiendo que ella no lo entendería. Qué poco era en realidad lo que ella entendía; Ralph lo vio con claridad esa misma noche, mientras la seguía escaleras arriba por la casa dormida. Undine se adelantó mientras él se quedaba cerrando puertas y apagando luces, creyendo que ya habría entrado en su habitación cuando él llegara al rellano; pero lo estaba esperando, en el mismo lugar donde él la había esperado unas horas antes. Undine había brillado como nunca durante la cena, con ese resplandor que irradiaba cuando se sabía aprobada por todos, y

aún conservaba parte de su esplendor cuando se detuvo en la penumbra, la capa caída sobre los hombros blancos.

—Ralphie... —empezó a decir; poniendo una mano en el brazo de él. Ralph se detuvo y ella lo atrajo hasta que sus caras se encontraron muy cerca; y él vio cómo se curvaban sus labios para besarlo. Lo buscaba con todas las líneas de su rostro, desde la caída de los párpados entornados hasta los hoyuelos que se le formaban al sonreír. Vio la imagen con absoluta nitidez, pero por primera vez ésta no llegó a sus venas. Fue como si de pronto lo afectara una forma de ceguera sutil que permitía a las imágenes formarse en su ojo sin que éstas se transmitieran al cerebro.

—Buenas noches —dijo, pasando de largo.

Cuando un hombre siente esto por una mujer, sin duda está en posición de abordar los problemas con imparcialidad. Tal fue el sombrío consuelo que experimentó Ralph a la mañana siguiente. Al fin había caído la venda de sus ojos, y podía ver. ¿Y qué veía? Sólo lo fútil de forzar a su mujer a inventar subterfugios que ya no eran necesarios. ¿Era Van Degen su amante? Probablemente no: la sospecha se esfumó de inmediato. Ella nunca correría más riesgos de los que podía afrontar, y era admiración, no amor, lo que buscaba. Quería divertirse y su idea de la diversión era pública, promiscua: la música, los estandartes, la multitud, el contacto con impulsos codiciosos y la sensación de andar entre ellos con fría seguridad. Cualquier enredo personal sería una «molestia» y eso era lo que ella más detestaba. Tal vez, se dijo Ralph, mientras seguía desarrollando su extraña formulación, su «honor» estaba a salvo: podía contar con que ella le era fiel. En ese momento, sin embargo, esta certeza significaba tan poco para él como la garantía de honradez que pudiera ofrecerle el primer extraño con el que se cruzara por la calle. Una extraña... eso es lo que había sido siempre para él. Tan fuerte era la influencia del mundo exterior sobre ella que nunca había sido sensible al roce del corazón.

Estos pensamientos acompañaban a Ralph esa mañana camino del trabajo. Luego, a medida que la rutina lo fue absorbiendo, la sensación de extrañeza se disipó. Seguía cumpliendo con su tarea diaria: nada tangible había cambiado. Estaba allí por el mismo propósito que el día anterior: ganar dinero para su mujer y su hijo. La mujer a la que había dado la espalda en las escaleras unas horas antes seguía siendo su esposa y la madre de Paul Marvell. Formaba parte inherente de su vida, y su alteración interior no había causado ningún trastorno en el exterior. Y esta sensación insoslayable creaba en él una oleada de compasión. ¡Pobre Undine! No era más que un capricho de los dioses: una criatura de reacciones a flor de piel, una partícula de luz en un rayo de placer. Ralph no quería sermonearla; sintió un deseo aún más intenso de llegar a su corazón, de instruirlo, de despertar en él siquiera un poco de la piedad que

colmaba el suyo. Los dos eran víctimas del noyade conyugal, y si dejaban de pelear quizá el naufragio resultaría más fácil para ambos... Se acercaba entretanto el primer día del mes, con su acostumbrado montón de facturas pendientes, y no había batalla más acuciante que la de cumplir con los pagos...

Sorprendió y desconcertó ligeramente a Undine cómo había aceptado su marido el incidente del cumpleaños. Desde que había decidido transformar las joyas de la familia, las relaciones entre Washington Square y West End Avenue se habían vuelto cada vez más tensas, y el silencio con que las Marvell manifestaban su censura era más irritante que cualquier reproche abierto. Sabía lo mucho que Ralph lamentaba este último desaire a su familia y tuvo miedo al enterarse de que la había visto volver a casa con Van Degen. Seguramente estaba mirando por la ventana, pues, a pesar de su credulidad, tenía fundadas razones para no creerla cuando le dijo que venía directamente del estudio. De ahí que el silencio de Ralph le causara inquietud y perplejidad, y Undine llegó a la conclusión de que debía hacer algo para explicárselo o encandilarlo.

En esto pensaba mientras se vestía, aunque en la cena de los Elling corrieron los dos como fantasmas en busca de la risa y de la luz. Nunca se había sentido Undine más predispuesta a la diversión inmediata. Finalmente había alcanzado la envidiada posición de la mujer hermosa y apreciada por la sociedad y, si hubiera contado con los medios para vivir de acuerdo con sus posibilidades, se habría sentido plenamente satisfecha con la vida, consigo misma y con su marido. Seguía pensando que Ralph era «un encanto», cuando no se hartaba de sus buenos consejos o se exasperaba por su incapacidad para pagar los gastos en los que ella incurría. El dinero era su principal escollo, y ahora que podía dejar de preocuparse temporalmente gracias a la generosidad de Van Degen Undine se mostró más comprensiva con Ralph, incluso sintió que revivía el cariño impersonal que al principio había sentido por él. Todo el mundo se daba cuenta de que Clare Van Degen estaba «loca» por él, y a Undine siempre le gustó saber que otros codiciaban sus posesiones.

Su confianza se vio fortalecida por las noticias que recibió en la cena de los Elling sobre la inesperada victoria de Harmon B. Driscoll, de la que dieron cuenta los periódicos. La investigación sobre Ararat se había interrumpido misteriosamente —archivado, según la jerga judicial— y Elmer Moffatt había sido «derrotado», en palabras de Van Degen, que estaba sentado junto a Undine.

—No creo que volvamos a oír hablar de ese caballero —dijo con desprecio, y su mirada se cruzó alegremente con la de Undine cuando ésta exclamó:

— ¿Entonces darán ese baile de gala después de todo?

—Yo también podría haber dado un baile para ti... ¿Eso te habría gustado?

— ¡Todavía estás a tiempo! —respondió ella; y acercándose un poco más añadió—: Y todo lo que tú quieras.

Pero en el camino de vuelta a casa los temores de Undine revivieron. La indiferencia de Ralph no era natural. No había vuelto a mencionar el disgusto de Paul; ni siquiera le había pedido que escribiera una nota de disculpa a su madre. El modo en que Van Degen la estuvo mirando durante la cena —era incapaz de modular sus miradas— indicaba que el favor que acababa de aceptar le exigiría pasar más tiempo en su compañía (aunque se dijo que ella establecería en qué condiciones); y era un problema que Ralph se volviera de pronto celoso y reservado, precisamente en ese momento.

Hasta la fecha el matrimonio había proporcionado a Undine más beneficios que pérdidas; pero el vínculo empezaba a fastidiarla. ¡No soportaba que un hombre manifiestamente incapaz de darle lo que ella quería la criticase cada vez que se le presentaba la oportunidad! Ralph entró en el mundo de los negocios con la intención de ganar dinero para ella, pero era evidente que «más» nunca sería «mucho» y que él jamás alcanzaría esa posición de abundancia que constituía el tributo natural de un hombre a los méritos de una mujer. Undine se sentía atrapada y engañada, y le parecía intolerable que el responsable de su decepción tuviera la osadía de erigirse en crítico de su conducta.

Sin embargo, las lágrimas se llevaron su enfado. La mañana que siguió a la cena de los Elling, Ralph se comportó como de costumbre y, tras aguardar con nerviosismo la explosión que no llegó a producirse, Undine achacó la indiferencia de su marido al efecto embotador del trabajo. ¡No era extraño que las pobres mujeres cuyos maridos siempre estaban «en el centro» tuvieran que buscar comprensión en otra parte! El cheque de Van Degen la ayudó a tranquilizarse, y las semanas giraban hacia el baile de los Driscoll.

El baile resultó tan espléndido como esperaba, y el papel de Undine en el acontecimiento tan emocionante como una página de esas «novelas de sociedad» con las que conjuraba al aburrimiento en la época de Apex. Ahora no tenía tiempo para leer: ocupaba cada hora con lo que ella llamaba vida, y la intensidad de sus emociones culminó en esa noche triunfal. ¿Había algo más delicioso que sentir que todas las mujeres envidiaban su vestido mientras los hombres apenas se fijaban en él? Ellos la admiraban por lo que era, y su belleza crecía bajo aquella admiración igual que las flores cobran tonos más cálidos con la luz del atardecer. Sólo la mirada de Van Degen le pesó un poco más de la cuenta. ¿Llegaría a convertirse en una «molestia» peor de las que se había librado gracias a él? Tampoco se alarmó demasiado, pues seguía

confiando en su capacidad para defenderse, pero a Undine no le gustaba percibir la más leve arruga en la perfecta superficie de la existencia. Siempre había sido, como decían sus padres, muy «sensible».

Las preocupaciones materiales la asaltaron una vez más a medida que pasaba el invierno. Entusiasmada con el regalo de Van Degen, tuvo la imprudencia de incurrir en nuevos gastos. No se culpaba de despilfarrar; no había hecho nada que no fuera realmente necesario. El cuarto de estar, por ejemplo, pedía a gritos un cambio, y Popple, que era una autoridad en materia de decoración, le mostró con unos pocos trazos a lápiz lo fácil que sería transformarlo en un espacio francés «de época», plagado de curvas y de cupidos: el escenario perfecto para una mujer hermosa y su retrato. Pero Undine aún albergaba la esperanza de salir de West End Avenue, y resistió heroicamente la sugerencia, contentándose con renovar las cortinas y la alfombra, además de comprar unas cuantas sillas frágiles y doradas que, según le aseguró a Ralph, «les vendrían muy bien» cuando se trasladaran, aprovechando la ocasión para dejar por añadidura constancia de su deseo.

Mediado el invierno, y en parte como consecuencia de este esfuerzo, Undine tuvo una «crisis nerviosa», para lo cual el médico le prescribió masaje diario y un paseo en coche, y hubo que solicitar los cuidados de la señora Heeny y alquilar un coche durante un mes. A esto se sumaron otros gastos imprevistos —y eso que en momentos así las facturas parecían acumularse sin ningún tipo de impulso visible— a raíz de una grave enfermedad del pequeño Paul: una dolencia larga y costosa que exigió tres niñeras y frecuentes consultas médicas. Acuciado por la preocupación, Ralph incurrió esos días en ciertos gastos que a Undine le parecieron completamente desmesurados, y cuando el niño empezó a mejorar los médicos le aconsejaron aire puro. Ralph alquiló entonces una casita en Tusado y, como es natural, Undine acompañó a su hijo al campo, pero sólo pasaba allí los domingos, y volvía corriendo a la ciudad para, según decía, estar con su marido. La situación exigía duplicar la ayuda doméstica y, aun cuando solo fuera por un breve lapso de tiempo, el esfuerzo económico resultó muy severo para Ralph. Sucedió además que la factura del vestido para el baile de gala seguía pendiente de pago, y Undine no entendió entonces qué había sido del dinero de Van Degen. También la extrañeza del propio Van Degen era cada vez más notoria y fastidiosa: su cheque no le había proporcionado lo que esperaba, y un día que fue a almorzar a Tuxedo le planteó abiertamente su malestar a Undine.

Se encontraban, después de comer, en la salita de techo bajo en la que Undine había acumulado su habitual abundancia de almohadones, baratijas y flores, pues era imprescindible que el lugar donde una estuviera pareciese un «hogar», por más que los propios hábitos en nada se correspondieran con ello. Consciente del encanto íntimo de su mise-en-scène, y una vez recuperados su

esplendor y su frescura en consonancia con el ambiente, Undine estuvo más segura que nunca de su capacidad para mantener a su amigo en el apetecido estado de sumisa adoración. La sumisión de Peter, sin embargo, disminuía a medida que aumentaba su adoración, y llegó un momento en el que ella necesitó de todo su ingenio para salvar la situación. Rechazarlo no era difícil, tanto más cuanto que su proximidad física siempre despertaba en Undine una vaga resistencia; lo difícil era atemperar el rechazo de tal modo que él permaneciera en el engaño del juego de la incertidumbre. Hasta que Peter se lo dijo; se plantó delante de ella con un desagradable rubor en su cetrino rostro de batracio, y el hombre primitivo la miró a través de los ojos con los que el caballero de levita suspiraba por ella a todas horas.

—Dime una cosa... El plan de amortización está bien, pero ¿no crees que vas con un poco de retraso en el pago de la cuota? —Undine había eludido bruscamente un intento de mayor acercamiento—. De todos modos, casi prefiero dejar que se acumulen los intereses durante algún tiempo. Esta es mi despedida hasta que vuelva de Europa.

La noticia pilló a Undine por sorpresa.

— ¿Europa? ¿Cuándo te marchas?

—El 1 de abril; buen día para que un idiota reconozca su estupidez. Estoy harto, y me largo.

Undine tenía la mirada baja y toqueteaba con aire distraído las perlas del collar que él le había regalado. Y de pronto vio el peligro que entrañaba esta partida. En cuanto se embarcara en el Sorceress lo habría perdido; una vez allí prevalecería la fuerza de sus antiguas relaciones. Aunque si fuera con él tan «buena» como le pedía —lo suficientemente «buena» para conservarlo—, puede que a la postre tampoco resultara mucho más ventajoso para ella. Hasta entonces se había dejado mecer en la corriente de su aventura, pero de pronto comprendió lo que en realidad, de un modo mitad inconsciente, había estado buscando. Si se había esforzado tanto por retenerlo, si había «jugado» con él con tanta paciencia y habilidad, no era por simple distracción o conveniencia pasajera: acariciaba su propósito con tanta tenacidad que ni siquiera en su conciencia se permitía ponerle nombre. Y a la luz de este descubrimiento comprendió la necesidad de fingir una indiferencia absoluta.

— ¡Ah, qué afortunado eres! Te estás despidiendo de verdad —dijo, respondiendo con una sonrisa lastimera su gesto torcido.

—Supongo que tú aparecerás por París... para comprarte lo que necesites para Newport.

— ¿París? ¿Newport? ¡Eso no entra en mis planes! En cuanto Ralph pueda nos iremos con el niño a los Adirondack. ¡No creo que allí necesite mi ropa de

París! En todo caso, ¡tampoco me preocupa! —dijo, riendo—. Allí no me verá nadie que me importe.

Van Degen también rio.

—Vaya, ¡eso es muy duro para Ralph!

Ella bajó la vista, sonrojándose ligeramente.

—No debería haber dicho eso, ¿verdad? Lo cierto es que me siento infeliz... y un poco dolida.

— ¿Infeliz? ¿Dolida? —Van Degen volvía a estar a su lado—. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

Undine levantó los ojos con expresión grave.

—Pensaba que lamentarías más alejarte de mí.

—Bueno, no será por mucho tiempo... Ya sabes que no tiene por qué serlo. —Se mostró visiblemente más comprensivo—. Es lamentable que estés tan atada. ¡Todo el verano pudriéndote en los Adirondack! ¿Cómo lo soportas? No deberías pasar el resto de tu vida condenada por un error juvenil.

Un leve temblor sacudió las pestañas de Undine.

— ¿No estamos todas atadas por nuestros errores... las mujeres? ¡No hablemos de estas cosas! Ralph jamás me permitiría salir del país sin él. —Se detuvo y, con un rápido movimiento ascendente de los párpados, dijo—: En realidad es mejor que nos despedamos... porque ya estoy pagando por otro error al sentirme tan desgraciada por tu partida.

— ¿Otro error? ¿Por qué lo llamas así?

—Porque te he interpretado mal... o tú a mí —dijo, sin dejar de sonreír con nostalgia—. Y para enmendar ciertas cosas lo mejor es romper con ellas.

Van Degen respondió a su sonrisa con un sonoro suspiro. Undine volvía a sentirlo en sus redes.

— ¿Quieres decir que esto es una ruptura?

— ¿No eres tú quien acaba de decirlo? En todo caso, es preferible que sea así, puesto que no vamos a vernos en unos meses.

Los ojos del caballero de la levita suspiraban de nuevo. Undine casi tembló al sentir que rozaba la victoria con la mano.

—Espera —dijo él—. Tú necesitas un cambio... Pareces muy cansada. ¿Por qué no convences a tu madre para que te acompañe a París? Ralph no podría oponerse a eso.

Undine negó con la cabeza.

—No creo que ella pueda permitírselo, aunque lograra convencerla de dejar a mi padre solo. Ya sabes que las cosas no le han ido demasiado bien últimamente; no me gustaría tener que pedirle dinero.

— ¡Eres tan desconcertantemente orgullosa! —Van Degen se acercaba al objetivo—. Todo sería facilísimo si te mostraras un poco más cariñosa conmigo...

Se quedó petrificada en el extremo del sofá.

—Las mujeres no podemos reparar nuestros errores. No me hagas más desgraciada recordándomelo.

— ¡Tonterías! ¡No hay nada que el dinero no pueda resolver! ¿Por qué no dejas que yo me ocupe de todo?

Undine volvió a sonrojarse y le dirigió una mirada rápida y consciente. Era el momento de jugar su última carta.

—Pareces olvidar que... estoy casada —dijo.

Van Degen guardó silencio. Y ella creyó por un momento que estaba a punto de dominarlo en un arrebato de rendición. Pero siguió obstinadamente inmóvil, respondiendo a su mirada con una extraña claridad en los ojos, como si un astuto hombre de negocios hubiera sustituido de pronto al anhelante caballero del escaparate.

— ¡Qué caray... yo también! —dijo. Y Undine comprendió que, a la hora de la verdad, él era más fuerte.

Capítulo XVII

No había nada más amargo para Undine que el reconocimiento de su derrota, si bien la última conversación con Van Degen le había enseñado una lección que casi compensaba la humillación sufrida. Comprendió que había sido un gran error aceptar su dinero y que si repetía el mismo error comprometería su futuro irrevocablemente. No deseaba una precaria existencia plagada de mezquinas intrigas, sino recibir abiertamente de la vida los privilegios que merecía por sus dones. En su corta experiencia ya había tenido ocasión de observar cuántas mujeres sacrificaban su seguridad futura por el éxito inmediato, y estaba decidida a sentar unos cimientos sólidos antes de construir la ligera estructura de sus placeres.

Pese a todo, le dio rabia ver que Van Degen se marchaba y saber que por el

momento había roto con ella. Para una naturaleza tan insensible al hechizo de la memoria, lo visible y lo tangible siempre prevalecían. Si pudiera acompañarlo a París, donde los luminosos días de primavera tornaban magnífica cualquier imagen o cualquier sonido, estaba segura de recuperar su control. Aún más acrecentaba su frustración saber que allí estarían todos sus conocidos: sus potenciales rivales abarrotaban los barcos que zarpaban en dirección a Europa. Nueva York se quedaba desierto, y el hecho de que Ralph no pareciera darse cuenta intensificó su resentimiento. No había tenido más que una ocasión de viajar a Europa desde que se casó, y resultó un fracaso por la asombrosa perversidad de su marido. Undine comprendió con cuántas horas de diversión en París y en Londres habían pagado sus aburridas semanas en Italia.

Entretanto, los largos meses de primavera en Nueva York se dilataban en un desierto social hasta el vacío aún más insoportable del verano en los Adirondack. Ya en su juventud se había zambullido en los oscuros abismos de veranos semejantes, pero entonces al menos contaba con la esperanza de cazar algo. Era consciente de que ya no podía esperar ese tipo de «hallazgos». La gente que le importaba estaría en Newport o en Europa; Undine tenía un objetivo muy concreto y había heredado de su padre ese severo instinto empresarial que le impedía desviarse en busca de diversiones fugaces.

La principal dificultad que siempre se interponía en el camino para conseguir sus propósitos eran las fatigosas etapas intermedias de aburrimiento y privaciones. Empezaba a comprenderlo, aunque no siempre fuera capaz de dominar su debilidad; nunca había estado tan necesitada del «¡No corras, Undine!» de la señora Heeny. Su imaginación era incapaz de volar grandes distancias. No lograba aplacar su impaciencia con el espejismo de las satisfacciones lejanas y, por el momento, presente y futuro se le antojaban igualmente vacíos. El deseo de viajar a Europa para reunirse con el pequeño mundo neoyorquino que ya empezaba a surgir en Londres y París se vio fortalecido por razones que parecían revestir la urgencia suficiente para justificar una apelación a su padre.

Se presentó en su despacho para exponerle el caso, temiendo la intervención de su madre. El señor Spragg llevaba algún tiempo soportando un exceso de trabajo, y empezaba a acusar el esfuerzo. Nunca había llegado a recuperar en Nueva York la holgura financiera de los tiempos de Apex. Sus negocios habían seguido un rumbo incierto desde que cambió su base de operaciones, y Undine sospechaba que la ruptura con su antiguo aliado político, el congresista Rolliver, con quien había pasado los momentos más enfangados del Movimiento por el Agua Pura, no era ajena a su fracaso a la hora de consolidarse en Wall Street. Todo esto, sin embargo, lo comprendía ella de un modo vago y difuso. Aun cuando los «negocios» fueran un asunto

menos misterioso, estaba demasiado absorta en sus propios asuntos para ponerse en el lugar de su padre, y pensaba que con ahorrarle la oposición de su madre ya demostraba suficiente delicadeza.

Siempre que acudía con un problema, él la escuchaba con la misma paciencia y docilidad, pero tantos «manejos» de su hija, como él mismo decía, habían «menguado» su tolerancia, y Undine guardó silencio, con el corazón palpitante de incertidumbre, al ver que él se recostaba en su asiento y se ponía a dar vueltas a un invisible palillo de dientes bajo el bigote amarillento. Levantó luego una mano para mesarse la barba lacia que se unía con el bigote y tanteó en busca de su emblema masónico, perdido en uno de los pliegues del chaleco encogido.

Parecía como si buscara su respuesta en las herrumbrosas profundidades de la insignia, pues, mientras sus dedos se cernían sobre ésta, dijo:

—Sí, se avecina el trimestre de calor en Nueva York. Por esa misma razón el Fondo por un Aire Limpio acabó la semana pasada con el último dólar que me quedaba.

Undine frunció el ceño. No había nada más irritante en ese tipo de encuentros con su padre que esa costumbre suya de iniciar la conversación con una broma.

—Me gustaría que comprendieras que hablo en serio, papá. Desde que nació el bebé no he vuelto a sentirme fuerte y necesito un cambio de aires. Pero no es sólo por eso; hay otras razones por las que deseo ir.

El señor Spragg se atuvo a su tono de ligera chanza.

—Nunca te he visto falta de razones, Undie. El caso es que no siempre reconoces las de los demás cuando las ves.

Los labios de su hija se tensaron.

—Reconozco tus razones cuando las veo, padre. Estoy acostumbrada a oír las. Tú, sin embargo, no puedes saber cuáles son las mías porque no te las he contado... no las reales.

— ¡Por todos los santos! A mí siempre me han parecido reales, puesto que tenían una utilidad para ti.

La experiencia había enseñado a Undine que esa manera de prolongar el juego ocultaba normalmente una resistencia excepcional, y la tensión fortaleció aún más su determinación.

—Mis razones son siempre reales —respondió—; pero hay una más importante que las demás.

El señor Spragg frunció el ceño.

— ¿Más facturas?

—No —dijo ella, extendiendo una mano y toqueteando los objetos cubiertos de polvo que había sobre la mesa—. Soy infeliz en casa.

— ¡Infeliz...! —Dio un respingo, volcando la papelera a rebosar y lanzando una lluvia de papel sobre la alfombra. Se inclinó para colocarla en su posición y luego, volviendo despacio hacia su hija unos ojos verdaderamente derrotados, dijo—: ¡Pero, Undie, si él besa el suelo que tú pisas!

—Eso no siempre es suficiente para una mujer... —Era la misma respuesta que podría haberle dado a Popple o a Van Degen, y no tardó en comprender que se equivocaba al pensar que así impresionaría a su padre. El ambiente de frivolidad sentimental al que se había acostumbrado le hacía olvidar que el código de conducta del señor Spragg era tan simple como complicada su moral empresarial.

Él la miró con enfado, frunciendo las cejas.

—Eso no es una razón. ¿A ti te lo parece? Recuerdo un tiempo en el que tú misma decías que no era más que una tapadera.

Undine se puso muy colorada y también sus cejas adoptaron el mismo gesto sobre sus ojos tempestuosos y grises como el acero. La percepción de su error hizo que se enfadara aún más con él y se mostrara más implacable si cabe.

—No espero de ti comprensión: nunca la has mostrado, ni tú ni mamá, cuando se trataba de mis sentimientos. Supongo que algunas personas nacen más sensibles... No creo que nadie pueda elegirlo. Y, como soy demasiado orgullosa para quejarme, tú has dado por supuesto que era completamente feliz. Pero mi matrimonio fue un error desde el principio, y Ralph siente lo mismo que yo. Su familia me odia; siempre me ha odiado. Y él siempre hace lo que ellos quieren. Nunca me han perdonado que haya tenido que ponerse a trabajar: sus ideas aristocráticas les obligan a despreciar a los hombres que trabajan para ganarse la vida. En tu caso no tiene nada de malo, porque tú no eres un Marvell o un Dagonet, pero ellos creen que Ralph debería pasarse la vida sin hacer nada mientras tú nos mantienes al bebé y a mí.

Esta vez había dado en el blanco: lo supo por cómo se tensaron los músculos faciales de su padre y cómo irguió la espalda.

— ¡Desde luego que casi lo consigue! —exclamó, dando un puñetazo en la mesa—. ¿No te habrán echado eso en cara?

—No juegan limpio, por decirlo así. Incitan a Ralph para que se vuelva contra mí. Sólo consintieron en que se casara conmigo porque pensaron que tú estabas tan loco por casarme que nos darías cualquier cosa, y él no tendría que

hacer nada más que quedarse en casa sentado, escribiendo libros.

El señor Spragg gruñó con desprecio.

—Por lo que sé gana lo suficiente para mantener el Rincón del Poeta. Supongo que el viejo tenía razón cuando decía que no está hecho para ganar dinero.

—Desde luego que no; no lo educaron para eso, y en el fondo de su corazón se avergüenza de tener que hacerlo. Me ha dicho que eso lo está matando poco a poco.

— ¿Y ellos lo apoyan cuando dice esas cosas?

—Ellos lo apoyan en todo. Sus ideas son muy distintas de las nuestras. Nos miran por encima del hombro... ¿es que no te das cuenta? ¿No te imaginas cómo me tratan, viendo cómo os han tratado a ti y a mamá?

Su padre recibió con asombro estas palabras.

— ¿Cómo nos han tratado a mamá y a mí? Si apenas nos conocemos.

— ¡A eso exactamente me refiero! Seguro que ni siquiera han pasado a ver a mamá una sola vez este año, ¿me equivoco? El año pasado se limitaban a dejar su tarjeta sin subir a verla. ¿Y por qué crees que nunca te invitan a cenar? En su círculo siempre hay montones de personas mayores que mamá y que tú cenando con ellos en invierno. A los Marvell les avergüenza que sus amigos os conozcan; por eso no lo hacen. Les avergüenza que se sepa que Ralph se ha casado con una chica de Apex, y que mamá y tú no hayáis tenido siempre criados y coches de caballos; y Ralph también se avergüenza, ahora que ya se le ha pasado la locura inicial. Creo que si fuera libre mañana mismo se casaría con esa Ray que su madre le tiene en reserva.

El señor Spragg la escuchaba con el gesto contraído y el labio superior levantado. Al fin parecía que la invectiva de su hija despertaba un leve resentimiento en él. Guardó silencio cuando ella dejó de hablar y se puso a dar vueltas a un portaplumas entre los dedos; después dijo:

—Creo que ni tu madre ni yo necesitamos para nada a la familia de Ralph, pero me gustaría dejarles bien claro que, si tú vienes de Apex, tu dinero también viene de allí. Supongo que lamentarían mucho que Ralph tuviera que mantenerte únicamente con lo que gana.

Undine comprendió que había ganado la mitad de la batalla, pero hasta la última fibra de su ser le recordaba que aún quedaba lo más difícil.

—Claro, ellos están encantados de recibir tu dinero. Les parece natural.

Bajo el holgado cuello de la camisa del señor Spragg sonó una risa ahogada.

—Parece que en ese punto hay unanimidad —señaló—. Lo que no acabo de ver —dijo, arqueando sus pobladas cejas— es cómo puede ayudarte un viaje a Europa.

Ella se inclinó para decirle en voz baja:

— ¿Es que no comprendes que sabiendo lo que sienten por mí, y lo que siente Ralph, daría casi cualquier cosa por marcharme de aquí?

Su padre la miró compasivamente.

—Supongo que en algún momento de nuestra juventud todos hemos sentido lo mismo, Undine. Con el tiempo verás que huir no sirve de mucho cuando finalmente tienes que volver.

Ella asintió, apretando los labios como una niña que poseyera un solemne secreto.

—Precisamente... por eso quiero marcharme; porque tal vez no tendría que volver.

— ¿No volver? ¿Cómo se te ocurre decir eso?

—Podría significar que me vería libre... para empezar de nuevo...

El señor Spragg empujó el sillón de una sacudida y la interrumpió golpeando el reposabrazos con la palma de la mano.

— ¡Por el amor de Dios, Undine! ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Sí, lo sé. —Le dirigió una sonrisa cómplice—. Si pudiera irme pronto... ir directamente a París... hay alguien allí que haría cualquier cosa... que podría hacer cualquier cosa... si yo fuera libre...

Su padre se aferró con fuerza a los brazos del sillón.

— ¡Dios mío, Undine Marvell...! ¿Estás en tu sano juicio cuando me dices lo que podrías hacer si fueras «libre»?

Sus miradas se encontraron en un momento en silenciosa comunión, pero Undine no se dejó amilanar y cuando al fin bajó la vista fue únicamente porque parecía que ya no tenían nada más que decirse.

—Sé perfectamente lo que podría hacer si fuera libre. Podría casarme con el hombre que me corresponde —tuvo la osadía de decir.

El señor Spragg respondió con un murmullo de desesperada ironía:

— ¿El hombre que te corresponde? ¿El hombre que te corresponde? ¿Es que aún no te has cansado de buscarlo?

Mientras pronunciaba estas palabras, la puerta se abrió y el señor Spragg

levantó la vista bruscamente.

La secretaria apareció en el umbral y, por detrás de su hombro, Undine distinguió la halagadora sonrisa de Elmer Moffatt.

—«Un poco más me condujo tu mano.» Aunque creo que puedo recorrer lo que queda de camino solo —dijo, insinuándose con un gesto de altivo desdén; luego se volvió hacia el padre y la hija—. Estoy plenamente de acuerdo con la señora Marvell... y me complace tener la ocasión de decírselo —proclamó, tendiendo galantemente su mano.

Undine se puso en pie riendo.

—Parecían los viejos tiempos. Supongo que te habrás imaginado que papá y yo estábamos discutiendo. Ya nunca discutimos. Él siempre está de acuerdo conmigo —dijo, sonriendo a su padre y volviendo luego una mirada radiante hacia Moffatt.

— ¡Ojalá ese contrato se hubiera firmado unos años antes! —respondió éste, divertido y familiar como siempre.

Undine no lo veía desde que se casó, y los reveses que Moffatt había sufrido recientemente en su fortuna lo habían apartado por completo de sus pensamientos. Pero su presencia siempre le resultaba estimulante, y pese a lo muy centrada que estaba en sus cosas no le pasó por alto el aire de prosperidad casi desafiante del joven. No parecía en absoluto un hombre derrotado; o tal vez pareciese un hombre que no sabe cuándo está derrotado. Y había en su mirada el mismo brillo que lo había impulsado siempre hacia delante sin inmutarse por nada desde sus horas más bajas en Apex.

—Supongo que has venido por algún negocio —dijo el señor Spragg, poniéndose en pie con una expresión que parecía responder al silencio de su hija.

—Naturalmente, senador —repuso Moffatt, que cuando estaba de buen humor era dado a asignar títulos altisonantes—. Al menos he venido a hacerle una pequeña proposición que podría desembocar en un buen negocio.

El señor Spragg cruzó el despacho y dejó la puerta abierta.

—Sígueme, por favor —anunció, obligando a Moffatt a salir; pero éste espero un momento para decir—: No hay secretos de familia, señora Marvell. Cualquiera puede mostrarme la dura luz de la verdad.

Al cerrarse la puerta, Undine volvió a sus propias preocupaciones. No reparó en la incongruencia de que Moffatt tuviera negocios con su padre; lo que sí le sorprendió un poco es que éste siguiera tratándolo con tanta frialdad. Pero no tenía tiempo para ese tipo de consideraciones. Sus dificultades eran demasiado acuciantes. Se puso a dar vueltas por el despacho con inquietud,

mientras oía subir y bajar las dos voces al otro lado de la mampara, sin preguntarse ni una sola vez qué podrían estar discutiendo.

¿Qué debía decirle a su padre cuando regresara? ¿Cuál sería el argumento más convincente para él? Si de verdad no tenía dinero para darle, estaba más que atrapada: perdería a Van Degen y tendría que seguir llevando la misma vida eternamente... En su agitado ir y venir se detuvo delante del emborronado espejo que colgaba en un rincón del despacho sobre un grabado al acero de Daniel Webster. Ni siquiera una superficie tan engañosa lograba desfigurarla, y renovó sus esperanzas ante la visión de su propia belleza. Esas pocas semanas de mala salud habían dado a sus mejillas un volumen más sutil y profundizado las sombras bajo sus ojos, y estaba más guapa que antes de casarse. ¡No, aún no había perdido a Van Degen! Una sonrisa recorrió su rostro como si el sol la iluminara, desde los párpados entornados hasta los labios entreabiertos. ¡No lo perdería mientras fuera capaz de sonreír así! Además, aunque su padre no tuviera dinero, siempre había misteriosas maneras de «conseguirlo»: de hazañas así se jactaba a menudo en sus tiempos de Apex. Y, al crecer esta esperanza, sus ojos se agrandaron, y la sonrisa que los iluminó esta vez era limpia como la de una niña. Era así como a su padre le gustaba que ella lo mirase...

La puerta se abrió a sus espaldas y Undine oyó decir al señor Spragg:

—No, señor, no lo haré... es mi última palabra.

Entró solo, con perturbado semblante, y se desplomó en su sillón. Era obvio que la conversación entre los dos hombres había tenido un brusco final. Undine miró a su padre con curiosidad pasajera. Era una extraña coincidencia que Moffatt hubiera pasado por allí en ese momento...

— ¿Qué quería? —preguntó, dirigiendo una mirada a la puerta.

El señor Spragg mordisqueaba su palillo invisible.

—Nada, otro de sus planes descabellados... un trato inmobiliario en el que anda metido.

— ¿Y por qué viene a verte?

Él esquivó su mirada y se puso a jugar con las cartas que había sobre la mesa.

—Supongo que ya ha probado con todos los demás. Es capaz de llamar a la puerta del mismísimo diablo si cree que puede sacar algún provecho.

— ¿Le ha perjudicado mucho testificar en la investigación de Ararat?

—Sí, señor... Está arruinado y acabado.

Pronunció estas palabras con cierta satisfacción. Undine no respondió, y

ambos guardaron silencio, observándose por encima de la mesa abarrotada. Una rápida corriente de comprensión pareció fluir entre ellos tras esta breve conversación sobre Elmer Moffatt. De pronto, Undine se inclinó sobre la mesa, agrandó los ojos con confianza, y dejó que su sonrisa limpia los iluminara.

—Padre, al menos esa vez hice lo que tú quisiste... ¿No vas a escucharme y a ayudarme ahora?

Capítulo XVIII

Undine salió de la oficina de su padre y se encontraba en el vestíbulo. Sólo una vez anteriormente él le había negado sus deseos, y era una curiosa ironía que la aparición de Moffatt le recordara el resultado providencial de su primer fracaso. Aunque tampoco reconocía una semejanza real entre ambas situaciones. En este caso sabía muy bien lo que quería y cómo conseguirlo. No obstante, la analogía había acudido en ayuda de su padre y la desafortunada aparición de Moffatt intensificó visiblemente su resistencia.

Lo peor eran los obstáculos reales en el camino. El señor Spragg no la despachó con vagas promesas: en cierto sentido doblegó su voluntad con pruebas, haciéndole ver que en los últimos tres años había contribuido con mucho más de lo prometido al sustento de Undine y su familia. Y, como ella era incapaz de reconocer su derroche —seguía confiando en su capacidad de «gestión»—, su única conclusión fue que era imposible vivir con lo que su padre y Ralph le proporcionaban, lo cual le parecía una razón práctica para desear su libertad. Si se separaba de Ralph, naturalmente él volvería con su familia y el señor Spragg quedaría libre de la carga de un yerno inútil. Tampoco este argumento conmovió a su padre. Cuando se atrevió a pronunciar el nombre de Van Degen, Undine topó con la oposición de un código de conducta privado que en su padre era tan rígido como laxos eran sus principios financieros. No es que el señor Spragg viera el divorcio como algo intrínsecamente malo, ni siquiera inconveniente, y tampoco había oído hablar de sus perjudiciales consecuencias en lo social. Montones de mujeres se divorciaban, según Undine; y si sus razones eran buenas tenían justificación para obrar de ese modo. Si Ralph Marvell fuera un borracho o «infidel», al señor Spragg le habría parecido bien el divorcio, pero que la única razón fuera la inclinación de su hija por otro hombre —que por lo demás estaba casado— le parecía tan chocante como a los Dagonet o a los Marvell. Esas cosas pasaban, y el señor Spragg lo sabía, pero no deberían pasarle a una mujer que llevaba su apellido mientras estuviera en su mano impedirlo; y Undine admitía

que por el momento él tenía ese poder.

Al salir del ascensor, se sorprendió de ver a Moffatt en el vestíbulo. Esta presencia le recordaba su propio fracaso de un modo irritante y pasó de largo con una rápida inclinación; pero él la abordó.

—Señora Marvell... estaba esperando para hablar contigo.

De haber sido cualquier otra persona, Undine habría seguido su camino, pero la voz, de Moffatt tenía siempre una fuerza paralizante. Incluso en ese momento, cuando lo sabía derrotado e insignificante, esa fuerza ejerció su poder, y Undine se detuvo para decir:

—Lo siento, no puedo entretenerme... Llego tarde a una cita.

—No te entretendré más que un momento, aunque si lo prefieres puedo pasar por tu casa...

—Paso muy poco tiempo en casa —dijo, mirándolo con asombro—. ¿Qué querías decirme?

—Sólo dos palabras. Tengo un despacho en este edificio; será mejor que subamos un minuto. —Viendo que Undine se mostraba más distante, añadió —: Creo que lo que tengo que decirte merece la pena.

Su expresión era seria, sin atisbo de ironía: la que adoptaba cuando quería que confiaran en él.

—Muy bien —aceptó Undine, volviendo sobre sus pasos.

Undine miró el reloj al salir del despacho de Moffatt y comprobó que había cumplido con la promesa de no entretenerla más de diez minutos. Era característico en él. Aunque fuera imprevisible, tenía unos cimientos sólidos y fiables, y parecía decidir a su antojo ante quién mostraba esa solidez. La misma cualidad se revelaba en la exactitud de sus formulaciones y el rigor de su conducta, rasgos que contrastaban de un modo curioso con sus bromas exageradas y sus modales familiares y relajados. No había nadie tan esquivo al contacto y tan firme al mismo tiempo.

Undine relajó el semblante y se sintió más ligera al salir del edificio. La exposición de Moffatt no le resultó del todo clara, aunque sí entendió el esquema del plan que le propuso, y el acuerdo al que habían llegado le pareció satisfactorio. Moffatt empezó por recordarle la promesa de presentarle a algunos amigos que pudieran resultarle útiles en sus negocios. Hacía más de tres años desde que hicieron este pacto, y él había cumplido su parte con lealtad. El asunto fue perdiendo importancia para Undine con el paso del tiempo, pero quería demostrar su buena fe, y cuando Moffatt le recordó su promesa ella lo admitió sin titubeos.

—Bien, en ese caso... quiero que me presentes a tu marido.

Undine se quedó sorprendida, aunque una vez superada la sorpresa experimentó bastante alivio. Ralph era mucho más fácil de manejar que la mayoría de sus amigos... y, habida cuenta de lo indiferente que se le mostraba en esos momentos, le resultaría más fácil que aceptara cualquier sugerencia suya.

— ¿A mi marido? ¿Por qué? ¿Qué puede hacer por ti?

Moffatt se lo explicó enseguida, con muy pocas palabras, fiel a su estilo cuando hablaba de negocios. Estaba interesado en un «negocio» importante que implicaba la adquisición de una propiedad inmobiliaria por la que disputaban varios herederos. El agente inmobiliario con el que Marvell estaba asociado representaba a estos herederos, pero Moffatt tenía sus razones para no acudir a él personalmente, y tampoco quería presentarse con una «propuesta de negocio». Le parecía preferible dejarlo caer como por accidente en un contexto social. Esto era lo que acababa de pedirle al señor Spragg, quien, como de costumbre, se había negado sin dignarse siquiera estudiar su propuesta.

—Prefiere privarte de algo bueno si soy yo quien te lo procura. No sé qué se imagina que puedo hacerte... ni ahora ni nunca en realidad —dijo Moffatt—. Además, ahora eres tú quien tiene todo el poder, y si pudiera tener una conversación tranquila con tu marido te demostraré lo poco que puede afectarte. —Volvió a exponer cuestiones técnicas, nebulosas proyecciones de interés y capital, de impuestos y rentas, de las que Undine terminó sacando la idea global de que si «el asunto salía bien», la empresa de Marvell obtendría una comisión de cuarenta mil dólares, una cuarta parte de los cuales serían para Ralph.

— ¡Madre mía, es un tipo sorprendente! —exclamó Ralph Marvell días más tarde entrando en el cuarto de estar al término de una pequeña cena en casa.

Undine levantó la vista desde su sillón, junto a la chimenea. Tuvo la inspiración de invitar a Moffatt para presentárselo a Clare Van Degen, la señora Fairford y Charles Bowen. Se lo ocurrió que el modo más sencillo de plantárselo a Ralph era decirle que había descubierto inesperadamente que el protagonista de la gran batalla por Ararat Trust era un antiguo conocido de Apex. Moffatt ya no suscitaba ningún temor como factor desestabilizador, si bien como el hombre que se había atrevido a desafiar a Harmon B. Driscoll era notorio y, para algunos, un personaje heroico.

Undine recordó que Clare y la señora Fairford comentaron en cierta ocasión que les gustaría conocer al más valiente de los olímpicos, y cuando

propuso invitarlas a la cena con Moffatt, Ralph se mostró encantado. Era la primera vez en mucho tiempo que Undine tenía un gesto conciliador con la familia de su marido.

Las dotes sociales de Moffatt no eran precisamente de las que más agradaban a las dos damas: tendrían más éxito en los círculos de Van Degen que en los de su mujer. Pero ni Clare ni Laura Fairford esperaban encontrarse con un individuo convencional, y su estridencia les molestó mucho menos que a la anfitriona. Undine sólo reparaba en su vulgaridad y en la crítica implícita de Bowen y su marido; Laura Fairford, sin embargo, parecía disfrutar provocando al joven para que incurriera en mayores excesos verbales. Poco a poco le hizo hablar de la campaña contra Driscoll, y Moffatt se mostró inconteniblemente explícito. No pareció guardarse nada: con amplitud homérica ofreció hasta el último detalle de la prodigiosa hazaña. De pronto guardó silencio, se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y frunció los labios para lanzar un silbido, que contuvo ante la mirada de Undine. Para esconder su incomodidad se recostó en la silla, miró a los comensales con aire complaciente y, dirigiéndose a la criada que se acercaba para rellenarle la copa de champán, dijo:

—No tengo inconveniente.

Los hombres se quedaron fumando, y al cabo de un rato Undine llamó a Charles Bowen para que mediara en una discusión entre Clare y la señora Fairford en el cuarto de estar, dando así a Moffatt la oportunidad de quedarse a solas con su marido. Cuando los invitados se hubieron marchado, estaba ansiosa por saber qué se habían dicho; pero, al volver Ralph al cuarto de estar, ella siguió mirando el fuego y cerró el abanico con aire distraído.

— ¡Es un hombre asombroso! —repitió Ralph, mirando a su mujer—. ¿Dónde lo conociste? ¿En Apex?

Mientras Ralph se acercaba a la chimenea para encender un cigarrillo, Undine pensó que parecía menos cansado y apático de lo habitual, y cada vez estaba más segura de que algo importante había ocurrido cuando se quedaron solos.

Abrió y cerró el abanico con aire pensativo:

—Sí... hace años. Papá tenía algún negocio con él y un día lo invitó a cenar en casa.

— ¿Y no habías vuelto a verlo desde entonces?

Undine no respondió, como si intentara ordenar sus recuerdos.

—Creo que lo he visto en alguna parte, pero todo eso me parece muy lejano —dijo, suspirando. Últimamente le había dado por evocar con nostalgia

su infancia feliz, pero Ralph no parecía haberse dado cuenta.

— ¿Sabes una cosa? —dijo Ralph al cabo de un momento—. No me parece un hombre acabado.

Undine levantó la vista rápidamente.

— ¿Y eso?

—No me lo parece; y he visto que a Bowen tampoco se lo ha parecido. Creo que es de esos hombres que avanzan despacio, que necesitan mucho terreno y pueden cometer errores importantes, pero al final consiguen lo que se proponen. ¡Dios guío, me gustaría incluirlo en un libro! Hay algo épico en él... una especie de descarado épico.

A Undine se le aceleró el pulso a medida que escuchaba. ¿No era eso lo que Moffatt siempre había dicho de sí mismo, que sólo necesitaba tiempo y espacio? ¡Qué extraño que Ralph, que parecía tan soñador y distraído, hubiera llegado enseguida a la misma conclusión! Pero lo que le interesaba a ella era el resultado práctico de su reunión.

— ¿De qué hablasteis mientras fumabais?

—Volvió al asunto de la pelea con Driscoll: nos contó detalles extraordinarios. Es un bruto redomado, pero tiene un gran sentido del humor y es muy perspicaz. Cuando Bowen se fue con vosotras me habló de un negocio que tiene entre manos... un plan bastante prometedor y también a escala titánica. A lo mejor podemos hacer algo por él; una parte de la propiedad con la que quiere hacerse la gestionamos nosotros. —Se detuvo, sabiendo lo poco que le importaban a Undine sus negocios, pero ella lo miró con vivo interés.

— ¿Quieres decir que podrías venderle la propiedad?

—A lo mejor es posible. Nos llevaríamos una comisión importante. —La miró con gesto irónico—. ¿Verdad que eso te gustaría?

Undine respondió con un deje de reproche.

— ¿Por qué dices eso? No me he quejado de nada.

—No, no; pero sé que en cuestión de dinero soy una decepción para ti.

Undine se acomodó en su asiento, cerrando los ojos con aire indiferente y cansado, y al momento advirtió que su marido se inclinaba sobre ella.

— ¿Qué pasa? ¿No te encuentras bien?

—Estoy un poco cansada. No es nada. —Apartó la mano de él y rompió a llorar.

Ralph se arrodilló a su lado y la abrazó. Era la primera vez que la tocaba

desde el día del cumpleaños de su hijo, y la suavidad del roce produjo por un momento una cálida sensación en sus venas.

— ¿Qué pasa, querida? ¿Qué es?

Sin volver la cabeza, Undine dijo entre sollozos:

—Tú me consideras egoísta y odiosa... Crees que finjo que estoy enferma.

—No, no —le aseguró él, acariciándole el pelo. Pero Undine seguía sollozando en un gradual crescendo de desesperación, hasta que la intensidad de su llanto empezó a alarmar a Ralph, que la levantó del sillón para convencerla de que se dejara llevar al piso de arriba. Ella cedió a la presión de su brazo, con sollozos y suspiros entrecortados, y dejó caer todo su peso en él mientras la conducía por el pasillo hasta su dormitorio. Ralph la acostó en la cama, y se quedó inmóvil y blanca, apretando el pañuelo contra su boca mientras las lágrimas le asomaban entre los párpados. Ralph se inquietó al reconocer los síntomas: estaba al borde de una crisis nerviosa como la que tuvo en invierno, y en su imaginación Ralph anticipó con desesperación la desastrosa cadena de consecuencias: las facturas de médicos y enfermeras, la confusión, los cuidados y los gastos. ¡Si el plan de Moffatt saliera bien...! ¡Si por una vez tuviera en el bolsillo una cantidad importante y pudiera liberarse de esa continua tensión diaria!

A la mañana siguiente, aunque más tranquila, Undine no tenía fuerza para salir de la cama, y el médico le ordenó descanso, nada de preocupaciones y... quizás un cambio de aires pasado algún tiempo. Le explicó que para un carácter tan proclive a la alteración nerviosa no había nada peor que la monotonía, y aseguró que si a la señora Marvell le apetecía pasar una temporada en Newport había que animarla a que lo hiciera. En casos similares, a veces recomendaba una escapada a Londres o a París, para tonificar el sistema nervioso.

Undine recuperó las fuerzas poco a poco, y a medida que pasaban los días la propuesta del viaje a Europa volvía con creciente frecuencia. Sin embargo, siempre era su médico quien lo recomendaba: ella mostraba una indiferencia y una pasividad extrañas. No salía de su salita en el piso de arriba y no veía a nadie más que a la señora Heeny, que una vez más acudía a diario a administrarle sus cuidados, y sólo pedía que le evitasen el ruido que hacía su hijo al jugar. Sus correteos en el piso de arriba no le dejaban dormir, por lo que trasladaron la cama del niño al cuarto de juegos, encima de la habitación de su padre. A Ralph no le molestaba el alboroto de su hijo a primera hora de la mañana, porque siempre se levantaba antes del amanecer. Los días se le quedaban cortos para atender a sus obligaciones, si bien había en ellos muchas horas silenciosas, cuando ningún otro sonido conseguía apartarlo de sus preocupaciones.

Ralph no tenía éxito en su trabajo. Los agentes inmobiliarios con los que trabajaba sólo esperaban beneficiarse de sus relaciones sociales, y en ese sentido la alianza había resultado ser un fracaso. Era precisamente en ese punto donde fallaban las cualidades de Ralph, que hasta la fecha no había sido más que un esclavo para sus socios. Se resignó a la situación, por más que sintiera unas ganas inmensas de rebelarse, pero, como tampoco tenía grandes aptitudes para la rutina del negocio, pronto empezó a ver que sus compañeros no valoraban su incorporación a la empresa. La dificultad de encontrar otro empleo le hacía temer una crisis, de ahí que sus pensamientos se volvieran esperanzados al «acuerdo» insinuado por Elmer Moffatt. El éxito de la negociación podía depararle ciertas ventajas más allá del beneficio económico inmediato, lo cual, dadas las circunstancias, ya era mucho.

Dos días después de esa cena, Moffatt se presentó a última hora de la tarde en West End Avenue para explicarle a Ralph que el asunto exigía discreción y por eso prefería no visitarlo en su oficina. Era imprescindible llevar con el máximo recato la adquisición de una pequeña parcela situada entre dos fincas más grandes que ya habían sido adquiridas por compradores a los que Moffatt se refirió prudentemente como sus «socios». Hasta qué punto estaba «comprometido» con sus socios fue algo sobre lo prefirió que Ralph sacara sus propias conjeturas, aunque quedó bien claro que una parte importante de la transacción sería para él, y eso le ofrecía la oportunidad de recuperarse desde que Driscoll «lo dejó tirado». Los propietarios del terreno en cuestión no parecían deseosos de vender, y Moffatt tenía motivos personales para no acercarse a ellos a través de los socios de Ralph, en cuyas manos se hallaba la administración de la parcela. Ralph era un buen intermediario, puesto que además de conocer las condiciones le permitía a él permanecer al margen.

Ralph quedó asombrado por la fuerza y la firmeza de Moffatt tras su primera conversación, aunque también albergaba ciertas dudas en cuanto a la «limpieza» de la transacción. Ralph nunca había visto con claridad su camino en ese oscuro mundo subterráneo donde hombres como Moffatt y Driscoll se movían como monstruos destructivos y tenebrosos, ahuyentando a las insignificantes criaturas de la superficie. Sabía que el mundo de los negocios se regía por su propio código moral; y sus reflexiones sobre la relación que el hombre establecía con las leyes que él mismo se había impuesto le llevaron a concluir que la conducta humana se ceñía muy poco a sus propias reglas. Tenía una idea muy clara de las cosas que un hombre como él no debía hacer, pero su incapacidad para entender los asuntos financieros a gran escala le impedía abordarlos de acuerdo con estos sencillos principios heredados. Moffatt esbozaba su plan, y a Ralph todo le parecía bien cuando hablaba con él pero, cuando luego reflexionaba a solas, tenía la vaga impresión de que algo estaba mal. Pensó en consultarlo con su abuelo, pero renunció a la idea por la evidente razón de que la ignorancia financiera del señor Dagonet era tan

profunda como la suya, aunque éste no fuese el único motivo. Finalmente se le ocurrió planteárselo a su suegro como un caso hipotético. Sabía que la carrera financiera del señor Spragg era intachable, aunque tampoco se le escapaba esa conducta más flexible que en el código de los Dagonet no estaba permitida.

El señor Spragg escuchó atentamente la exposición de Ralph, soltando un gruñido aquí o allá con intención correctora y dando vueltas a su cigarro entre los labios mientras consideraba la cuestión con amplitud de miras.

—Bueno, ¿dónde está el problema? —preguntó al fin, estirando los pies hasta que la punta de sus zapatos cuadrados rozó el guardafuegos de la chimenea en la sala de estar de su yerno, durante la velada posterior a una cena en familia que Ralph aprovechó para hacer su consulta.

— ¿El problema? —dijo Ralph—. Eso es lo que me gustaría que me explicara.

El señor Spragg echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el reloj francés sobre la repisa de la chimenea, enmarcado por una guirnalda. La señora Spragg estaba arriba, en el dormitorio de su hija, y el silencio de la casa parecía cernirse sobre los dos hombres como una presencia audible.

—Bueno, no lo sé, pero yo estoy de acuerdo con ese médico que dijo que no hay enfermedades sino enfermos. Cada caso es distinto. —El señor Spragg miró a Ralph con aire pensativo mientras mordisqueaba su cigarro—. Creo que todo se reduce a una cosa. ¿Ha contraído nuestro hombre hipotético alguna obligación con la otra parte... la parte a la que intenta comprarle la propiedad?

Ralph respondió con vacilación:

—Sólo la obligación de un trato decente entre hombres decentes.

El señor Spragg acogió la respuesta con el aire de un sufrido maestro que se ve en la obligación de simplificar incluso sus preguntas más simples.

—Me refiero a una obligación personal. ¿Le debe algún favor importante?

—No... no creo que hayan tenido ninguna relación previa.

—En ese caso, ¿dónde está el problema? —dijo el señor Spragg, mirando intensamente a Ralph. Se detuvo un momento en las brasas, con el ceño fruncido—. Aunque fuera justo al contrario, no siempre es fácil saber hasta qué punto un trato así puede ser vinculante... y siempre se dice que los hombres que han fracasado son capaces de comerse a un amigo con la misma facilidad con que se comerían a un completo desconocido. —Se recogió, con una sacudida de los hombros, y apartó los pies del guardafuegos—. Pero en tu caso no veo dónde está el misterio; supongo que las dos partes deben andarse con tiento.

Se levantó de la silla y subió despacio a la habitación de Undine.

Ése era el código de Wall Street todo se «reducía» a la obligación personal, a la sal comida en la tienda del enemigo. La fantasía de Ralph se dejó llevar por una larga cadena de especulaciones que abandonó dando un respingo, movido por la necesidad de acción inmediata. El «negocio» de Moffatt no podía esperar: la eficacia de la acción exigía decisiones rápidas, y ponerse a dar vueltas a la diferencia de matices éticos podía acarrear más mal que bien en un mundo sometido a veloces cambios. La llegada de varias facturas imprevistas confirmó esta idea, y, una vez hubo tomado la decisión, se aprestó a su tarea con ecuanimidad.

En sus días de juventud, Ralph había asistido en París a una clase de interpretación que impartía en el Conservatorio una de las grandes figuras del teatro, y allí presencié cómo un papel del repertorio clásico, familiar para él tras haberlo visto representado en numerosas ocasiones, se desmenuzaba ante sus ojos, se dividía en sus elementos constituyentes y se reconstruía de nuevo con explicaciones minuciosas y una amplitud de referencias que le hicieron sentir como si acabaran de transmitirle el secreto de un proceso natural que existiera desde el origen de los tiempos. El recuerdo de esta lección volvió a su memoria mientras escuchaba a Moffatt. Inicialmente, el «negocio» y su propia participación en él le parecieron muy sencillos: podía ponerse el sombrero y salir a escena con la certeza de que sabría manejar la situación. Pero, mientras Moffatt hablaba, él se sentía tan perdido y perplejo como los estudiantes de arte dramático ante quienes el gran actor había analizado su papel. El asunto era ciertamente difícil y complejo, y Moffatt había captado de inmediato dónde residían las dificultades y cómo podían verse afectadas por las características personales de «las partes». Fascinó a Ralph su sagacidad, y se sumió en la divagación de por qué un hombre de negocios no podía ser un novelista y cuál era la barrera que separaba estas artes.

Ambos tenían importantes incentivos para acelerar el proceso, y dos semanas después de su primer encuentro, Ralph pudo comunicarle a Moffatt que su oferta había sido aceptada. Muy por encima de la satisfacción personal sintió la emoción del agente a quien un negociador imbatible confiaba una misión sumamente delicada: la misma que podría sentir un joven y ambicioso jesuita que es portador de documentos confidenciales para su superior. Le resultó muy estimulante trabajar con Moffatt y estudiar de cerca ese poderoso instrumento que era su inteligencia.

Al salir de la oficina de Moffatt tras esta visita, Ralph se encontró con el señor Spragg, que se detuvo en seco, mirando de soslayo hacia la puerta de donde venía.

—Hola... ¿Qué estabas haciendo ahí, con esos degolladores?

Ralph creyó imprescindible mostrarse prudente.

—Ah, un pequeño negocio para la empresa.

El señor Spragg no se movió, si bien recurrió al tranquilizador movimiento labial que consistía en mordisquear su palillo de dientes fantasma.

— ¿Cómo sigue Undine? —preguntó, mientras bajaban juntos en el ascensor.

—No parece recuperar las fuerzas. El médico quiere que se vaya unas semanas a Europa. Está pensando en reunirse en París con sus amigos, los Shallum.

El señor Spragg guardó silencio, pero salió del edificio en compañía de Ralph y juntos echaron a andar en dirección a Wall Street.

El señor Spragg preguntó de pronto:

— ¿Cómo has conocido a Moffatt?

—Bueno, ha sido por casualidad... Undine se encontró con él en alguna parte y lo invitó a cenar la otra noche.

— ¿Undine lo invitó a cenar?

—Sí; me dijo que usted lo conocía de Apex.

El señor Spragg dio la impresión de rastrear en su memoria para confirmar el dato.

—Creo que anduvo por allí una temporada. Todavía no he oído nada bueno de él. —Se detuvo en un cruce y miró fijamente a su yerno—. ¿Está muy empeñada Undine en ese viaje a Europa?

Ralph sonrió y dijo:

—Bueno, ya sabe cómo es cuando se le mete algo en la cabeza...

Arqueando ligeramente las cejas, el señor Spragg pareció articular una profunda respuesta sin palabras.

—Creo que esta vez se lo permitiré... le consentiré que vaya —dijo, empezando a bajar las escaleras para entrar en el metro.

Ralph se quedó sorprendido, pues por algunos comentarios de alarma de su suegra había deducido que los padres de Undine se oponían rotundamente a su plan de viajar a Europa. Llegó a la conclusión de que el señor Spragg sabía desde hacía mucho tiempo hasta qué punto era conveniente resistirse y cuándo resultaba inútil prolongar el enfrentamiento con su hija o aconsejar a otros que lo hicieran.

Él, por su parte, no tenía intención de resistirse. Cuando salió de la oficina de Moffatt experimentó un profundo alivio. Había llegado al punto de reconocer que era mejor para los dos que su mujer se marchara. Tal vez a su regreso pudieran reajustar sus vidas... Por el momento, sin embargo, anhelaba una especie de influencia letárgica, algo que lo aliviara del sordo dolor cotidiano de sentirla tan cerca y tan inaccesible al mismo tiempo. Desde luego que había necesidades más acuciantes, pese a su maravilloso golpe de suerte: debía afrontar una importante carga de deudas domésticas, y el verano traería consigo nuevos gastos. Pero quizás la suerte volviera a sonreírle: empezaba a desarrollar esa errática dependencia del «azar» propia del hombre consciente de su incapacidad para dirigir su propia vida. Y entre tanto parecía más fácil dejar que Undine tuviera lo que quería.

Undine se condujo discretamente. Recibió las buenas noticias con languidez y no dio muestras de apresurarse a aprovechar la oportunidad. Sin embargo, ocultar la luz de sus ojos era tan difícil como refutar el hecho de que no sólo había pensado con antelación en cada detalle del viaje, sino que había planeado exactamente cómo debían vivir su marido y su hijo durante su ausencia. Su propuesta de que éstos se instalaran en casa de los abuelos y la vivienda de West Avenue se cerrara durante el verano era demasiado práctica para ser descartada, y Ralph descubrió que su mujer ya había echado mano de los Lipscomb, a quienes después de tres años de abandono volvía a mostrar su favor y convencía, como primer paso en su rehabilitación, de la necesidad de alquilar una casa fresca y bien ventilada en el West Side para pasar los meses de verano. Aseguraba que a su regreso de Europa iría directamente a los Adirondack para reunirse con Ralph y el niño, y parecía un despilfarro dejar la casa vacía cuando los Lipscomb parecían tan deseosos de instalarse en ella.

A medida que se acercaba el día de su partida le resultó más difícil ocultar su resplandor, pero su placer se manifestaba con tanta amabilidad que Ralph empezó a pensar que tal vez notaría la ausencia del niño y de él más de lo que ella misma imaginaba. Mostraba una tierna preocupación por el bienestar de Paul y, con el fin de preparar el traslado a casa de los abuelos, pasaba en Washington Square más tiempo que nunca desde que se casó. Quería que Paul se acostumbrara a su nuevo entorno, para lo cual lo llevaba frecuentemente a ver a su abuela y se ganaba la simpatía del anciano Dagonet por la devoción que mostraba al niño y la ilusión con que participaba en sus juegos.

Undine no estaba representando un papel conscientemente: esta nueva etapa era para ella tan natural como la anterior. La alegría de ver satisfechos sus deseos la llevaba a hacer feliz a cuantos la rodeaban. Si todos accedieran a sus deseos ella nunca se mostraría poco razonable. Prefería mil veces verse rodeada de caras sonrientes, y el miedo que le inspiraban el disgusto y los reproches indicaba hasta dónde estaba dispuesta a llegar para evitarlo.

Sumida en estos pensamientos, uno o dos días antes de embarcar abandonó la casa de Washington Square en compañía de su hijo. Era una tarde de primavera, bien avanzada la estación, y Undine y Paul se habían quedado con el abuelo hasta mucho después de la hora sagrada de su siesta. Al salir a la calle Undine comprobó que el señor Dagonet había soportado estupendamente la prolongada diversión, mientras que el niño se mostraba nervioso y cansado; cogió a Paul en brazos con intención de tomar el primer taxi.

Cuando se incorporaba vio una figura corpulenta que se acercaba desde el otro lado de la plaza y segundos más tarde estaba saludando a Elmer Moffatt. Su aspecto era próspero y saludable, en consonancia con el aire luminoso de aquella época del año, y Undine se fijó en que llevaba un ramillete de violetas en el ojal. Sus ojos pequeños y negros brillaron con agrado al mirarla, y ella se dijo que con los brazos de Paul alrededor del cuello y su carita sofocada contra su mejilla seguramente ofrecía una agradable imagen de madre joven.

— ¿Es éste el heredero? —pregunto Moffatt—. Encantado de conocerlo, señor —añadió, mientras el niño, a instancias de Undine, ofrecía rápidamente una mano pegajosa de golosinas.

—Ha pasado toda la tarde jugando con su abuelo y está muy cansado —explicó Undine. En ese momento de su vida, Paul tenía un encanto muy peculiar, con sus ojos grandes, sus largas pestañas y unos labios arqueados como los de un querubín, y Undine notó que Moffatt no era insensible a la estampa que madre e hijo componían. No le desagradó esta admiración, pues su presencia había dejado de inspirarle rechazo: incluso le habría gustado agradecerle el servicio que le prestó a su marido, pero no sabía cómo aludir a ello sin torpeza. Él parecía igual de complacido por el encuentro, y se miraron casi con intimidad por encima de los alborotados rizos de Paul.

—No cabe duda de que es un niño guapísimo... pero ¿no pesa demasiado para ti? —preguntó, mirando con verdadera amabilidad la cara del niño.

—No vamos lejos. Cogemos un taxi en la esquina.

—Bueno, déjame que lo lleve hasta allí de todos modos —se ofreció él. Undine agradeció verse liberada de la carga, pues no estaba acostumbrada al peso del niño y le desagradaba ver que iba arrastrando la falda por la acera.

—Deja que te coja el caballero, Paul y... Te llevará mejor que mamá —dijo.

La primera reacción de Paul fue de rechazo ante aquel rostro colorado y de ojos intensos, tan distinto del delicado rostro de su padre; pero era un niño obediente y tras un momento de vacilación abrazó con confianza el cuello rojo del caballero.

—Eres un buen chico... Siéntate bien y te daré un paseo a caballo — propuso Moffatt, subiendo al niño a sus hombros.

Paul no estaba acostumbrado a verse encaramado a semejante altura y recibía de buen grado las nuevas sensaciones.

— ¡Ah, me gusta estar aquí arriba... eres más alto que papá! —exclamó; y Moffatt lo abrazó, soltando una carcajada.

—Tiene que ser estupendo volver a casa por la noche para encontrarse con un chico como tú —dijo, dirigiéndose al niño pero mirando a Undine, que también se rio un poco.

—Bueno, ya sabes que los niños son una lata, pero Paul es muy bueno.

—No sé si sabe que últimamente he sido muy amigo de su papá —dijo Moffatt, cuando giraban en la Quinta Avenida.

Undine sonrió: se alegraba de que él le diera pie.

—Lo sabrá en cuanto tenga edad para agradecértelo. Me alegro mucho de que acudieras a Ralph para ese negocio.

—Bueno, yo le eché una mano y él me echó otra a mí. Es curioso cómo son las cosas... Casi me ha puesto en situación de empezar de nuevo.

Sus miradas se cruzaron en un silencio que Undine fue la primera en romper.

—Ha sido muy amable de tu parte hacer lo que has hecho. Este asunto ha supuesto un gran cambio para nosotros.

—Bueno, me alegro de que lo veas así. Yo nunca he pretendido ser otra cosa que «amable», como tú dices. —Se detuvo un momento y acto seguido añadió—: Si no te doy tanto miedo como a tu padre me gustaría pasar a verte de ver, en cuando.

Undine se sonrojó. No había en su tono ni desafío ni exigencia; comprendió que si lo pedía era por el simple placer de estar a su lado, y le agradó la generosidad que denotaba. Sin embargo, tampoco lamentó responder:

—Siempre estaré encantada de verte, desde luego... sólo que estoy a punto de viajar a Europa.

— ¿A Europa? —Moffatt se detuvo tan bruscamente que Paul perdió el equilibrio sobre sus hombros—. ¿A Europa? —repitió—. La otra noche me pareció oírte decir que estarías en la ciudad hasta el mes de julio. ¿No habíais planeado ir a los Adirondack?

Halagada por la evidente decepción de Moffatt, Undine se creció ante su

victoria y respondió despreocupadamente.

—Sí... pero todo eso ha cambiado. Ralph se irá con el niño; yo cojo el barco el sábado para reunirme con unos amigos en París... Después puede que vayamos en coche por Suiza e Italia.

Se rio de pura alegría al poder expresar sus planes con palabras, y Moffatt también se rio, aunque con cierto sarcasmo.

—Comprendo... comprendo; todo ha cambiado, como dices, y ahora tu marido puede pagarte el viaje. Bueno, espero que lo pases en grande.

Sus miradas se cruzaron de nuevo, y algo en la frialdad con que él la observaba impulsó a Undine a decir, en un arrebato de candor.

— ¡Ya sabes que si puedo hacerlo es gracias a ti!

—Bueno, siempre te he dicho que tenía intención de jugar limpio contigo.

Caminaron en silencio, y Moffatt adoptó una vez más su habitual tono jocoso:

— ¿Sabes lo que ha hecho una de las chicas de Apex?

Apex era demasiado lejano para que Undine captara la referencia, y Moffatt siguió diciendo:

—La mujer de Millard Binch... Indiana Frusk. ¿No has leído en los periódicos que Indiana se casa con James J. Rolliver? Dicen que fue muy fácil arreglar cuentas con Millard Binch, ya te lo puedes imaginar; pero a Rolliver le saldrá casi por un millón deshacerse de su mujer y de los niños. El caso es que Indiana está encantada; siempre fue una chica lista. Aunque no tanto tonto tú.

—Ah... —balbució Undine, riéndose, asombrada y alterada por la noticia. ¡Indiana y Rolliver! Eso demostraba lo fácil que era. ¡Si su padre hubiera querido escucharla! Si una chica como Indiana era capaz de conseguir lo que quería con tanta facilidad, ¿qué no podría haber logrado ella? Sabía que Moffatt estaba en lo cierto al decir que Indiana jamás estuvo a su altura... Se preguntó cómo recibiría la noticia Van Degen...

Hizo una señal a un taxi y se acercaron hacia el coche sin hablar. Undine recordaba perfectamente que Indiana tenía un hombro más alto que el otro y que según la gente de Apex había tenido mucha suerte de cazar a Millard Binch, el empleado de la droguería, cuando Undine lo dejó tras un largo compromiso. ¡Y ahora Indiana Frusk iba a convertirse en la señora de James R. Rolliver!

Undine entró en el coche y se inclinó para coger a Paul.

Moffatt soltó al niño con exagerada precaución al tiempo que decía: «Espera, espera», haciendo reír al pequeño. Luego se inclinó y le besó en los labios antes de devolvérselo a su madre.

Capítulo XIX

«COMPAÑÍA DEL DIAMANTE PARISINA - Filial angloamericana».

Una lluviosa tarde en París, Charles Bowen, desde un rincón del gran restaurante Nouveau Luxe, intentaba reflejar sus impresiones sobre cuanto veía en una carta dirigida a su vieja amiga, la señora de Henley Fairford.

Los largos años de comunión tácita con esta dama —en modo alguno condicionados por las breves y esporádicas cartas que en ocasiones intercambiaban— hacían que sus observaciones en la distancia se formularan del mismo modo cuando la terna era de los que exigían de ella una respuesta rápida. ¿Y quién sino la señora Fairford podía apreciar exactamente igual que Bowen la fantástica improbabilidad, las sucesivas capas de insustancialidad sobre las que descansaba el espectáculo aparentemente sólido que en ese momento se desplegaba ante sus ojos?

El comedor del Nouveau Luxe se encontraba a rebosar y, al haberse clausurado la terraza por el mal tiempo, de hecho se desbordaba hasta el extremo opuesto del largo salón, de tal manera que lo que Bowen veía desde su rincón era una interminable perspectiva de cabezas tocadas con plumas y joyas, de hombros desnudos o cubiertos de negro en torno a las mesas abarrotadas. Había llegado media hora antes de lo acordado con su invitado y podía entregarse sin reservas al disfrute de la escena que una vez más se desarrollaba ante él. Nunca, en sus cuarenta años de constante ejercicio de la percepción, había visto nada que despertara una palpitación tan especial como la que causaba el Nouveau Luxe a la hora de cenar; era como si tocara con la mano esa pasión que la naturaleza humana siente por lo artificial, el hábito incorregible de imitar la imitación.

Mientras observaba las caras familiares, arrastradas como una ola por la crecida de la marea —pues uno de los encantos de la escena radicaba en la invariabilidad del conjunto, por más que cambiara el elemento individual—, Bowen celebró con renovado aprecio esta lujosa expresión del ideal social. El comedor del Nouveau Luxe representaba en una noche de primavera todo cuanto un poder material sin restricciones había diseñado para el espejismo de su ocio: una «sociedad» fantasma, con las normas, las sonrisas y los gestos propios de su modelo, pese a lo cual evocaba incoherencia y promiscuidad,

mientras que aquél era el resultado de la continuidad y la elección. Y ese instinto que impulsaba a una nueva clase de dirigentes a convertirse en esclavos del sucedáneo y a abrazar con prontitud y reverencia la fe en la parodia que ellos mismos habían creado, le parecía a Bowen la prueba más convincente de la permanencia humana.

Con esta idea en mente levantó la vista para saludar a su invitado. El conde Raymond de Chelles, alto, delgado y de sonrisa grave, que se acercaba deteniéndose frecuentemente a saludar en las concurridas mesas, y que al sentarse y volver hacia la escena sus agradables ojos, dijo:

—Il n'y a pas à dire, mi querido Bowen, lo encantador, agradable y original que resulta... ¡Tenemos una deuda de gratitud con América por haber inventado esto!

Bowen sintió un último toque de satisfacción: las palabras de Chelles eran el broche perfecto para sus pensamientos.

—Mi querido amigo, la culpa es tuya y de los tuyos. Esto es el resultado directo del feudalismo, como todas las grandes convulsiones sociales. Raymond de Chelles se acarició el atractivo bigote castaño.

—En realidad debería haber dicho que lo agradable es el contraste. Resulta muy refrescante en comparación con nuestras instituciones, que, no cabe duda, son al mismo tiempo los cimientos imprescindibles de la sociedad. Pero igualmente uno puede sentir una admiración infinita por la mujer con la que se ha casado, y alguna vez... —hizo un gesto con la mano abarcando el espectáculo—. Esta es la diversión acorde con el orden social; la diversión autorizada y creada por los de tu raza: una especie de bohemia superior que le permite a uno ser respetable sin aburrirse.

Bowen se echó a reír.

—Lo has expresado en dos palabras: el ideal de la mujer americana es ser respetable sin aburrirse; y en ese sentido el mundo que han inventado es más original de lo que yo reconozco.

Chelles desplegó su servilleta con aire pensativo.

—Mi impresión es por supuesto superficial... ¡con respecto a lo que hay debajo...! —Echó un vistazo a la sala—. Creo que si me casara no me importaría que mi mujer viniese a menudo por aquí.

Bowen volvió a reír.

— ¡Estaría tan segura como en un banco! ¡Aquí nunca pasa nada! Nada de lo que pasa es real.

—Ah, quant à cela... —murmuró el francés, clavando el tenedor en su

melón.

Bowen lo miró con aire divertido... ¡era una excelente nota a pie de página! Se habían conocido accidentalmente años antes en el curso de un viaje por el Nilo, y siempre se alegraban de verse cuando Bowen volvía a París. Raymond de Chelles, que procedía de una familia de moderada fortuna, pasaba la mayor parte del año en las fincas que su padre tenía en la Borgoña, pero en primavera siempre volvía al entresol del viejo hotel de su padre, el marqués, para dedicar dos meses al estudio de la naturaleza humana, aplicándose a su objetivo con discernimiento en el gusto y ese efímero ardor del que brota la flor más exquisita del placer. Bowen lo apreciaba como compañero y lo admiraba como atractivo ejemplar de los franceses de su clase, que encarnaba en su figura enjuta, fatigada y elegante esa feliz combinación de inteligencia y sencillez cuyo secreto nadie más había descubierto. Si Raymond de Chelles hubiera sido inglés, no sería más que un simple cazador de zorros, con apetitos pero sin gustos; su barro galo, más ligero, el gusto nacional y la pasión heredada por el deporte y la agricultura se mezclaban sin embargo con un ánimo proclive a sensaciones más refinadas y una conciencia del flujo de las ideas bajo la cual se percibía la solidez de dos o tres conceptos heredados —religiosos, políticos y familiares— en absoluta contradicción con su actitud superficial. Todo en su apariencia física —desde la distinguida inclinación de su nariz hasta la frente estrecha bajo un pelo que empezaba a escasear— proclamaba la supremacía definitiva de estos valores ancestrales; era de los hombres que inevitablemente se «transformaban» al casarse. Entre tanto, sin embargo, participaba superficialmente en el juego de la vida y absorbía el fantástico espectáculo del Nouveau Luxe; y ver estos gestos reflejados en una conciencia de tradición latina proporcionaba a Bowen un infinito placer.

Le llamó la atención el tono que detectó en las últimas palabras de su invitado.

— ¿Es la dama a la que aludes algo más que una hipótesis? ¿No estarás pensando en casarte?

Chelles levantó las cejas con gesto irónico.

— ¿Cómo es posible no pensarlo en mi situación? En casa no se habla de otra cosa... y uno sabe que ese día tiene que llegar inevitablemente. —Su mirada, que seguía recorriendo la sala, se detuvo de pronto, como si despertara—. ¿Quién es esa dama... la de pelo claro, vestida de blanco... la que acaba de entrar con el hombre de la cara colorada? Al parecer están con un grupo de compatriotas tuyos.

Bowen miró hacia una mesa cercana donde, en ese momento, Undine Marvell se sentaba al lado Peter Van Degen, en compañía de los Shallum, la

hermosa señora Beringer y otra docena de personajes de Nueva York.

Estaba situada de tal modo que al sentarse reconoció a Bowen y le sonrió por encima de las mesas. Vestía con mayor sencillez de lo acostumbrado, y las luces rosadas templaban sus mejillas y producían destellos en su pelo, confiriendo a su rostro una frescura de rocío desconocida para Bowen. Él siempre había considerado su belleza demasiado evidente, demasiado bañada por el intenso brillo público del aire americano, pero esa noche Undine parecía rozada por las alas de la poesía, cuya sombra se entretenía en sus ojos.

Era obvio que Chelles había tenido la misma impresión, a juzgar por como la miraba.

—A veces nos sentimos tentados de negar a tus compatriotas una belleza real... a acusarlos de que producen un efecto de belleza sin poseer sus cualidades; pero en este caso... ¿dices que la conoces?

—Sí; es la mujer de un viejo amigo.

— ¿La mujer? ¿Está casada? ¡Es de lo más desconcertante! Vuestras jóvenes a veces parecen tan experimentadas, y vuestras mujeres casadas tan... solteras.

—Bueno, eso es normal... ¡en estos tiempos de divorcio!

Chelles se interesó rápidamente.

— ¿Tu amiga está divorciada?

—No, no; ¡Dios no lo quiera! La señora Marvell no lleva mucho tiempo casada; y fue una unión por amor, de las buenas.

—Ah... ¿y el marido? ¿Cuál es?

—No está aquí... Está en Nueva York.

— ¿Trabajando febrilmente para aumentar su ya gigantesca fortuna?

—No; no es precisamente gigantesca. Los Marvell no tienen dinero —dijo Bowen, divertido por las preguntas de su amigo.

— ¿Y él permite a una criatura tan exquisita venir sola a París... y en compañía de ese hombre que parece tan consciente de su ventaja?

—Nosotros no «permitimos» a nuestras mujeres que hagan esto o lo otro; creo que no damos mucho valor a la virtud obligatoria.

Chelles acogió el comentario con diversión.

—Si de verdad sois tan desapegados, ¿cómo sobrevive entre vosotros la obsoleta institución del matrimonio?

—Bueno, todavía tiene su utilidad. Sin matrimonio no podría haber divorcio.

Chelles volvió a reírse, pero su mirada seguía pendiente del mismo punto, Y Bowen notó que no pasaba inadvertida al objeto de la contemplación. El grupo de Undine era uno de los más animados del local: la risa americana ahogaba la suavidad de la orquesta y la estética americana se alzaba sobre la apariencia menos llamativa de otras mesas. En el momento de llegar, Undine parecía compartir el estado de ánimo de sus compañeros, pero Bowen notó que al saberse observada por su invitado se aislaba en una especie de suave abstracción, y admiró la capacidad de adaptación que le permitía adoptar ese aire de reserva tan atractivo y tan distinto del entorno.

Se habían saludado con todos los signos externos de la cordialidad, pero Bowen imaginó que a Undine no le agradaría que se acercara a su mesa. Era evidente que estaba cenando con Van Degen, y la proximidad de Van Degen sería lo último que Undine desearía que llegase a oídos de sus censores de Washington Square. Por eso sorprendió a Bowen que, cuando se levantó para salir del restaurante, Peter lo saludara.

— ¡Hola... espera! ¿Cuándo has llegado? La señora Marvell se muere por conocer las últimas noticias de casa.

La sonrisa de Undine confirmó la petición. Quería saber cuándo había salido Bowen de Nueva York y le pidió que le contara cuándo vio a su hijo por última vez, cómo estaba y si Ralph se había dejado convencer para ir los sábados con Clare a dar un paseo a caballo y jugar al tenis. Y la querida Laura... ¿se encontraba bien? ¿Y Paul estaba con ella o seguía con su abuela? Eran todos pésimos corresponsales, y a ella le pasaba lo mismo —así lo reconoció entre risas—, y la última vez que tuvo carta de Ralph todo esto aún estaba por decidir.

Mientras le sonreía, Bowen advirtió que su mirada se desviaba hacia el punto donde Chelles lo estaba esperando y, cuando los comensales se levantaron para tomar el café en el jardín, Undine le pidió con voz dulce y una sonrisa irresistible:

—Ven con nosotros... No he hecho más que empezar.

Van Degen se sumó a la invitación, y Bowen, divertido por las artes de Undine, les presentó a su amigo, con quien se unió al grupo en tránsito hacia la terraza.

Había dejado de llover, y el jardín del restaurante se abría bajo el cielo claro de la noche hacía unas profundidades de verdor que ocultaban hábilmente las reducidas dimensiones del espacio. La presencia de Van Degen bastaba para abarcar dos mesas enteras de la terraza, y Bowen reparó en la

destreza con que Undine, dejándolo al cuidado de la señora Shallum, se las ingenió para llevar a Raymond de Chelles a la otra mesa. Aún más notable fue el efecto de esta estratagema en Van Degen al verse relegado al grupo de la señora Shallum. El pobre Peter delató su irritación tomándola con el ajetreado camarero, y hallando motivos de queja en lo frío que estaba el café y la mala calidad de los cigarrillos; y, con algo más que la simple curiosidad del espectador, Bowen se preguntó si de verdad sería ésa una respuesta a la conducta de Undine. Bowen siempre había sonreído cuando Laura Fairford comentaba sus temores sobre la paz doméstica en casa de Ralph. Consideraba a Undine demasiado lúcida para echar a perder las ventajas que le reportaba su matrimonio, pero en ese momento le pareció que acaso entreveía oportunidades mejores. Nada más pensarlo sintió la punzada del sociólogo ante la confusión individual que producen los estragos de cualquier reajuste social: era evidente para Bowen, desde hacía mucho tiempo, que el pobre Ralph era un superviviente, destinado como tal a hundirse en cualquier conflicto con las fuerzas en ascenso.

Capítulo XX

Unas seis semanas más tarde, Undine Marvell sonreía junto a la ventana a su recuperado París.

En la salita de su suite, las flores, los almohadones y una lámpara de luz tenue creaban como siempre una engañosa sensación de equilibrio; y lo cierto es que en las últimas semanas había sentido de verdad que la vida que llevaba en París tenía que durar... ¡Parecía la respuesta perfecta a todos sus deseos!

Mientras contemplaba la populosa calle, sobre la cual la luz del verano derramaba un rubor de placer, se sintió en armonía natural con el esplendor y la despreocupada libertad de la escena. Había pasado dos días fuera de París, y el espectáculo que se ofrecía a sus ojos le parecía más rico y sugerente tras esta breve ausencia. Sus sentidos se deleitaban en todos los detalles materiales: el zumbido de los motores, el brillo de las tiendas, los novedosos y atrevidos vestidos de las mujeres, los montones de colores en los carros de los vendedores ambulantes de flores, la apetitosa variedad de los escaparates de las fruterías, y aun los efectos cromáticos de los petits fours tras las vitrinas de las pastelerías: toda la superficie centelleante y variada de las inagotables calles de París.

Esa escena tipificaba para Undine el verdadero disfrute de la vida, y por primera vez podía experimentarlo. ¡Qué precario y pobre se le aparecía el pasado en comparación con la abundancia del presente! Ante sus ojos el ruido,

la multitud, la promiscuidad simbolizaban el brillo y el movimiento de su propia vida. Cada instante de sus días recientes estaba lleno de risas y emociones. Todo lo encontraba divertido: las largas horas de regateo y discusión con modistos y joyeros, los almuerzos en los abarrotados restaurantes de moda, la visita rápida y superficial a una exposición de arte o la más prolongada a la última sombrerería del momento; la escapada en coche a algún barrio arbolado por las tardes para degustar precipitadamente el té, la música y la puesta de sol en una concurrida terraza sobre el Sena; el regreso apresurado al hotel a través del Bois para vestirse antes de la cena, y otra vez vuelta a empezar la ronda de diversiones vespertinas; la comida en el Nouveau Luxe o en el Café de Paris, el pequeño espectáculo en el Capucines o el Varietés, seguido, porque la noche era «deliciosa» y sería imperdonable desperdiciarla, de otra rápida escapada al Bois para cenar en alguno de sus restaurantes iluminados con farolillos o, si el tiempo lo permitía, de una tumultuosa excursión a media noche hacia esos barrios que las «damas» no debían frecuentar, para experimentar la emoción de ser tomada ocasionalmente por todo lo contrario.

Mientras esta pintoresca visión se desplegaba ante sus ojos, Undine la contrastaba con la monotonía de sus veranos anteriores. El que más lamentaba era el primero después de casarse, ese verano en Europa cuyos placeres le fueron escamoteados por su propia ignorancia y por la perversidad de Ralph. Entonces eran libres, entonces no tenían un hijo que obstaculizara sus movimientos, sus apuros económicos apenas habían empezado, el rostro de la vida era fresco y radiante, y ella había tenido que desperdiciar aquellas oportunidades en una sucesión de malolientes ciudades italianas. Ésta seguía siendo su principal queja contra Ralph; y ahora que después de cuatro años de mezquinas preocupaciones domésticas al fin se le presentaba una oportunidad de escapar, él ya le estaba pidiendo que volviera a sus ataduras.

La causa de este arrebató retrospectivo eran las dos cartas recibidas esa misma mañana. Una era de Ralph, que empezaba recordándole, que llevaba semanas sin tener noticias de ella, y a continuación, en ese tono de buen humor al que siempre recurría para hacerle algún reproche, le señalaba que el gasto de su carta de crédito era continuo y muy elevado. Decía Ralph: «Yo quería que lo pasaras lo mejor posible con el dinero que gané en primavera, pero no me imaginaba que fueras a gastarlo tan deprisa. Intenta volver a casa sin dejar demasiadas facturas pendientes. Tu enfermedad y la de Paul costaron más de lo esperado, y Lipscomb ha sufrido un revés en Wall Street y aún no ha pagado la primera quincena...».

¡Siempre la misma cantinela! ¿Acaso tenía ella la culpa de su enfermedad y la del niño? ¿O de la mala suerte de Harry Lipscomb en Wall Street? Ralph parecía obsesionado por el dinero: era evidente que el trabajo lo estaba

deteriorando. Y, en vista de que tampoco tenía éxito, ¿por qué no volvía a la literatura e intentaba escribir su novela? El invierno anterior la habían sorprendido las cifras que según el editor de una famosa revista al que conoció en una cena podía alcanzar un novelista de éxito. Cayó por primera vez en la cuenta de que la literatura empezaba a ponerse de moda, y al instante le pareció muy divertido y original que ambos pudieran agradecer su prosperidad al talento de Ralph. Enseguida se vio convertida en la mujer de un autor célebre, vestida con trajes «artísticos», decorando la salita de estar con tapices góticos, luces tenues y altos candelabros con velas. Pero, cuando le propuso a Ralph que retomara la escritura de su novela, éste respondió con una risotada que había vendido el cerebro a su empresa y cuando volvía a casa por la noche el depósito estaba vacío... ¡Y ahora le pedía que volviera a casa en el plazo de una semana!

La otra carta le causó mayor resentimiento. Laura Fairford la instaba a volver a casa para cuidar de Ralph. Estaba sobrecargado de trabajo y desanimado, y su madre y su hermana, por más que les desagradara intervenir, se sentían en la obligación de pedirle que volviese con él de inmediato. A continuación se reseñaban los detalles, antipáticos y oficiosos. ¿Qué derecho tenía Laura Fairford de recordarle sus obligaciones conyugales? Sin duda Charles Bowen había enviado un detallado informe desde París... y no dejaba de parecerle irónico que su cuñada le reprochara su conducta a partir de una información obtenida de tal fuente.

Se apartó de la ventana y se dejó caer en el mullido sofá. Sentía ese agradable cansancio que produce un viaje al campo, donde había pasado una noche en compañía de la señora Shallum y de Raymond de Chelles, en el antiguo château del marqués. Cuando sus compañeros de viaje la dejaron en la puerta del hotel, una hora antes, se comprometió a medias para comer con ellos en el Bois: de ahí que al hundirse en el sofá sus desagradables pensamientos quedaran desterrados por la urgente necesidad de decidir qué vestido ponerse.

Esas radiantes semanas de primavera en París le habían deparado una primera noción de lo que realmente significaba el arte de vivir. Todo, desde los expertos que le enseñaron a suavizar las curvas de su cuerpo y a dulcificar su mirada intensa y libre con unos trazos de lápiz, hasta los hábiles proveedores de innumerables formas de placer —los teatros y los restaurantes, los barrios arbolados y repletos de flores, el cambiante esplendor de las noches y los días—, cada visión, cada sonido y cada palabra se habían combinado para deleitar su percepción y refinar sus gustos. Y su creciente amistad con Raymond de Chelles era la más poderosa de estas influencias.

Chelles, que quedó «prendado» de inmediato, no sólo compartía con entusiasmo los caóticos desplazamientos del grupo, sino que le había

descubierto una existencia aún más brillante que la vida en el inaccesible Faubourg, de cuyos seductores indicios Undine acababa de tomar conciencia. Hasta entonces había supuesto que París existía sólo para los extranjeros, que la vida de los parisinos se desarrollaba en los oscuros cimientos que soportaban la espléndida estructura de hoteles y restaurantes donde se divertían sus compatriotas. Recientemente, sin embargo, supo de otras mujeres americanas, de las que se casaban con miembros de la aristocracia francesa, en cuyas residencias de altos muros y alejadas del Sena llevaban una existencia que Undine hasta entonces había imaginado aburrida y deprimente, cuando en realidad se trataba de una vida en comparación con la cual la suya parecía tan poco distinguida como la que vivió en la Casa Mealey. Lo que más le molestó fue descubrir en este grupo impenetrable a la señorita Wincher, la que envenenó su lejano verano en Potash Springs. Reconocer a su vieja rival en la marquesa de Trézac, que aparecía frecuentemente en la crónica parisina, resultaba de lo más irritante para Undine, quien a la luz de sus experiencias sociales había llegado a considerar a Nettie Wincher una chica sin estilo que jamás «llamaría la atención» en Nueva York.

Una vez más todos los valores aceptados se invertían, y resultó que la señorita Wincher poseía la llave de un éxito que Undine ni siquiera había llegado a rozar con la mano. Saber que otros eran indiferentes a lo que a ella le parecía importante degradó por completo todo el placer presente, y toda la fuerza de sus deseos giró en una nueva dirección. Lo que quería por el momento era quedarse en París, prolongar su flirteo con Chelles, aprovecharlo para distanciarse de sus compatriotas y cruzar así esas puertas que para ellos estaban cerradas. Se sentía muy atraída por Chelles: lo encontraba tan «dulce» como a Ralph en otro tiempo, pues sus manías y su refinamiento se mezclaban, en el caso del francés, con una extraña y deliciosa vivacidad. El principal valor de Chelles residía, sin embargo, en su capacidad para despertar los celos de Van Degen. Undine conocía las costumbres francesas lo suficiente para saber que una devoción como la que Chelles le profesaba no tendría probablemente grandes consecuencias prácticas en su futuro; Peter, por el contrario, mostraba alarmantes indicios de dejarse llevar por la seguridad, y Undine utilizaba las atenciones del marqués para espolear su pasión.

Se había marcado el objetivo de que Van Degen manifestara sus intenciones definitivamente. El caso de Indiana Frusk, de cuyo magnífico matrimonio se hizo eco la prensa de dos continentes con una riqueza de detalles desconocida hasta la fecha, causó en Van Degen menos impresión de lo que Undine esperaba. Lo trató como un episodio cómico, sin especial relación con su propio caso, y cuando ella se refirió a la carísima batalla por la libertad librada por Rolliver como ejemplo de la fuerza del amor sobre las naturalezas más invulnerables, Peter respondió con indiferencia:

—Bueno, creo que su primera mujer fue una lavandera.

Pero a su alrededor los matrimonios se separaban y volvían a emparejarse con una facilidad y una rapidez que animaban a Undine a tomarse su tiempo. La cuestión era conseguir que Van Degen la deseara lo suficiente, no obligarlo a retirarse del juego antes de que la deseara tanto como ella se proponía. Y eso era precisamente lo que ocurriría si tuviera que abandonar París en ese momento. La situación ya le había demostrado que había hecho muy bien en salir de su país: la atención que Undine concitaba en París había reavivado las fantasías de Van Degen, y el poder que ejercía ahora sobre él era mayor que cuando se separaron en América. El paso siguiente exigía frialdad y cautela, y Undine no podía echar por la borda lo conseguido en ese preciso momento, cuando él estaba más seguro de ella que ella de él.

Seguía considerando atentamente estas cuestiones cuando la puerta se abrió y entró Van Degen.

Undine lo miró frunciendo el ceño, y él se puso a reír sardónicamente.

— ¿Acaso no he llamado? ¡No te asustes tanto! Me dijeron que habías vuelto, y he subido sin pensarlo.

Había engordado y enrojecido desde que se conocieron, cinco años antes, pero sus rasgos no habían madurado. Seguía teniendo la misma cara de niño gamberro y codicioso, con un gran apetito de satisfacciones primitivas y una obstinada fe en su derecho intrínseco a disfrutar de ellas. Halagaba enormemente la vanidad de Undine ver cómo pasaba de la exigencia a la conciliación y de la conciliación a la súplica del animal que recibe un trato caprichoso.

— ¡Qué hora tan ridícula para venir de visita! —exclamó Undine, ignorando su excusa.

—Bueno, como desapareces así, sin decir palabra...

—Le pedí a mi doncella que te llamara por teléfono para decirte que estaría fuera.

— ¿No encontraste un momento para llamar tú misma?

—Salimos precipitadamente; casi no llego a tiempo a la estación.

— ¿Puedo saber a dónde fuisteis tan precipitadamente? —preguntó Van Degen, todavía sumiso.

—Ah, ¿no te lo dije? He estado en el château de Chelles en la Borgoña. — Se le iluminó la cara y se incorporó con entusiasmo sobre un codo—. Es la mansión más maravillosa que hayas visto en tu vida: un castillo de verdad, con torreones, todo rodeado de agua, con una especie de puente muy raro que

suben y bajan. Chelles quería enseñarme cómo viven allí. Lo he visto todo: los tapices que Luis XV regaló a la familia, los retratos de los antepasados, la capilla donde dice misa su propio sacerdote y el estrado donde sientan, todo lleno de coronas. El sacerdote era un viejecito adorable: dijo que daría cualquier cosa por convertirme. Sabes, creo que la religión católica tiene algo muy hermoso. Incluso me pareció que habría sido más feliz si hubiera tenido una influencia religiosa en mi vida.

Suspiró levemente y volvió la cabeza. Le satisfacía enormemente haber aprendido a dar en la diana con Van Degen. En ese momento decisivo era imprescindible hacerle ver que en el mundo había mujeres capaces de arreglárselas sin él.

Van Degen seguía mirándola con aire sombrío.

— ¿Estaba su familia? No me habías dicho que conocieras a su madre.

—No la conozco. No estaban. Pero no importó nada, porque Raymond contrató a un cocinero del Luxe.

— ¡Ay, Dios! —gimió Van Degen—. ¿Y el cocinero hizo las veces de carabina?

Undine se echó a reír.

— ¡Hablas igual que Ralph! Bertha vino conmigo.

— ¡Bertha! —exclamó Van Degen, con un tono de desprecio que la sorprendió. Ella suponía que la presencia de la señora Shallum garantizaba la corrección de la visita—. ¿Fuiste sin conocer a sus padres y sin que ellos te invitaran? ¿Tú sabes lo que eso significa aquí? Chelles lo ha hecho para alardear en su club. Quiere comprometerte... ¡eso es!

— ¿Tú crees? —Una leve sonrisa cruzó los labios de Undine—. Soy muy poco convencional; cuando me gusta un hombre no me detengo a pensar en esas cosas. Aunque desde luego que debería hacerlo. Tienes mucha razón. —Miró a Van Degen con aire pensativo—: Al menos no es un hombre casado.

Van Degen se incorporó y se plantó frente a ella con gesto acusador; la sangre se concentró en su cuello y sus orejas mientras Undine hablaba.

— ¿Y eso qué importa?

—Importa mucho. Ya sé que debo andarme con mucho cuidado contigo.

— ¿Conmigo? —La respuesta lo dejó desconcertado; luego se echó a reír. Le encantaba la agudeza de Undine; era exactamente igual que la suya—. Bueno, eso es distinto; sabes que siempre cuido de ti.

— ¿Con tu reputación? ¡Muchas gracias!

Van Degen sonrió. Undine sabía que a él le gustaban esa clase de alusiones y le complació ver que se sentía comprometido.

—Pero si valgo tanto como el oro. ¡Me has convertido en un hombre nuevo!

— ¿Yo? —Lo miró un momento en silencio—. Pues a mí me gustaría saber qué has hecho tú conmigo, aparte de convertirme en una mujer descontenta... descontenta con todo lo que tenía antes de conocerte.

Este cambio de tono avivó el interés de Van Degen. Se olvidó de las burlas de Undine, se olvidó de su rival y se sentó junto a ella, casi apoderándose de su cintura.

—Dime una cosa —preguntó—, ¿dónde cenaremos esta noche?

Su proximidad física no agradaba a Undine, aunque sí la libertad con que despreciaba los preliminares verbales. Siempre le pareció un poco aburrida la delicadeza y la reserva de Ralph, ese deseo suyo de que la sintonía entre ambos fuera perfecta, mientras que en Van Degen encontraba parte de la autoridad que en otro tiempo tanto la atrajo hacia Elmer Moffatt. Sin embargo, se apartó.

— ¿Esta noche? No puedo... Tengo un compromiso.

—Eso ya lo sé: ¡tienes un compromiso conmigo! El domingo pasado prometiste que esta noche cenarías conmigo fuera de la ciudad.

— ¿Cómo quieres que me acuerde de lo que prometí el domingo pasado? Además, después de lo que has dicho creo que no debo hacerlo.

— ¿Qué es lo que he dicho?

—Pues que soy imprudente; que la gente habla...

Van Degen se puso en pie, con una risotada.

—Supongo que vas a cenar con Chelles. ¿Es eso?

— ¿Es así como interrogas a Clare?

—A mí me importa un rábano lo que haga Clare... Nunca me ha importado.

—Supongo que en cierto modo a ella le vendrá muy bien.

—Me alegro de que pienses eso. ¿Vas a cenar con él?

Undine se puso a dar vueltas a su alianza conyugal, muy despacio.

— ¡Sabes que no estoy casada contigo... todavía!

Van Degen deambuló por la habitación; luego volvió a su lado y se plantó

con gesto airado.

— ¿Es que no te das cuenta de que te está tomando el pelo?

Ella lo miró con gesto divertido.

— ¿Ya ti te parece que es fácil hacerme eso a mí?

Las orejas de Peter se habían vuelto de un rojo intenso.

—A veces me parece que esos malditos maestros del baile lo tienen más fácil que nosotros.

Undine seguía sonriendo, pero de pronto adoptó un gesto grave.

— ¿Qué más da lo que haga o deje de hacer, cuando Ralph me ha ordenado que vuelva a casa la semana que viene?

— ¿Te ha ordenado que vuelvas a casa? —La expresión de Peter había cambiado—. Pero tú no irás, ¿verdad que no?

— ¿De qué sirve decir eso? —Undine rio con desencanto—. Estoy casada con un hombre pobre y no puedo hacer lo que hacen mis amigos. Ralph quiere que vuelva no porque me quiera... ¡lo hace simplemente porque no soporta que esté aquí!

La alteración de Van Degen crecía por momentos.

— ¡Pero no debes ir...! ¡Es absurdo! ¿Por qué debe sacrificarse una mujer como tú, cuando un montón de adefesios tienen todo lo que quieren? ¡Además, no puedes plantarme así! ¡Vamos a ir a Aix todos juntos la semana que viene, y quizás llegar hasta Italia...

—Ah, Italia... —murmuró ella con una nota de nostalgia.

Peter se había acercado y le había cogido las manos.

— ¿Verdad que eso te encantaría? Al menos hasta Venecia; y en agosto está Trouville... ¿nunca has estado en Trouville? Está lleno de gente divertida... Ir en coche por Normandía es estupendo. Y si te apetece alquilaré una villa allí en lugar de volver a Newport. Y pondré a punto el Sorceress para que puedas dar fiestas y navegar a donde quieras, a Escocia o a Noruega... — Estaba casi encima de ella—. ¡No cenes esta noche con Chelles! Ven conmigo y hablemos de todo eso; y la semana que viene iremos a Trouville a elegir una villa.

El corazón de Undine latía con fuerza, aunque sentía una lúcida resistencia. Fue esta sensación de seguridad la que le impidió apartar sus manos de Peter. Así debió de sentirse seguramente el señor Spragg en los momentos de mayor tensión del Movimiento por el Agua Pura. Se inclinó hacia delante y se zafó de su pretendiente empujando con las palmas de las manos.

—Dame un beso de despedida, Peter; el miércoles cogeré el barco —dijo.

Era la primera vez que le permitía un beso, y al ver que su rostro se acercaba tuvo un instante de vacilación. Pero sus reacciones físicas nunca eran intensas: nunca entendió que la gente «armara tanto escándalo», que respondiera con tanta violencia a favor o en contra de ese tipo de manifestaciones. Parecía albergar en su interior un espíritu lozano que vigilaba y regulaba sus sensaciones, al tiempo que le permitía medirla intensidad de las que ella suscitaba.

Se volvió para mirar el reloj.

—Ahora tienes que irte... Llegaré tarde a cenar.

— ¿Te vas... después de esto? —La sujetó con fuerza—. Bésame otra vez.

Era maravilloso lo lozana que se sentía... ¡la facilidad con que lograba librarse de él! Cuando un hombre estaba enamorado de verdad, podías manejarlo como a un niño.

—No seas payaso, Peter; ¿crees que te habría besado si...?

— ¿Si qué... qué... qué? —repitió él, estático sin escucharla.

Undine sabía que para captar la atención de Peter debía poner más distancia entre ambos; se levantó y dio una vuelta por la habitación. Se detuvo junto a la chimenea y dijo:

—Si no estuviéramos despidiéndonos.

— ¿Despedirnos... ahora? ¿A qué viene hablar así? —Se puso en pie de un salto y la siguió—. Escucha, Undine... haré todo lo que tú quieras; ¡no hables de marcharte! Si te quedas lo arreglaré todo enseguida y a tu gusto. Conseguiré que Bertha Shallum se quede contigo todo el verano; alquilaré una casa en Trouville y haré que vaya mi mujer. ¡Irá si tú lo dices! ¡Sé un poco buena conmigo!

Undine seguía delante de él sin decir nada, consciente de que su ceño implacable y sus labios apretados no le permitirían acercarse mientras ella no quisiera.

— ¿Qué pasa, Undine? ¿Por qué no respondes? ¡Sabes que no puedes marcharte así!

Ella se acercó impetuosamente y lo miró con indignación.

— ¡Y tampoco puedo seguir llevando esta vida! Es odiosa... Es tan odiosa como la otra. Si no vuelvo a casa debo buscar algo distinto.

— ¿A qué te refieres con «algo distinto»? —Undine guardó silencio y Peter insistió—: ¿De verdad estás pensando en casarte con Chelles?

Undine se sobresaltó como si él acabara de descubrir un secreto.

—Si se te ocurre decir algo no te lo perdonaré nunca...

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! —gimió Peter.

Ella seguía inmóvil, los párpados caídos. Y él se acercó y la sujetó para que lo mirase.

—Piénsalo bien, Undine... ¿Crees que él se casará contigo?

Undine lo retiró con ojos repentinamente endurecidos.

—No puedo hablar de eso contigo.

— ¡Por el amor de Dios no me hables en ese tono! Casi no sé lo que me digo... No vuelvas a equivocarte por segunda vez. Haré lo que tú quieras... ¡Te lo juro!

Un golpe en la puerta les obligó a separarse, y un botones entró con un telegrama.

Undine fue hasta la ventana con el pequeño sobre azul. Se alegró de esta interrupción: la sensación de lo que estaba en juego la obligó a detenerse un momento y tomar aire.

El telegrama era un largo mensaje firmado por Laura Fairford. Le comunicaba que Ralph había contraído una neumonía, que su estado era grave y que los médicos aconsejaban el regreso inmediato de su mujer.

Hasta tres veces tuvo que leer Undine el telegrama para que las palabras hallaran cabida en su mente abarrotada; y aun después necesitó más tiempo para comprobar qué efecto tenían en su actual situación. Si la noticia tuviera relación con su hijo, su cerebro habría reaccionado más deprisa. En ningún momento le preocupó la posibilidad de que Paul pudiera enfermar en su ausencia, pero siempre había sabido que si algo le pasara al niño correría a coger el primer barco. El caso de Ralph era distinto. Ralph siempre gozaba de una salud perfecta; era incapaz de imaginarlo de pronto a las puertas de la muerte y necesitado de ella. Seguramente su madre y su hermana se habían dejado llevar por el pánico; siempre eran presa de terrores sentimentales. Un segundo más tarde tuvo una sospecha que la llenó de rabia: ¿y si el telegrama fuese un ardid de las Marvell para obligarla a regresar? ¿Lo habrían enviado con la connivencia de Ralph? Sin duda Bowen había escrito sobre ella: ¡en Washington Square se habría recibido un monstruoso informe de sus andanzas! Sí, el telegrama era sin duda un eco de la carta de Laura; madre e hija se aliaban para arruinarle su diversión.

Una vez se le ocurrió la idea, ésta arraigó y empezó a desarrollar unas ramas gigantescas.

Van Degen la siguió hasta la ventana, aún acalorado y sin dejar de pensar.

— ¿Qué pasa? —preguntó, mientras ella seguía observando el telegrama en silencio.

Undine estrujó el papel azul hasta hacerlo una bola. ¡Si al menos estuviera sola podría pensar en la respuesta!

— ¿Qué narices pasa? —repitió Peter.

—Nada... nada...

— ¿Nada? ¿Y te has puesto blanca como un papel?

— ¿Me he puesto blanca? —Intentó reír—. Es sólo un cable de casa.

— ¿De Ralph?

Undine vaciló.

—No; de Laura.

— ¿Y qué narices te comunica?

—Dice que Ralph quiere que vuelva.

—Ahora... ¿inmediatamente?

—Inmediatamente.

Van Degen empezó a reírse, con impaciencia.

— ¿Y por qué no te lo dice él mismo? ¿Qué más le da a Laura Fairford?

Undine respondió con un gesto que parecía decir: «Eso mismo pienso yo».

— ¿Eso es todo lo que dice?

Ella vaciló de nuevo.

—Sí; eso es todo. —Tiró el telegrama a la papelera, debajo del escritorio—. ¡Cómo si no tuviera que volver de todos modos! —exclamó.

Vio con dolorosa claridad la situación en que se hallaba: los preparativos apresurados, el largo y tedioso viaje en un barco elegido al azar, la llegada con el calor infernal de julio, y el insoportable fastidio diario de cuidar de Ralph y cocinar; y su imaginación rechazaba rotundamente la idea.

Van Degen seguía mirándola. Undine sabía que intentaba con todas sus fuerzas adivinar lo que le estaba pasando por la cabeza. Entonces volvió a acercarse a ella, sin importunar ni representar peligro alguno, con una ternura torpe y una emoción ridícula al verla tan afectada.

—Dime una cosa, Undine: ¿vas a dejar que lo organice todo para que puedas quedarte?

El corazón de Undine empezó a latir con fuerza, y permitió que Peter se acercara, mirándolo a los ojos con frialdad, aunque sin enfado.

— ¿A qué llamas tú «organizarlo todo»? ¿A pagar mis facturas? ¿Es que no te das cuenta de que detesto que hagas eso y de que no quiero verme en esa situación nunca más? —Le puso una mano en el brazo—. Ha llegado el momento en que debo ser sensata, Peter; por eso tenemos que despedirnos.

— ¿Intentas decirme que vuelves con Ralph?

Undine se detuvo un momento, antes de murmurar entre dientes:

—Nunca volveré con Ralph.

— ¿Quieres decir entonces que vas a casarte con Chelles?

—Quiero decir que tenemos que despedirnos. Tengo que mirar por mi futuro.

Peter no se movía, indeciso, atormentado, su inteligencia perezosa y sus impacientes sentidos enfrentados a un problema que superaba sus facultades.

— ¿Y no estoy yo aquí para mirar por tu futuro? —dijo al fin.

—No quiero que nadie lo haga como tú propones. Prefiero no volver a verte nunca más...

Él la miró atónito.

— ¡Maldita sea! ¿Es eso lo que quieres? —Dio media vuelta y se alejó hacia la puerta.

Undine se quedó donde él la había dejado, con todos los nervios en su punto de máxima alerta. La escena que la rodeaba se grababa en su cerebro con absoluta precisión. Era consciente de cómo la luz del verano declinaba al otro lado de la ventana, de los movimientos de su doncella, que preparaba su vestido para la cena en la habitación contigua, de cómo las rosas de té que había sobre su escritorio temblaron con las pisadas de Peter, derramando sus pétalos sobre la carta de Ralph y sobre el telegrama arrugado que veía entre los huecos del cesto de la papelería.

En un momento Van Degen se habría ido. Y lo peor era que, mientras él vacilaba junto a la puerta, los Shallum y Chelles, tras haberla esperado en vano, volverían rápidamente del Bois e irrumpirían en su habitación. Entrevió estas y otras posibilidades que la instaban a actuar de inmediato, pero se contuvo, inamovible, firme, como una orgullosa aunque lastimera imagen de renuncia.

Van Degen tenía la mano en la puerta. La entreabrió y se volvió para decir:

— ¿No tienes nada más que decir?

—Nada más.

Abrió la puerta bruscamente y salió de la habitación. Ella lo vio detenerse en la antesala para recoger el sombrero y el bastón, su figura voluminosa perfilada por el resplandor de las lámparas de pared. Un rayo de la misma luz caía sobre ella en la salita sin iluminar, y su reflejo estallaba como una flor en el espejo que tenía enfrente. Miró su imagen y esperó.

Van Degen se puso el sombrero y abrió la puerta muy despacio para salir al pasillo. De pronto se volvió bruscamente, eclipsando con su cuerpo el reflejo de Undine al correr hacia ella.

— ¡Haré todo lo que tú quieras, Undine! ¡Juro que haré cualquier cosa por conservarte!

Undine apartó la mirada del espejo para fijarse en Van Degen: su rostro le pareció tan pequeño y marchito como el de un anciano, con un extraño temblor en el labio inferior...

LIBRO TERCERO

Capítulo XXI

La primavera transcurrió en Nueva York con temperaturas más extremas de lo habitual, y dio paso a un bochornoso mes de junio.

Cansinamente entregado a su trabajo, Ralph percibía el estafalario humor del clima como una incoherencia más de su propio caos. Ya era bastante extraño verse de nuevo en su habitación de Washington Square tras cuatro años de matrimonio. Nunca se imaginó que Pegaso lo llevaría hasta allí y, como sucede siempre que un hombre regresa a los escenarios de su infancia, todo le parecía mucho más pequeño de lo que recordaba. ¿De verdad se habían reducido los límites de los Dagonet o era que una visión más amplia se filtraba entre las grietas de las paredes de su vida?

La presencia de su hijo en la habitación contigua no era lo único que definía las diferencias entre su personalidad presente y pasada, aun cuando Paul sin duda era su principal vínculo con el pasado. En términos generales, por su hijo, Ralph seguía sintiendo y pensando de acuerdo con la tradición de los Dagonet; deseaba inculcarle algo de la reserva y el discernimiento que distinguía esta tradición del nuevo espíritu de los tiempos de las concesiones ilimitadas. En cuanto a sí mismo, la situación era distinta. Desde su

transacción con Moffatt tenía la sensación de vivir bajo un nuevo código de conducta. No estaba seguro de que fuese peor que el anterior, aunque a decir verdad ya no estaba muy seguro de nada. Puede que su creciente indiferencia no fuera sino la reacción natural tras una prolongada tensión nerviosa; se percataba de que así lo veían su madre y su hermana, por cómo lo observaban y vigilaban sin decir nada. Su discreción era como el sigilo con que uno se mueve junto al lecho de un enfermo. No se permitían ninguna crítica sobre Undine; no hacían preguntas incómodas ni le mostraban una compasión inoportuna. Se limitaban a acogerlo de nuevo, en las condiciones que él estimara conveniente, en su vida anterior, y su silencio estaba desprovisto de esa sutil insinuación de reproche que puede resultar mucho más hiriente que las palabras.

Al principio recibía carta de Undine todas las semanas, y, aunque siempre eran vagas y decepcionantes, las misivas le ayudaban a sobrellevar sus días; pese a todo las esperaba no tanto por su contenido real como por el pretexto que le proporcionaban para la réplica. Undine siempre tuvo facilidad de palabra. En muchas ocasiones había sorprendido a Ralph su capacidad de expresión y la soltura con que empleaba términos impropios del vocabulario corriente. Desde luego que esta cualidad no provenía de los libros, puesto que jamás abría uno, sino que parecía más bien una extraña transmisión de las facultades oratorias de su abuelo el predicador. En sus cartas insulsas y breves repetía sin embargo los mismos lugares comunes con la misma escasez de palabras. Se encontraba bien, «salía» con Bertha Shallum, había cenado con los Driscoll o May Beringer o Dicky Bowles, y el tiempo era delicioso o terrible; a eso se reducían sus noticias en lo esencial. En la última página esperaba que Paul estuviera bien y le mandaba un beso, pero nunca sugería nada para sus cuidados ni se interesaba por sus progresos. Sólo cabía deducir que, convencida de que el pequeño se hallaba en buenas manos, juzgaba innecesaria esta preocupación, y era así como Ralph le presentaba el asunto a su madre.

—Claro que no está preocupada por el niño. ¿Por qué habría de estarlo? Sabe que con Laura y contigo es feliz como un rey.

A lo cual la señora Marvell respondía con seriedad:

—Cuando escribas no te olvides de decirle que no le pondré los pantalones de franela finos mientras siga soplando este viento del este.

En cuanto al bienestar de su marido, la única alusión de Undine consistía en expresar invariablemente la esperanza de que todo le fuera bien: siempre empleaba la misma expresión, y Ralph ya sabía dónde encontrarla en la tercera página. A veces añadía un postscriptum para pedirle que le hablara a su madre de un nuevo peinado o un nuevo corte de falda, y éste solía ser el pasaje más

elocuente de toda la carta.

Ralph no habría sabido decir si estas comunicaciones le procuraban alguna satisfacción, pero cuando no llegaban las echaba en falta como si colmaran todos sus anhelos. El mero acto de sostener el papel azul o malva y oler su perfume se le antojaba en ocasiones como si tomara la mano de su mujer y se dejara envolver por su fresca fragancia juvenil: la decepción sentimental se esfumaba con esa penetrante sensación física. Otras veces le bastaba con leer la primera y la última frase para que el desierto de lugares comunes que se extendía entre ambas se borrara, dejando únicamente la visión de sus nombres entrelazados, como un vínculo místico anudado por la mano de ella. Y en otros momentos la veía muy cerca, casi podía palparla, sentada a su mesa de escribir, concentrada y un poco nerviosa, la nuca inclinada y el pelo reluciente, el labio inferior levantado por el esfuerzo de la redacción; y la visión resultaba tan violentamente real como las imágenes de los sueños cuando uno está a punto de despertarse. Había días en los que al leer su carta sólo sentía que al menos mientras ella la escribía había estado junto a él. Pero en una de las últimas (para disculparse por una tachadura y una frase incoherente) decía: «Todo el mundo me está hablando a la vez y no sé lo que escribo». Ralph la tiró a la chimenea...

Pasadas las primeras semanas las cartas se fueron espaciando progresivamente; y a los dos meses dejaron de llegar. Ralph había adquirido la costumbre de esperarlas en los días señalados para recibir correo del extranjero, y a medida que las semanas pasaban sin noticias empezó a inventar excusas para marcharse antes de la oficina y volver corriendo a Washington Square, con la esperanza de encontrar en el buzón un sobre grande y de color con alguna corrección apresurada. La partida de Undine había producido momentáneamente una sensación de liberación, pues en el punto en que se hallaba su relación cualquier cambio era un alivio. Sin embargo, ahora que ella no estaba, Ralph llegó a convencerse de que nunca tendría que haberse marchado. Aunque sus sentimientos hubieran cambiado, éstos seguían rigiendo su vida. Veía las debilidades de Undine, pero también sentía su fuerza: la fuerza de la juventud y del esplendor físico se adhería a sus desencantados recuerdos como el perfume de Undine a sus cartas. Cuando repasaba sus cuatro años de matrimonio se preguntaba si de verdad había hecho todo lo posible por sacar de su letargo al espíritu de su mujer, todavía a medio formar. ¿No era cierto que él había esperado demasiado al principio y se había mostrado indiferente a continuación? La verdad era que Undine seguía siendo una niña, y quién podía decir si la extravagancia del amor que Ralph sentía por ella acaso no había retrasado su crecimiento y contribuido a encerrarla en un pequeño círculo de ilusiones frívolas. Pero en el último mes él se había convertido en un hombre, y cuando Undine regresara sabría ayudarla a madurar.

Así razonaba día tras día, cuando volvía precipitadamente a Washington Square; mas al abrir la puerta, mirar la mesa del vestíbulo y ver que no había ninguna carta, notaba cómo sus ilusiones encogían sus débiles raíces. Undine no había escrito: no pensaba escribir. El niño y él habían dejado de ser parte de su vida. A su regreso todo volvería a ser como antes, con la desalentadora diferencia de que ella habría saboreado nuevos placeres y al verse privada de ellos todo cuanto él pudiera ofrecerle carecería por completo de encanto. Alimentaba sus esperanzas con la llegada de una nueva carta, y en su apresurada vuelta a casa imaginaba nuevas razones para esperarla...

Durante semanas osciló entre la confianza y el abatimiento extremo, hasta que al fin, cuando la tensión se le hizo insoportable, le envió un telegrama. La respuesta de Undine fue: «De acuerdo queridísimo. Escribo». Pero la prometida carta no llegaba...

Ralph no desatendía su trabajo; incluso pasó por una fase de exagerada dedicación. Pero su frustración y su juventud pugnaban en su interior exigiendo aire. ¿Sería ése el final? ¿Transcurriría el resto de su vida en la misma monotonía inútil? La catástrofe sentimental no cambiaría su situación económica; no cabía duda de que tendría que seguir trabajando para su mujer y su hijo. En todo caso, puesto que en lo sucesivo trabajaría principalmente por Paul, al menos podría hacerlo a su manera y de acuerdo con sus ideas de «rectitud» heredadas. Jamás volvería a participar en un negocio semejante al que había hecho con Moffatt. Seguía sin estar seguro de no haber hecho algo poco honrado, aunque el hecho de consultarlo instintivamente con el señor Spragg en lugar de con su abuelo apuntaba en esta dirección.

Sus socios se aprovecharon de este súbito arranque de energía, y sus cargas laborales no se vieron aliviadas. Ralph no solo era el miembro más joven y más reciente en la empresa, sino también el que hasta la fecha menos había contribuido a incrementar su volumen de negocio. Sus jornadas eran las más largas, y sus ausencias, a medida que se acercaba el verano, las menos frecuentes y más complicadas de acordar. Sus socios eran conscientes de que estaba muy necesitado de dinero y no podía permitirse un descanso. Lo explotaban, y él lo sabía, pero se sometía porque no podía arriesgarse a perder su empleo. Las largas horas de trabajo rutinario y mecánico hacían no obstante mella en su cuerpo activo y en su cerebro poco disciplinado. Había empezado muy tarde a someterse a la continua mortificación del cuerpo y el espíritu que entraña la vida laboral, y las partidas de whist que jugaba por las noches con su abuelo no suficiente estímulo para contrarrestar el aburrimiento de la jornada.

Casi todo el mundo se había marchado de la ciudad, pero la señorita Ray iba a cenar de vez en cuando, y Ralph se sentaba de espaldas a los retratos de la familia y frente a la reseca Harriet, que ya se había marchitado y empezaba

a parecerse a una de sus tías abuelas, y escuchaba con desgana la conversación semejante a la que éstas acaso habían intercambiado en torno a la misma mesa cuando la elegancia se centraba en Nueva York en torno al Battery y el Bowling Green. Siempre era grato escuchar al señor Dagonet, pese a que su sarcasmo perdía frecuencia y vigor al comprobar que repercutía tan poco en la vida como los chistes de una comedia de la Restauración. En cuanto a la señora Marvell y a la señorita Ray, su presencia era para Ralph aún más remota y espectral: no existía para ellas apenas nada de lo que él consideraba importante, y percibía sus prejuicios como esos carteles que prohíben el acceso a lugares en los que nadie se adentra desde hace mucho tiempo.

De vez en cuando cenaba en su club y después iba al teatro con hombres de su edad, pero le desagradaba que le reprocharan su falta de humor para prolongar la aventura. Y en algunos momentos deseaba afirmar su libertad por cualquier medio; momentos en los que lo más vulgar parecía lo más satisfactorio, aunque siempre terminaba volviendo a casa solo y subiendo las escaleras de puntillas para no despertar a su hijo...

Los sábados por la tarde, cuando el mundo de los negocios se trasladaba precipitadamente al campo para jugar al tenis o al golf, él se quedaba en la ciudad y llevaba a Paul a ver a los Spragg. Desde la partida de Undine se propuso en varias ocasiones estrechar los lazos entre su familia y sus suegros, y las damas de Washington Square, siempre dispuestas a satisfacer sus deseos, ensayaron varios intentos de acercamiento amistoso a la señora Spragg. Sus esfuerzos toparon sin embargo con una resistencia muda que hizo sospechar a Ralph que las críticas de Undine a su familia habían calado en la mente obsesiva de su suegra, y renunció a esforzarse para unir lo que con tanta eficacia se había separado.

Era por los Spragg por lo que Ralph lamentaba principalmente su falta de éxito. Poco después de la boda abandonaron su lujosa suite en el Stentorian y desde entonces habían peregrinado por la mitad de los hoteles de la metrópoli. Undine, que no tardó en descubrir el error de haber creído que vivir en un hotel era elegante, intentó convencer a sus padres para que se instalaran en una casa propia, pero, aunque ellos se abstuvieron de reprocharle su incoherencia, tampoco hicieron caso de su proposición. Desagradaba a la señora Spragg la idea de «volver a ocuparse de una casa», y Ralph llegó a sospechar que el tránsito de hotel en hotel era el único elemento de variedad en su vida. En cuanto al señor Spragg, era imposible concebir a alguien con sentimientos domésticos más dispersos y desconectados de cualquier costumbre fija, y puede que no tuviera más conciencia de sus cambios de residencia que la de salir del metro o bajar del «Elevado» unas manzanas más arriba o más abajo.

Ninguno de los dos se quejó delante de él de sus frecuentes traslados ni les atribuyó otra razón que el vago argumento de «creer que allí estarían mejor»,

pero Ralph era consciente de que el descenso de su lujoso nivel de vida estaba sincronizado con la creciente necesidad de dinero de Undine. Se mudaron hacía unos meses al Malibrán, un edificio alto y estrecho como un silo — dividido en cubículos donde el linóleo y el papel pintado simulaban el estuco y el mármol del Stentorian—, ocupado por agotados hombres de negocios y sus familias, y atendido por «personal de color», que servía una comida aguada en la penumbra gris de un comedor instalado en el sótano.

La señora Spragg no disponía de una sala propia, y recibía a Paul y a Ralph en uno de los estrechos salones comunes, rodeada de mujeres atareadas en su correspondencia en mesas destartaladas y de grupos de huéspedes y visitantes que conversaban con desgana.

Los Spragg estaban muy orgullosos de su nieto, y Ralph notaba que les gustaría ver a Paul corriendo y alborotando de grupo en grupo y llamando la atención de la concurrencia con sus rizos rubios y su sonrisa angelical. El hecho de que el niño prefiriera sentarse en las rodillas de su abuelo a jugar con su emblema masónico, o balancear las piernas desde la silla de la señora Spragg, les parecía a los abuelos un indicio evidente de mala salud o de represión excesiva, y la señora Spragg interrogaba a Ralph sobre la alimentación de Paul y le preguntaba si no era demasiado estricto con él. Más delicado era el problema que creaba la «sorpresa» (en forma de caramelo de cacahuete o crema de chocolate) que el niño era invitado a pescar en los bolsillos de su abuela y que Ralph confiscaba de camino a casa para no infringir de un modo demasiado visible las rigurosas normas dietéticas de Washington Square.

Coincidió a veces con la señora Heeny, rubicunda y jovial, sentada en un sillón frente a su suegra y obsequiándola con una nueva selección de recortes de prensa. La señora Heeny se había convertido en una figura familiar para Paul durante la enfermedad de Undine el invierno pasado, y el pequeño esperaba encontrar tantas cosas en su bolso como en los bolsillos de la abuela; y así a los desenfundados sábados en el Malibrán les sucedían los lánguidos y abstemios domingos en Washington Square.

La señora Heeny, que no era consciente de las consecuencias de su prodigalidad, tomó la costumbre de presentarse todos los sábados, y mientras charlaba con la señora Spragg animaba al pequeño Paul a desperdigar cremas faciales y montones de recortes sobre la alfombra sucia mientras buscaba caramelos en el fondo del bolso.

— ¡Tiene tanta prisa para todo como su madre! —exclamó un día con su voz sonora como un redoble de tambor; y, al agacharse para recoger una larga tira de periódico que el niño había lanzado a un lado, añadió mientras la alisaba—: Seguro que si fuera un poquito mayor esto le gustaría más que los

caramelos. Es precisamente el que buscaba el otro día, señora Spragg —siguió diciendo, sosteniendo el recorte con el brazo extendido; y empezó a leerlo en voz alta con una sonoridad proporcional a la distancia entre sus ojos y el papel —: «Con dos velocistas como Peter Van Degen y Dicky Bowles marcando la pauta, a nadie sorprende que el círculo neoyorquino de París se haya mostrado esta primavera más animado que nunca. Es ésta sin duda una temporada de enorme actividad, y a la zaga va la fascinante señora de Ralph Marvell, quien todos los días y todas las noches se deja ver en los restaurantes más elegantes y en los teatros más atrevidos, atrayendo a tal punto la atención masculina que, según se dice, sus rivales en belleza de ambos mundos comienzan a hacer comentarios maliciosos. Resulta además que los vestidos de la señora Marvell son casi tan espléndidos como su propio físico, de ahí que resulte aún más difícil para el resto de las mujeres ostentar este monopolio».

Para evitar el malestar que estas visitas le ocasionaban, Ralph probó en un par de ocasiones a dejar a Paul con sus abuelos y volver a buscarlo a última hora de la tarde, hasta que un día, al entrar en el Malibran, se encontró con un avergonzado personajillo ataviado con una falda escocesa de muchos colores y una boina de terciopelo verde con una borla de plata. Tras esta experiencia de las «sorpresas» que la abuela era capaz de dar cuando se le presentaba la ocasión de ir de compras con Paul, no volvió a aventurarse a dejar al niño solo, y los sábados siguientes los pasaron juntos en la sofocante penumbra del Malibran.

Tener una conversación con los Spragg era casi imposible. Ralph podía hablar con su suegro cuando lo visitaba en su despacho, pero en el salón del hotel el señor Spragg se sumía en un silencio concentrado que sólo interrumpía ocasionalmente para dirigir un «Bien... bien» a su nieto. En lo tocante a su suegra, no recordaba haber tenido una conversación prolongada con ella desde el día ya lejano de su primera visita al Stentorian, cuando la sorprendida señora Spragg le estuvo «haciendo los honores» en ausencia de su hija. La imprevista llegada de Ralph había desatado entonces la elocuencia de la señora Spragg, pero con su incorporación a la familia dejó de ser un extraño, lo que al parecer liberaba definitivamente a su suegra de la obligación de buscar algo que decirle.

Su única pregunta era siempre: “ ¿Has tenido noticias de Undie?». Fue relativamente sencillo responder mientras las infrecuentes cartas de su mujer seguían llegando, pero un sábado sintió que la sangre le subía a la cabeza cuando, por cuarta semana consecutiva, tartamudeó bajo la vigilante mirada de la señora Heeny: «No; esta semana tampoco... Estoy empezando a pensar que se ha debido de perder alguna carta». Y fue entonces cuando el señor Spragg, que hasta el momento había guardado silencio mirando al techo, interrumpió la exclamación de su mujer con una pregunta sobre una finca en el Bronx.

Ralph notó que a raíz de ese día la señora Spragg no volvió a interrogarlo, y comprendió que su suegro había percibido su malestar y deseaba evitárselo.

No había entrevisto hasta entonces ninguna delicadeza de sentimientos bajo la intensa y perezosa ironía de su suegro, y este incidente sirvió para acercar a los dos hombres. La señora Spragg, por su parte, no era en absoluto delicada, pero era sencilla y carecía de malicia, y él apreciaba su manera de aceptar en silencio la pérdida de posición social. A veces, cuando se encontraba entre la solitaria y primitiva pareja, se preguntaba de dónde procedía esa ambición voraz de Undine: todo lo que ella valoraba y consideraba importante distaba tanto de la concepción que sus padres tenían de la vida como su impaciente apetito del estoicismo pasivo de sus progenitores.

Una calurosa tarde de finales de junio Ralph se preguntó de pronto si Clare Van Degen seguiría en la ciudad. Había cenado en Washington Square hacía cosa de diez días, y Ralph recordó que había enviado a los niños a Long Island, aunque ella se quedaría en la ciudad hasta que el calor se volviera insoportable. Clare detestaba su ostentosa mansión de Long Island, estaba cansada de viajar en primavera a Londres y París, donde en cada esquina veías las mismas caras que te habías hartado de ver todo el invierno, y aseguraba que Nueva York era a principios del verano el único lugar donde podías huir de los neoyorquinos... Lo decía con mucha gracia, de esa manera tan suya de ir en contra de las costumbres de su entorno; pero Clare vivía a merced de sus propios estados de ánimo, y era imposible saber cuánto durarían éstos.

Sentado en su oficina, adonde el ruido y el resplandor de la tarde interminable ascendían desde la calle en calientes oleadas, Ralph se imaginó a Clare en la penumbra de su sala de estar. La imagen lo acompañó durante todo el día, como el espejismo de una fuente de agua a un viajero cubierto de polvo: tenía auténtica sed de su presencia, de su voz, de los amplios espacios y los exuberantes silencios que la rodeaban.

Tal vez fuera porque ese día en particular un dolor giraba en espiral dentro de su cabeza, hundiéndose cada vez más con cada vuelta, y porque los números del balance que tenía delante saltaban adelante y atrás como diablillos negros de un modo infernal, por lo que la imagen se obstinaba en no desaparecer. Hacía mucho tiempo que no deseaba nada tanto como en ese momento deseaba estar con Clare y oír su voz, y no bien concluyó la tarea del día llamó al palacio Van Degen y confirmó que ella seguía en la ciudad.

Los toldos bajados de la sala de estar proyectaban una sombra luminosa sobre las consolas y los aparadores antiguos, igual que sobre las flores pálidas repartidas aquí y allá en jarrones de bronce y porcelana. Los gustos de Clare eran tan caprichosos como sus estados de ánimo, de ahí que el resto de la casa

no estuviera en armonía con esta habitación. Había en concreto otro salón que definía como una creación de Peter, aunque Ralph sabía que en parte era también suya. Un espacio profusamente decorado, donde el retrato de Clare pintado por Popple presidía un derroche de muebles dorados. Fue significativo que ese día Clare le hiciera pasar por otro sitio, ahorrándole la polifonía de este salón, y lo esperase hábilmente en la otra sala más sobria. Estaba sentada junto a la ventana, leyendo, con un vestido fresco y claro, y al entrar Ralph se limitó a introducir un dedo entre las páginas y levantar la vista.

Esa manera de recibirlo produjo en él la sensación de que la inquietud y la estridencia de Clare tenían tan poco que ver con su verdadera personalidad como el salón dorado, y que aquella criatura tranquila era la única auténtica, la Clare que en otro tiempo casi había llegado a ser suya y deseaba hacerle saber que nunca había sido enteramente de nadie más.

— ¿Por qué no me dijiste que seguías en la ciudad? —preguntó Ralph, mientras se sentaba en el sofá de esquina, cerca de su silla.

—Esperaba que vinieras a averiguarlo —dijo ella, con una sonrisa enigmática.

—Contigo nunca se sabe.

Ralph miró a su alrededor, experimentando un placer difuso ante las pálidas sombras y los puntos de intenso color oscuro de la estancia. El antiguo biombo lacado que veía tras la cabeza de Clare parecía un estanque negro y opaco sobre el que flotaran hojas de oro, mientras que la mesita baja que tenía a su lado recordaba el brillo tostado y las curvas en forma de pera de un violín antiguo.

—Me gusta estar aquí —observó Ralph.

Clare no cometió el error de responder: «En ese caso, ¿por qué no vienes nunca?». En lugar de esto se volvió para correr una de las cortinas y ocultar la luz del sol que empezaba a entrar por debajo del toldo.

El mero hecho de que ella no respondiera, y ese toque final de bienestar que produjo su gesto, evocaron en Ralph otros días de verano que habían pasado juntos, largos días en los que el niño y la niña deambulaban bajo el calor por los bosques y los campos soleados, cuando ni siquiera pensaban en hablar a menos que hubiera algo especial que decir. Su fatigada imaginación se desvió por un momento hacia la idea de cómo sería, al final del día, regresar a esa dulce comunidad de silencio, pero su cabeza estaba demasiado llena de datos inoportunos para que ese tipo de distancias visionarias pudiesen durar. La idea se esfumó, y Ralph se limitó a sentir lo tranquilizante que resultaba estar cerca de Clare...

—Me alegro de que te hayas quedado; espero que me permitas volver.

—Ya me imagino que no siempre puedes escaparte —respondió ella; y se dispuso a escuchar, con ojos inteligentes y graves, la descripción de Ralph del tedio de sus días.

Sentía ante la mirada de Clare el delicioso alivio de hablar de sí mismo como no se había atrevido a hacerlo con nadie desde que se casó. Por nada del mundo confesaría su decepción ni la conciencia de su incapacidad; la más leve insinuación de fracaso sería acogida tanto por Undine como en Washington Square como una crítica a las exigencias de su mujer. Sólo a Clare Van Degen podía confiar su abatimiento y lo aborrecible que se le antojaba la tarea que tenía por delante.

—Un hombre no sabe lo aniquilador que puede ser desempeñar un trabajo con el que no congenia hasta que lo prueba; cómo destruye la capacidad para hacer aquello para lo que uno sí está dotado, aunque tenga tiempo para ambas cosas. Pero tengo que ocuparme de Paul y no me atrevo a dejar mi empleo... De hecho vivo aterrado por la posibilidad de que prescindan de mí...

Poco a poco fue desgranando con detalle todas sus preocupaciones menores, la más reciente, su experiencia con los Lipscomb, que después de pasar dos meses en la casa de West End Avenue se habían marchado sin pagar el alquiler.

Clare respondió con una risa despectiva:

—Sí, he oído que sufrió un revés y lo echaron de la Bolsa, y he visto en los periódicos que su mujer ha reaccionado presentando una demanda de divorcio.

Ralph sabía que, como todos los de su clan, su prima consideraba el divorcio un modo innecesario y vulgar de airear la intimidad. Al punto recordó la fiesta familiar en Washington Square para celebrar su compromiso; la alusión casual de su abuelo a la señora Lipscomb y la respuesta de Undine, con su voz más timbrada: «Creo que no tardará en divorciarse. Él ha resultado ser una decepción».

Aún resonaba en sus oídos el murmullo horrorizado con que su madre respondió a su carcajada. ¡Se había reído! ¡Había pensado que la respuesta de Undine era espontánea y natural! Ahora, sin embargo, percibía el eco irónico de sus palabras. Dios sabía la decepción que él había resultado ser para ella; ¿y qué había en los sentimientos de Undine o en sus prejuicios heredados que le impidiera buscar la misma solución de Mabel Lipscomb? Se preguntó si su prima estaría pensando lo mismo...

Pasaron a hablar de otros asuntos: libros, cuadros, obras de teatro; y las puertas cerradas fueron abriéndose, una tras otra, iluminando los espacios

clausurados y cubiertos de polvo. Clare no tenía un espíritu profundo ni agudo; sus súbitos ardores y sus vagas intensidades habían hecho sonreír a su primo en el pasado. No obstante compartían referencias comunes y tenía un gran don para entenderse de inmediato; y Ralph llevaba tanto tiempo viendo cómo sus pensamientos chocaban contra un muro de incompreensión que la simpatía de Clare le pareció llena de sabiduría.

Ella empezó interesándose por sus escritos, pero a él le desagradaba hablar de eso y desvió la conversación hacia un nuevo libro que le había gustado mucho. Clare estaba al corriente y podía hacer de vez en cuando un comentario oportuno, y a partir de ahí pasaron a temas análogos. El aletargado pensamiento de Ralph despertaba al calor de la atención de Clare, y la miró con enorme placer cuando se inclinó hacia delante, las manos bronceadas y finas agarradas a las rodillas, reflejando con rostro ávido todos sus sentimientos.

Hubo un momento en que ambas corrientes de sensación confluyeron en una sola, y Ralph tuvo el confuso sentimiento de que él era joven y ella amable, y de que sólo deseaba quedarse ahí, sin que importase demasiado lo que ella pudiera decir ni cómo respondiera él; le bastaba con que le permitiese mirarla y sostener una de sus manos bronceadas y finas. El sacacorchos que perforaba su cabeza volvió a hundirse con fuerza, y fue como si Clare se alejara de pronto y una niebla de dolor la separase de él. La niebla se levantó pasado un minuto, pero dejó una extraña sensación de lejanía: de su prima, de la fresca habitación con sus sombras y sus aromas y de todos los objetos que apenas momentos antes tan hondamente habían captado sus sentidos. Fue como si lo viera todo a través de una ventana empañada por la lluvia, con cuyo cristal tropezaría si extendiera una mano para alcanzar a Clare...

Esta impresión pasó igual que las demás, y pensó de pronto en lo cansado que estaba y en lo poco que le importaba todo. Recordó su trabajo literario sin terminar y por un momento tuvo la extraña ilusión de tenerlo delante...

— ¿Te marchas? —exclamó Clare, y su exclamación le hizo cobrar conciencia de que se había levantado y estaba de pie frente a ella... Creyó detectar algo parecido a la súplica en sus ojos castaños, pero la sentía tan borrosa y lejana que no estaba seguro de qué quería ella, y al momento se vio tendiéndole la mano y la oyó hacer un comentario cortés y frío sobre lo grata que había sido su visita...

Resplandeciente y recuperado después de la cena, Paul esperaba a su padre emboscado en las escaleras para jugar como todas las noches. A Ralph le encantaba agacharse para que el niño se colgara de sus brazos extendidos y subirlo a sus hombros, pero ese día sintió que el abrazo lo asfixiaba y que el grito de bienvenida resonaba en sus oídos como la explosión de un silbato de

vapor. La extraña distancia que lo separaba del resto del mundo había vuelto a desaparecer: todo lo observaba, lo deslumbraba y lo oprimía. Intentó esquivar los enérgicos besos del niño, y al hacerlo distinguió un sobre malva entre los sombreros y los bastones, en la consola del vestíbulo.

Al momento dejó a Paul en manos de la niñera, balbució que estaba cansado y subió a toda prisa a su estudio. El dolor de cabeza había cesado, pero las manos le temblaban al abrir el sobre. Dentro del sobre había otro sobre con matasellos francés dirigido a él. Tenía aspecto de comunicación oficial y al parecer había sido enviado al hotel de Undine en París y remitido luego por ella.

«¡Otra factura!», se dijo con tristeza, dejando a un lado el sobre interior y buscando en el otro la carta de Undine. No había ninguna, y tras una primera punzada de desilusión cogió el segundo sobre y lo abrió.

Contenía una circular, encabezada con la palabra «Confidencial», y llevaba el membrete de una empresa de detectives privados de París dedicada a investigar —con garantías de inviolable discreción— asuntos «delicados», buscar antecedentes dudosos y ofrecer pruebas fiables de conducta indecorosa... todo ello en condiciones razonables.

Ralph estuvo un buen rato mirando el documento; luego se echó a reír y lo tiró a la papelería. Después, con un gemido, apoyó la cabeza sobre el borde de su escritorio.

Capítulo XXII

Lo primero que recordó al despertar fue que había llorado.

No entendía cómo había llegado a ser tan idiota. Sólo esperaba que nadie lo hubiera visto. Lo achacó a que estaba preocupado por el trabajo pendiente en la oficina; ¿dónde estaba, por cierto? ¡Pues donde lo había dejado el día anterior, naturalmente! Qué absurdo preocuparse por eso... y, sin embargo, lo perseguía como un sabueso...

Se dijo que debía levantarse para ir a la oficina. Enseguida... en cuanto consiguiera abrir los ojos. Le pesaban de un modo asombroso; probó primero con uno y después con el otro, en vano. El esfuerzo lo dejó débil y tembloroso, y volvió a sentir ganas de llorar. ¡Qué tontería! Tenía que salir de la cama.

Estiró los brazos en busca de algo a lo que sujetarse, pero todo se escurría y lo esquivaba. Era como pescar entre olas brillantes. Sus dedos se aferraron de pronto a algo sólido y tibio. Una mano: ¡una mano que respondía a su

presión! Sintió un alivio inexpresable. Se quedó inmóvil y dejó que la mano lo sostuviera mientras esbozaba mentalmente los movimientos necesarios para incorporarse y empezar a vestirse. Tan difusos eran los límites entre el pensamiento y la acción que llegó a sentir como si se moviera por la habitación de un modo extraño, desgajado de su cuerpo, como se anda en sueños por el aire. Entonces notó las sábanas encima y las almohadas debajo de la cabeza.

—Tengo que levantarme —dijo, y tiró de la mano.

La mano lo empujaba hacia abajo: lo adentraba en un profundo mar de sueño. Permaneció así mucho rato, en una negrura silenciosa, lejos de la luz y del sonido; hasta que poco a poco emergió a la superficie como un cadáver, empujado por la hidráulica. Sin embargo, nunca su cuerpo había estado tan vivo. Sentía intermitentes puñaladas de dolor, manos que clavaban en él unas uñas como colmillos; lo laceraban con látigos, lo ataban, le colgaban pesos, intentaban arrastrarlo; pero él seguía flotando, flotando y bailando sobre las enfurecidas olas del dolor, mientras las espinas de la luz lo penetraban como flechas lanzadas desde el cielo.

Exquisitos intervalos de descanso, velas azules sobre mares melódicos alternaban con la angustia. Se transformó en una hoja en el aire, en una pluma sobre la corriente, en una brizna de paja arrastrada por la marea, en el rocío de la ola al enroscarse sobre sí misma hacia la luz del sol y derramarse sobre abismos azules...

Despertó en una playa pedregosa, las piernas y los brazos atados con cortantes correas; pero el violento cielo estaba oculto, y eran sus párpados lánguidos quienes lo ocultaban. Disminuyó el dolor y experimentó el éxtasis, y tuvo valor para abrir los ojos y mirar...

La playa era su propia cama; la luz tenue caía sobre los objetos familiares y alguien se movía por un camino en sombra entre su cama y la ventana. Tenía sed, y alguien le dio de beber. La almohada ardía, y alguien le dio la vuelta para ofrecerle su lado fresco. Alcanzó la suficiente claridad mental para comprender que estaba enfermo y quiso hablar de ello; pero la lengua golpeaba en su garganta como el badajo de una campana. Debía esperar hasta que tirasen de la cuerda...

Recobró así la vida y el tiempo robados, y su debilitado pensamiento se enfrentó a oscuros temores. Poco a poco se abrió camino en su cabeza, se ajustó a la extraña situación y descubrió que se encontraba en su habitación, en casa de su abuelo, y que las caras con cofias blancas que lo rodeaban eran alternativamente las de su madre y su hermana, y que en pocos días —si se tomaba el caldo de ternera y no se preocupaba—, traerían a Paul de Long Island, adonde Clare Van Degen se lo había llevado para evitarle el calor.

Nadie pronunciaba el nombre de Undine, y él tampoco hablaba de ella. Pero un día, mientras yacía en la cama en el crepúsculo estival, tuvo la visión de un momento muy lejano —debió de ser al principio de su enfermedad—, cuando en su angustia llamó a Undine y alguien dijo: «Ya está en camino; estará aquí la semana que viene».

¿No habría pasado aún esa semana? Supuso que la enfermedad le había sustraído la noción del tiempo, y se quedó quieto, como al acecho, observando cómo sus recuerdos fragmentados surgían uno tras otro para unirse de nuevo. Pensó que si observaba con atención sin duda reconocería alguno que encajara en la imagen del día en que preguntó por Undine. Y un rostro emergió al fin de la penumbra: una cara pecosa que se inclinaba bondadosamente sobre él bajo una cofia almidonada. Llevaba mucho tiempo sin ver ese rostro, pero se dibujó de inmediato y encajó en la imagen.

Laura Fairford estaba sentada junto a él, con un libro en las rodillas. Levantó la vista al oír la voz de Ralph.

— ¿Cómo se llamaba la primera enfermera?

— ¿La primera...?

—La que se fue.

—Ah... ¿te refieres a la señorita Hicks?

— ¿Cuánto hace que se fue?

—Unas tres semanas. Tenía otro paciente.

Ralph sopesó la respuesta y dijo:

—Que venga Undine.

Al ver que Laura no respondía, repitió en tono irritado.

— ¿Por qué no la llamas? Quiero hablar con ella.

La señora Fairford apartó su libro y se acercó.

—No está... en este momento.

Ralph se esforzó en considerar también esta respuesta.

— ¿Quieres decir que ha salido... que no está en casa?

—Quiero decir que todavía no ha vuelto.

Mientras Laura pronunciaba estas palabras, Ralph sintió de pronto una intensa energía física y cerebral. Todo se volvió claro como la luz del día.

«Pero tú me dijiste que la avisaste antes de que se marchara la señorita Hicks, y que llegaría en el plazo de una semana. Y dices que la señorita Hicks

se marchó hace tres semanas».

Esto fue lo que dilucidó y lo que quiso decirle a su hermana, pero algo parecía bloquearle la garganta, y cerró los ojos sin hablar.

Ni siquiera cuando el señor Spragg pasó a verlo dijo nada. Hablaron de su enfermedad, del calor, de los rumores de que Harmon B. Driscoll volvía a enfrentarse a un proceso judicial. Luego, su suegro se levantó de la silla, diciendo:

—Supongo que pasarás por el despacho antes de salir de la ciudad.

—Desde luego; en cuanto pueda levantarme —respondió Ralph. Y se entendieron mutuamente.

Clare insistía en que Ralph terminara de recuperarse en Long Island, pero él prefirió quedarse en Washington Square hasta sentirse con fuerza suficiente para emprender el viaje a los Adirondack, donde Laura ya se había instalado con Paul. No quería ver a nadie más que a su madre y a su abuelo hasta que sus piernas le permitieran llegar hasta el despacho del señor Spragg.

Era un sofocante día de mediados de agosto, y el cielo estaba cubierto por una bruma amarilla cuando Ralph entró en el gran edificio de oficinas. Las bolas de polvo reposaban sobre el suelo de mosaico, y el olor a fruta podrida, a aire salado y a asfalto derretido lo envolvía todo como la niebla. Al entrar en el ascensor alguien le dio una palmada en el hombro y, al volverse, vio a su lado a Elmer Moffatt, rubicundo y tranquilo, con un sombrero de paja.

Moffatt se alegró mucho de verlo.

—No le he visto el pelo desde hace meses. ¿Sigue en el mismo trabajo? — Y cuando Ralph asintió, Moffatt dijo—: Yo también. Espero verle por allí un día de éstos. Recuerde que esta vez me toca a mí: será un placer poder ayudarle. Hasta la vista —dijo, dando a Ralph un apretón de manos que sacudió sus debilitados huesos—. ¿Cómo está la señora Marvell? —preguntó, volviéndose en el vestíbulo. A lo que Ralph respondió:

—Está muy bien; gracias.

El señor Spragg estaba solo en su desaliñado despacho, sentado debajo del grabado de Daniel Webster cubierto de moscas, con la papelera rebosante entre los pies. Parecía agotado y estaba tan cetrino como el día.

Ralph se sentó frente a él. Por un momento se le contrajo la garganta, como cuando había intentado hacer la misma pregunta a su hermana; después dijo:

— ¿Dónde está Undine?

El señor Spragg echó una ojeada al calendario que colgaba en la puerta de

un perchero para sombreros. Soltó el emblema masónico que apretaba en la mano, sacó el reloj y lo miró con aire crítico.

—Si el tren sigue el horario previsto supongo que en este momento debe de estar en algún lugar entre Chicago y Omaha.

Ralph se quedó mirándolo, como si el calor le hubiese afectado a la cabeza.

—No comprendo.

—En general se considera que el Twentieth Century es el mejor medio para ir a Dakota —dijo el señor Spragg.

— ¿Quiere decir que Undine está en Estados Unidos?

El labio inferior del señor Spragg buscó su palillo de dientes fantasma.

—Veamos: ¿no hace ya un par de años que Dakota se convirtió en un Estado?

— ¡Dios mío...! —exclamó Ralph, empujando violentamente la silla y recorriendo la estrecha habitación a grandes zancadas.

El señor Spragg se puso en pie y avanzó unos pasos. Había renunciado a buscar el palillo de dientes y sus labios no eran en ese momento más que una fina depresión bajo la barba. Se detuvo delante de Ralph, sacudiendo con aire distraído la calderilla en los bolsillos de sus pantalones.

Ralph experimentó la misma energía y la misma lucidez que cuando oyó la respuesta de su hermana.

— ¿Quiere decir que se ha marchado? ¿Que me ha dejado? ¿Por otro hombre?

El señor Spragg se estiró con una especie de majestuosidad flexible.

—Mi hija no es de ese estilo. Comprendo que Undine considere que se han cometido errores por ambas partes. Cree que el matrimonio fue demasiado precipitado. Me parece que en casos así se alega abandono.

Ralph se quedó mirando a su alrededor, casi sin escuchar. No le dolía el tono de voz de su suegro. Intuía vagamente que no estaba sufriendo menos que él. Sin embargo, todo le resultaba confuso, menos el monstruoso dato que acababan de comunicarle. Su mujer le había dejado, y su plan de evasión se había ideado y ejecutado mientras él yacía enfermo: había aprovechado la ocasión para mantenerlo ignorante de sus propósitos. De pronto le pareció una broma y se echó a reír.

— ¿Quiere decir que Undine pretende divorciarse?

—Supongo que ése es su plan —admitió el señor Spragg.

— ¿Por abandono? —continuó Ralph, sin dejar de reír.

El suegro vaciló un momento antes de decir:

—Siempre has hecho todo lo que has podido por mi hija. No se le ha ocurrido otro pretexto. Ha supuesto que ése sería el menos desagradable para tu familia.

— ¡Qué considerado de su parte!

El señor Spragg lanzó un suspiro por toda respuesta.

— ¿Y piensa que yo no voy a pelear? —espetó Ralph, con repentino ardor.

Su suegro lo miró pensativo.

—Supongo que sabes que es difícil que Undine cambie de opinión una vez que se ha propuesto algo.

—Es posible. Pero si de verdad piensa pedir el divorcio yo puedo hacer que le resulte un poco menos fácil conseguirlo.

—Eso es cierto —concedió el señor Spragg. Volvió a su silla giratoria, se sentó y empezó a tamborilear sobre la mesa con los dedos manchados de nicotina.

— ¡Y por Dios que lo haré! —tronó Ralph. La rabia era la única emoción que podía sentir en ese momento. Le habían tomado el pelo, le habían engañado, se habían burlado de él; pero el combate no había concluido. Dio media vuelta y se plantó delante de su suegro.

— ¿Supongo que se ha ido con Van Degen?

—Mi hija se ha ido sola, señor. La despedí en la estación. Tengo entendido que va a reunirse con una amiga.

Ralph sintió que perdía pie sobre la impenetrable superficie del fatalismo del señor Spragg.

— ¿Se imagina que Van Degen va a casarse con ella?

—Undine no me ha hablado de sus planes para el futuro —dijo el señor Spragg, y, tras un momento, apostilló—: Si lo hubiera hecho yo no me habría prestado a discutirlo con ella.

Ralph lo miró con curiosidad, detectando que esa actitud negativa era su manera de manifestar que censuraba la conducta de su hija.

—Pelearé... ¡pelearé! —repitió Ralph—. ¡Dígale que pienso pelear hasta el final!

El señor Spragg apretó el plumín de su pluma contra el tintero cubierto de

polvo.

—Supongo que tendrás que buscarte un abogado. Que sea él quien se lo haga saber.

—Lo sabrá... ¡de eso no le quepa duda!

Ralph había vuelto a reírse. De pronto oyó su propia risa y volvió en sí. ¿De qué se reía? ¿Qué estaba diciendo? Lo que tenía que hacer era actuar... morderse la lengua y actuar. De nada servía proferir amenazas ante un anciano con el alma rota. La furia de la acción ardió dentro de él, iluminando su pensamiento y vigorizando sus músculos. Cogió el sombrero y se volvió hacia la puerta.

Mientras la abría, el señor Spragg se levantó y se acercó arrastrando lentamente el paso. Le puso una mano en el brazo y dijo:

—Daría cualquier cosa —cualquier cosa menos a mi propia hija— para que esto no te hubiera pasado, Ralph Marvell.

—Gracias, señor —dijo Ralph.

Se miraron un momento; después, el señor Spragg añadió:

—Pero ha pasado, y tú lo sabes. Tenlo presente. No puedes hacer nada para evitarlo. Muchas veces he comprobado que es bueno recordar esto.

Capítulo XXIII

Día tras día Ralph se sentaba en la terraza de su casita sobre el lago, en los Adirondack, a contemplar el reflejo de las grandes nubes blancas en el agua, rodeadas por la oscura línea de árboles. De cuando en cuando se subía a la canoa y remaba entre la serpenteante sucesión de lagunas hasta algún claro solitario en mitad del bosque; allí se tendía sobre las agujas de los pinos y observaba cómo las nubes se formaban y diluían en el cielo.

Toda su vida parecía simbolizada en el proceso de construcción y destrucción de aquellas formas fluctuantes, eternamente impulsadas por invisibles corrientes de aire y remodeladas o barridas del cenit como una mota de polvo.

Su hermana le decía que tenía buen aspecto; mejor que en muchos años. Y había momentos en los que su indiferencia, su pétrea insensibilidad a las pequeñas estocadas y las fricciones de la vida cotidiana, podía confundirse con la serenidad de haber recobrado la salud.

No tenía a nadie con quien hablar de Undine. Su familia había enterrado el asunto bajo un velo de silencio que ni siquiera Laura Fairford se atrevía a levantar. En cuanto a su madre, supo desde el primer momento que la idea de hablar de la situación era decididamente aterradora para ella. No había en el orden moral de Washington Square recurso alguno contra esa clase de emergencias. El asunto era no «escándalo» y no figuraba en la tradición de los Dagonet el reconocimiento de los escándalos. Ralph evocó un remoto recuerdo de su infancia, la historia de una amiga de su madre, de una mujer descarriada que abandonó a su marido por un compañero más afín y, años más tarde, cuando regresó a Nueva York sola y enferma, apeló a la compasión de la señora Marvell. Ella no se la negó, pero cuando iba a ver a su desdichada amiga se ponía dos velos y un chal de lana negra, y jamás le mencionó a su marido estas misiones de piedad.

Ralph sospechaba que el rechazo de su madre y de su hermana respondía en cierto modo a que su noción de lo ocurrido era oscura y confusa. La palabra «divorcio» se hallaba en su vocabulario envuelta por un oscuro velo de insinuación que ninguna dama se atrevía a retirar. No hacían distinciones entre divorcios; los clasificaban todos invariablemente como desgraciados accidentes en los que, si bien la culpable siempre era la mujer, el marido, pese a su condición de víctima inocente, quedaba inevitablemente contaminado. El tiempo necesario para los «procedimientos» se percibía como una estación de penitencia durante la cual correspondía a los familiares de los afectados comportarse igual que si estuvieran muertos; sin embargo, cualquier alusión clara a las razones para adoptar esta actitud se habría considerado el *súmmum* de la indelicadeza.

La idea que el señor Dagonet tenía de la situación estaba igualmente alejada de la realidad. Sólo quería que su nieto le diera una «paliza» a alguien, y sería imposible hacerle comprender que el drama del divorcio moderno a veces se desarrolla sin la participación de un Lovelace.

—Es como si me dijeras que en el Edén no había nadie más que Adán cuando Eva cogió la manzana. ¿Dices que tu mujer no estaba contenta? Ninguna mujer se da cuenta de que no está contenta hasta que un hombre se lo dice. ¡Dios mío! He presenciado enfrentamientos violentos en mi vida, pero jamás había visto que un matrimonio se disolviera como una alianza empresarial. ¿Un divorcio sin un amante? Es tan... tan antinatural como emborracharse con limonada.

Tras este primer estallido también el señor Dagonet se sumió en el silencio, y Ralph comprendió que lo que más fastidiaba a su abuelo era que aquel «escándalo» era impropio de caballeros. Lo percibía como un asunto desagradable en torno al cual podía fingir que carecía de opinión, porque esas cosas no les ocurrían a los hombres como él. Que algo así le hubiera pasado a

su único nieto era posiblemente la experiencia más amarga de su placentera y tranquila vida; y ver que su nieto no interpretaba el personaje que él esperaba añadía a la desgracia de éste una nota de ironía.

Tanto silencio molestó inicialmente a Ralph, que anhelaba proclamar su humillación, su desesperación y su rebeldía. Más tarde empezó a notar los efectos benéficos del silencio, y al fin llegó a la conclusión de que no había nada que decir. Montones de pensamientos bullían incesantemente desde las negras fuentes de su miseria oculta, lo sorprendían en la oscuridad de la noche y borraban la luz del día; pero, llegado el momento de expresarlos con palabras y aplicarlos a las circunstancias del caso, parecían completamente ajenos a éste. Una vez más la gloria blanca y tocada por el sol desaparecía de su cielo sin que fuera posible relacionarla con cuestiones prácticas como la de decidir si a Paul se le ponían bombachos o pantalones largos o la de si debía pasar el invierno en Washington Square o alquilar una casita para él y su hijo.

En última instancia se resolvió que continuaría viviendo en casa del abuelo. En noviembre reanudaba su trabajo, en un estado de salud razonablemente bueno, mientras una capa de indiferencia iba formándose lentamente sobre su alma lacerada. Pasó un momento difícil al regresar a su antigua habitación de Washington Square. Las paredes y las mesas estaban cubiertas con fotografías de Undine: efigies de múltiples formas y tamaños que expresaban toda la gama de sentimientos predilectos de la tradición fotográfica. Se las había llevado de West End Avenue cuando ella se marchó a Europa, y allí pasaron a ocupar un puesto de honor sobre sus demás pertenencias, tal como la imagen de Undine reinaba sobre el futuro de Ralph aquella noche, cuando se sentó en esa misma habitación y soñó que volaba con ella a través del cielo azul...

Era imposible seguir viviendo rodeado de esas fotografías, y una noche, cuando subió a su cuarto después de cenar, empezó a descolgarlas de las paredes y a retirarlas de las estanterías, las mesas y la repisa de la chimenea. A continuación buscó un lugar donde ocultarlas. Había cajones debajo de las estanterías, pero todos estaban llenos de trastos viejos y, aunque los vaciara, las fotos enmarcadas eran demasiado grandes para caber en ellos. Pensó en el estante superior del armario, pero era allí donde la niñera había almacenado los viejos juguetes de Paul, sus palas y cubos de arena y su equipo de croquet. Hasta el último rincón estaba ocupado por la inútil impedimenta de la vida, y la sola idea de buscar un hueco en medio de aquel caos resultaba un esfuerzo excesivo.

Se dispuso a recolocar las fotos una a una, y aún tenía la última en la mano cuando oyó la voz de su hermana en el pasillo. Dejó apresuradamente el retrato en su lugar habitual, sobre la mesa, y la señora Fairford, que había cenado en Washington Square y subía para darle las buenas noches, lo abrazó

con precipitación y bajó corriendo a su coche de caballos.

Al regresar de su oficina la tarde siguiente, al principio no apreció ningún cambio en su habitación, pero tras encender su pipa y sentarse en el sillón descubrió que la foto del retrato de su mujer pintado por a Popple ya no lo observaba desde la chimenea. Se volvió hacia la mesa, pero también de allí había desaparecido la imagen; entonces, recorriendo sucesivamente las paredes, se percató de que éstas se encontraban igualmente vacías. No quedaba ni una sola foto de Undine; el trabajo de eliminación se había realizado con tanta habilidad, recolocando con tanto ingenio el resto de los objetos, que el cambio no llamaba la atención.

Ralph se enfadó, se sintió dolido y avergonzado. Pensaba que Laura, cuya mano detectó de inmediato, se había entregado a la tarea con un placer cruel, y por un momento la odió por lo que había hecho. Luego le invadió una sensación de alivio. Se alegraba de poder mirar a su alrededor sin encontrarse con los ojos de Undine, y comprendió que debía hacer con su imaginación y sus recuerdos lo mismo que había hecho con su cuarto: debía recolocar su mente de tal modo que, allá donde volviera sus pensamientos, nunca más volviera a ver el rostro de Undine. Pero ésta era una tarea que Laura no podía realizar por él, una tarea que sólo alcanzaría tras un duro y prolongado esfuerzo de su voluntad.

Al imponerse este silencio a su alrededor, todo deseo de pelear judicialmente contra Undine le abandonó. La idea de airear cualquier diferencia entre ellos le parecía inconcebible. Cedió sin darse cuenta a la opinión de quienes lo rodeaban, y la idea de acudir a la ley para reparar su felicidad hecha añicos se le antojó aún más grotesca que degradante. Su espíritu dividido albergaba sin embargo impulsos contradictorios y lamentaba la prontitud con que su madre y su hermana habían aceptado su actitud. El acuerdo tácito en virtud del cual Undine quedaba desterrada y olvidada le irritaba por momentos tanto como el sigilo en torno al lecho de un inválido que se niega a admitir su sufrimiento.

Su irritación se vio agravada al descubrir que la señora Marvell y Laura empezaban a tratar a Paul como si fuera huérfano. Un día, al entrar inadvertidamente en el cuarto de su hijo, oyó que el niño preguntaba cuándo volvería su madre, y Laura, que estaba con él, dijo:

—No volverá, cariño; y no debes hablar de ella delante de tu padre.

Cuando el niño ya no podía oírles, Ralph le recriminó a Laura la respuesta que le había dado.

—No quiero que le hables de su madre como si estuviera muerta. No quiero que prohíbas a Paul que hable de ella.

Laura, siempre tan complaciente, se defendió en esta ocasión.

— ¿Qué sentido tiene animarlo a hablar de ella si no va a verla nunca? Cuanto antes la olvide mejor.

A lo que Ralph contestó:

—Pasado algún tiempo... si ella quiere verlo... no se lo impediré.

Su hermana se mordió los labios, intentando contener su contestación.

— ¡Nunca lo pedirá!

Ralph la oyó de todos modos, pero guardó silencio. Nada le producía una sensación de extrañamiento de su vida anterior tan profunda como la certidumbre de que su hermana probablemente estuviera en lo cierto. En realidad no creía que Undine quisiera ver a su hijo; pero estaba determinado a no negárselo si lo pedía.

Pasó el tiempo, las vacaciones de Navidad llegaron y se marcharon, y el invierno continuó marcando la fatigosa pauta de los días. Hacia finales de enero, Ralph recibió en su oficina una carta certificada, que llevaba en una esquina el membrete de un billete de abogados de Sioux Falls. Adivinó al instante que contenía la notificación legal de la demanda de divorcio de su mujer, y mientras escribía su nombre en el libro del cartero sonrió lúgubrementemente al pensar que, al hacerlo, sin duda estaba firmando la libertad de Undine. Abrió la carta, comprobó que era lo que había imaginado y la guardó con llave en su escritorio sin mencionar el asunto con nadie.

Supuso que al guardarlo en un cajón lo apartaba por completo de la vista, pero no habían pasado más de dos semanas cuando, un día, mientras iba en el metro al centro de la ciudad, vio su nombre escrito con grandes titulares en la portada del periódico que el ocupante del asiento contiguo, un hombre sin afeitar, sostenía entre las manos sucias. Sintió que la sangre le subía a la cabeza al mirar por encima del brazo del desconocido y leer: «Sentencia contra un líder de la sociedad»; y debajo, en letra más pequeña: «El marido estaba demasiado ocupado en sus negocios para construir un hogar feliz». Durante semanas, allá donde fuera, sentía el mismo rubor en la frente. Por primera vez en su vida los vulgares dedos de la curiosidad pública se adentraban en los rincones secretos de su alma, y nada le parecía tan humillante como esa trivialización de su tragedia. El párrafo se abrió camino entre los demás diarios, y cada vez que cogía un periódico se topaba con él, ligeramente modificado, con alguna que otra información adicional, pero siempre incidiendo con empalagosa ironía en sus preocupaciones financieras y en la consiguiente soledad de su mujer. La frase llegó a caracterizar a su redactor, suscitó airadas cartas de víctimas en situaciones similares, se comentó jocosamente en algunos editoriales y sirvió como texto para

denunciar desde los púlpitos la creciente locura de la riqueza; hasta que un día, en la consulta de su dentista, Ralph la encontró en un semanario familiar entre las causas de «dolencias cardíacas» propuestas a los suscriptores en un cuestionario, cuya correcta solución se premiaba con un gramófono, un corsé de cierre delantero y un estuche de tocador entre otros artículos.

Capítulo XXIV

— ¡Si al menos hubieras tenido la sensatez de acudir directamente a mí, Undine Spragg! ¡Yo podría haberte aconsejado en todos los detalles... en todos!

Esta frase, en la que una compasión ligeramente despectiva ante las dificultades de su amiga se mezclaba con el más franco orgullo de la propia situación, era quizás lo más parecido al «tacto» que la señora de James J. Rolliver había llegado a adquirir. Undine poseía la objetividad suficiente para apreciar la evolución de Indiana Frusk a partir de sus métodos juveniles, pero necesitó buenas dosis de dominio de sí misma para responder a sus palabras con una sonrisa y mantener el rostro valientemente vuelto hacia su amiga, mientras sentía que su palidez iba cobrando un intenso ribete escarlata. Verse obligada a aceptar la compasión de Indiana le daba a Undine la medida definitiva de su profunda caída en desgracia.

Semejante humillación le fue infligida a Undine en el apartamento intensamente dorado del Hôtel Nouveau Luxe, donde los Rolliver se habían instalado tras su reciente llegada a París. La enorme sala de estar, sin más decoración que dos altos jarrones de mimbre dorado con orquídeas arqueadas sobre sus alambres, le recordó a Undine la «suite Looey», donde se desarrollaron las primeras escenas de su propia historia, y las semejanzas y diferencias quedaron subrayadas por la presencia triunfal de Indiana Rolliver, que evocaba en ella con bastante exactitud la imagen de su propio pasado.

— ¡Podría haberte aconsejado en todos los detalles... en todos! —repetía la señora Rolliver en tono reprobador; y la superioridad de Undine, junto con todos sus criterios, se marchitó ante el intenso resplandor de los irrefutables logros de su amiga.

Poco le consolaba observar, para su íntimo deleite, que Indiana llamaba a su marido «el señor Rolliver», que pronunciaba la r con una vibración penetrante, que seguía teniendo un hombro más alto que el otro y que su llamativo vestido era del todo inapropiado para la hora, el lugar y la ocasión. Indiana seguía siendo y haciendo todo cuanto Undine había aprendido con

diligencia a no ser ni hacer; y, sin embargo, reflexionar sobre estos obstáculos para el éxito no hacía sino que le impresionara más que su antigua amiga lo hubiera conseguido.

No había pasado mucho más de un año desde el día en que Undine Marvell, sentada en la salita de otro hotel parisino, oyera el inmenso murmullo orquestal de París elevarse y entrar por las ventanas abiertas, como un reflejo del movimiento ascendente de sus propias esperanzas. Ese murmullo seguía sonando, implacable y ensordecedor como una fuerza elemental, y la disonancia con su propio destino no le molestaba más de lo que a los automóviles que pasaban bajo las ventanas pudieran perturbar las partículas de polvo que molían a su paso, volviéndolas aún más finas.

—Podría haberte dicho una cosa desde el principio —continuó la señora Rolliver, con su sonora energía—. Y es que antes que nada hay que obtener el divorcio. Un divorcio siempre es bueno, y una nunca sabe cuándo va a querer divorciarse. Deberías haberte ocupado de eso antes de «empezar» con Peter Van Degen.

Undine la escuchaba, profundamente impresionada.

— ¿Tú lo hiciste? —preguntó. Pero la señora Rolliver se volvió entonces repentinamente ambigua y sibilina. Empezó a pasar una mano repleta de joyas por entre las múltiples vueltas de su collar de perlas, y se recostó, entornando los párpados con aire humilde.

—El caso es que aquí estoy —dijo, con tono y mirada exploradora.

Fiel al desafío, Undine no dejó de mirar las perlas. Eran auténticas; de eso no cabía duda. Y el matrimonio de Indiana también lo era... siempre que no se acercara a algunos Estados.

— ¿No te das cuenta —prosiguió la señora Rolliver— de que al dejar a Ralph en ese momento y pasarte seis meses en Dakota no sólo le diste demasiado tiempo para pensar, sino que además se lo diste cuando no debías?

—Sí, claro. Pero ¿qué podía hacer? No soy una mujer inmoral.

—Por supuesto que no, cariño. Sólo fuiste irreflexiva... por eso digo que debías haber planeado tu divorcio mucho antes.

Undine protestó, ligeramente herida en su autoestima.

—No habría servido de nada. La mujer de Peter jamás lo habría consentido.

— ¿Tan loca está por él?

—No; tanto lo odia. Y a mí también, porque está enamorada de mi marido.

Abandonando su actitud relajada, Indiana dio un respingo y una palmada que hizo tintinear sus anillos.

— ¿Enamorada de tu marido? Entonces, ¿qué problema hay? ¿Por qué razón no os ponéis de acuerdo entre los cuatro?

—No lo entiendes. — ¡Fue un gran alivio poder decirle esto a Indiana finalmente!—. A Clare Van Degen el divorcio le parece mal... o mejor dicho, terriblemente vulgar.

— ¿Vulgar? —se encendió Indiana—. ¡Qué cara más dura! ¿Una mujer que está enamorada del marido de otra? Me gustaría saber qué es lo que le parece refinado. Tener un amante, supongo... como las mujeres de esas horribles obras de teatro francesas. Le he dicho al señor Rolliver que no pienso volver al teatro con él en París... es una bajeza. Y la gente elegante lo mismo; están podridos. ¡Gracias a Dios que yo me crie en un lugar donde todavía queda un poco de sentido de la decencia! —Miró a Undine con expresión compasiva—. Ha sido Nueva York lo que te ha quitado la moral... y no te culpo. En Apex habrías actuado de otro modo. Nunca, nunca habrías dado rienda a tus sentimientos antes de haber conseguido tu divorcio.

Undine se ruborizó lentamente.

—Es que él parecía tan infeliz... —murmuró.

— ¡Ya, claro! —dijo Indiana con frialdad de experta y mirando a su amiga con gesto impaciente—. ¿Cuál fue vuestro acuerdo cuando te marchaste de Europa en agosto del año pasado y te fuiste a Dakota?

—Peter pensaba ir a Reno en otoño... para que no se notara demasiado. Y quedamos en que nos reuniríamos en Chicago.

— ¿Y no fue?

—No.

— ¿Y dejó de escribirte?

—Él nunca escribe.

Indiana lanzó un hondo suspiro de inteligencia.

—Esa es una de las normas más elementales: nunca pierdas de vista a un hombre que no escribe.

—Ya lo sé. Por eso me quedé con él... esas semanas el verano pasado.

Indiana reflexionó, sin apartar sus bonitos ojos de la avergonzada Undine y sin parpadear.

— ¿Supongo que no hay nadie más...?

— ¿Nadie más...?

—Bueno... ahora que ya tienes el divorcio, ¿no tienes a nadie que te convenga?

Esto fue mucho peor que todo lo anterior. Undine no lo habría soportado de no haber sido por el objetivo que perseguía.

—El señor Van Degen me lo debe... —empezó a decir, con aire de dignidad herida.

—Sí, sí; ya lo sé. Pero eso no son más que palabras. Si hubiera alguien más...

— ¡Por quién me has tomado, Indiana!

Sin dar muestras de molestarse por la exclamación de Undine, Indiana volvió a perderse en sus pensamientos.

—De acuerdo; le diré que al menos tiene que verte —aceptó al fin.

Undine levantó la vista rápidamente: eso era lo que esperaba oír desde que, días antes, leyera en el periódico matinal que el señor Peter Van Degen y el señor y la señora Rolliver habían compartido travesía en el *Semantic*. Sin embargo, Undine no se delató siquiera con un temblor de párpados. Conocía a su amiga lo suficiente para saber que debía obsequiarla con el tributo de la sorpresa.

— ¿Estás diciendo que tú lo conoces, Indiana?

— ¡Claro que sí! Viene por aquí a todas horas. Coincidimos en el barco, y el señor Rolliver le ha tomado cariño —explico, en el tono propio de la recién casada para quien no existe más criterio que las preferencias del marido.

Undine la miró con los ojos bañados en lágrimas.

— ¡Ay, Indiana! ¡Creo que si pudiera volver a verlo todo se arreglaría! Él está muy encariñado conmigo, pero su familia lo ha vuelto contra mí...

— ¡Sé muy bien lo que es eso! —dijo la señora Rolliver.

—Aunque creo —continuó Undine— que sería mejor verlo sin que él lo supiera... sin que tú le digas nada... ¡Lo quiero demasiado para hacerle reproches! —añadió con nobleza.

Indiana sopesó las palabras de Undine; aunque le impresionó la nobleza de sus sentimientos, era evidente que no le hacía gracia renunciar a la posibilidad de tener un papel más activo en la rehabilitación de su amiga. Pero Undine siguió diciendo:

—Supongo que te habrás dado cuenta de que es un niño mimado. Y

después... cuando ya nos hayamos visto... podrías hablar con él; ¡o simplemente dejar que esté contigo para que vea los felices que sois tú y el señor Rolliver!

Indiana lo captó al punto.

— ¿Quieres decir que él añora la influencia de un hogar como el nuestro? Claro, claro, lo comprendo. Verás lo que haremos: lo invitaré a cenar y te haré saber cuándo viene; sin que él sepa que tú estarás aquí.

— ¡Ay, Indiana! —Undine la abrazó con fuerza y luego se apartó para decir—: ¡Cuánto me alegro de haberte encontrado! Tienes que venir conmigo a todas partes. Hay un montón de gente a la que quiero que conozcas.

La expresión de la señora Rolliver pasó de la vaga compasión al interés concentrado.

—Supongo que esto es muy divertido. ¿Sales mucho con el círculo americano?

Undine vaciló durante una fracción de segundo.

—Algunos son muy divertidos. Pero sobre todo quiero que conozcas a mi amigo el marqués Roviano; es de Roma. Y a una austriaca encantadora, la baronesa Adelschein.

Un velo de desconfianza nubló el rostro de Indiana.

—No sé si tengo muchas ganas de conocer a extranjeros —dijo con indiferencia.

Undine sonrió; al fin podía darle a Indiana una «opinión» tan valiosa como cualquiera de las suyas sobre el divorcio.

—Bueno, algunos son muy atractivos; y a través de ellos conocerás a los americanos.

Indiana lo cazó al vuelo; Undine empezaba a ver por qué a pesar de todo alcanzaba sus objetivos.

—Me encantará conocer a tus amigos —dijo, besando a Undine, que respondió con otro beso y dijo:

—Sabes que haría cualquier cosa por ti.

Indiana se separó y la miró con una mueca cómica y levemente preocupada.

—Bueno, eso es mucho pedir. Aunque sí puedes hacer una cosa por mí, querida: ¡por favor deja en paz al señor Rolliver!

— ¿Al señor Rolliver? ¡Dios mío! —Undine se echó a reír, dando a

entender que se lo tomaba completamente a broma—. ¡Es un modo agradable de recordarme que siempre has sido mucho más guapa que yo!

Indiana le lanzó una mirada aguda.

—Millard Binch no opinaba lo mismo... ni siquiera al final.

— ¡Ah, pobre Millard! —Las sonrisas de ambas se mezclaron fácilmente ante el recuerdo común y, una vez más, ya en la puerta, Undine abrazó a su amiga.

A la luz de la tarde otoñal, Undine se detuvo un momento en la entrada del Nouveau Luxe para ver sin ningún objeto en particular el espléndido espectáculo del que ella ya no parecía formar parte.

Muchos de sus viejos amigos estaban de vuelta en París: los Shallum, May Beringer, Dicky Bowles y otros nómadas con destino a Occidente que se quedaban algún tiempo en la ciudad para disfrutar de la moda y los teatros antes de regresar a toda prisa a inaugurar la temporada en Nueva York. Un año antes Undine no habría tenido dificultad alguna para introducir a Indiana Rolliver en su círculo de amigos, un grupo sobre el cual sus propias aspiraciones ya batían un ala impaciente. Sin embargo, su posición en él era ahora demasiado precaria para introducir a su protectora. Sus amigos de Nueva York no ocultaban que, en su opinión, el divorcio de Undine había sido un error garrafal. Su lógica era la de Apex a la inversa. Puesto que no estaba «segura» de Van Degen, ¿por qué demonios había echado por la borda una posición que sí tenía garantizada? La señora Shallum, en particular, no tuvo ningún reparo en planteárselo abiertamente.

—Chelles estaba prendado de ti... y te habría presentado a todo el mundo. Yo creía que estabas loca por conocer a la gente elegante de Francia; me parecía que Harvey y yo ya no éramos suficiente para ti. ¡Y tú te has empeñado en fastidiarlo todo! Naturalmente que lo siento muchísimo por ti; de lo contrario no te hablaría con tanta franqueza. Debes estar terriblemente deprimida. Ven a cenar esta noche... aunque, si no te importa, preferiría que escogieras cualquier otra noche. Olvidaba que he invitado a los Driscoll, y podría ser incómodo... para ti.

En otros círculos aún era bienvenida, al principio incluso más que antes: principalmente en el círculo en el que se proponía presentar a Indiana Rolliver. Roviano, madame Adelschein y algunos otros espíritus libres de su antiguo grupo de St. Moritz aparecieron en París al terminar la temporada de balnearios, y enseguida coincidieron con ella y se mostraron muy interesados por su liberación. Por alguna razón misteriosa, Undine les parecía ahora más disponible, y descubrió que en su papel de americana divorciada incluso la consideraban candidata a ese círculo más íntimo y reducido de su laxa

asociación. En un primer momento no entendía por qué merecía este privilegio, pero una creciente iluminación la empujaba a rebelarse contra el puritanismo de Apex, que, no obstante algunas concesiones y componendas, aún pesaba tanto en ella.

Fue completamente sincera cuando le dijo a Indiana Rolliver que no era «una mujer inmoral». Nunca le atrajeron los placeres por los que otras corrían ese tipo de riesgos, y ni siquiera le divertía que los demás pensaran lo contrario. Lo que ella perseguía, con insistencia y con pasión, eran dos cosas que a su juicio debían coexistir en una vida ordenada: diversión y respetabilidad; y, a pesar de su apariencia sofisticada, su idea de la diversión seguía siendo tan inocente como cuando se subía a la verja del fontanero con Indiana Frusk.

Por eso no le agradaba en absoluto verse incluida entre los íntimos de madame Adelschein. Le avergonzaba ver que se esperaba de ella que fuese «rara» y «diferente», que respondiera a las claves secretas y lanzara insinuaciones, que se asociara con lo equívoco y lo subterráneo, fingiendo despreciar las ingenuas alegrías a plena luz que realmente satisfacían su espíritu. Sin embargo, el instinto empresarial que nunca llegaba en ella a adormecerse le indicaba que no era momento para andarse con escrúpulos. Debía sacar el mayor provecho de lo que tenía mientras no se presentara la oportunidad de conseguir algo mejor, y el mejor modo de utilizar a sus turbios amigos era exhibir su condición nobiliaria ante los deslumbrados ojos de la señora Rolliver.

Con este propósito en mente se apresuró a reunir en un elegante salón de té de la Rue de Rivoli a los miembros más distinguidos del grupo en presencia de Indiana; y su felicidad habría sido perfecta si de pronto no hubiera visto a Raymond de Chelles, sentado en la otra punta del salón.

No había visto a Chelles desde su regreso a París. Le pareció preferible fiar su encuentro al azar, y la ocasión habría sido tan buena como cualquier otra de no haber sido porque entre las acompañantes de Chelles figuraban dos o tres de las damas más sobresalientes del exquisito barrio situado al otro lado del Sena. Era eso lo que Undine, en los momentos de desánimo, achacaba a su «mala suerte»: que una de ellas fuera ni más ni menos que la odiada señorita Wincher de Potash Spring, convertida a la sazón en marquesa de Trézac. Undine sabía que Chelles y sus compatriotas, aunque escandalizados por sus acompañantes europeos, se mostrarían completamente ajenos a la presencia de la señora Rolliver; pero un gesto del monóculo de madame de Trézac podría poner a Indiana en su lugar, y con ello el grupo entero caería en desgracia.

Todo esto le pasó por la cabeza al ver la expresión con que Chelles indicaba que la había reconocido. De haberse producido el encuentro en

condiciones más favorables, sus efectos habrían podido ser sustancialmente mejores. Tal como estaban las cosas, la cantidad de gente que había en el salón y la distancia que separaba sus mesas parecía excusa suficiente para que Chelles limitara su saludo a una entusiasta inclinación de cabeza; y Undine volvió a su hotel tremendamente abatida tras este primer intento de reconstruir su pasado.

Lo que pasó en los días siguientes no le levantó el ánimo. Se mantuvo en primer plano del círculo de Indiana, cultivando con el señor Rolliver, rara vez visible, una admiración impersonal por el estadista atemperada por la más correcta indiferencia al hombre. Indiana parecía reconocer sus esfuerzos y tranquilizarse ante los resultados, pese a lo cual no daba indicio alguno de recompensar a su amiga. Esta se resistió a preguntar durante algún tiempo, hasta que una tarde, después de instruir a Indiana sobre los más hondos misterios del carácter parisino y la importancia del servicio, pensó que el estado de confidencialidad generado le permitía aludir discretamente a su acuerdo.

Indiana se recostó entre los almohadones con una risa incómoda.

— ¡Ay, querida mía! Pensaba decírtelo... Me terno que no es posible. Me refiero a la cena. El señor Van Degen te ha visto conmigo, y nada más invitarlo lo adivinó...

—Lo adivinó... ¿y no vendrá?

—Pues no. No vendrá. Lamento comunicártelo.

—Ah... —Undine soltó algo parecido a una carcajada—. Supongo que, si tiene tanta intimidad contigo como para decirte eso, te habrá contado algo más... algo que justifique su comportamiento. No es posible; ni siquiera Peter Van Degen podría limitarse a decirte: «No quiero verla».

La señora Rolliver vaciló, visiblemente incómoda; tanto que lamentó haber intervenido.

— ¿Te dijo algo más? —insistió Undine—. ¿Te dio alguna razón?

—Dijo que tú tendrías que saberlo.

— ¡Qué mezquino... qué mezquino! —Undine temblaba, presa de una de sus rabietas infantiles, de uno de esos arrebatos de furia destructora que aterrorizaban al señor y a la señora Spragg cuando era una encantadora niña de rizos dorados, como un ángel. Pero la vida le había enseñado un poco de la disciplina que sus padres no supieron inculcarle, y se recompuso, con un suspiro de dolor—. Está claro que lo han vuelto contra mí. Su mujer cuenta con el apoyo de todo Nueva York, mientras que yo no tengo a nadie; pero sé que si pudiera verlo todo se arreglaría.

Indiana no respondió, y Undine insistió, sin poder reprimir su antiguo ardor:

— ¡Si no eres capaz de hacer esto por mí, Indiana Rolliver, ahora mismo me presentaré en su hotel! ¡Y lo esperaré en el vestíbulo hasta que me vea!

Su amiga levantó una mano en señal de protesta.

—No, Undine... ¡no hagas eso!

— ¿Por qué no?

—Bueno... yo no lo haría; nada más.

— ¿Tú no lo harías? ¿Por qué no lo harías? Dame una razón. —Undine la miró, enarcando las cejas—. Si no hubiera una razón no habrías cambiado tanto desde nuestra última conversación. Entonces estabas de acuerdo en que yo tenía derecho a pedirle que me viera.

Con ligera sorpresa, Undine vio que Indiana no hacía ningún esfuerzo por eludir el desafío:

—Sí, entonces estaba de acuerdo. Pero ahora sé que no te haría ningún bien.

— ¿Hasta ese punto lo han vuelto contra mí? ¡Eso no me importa! Yo lo conozco... Sé que puedo recuperarlo.

—Ése es el problema —Indiana la miró con fría compasión—. No se trata de que nadie lo haya vuelto contra ti. Es peor que eso...

— ¿Qué podría ser peor?

—Me odiarás si te lo digo.

— ¡En ese caso más vale que consigas que me lo diga él mismo!

—No puedo. Lo he intentado. El problema eres tú... algo que hiciste. Algo que ha averiguado sobre ti...

Undine tuvo que sujetarse a los brazos del sillón para contener un ataque de ira.

— ¿Sobre mí? ¡Qué falsedad! ¡Pero si yo nunca he mirado a ningún otro...!

—No tiene nada que ver con eso —dijo Indiana, sacudiendo la cabeza con pesar, como si lamentara una insospechada cerrilidad moral en Undine—. Es por cómo te portaste con tu marido.

—Yo... mi... ¿con Ralph? ¿Y él me reprocha eso? ¿Peter Van Degen es quien me lo reprocha?

—Te reprocha una cosa en concreto. Dice que el día que te fuiste con él el año pasado habías recibido un telegrama de Nueva York, donde te pedían que regresaras enseguida junto al señor Marvell, porque estaba muy enfermo.

— ¿Cómo demonios lo sabe? —gritó Undine, sin poder contenerse.

—Entonces, ¿es verdad? —exclamó Indiana—. Ay, Undine...

Undine enmudeció y la rabia se congeló en sus labios, convertida en terror.

La señora Rolliver le dirigió la mirada de reproche propia de la benefactora decepcionada.

—Cuando me lo dijo yo no lo creí; jamás se me habría ocurrido pensar eso de ti. ¡Cuando ni siquiera habías solicitado el divorcio!

Undine no hizo el menor intento de negar la acusación y tampoco se defendió. Se perdió por un momento en la búsqueda de una prueba inasible; algo que explicara esta última y monstruosa perversidad del destino. De pronto se puso en pie, muy seria.

—Seguro que se lo han dicho las Marvell... ¡esas bestias! —Se sintió aliviada al decirlo.

—Fue la hermana de tu marido... ¿cómo dijiste que se llamaba? Al ver que tú no respondías al telegrama le envió otro al señor Van Degen para que averiguase dónde estabas y te dijera que volvieras de inmediato.

Undine la miró fijamente.

— ¡Nunca lo hizo!

—No.

— ¿Y eso no prueba que todo es una farsa?

Indiana negó con la cabeza.

—No te dijo nada porque él estaba contigo cuando recibiste el primer telegrama, y tú le dijiste que era de tu cuñada, que te daba la lata como de costumbre para que volvieras a casa; y cuando te preguntó si decía algo más tú dijiste que no.

Undine, que la escuchaba con la máxima atención, reaccionó dando un salto.

—Por lo tanto lo sabía desde el principio... ¿lo ha reconocido? ¿Y en ese momento no le importó lo más mínimo? —Se volvió hacia su amiga, casi victoriosa—. ¿Por casualidad te ha explicado eso?

—Sí —dijo Indiana, con una paciencia casi solemne—. Dice que fue tomando conciencia gradualmente. Un día que no se encontraba demasiado

bien, se preguntó: “ ¿Me haría lo mismo a mí si me estuviera muriendo?». Y a partir de ese momento nunca volvió a sentir lo mismo por ti. —Indiana bajó los párpados enrojecidos—. Los hombres también tienen sus sentimientos... aunque se dejen llevar por la pasión. —Y tras una pausa añadió—: Creo que no puedo culparle, Undine. Tú eras su ideal.

Capítulo XXV

En el curso de los meses siguientes, Undine Marvell conoció toda la amargura acumulada del fracaso. Pasado el mes de enero las hordas de compatriotas a la deriva se desperdigaron en todas las direcciones, y un cielo bajo y gris devolvió a París la dureza de su personalidad invernal. Undine, que desde su rincón cada vez más solitario observaba hasta el más leve signo de renacimiento social, se sentía tan varada y perdida como al término de los improductivos veranos de su niñez. No es que careciera de alternativas, pero la sensación de tantas cosas perdidas privaba a las demás de todo su sabor. Habría podido sumarse a alguno de los grupos migratorios que emprendieron el vuelo hacia Italia o Egipto, pero la perspectiva de viajar no le parecía en sí misma atractiva y tampoco veía en ella ningún beneficio social. Carecía de la curiosidad del aventurero que busca una oportunidad en lo desconocido, y, aunque era capaz de trabajar con denuedo en pos de un objetivo, esto exigía distinguir los obstáculos con tanta claridad como el premio.

Su único deseo era recuperar algo con un valor exactamente equivalente a lo perdido desde que dejó de ser la mujer de Ralph Marvell. Su nueva tarjeta de visita, con su nombre de pila en lugar del apellido de su marido, era como el cuño de una moneda devaluada, que testificaba su depreciado valor de cambio. La estrechez, económica, los días vacíos, todas los pequeños inconvenientes de su vida no eran nada frente a la sensación de pérdida de privilegios. Aun en el reducido espacio del invierno parisino podía encontrar un hueco en algún mundo más o menos extrasocial, pero ninguna de sus tentativas en esta dirección le deparó un placer proporcional al posible menoscabo resultante. Temía que la relacionaran con «gente dudosa» y en cualquier acercamiento amistoso percibía el olor de la deshonra. Las atenciones más insistentes de un par de hombres a los que ya conocía inflamaban su orgullo herido, y por primera vez en la vida sintió que incluso la soledad era preferible a cierta clase de compañías.

Como la mala salud era el pretexto más plausible para su reclusión, casi fue un alivio comprobar que de verdad se encontraba cada vez más «nerviosa» y que dormía mal. El médico que la visitó le aconsejó algún lugar tranquilo en

la Riviera, no demasiado cerca del mar; y hacia allí se encaminó en los primeros días de diciembre con su doncella y un ómnibus cargado de equipaje.

Su destino la desconcertó por lo pequeño y tranquilo, y los primeros días tuvo que luchar contra las ganas de huir. Nunca había conocido un mundo más anodino y negativo que el gran hotel blanco donde todo el mundo se acostaba a las nueve y la única alternativa a un lento viaje en coche por carreteras polvorientas era un paseo en burro por las pedregosas laderas. Este tipo de ejercicio era demasiado estimulante para muchos de los huéspedes de este templo del reposo que preferían pasar las horas sentados en el jardín, bajo las palmeras, jugando a las cartas, bordando o leyendo viejos volúmenes de Tauchnitz. Al inspeccionar las estanterías del hotel, en un arrebato de desesperación, Undine comprobó que apenas había un ejemplar completo, lo cual no parecía desalentar a los lectores, que seguían alimentando su ocio con cualquier ficción mutilada y de cuando en cuando levantaban la vista con suspicacia para mirar a la recién llegada, que arrastraba sus frívolas faldas sobre la grava del jardín. Sus vecinos eran de distintas nacionalidades, sus diferencias de raza quedaban anuladas por el sello de una mediocridad común. Cualquier distinción de lengua, costumbre o fisonomía se diluía en su profunda insignificancia colectiva, que era como un vínculo secreto, con los múltiples signos y contraseñas de su ignorancia y su mediocridad. No era la heterogénea medianía del hotel de verano en América, donde la ausencia de un patrón es lo más parecido a un vínculo, sino un embotamiento organizado y codificado, plenamente consciente de sus derechos y firme en la ignorancia deliberada de los demás.

Undine tardó algún tiempo en acostumbrarse a este ambiente, y entretanto rabió, se preocupó y se exhibió, o se entregó a largos períodos de infructuosa reflexión. A veces una llama de ira se encendía en su interior, iluminando lúgubrememente el camino que había recorrido y el muro contra el que al fin topó. Otras veces pasado y presente quedaban envueltos por una niebla gris de rencor que distorsionaba y desdibujaba hasta su propia imagen en el espejo por las mañanas. Había días en que todos los rostros juveniles tenían un regusto a veneno, pero cuando se comparaba con los ejemplares femeninos absortos en sus lánguidos quehaceres bajo las palmeras, o cuando éstos la miraban al cruzarse en el vestíbulo o en las escaleras, se animaba y corría en busca de su doncella para vestirse con lo más nuevo y lo más vivo. Estos triunfos eran sin embargo inútiles. Cada vez que acometía un ataque contra la organizada censura de la comunidad sentía que perdía terreno, y al día siguiente se quedaba en la cama y pedía comidas caprichosas, que su doncella retiraba más tarde intactas con instrucciones de transmitir las oportunas quejas al director.

Los acontecimientos del último año, que no cesaban de darle vueltas en la cabeza, dejaban en ocasiones de ser motivo de crítica o de justificación para

convertirse en una monótona sucesión de meras imágenes. Cuando caía en estos estados de ánimo, revivía hora tras hora los incidentes de su fuga con Peter Van Degen, esa parte de su carrera que, por haber resultado un fracaso, parecía menos propia de ella y era por tanto más difícil de justificar. Se había marchado con él y había vivido con él dos meses: ella, Undine Marvell, para quien la respetabilidad era la base de la vida, para quien ese tipo de locuras habían sido siempre incomprensibles y por tanto inexcusables. Había hecho algo así de increíble y lo había hecho por una razón que en su momento le pareció tan clara, tan lógica y libre de falsos sentimentalismos como cualquiera de las aventuras financieras de su padre. Se trataba de una apuesta arriesgada, pero calculada con tanto celo como el más feliz de los «golpes» en Wall Street. Se había marchado con Peter porque, tras aquella escena decisiva en la que tuvo que poner a prueba su poder, entregarse a él le pareció el medio más seguro para alcanzar la victoria. Incluso una inteligencia tan práctica como la suya percibía que una inmediata partida a Dakota resultaría demasiado calculada, y con el fin de preservar su honor se convenció de que era realmente su mujer, y en modo alguno podía acusársela si la ley tardaba en ratificar el vínculo.

Seguía convencida de la justeza de su razonamiento, pero ahora comprendía que no había sopesado ciertos riesgos. La vida con Van Degen le enseñó muchas cosas. Vagaron juntos, gastando enormes sumas de dinero, cada vez más dinero; por primera vez Undine podía comprar todo cuanto se le antojaba. Esto la tuvo ocupada y entretenida por algún tiempo, pero ahora comprendía que su compañero tenía una visión distinta de su relación. El sólo quería un vínculo inconfesado, protegido por la presencia de la señora Shallum y la indiferente tolerancia de Clare, y sólo con tales condiciones habría estado dispuesto a iluminar su aventura con el resplandeciente brillo de la notoriedad. Pero, cuando a Undine le dio por comportarse como una colegiala sentimental, Peter decidió envolver su romance en el misterio, y ocultaba su relación con tanto celo como ella se mostraba inclinada a airearla. En las «poderosas» novelas que Popple se complacía en prestarle, Undine se había encontrado frecuentemente con el tipo de heroína que desprecia el amor clandestino y proclama la cualidad sagrada de la pasión y el deber moral de obedecer a su llamada. Le habían impresionado estos argumentos, al parecerle que justificaban e incluso ennoblecían su trayectoria, y le explicaba a Peter que actuaba movida por el noble deseo de unir públicamente su vida a la de él; pero Van Degen recibía estas alusiones con una plácida oposición e insistía en tratarla como si su viaje fuera de esas aventuras que un hombre de mundo estaba obligado a ocultar. Undine esperaba que la llevase a todos los lugares donde las parejas como ellos se libran del constante escrutinio ajeno y pueden divertirse en los restaurantes y en las mesas de juego; pero él la llevó a los rincones más recónditos de Europa, rehuyendo los hoteles de moda y los

balnearios concurridos, y haciendo gala de un ingenio para detectar los lugares menos visitados en temporada baja que confirió a su periplo un extraño parecido con el melancólico viaje de bodas con Ralph.

Undine no dejó de recordar en ningún momento que el objetivo final de esta segunda luna de miel era el tribunal de Dakota donde obtendría su divorcio, y sus alusiones al respecto eran tan frecuentes como la prudencia permitía. A Peter no parecía molestarle. Respondía con muestras de creciente ternura o le regalaba una nueva joya; y, aunque ella no recordaba que él hubiera sacado voluntariamente en ningún momento el tema de su matrimonio, tampoco se mostraba reacio a las repetidas menciones que le hacía. Sencillamente daba la impresión de hallarse demasiado anclado en el bienestar del presente para pensar en el futuro, y Undine lo atribuyó a su incapacidad para proyectar el placer más allá del momento inmediato. Su misión consistía en hacerle cada uno de sus días tan agradables que llegado el último él percibiera el vacío inminente y decidiera evitarlo actuando con la máxima celeridad; y cuando creyó haber alcanzado este punto cargó sus baúles y emprendió camino hacia Dakota.

La siguiente imagen correspondía a sus meses de aburrimiento en la ciudad de los divorcios, donde, para huir de la soledad y evitar comentarios, unió su suerte a la de Mabel Lipscomb, que acaba de llegar con el mismo propósito.

Al principio Undine sintió lástima por su amiga, pues su empresa tenía visos de ser mucho menos brillante, pero la compasión no tardó en ser sustituida por la irritación que le causaba la ilimitada vulgaridad de Mabel, cuya ostentosa satisfacción consigo misma y con su entorno empezaba a invadir hasta el último rincón de su hogar provisional. A lo largo de aquellos primeros meses de exilio sostuvo a Undine una plena confianza en su futuro. Se separó de Van Degen con la certeza de que se casaría con ella, y el hecho de que la señora Lipscomb careciera de la fuerza que proporciona una esperanza similar hizo que todo le resultara mucho más soportable. Casi se avergonzaba de que Mabel, a quien nadie cortejaba, fuese testigo de su felicidad, y planeó enviarla de viaje a Denver cuando Peter anunciara su llegada; pero pasaban las semanas y Peter no aparecía. Mabel se portó bastante bien en conjunto. En su entusiasmo inicial, Undine le confió a su amiga todas sus esperanzas y sus planes, y Mabel no se aprovechó de su confianza. Incluso actuó con tacto, a su manera estridente y burda, con un tacto que retumbaba y zumbaba incesantemente alrededor de la cabeza de su víctima. Un día Mabel anunció que había invitado a cenar a un caballero de Little Rock al que había conocido a través de su abogado y que se encontraba en Dakota por los mismos motivos que ellas.

El caballero de Dakota fue a cenar, y en cuestión de una semana Undine constató que Mabel ya tenía el futuro asegurado. Si Van Degen hubiera estado

allí, se habría reído con él de la pobre Mabel, por encapricharse de un hombre tan ordinario. Pero Van Degen no estaba. No daba señales de vida ni le hacía llegar ninguna disculpa; simplemente no aparecía. Y fue Undine quien, llegado el momento, tuvo que hacer sitio al pretendiente de Mabel y retirarse al piso de arriba para leer una novela mientras abajo, en la sala de estar, se escenificaba la historia de amor real.

Undine tenía que reconocer que, incluso entonces, Mabel se había portado «de maravilla». Aunque es relativamente fácil portarse de maravilla cuando una consigue lo que quiere mientras la otra, que no siempre se ha mostrado del todo amable, no lo logra. Y la magnanimidad de la señora Lipscomb tuvo como resultado global que, el día de su partida, cuando tiró de Undine con la mano en la que brillaba su nuevo anillo de compromiso, ésta la odió tanto como odiaba su inútil exilio en aquel páramo.

Capítulo XXVI

La secuencia visual de Undine pasó más tarde al episodio de su regreso a Nueva York. Se alojó en el Malibran con sus padres, puesto que pasaba por un momento de ardiente conformismo, y el hecho de poder decir: «Estoy aquí con mi padre y mi madre» compensaba aún las incomodidades de vivir en lugar tan deprimente. Pese a todo, fue una espina más en su orgullo el que sus padres —por las más mezquinas razones materiales— no pudieran trasladarse con ella a uno de los grandes hoteles de la Quinta Avenida. Cuando Undine lo sugirió, el señor Spragg replicó muy brevemente que, tras lo mucho que se había gastado en su divorcio, no podía ofrecerle nada mejor; y la noticia arrojó una sombra aún más profunda sobre el futuro de Undine.

Sin embargo, no era el momento de ponerse «nerviosa»; los últimos meses le habían enseñado demasiadas cosas duras para pensar siquiera en recurrir a sus métodos juveniles. Y algo le decía que su intento sería inútil. Sus padres parecían mucho mayores, se les veía cansados y derrotados, como ella.

Padres e hija soportaron su fracaso común en un silencio común que sólo se rompía ocasionalmente cuando la señora Spragg hablaba de su nieto. Pero sus anécdotas sobre Paul daban paso a un silencio aún más profundo. Undine no quería hablar de su hijo. Podría olvidarlo cuando, según decía ella, las cosas «se encarrilaran», pero en los momentos de desánimo pensar en él sólo aumentaba su amargura, y era ésta una amargura sutilmente distinta y más difícil de aplacar. No se le ocurrió tratar de quedarse con el niño. Tenía la vaga sensación de que los tribunales le habrían concedido su custodia, pero en ningún momento llegó a pensar seriamente en solicitarlo. La deteriorada

posición de sus padres, sumada a la incertidumbre de su propio futuro, la llevaban a considerar el cuidado de Paul como una carga adicional, y mitigó su aprensión diciéndose que el niño estaría mejor con la familia de Ralph y que la generosidad con que ella anteponía el bienestar de su hijo al suyo propio resultaba conmovedora. La pobre señora Spragg suspiraba por su nieto y tuvo la torpeza de proponer que la señora Heeny fuera a buscarlo «para que pudieran verlo un rato», pero Undine se negó. «Por nada del mundo pienso pedirles ningún favor; están deseando que se les presente la ocasión de mostrarme su desprecio», declaró orgullosamente. Le dolía sin embargo estar tan cerca de su hijo y no poder verlo, y por primera vez la asaltaron desagradables dudas en cuanto a su propia responsabilidad en tanta desgracia. Se había alejado voluntariamente de su círculo social, y la única persona a la que podía culpar con satisfacción era la misma hacia la que ahora su pensamiento se volvía con una ternura tardía. Era así como pensaba en Ralph. Su orgullo, su discreción, todas las manifestaciones secretas de su entrega, sus tonos de voz, sus maneras tranquilas, incluso su desconcertante ironía: todo eso le parecía a Undine, por contraste con lo que ahora conocía, las cualidades esenciales para su felicidad. Sólo se consolaba atribuyendo el final de una unión tan perfecta a su mala suerte, a la pobreza y a la incesante animosidad de la familia Ralph, hasta que poco a poco se figuró que ambos habían sido las víctimas de oscuras maquinaciones, y cuando hablaba de él lo disculpaba, insinuando que «todo podría haber sido distinto si “la gente” no se hubiera interpuesto entre ellos».

Llegó a Nueva York en plena temporada, y el temor a encontrarse con personas conocidas la obligó a encerrarse en su habitación del Malibran, donde mataba el tiempo leyendo novelas y rumiando posibles soluciones. Intentaba evitar los periódicos, pero éstos formaban parte de la dieta básica de sus padres, y de vez en cuando cogía uno, sin poder contenerse, y buscaba las páginas de Sociedad. De su lectura deducía que la temporada era la más divertida que Nueva York había conocido hasta la fecha. Los señores de Harmon B. Driscoll, el joven Jim y su mujer, los señores de Thurber Van Degen y los Elling, junto al resto de los potentados de la Quinta Avenida, parecían tener sus puertas permanentemente abiertas a un continuo trasiego de invitados, entre quienes figuraban Grace Beringer, Bertha Shallum, Dicky Bowles y Claud Walsingham Pople, que entraban y salían con la fastidiosa uniformidad de los personajes en un desfile.

También se hablaba de Peter Van Degen. Había estado recorriendo el mundo, y Undine no podía abrir un periódico sin encontrar alguna alusión sus viajes. Reparó además en que, desde su regreso, el nombre de Van Degen aparecía siempre asociado al de su mujer: todo parecía indicar que Peter y Clare celebraban la vuelta a casa con una interminable sucesión de fiestas, lo cual la llevó a pensar que él tenía motivos para mostrar ante el mundo esa

imagen de armonía conyugal.

Los recortes de la señora Heeny le procuraban los detalles que se le pasaban por alto en sus lecturas, y un día la masajista se presentó con un largo artículo del principal periódico de Little Rock, donde se relataba la magnífica boda de Mabel Lipscomb —ahora señora de Homer Branney— y su viaje a «la costa» en su coche privado. A Undine le pareció el colmo, y a la mañana siguiente se levantó más temprano que de costumbre, se puso su vestido más favorecedor y salió a dar un paseo rápido por el parque, del que regresó proponiéndole a su padre que la acompañara a la ópera esa noche.

El señor Spragg la miró con el ceño fruncido.

— ¿Quieres decir que te reserve un palco?

—No, no. —Undine se sonrojó al recordar el desdichado incidente; además, ahora sabía que la gente más elegante y amante de la música ocupaba el patio de butacas—. Sólo quiero dos buenas butacas. No veo por qué razón tengo que vivir encerrada. Quiero que vengas conmigo —añadió.

Su padre recibió esta última solicitud sin hacer comentarios, como si hubiera perdido la capacidad de asombro. Pero esa tarde, a la hora de cenar, se presentó con un traje suelto y bien planchado que probablemente no se había puesto desde la última vez que cenó con su suegro, y Undine y él se marcharon juntos, mientras la señora Spragg los veía partir con la triste mirada de Hécuba.

Sus butacas se encontraban en el centro del teatro, rodeadas por el amplio arco de palcos hacia donde Undine dirigía su mirada en los lejanos días del Stentorian. Todos le parecían entonces fundidos en un resplandor indistinguible, mientras que ahora encontraba en ellos abundantes detalles familiares: veía muchos rostros conocidos, y cada palco parecía conservar una parte de su pasado. Al principio temió que alguien la reconociera, pero al comprobar que nadie se fijaba en ella, que no era sino un elemento invisible en la multitud excluida del escrutinio de los anteojos, sintió el desafiante deseo de hacerse notar. Terminada la representación, su padre quiso salir del teatro por la puerta por la que habían entrado, pero Undine lo condujo hacia la entrada de los abonados, abriéndose paso entre las damas enjoyadas y cubiertas de pieles que aguardaban la llegada de sus coches. «¡Ay, me he equivocado de puerta...! Bueno, no importa, iremos andando hasta la esquina para coger un taxi». Lo dijo en voz alta, para que pudieran oírla. Dos o tres cabezas se volvieron entonces, y la mirada de Undine se cruzó con la de Dicky Bowles, que la saludó riendo, con una inclinación de cabeza. La mujer que lo acompañaba miró, se sonrojó y asintió de un modo apenas perceptible. Justo detrás de ella se encontraba la mujer de Chauncey Elling, vestida de púrpura y tocada con plumas, que se quedó mirando, entreabrió los labios y se volvió para

comunicar algo muy importante al joven Jim Driscoll, quien sin querer levantó la vista, se cuadró y se abstrajo en un punto lejano, como hacen los asistentes a un funeral. Tras ellos Undine distinguió a Clare Van Degen; estaba sola, pálida y lánguida. “ ¿Debería acercarme a saludarla?», se preguntó. Cierta intuición le indicaba que Clare tal vez fuera la única de todas las mujeres allí presentes que la recibiría con amabilidad; pero no se decidía, y de pronto vio pasar a la señora de Harmon Driscoll del brazo de Popple. Popple se puso como la grana, carraspeó y dirigió una despótica seña al lacayo de la señora Driscoll. Al mirar de soslayo, Undine recibió el saludo de Charles Bowen, y tras él detectó a otros dos o tres conocidos, en cuyos rostros pudo ver sorpresa, curiosidad y el deseo de manifestar que se alegraban de verla. Pero ella se agarró del brazo de su padre y lo guio entre el barullo de coches y voces de policías.

Ni el señor Spragg ni Undine pronunciaron palabra de vuelta al hotel; sin embargo, una vez en el Malibran, su padre la siguió hasta su habitación. Undine se había quitado la capa y estaba frente al espejo del armario, estudiando su reflejo, cuando lo vio aparecer a sus espaldas y detenerse para mirarla.

— ¿De dónde has sacado ese collar?

El cuello de Undine se tiñó de rosa bajo el círculo de perlas brillantes. Era la primera vez desde que volvió a Nueva York que se ponía un vestido escotado, dejando a la vista las perlas que siempre llevaba consigo. Undine no contestó, y su padre dijo:

— ¿Te lo regaló tu marido?

— ¡Ralph! —Undine no pudo contener la risa.

— ¿Quién, entonces?

Undine guardó silencio. Lo cierto es que no había pensado en las perlas, más allá del placer consciente que le producía poseerlas; y su padre, generalmente poco observador, era la persona menos probable para plantear la incómoda cuestión de su procedencia.

—Bueno... —empezó, sin saber qué decir.

—Creo que deberías devolvérselas a su propietario —continuó el señor Spragg, en un tono desconocido para su hija.

— ¡Son mías! —respondió airadamente.

Él la miró como si se hubiera vuelto de pronto insignificante y pequeña, y mientras salía de la habitación, dijo:

—Más vale que mañana a primera hora se las hagas llegar a Peter Van

Degen.

Por lo que Undine alcanzaba a recordar, era la primera vez que su padre le daba una orden, y el modo en que cerró la puerta le produjo la clara sensación de que él daba el asunto por zanjado y ella estaba obligada a obedecer. Se quitó las perlas y las tiró con rabia. La humillación que el señor Spragg acababa de infligirle se mezcló con la humillación a la que ella misma se había expuesto al asistir a la ópera, y en ese momento odió su vida como nunca la había odiado.

Pasó la noche sin pegar ojo y preguntándose míseramente qué hacer; y del odio a su vida y el odio a Peter Van Degen surgió gradualmente el desprecio de las perlas. ¿Cómo es que las había conservado, cómo es que seguía llevándolas alrededor del cuello? Sólo sus preocupaciones le habían impedido no reparar en la humillación que representaba exhibir el precio de su vergüenza. Las novelas habían llenado su cabeza con el vocabulario de la virtud escandalizada y sus patéticas alusiones a la fragilidad femenina; y mientras se compadecía de sí misma, vio a su padre como un héroe. La llenó de orgullo saber que contaba con un hombre como él para defenderla, y se alegró de tener en su mano el poder de manifestarle a Van Degen su desprecio, devolviéndole las joyas.

Este ardiente arrebató de dignidad se enfrió poco a poco, y una vez más sólo quedó el sombrío problema de encarar el futuro. La visita a la ópera le dejó bien claro que no podía quedarse en Nueva York. No tenía ni la habilidad ni las fuerzas para combatir esa alianza de indiferencia; tenía que salir de allí inmediatamente y empezar de nuevo. Pero la falta de dinero era un obstáculo, como siempre. El señor Spragg ya no estaba en situación de proporcionarle la asignación que le había concedido durante sus primeros años de matrimonio, y puesto que Undine no tenía ni hijo ni casa, tampoco podía quejarse de que él le hubiera reducido sus ingresos. La cantidad que recibía era, aún con el complemento de su pensión alimenticia, ridícula e insuficiente. No es que Undine pensara en un futuro lejano, pero siempre se había sentido predestinada a la comodidad y el lujo, y no se le había ocurrido que en lo sucesivo tendría que conformarse con lo mismo. Necesitaba desesperadamente dinero para pasar el año siguiente sin angustia.

Cuando le llevaron la bandeja con el desayuno la devolvió intacta y se quedó en la cama, en la habitación a oscuras. Sabía que cuando se levantara debía devolver las perlas, pero la idea había dejado de producirle satisfacción, y daba vueltas a cuál sería la mejor manera de hacérselas llegar a Van Degen.

Seguía en la cama cuando oyó la voz de la señora Heeny en el pasillo. Había evitado a la masajista, como a todas las demás personas de su pasado, pero la señora Heeny se había comportado con extremada discreción,

absteniéndose de cualquier alusión directa a la desgracia de Undine, aunque en su silencio iba sin duda implícita la crítica de un espíritu superior. Una vez más Undine había desoído su consejo de «ir despacio», y a la luz de los resultados era obvio que la advertencia estaba justificada. Fue precisamente la reserva de la señora Heeny lo que en ese momento la recomendaba como consejera, y levantándose de un salto, la llamó para que entrara.

— ¡Dios mío, Undine! ¡Parece que te hubieras pasado la noche velando un cadáver! —exclamó la masajista con su voz timbrada y rica en matices. Sin responder, Undine cogió las perlas y se las lanzó a la señora Heeny.

— ¡Menos mal que las he pillado! —La masajista se sentó en una silla y dejó que el collar se deslizara entre sus dedos ágiles y fuertes—. Llevas una auténtica fortuna alrededor del cuello, Undine Spragg.

Undine murmuró algo ininteligible.

—Quiero que las lleve a... —empezó a decir.

— ¿Llevarlas? ¿Adónde?

—Pues a... —Se detuvo asombrada por la simpleza con que la señora Heeny la miraba. Seguramente conocía la procedencia de las perlas, pero no se le ocurrió que la señora Marvell estuviera a punto de pedirle que se las devolviera a quien se las había regalado. Bajo la franca mirada de la señora Heeny, el asunto cobró un aspecto distinto, y a Undine empezó a parecerle increíble cómo se había plegado de inmediato a las órdenes de su padre. ¡Las perlas eran suyas, a fin de cuentas!

— ¿A que las ensarten de nuevo? —preguntó tranquilamente la señora Heeny—. Tratándose de perlas tan valiosas, más vale que no las pierdas de vista mientras lo hacen.

Una nueva idea cobró forma en la cabeza de Undine. No podía seguir luciendo las perlas; eso le parecía intolerable. Pero de pronto vio en qué podía convertirlas, y cuánto podría obtener por ellas. Y al momento dijo:

— ¿Cree que me darían algo por ellas?

— ¿Que si te darían algo? Pero si...

—Algo aproximado a lo que valen, quiero decir. Cuestan mucho dinero; son de la mejor joyería de París. —La sencillez de la señora Heeny permitía dar esa clase de explicaciones con relativa facilidad—. Quiero que intente venderlas por mí... que saque por ellas todo lo posible. Yo no puedo hacerlo personalmente... pero tiene que prometerme que jamás se lo contará a nadie —añadió, con la voz entrecortada.

—Pobrecita... no es la primera vez —dijo la señora Heeny, sopesando las

perlas en la palma de la mano—. Es una lástima; son una preciosidad. Pero ya tendrás otras —añadió, mientras el collar desaparecía en su bolso.

Días más tarde del mismo bolso salió un fajo de billetes lo suficientemente abultado para acallar definitivamente los celos de Undine. En ese momento no entendía cómo había dudado tanto. ¿Por qué juzgó necesario devolver las perlas a Van Degen? Él le debía mucho más de la suma relativamente pequeña que había obtenido por el collar. Ocultó el dinero en su vestido y cuando la señora Heeny se marchó a la habitación de su madre, sacó el fajo y contó los billetes, murmurando para sí: «¡Ahora puedo irme!».

Su único pensamiento era volver a Europa, pero no quería ir sola. La visión de su imagen solitaria entre la multitud que abarrotaba los transatlánticos en primavera en busca de placeres la mortificaba y a deprimía. Estaba segura de que se encontraría con personas conocidas, quienes la supondrían a la caza de una nueva oportunidad. Esta posibilidad repugnaba a su orgullo recobrado, y decidió que si se marchaba a Europa debía ir acompañada de sus padres. El proyecto era muy atrevido, y al exponerlo tuvo que enfrentarse a la ironía del señor Spragg en su espectro completo. Quiso saber éste qué se proponía hacer con él cuando estuvieran allí; si pensaba presentárselo a todos esos «antiguos reyes», qué aspecto creía ella que tendrían su madre y él en la corte y cómo se imaginaba que él iba a arreglárselas sin su periódico neoyorquino. A pesar de todo, Undine era consciente de que tenía «influencia» sobre su padre desde el día siguiente a su visita a la ópera, cuando él la llevo a un aparte para preguntarle “ ¿Has devuelto esas perlas?» y ella respondió con frialdad: «Se las he dado a la señora Heeny».

Tras un primer momento de sorpresa y resistencia, los padres de Undine, acaso halagados en su fuero interno por esta primera manifestación de que su hija los necesitaba, cedieron a su propuesta, cargaron sus baúles y se embarcaron estoicamente rumbo a un destino desconocido. Ni el señor Spragg ni su mujer habían salido antes del país, y hasta que no los vio mudos y perdidos en el muelle de Cherbourg, Undine no cayó en la cuenta del peso que había cargado al sacarlos de su ambiente. El señor Spragg nunca había sido físicamente activo, y en tierras extranjeras se sentía extrañamente inquieto, desvalido y dependiente de su hija. La señora Spragg superó su apatía crónica ante el temor de quedarse sola cuando su marido y su hija salían, aunque retrasaba y obstaculizaba sus excursiones al insistir en acompañarlos; sin embargo, por más que a Undine le desagradase esta visión, no tenía otra alternativa que la de «salir» con sus padres o quedarse encerrada con ellos en los concurridos hoteles a los que sucesivamente los iba trasladando.

Los hoteles eran las únicas instituciones europeas que de verdad interesaron al señor Spragg. Los consideraba manifiestamente inferiores a los de casa, pero despertaron en él una fascinante curiosidad estadística en cuanto

a su tamaño, su número, su precio y su capacidad para alojar y alimentar a las incalculables hordas de americanos. Recorría las galerías, las iglesias y los museos en un silencio tan imperturbable como el de su hija, mientras que en los hoteles nunca dejaba de investigar e interrogar a todo el que supiera hablar inglés, comparaba facturas, coleccionaba folletos y calculaba el coste de la construcción y la posible recuperación de la inversión. En la ausencia de un sistema de almacenamiento refrigerado encontraba una prueba más de la inferioridad europea, y tras constatar que no había comunicación telefónica entre las habitaciones dejó de sorprenderle que los extranjeros siguieran sin dominar los principios fundamentales para ahorrar tiempo.

Al cabo de unas semanas resultó evidente tanto para los padres como para la hija que esa asociación tan poco natural no podía prolongarse por mucho tiempo. La señora Spragg, que por naturaleza recelaba de lo nuevo y lo desconocido, llegó a desarrollar una especie de pánico permanente, mientras que el señor Spragg empezaba a deprimirse ante el increíble número de hoteles y su incalculable capacidad de alojamiento.

—Ya no digo que no son nada del otro mundo, todos ellos; es que además hay tantos que es una lata, y todos están a rebosar, vayas donde vayas. —Y en cualquier trozo de papel, en el reverso de las facturas y en los márgenes de los periódicos atrasados, empezaba a calcular el número de viajeros que podían alojarse, bañarse y comer simultáneamente en el continente europeo—. Quinientas habitaciones, trescientos baños... no, trescientos cincuenta baños, eso es; suponiendo que en dos tercios de las habitaciones se aloje el doble de gente... ¿Tú crees que puede llegar a tanto, Undie? Ese portero de Lucerna me dijo que los alemanes duermen tres en una habitación. Bueno, digamos que ochocientas personas; y tres comidas al día por cabeza; no, cuatro comidas, más esa merienda que hacen a media tarde; y en el último sitio donde estuvimos, en lo alto de esa montaña... ¡pero si había setenta y cinco hoteles juntos, y todos abarrotados! La verdad es que no entiendo de dónde sale tanta gente...

Llevaba así una cantidad de días que a Undine se le antojaba interminable, hasta que de pronto dijo:

—Oye, Undie, yo tengo que volver y ganar dinero para pagar todo esto.

Ninguno de los tres planteó que Undine regresara con ellos, y cuando los acompañó al barco, y vio sus rostros ligeramente aliviados fundirse entre los pañuelos que ondeaban a lo largo de la baranda, volvió sola a París e hizo el infructuoso intento de pedir ayuda a Indiana Rolliver.

Capítulo XXVII

Seguía dándole vueltas a este último fracaso cuando, una tarde, mientras deambulaba por la terraza del hotel, se acercó a ella una joven a la que había visto sentada junto a la silla de ruedas de una anciana que llevaba un bonete negro y arrugado y sostenía un divertido parasol de flecos con su mano deformada.

La joven, que era bajita, delgada y morena, vestía con un desinterés por la moda que contrastaba extrañamente con su maquillaje de color malva y los restos de color artificial en el pelo desarreglado y oscuro. Daba la impresión de tener distintas personalidades y de que la de ese momento llevara mucho tiempo guardada en el armario y acabaran de sacarla apresuradamente para la ocasión, juzgándola la más oportuna.

Con las manos en los bolsillos de la chaqueta y una agradable sonrisa en su cara de chico, se acercó a Undine y, en una agradable modalidad de inglés parisino, preguntó si tenía el placer de dirigirse a la señora Marvell.

Al ver que Undine asentía, la sonrisa se tornó más consciente, y la joven continuó:

—Creo que conoce usted a mi amiga, Sacha Adelschein.

Ninguna otra pregunta podía desagradar más a Undine. Si había un punto sobre el que habría tomado una decisión irreversible y puritana, era el de no sumarse nunca más al grupo liderado por la conspicua presencia de madame Adelschein, ni aun en la más extrema adversidad social. Tras su infructuoso intento de ganarse el favor de Indiana presentándola en este círculo, Undine resolvió alejarse de él; y su disgusto empezaba a alcanzar cotas máximas cuando la desconocida, como si no reparase en ello, siguió diciendo:

—Sacha habla mucho de usted... la admira mucho. Creo que también conoce usted a mi primo Chelles —añadió, mirándola a los ojos—. Soy la princesa Estradina. Estoy aquí con mi madre, para tomar el aire.

El murmullo de negación murió en los labios de Undine. Se vio de pronto ante un nuevo enigma social, y ese tipo de sorpresas siempre le resultaban estimulantes. El nombre de la desaliñada joven a la que había estado a punto de rechazar figuraba entre los más eminentes de aquel barrio impenetrable situado en la otra orilla del Sena. Nadie aparecía tantas veces en las crónicas parisinas como la princesa Estradina, y su nombre siempre encabezaba la lista en cada boda, funeral o acto filantrópico del Faubourg Saint Germain inmediatamente detrás del de su madre, la duquesa de Dordogne, que sin duda no era otra que la anciana sentada en la hamaca, con el gorrito arrugado y el ridículo parasol.

No fue el aspecto de las damas lo que sorprendió a Undine. Sabía bien que

el oro social no siempre reluce, y que la dama a la que había oído llamar Lili Estradina destacaba por su desatención a los convencionalismos; fue que alardeara de su intimidad con madame Adelschein y la empleara como pretexto para presentarse lo que echó por tierra todas sus jerarquías.

—Bueno... esto es terriblemente aburrido, y me estoy muriendo. Venga a hablar con mi madre. Ella también se muere de aburrimiento, pero no se lo diga porque no lo sabe. Hay demasiadas cosas que nuestras madres no saben —divagó la princesa, con sonrisa mitad de burla, mitad de intimidad; y Undine se emocionó al instante, imaginándose a la señora Spragg emparejada con una duquesa, y se sentó entre la madre y la hija, respondiendo con radiante sonrojo a la amistosa introducción de la anciana:

—Conoce usted a mi sobrino Raymond... es un gran admirador suyo.

¿Cómo había ocurrido, adónde conduciría, cuánto podía durar? Las preguntas volaban en el pensamiento de Undine mientras escuchaba a sus nuevas amigas — ¡se mostraban ya demasiado amistosas para llamarlas conocidas!—, respondía a sus preguntas y se esforzaba por adivinar qué esperaban que dijera y cuál sería el tono más apropiado. Estaba acostumbrada a semejantes proezas de habilidad mental, y fue instintivo en ella transformarse momentáneamente en la persona que a su juicio esperaban sus interlocutoras, si bien nunca se había visto en la tesitura de interpretar un papel tan nuevo con tan escaso preaviso. Siguió el ejemplo de la princesa Estradina, que en presencia de su madre no volvió a aludir a su querida amiga Sacha y, aunque charlaba con la misma naturalidad, parecía en cierto modo distinta y hacía otro tipo de comentarios. Undine cazó al vuelo todos estos detalles e intentó adaptarse a ellos combinando el brío de Apex con la dignidad de Nueva York, y tal fue su éxito que, cuando se levantó para marcharse, la princesa le puso una mano en el brazo y le dijo, casi con añoranza:

— ¿Usted también se queda aquí? En ese caso, apiádense de nosotras. Podríamos hacer alguna escapada juntas, y jugar al bridge por las noches.

Una nueva vida empezó para Undine. La princesa, encadenada a su madre y abiertamente descontenta con su deber filial, se pegó a ella con una insistencia demasiado halagadora para ser analizada. «Querida, estaba al borde del suicidio cuando vi su nombre en la lista de huéspedes», le explicó. Y Undine tuvo ganas de decirle que casi le ocurría lo mismo cuando la princesa le ofreció su mano menuda y fina. Este gesto fortuito tuvo un efecto mareante. ¡Allí estaba, en sus horas más bajas, milagrosamente rehabilitada, restituida y devuelta a su antigua sensación de victoria gracias a su juventud y su poder!

Undine tenía un profundo interés por sus nuevas amigas, al margen de esta sensación de triunfo. La princesa y su madre, cada cual a su manera, eran distintas de todas las personas a las que había conocido. La princesa, que

podía tener cualquier edad entre los veinte y los cuarenta, tenía un rostro pequeño y triangular, unos ojos dulces e impúdicos, una sonrisa como un silbido inaudible y un modo de andar como el del joven panadero que balancea su cesta. Podía vestirse como un hombre, con ropa holgada y vieja, o lucir exquisitos vestidos que parecían mojados por la lluvia con idéntica inconsciencia en ambos casos. Se comportaba con extrema familiaridad y preguntaba con el mayor descaro, pero nunca le daba a Undine tiempo para que respondiera ni tampoco ocasión de tomarse libertades con ella. Sin embargo, hablaba sin prejuicios de sus experiencias sentimentales, y se mostraba sorprendida y bastante decepcionada de las pocas que Undine podía confiarle a cambio. Acusaba en broma de cachottiére a su hermosa y nueva amiga y al ver que ésta se ruborizaba decía:

— ¡Ay, qué divertidos sois los americanos! ¿Por qué os comportáis siempre como si el amor fuera una enfermedad inconfesable?

La anciana duquesa le impresionaba todavía más, pues encajaba mejor en su imagen preconcebida del Faubourg Saint Germain y guardaba un mayor parecido con la gente con la que se figuraba que Nettie Wincher compartía una privilegiada intimidad. La duquesa era ciertamente más cordial y accesible de lo que Undine se imaginaba que sería una duquesa, mostraba tanta curiosidad como su hija y era mucho más pueril en lo relativo a la historia y las costumbres de su nueva amiga. Pero tras su amable cotorreo, y pese a lo limitado de sus percepciones, Undine detectaba en ella la misma barrera impenetrable contra la que ocasionalmente chocaba cuando se encontraba con la princesa, y empezó a comprender que esa barrera representaba cierras cosas que aún debía aprender. Años antes no habría caído en la cuenta, ni habría visto en nada más que a una mujer arruinada y fea, vestida con una ropa que la señora Spragg no se atrevería siquiera a tocar. Era cierto que tenía un aspecto ruinoso, pero Undine la veía como las ruinas de un castillo.

La princesa, que estaba oficiosamente separada de su marido, tenía consigo a sus dos hijas. Daba la impresión de estar muy unida a ellas —aunque manifestaba por la menor una preferencia que atribuía con franqueza al interesante accidente de su nacimiento—, y no entendía que Undine, de cuyos problemas conyugales se había informado al detalle, hubiera consentido en dejar a su hijo en manos de extraños.

—Porque para los hijos, todo aquel que no sea la madre es un extraño, y por muchos égarements que hayas dado... —empezó a decir, deteniéndose y mirando a Undine de hito en hito cuando ésta la interrumpió para explicar que en su caso los tribunales imputaron toda la culpa a su marido—. Y entonces... entonces... —murmuró la princesa, renunciando a comprenderlo, como si se encontrara frente a un abismo de diferencia demasiado profundo.

Este incidente molestó a Undine, y aunque intentó justificarse aludiendo al apego del niño por su familia paterna y a su propia obligación de no interferir en ese sentido, comprobó que sus argumentos no causaban ninguna impresión. «Por muchos errores que una haya cometido, los hijos de una son de una», repetía su amiga; y Undine, a quien muchas veces escandalizaba la conversación de la princesa, se vio de pronto en la extraña situación de refrenarse esta vez para no escandalizarla ella.

Pese a todo, estrechaba a diario los vínculos con sus nuevas amigas. Tras la primera racha victoriosa empezó a sospechar que la princesa se sentía un poco decepcionada, que no llegaba a colmar las altas expectativas generadas por el dudoso honor de ser íntima amiga de Sacha Adelschein. Creía que la princesa se la había imaginado más divertida, más «rara», más sorprendente en su conversación y en su conducta. Y aunque ella no era por naturaleza ninguna de estas cosas, deseaba satisfacer las expectativas creadas, pero también sabía que sus audacias eran demasiado normales para interesar a nadie y que la princesa la encontraba demasiado infantil y anticuada. No obstante, tenían en común su juventud, su aburrimiento, su buen humor y su sed de diversión, y Undine estaba sacando el mayor provecho de esta relación cuando un día, a su regreso de una escapada a Montecarlo en compañía de la princesa, se paró en seco al ver a una mujer —evidentemente recién llegada—, sentada en actitud de respetuosa intimidad al lado de la silla de la anciana duquesa. Andando con sigilo sobre la fina gravilla del sendero del jardín, Undine reconoció de una ojeada la nariz caída y la espalda desdeñosa de la marquesa de Trézac, y en ese mismo momento la oyó decir:

— ¿Y su marido?

— ¿Su marido? Es americana... Está divorciada —replicó la duquesa, como si se limitara a constatar el mismo hecho de dos maneras distintas, y Undine se detuvo, sintiendo una puñalada de temor.

La princesa venía tras ella.

— ¿Quién es el solemne personaje que está con mamá? ¡Ah, la pesada de Trézac! —exclamó, dejando caer su largo monóculo y soltando una carcajada—. Bueno, nos resultará útil. Se pegará a mamá como una lapa y nosotras podremos salir más a menudo. Ven, seamos encantadoras con ella.

Se acercó a madame de Trézac efusivamente y tras un intercambio de exclamaciones Undine oyó que decía:

— ¿Conoces a mi amiga, la señora Marvell? ¿No? ¡Qué raro! ¿Dónde te escondes, querida madame? Undine, he aquí una compatriota suya que no tiene el placer de...

—Soy una ermitaña, señora Marvell... y la princesa me enseña lo que me

pierdo —murmuró la marquesa de Trézac, poniéndose en pie para estrechar la mano de Undine, con una voz muy distinta de la de la altiva señorita Wincher, tanto que solo su nariz y su ángulo facial la relacionaban con la odiosa visión de Potash Springs.

Undine sintió que bailaba sobre una avalancha de seguridad. El recuerdo de Potash Springs la hizo sonreír por primera vez, y el brazo de la princesa, cogido del suyo, le permitió brillar sobre madame de Trézac, que de pronto se volvía insignificante y obsequiosa, como si la varita mágica de la princesa la hubiese despojado de todas sus falsas ventajas.

Sin embargo, una vez volvió a su habitación, perdió el valor. Madame de Trézac se había mostrado cortés, incluso efusiva, porque no esperaba que la señora Marvell tuviera una relación estrecha con la princesa Estradina y con su madre. Sin embargo, la fuerza de los hechos terminaría por afirmarse, y lejos de seguir viendo a Undine a través de los ojos de sus amigas francesas, probablemente invitara a éstas a observar a su compatriota a través de la lente de su mayor conocimiento. «Esa hipócrita... se lo contará todo», murmuró Undine, esbozando una mueca de dolor al acordarse del ayudante del dentista de Deposity mirándose con tristeza en el espejo de su tocador. ¿De qué servían la juventud, la gracia y la belleza si una gota de veneno destilada por la envidia de una mentecata podía echarlo todo a perder? Seguro que madame de Trézac sabía y recordaba, y, desde su invulnerable posición, no descansaría hasta haber expulsado a la intrusa.

Capítulo XXVIII

— ¿Te apetece ir a Niza mañana, querida? —propuso la princesa una tarde, al cabo de unos días, mientras seguía a Undine escaleras arriba tras un lánguida partida de bridge con la duquesa y madame de Trézac.

Se detuvo en mitad del pasillo para abrir una puerta y, llevándose un dedo a los labios, le indicó a Undine que se acercara. Dos camas pequeñas y blancas se dibujaron en la penumbra, presididas ambas por un crucifijo y una hoja de palma, en cada una de las cuales dormía una niña morena con una densa mata de pelo y una carita de rasgos curiosos. Mientras observaba su sueño inocente, la princesa pareció una niña por un momento, apenas mayor y más morena que sus hijas, y la sonrisa con que las miraba era tan limpia como la de las niñas.

—Ah, si seulement je pouvais choisir leurs amants! —suspiró, al darse la vuelta—. Mañana a Niza —repitió, mientras Undine y ella se dirigían a sus habitaciones cogidas del brazo—. Sacaremos tajada de la Trézac. Mamá se

aburre muchísimo con ella, pero nunca lo reconocerá, porque las dos pertenecen a las mismas oeuvres. ¿En el tren de las once, querida? Podemos almorzar en el Royal y recorrer las tiendas... y a lo mejor nos encontramos con alguien divertido. ¡En cualquier caso será mejor que quedarse aquí!

Undine estaba segura de que el viaje a Niza sería delicioso. Ya en sus escapadas previas había comprobado las facultades de la princesa para organizar ese tipo de excursiones. Días antes, en Montecarlo, se toparon con dos o tres personas divertidas aunque dispares, a quienes la princesa reunió en un animado almuerzo seguido de un asalto al baccarat; y, por último, dio caza a un eminente compositor que acababa de llegar para ensayar un nuevo espectáculo e insistió en que invitara al grupo a merendar y lo obsequiara con algunos fragmentos de su ópera.

Tan sólo unos días antes las esperanzas de Undine de recuperar este tipo de placeres habrían quedado ensombrecidas por el miedo a dejar a madame de Trézac a solas con la duquesa. Pero ya no temía a madame de Trézac. Había descubierto que en realidad era su antigua rival de Potash Springs quien temía no gozar de la simpatía de Undine y se mostraba inquieta y ansiosa por congeniar con ella, y este descubrimiento le produjo tal sensación de haber llegado a la cumbre y pisar terreno seguro que su agitado pasado empezó a figurársele casi un «designio» de la providencia, de ahí que sintiera una vaga compasión cuando salió con la princesa alegremente en dirección a Niza bajo la luz radiante y azul de la mañana.

Deambularon por las calles animadas, curiosearon en las tiendas más seductoras, la princesa se probó sombreros, Undine los compró y degustaron en el Royal toda clase de platos succulentos preparados bajo la supervisión especial del maître. Sin embargo, mientras saboreaban su café «doble» y sus licores, y Undine se preguntaba qué habría planeado su compañera para esa tarde, ésta dio una palmada y exclamó:

— ¡Lo había olvidado, querida! Tengo que dejarte.

Le explicó que había prometido a la duquesa visitar a una amiga enferma —una pobre infeliz a la que habían enviado a Cimiez por sus pulmones—; tenía que marcharse enseguida, pero regresaría lo antes posible... Bueno, si no en una hora, seguro que en dos a lo sumo. Lo lamentaba muchísimo, pero estaba segura de que Undine la perdonaría y encontraría algo divertido para pasar el rato: la aconsejó que volviera a comprar el sombrero negro del águila pescadora y que se probara el de crepé de China que les había parecido tan elegante; seguro que la dependienta estaría encantada de atender a una mujer tan guapa como ella, y podían encontrarse a las cuatro en los salones de té del Palacio.

Se marchó a toda prisa, envuelta en una nube de excusas, y Undine se

quedó sola en el Promenade des Anglais. No creía una sola palabra de lo dicho por la princesa. Comprendió al momento por qué la dejaba sola, y por qué no le había contado sus planes de antemano, y tembló de resentimiento y de humillación. «Para eso me quería... para eso me ha buscado. Hoy lo probará y en lo sucesivo lo hará con regularidad. Me traerá aquí cada dos o tres días... ¡o eso se imagina!».

La principal sensación de Undine era de franco disgusto. Se sentía tan avergonzada como lo estaría la señora Spragg si descubriera que la utilizaban como pantalla para una aventura clandestina.

«Esta va a ver... se va a enterar», se repitió muy enfadada, y por un momento estuvo a punto de volver a la estación y tomar el primer tren. La conciencia de su precaria situación la detuvo, sin embargo, y con el corazón rebosante de amargura se puso en pie y se encaminó sin prisa hacia la zona de las tiendas.

Para demostrar que no era una inocentona, llegó a su lugar de encuentro una hora más tarde de lo acordado, pero al entrar descubrió que la princesa no estaba. Los salones se encontraban abarrotados, y Undine fue conducida hasta una sala de dimensiones más reducidas, donde algunas parejas disfrutaban de un refresco en un clima de intimidad, y le pareció incoherente quedarse allí sola. Miró en busca de alguna cara conocida, pero no vio a nadie, y estaba a punto de renunciar a su búsqueda cuando distinguió a Elmer Moffatt, que se abría camino entre la multitud.

Tal fue su sorpresa que se quedó mirando, inconsciente de cuán fijamente, la cabeza redonda y oscura y la cara roja y brillante que aparecía y desaparecía entre la jungla de aigrettes. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de Moffatt ni pensaba en él, y en ese momento, en su soledad y su exasperación, le reconfortó la visión de su rostro confiado y capaz y tuvo ganas de oír su voz y de abrirle el corazón para confiarle sus penas. Casi se había levantado para llamar su atención cuando vio que Moffatt se volvía para ceder el paso a su acompañante, que dirigía con cautela entre las mesas su enorme sombrero de plumas. Era una mujer de lo más vulgar; todo en ella resultaba ordinario y chabacano. No obstante, él parecía pletórico, se hizo a un lado, cediéndole el paso con una reverencia, y la siguió levantando un puño de su camisa rosa con gemelos de piedras preciosas para mesarse galantemente el bigote. Undine sintió una incomprensible irritación; se enfadó con él porque no estaba solo y por la vulgaridad de su acompañante. Mientras la pareja se acomodaba, captó la mirada de Moffatt, lo vio enrojecer hasta la raíz del cabello y evitar deliberadamente su mirada —de manera que ella se diera cuenta—, procediendo luego a satisfacer los deseos de su acompañante con aire de caballero experimentado.

Este incidente, en sí mismo trivial, colmó para Undine el vaso de la amargura. Se dijo que Moffatt era ridículo y digno de lástima, y lo odió por presentarse en ese lugar en ese determinado momento. Volvió luego a sus propias penas, y se estaba diciendo que por nada del mundo se abstendría de decirle a la princesa lo que pensaba de ella, cuando ésta apareció al fin. Llegaba precipitadamente, seguida, según percibió Undine, de un hombre discretamente vestido, en comparación con el cual el resto de los ocupantes del salón parecían tan vulgares como Moffatt. Al instante Undine se había ruborizado y tenía su mano en la mano de Raymond de Chelles, mientras la princesa murmuraba:

—Cimiez está bastante lejos; ¿podrás perdonarme? —mirándola a los ojos con una sonrisa y añadiendo—: Pero ¡mira cómo te recompenso!

Undine vio a primera vista lo mucho que Raymond de Chelles se alegraba de verla. Su admiración por ella no sólo parecía haber crecido desde su último encuentro, sino haber cobrado un carácter diferente. En un momento anterior de su vida no habría sabido dilucidar el significado exacto de esta diferencia, pero ahora la veía con tanta claridad como si la princesa hubiera dicho —cosa que sus ojos radiantes parecían efectivamente confirmar—: «Es un placer poder hacerle a mi primo el mismo favor que tú me has hecho a mí».

Sin embargo, aunque la experiencia la había vuelto más cauta, también le había dado una medida más clara de su propio poder. Comprendió al instante que Chelles, en su deseo de volver a verla, no buscaba una mera aventura pasajera. Era evidente que se sentía profundamente atraído por ella, y la actual situación de Undine, en la que resultaría natural que él la considerara más disponible, no alteraba la naturaleza de sus sentimientos. Captó y sopesó todo esto en los primeros cinco minutos, mientras la princesa proclamaba entre el té y los bollos la fortuna de haberse encontrado con su primo, y Chelles, sin apartar de Undine sus ojos maravillados, expresaba igualmente su buena ventura. Al parecer se encontraba en Beaulieu en compañía de un grupo de amigos, y esa tarde había ido a Niza por pura casualidad; añadió que, al enterarse de la presencia de su tía en los alrededores, ya tenía previsto presentarle sus respetos.

— ¡Ah, no vengas a vernos! ¡Somos demasiado aburridas! —exclamó la princesa—. Deja que vayamos nosotras a verte de vez en cuando; nos morimos por una excusa, ¿verdad? —dijo, sonriendo a Undine.

Esta respondió con una sonrisa vaga y miró hacia el salón. Moffatt, con aire nervioso y ridículo, retiraba su silla en ese momento. Intentaba ocultar su incomodidad con un gesto de importancia, y mientras salía en pos de su acompañante, Undine se dijo con un escalofrío: «Si hubiera estado solo, habría tomado el té con él».

En el curso de las semanas siguientes Undine volvió a Niza con la princesa en varias ocasiones, mas, para asombro de ésta, se negó rotundamente a incluir en sus almuerzos a Raymond de Chelles o advertirle de su viaje con antelación.

La princesa, a quien los disimulos innecesarios impacientaban sobremanera, no prolongó el engaño de la inválida de Cimiez. Le confesó a Undine que lo que la llevaba a Niza era la presencia de una persona sin la cual, en ese momento, la vida le resultaría insoportable y a quien no podía recibir en presencia de su madre y de sus hijas. Apeló a su fraternal corazón, rogándole que comprendiera su apuro e insinuando —como ya había demostrado— que siempre estaría dispuesta a prestar a su amiga un servicio similar.

Fue entonces cuando Undine decidió ponerla a prueba:

—Comprendo tu situación, y naturalmente lo siento mucho (la princesa reparó en el «siento»). Tu secreto está completamente a salvo conmigo y haré todo lo que pueda por ti... pero, si vuelvo a Niza contigo, debes prometerme que no le pedirás a tu primo que venga a vernos.

La princesa se mostró sinceramente atónita.

— ¡Por favor, querida, perdóname si he sido una estúpida! Él te admira enormemente, y yo pensé que...

—Harás lo que te pido, ¿verdad? —insistió Undine, ignorando la interrupción y mirando fijamente a su amiga; a lo que la princesa, encogiéndose de hombros, se limitó a murmurar:

— ¡Qué lástima! Yo creía que te gustaba.

Capítulo XXIX

Undine volvió a París con el comienzo de la primavera.

Tenía razones para estar satisfecha por el rumbo que tomaban las cosas tras pronunciar su ultimátum con respecto a Raymond de Chelles. Su relación con la princesa seguía siendo excelente, al tiempo que se ganaba el aprecio de la duquesa, calibraba la rapidez de su ascenso en los ojos de madame de Trézac y le daba a entender a Chelles que, si deseaba reanudar el contacto con ella, debía hacerlo bajo el escudo protector de su venerable tía.

Se cuidó de dejar bien clara su actitud a la princesa:

—Me gusta mucho tu primo... Es encantador, y si paso esta primavera en París espero verlo con frecuencia. Pero sé lo fácil que resulta hacer

comentarios sobre una mujer en mi posición... y debo pensar en mi hijo.

Con todo, cada vez que Chelles iba desde Beaulieu para pasar el día con su tía y su prima —cosa que hacía con bastante frecuencia—, a Undine no le costaba ocultar su placer. No había en su actitud nada calculado. Lo encontraba más encantador que nunca, y el contraste entre la calidez de su cortejo y la fría reserva de sus modales le resultaba sumamente halagador. Al fin volvía a sentirse viva y joven, y disfrutaba mirándose en el espejo y probándose sombreros y vestidos nuevos...

La única amenaza que tenía por delante era, como siempre, la falta de dinero. Mientras estuvo con sus padres había gastado relativamente poco, y desde que el señor Spragg volvió a América le enviaba su asignación con regularidad, pero el dinero que recibió por las perlas empezaba a agotarse, y sabía que la temporada en París sería mucho más cara que las tranquilas semanas en la Riviera.

Entre tanto la sensación de haber recuperado la popularidad y la deliciosa devoción de Chelles casi habían borrado por completo los ingratos recuerdos de su fracaso y reconstruido en los demás esa imagen que era para ella la única percepción de sí misma. Con ayuda de madame de Trézac encontró un apartamento agradablemente amueblado en un barrio no demasiado inaccesible, y una tarde del mes de junio se encontraba en su luminoso salón, escuchando, con toda la paciencia de la que era capaz, los consejos de su nueva guía.

—Todo menos el matrimonio —repetía madame de Trézac, ladeando la cabeza alargada con una expresión de trance como la del adepto que recita una fórmula sagrada.

Ninguna de las dos había mencionado a Raymond de Chelles, y la antigua señorita Wincher se limitaba a instruir a su joven amiga en uno de los dogmas fundamentales de su credo social; pero Undine era consciente de cómo vibraba en el aire su nombre no pronunciado. No respondió enseguida, sino que pasando de largo el insulso rostro de madame de Trézac, se buscó en el espejo, a espaldas de su visitante. Un rayo de sol primaveral le iluminaba el pelo y la cara con un resplandor que la hacía parecer una niña. Sonrió ligeramente ante la promesa que sus propios ojos le ofrecían y volvió luego a mirar a su amiga. “¿Qué sabrán de nada estas mujeres?», se dijo con compasión.

—Todo está en contra —siguió diciendo madame de Trézac en tono de paciente exposición. Parecía esforzarse por aclarar la cuestión con claridad—. En primer lugar, el matrimonio eclesiástico es imprescindible para la gente de la buena sociedad y, puesto que la Iglesia no reconoce el divorcio, esa opción queda descartada. En Francia, un hombre de posición que contrae matrimonio civil con una mujer divorciada arruina su vida y la vida de ella. Es mucho

mejor —tanto para él como para ella— que se limiten a ser «amigos», como aquí se dice; ese tipo de arreglos se comprende y se tolera. Pero, cuando un francés se casa, desea hacerlo como siempre se ha hecho entre los suyos. Sabe que hay tradiciones contra las que no puede luchar... y en su fuero interno se alegra de que sea así.

—Lo sé; tienen un sentimiento religioso muy profundo. Yo los admiro por eso; su religión es muy hermosa —dijo Undine, mirando a su acompañante con aire pensativo—. Supongo que ni siquiera el dinero... muchísimo dinero... cambiaría las cosas.

—En absoluto; incluso las empeoraría —respondió con decisión madame de Trézac. Respondió a la mirada de Undine con un atisbo de la despectiva superioridad de la señorita Wincher—. Pero —añadió, suavizando su expresión con una sonrisa—, entre nosotras... puedo decírtelo porque ninguna de las dos somos niñas... una mujer con tacto que no está en posición de volver a casarse puede descubrir que la sociedad es extremadamente indulgente... siempre y cuando guarde las apariencias, claro está...

Undine la miró con la expresión de una Diana sobresaltada:

—En Apex no se ven las cosas de ese modo —dijo con frialdad; y las mejillas cetrinas de madame de Trézac se tiñeron de rojo.

— ¡Ay, querida! ¡Qué refrescante resulta oírte hablar así! Personalmente, no llego a acostumbrarme del todo a las costumbres francesas...

—Espero que eso no le pase nunca a una americana —respondió Undine.

Llevaba alrededor de dos meses en París cuando tuvo lugar esta conversación y, a pesar de haber recuperado su confianza, empezaba a reconocer el poder de las fuerzas que debía vencer. Tardó mucho tiempo en convencerse de que ni siquiera el dinero bastaba para derrotarlas, y sus expresiones de admiración por la fe católica se mezclaban con virulentas reacciones de protestantismo militante, y hablaba entonces de la tiranía de Roma, recordando las historias de Papas inmorales y de jesuitas perseguidos que aprendió en el colegio.

Su actitud con Chelles fue entre tanto la de la americana incorruptible aunque audaz, incapaz de concebir el amor fuera del matrimonio, aunque dispuesta a ofrecer una amistad devota a ese hombre a quien, en circunstancias más felices, le habría ofrecido su mano. Esta actitud dio pie a numerosas escenas en las que la inagotable capacidad de expresión de su pretendiente —ese don para mirar y para decir todas las cosas tiernas y desesperadas que a una mujer hermosa le agrada comprobar que inspira en un hombre— producía en Undine la emocionante sensación de vivir en una novela francesa. Sabía sin embargo que, en casos así, cuando se tensa demasiado la cuerda, ésta suele

terminar por romperse y que la paciencia de Chelles era probablemente proporcional a su pasión.

En eso pensaba cuando madame Trézac se hubo marchado. Comprendía con exactitud lo que cada una de sus nuevas amistades deseaba de ella. La princesa, que sentía un gran cariño por su primo y tenía ese sentido de la solidaridad familiar propio de los franceses, deseaba ver a Chelles feliz, de la manera que a ella le parecía la única imaginable. Madame de Trézac secundaría de buen grado los esfuerzos de la princesa en esta o cualquier otra dirección, y hasta la anciana duquesa —que albergaba el piadoso deseo de ver casado a su sobrino predilecto—, habría considerado no sólo natural sino también inevitable que, en tanto llegara la feliz ocasión, buscara la compañía de una mujer amable para paliar los inconvenientes del celibato. Pero todas se hartarían de ella si Chelles lo hiciera, y persistir en el rechazo probablemente haría peligrar su posición entre sus amigas, no del todo afianzada. Todo esto lo veía con claridad, si bien no debilitaba su determinación. Estaba resuelta a renunciar a Chelles si él no quería casarse con ella, y la idea de esta renuncia la transportó a un estado de melancolía nostálgica.

Estos sentimientos la llevaron a recordar una carta que acababa de recibir de su madre. La señora Spragg se explayaba más de lo habitual, y el insólito flujo de su pluma tenía por causa un acontecimiento largamente esperado. Llevaba meses sufriendo por ver a su nieto, intentando hacer acopio de valor para escribir a su hija y pedirle permiso para visitarlo, hasta que al fin, renunciando a sus costumbres sedentarias, empezó a merodear por el barrio de Washington Square, y una tarde tuvo la fortuna de cruzarse con el niño cuando éste salía de casa con su niñera. La señora Spragg habló con él, y el niño la recordaba y la llamó «abuelita»; al día siguiente recibió una nota de la señora Fairford, en la que decía que Ralph estaría encantado de enviar a Paul a ver a su abuela. La señora Spragg se extendía en el placer de esta visita, así como en la creciente belleza e inteligencia de su nieto. Describía exactamente cómo iba vestido Paul, qué aspecto tenía y lo que había dicho, y contaba que el niño se puso a inspeccionar todo lo que había en la habitación y, al ver la fotografía de su madre, preguntó quién era esa señora; y cuando se lo dijeron quiso saber si estaba muy lejos y le preguntó a la abuelita cuándo volvería.

Al releer la carta, Undine sintió una extraña opresión en la garganta, y dos lágrimas asomaron a sus ojos. Era terrible que su hijo estuviera creciendo lejos de ella, acaso vestido de un modo deplorable, y era malvado y antinatural que al ver su fotografía hubiera tenido que preguntar quién era. «Ojalá encontrara a un hombre bueno que estuviera dispuesto a ofrecerme un hogar y a ser un padre para Paul», se dijo. Y las lágrimas se desbordaron entonces.

Mientras éstas caían, se abrió la puerta, dando paso a Raymond de Chelles, y tal vez fuera la conciencia de tener las mejillas todavía húmedas lo que

fortaleció en Undine la decisión de resistirse, volviéndose así aún más imperiosamente deseada. Ese día su pretendiente aludió por primera vez a una posibilidad que madame de Trézac se había abstenido prudentemente de insinuar, y en los atentos oídos de Undine resonó la fórmula mágica: «nulidad matrimonial».

Su inteligencia despierta se puso a trabajar de inmediato en esta dirección, y casi al mismo tiempo fue consciente del cambio sutil que se operaba en la princesa y en su madre, un cambio que también se vio reflejado en el declive de la cordialidad de madame de Trézac. Desde su llegada a París Undine había pasado necesariamente menos tiempo en compañía de la princesa, pero cuando estaban juntas se mostraban tan amigas como siempre. Sabía que no figuraba entre los defectos de la princesa el de olvidar los favores recibidos en el pasado, y aunque estuviera cada vez más absorbida por las exigencias de la vida en la ciudad, trataba a su amiga con la misma franqueza y el mismo cariño, y Undine tuvo abundantes oportunidades de ampliar su círculo de conocidos parisinos, no sólo en la intimidad de la casa de la princesa, sino también en los majestuosos salones del Hôtel de Dordogne. Ahora, sin embargo, se observaba cierto declive en estos signos de hospitalidad y Undine, en una visita a la duquesa, advirtió un día que su aparición producía visible incomodidad en el círculo que se agrupaba alrededor del sillón de la anfitriona. Dos o tres señoras apartaron la vista de la recién llegada y se miraron unas a otras, y muchas parecieron formar espontáneamente un corro que la dejaba fuera, mientras otra —canosa, anciana y levemente asustada—, con un *Adié, ma bonne tante*, fue escoltada por la larga sucesión de antiguos salones dorados.

El incidente fue demasiado mudo y rápido y nadie se habría percatado si la duquesa no hubiera reanudado a continuación su conversación con las señoras que tenía más cerca como si Undine, en lugar de acabar de entrar en el salón, acabara de salir de él. La sensación de haberse convertido en invisible la colmó del irrefrenable deseo de hacerse ver, pero también, con la misma fuerza, intuía que cualquier intento de hacerlo sería en vano; y cuando, unos pocos minutos después, abandonaba el portal del Hôtel de Dordogne, lo hacía con la firme resolución de no volver a cruzarlo mientras la princesa no le hubiera dado una explicación.

La aparición de madame de Trézac a primera hora de la mañana, que llegó casi con la bandeja del desayuno y el misterioso ruego de que se le permitiera comunicar un asunto importante, le ahorró la necesidad de buscar ese momento.

—Espero que comprendas que no venga la princesa personalmente —comenzó madame de Trézac, sentada muy erguida en el borde del sillón del que colgaba la bata de encaje de Undine.

—Si ella tiene algo que decirme, yo no —respondió, recostada entre sus almohadones rosas y diciéndose con compasión que el rostro que tenía delante era del mismo color que el café au lait que se estaba sirviendo.

—Hay cosas que son... que podrían parecer demasiado bruscas si una las dice personalmente. Nuestra querida Lili tiene un gran corazón... y detesta ser desagradable; pero como es natural su madre es lo primero para ella...

— ¿Su madre? ¿Qué le ocurre a su madre?

—Yo ya le dije que tú no lo entendías. Y estaba segura de que no te lo tomarías a mal...

Undine se incorporó sobre un codo.

— ¿Qué te ha pedido Lili que me digas?

—Bueno, no que te «diga»... sólo que te pregunte si por el momento te importaría no ir a la reunión de los jueves de la duquesa... pasar a verla cualquier otro día.

— ¿Cualquier otro día? Ella no está en casa ningún otro día. ¿Me estás diciendo que no vaya nunca?

—Bueno... mientras la marquesa de Chelles esté en París. Es la sobrina favorita de la duquesa... y ya sabes que están muy unidas. Ese tipo de sentimiento familiar es algo que naturalmente tú no...

Undine detectó de pronto complejidades ocultas.

— ¿Esto quiere decir que la mujer a la que vi ayer era la madre de Raymond de Chelles? ¿A la que se llevaron tan deprisa cuando yo llegué?

—Al parecer estaba muy alterada. Oyó tu nombre.

— ¿Y por qué no puede oír mi nombre? ¿Y por qué razón eso la altera?

Madame de Trézac lanzó un suspiro de vacilación.

— ¿No es mejor hablar con franqueza? Ella cree que tiene razones para sentirse molesta... Todos lo creen.

— ¿Sentirse molesta? ¿Porque su hijo quiere casarse conmigo?

—Claro que saben que eso es imposible —añadió madame de Trézac, sonriendo compasivamente—. Pero temen que por ti pierda otras oportunidades.

Undine reflexionó un momento antes de responder:

—No será imposible cuando haya conseguido la nulidad matrimonial.

El efecto de esta declaración fue menos electrizante de lo que esperaba. Su

amiga se limitó a soltar una carcajada.

— ¡Mi querida niña! ¿La nulidad matrimonial? ¿Quién ha podido meterte semejante idea en la cabeza?

Undine siguió con la mirada el dibujo que hacía con una uña esmaltada sobre la colcha bordada y finalmente dijo:

—El propio Raymond.

Esta vez el impacto fue inconfundible. Madame de Trézac murmuró un «ah» y se quedó mirando al vacío, como si hubiese perdido el hilo de su argumentación; pasó un buen rato hasta que se hubo recuperado lo suficiente para exclamar:

—Eso no lo aceptarán nunca... ¡de ninguna manera!

—Pero no pueden impedirlo, ¿verdad que no?

—Pueden impedir que te sirva de algo.

—Comprendo —asintió Undine, con aire pensativo.

Sabía que su tono era casi una declaración de guerra, pero se hallaba en un estado de ánimo en el que el acto del desafío, al margen de su valor estratégico, era en sí mismo motivo de satisfacción. Además, puesto que no podía alcanzar su objetivo sin luchar, debía librar su batalla mientras la pasión de Raymond se encontrara en la cumbre. Con el fin de iniciar las hostilidades de inmediato lo llamó esa misma tarde para referirle, tranquilamente y sin ningún comentario, el incidente de su visita a la duquesa y la misión encomendada a madame de Trézac. Dadas las circunstancias, siguió diciendo, era manifiestamente imposible para ella seguir recibiendo visitas de él; y, cuando él respondió con airados comentarios sobre su familia, ella manifestó la amable pero firme resolución de no ser causa de desavenencias entre Raymond y los suyos.

Capítulo XXX

Pasados unos días de esta conversación decisiva con Raymond de Chelles, Undine salía del Nouveau Luxe tras visitar a la recién llegada señora de Homer Branney, cuando una vez más se dio de bruces con Elmer Moffatt.

En esta ocasión no hubo ninguna duda de que él deseaba ser reconocido. Se paró en seco y Undine detectó tanta alegría en sus ojos que también se detuvo y le ofreció la mano.

—Me alegro de que quieras hablar conmigo —dijo. Y Moffatt se ruborizó ante la alusión.

—La verdad es que casi no te reconocía. Estás exactamente igual que cuando yo aterricé en Apex por primera vez... ¿lo recuerdas? —dio media vuelta para caminar con ella en dirección a los Campos Elíseos—. ¡Vaya... esto es magnífico! —exclamó; y Undine vio que había dejado de mirarla para contemplar la amplia extensión plateada de cúpulas y agujas que se abría ante ellos, más allá del río.

— ¿Te gusta París? —preguntó, pensando qué teatros habría visitado.

—Lo supera todo. —Parecía aspirar profundamente la impresión de las fuentes, las esculturas, las avenidas arboladas y las largas perspectivas arquitectónicas que se desdibujaban en el resplandor de la tarde—. Supongo que habrás estado en esa iglesia de allí —siguió diciendo, señalando hacia las torres de Notre Dame con su bastón de empuñadura de oro.

—Sí, claro. Cuando iba a ver monumentos. ¿Es la primera vez que vienes a París?

—No, pero es la primera vez que paseo. Estuve en el mes de marzo.

— ¿En marzo? —repitió ella distraídamente. Jamás se le ocurría que las vidas de los demás siguieran su curso cuando ella los perdía de vista, y en vano intentaba recordar cuándo fue la última vez que supo de Moffatt—. ¿No era un mal momento para dejar Wall Street?

—Bueno, no tanto. La verdad es que estaba reventado; necesitaba un cambio de aires. —No había en su aspecto robusto nada que confirmase este extremo, y tampoco parecía inclinado a dar más detalles—. Creo que tú te has establecido aquí —siguió diciendo—. He visto en los periódicos que...

—Sí —le interrumpió Undine, y un momento después añadió—: Fue todo un error desde el principio.

—Bueno, a mí nunca me pareció que fuera tu tipo —dijo él.

Había vuelto a fijar la mirada en Undine, que adivinó en su expresión algo que podía utilizar en su provecho. Pero Moffatt desvió la vista con el ceño fruncido, y ella comprendió que no acaparaba su atención por completo.

—Vivo en la otra punta de París. ¿Por qué no vienes a tomar el té conmigo? —propuso, mitad movida por el deseo de saber más sobre sus asuntos de él, pero también con la idea de que una conversación tal vez pudiera ayudarla a aclararse en los suyos propios.

En el taxi descubierto Moffatt pareció recuperar su sensación de bienestar, y se reclinó, las manos apoyadas en la empuñadura del bastón, con el aire de

un hombre gratamente consciente de sus privilegios.

—Este París es un sitio de primera —repitió una o dos veces mientras circulaban en medio del bullicio y el esplendor de la tarde; y cuando bajaron del coche en la puerta de Undine y se encontró en su sala de estar, observando las copas redondas y verdes de los castaños de Indias bajo el balcón, su satisfacción culminó con este comentario—: ¡Creo que esto supera a West End Avenue!

La miró con ese brillo familiar en los ojos, y al ver esta expresión ella se animó a murmurar:

—A veces me siento muy sola.

Se sentó detrás de la mesita del té, mientras él seguía de pie a cierta distancia, observando con un extraño y cómico movimiento de su boca elástica cómo ella se quitaba los guantes.

—Supongo que sólo estarás sola cuando quieras estarlo —dijo, sujetando de sus cuerdas doradas una silla con respaldo de lira y sentándose a horcajadas sobre ella, con lo que sus pantalones de color gris claro se tensaron excesivamente sobre los muslos rechonchos. Undine era plenamente consciente de su indumentaria endomingada y vulgar, del pliegue de grasa encarnado en el cuello y de su expresión arrogante y descarada, pero le agradaba de todos modos tenerlo allí y sentía que él activaba las fibras de una parte de su ser que había olvidado, pero que no había dejado de comprender.

Se figuró que esta alusión a su soledad suscitaría alguna frase sentimental, pero, aunque él parecía claramente complacido de su compañía, Undine notaba que no ocupaba el centro de sus pensamientos, y este descubrimiento la irritó.

—Supongo que tú no te habrás sentido solo en Europa —insistió, mientras le tendía la taza de té.

—No creas que siempre voy por ahí con un guía —dijo en tono jocoso; y Undine respondió en el mismo tono:

—En ese caso a lo mejor te veo un poco.

—Nada me gustaría más, pero lo cierto es que regreso probablemente la semana que viene.

—¿De veras? Lo siento. —Y lo sentía de verdad, sin fingimiento.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti al otro lado del charco?

Undine vaciló.

—Hay algo que podrías hacer por mí ahora mismo.

Moffatt la observó con mayor interés, como si su mirada de experto traspasara la superficie de su belleza para adivinar lo que ocurría debajo.

— ¿Vas a pedir otra vez mi bendición? —preguntó con repentina ironía.

Undine abrió los ojos con expresión confiada.

—Sí... te la pido.

—Vaya... ¡que me aspen! —dijo Moffatt en tono jovial.

—Siempre has sido encantador —dijo ella; y él se echó hacia atrás, sujetando el respaldo de la silla con ambas manos, mientras una carcajada sacudía ligeramente su cuerpo.

Conservó la misma actitud mientras Undine le expuso su caso, escuchándola con ese aire de sobria concentración que su frívolo rostro adoptaba cuando una petición sería exigía su atención. Cuando hubo terminado, él siguió con la misma expresión mientras reflexionaba en silencio unos instantes.

— ¿Es el tipo que estaba contigo en Niza?

Undine lo miró sorprendida.

— ¿Cómo lo sabes?

—Bueno, me gustó su aspecto —se limitó a decir.

Se levantó y avanzó a grandes zancadas hacia la ventana. De camino se detuvo junto a una mesa cubierta de fruslerías en exposición y, tras considerarlas un momento, escogió un viejo libro marrón y dorado que Chelles le había regalado a Undine. Lo examinó sin prisa, como si el ejemplar activara el resorte de una sensibilidad sofocada para la cual carecía de palabras.

—Vaya... —dijo, el prelude habitual a su entusiasmo; pero volvió a dejar el libro donde estaba y dio media vuelta—. ¿Crees que si tuvieras el dinero podrías arreglarlo todo con el Papa?

El corazón de Undine empezó a latir con fuerza. Recordó que Moffatt ya le había proporcionado un trabajo a Ralph, y en esa ocasión le dio a entender que en parte lo hacía por ella.

—Bueno —continuó, volviendo a la hipérbole—, me gustaría poder enviarle un cheque a ese anciano caballero mañana mismo, pero lo cierto es que estoy sin blanca. —La miró, con una extraña y repentina intensidad—. En caso contrario, ten por seguro que... —la frase quedó ahogada por su silbido familiar—. ¡Te sienta estupendamente ese peinado! —dijo.

Fue una decepción para Undine enterarse de que no le iban bien las cosas, pues sabía que en su mundo «influencia» y liquidez iban estrechamente

unidas, y que el apoyo que esperaba recibir de él dependía de cuál fuera su posición en ese momento. Sin embargo, volvía a tener la misma sensación fugaz de poder para sobreponerse a la adversidad, y respondió:

—Lo que quiero es tu consejo.

Él se dio media vuelta y se puso a pasear por la habitación, con las manos en los bolsillos. Sobre el ornado escritorio vio una fotografía de Paul, con sus rizos rubios y sus piernas fuertes, en actitud masculina, y se inclinó sobre ella con un murmullo de aprobación.

— ¡Qué hombrecito tan extraordinario! ¿Lo tienes contigo?

Undine se ruborizó.

—No... —empezó a decir, y al reparar en la sorpresa de Moffatt se embarcó en la explicación habitual—. No te imaginas cuánto lo echo de menos —concluyó, con una nota de sinceridad que sonaba convincente a sus propios oídos, si no a los de su amigo.

— ¿Entonces por qué lo has dejado allí?

—Verás, yo...

Él había cogido la fotografía y la observaba con atención.

— ¡Pantalones! —dijo, riendo entre dientes—. ¡Hay que ver! —Se volvió hacia Undine—. ¿A quién pertenece, en todo caso?

— ¿Pertenece?

— ¿A quién se le concedió la custodia cuando os divorciasteis? ¿A ti?

—Desde luego, lo conseguí todo —dijo, sintiendo que su instinto de defensa se alertaba.

—Eso me figuraba —dijo Moffatt. Sólidamente plantado con sus piernas cortas, hablaba con una energía emprendedora—. Yo no tendría dudas si fuera mío.

— ¿Si fuera tuyo?

—Si fuera mío y tú intentaras llevártelo. ¡Pelearía hasta el final! Aunque me costara hasta el último dólar.

La conversación parecía desviarse de su objetivo, y Undine respondió con una nota de impaciencia:

—No te costaría nada por el estilo y yo no tengo ni un dólar para pelear.

—Es que tú no necesitas pelear. ¿No dices que en la sentencia se te concedía la custodia? ¿Por qué no vas a por él ahora mismo? Eso es lo que yo

haría en tu lugar.

Undine levantó la vista.

— ¿Es que no ves lo pobre que soy? No puedo permitirme tenerlo aquí.

—No podías, hasta ahora; pero ahora vas a casarte. Podrás ofrecerle un hogar y el cuidado de un padre... y el aprendizaje de una lengua extranjera. Eso es lo que yo diría si estuviera en tu lugar... Tengo entendido que su padre lo quiere mucho.

Undine se sonrojó.

—Los dos lo querernos muchísimo, por supuesto... ¡Su padre jamás renunciaría a él!

—Precisamente. —La expresión de Moffatt se había vuelto afilada como un trozo de cristal—. Cuentas con el dinero de los Marvell. Lo único que tienes que hacer es quedarte sentada y esperar su cheque. —Volvió a su posición ecuestre sobre la silla con respaldo de lira.

Undine se levantó y se acercó con inquietud a la ventana. Le pareció ver a su hijito como si estuviera con ella en la habitación; no entendía cómo había podido vivir tanto tiempo sin él... Se quedó un buen rato de pie, sin decir nada, sintiendo a sus espaldas la ironía concentrada en la mirada de su amigo.

— ¿No podrías prestarme el dinero... es decir, pedirlo prestado para mí? —se decidió a preguntar finalmente, volviéndose hacia él.

Moffatt se echó a reír.

—Si pudiera pedir algún dinero prestado en este preciso momento... tendría que dárselo todo al señor Elmer Moffatt. Estoy arruinado, por si no lo sabes. Y pendiente de una investigación. Por eso he venido aquí, para despejarme un poco.

— ¿No has dicho que regresabas la próxima semana?

Él sonrió.

—Regreso porque he sabido que algunos me quieren lejos más de lo que los tribunales desean mi vuelta. El viaje es sólo por mi propia satisfacción... Me temo que no sacaré un céntimo de él.

La decepción cayó a plomo sobre Undine. Estaba casi segura de contar con su ayuda y por un instante se había preguntado si las brasas de unos celos antiguos no habrían prendido bajo sus frías cenizas. Pero otra mirada le negó este consuelo, y la evidente indiferencia de Moffatt asestó el golpe definitivo al orgullo de Undine.

Él le dirigió una mirada rápida.

—Bueno, no me sorprendería que el día menos pensado... Los millonarios siempre coleccionan algo, pero yo primero tengo que coleccionar mis millones.

Lo dijo con frialdad y cierta ironía, y antes de que hubiera terminado Undine ya había perdido todo interés por su respuesta. Moffatt debió de darse cuenta, porque se levantó y le tendió la mano.

—Bien, hasta la vista, señora Marvell. Ha sido un verdadero placer verla. Y más vale que pienses en lo que te he dicho.

Undine puso tristemente su mano en la de él.

—Tú no tienes un hijo —replicó.

LIBRO CUARTO

Capítulo XXXI

Habían pasado casi dos años desde que Ralph Marvell, al despertar de su largo sueño bajo la intensa luz del verano en Washington Square, descubriera que el rostro de la vida había cambiado para él.

En el intervalo se había adaptado gradualmente al nuevo orden de las cosas, si bien estos meses de adaptación habían sido de tanta oscuridad y confusión que, desde la ventajosa perspectiva de su lucidez recobrada, era incapaz de distinguir las etapas que había seguido en su camino, y su paso seguía sin ser seguro.

Dirigió su primer esfuerzo a reajustar sus valores, a realizar un inventario y a clasificarlos de nuevo con la esperanza de que alguno se revelara tan importante como aquellos que había perdido; en caso contrario no veía ninguna razón para seguir viviendo. Se aplicó con obstinación a la tarea, pero cuando le parecía haber hallado una razón en la que apoyarse, ésta se desmoronaba, y una vez más daba comienzo la vieja batalla por encontrar un asidero. Su hijo y su libro eran sus objetivos vitales. El niño era sin lugar a dudas el argumento más sólido, pero también el menos eficaz para llenar el vacío. Paul estaba presente para Ralph en todo momento, siempre entremezclado en sus sentimientos, pero no era capaz de pensar en él de un modo activo y continuado, no podía ejercitar eternamente su espíritu inquieto, vacío e insatisfecho con el problema relativamente sencillo de vestir, educar y entretener a un niño de seis años. Sin embargo, la existencia de Paul era la

única razón que justificaba su propia existencia, y, con una especie de fervor frío, Ralph recuperó su abandonado sueño literario. Las necesidades materiales lo obligaban a proseguir con su trabajo habitual, pero, una vez concluida la jornada, se sentía dueño de un ocio tan desnudo y vacío como una casa sin amueblar, que al menos le ofrecía la posibilidad de decorarla a su gusto.

Entre tanto empezaba a mostrarse ante el mundo con una cara más presentable y volvía a ser tratado como un hombre cuyas circunstancias no interesan particularmente a nadie. Sus amigos dejaron de decirle: «¡Hola, viejo amigo, tienes mejor aspecto que nunca!», y las ancianas ya no le reprochaban que se guardara tantas cosas para sí, ni le instaban a pasar cualquier tarde para disfrutar de una tranquila conversación. La gente lo dejó a solas con su dolor como a un hombre poseído por un hábito incurable o un vínculo infeliz: si en algún momento llegaban a atisbarlo, lo ignoraban o lo pasaban por alto.

Estos atisbos eran cada vez menos frecuentes para los demás. Las silenciadas fuentes de la vida volvían a fluir dentro de Ralph, y había días en los que se alegraba al despertar y ver la luz del sol en la ventana, y en los que empezaba a planificar su libro e incluso se figuraba que su planificación le interesaba de verdad. Era capaz de conservar la ilusión por espacio de varios días —en intervalos progresiva y sustancialmente más prolongados— antes de que ésta se marchitara con una abrasadora ráfaga de desencanto. Lo peor es que nunca sabía cuándo podía llegar una de estas oleadas de angustia. A veces se presentaban cuando se sentía más seguro, cuando empezaba a decirse: «Las cosas valen la pena a pesar de todo...»; a veces, cuando estaba con Clare Van Degen, oyendo su voz y observando sus manos mientras daba vueltas mentalmente a los primeros capítulos de su libro.

«Tendrías que escribir», le habían dicho todos desde el principio; y Ralph creía que quizás habría empezado antes si no se hubiera sentido tan presionado por esa especie de cariño vigilante. Todo el mundo quería que escribiera, todos estaban convencidos de que debía hacerlo, de que lo haría, de que era preciso animarlo a que lo hiciera; y la imperceptible pero incesante presión con que lo animaban, ese empeño en que tenía que ser capaz de escribir puesto que sería bueno para él, ejercía sobre sus frágiles nervios un efecto disuasorio más poderoso que la censura.

Incluso Clare había incurrido en el mismo error, y un día, mientras charlaban con ella en la terraza de la casa de Laura Fairford en el Sound —donde ahora coincidían con mayor frecuencia—, Ralph replicó casi con impaciencia:

— ¡Tú crees que lo que yo necesito es literatura...!

Al instante vio cómo la expresión de su prima se transformaba y sus

elocuentes manos le temblaban en las rodillas. Ella logró sin embargo realizar la hazaña de no preguntar y apartar la mirada del agua, que bailaba en pleno verano al pie del césped de Laura. Ralph se acercó un poco más y por un instante su mano imaginó el roce de la mano de Clare. Pero, en lugar de cogerla, se apartó, se levantó de la silla y fue paseando hasta el otro extremo de la terraza... No, él no sentía lo mismo que Clare. Si la quería, como a veces pensaba, era de otra manera. Le inspiraba una gran ternura, a su lado se acercaba a la felicidad más que al lado de nadie; y deseaba encontrar el modo, un modo distinto, de hacérselo saber; pero era incapaz de concebir que la ternura y el deseo volvieran a fundirse nunca en un mismo objeto, y esta idea formaba parte del monstruoso lodazal sentimental en el que su vida había encallado.

—Escribiré..., claro que escribiré algún día —dijo, volviendo a su asiento—. Hace años que tengo una novela en la cabeza, y ya es hora de sacarla a la luz.

Apenas sabía lo que decía, pero antes de terminar la frase vio que Clare comprendía lo que intentaba transmitirle, y en lo sucesivo se sintió comprometido a permitirle hablar cuanto quisiera de su libro. Esto tuvo como consecuencia que también él pensara en el libro más a menudo, y en cuanto sus amigos dejaron de insistir en que escribiera, se sentó a su mesa con muchas ganas de empezar.

Su última visión no se parecía en nada a ninguna de las anteriores. En su primer año de matrimonio le habían obsesionado dos o tres temas que suplicaban verse expresados; ahora le parecían sin embargo demasiado líricos o demasiado trágicos. Ya no veía la vida bajo un prisma heroico: quería escribir algo donde los seres humanos aparecieran representados tan pequeños como los insectos que en realidad eran. Logró reducir poco a poco uno de sus viejos temas a estas dimensiones, y después de algunas noches de reflexión lo acometió con brío y redactó un primer capítulo que no le pareció del todo mal. Eufórico por el resultado de este primer intento pasó noches muy gratas revisando y puliendo su trabajo, y desarrolló paulatinamente una sensación de importancia y capacidad. Cuando despertaba por la mañana, en lugar de su lasitud habitual, tenía ganas de levantarse y hacer cosas, y estaba convencido de que su tarea individual era una pieza necesaria en la maquinaria del mundo. Guardó el secreto con el pánico del principiante que teme perder sus creaciones sólo parcialmente reales si las expone a la acción de cualquier luz exterior, pero continuó con paso más seguro, menos reacio a ver a sus amigos e incluso a cenar fuera y a reír a veces las bromas que escuchaba.

Laura Fairford se marchó antes al campo ese verano para sacar a Paul de la ciudad, y Ralph, que iba todos los sábados a verlos, solía encontrarse allí con Clare Van Degen. Desde que se divorció no había vuelto a poner el pie en el

palacio de pináculos de su prima, y Clare nunca le preguntaba la razón. Este silencio tácito era la única alusión a la participación de Van Degen en la catástrofe de Ralph, que sin embargo hablaba con franqueza de todos los demás aspectos. En cualquier caso, charlaban normalmente de temas impersonales —libros, cuadros, obras de teatro o cualquier cosa que les hubiera interesado— y Clare no daba muestras de querer que él hablara de sus asuntos. Por segundo año consecutivo Clare se había quedado más tiempo en la ciudad —lo que Ralph suponía un pretexto para ir a comer los domingos a casa de los Fairford—, y casi siempre hacían el viaje juntos en el coche de ella, pero él seguía sin contarle que había empezado su libro. Una tarde de mayo, mientras estaban a solas en la terraza, le anunció de pronto que estaba escribiendo. El corazón le latía como a un niño mientras hablaba, pero una vez dijo estas palabras se sintió lleno de confianza y pasó a esbozar su proyecto y a referir luego los detalles. Ella lo escuchaba con devoción, y Ralph sentía que sus ojos lo miraban ardiendo en el crepúsculo, como las estrellas que empezaban a encenderse sobre el jardín, y, cuando se levantó para entrar en la casa, la siguió con una nueva sensación de seguridad.

La cena resultó especialmente agradable esa noche. Charles Bowen, recién llegado de sus viajes de primavera, fue directamente a casa de sus amigos nada más desembarcar, y la cantidad de impresiones que traía consigo hizo que a Ralph le entraran ganas de marcharse a recorrer el mundo. ¿Por qué no, cuando hubiera terminado su libro? Sonrió a Clare, sentada al otro lado de la mesa, y dijo:

—El verano próximo tienes que alquilar un barco y llevarnos a todos al Egeo. No podemos permitir que Charles nos cuente con tanta condescendencia todos los lugares que ha visto.

¿De verdad era él quien hablaba y su prima quien le respondía con su sonrisa crepuscular? Bueno... ¿por qué no, otra vez? Las estaciones se renovaban y él también empezaba a echar nuevos brotes. «Mi libro, mi libro, mi libro», se repetía sin cesar en el fondo de sus pensamientos, tal como en otro tiempo murmuraba a todas horas el nombre de Undine. Esa noche, cuando se fue a la cama, se dijo que al fin empezaba a no pensar en su mujer...

Al pasar por la puerta de Laura, ésta lo llamó para que entrara y lo abrazó.

— ¡Qué bien te veo, querido!

— ¿Y por qué no iba a estarlo? —respondió alegremente, como despreciando la idea de que normalmente producía la impresión contraria. Paul dormía en la habitación contigua, y saberse cerca de su hijo le daba una sensación de calidez. Su pequeño mundo volvía a ordenarse, y una vez más se sentía a salvo y en paz en su círculo.

Pensaba que su hermana tenía algo más que decir, pero sólo le dio un beso, le deseó buenas noches, y subió silbando a su habitación.

A la mañana siguiente iba a dar un paseo con Clare, y mientras la esperaba, dando vueltas por el cuarto de estar, un criado trajo los periódicos dominicales. Ralph cogió uno y estaba desplegándolo con aire distraído cuando vio escrito su apellido, algo que no ocurría desde que se extinguieron los últimos ecos de su divorcio. Su primer impulso fue soltar el periódico y lanzarlo lo más lejos posible, pero una siniestra fascinación lo obligó a sujetarlo con fuerza y leer el odioso titular.

BELLEZA NEOYORQUINA SE CASA CON NOBLE FRANCÉS

LA SEÑORA UNDINE MARVELL CONFÍA EN QUE EL PAPA ANULE
SU ANTERIOR MATRIMONIO Y NOS CUENTA SU CASO

Otra vez tenía delante una «entrevista» con todo su horror largamente arrastrado; ¡una entrevista de Undine sobre su futuro matrimonio!

¡Y vaya si contaba su caso! Sus confidencias ocupaban la mayor parte de una columna, y el único detalle que omitía era el nombre de su futuro marido, al que llamaba «mi prometido» y el periodista «el conde» o «un eminente miembro de la nobleza francesa».

Oyó los pasos de Laura a sus espaldas. Soltó el periódico, y sus miradas se cruzaron.

— ¿Es eso lo que querías decirme anoche?

— ¿Anoche...? ¿Viene en el periódico?

— ¿Quién te lo dijo? ¿Bowen? ¿Qué más sabe?

— ¿Y eso qué importa Ralph, qué puede importar?

— ¿Quién es él? ¿Te lo ha dicho Bowen? —insistió, consciente de cómo crecía la inquietud de su hermana—. ¿Por qué no contestas? ¿Es alguien a quien yo conozco?

—A Bowen le dijeron en París que era su amigo Raymond de Chelles.

Ralph se echó a reír y su risa resonó en sus oídos como el eco del lamentable escándalo que organizó en el despacho del señor Spragg cuando supo que Undine se proponía pedir el divorcio. Esta vez su rabia estaba sazónada de ironía. El hecho de que su mujer hubiera ascendido un escalón más en su carrera le pareció todo un síntoma de la gigantesca bufonería humana.

—Además —siguió diciendo Laura—, es completamente absurdo. ¿Cómo demonios va a conseguir la nulidad matrimonial?

Ralph reflexionó y, al hacerlo, lo vio todo bajo una óptica distinta.

—Supongo que con mucho dinero podría salirse con la suya.

—Pues no será Chelles quien se lo dé. Charles me ha dicho que no es ni mucho menos rico. —Laura esperó, mirando a su hermano, hasta que se atrevió a decir—: Eso me lleva a pensar que no se casará con él aunque pudiera.

Ralph se encogió de hombros.

—Puede haber otros incentivos. Pero no lo conseguirá. —Se oyó hablar con serenidad. ¿Había perdido Undine el poder de hacerle daño?

Clare llegó vestida para el paseo, y, bajo la inquieta mirada de Laura, Ralph cogió el periódico y se lo pasó a su prima, diciendo con despreocupación:

— ¡Mira esto!

Ralph notó que le temblaban las pestañas mientras leía la columna. Luego, Clare levantó la vista y dijo:

— ¡Ahora serás libre! —Su expresión era fresca como una flor.

— ¿Libre? ¡Ya lo soy!

—Pero lo serás mucho más cuando ella tenga otro apellido, cuando se convierta en una persona completamente distinta. Entonces Paul será solo tuyo.

— ¿Paul? —terció Laura, con una risa nerviosa—. ¡Nunca ha habido la menor duda de que Ralph se quedaría con Paul!

Oyeron la risa del niño en el jardín, y Laura salió con él. Ralph seguía mirando a Clare.

— ¿De verdad te alegras? —preguntó sin querer; y se asustó al ver que Clare rompía a llorar. Se inclinó y la besó en la mejilla.

Capítulo XXXII

A medida que pasaban los días Ralph comprendió que Clare tenía razón: si Undine volvía a casarse él sería mucho más dueño de su vida y se liberaría por completo de su pasado. Y no le cabía duda de que Undine alcanzaría su objetivo: conocía la violencia de sus deseos y la frialdad con que se entregaba a ellos. Si no pudo cazar a Van Degen tal vez fuera por falta de experiencia

con un hombre como él, desmedido en sus caprichos inmediatos, pero indeciso y débil en sus propósitos; y sobre todo porque no había calibrado la fuerza limitadora que las convenciones sociales ejercían sobre él. No era probable que repitiera el mismo error, pues sin duda este fracaso había sido un buen preliminar para el éxito. Hacía mucho tiempo que no se permitía pensar en ella, y al hacerlo la abrumadora belleza de Undine se volvió presente una vez más, pero ya no era una parte de Ralph sino una cualidad objetivamente evaluada. Y se dijo: «Cualquier hombre capaz de sentir sentirá su belleza como lo hice yo»; y creció en él la certeza de que Raymond de Chelles, a tenor de la idea que se había formado de él por las referencias de Bowen, no era un hombre que renunciaría a Undine, aun cuando ella no lograra ser libre, tal como su religión exigía.

Iba sintiéndose poco a poco más libre y más ligero. Al cortar el último vínculo que los unía, Undine le permitía volver a su ser, Y el mero hecho de poder considerar su situación con imparcialidad e ironía en todos sus aspectos le hizo tomar conciencia de la distancia que había recorrido y de hasta qué punto se había renovado. Le emocionaron también las lágrimas de alegría de Clare al saberlo liberado y, aunque sus sentimientos por ella no habían cambiado, pensó que su amistad cobraba una cualidad nueva. Cuando volvió a trabajar en su libro, la sensación de poder perdió su aspereza y la vida dejó de parecerle un pavoroso espectáculo de muñecos renqueantes. Para entonces había avanzado bastante en el segundo capítulo.

Seguía animado cuando, una tarde, al llegar a Washington Square lleno de proyectos para una larga sesión de trabajo, su madre lo esperaba con una expresión extraña. La siguió hasta el salón, donde le contó que habían recibido una llamada incomprensible, una auténtica locura relacionada con Paul, que sin duda se trataba de un error.

Lo primero que a Ralph le vino a la cabeza fue un accidente, y se le encogió el corazón.

— ¿Ha llamado Laura?

—No, no; no ha sido Laura. Es un recado de la señora Spragg. Dijo que enviaría a alguien a recoger a Paul (un nombre extraño, parecido a Heeny) para que embarcara el sábado. Me pidió que preparara las maletas... pero sin duda se trata de un malentendido. —Rio y miró a Ralph como si esperara que le devolviera la confianza que acababa de transmitirle.

—Claro, claro —dijo Ralph.

Pidió a su madre que repitiera lo que acababa de decirle, pero ella se aturullaba siempre que surgía un imprevisto, y sus explicaciones eran confusas e inexactas. En realidad no sabía quién había llamado: no le pareció la voz de

la señora Spragg... Era una voz de mujer; sí... no la voz de una dama. Y sin duda habló de un vapor... pero Ralph sabía lo nerviosa que le ponía el teléfono... Además se estaba quedando un poco sorda. ¿No sería mejor ir al Malibran? Desde luego que era un error, pero... bueno, tal eso fuera lo mejor...

Al abrir la puerta notó el tintineo de una carta en el buzón, y vio su nombre escrito en un sobre corriente de aspecto formal. Soltó la manivela, se detuvo, y se inclinó para sacar la carta. Llevaba el membrete del bufete de abogados que había representado a Undine en la demanda de divorcio, y al rasgar el sobre lo primero que vio fue el nombre de Paul.

La señora Marvell lo siguió, y su grito rompió el silencio.

—Ralph... Ralph... ¿qué ha hecho?

—Nada... no es nada —dijo Ralph, mirando a su madre—. ¿Qué día la semana es hoy?

—Miércoles. ¿Por qué, qué...? —La señora Marvell comprendió lo que estaba pasando—. ¿No pensará quitárnoslo?

Ralph se desplomó en una silla, estrujando la carta con el puño. ¡Había vivido en un sueño —pobre idiota—, en un sueño al pensar en su hijo! No podía dejar de leer las frases mecanografiadas que daban vueltas ante sus ojos. «Las circunstancias de mi cliente felizmente permiten en este momento... al fin en situación de ofrecer a su hijo un hogar... larga separación... los sentimientos de una madre... todas las ventajas sociales y educativas...». Y al final, el dardo envenenado que dejó a Ralph mudo: «Toda vez que los tribunales le concedieron a ella la custodia exclusiva...».

¡La custodia exclusiva! Eso significaba que Paul sería de Undine, sólo suyo, suyo para siempre; ¡que su padre no tendría más derecho sobre él que un desconocido que pasara por la calle! ¡Y él, Ralph Marvell, un hombre sensato, joven, sano y en plena posesión de sus facultades había permanecido impasible mientras se cometía esa abominable maldad y ahora perdería todos sus derechos sobre la carne de su carne y la sangre de su sangre! No podía ser... no podía ser de ningún modo. Lo absurdo de la situación demostraba que no era cierto. Tenía que haber algún error, un error que su abogado no tardaría en reparar. Si no fuera porque un martillo le estaba destrozando la cabeza, recordaría las condiciones de la sentencia, mas por el momento todos los detalles del desgarrador episodio se perdían en una bruma de incertidumbre.

Para escapar de la angustiosa y muda interrogación de su madre, Ralph se levantó y dijo:

—Voy a ver al señor Spragg... Sin duda se trata de un error. —Pero mientras lo decía repasaba mentalmente los terribles meses del divorcio y recordó su incomprensible apatía, la mansedumbre con que había acatado la decisión familiar de olvidarlo todo y su caída gradual en el mismo estado de indolencia. Recordó las expresiones características de la familia, todo un completo y elaborado vocabulario para la evasión: «delicadeza», «orgullo», «dignidad», «es preferible no saber esas cosas»; a la señora Marvell diciendo: «Sólo te pido que no le menciones el asunto a tu abuelo»; y al señor Dagonet: «Evítale a tu madre todo lo que pase, Ralph»; e incluso el terror de Laura: «Por el bien de Paul, naturalmente debemos evitar el escándalo».

¡Por el bien de Paul! Y para evitar el escándalo, por el bien de Paul, el padre de Paul, se había abstenido sumisamente de defender sus derechos y de refutar las acusaciones de su mujer, entregándole así la custodia del niño.

Mientras su taxi rodaba por la Quinta Avenida, Ralph bullía de rabia contra todas las influencias que le habían reducido a semejante estado de pusilanimidad. Luego, poco a poco aceptó que era débil por naturaleza. En sus años de juventud se manifestaba con elocuencia en contra de las convenciones de su clase social, pero, cuando llegaba el momento de demostrar cuánto las despreciaba, éstas lo dominaban de un modo misterioso y lo desviaban de su camino, como un oculto defecto hereditario. Y al mirar hacia el pasado comprendió que había manejado incluso su peor desgracia de acuerdo con las convenciones y el sentimentalismo de esta actitud heredada: que sus ideas al respecto eran las de varias generaciones de Dagonet, que lo único propio y real en su vida era la absurda pasión que con tanto esfuerzo había intentado borrar de la existencia.

Camino del Malibran cambió de dirección y fue a casa del abogado que le había asesorado en el momento del divorcio. El abogado no había vuelto a casa, y Ralph lo esperó media hora sumido en amargas reflexiones, hasta que el sonido de un cerrojo le hizo ponerse en pie. La visita fue breve. Su anfitrión, tras recibirlo amablemente, escuchó sin sorprenderse las noticias de Ralph, y cuando éste hubo terminado le recordó con una precisión no exenta de ironía que en el momento del divorcio no había solicitado ni consejo ni información, sino que se limitó a declarar que «quería zanjar el asunto» (Ralph reconoció en esto una frase de su abuelo) y, al saber que para ello bastaba con abstenerse de actuar y no precisaba servicios legales, se marchó sin más preguntas.

—Yo deduje que usted tendría sus razones... —concluyó el ofendido consejero; y, en respuesta a la desesperada pregunta de Ralph, añadió—: Verá usted, el caso está cerrado y no veo qué podría alegar para abrirlo de nuevo... a menos, claro, que aporte pruebas de irregularidades en la vida de la madre que...

—Va a casarse de nuevo —interrumpió Ralph.

— ¿De veras? Bueno, eso no puede calificarse de irregularidad. De hecho, en determinadas circunstancias incluso podría presentarse como una ventaja para el niño.

—Entonces, ¿no puedo hacer nada?

—A menos que haya una motivación oculta... con la que se pudiera presionar.

— ¿Quiere decir que lo primero es averiguar qué se propone ella?

—Exacto. Claro que si resulta que el sentimiento maternal es auténtico, no le ocultaré que las perspectivas son malas. En el mejor de los casos tal vez consiguiera ver al niño en unas fechas estipuladas.

¡Ver a su hijo en unas fechas estipuladas! Ralph se preguntó qué clase de demente podía estar allí sentado, con aire responsable y eficiente, diciendo semejantes tonterías. Cuando se levantó para marcharse, el abogado le detuvo y dijo:

—En todo caso no hay razón para alarmarse enseguida. Llevará tiempo ejecutar la sentencia de Dakota en Nueva York, y entre tanto no pueden llevarse a su hijo. Pero tenga en cuenta que en los periódicos se dirán muchas cosas desagradables y que tiene el caso perdido de antemano.

Ralph le dio las gracias y se fue.

Se dirigió rápidamente al norte, y en el Malibran le comunicaron que el señor y la señora Spragg estaban cenando. Pidió que anunciaran su llegada en el restaurante del sótano, y el señor Spragg apareció entre los renqueantes porteros del salón Adam. Había envejecido y engordado, como si fuera la enfermedad en lugar de la salud lo que envolvía sus huesos con más carne, y se veían ciertas tonalidades grises en algunas zonas hundidas del rostro.

— ¿Qué está pasando con Paul? —preguntó Ralph—. Mi madre ha recibido un recado que no logramos entender.

El señor Spragg se sentó, hundiendo la espina dorsal en las profundidades del sillón elegido. Cruzó las piernas y se puso a balancear un pie enfundado en una bota alta y arrugada, con elásticos en los lados.

— ¿No has recibido una carta?

— ¿De mi... de los abogados de Undine? Sí —dijo Ralph—. Pero me resulta muy rara. Hasta el momento ella nunca ha dado muestras de querer estar con Paul.

El señor Spragg se ajustó las gafas, leyó la carta despacio, volvió a

guardarla en el sobre y se la entregó a Ralph.

—Mi hija me ha insinuado que quiere que estos caballeros actúen en su nombre y representación. No he recibido más instrucciones de ella —dijo, sin atisbo de brusquedad en el tono, pese a lo que su rígido vocabulario legal pudiera insinuar.

—Pero la primera noticia que yo he tenido ha sido suya... al menos de la señora Spragg.

El señor Spragg se llevó una mano a la barba.

—Las mujeres a veces se apresuran un poco. Creo que la señora Spragg recibió ayer una carta en la que se le pedía que buscara a una persona de confianza para acompañar a Paul; y supongo que pensó...

— ¡Esto es completamente absurdo! —exclamó Ralph, levantándose de un salto—. ¿Es que a ninguno de ustedes se le ha ocurrido pensar siquiera por un momento que yo por nada del mundo estaría dispuesto a enviar a mi hijo como si se tratara de una mercancía, siguiendo instrucciones, fueran las que fueran? Sí, lo sé... Yo he permitido que esto ocurriera... por no hacer valer mis derechos sobre él... pero no sabía lo que hacía... Estaba enfermo y destrozado de dolor. Mi familia estaba hundida por la situación, y quería evitarles sufrimientos. Pero sobre todo quería evitárselos a mi hijo cuando creciera. Usted sabe cuál habría sido el resultado si yo hubiera refutado las alegaciones de Undine. Opté por no comparecer... No puse ningún tipo de condiciones... ¡Lo único que quería es que Paul siguiera conmigo y que jamás oyera una mala palabra sobre su madre!

El señor Spragg escuchaba el desesperado llamamiento de Ralph con un silencio que no denotaba indiferencia ni desprecio, sino una absoluta incapacidad verbal en momentos de crisis emocionales. Finalmente, con cierta inseguridad en su tono normalmente sereno, dijo:

—Supongo que tuviste la opción de solicitar la custodia de Ralph en su momento.

—Desde luego... tuve la opción —le espetó Ralph.

El señor Spragg lo miró con compasión y dijo:

—Lamento que no lo hicieras.

Capítulo XXXIII

El resultado de esta visita fue que el señor Spragg, tras muchas

deliberaciones, logró que, en tanto se realizaran las negociaciones necesarias entre los abogados de ambas partes, se aceptara el compromiso de no intentar en ningún momento alejar a Paul de su padre. Le parecía no obstante natural que su hija, que estaba a punto de contraer un matrimonio que le permitiría ofrecer a su hijo un hogar adecuado, reclamara legalmente su custodia. Más desconcertante para Ralph fue saber que la señora Spragg, abandonando por una vez su actitud de imparcialidad pasiva, había secundado con entusiasmo los planes de su hija; Ralph pensaba que el hecho de que Undine hubiese abandonado al niño de alguna manera había establecido una especie de acuerdo tácito entre él y su suegra.

—Yo creía que la señora Spragg comprendería que el intento de quitarme a Paul no es bueno para nadie —dijo, con desesperación, torpeza y súplica, pero el señor Spragg le sorprendió al responder:

—Supongo que su abuela piensa que Paul será más suyo si sigue en nuestra familia.

Ralph despertó bruscamente de su sueño de paz recuperada para enfrentarse a la indiferencia o la hostilidad a cada paso que daba. Era como si los campos de junio en los que su hijo jugaba se hubieran abierto de pronto para tragárselo. Los temores de la señora Marvell eran casi más difíciles de soportar que el antagonismo de los Spragg, y Ralph pasó los días siguientes yendo de un lado para otro, desesperado, temiendo nuevas noticias de los abogados de Undine, pero también preocupado por no saber nada más de ellos. El señor Spragg accedió a telegrafiar a su hija para pedirle que esperara a recibir una carta antes de presentar su demanda, y, cuatro días después de la visita al Malibran, Ralph recibió recado telefónico de presentarse en el despacho de su suegro.

Media hora más tarde su conversación había concluido y Ralph se encontraba una vez más en el vestíbulo, junto a la puerta del señor Spragg. La respuesta de Undine había llegado, y el destino de Paul había quedado sellado. Su madre se negaba a renunciar al niño, se negaba a esperar la llegada de la carta del abogado de Ralph y reiteraba, en términos perentorios, la exigencia de que enviaran a Paul inmediatamente a París, al cuidado de la señora Heeny.

A la vista de los problemas de su antiguo yerno, el señor Spragg se mostró pacífico, aunque distante. Era obvio que, aunque no tuviera ningunas ganas de pelearse con Ralph, tampoco veía ninguna razón para enfrentarse a Undine.

—Supongo que tiene la ley de su parte —dijo; y en respuesta a las encendidas protestas de Ralph añadió casi con fatalismo—: Me parece que tendrás que dejar el asunto en manos de mi hija.

Ralph llegó a la oficina resuelto a controlarse y a no perderse ninguna

información adicional, pero no tardó en comprobar que el señor Spragg sabía tan poco como él acerca de los planes de Undine o del estado en que éstos se encontraban. Lo único que Undine al parecer le había contado a su padre es que tenía intención de volver a casarse, además de ordenar la partida de Paul, y Ralph se figuró que muy probablemente su compromiso con él le fue anunciado en su momento al señor Spragg con el mismo laconismo.

Esta idea le procuró la abrumadora sensación de que el pasado regresaba. Revivió uno por uno todos los detalles de ese increíble momento y sintió en sus venas la fuerza del éxtasis cuando por primera vez cruzó el sombrío umbral por el que ahora acaba de salir. Con una extraña nitidez volvió el recuerdo del día en que subió corriendo al despacho del señor Spragg para pedirle opinión sobre un collar para Undine. Recordó el incidente porque estaba ansioso de recibir el consejo de su suegro y éste pronunció entonces la misma frase que ahora: «Me parece que tendrás que dejar el asunto en manos de mi hija».

Se lo imaginó repantigado en su sillón, alejado de la mesa desordenada, las piernas estiradas, las manos en los bolsillos, las mandíbulas atareadas con su palillo de dientes fantasma; y en un rincón de la oficina vio a un joven de estatura media y cara colorada, con aspecto de haber sido interrumpido cuando estaba a punto de decir algo desagradable.

«Ésa debió de ser la primera vez que vi a Moffatt», pensó; y esta idea enlazó con el recuerdo de otros encuentros posteriores en el mismo edificio y de las frecuentes visitas al despacho de Moffatt las intensas semanas de su misterioso y lucrativo «acuerdo».

Se preguntó si Moffatt seguiría teniendo su despacho en el Ararat, y al salir se detuvo ante el panel negro pegado a la pared del vestíbulo y encontró el nombre en su lugar habitual.

Al momento volvió a sumirse en sus preocupaciones. Ahora que sabía que Paul corría un peligro inminente y que era inútil solicitar un aplazamiento, mil proyectos fantásticos combatían en su cabeza. Llevarse al niño de allí... eso le pareció lo primero; ponerlo a salvo y luego recurrir a la ley, reabrir el caso y proseguir la lucha de tribunal en tribunal hasta que le reconocieran sus derechos. Costaría mucho dinero... ya se ocuparía de conseguirlo. Lo primero era garantizar la seguridad provisional del niño; luego considerar los métodos... ¿Alguna vez, se preguntaba Ralph, no había estado esta cuestión en la raíz de todas las demás?

Le había prometido a Clare Van Degen que le comunicaría el resultado de su entrevista y media hora más tarde se encontraba en su salón. Era la primera vez que entraba allí desde su divorcio; Van Degen estaba pescando sábalos en California, y él necesitaba ver a Clare. Su único alivio era hablar con ella,

evaluar febrilmente todas las posibilidades de aplazamiento y obstrucción; y le asombró la inteligencia y la energía que Clare aportó a la discusión. Era como si nunca hubiera tenido la fuerza suficiente para poner todo su corazón y su cerebro en algo, mientras que ahora funcionaba a pleno rendimiento para él.

Clare escuchó con suma atención y luego dijo:

—Dices que costará mucho dinero, pero ¿qué necesidad hay de llevar el caso a los tribunales? ¿Por qué no le das el dinero a Undine en lugar de dárselo a tus abogados?

Ralph la miró con asombro; y Clare continuó:

— ¿Por qué crees que de pronto ha decidido que Paul debe estar con ella?

—Eso lo sabe cualquiera que la conozca. Quiere a Paul para dar una apariencia respetable. El hecho de tenerlo demuestra más que ninguna sentencia que ella lo ha hecho todo bien y yo todo «mal».

Clare reflexionó y dijo:

—Sí; ésa es la respuesta más evidente. Pero ¿quieres saber cuál es mi opinión, querido? Tú y yo estamos completamente anticuados. No creo que a Undine le importe un comino «parecer respetable». Lo que quiere es dinero para la nulidad matrimonial.

Ralph profirió una exclamación de incredulidad.

— ¿No te das cuenta? —insistió Clare—. Es su única esperanza; su última oportunidad. Es demasiado lista para cargar con el niño sólo para fastidiarte. Lo que quiere es que tú se lo compres. —Se puso en pie y se acercó a él con las manos tendidas—. ¡Puede que al fin pueda ayudarte en algo!

— ¿Tú? —preguntó Ralph, con una sonrisa triste—. Como si no me ayudaras a todas horas... ¡escuchando todas mis preocupaciones!

— ¡Ah, si de verdad consigo apartar esta preocupación del camino te aseguro que no habrá ninguna más! —Lo siguió intensamente con la mirada mientras él se volvía hacia la ventana y se quedaba mirando la sofocante perspectiva de la Quinta Avenida. Las conjeturas de Clare le parecían cada vez más evidentes. Era una respuesta lógica a todas las incongruencias en la reciente conducta de Undine, y completaba y definía de nuevo su personalidad, dibujando un nítido contorno alrededor de su imagen progresivamente debilitada.

—Si es eso no tardaré en saberlo —dijo, apartándose de la ventana. De pronto vio su camino con claridad. Sólo tenía que resistir hasta que Undine mostrara sus cartas. Y este pensamiento le trajo el recuerdo de una tarde de otoño en París, cuando al volver al hotel se la encontró con el equipaje a

medio hacer, llorando amargamente porque iba a ser madre.

Sintió el roce de Clare en su brazo.

—Si tengo razón... ¿me dejarás que te ayude?

Ralph posó su mano en la de ella, sin decir nada, y Clare continuó:

—Costará mucho dinero; ese tipo de procedimientos legales son muy caros. Además, le dará vergüenza venderlo barato. Debes estar dispuesto a darle todo lo que quiera. Yo tengo muchos ahorros... dinero mío, quiero decir...

— ¿Tuyo? —preguntó Ralph, viendo cómo bajo la piel tostada de Clare asomaba un rubor extraño.

—Mío. ¿Por qué no me crees? Llevo años atesorando una parte de mi renta, con la idea de que algún día no podría seguir soportando todo esto... —Abarcó con un gesto el lujoso escenario—. Pero ahora sé que nunca cambiaré de opinión. Están los niños; y además las cosas me resultan más fáciles desde que... —se detuvo, incómoda.

—Sí, sí; lo sé —asintió Ralph, con ganas de completar la frase diciendo: «Desde que mi mujer te dio razones para presionar a tu marido». Pero se limitó a repetir—: Lo sé.

— ¿Dejarás que te ayude?

—Primero debemos afrontar la situación. —Cogió sus manos con súbita energía—. Como bien dices, cuando Paul esté a salvo todas las demás preocupaciones se esfumarán por completo.

Capítulo XXXIV

El modo de reunir el dinero necesario angustió a Ralph a lo largo de las semanas siguientes. Las averiguaciones de sus abogados no tardaron en confirmar las sospechas de Clare y quedó claro que —por razones ingeniosamente envueltas en verborrea legal—, a cambio de una suma sustancial, Undine tal vez llegara a admitir que era mejor para su hijo quedarse con su padre.

El primer impulso de Ralph al recibir la noticia fue comunicársela a Clare. Estaba pletórico y tenía la sensación de abrazar a su hijo mientras caminaba. Paul y él se pertenecerían mutuamente para siempre. ¡Nunca más tendrían que afrontar la amenaza de una misteriosa separación! Su sensación de alivio era tan deliciosa como la del propio niño al despertar de una pesadilla y ver la

alegre luz del día en su habitación.

Clare volvió a pedirle que le permitiera contribuir al rescate del pequeño, pero Ralph intentó disuadirla, explicando que se proponía «encontrarlo».

— ¿Encontrarlo? ¿Dónde? ¿En las arcas de los Dagonet? ¿Por qué finges, Ralph? Dime cuánto puedes ofrecer. —Era extraordinario el dominio que su prima ejercía de pronto sobre él. Sin embargo, Ralph aún no estaba en condiciones de entrar en detalles. El hecho de que las cuentas entre Undine y él se saldaran peleando hasta el último céntimo le parecía la ironía más amarga de todos sus sueños: se sentía miserablemente disminuido por la pequeñez de lo que había llenado su mundo.

Pese a todo, debía emprender la búsqueda, y un día se encontró de nuevo en la puerta del despacho de Elmer Moffatt. La insistencia con que su nombre aparecía últimamente en la prensa en relación con la reapertura de la investigación sobre Ararat hizo que Ralph se acordara de él. Al parecer, Moffatt era uno de los testigos más valiosos de la fiscalía; se esperó con ansiedad su regreso de Europa y se criticó cáusticamente su negativa a testificar. Hasta que Moffatt volvió, fue a Washington... y resultó que no tenía nada que decir.

Ralph estaba demasiado sumido en sus propias preocupaciones para sorprenderse por este anticlímax, si bien la frecuente aparición de Moffatt en los diarios matinales influyó inconscientemente en él. Además, ¿a quién sino a Moffatt podía pedir ayuda? La cantidad exigida por Undine sólo podía conseguirse con una «maniobra rápida», y teniendo en cuenta que Ralph ya le había prestado anteriormente a Moffatt esa clase de servicio, le pareció natural recurrir a él. El mercado vivía un momento de euforia, y no era improbable que un especulador con tanta experiencia tuviese «algo bueno» guardado en la manga.

El despacho de Moffatt había cambiado desde su última visita. Pintura, barniz y molduras de bronce daban un aire de opulencia a los espacios exteriores, mientras que en la propia oficina, con sus estanterías de caoba, sus volúmenes encuadernados en piel y sus amplios sillones de cuero azul, sólo faltaban un par de palmeras para que se pareciese al salón de un hotel elegante. Le pareció que el propio Moffatt había sufrido la misma transformación: más cómodo, más holgado, mejor vestido; todo en él exhalaba un leve aroma a perfume caro.

Instaló a su visitante en uno de los sillones azules y se sentó frente a él, apoyando un codo en su impresionante escritorio de estilo Washington para escuchar con atención su solicitud.

— ¿Quieres participar en algo bueno con la mayor rapidez posible? —Se

retorció el bigote con los dedos carnosos y chatos, ligeramente cubiertos de vello en las falanges inferiores—. Creo que no hay un solo hombre cuerdo de aquí a San Francisco que no esté consumido por el mismo anhelo. —Y habiéndose permitido la broma, se centró en el asunto—. Sí... es un momento excelente para comprar, de eso no cabe duda. Pero dices que quieres conseguir un beneficio rápido. ¿No sabes que todo lo bueno se hace esperar? Se supone que eso es lo que pasa con las cosas buenas... de cualquier clase. Otros también van tras ellas. —Moffatt tenía una sonrisa juguetona—. Bueno, yo estaría dispuesto a hacerte un favor, porque que tú me lo hiciste a mí cuando más lo necesitaba. «Me cobijaste en mi juventud.» Sí, señor; así soy yo. —Se puso en pie, cruzó la habitación y cogió un objeto pequeño de lo alto de la estantería—. ¿Te gustan estos cristales rosas? —Sostuvo a la luz el objeto oriental—. Yo no soy ningún experto... pero de vez en cuando me gusta elegir cosas bonitas. —Ralph vio que lo acariciaba con la mirada—. Bien, veamos. Dices que necesitas tener los fondos para tu... inversión en el plazo de tres semanas. Eso es poco tiempo. Y quieres cien mil. ¿Puedes aportar cincuenta?

Ralph estaba preparado para la pregunta, pero cuando se produjo se estremeció por un momento. Sabía que su abuelo le daría la mitad y tal vez pudiera pedirle a Fairford un pequeño préstamo adicional, pero ¿y el resto? Bueno, también estaba Clare. Siempre supo que no tendría alternativa. Y a fin de cuentas el dinero era de Clare... era dinero Dagonet. Al menos eso había dicho ella. En el breve silencio que precedió a su respuesta se destiló toda la desgracia de su difícil situación.

—Supongo que sí... —dijo.

—Bueno, creo que podré doblar la cantidad para ti —dijo Moffatt, con modestia olímpica—. Al menos lo intentaré. Pero ¡no se lo digas a las demás chicas!

Procedió a esbozar su plan mientras Ralph se esforzaba por aguzar los oídos, pero en medio de la complejidad de los datos y de las cifras no dejaba de resonar el grito de un niño que corría por un jardín en las afueras de la ciudad. «¡Cuando lo coja en brazos esta noche será mío definitivamente!», pensaba, mientras Moffatt resumía su exposición:

—Ese es el plan en pocas palabras, pero será mejor que lo pienses. No quiero que te metas en nada si no estás completamente seguro.

—Si tú lo estás —dijo Ralph, calculando el tiempo que tardaría en pasar un momento a ver a Clare Van Degen antes de coger el tren para ir a casa de los Fairford.

En su impaciencia, le costó prestar la debida atención a la cortesía con que Moffatt se despedía de él.

—Me alegro de verte —oyó que decía, confirmando sus palabras con un último apretón de manos—. Me gustaría que cenaras conmigo alguna noche en mi club. Y tras la remota aceptación de Ralph: Por cierto, ¿cómo está tu hijo? La última vez que lo vi me pareció un tipo estupendo. Perdona si soy indiscreto, pero tengo entendido que se ha quedado contigo... Sí; eso pensaba... Bueno, hasta pronto.

Clare no estaba en su sala de estar, pero la criada volvió enseguida para conducir a Ralph al exuberante salón dorado y cubierto de tapices donde a veces ella recibía a sus visitas. Allí, bajo el retrato pintado por Popple, encontró a su prima, menuda y sola, sentada en un monumental sofá al lado de una mesita de té con vajilla de oro, mientras desde la pared contraria, retratado por un «poderoso» artista y opulentamente enmarcado, Van Degen la miraba con la expresión satisfecha del propietario.

Empujado por la fuerza de la excitación, Ralph percibió como si viviera un sueño la frívola perversión de que ella lo recibiera en aquel escenario, y no en su habitual rincón de tranquilidad; pero en su pensamiento sólo había cabida para el grito que profirió:

— ¡Creo que lo he conseguido!

Se sentó a explicar cómo, tratando en la medida de lo posible de repetir con exactitud los detalles del plan de Moffatt; y gracias a la manifiesta ignorancia financiera de Clare, su vaguedad resultó menos vaga.

—En todo caso, él parece seguro de que no hay riesgos. Tengo entendido que ahora trabaja con Rolliver, y Rolliver es prácticamente el dueño de Apex. Se trata de un plan para adquirir todos los servicios de utilidad pública en Apex. Están casi seguros de obtener la concesión, y Moffatt dice que podría doblar la inversión en pocas semanas. Naturalmente, si quieres te doy más detalles.

—No. ¡Lo has expuesto con mucha claridad! —Clare le hizo sentir que realmente lo había hecho—. Además, ¿eso qué importa? Lo que importa es haberlo conseguido. —Lo miró con ojos centelleantes—. Y ahora... mi parte... No me has dicho...

Ralph le explicó que el señor Dagonet, a quien ya le había comunicado la cantidad que necesitaba, le garantizó de inmediato veinticinco mil dólares, que en su momento se restarían de su parte de la herencia.

Su madre también insistía en aportar algo, y Henley Fairford le había ofrecido diez mil, sin que él le pidiera nada: Henley se había portado maravillosamente...

— ¡Henley también! —suspiró Clare—. ¿Y yo soy la única que se ha

quedado fuera?

Ralph sintió que se sonrojaba.

—Bueno, verás, necesito cincuenta... Clare —juntó las manos con alegría.

— ¡En ese caso debes dejar que te ayude! ¡Qué contenta estoy! Tengo veinte mil dólares esperando.

Ralph echo un vistazo a la habitación y volvió a sentirse frenado por sus connotaciones opresivas.

—Eres un encanto... pero no puedo aceptarlos.

— ¡Ya te he dicho que son míos, hasta el último penique!

—Sí, pero... ¿y si las cosas salieran mal?

—Nada puede salir mal... si lo aceptas...

—Puedo perderlo...

— ¡Yo no lo perderé si te lo he dado a ti! —Siguió la mirada de Ralph en torno al salón y volvió a fijar la vista en él—. ¿No te das cuenta de todo lo que eso compensa?

Ralph se dejó contagiar por la completa alegría de Clare. ¡Sí, claro que se daba cuenta! Inclino la cabeza sobre las manos de ella y dijo:

—Acepto. —Y se quedaron mirándose como dos niños radiantes.

Clare lo siguió hasta la puerta, y Ralph, volviéndose para salir, rompió a reír y dijo:

—Pero ¡es muy raro que esto esté pasando en esta habitación!

Clare estaba muy cerca, su mano en la gruesa cortina de la puerta; su mirada voló rápidamente hacia el retrato de su marido. Ralph se dio cuenta, y una oleada de odio y ternura creció en su interior. La llevó debajo del retrato y la beso apasionadamente.

Capítulo XXXV

En el plazo de cuarenta y ocho horas el dinero de Ralph estaba en manos de Moffatt, y dio comienzo la expectación.

Una vez realizada la operación, sentía el engañoso optimismo que sucede a las dolorosas fases de la indecisión. Le parecía que la vida lo liberaba al fin de las falsas ilusiones que lo habían atrapado y le dejaba sólo el mayor de los

dones: su hijo.

Su fantasía se colmaba de imágenes felices de las cosas que quería para Paul, de lo que su hijo haría y sería. El niño daba cada vez más muestras de sus cualidades; desarrollaba, como una planta, los zarcillos de una sensibilidad y una inteligencia que fascinaban a Ralph y preocupaban a la vigilante Laura.

—Va a ser exactamente igual que tú, Ralph... —dijo. Guardó silencio y se atrevió a añadir—: Por su bien, me gustaría que hubiera sacado al menos un poquito de los Spragg.

Ralph se echó a reír, comprendiendo lo que su hermana quería decir.

—Bueno, el tenaz ciudadano en que me he convertido le impedirá parecerse al idiota romántico que lo concibió. Paul y yo haremos grandes cosas juntos.

También su libro crecía y desarrollaba sus zarcillos, y Ralph se entregaba a su tarea con la fuerza incandescente de su euforia artificial. Por espacio de varias semanas, todo cuanto decía o hacía le resultaba tan fácil y libre de condicionamientos como las acciones de los sueños.

Y, en este estado de ánimo, Clare Van Degen volvió a convertirse en la compañera de su niñez. No la veía a menudo, pues ella se había marchado al campo con los niños, pero se comunicaban a diario, por carta o por teléfono, y de vez en cuando Clare pasaba la noche en casa de los Fairford. Allí recuperaron los largos paseos de su juventud, y una vez más los campos y los bosques parecieron llenarse de presencias mágicas. Clare no se había vuelto más inteligente, no era capaz de seguir a Ralph más lejos en sus vuelos mentales, pero poseía por naturaleza, como una flor su perfume, algunas de las cualidades que con el tiempo más preciadas habían llegado a ser para él. Y así, en las largas tardes de junio, su conversación abarcó numerosos temas, y daba lo mismo que Clare a veces no diera en el blanco con sus respuestas, porque sus silencios acertaban invariablemente.

Entre tanto, Ralph seguía recopilando de diversas fuentes abundante información sobre Elmer Moffatt, más o menos contradictoria. La opinión más extendida era que Moffatt había vuelto de Europa con la intención de testificar en la investigación sobre Ararat, y que su antiguo jefe, el gran Harmon B. Driscoll, había logrado silenciarlo; y se daba por sentado que el precio de este silencio, cifrado en una suma considerable, explicaba en última instancia una serie de operaciones especulativas que habían encumbrado definitivamente a Moffatt entre los líderes de Wall Street. El relato de su última hazaña y las teorías sobre el personaje variaban según el enfoque del periodista, pero cada vez que alguien intentaba centrarse en su fascinante personalidad era como si una divinidad protectora lo cubriera con un velo de misterio. Pese a todo, sus

detractores eran los primeros en reconocer que «tenía algo»; todo parecía indicar que había dejado atrás la fase meteórica, y el mundo de los negocios reconocía unánimemente que estaba allí «para quedarse». Su estabilidad empezaba a percibirse incluso en la Quinta Avenida. Se decía que había comprado una casa en la calle Setenta y Dos o que tenía intención de construir cerca del Parque; una o dos personas (siempre «llevadas por un amigo») habían estado en su apartamento del Pactolus viendo sus porcelanas chinas y sus alfombras persas; de vez en cuando invitaba a cenar a un grupo de hombres importantes en un restaurante de la Quinta Avenida; su nombre figuraba con creciente frecuencia en actividades filantrópicas y en comités municipales (incluso se rumoreaba que había sido admitido en un famoso club); y el rector de una acaudalada parroquia que recaudaba fondos para construir una capilla había dicho de él, tras reunirse para cenar, que «no era un hombre exclusivamente materialista».

Todas estas pruebas convergentes de la solidez de Moffatt fortalecían la fe de Ralph en su aventura. Recordaba la astucia y la destreza con que había dirigido su operación inmobiliaria conjunta — ¡qué irreal y qué lejano le parecía todo!—, y esperaba acontecimientos con la pasiva confianza del enfermo que se sabe en manos de un cirujano solvente.

Se acercaba el final del mes de junio, y cada mañana Ralph abría el periódico con mayor expectación. En cualquier momento podía aparecer la noticia sobre la adquisición de los servicios públicos de la ciudad de Apex. Moffatt le había garantizado que el asunto «estaría resuelto» antes de fin de mes. Pero la noticia no llegaba y, transcurrido un tiempo prudencial, decidió telefonear. Moffatt estaba fuera de la ciudad y, a su regreso, unos días más tarde, respondió a las preguntas de Ralph con evasivas y en un tono ligeramente irritado. Ese mismo día Ralph recibió carta de su abogado, a quien los representantes de la señora Marvell le recordaban que el plazo acordado para la ejecución del acuerdo financiero expiraba a finales de la semana próxima.

Alarmado, se presentó de nuevo en el edificio Ararat, y nada más ver el rostro vulgar de Moffatt y su esmerada indumentaria se sintió tranquilizado. Se figuraba que bajo la coronilla calva de esa cabeza pulcramente peinada residía la solución a cualquier problema económico que pudiera asediar el espíritu de un hombre. La voz de Moffatt había recuperado su tono cordial, y la calidez con que recibió a Ralph disipó sus últimas dudas.

—Sí, todo va de maravilla. La semana pasada creyeron que iban a dejarnos colgados... pero no han podido. Puede que se retrase una semana, pero creo que para el día descorcharemos una botella de vino.

Un chico de los recados entró a entregar una nota, en la que había escrito

un nombre, y, tras consultar su reloj, Moffatt tendió calurosamente la mano a Ralph.

—Me alegro de que hayas venido. Te tendré al corriente, como es natural... No, por aquí... Vuelve cuando quieras... —Y condujo a Ralph por una puerta distinta.

Llegó el mes de julio y pasó su primera semana. El abogado de Ralph consiguió un aplazamiento, pero los representantes legales de Undine le advirtieron de que el trato debía cerrarse antes del primer día de agosto. Telefonó a Moffatt en un par de ocasiones y recibió amistosas garantías de que todo «seguía su curso»; le incomodaba un poco volver a su despacho y dejó que pasaran los días en un estado de hambriento temor. Un sábado por la tarde, al volver de la ciudad (de donde había salido esa mañana para pasar el día con su hijo), Henley Fairford le comunicó que el plan de adquisición de Apex había fallado. Era inútil intentar comunicarse con Moffatt en domingo, y Ralph pasó las veinticuatro horas siguientes como buenamente pudo. Clare Van Degen estaba allí con el menor de sus hijos, y esa tarde salieron juntos con a navegar con los niños. Una brisa ligera rizaba las aguas del Sound, y empujados por ella recorrieron la costa, viraron cuando el sol empezaba a declinar y regresaron bajo un aire más calmado, mientras el cielo pasaba del azul a un verde traslúcido y se teñía luego de todos los grises crepusculares.

Cuando salieron del embarcadero y echaron a andar detrás de los niños por el jardín oscurecido, una sensación de seguridad descendió de nuevo sobre Ralph. No podía creer que ese escenario y ese estado de ánimo pudieran ocultar un mal inminente, y se liberó de todas sus dudas y preocupaciones.

A la mañana siguiente volvió a la ciudad en compañía de Clare. Una vez en la estación, Ralph la dejó instalada en el coche que la llevaría a Long Island y se fue corriendo al despacho de Moffatt. Le dijeron que Moffatt estaba «ocupado» y tuvo que esperar casi media hora en la antesala de la oficina, donde, entre el incesante tableteo de la máquina de escribir y el zumbido espasmódico del teléfono, sus pensamientos reanudaron una vez más su impaciente circuito. Al fin se abrió la puerta y pudo acceder al santuario. Moffatt estaba sentado detrás de su escritorio, examinando otra pequeña vasija de cristal parecida a la que le había enseñado a Ralph semanas antes. Al entrar su visita, sostuvo la vasija a contraluz, revelando en su superficie perlada un dibujo tan delicado como la sombra de una hoja de hierba en el agua.

— ¿Verdad que es una maravilla? —dejó el objeto y se inclinó sobre la mesa, tendiéndole la mano—. Bueno, bueno —dijo, recostándose en su sillón y haciendo un mohín ligeramente cómico con el labio inferior—. No cabe duda de que esta vez nos han dado una buena. ¿Has visto el Radiator esta mañana? No sé cómo se ha filtrado la noticia, pero los reformistas se olieron el

plan y cada vez que meten las narices en algo lo estropean.

Hablaba en tono alegre, amistoso, de lo más tranquilo, y sus gestos no eran en absoluto forzados; nunca había transmitido mayor sensación de serenidad y poder, pero Ralph vio desde el principio las arrugas alrededor de los ojos, y el profundo contraste entre la frente blanca y el pliegue de carne roja en el cuello.

— ¿Quieres decir que no va a salir?

—Al menos esta vez. Estamos secos.

Algo se activó en la cabeza de Ralph, que se sentó en la silla más próxima.

— ¿Han caído mucho las acciones?

—Pues sí, hay que agacharse bastante para verlas —dijo Moffatt, presionando las puntas de los dedos; y pensativamente añadió—. Pero no pasa nada. Al final tendremos nuestra concesión.

— ¿Y cuándo se hará eso?

—Antes del Día del Juicio, seguro. Supongo que el año que viene.

— ¿El año que viene? —Ralph se puso nervioso—. ¿Y eso a mí de qué me sirve?

—Ya sé que no es lo mismo que llevar a casa a tu chica favorita conduciendo a la luz de la luna. Pero así son las cosas. Y al menos la inversión está segura. Eso ya te lo dije.

—Pero también me dijiste que contara con beneficios antes de agosto. Sabes que yo necesitaba el dinero ahora.

—Sabía que tú «querías» el dinero ahora, igual que yo, y algunos de mis amigos. Si te he metido en esto es porque era lo único a la vista para obtener los beneficios que tú querías.

—Pero ¡al menos deberías haberme advertido del riesgo!

— ¿Riesgo? Yo no llamaría riesgo a quedarme tranquilamente sentado esperando unos meses hasta que me caigan cincuenta mil encima. Te digo que es completamente seguro.

— ¿Y yo cómo lo sé? Me has engañado desde el principio.

Moffatt se puso de un rojo intenso; por primera vez desde que lo conocía Ralph lo veía al borde de la rabia.

—Yo me siento tan engañado como tú. Y te aseguro que me juego bastante más. Es la única garantía que puedo darte, si mi palabra te sirve de algo. —En su intento por controlarse, hablaba con extrema deliberación, separando las

sílabas, como una máquina que secciona un objeto en partes iguales.

Ralph lo escuchaba envuelto en una nube de confusión, si bien comprendió que era una locura ofenderle, y trató de adoptar un tono más conciliador.

—Naturalmente que tu palabra me sirve. Lo que pasa es que no puedo... sencillamente no puedo permitirme perder.

—No vas a perder. Ni siquiera tendrás que aumentar la inversión. Te garantizo que el dinero está completamente a salvo...

—Sí, sí; eso lo entiendo. De lo contrario estoy seguro de que no me lo habrías recomendado —Ralph sentía que se le hinchaba la lengua y le costaba articular las palabras—. Lo que pasa... es que no puedo esperar; no es posible. Y me gustaría saber si no hay otro modo de...

Moffatt lo miró con una especie de resignada compasión, como mira el médico a una madre desesperada, incapaz de comprender lo que él intenta insinuar sin pronunciar las temidas palabras. Ralph comprendió su mirada, pero siguió diciendo:

—Pensarás que estoy loco, o que soy un idiota, por hablar así; pero lo cierto es que necesito el dinero. —Esperó y exhaló el aire con fuerza—. No puedo esperar, y ya está. Tal vez debería haberte dicho...

Moffatt, que se había levantado como si diera la entrevista por concluida, volvió a sentarse y lo miró con expresión atenta.

—Adelante —dijo, en un tono más humano del que había empleado hasta entonces.

—Mi hijo... el otro día me preguntaste por él... lo quiero muchísimo... — se interrumpió Ralph, ante la imposibilidad de confiar sus sentimientos por Paul a ese hombre tosco con el que no tenía nada en común.

Moffatt seguía mirándolo.

— ¡No me sorprende! Es el niño más listo que he visto en la vida, y me da que es de los que mejoran día a día.

Ralph se había tranquilizado y, con súbita decisión, continuó:

—Verás, cuando mi mujer y yo nos divorciamos, nunca me imaginé que ella reclamaría al niño. Jamás se planteó esa cuestión. De haber sido así, claro está... Pero el caso es que lo dejó conmigo cuando se marchó, hace dos años, y yo me porté como un imbécil en el momento del divorcio... No di los pasos que habría tenido que dar...

— ¿Quieres decir que le concedieron a ella la custodia en exclusiva?

Ralph hizo un gesto de asentimiento, y Moffatt se quedó pensativo.

—Eso es malo... mala cosa —dijo.

—Y ahora quiere casarse de nuevo, según tengo entendido... pero yo no puedo renunciar a mi hijo.

—Ella te lo ha pedido, ¿eh?

Ralph asintió de nuevo.

Moffatt balanceó su sillón y se recostó en él, estirando las piernas regordetas y observando las puntas de sus botas relucientes. Tarareó una melodía en voz baja tras sus labios inescrutables.

— ¿Para eso quieres el dinero? —dijo al fin, levantando la cabeza.

De las profundidades de la angustia de Ralph salió una sola palabra:

—Sí.

—Y por eso lo necesitas con tanta prisa. Entiendo. —Moffatt volvió al estudio de sus botas—. Es mucho dinero.

—Sí. Ese es el problema. Y yo... ella... —Una vez más volvía a trabársele la lengua—. Me temo que no esperará... ni se conformará con menos...

Olvidándose de las botas, Moffatt lo observaba con los párpados entornados.

—No —dijo despacio—. No creo que Undine Spragg acepte un solo céntimo menos.

Ralph notó que se ponía blanco. ¿Era insolencia o ignorancia lo que animaba a Moffatt a hablar de ese modo? Nada en su voz ni en su rostro denotaba la menor sombra de sentimiento; parecía medirlo todo con la misma crudeza y displicencia. Pero Ralph no estaba para pararse en esa clase de consideraciones. Y hasta que su rabia dejó de bullir se dijo: «Calma... calma...».

—Verás, Moffatt —dijo, poniéndose en pie—, lo cierto es que el hecho de que yo me haya divorciado de la señora Marvell no autoriza a nadie a hablar de ella en ese tono.

Moffatt encajó el desafío con una mirada serena que por primera vez mostraba un atisbo de sorpresa e interés.

— ¿De veras? Bueno, en ese caso supongo que yo debería sentir lo mismo: yo también me he divorciado de ella.

Por un momento estas palabras no tuvieron sentido alguno para Ralph; luego se impusieron, impulsándolo hacia delante con un brazo parcialmente levantado; pero al caer en la cuenta de lo grotesco del gesto el brazo volvió

junto a su costado. Una sucesión de asuntos irrelevantes y sin importancia se agolparon en su cabeza, hasta que en ella se hizo la oscuridad. «Este hombre... este hombre...», era el único punto de luz en su conciencia oscurecida...

— ¿De qué narices hablas? —soltó de pronto.

—Simples hechos —dijo Moffatt, con voz fría y ligeramente jocosa—. ¿No lo sabías? He sabido por la señora Marvell que tu familia tiene muchos prejuicios contra el divorcio; supongo que por eso silenció este episodio. La verdad es —continuó en tono amistoso— que no habría aludido a ello si tú no hubieras empleado ese tono para referirte a nuestra pequeña aventura, pero ahora que ha concluido creo que es bueno que conozcas la historia completa. Es muy beneficioso para un hombre enfrentarse de vez en cuando a los hechos. ¿Quieres que continúe?

Ralph lo escuchaba en silencio, sin traslucir nada, pero cuando hubo concluido hizo una leve señal de asentimiento. Su actitud no cambió por lo demás, salvo para sujetar con una mano el respaldo de la silla que Moffatt le acercó.

— ¿Prefieres estar de pie...? —dijo Moffatt, volviendo a acomodarse en su asiento, en una actitud cómoda para ofrecer su narración—. Las cosas ocurrieron así. El mes pasado hizo nueve años desde que Undine y yo nos escapamos a Opake, en Nebraska. ¡Madre mía! Por aquel entonces era una belleza. Antes de eso apenas le había ocurrido nada, salvo que estuvo un par de años prometida con un pelagatos llamado Millard Binch, que luego le pasó a Indiana Rolliver; y, bueno, supongo que el cambio le gustó. No tuvimos lo que tú llamarías una boda social; no hubo padrinos ni damas de honor, ni «Voz que respirara sobre el Edén». Lo cierto es que papá y mamá no se enteraron hasta que hubo pasado. Fue un matrimonio muy rápido, según pudieron comprobar cuando intentaron deshacerlo. El problema es que lo descubrieron demasiado pronto; sólo tuvimos quince días. Se llevaron a Undine a Apex, y... bueno, yo no tenía ni dinero ni fuerza para enfrentarme a ellos. El tío Abner era un pez gordo en Apex por aquel entonces; y contaba con el respaldo de James J. Rolliver. Yo siempre reconozco cuando estoy derrotado, y en ese momento lo estaba. De manera que deshicimos el vínculo, y decidieron enviarme a Alaska. Veamos... eso fue un año antes de que se trasladaran a Nueva York. Volví a ver a Undine el mismo día que se anunció vuestro compromiso; estaba sentado a su lado en el teatro.

Moffatt conservaba el mismo tono menor y jovial, como si empezara a pronunciar un discurso después de una cena, pero a medida que avanzaba, su presencia física, que hasta el momento no había sido para Ralph más que una mera prenda corriente y vulgar, se tornaba amenazante, gigantesca y

portentosa, como un monstruo liberado de una botella mágica. Su piel rubicunda y brillante, su calvicie, el pelo pulcramente cepillado alrededor, sus hombros corpulentos, su ropa ajustada con demasiado cuidado, el lustre prominente del alfiler de su pañuelo, el vello negro que crecía en sus manos arregladas con manicura, hasta las diminutas arrugas y las patas de gallo que empezaban a revelarse en la dura y compacta superficie de su piel: todos estos testigos materiales de su realidad y su proximidad se imponían en Ralph con la creciente punzada de la náusea física.

«Este hombre... este hombre...», no podía pasar de esta idea: allá donde intentara volver su agotado pensamiento aparecía físicamente Moffatt, bloqueando cualquier perspectiva... Recorrió con la mirada el objeto de cristal que reposaba sobre la mesa, al lado de su mano. ¡Era repugnante que lo hubiera tocado!

De pronto se oyó decir:

— ¿Sabías que no me lo contaron... antes de casarme?

—Bueno, lo suponía...

— ¿Lo sabías el día que nos conocimos en el despacho del señor Spragg?
—siguió diciendo.

Moffatt se quedó pensativo un momento, como si no recordara el incidente.

— ¿Fue allí donde nos conocimos? —Parecía benévolamente dispuesto a que lo iluminaran. Pero a Ralph le había asaltado otro recuerdo; recordó que Moffatt cenó una noche en su casa, que había compartido mesa con el hombre al que ahora tenía delante, que su mujer estaba entre ellos...

Sintió que otra oleada de furia muda se apoderaba de él; pero la furia se extinguió, dejándolo frente a la inutilidad y la nula importancia de esas anticuadas actitudes de apropiación y desafío. Parecía tropezar con sus prejuicios heredados, como un hombre moderno vestido con una armadura medieval... Moffatt seguía sentado ante su mesa, impasible, y al parecer sin entender nada. «Ni siquiera se da cuenta de lo que siento», pensó fugazmente Ralph; y la arcaica estructura de sus ritos y sanciones se desmoronó sobre él.

Entre el estrépito del derrumbe oyó la voz de Moffatt, que seguía hablando sin ningún cambio apreciable en su tono:

—En cuanto a ese otro asunto... no creo que te sientas peor que yo, eso te lo aseguro... Pero sólo tenemos que sentarnos y...

Ralph dio la espalda a la voz y se encontró primero en el rellano y luego en la calle.

Capítulo XXXVI

Se detuvo en la esquina de Wall Street y miró en ambas direcciones bajo el calor estival. Vio remolinos de polvo en las grietas del pavimento, basura en las alcantarillas, y un reguero incesante de rostros sudorosos bajo sombreros ladeados.

Se sorprendió luego dirigiéndose al norte entre las paredes embaldosadas del metro, rodeado de otra apática multitud en los asientos, mientras la voz nasal que anunciaba las estaciones resonaba en el vagón como un insistente gemido ritual. La ceguera interior intensificaba su percepción física, la sensibilidad al calor, al ruido, a los olores de la desaliñada ciudad en la plenitud del verano; esta conciencia acrecentada de las agresiones se mezclaba sin embargo con la más absoluta indiferencia a todas ellas, como si fuera un animal diseccionado en vivo y privado de discernimiento.

Había llegado hasta Waverly Place y caminaba en dirección oeste hacia Washington Square. En la esquina volvió en sí y dijo a media voz: «La oficina... debería estar en la oficina». Sacó el reloj y lo miró sin entender nada. ¿Para qué narices lo había sacado? Pasó por un laborioso proceso de reajuste hasta que comprendió qué indicaba el reloj. Las doce... ¿Debía volver a la oficina? Parecía más fácil cruzar la plaza, subir las escaleras de la vieja casa e introducir la llave en la puerta...

La casa estaba vacía. Su madre se había marchado días antes con el señor Dagonet a la costa de Maine, donde pasarían como siempre dos meses, y donde Ralph y Paul se reunirían con ellos. Las persianas estaban cerradas, y sintió el frescor y el silencio del vestíbulo con suelo de mármol como unas manos tranquilizantes. «Ahora mismo tomo un taxi y voy a comer al club...». Dejó el abrigo y el bastón y subió las escaleras sin alfombra hasta su habitación. Al entrar tuvo la impresión de encontrarse en un lugar desconocido; no se parecía a nada que hubiera visto antes. Uno a uno, todos los viejos objetos familiares le señalaban a él, y con una intensidad malsana deseó hallarse en un lugar que de verdad fuera extraño.

«Cómo puedo seguir viviendo aquí», se preguntó.

Algún sirviente descuidado había dejado abiertas las contraventanas, y el sol golpeaba en los cristales. Abrió las ventanas, cerró los postigos y se acercó a su sillón. Tenía la frente empapada de sudor. La temperatura de la habitación evocaba el recuerdo de los acebos de la villa de Siena y una larga tarde de julio que pasó allí con Undine. La vio apoyada en el tronco del árbol, vestida

de blanco, inescrutable y límpida... «Hicimos una escapada a Opake, en Nebraska...». ¿Pensaría en eso Undine aquel día, en Siena? ¿Pensaba en ello alguna vez...? Fue ella quien invitó a cenar a Moffatt. Y dijo: «Papá lo llevo un día a casa, en Apex... No recuerdo haberlo visto desde entonces». Y el hombre de quien hablaba la había tenido en sus brazos... ¡y tal vez eso fuera lo único que ella recordaba!

Le había mentido... Le había mentido desde el principio... Le había mentido en todo momento, deliberadamente, artera y hábilmente. Y al pensarlo, por primera vez en muchos meses sintió la abrumadora presencia física de Undine, que tanto le había obsesionado y torturado. Como una burla, su frescura, su fragancia, el luminoso resplandor de su juventud inundaron de gloria la habitación, y Ralph hundió la cabeza entre las manos para borrar su imagen...

Una nueva oleada de rápidos pensamientos se llevó la visión. Le pareció de la máxima importancia seguir el hilo de todos, puesto que todos representaban cosas que debía decir o hacer, o de las que debía protegerse; y, con la versatilidad natural y la premura infatigable del cerebro cuando sueña, los abarcó todos al tiempo. Se tornaron entonces tan irreales y absurdos como los puntos rojos que bailaban debajo de sus párpados bajo la presión de los puños apretados, y tuvo la sensación de que si abría los ojos se desvanecerían por completo y la luz del día caería sobre él...

Se sobresaltó con un golpe en la puerta. La vieja criada que siempre se quedaba a cargo de la casa había subido para preguntar si acaso no se encontraba bien y si podía hacer algo por él. Le dijo que no, que se encontraba perfectamente... aunque en realidad no se encontraba bien... debía de ser el calor; y la reprendió por no haber cerrado las contraventanas.

Al parecer la culpa no era suya, sino de Eliza; y el tono de la criada insinuó lo que cabía esperar de Eliza... ¿Por qué no bajaba al salón, fresco y a oscuras, y dejaba que le preparase unos bocadillos y una bebida fría?

—Ya le tengo yo dicho a la señora Marvell que no puedo perder de vista a Eliza ni un momento sin que cause algún trastorno —continuó la anciana, visiblemente contenta de la oportunidad de airear un resentimiento larvado—. Y no es sólo lo que se olvida de hacer —añadió significativamente. Ralph comprendió que apelaba a su autoridad, que esperaba su alianza en el conflicto crónico que tenía con Eliza. Pensó que la mujer quizá tuviera razón, que quizá debiera intervenir, que su madre era mayor y a veces no se enteraba de las cosas... y durante un rato el problema dio vueltas en su cabeza con una intensidad febril...—. ¿Bajaré entonces, señor?

—Sí.

La puerta se cerró y el taconeo de la criada resonó en el pasillo.

“ ¿Y el dinero? ¿De dónde voy a sacar el dinero?». La pregunta surgía de alguno de los pliegues del cerebro donde la bruma era más densa. ¿Cómo narices iba a devolverlo? ¿Cómo podía haber perdido el tiempo pensando en otra cosa mientras el problema esencial seguía sin resolverse?

«No puedo... no puedo... lo he perdido... y aunque no fuera así...». Se hundió en el sillón y se sujetó la cabeza con las manos. Había olvidado para qué necesitaba el dinero. Hizo un gran esfuerzo para recuperar la idea, pero el zumbido, el torbellino, el vértigo mental cesaron bruscamente, y cerró los ojos cerrados, mirando fijamente la oscuridad...

La campana del reloj le recordó que había prometido bajar al salón. «Si no bajo, volveré...». Levantó la cabeza, atento a los pasos de la criada; le pareció de todo punto intolerable que alguien volviera a cruzar el umbral de su habitación.

“ ¿Por qué no me dejan en paz?», protestó. Finalmente, en el silencio de la casa vacía, creyó oír una puerta que se abría y se cerraba en el piso de abajo, y se dijo: «Ya viene».

Se levantó y se acercó a la puerta. En ese momento sólo sentía el disparatado temor de oír los pasos de la criada. Echó el cerrojo y se puso a observar la habitación. Tuvo por un momento la conciencia momentánea de captar hasta el último detalle con una nitidez desconocida, hasta que todo se esfumó, menos el estrecho panel de un cajón de debajo de una de las librerías. Fue hasta el cajón, se arrodilló y buscó con la mano.

Se levantó y aguzó de nuevo el oído; esta vez oyó claramente los pasos de la criada en las escaleras. Se pasó la mano izquierda por un lado de la cabeza, siguiendo la curva del cráneo hasta detrás de la oreja. Y se dijo: «Mi mujer... Esto será perfecto para ella». Y tembló, al sentir un último fagonazo de ironía. Con mayor deliberación, buscó con la mano el punto deseado y apoyó la boca del revólver.

LIBRO QUINTO

Capítulo XXXVII

En un salón cubierto de retratos de petulantes personajes con pelucas y togas, un círculo de damas y caballeros no muy distintos de los dignatarios de

las paredes examinaba con amable interés a un niño vestido de luto.

Era delgado, rubio y tímido, y su pequeña figura de negro, como una isla en el centro del amplio y lustroso suelo, parecía extrañamente solitaria y lejana. Este efecto de lejanía se le antojó a la madre intencionado, y en un tono casi desagradable, habiéndolo empujado ya desde la puerta y deteniéndose para juzgar la impresión que el pequeño causaba, se adelantó y, dándole otro leve empujón, dijo con impaciencia:

—Paul, ¿por qué no vas a darle un beso a tu nueva abuelita?

Sin volverse hacia ella ni moverse, el niño recorrió la reunión con sus ojos azules.

— ¿Ella quiere que le dé un beso? —preguntó, con evidente aprensión en la voz; y ante la contestación de su madre («¡Claro que quiere, tonto!»), añadió con preocupación—: ¿Cuántos más crees que tendré que darle?

Undine se sonrojó hasta los rizos del cabello.

— ¡Este niño está desconocido! ¡Lo han convertido en un completo salvaje!

Raymond de Chelles se acercó desde detrás de la silla de su madre.

—Conmigo no será un salvaje mucho tiempo —dijo, agachándose y acercando a Paul su rostro fatigado y de rasgos finos. Se miraron a los ojos, y el niño sonrió—. Ven, amigo mío —siguió diciendo en inglés, cogiendo al niño de la mano.

—Il est bien beau —observó la marquesa de Chelles, volviendo la vista del serio semblante de Paul al vivo rostro de su nuera.

— ¡Sé bueno, cariño! Di «bonjour Madame» —le instó Undine.

Una extraña mezcla de emociones se agitaba en ella mientras observaba a Paul, que saludaba por turno al grupo familiar guiado por su marido. Era «encantador» tener al niño de nuevo, reencontrarse con él al cabo de tres años de separación y verlo convertido en un personaje tan atractivo; su primera visión cuando aquella mañana bajó del tren en brazos de la señora Heeny, la convenció de que el pequeño sería una buena adquisición. Y, si aún albergaba ciertas dudas al respecto, éstas se disiparon al ver la impresión que causaba en su marido. Chelles quedó cautivado desde el primer momento, mientras que el niño, con cierta timidez y confusión, respondía enseguida a sus intentos de acercamiento. El conde y la condesa de Chelles habían regresado apenas unas semanas antes de su prolongado viaje de novios, y se alojaban —según sería la norma siempre que se encontraran en París— con el anciano marqués, el padre de Raymond, quien sugirió amablemente que el pequeño Paul compartiera igualmente la hospitalidad del Hôtel de Chelles. Undine reaccionó con

consternación al saber que el niño y su niñera habrían de instalarse en un rincón de su pequeño entresol. No se le ocurrió a su nueva familia la posibilidad de que una madre no encontrara un hueco para su hijo, por más que sus habitaciones estuvieran abarrotadas de cosas, y el servicio se dispuso a preparar el tocador de Undine para que Paul lo ocupara con un celo que obligó a ésta a disimular su escaso entusiasmo.

Suponía Undine que, cuando se casara, desalojarían a los inquilinos de una de las grandes suites del Hôtel de Chelles para ponerla a disposición de su marido; más tarde supo que, aunque sus suegros hubieran tenido esta idea, por razones económicas no habrían podido ponerla en práctica. El anciano marqués y su mujer, que cuando en primavera acudían a París desde Borgoña se conformaban con un sencillo grupo de habitaciones que daban al patio de su residencia ancestral, esperaban que su hijo y su mujer se instalaran en el apartamento, más pequeño todavía, que Raymond ocupaba en sus años de soltero. El resto de la antigua y elegante vivienda —el piso principal, con altos ventanales sobre el jardín y toda la planta superior— llevaba años arrendado a anticuados inquilinos, a quienes la repentina propuesta de desalojo habría sorprendido incluso más que a su propietario. Undine se figuró al principio que esta organización sería provisional. Estaba convencida de que, bajo su influencia, Raymond no tardaría en inculcar en sus padres unas ideas más modernas, y entre tanto disfrutaba con entusiasmo de un bienestar más completo que nunca, por lo que de momento se abstuvo de hacer comentarios. Sus tres meses de matrimonio se acercaban a sus sueños más que ninguno de sus experimentos de felicidad anteriores. Al fin tenía lo que quería, y por primera vez un sentimiento más hondo atenuaba con su tibieza el resplandor del triunfo. Su marido era verdaderamente encantador (¡le resultaba extraño lo mucho que le recordaba a Ralph!), y, tras esos dos años de soledad y humillación, era delicioso verse de nuevo adorada y protegida.

El hecho de que Raymond se mostrara más celoso de lo que Ralph se hubiera mostrado nunca —o en todo caso menos reacio a manifestarlo— producía en Undine la sensación de haber recuperado su poder. Ninguno de los hombres que se habían enamorado de ella anteriormente se habrían mostrado tan abiertamente posesivos o tan ávidos por recibir recíprocas pruebas de constancia. Sabía lo mucho que había sufrido Ralph por su relación con Van Degen, pero Ralph manifestaba sus sentimientos con un desapego más calculado, mientras que Van Degen hizo gala desde el primer momento de una desdeñosa indiferencia por todo cuanto ella pudiera hacer o sentir cuando él la perdía de vista. En cuanto a sus experiencias previas, sinceramente las había olvidado; sus recuerdos sentimentales sólo alcanzaban hasta los comienzos de su carrera en Nueva York.

Raymond parecía atribuir al amor en todas sus manifestaciones una

importancia mayor de la acostumbrada o conveniente en un marido, y Undine fue comprendiendo poco a poco que su dominio sobre él entrañaba una correspondiente pérdida de independencia. De vuelta en París descubrió que debía ofrecer un informe detallado de cada una de las horas que pasaba lejos de él. Undine no tenía nada que ocultar, ni otros planes que alteraran su paz mental más allá de las frecuentes y costosas visitas a los modistos, pero nunca se había visto obligada a rendir cuentas a nadie de cómo empleaba su tiempo, y, una vez pasada la sorpresa inicial al ver que Raymond siempre quería saber dónde y con quién había estado, esta devoción tan exigente empezó a oprimirla. Desde la más tierna juventud sus padres le habían reconocido su derecho inalienable a «salir», y también Ralph —aunque por motivos que ella adivinaba diferentes—, había manifestado el mismo respeto por su libertad. Era por eso desconcertante ver que Raymond esperaba de ella que seleccionara a sus amigos, incluso a sus conocidos, no ya de acuerdo con los gustos personales de él, sino con un complicado y definido código de tradiciones y prejuicios familiares, y a Undine le sorprendió especialmente descubrir que no le parecía bien su intimidad con la princesa Estradina.

—Sé que mi prima es muy divertida, pero está completamente chiflada y muy mal entourée. La mayoría de las personas que la rodean deberían estar en prisión o en el manicomio, en particular esa inefable madame Adelschein, que es candidata a las dos cosas. Mi tía es un ángel, pero ha hecho mal en permitir que Lili abandone el Hôtel de Dordogne para instalarse en un anexo de Montmartre. Naturalmente que tienes ir por allí de vez en cuando: las familias como la nuestra deben estar unidas en estos tiempos; pero para acudir a las réunions de famille y no a las fiestas privadas de Lili; ir conmigo, o con mi madre, y no dejar que te vean allí sola. Eres demasiado joven y guapa para mezclarte con esa cuadrilla. A una mujer se la califica —o mejor dicho se la descalifica— por formar parte del círculo de Lili.

Aunque a Undine le pareció bien que se apelara a su discreción en virtud de su juventud y su belleza, le horrorizó verse separada precisamente del grupo de personas en el que ella tenía intención de integrarse. Antes de convertirse en la esposa de Raymond, sus relaciones con la princesa Estradina y la anciana duquesa atravesaron un momento de gran tensión. Madre e hija hicieron todo lo posible por evitar que se casara con Raymond, al punto de acusarla abiertamente de ser la causa del distanciamiento entre ellas y los padres de él. La muerte de Ralph Marvell produjo sin embargo un cambio inesperado en la situación. Undine ya no era una mujer divorciada que luchaba por obtener la autorización eclesiástica para casarse de nuevo, sino una viuda de extraordinaria belleza, independiente y por tanto objeto de aspiraciones legítimas. La primera que reparó en la diferencia y mejor supo aprovecharla fue su antigua enemiga, la marquesa de Trézac. Tras las duras acusaciones que recibió desde la casa de Chelles por promover los planes de su bella

compatriota, la marquesa vio al instante una ocasión de justificarse acogiendo a la viuda bajo su ala y favoreciendo las atenciones de otros pretendientes. Estos no eran pocos, y el resultado fue el esperado. Raymond de Chelles, más encaprichado que nunca al ver que su conquista peligraba, exigió a Undine un compromiso definitivo, y su familia, disgustada por su soltería pertinaz y habiendo fracasado en sus intentos de interesarlo por alguna de las agradables muchachas obviamente destinadas a perpetuar su linaje, terminaron por retirar su oposición y encontraron en la señora Marvell los méritos morales y financieros suficientes para justificar este cambio de actitud.

— ¿Que si es un buen partido? ¡Si Undine no lo es me gustaría saber qué consideran los Chelles un buen partido! —proclamaba infatigable madame de Trézac—. Relacionada con la mejor gente de Nueva York... por su matrimonio, quiero decir; y su marido le ha dejado mucho más dinero de lo esperado. Es para el niño, naturalmente, pero como el niño está con su madre ella disfruta de una buena posición. Y su padre es un hombre rico... mucho más rico de lo que normalmente se entiende por rico. ¡Lo que llamamos rico en América! ¿Comprenden?

Madame de Trézac había descubierto recientemente que la actitud correcta de la americana casada fuera de su país era un patriotismo militante, y exhibía a Undine Marvell en el Faubourg como un ejemplar especialmente valioso en su campaña de promoción nacional. El éxito del experimento le infundió valor para desechar las ideas más sagradas de su pasado. Aceptó a madame Adelschein, recibió a los Rolliver, resucitó la cocina criolla, patrocinó a los músicos negros y abandono sus té s semanales en favor de improvisados bailes vespertinos, y el remilgado salón donde antes peroraban un montón de señoronas retumbó con un barullo cosmopolita.

Cuando el período de tensión hubo pasado y Undine fue recibida oficialmente en la familia de su prometido, madame de Trézac no se dio por vencida. Entre risas, se declaró harta de convenciones y aburrida de los ritos sociales que hasta entonces había cumplido. «Aquí siempre podrás encontrar un rincón de tu tierra cuando te canses de sus ceremonias y su solemnidad», le dijo a la novia al abrazarla tras el desayuno nupcial; y ésta albergó la esperanza de que la entregada Nettie de verdad le proporcionara un espacio en el que refugiarse de su nueva condición, extremadamente hogareña. Desde que volvió a París y tomó posesión de su domicilio en el Hôtel de Chelles, había comprobado no obstante que madame de Trézac se mostraba cada vez menos dispuesta a secundar sus reivindicaciones de independencia.

—Querida mía, una mujer debe adoptar la nacionalidad de su marido, lo quiera o no. Es la ley y es la costumbre. Si lo que querías era divertirte con tus amigos del Nouveau Luxe no deberías haberte casado con Raymond... Claro que esto lo digo sólo en broma. ¡Como si alguna mujer en tu lugar lo hubiera

dudado! Hazme caso, de momento aléjate del círculo de Lili. Más tarde... bueno, puede que Raymond no se muestre tan quisquilloso, pero entretanto cometerías un grave error si te enfrentas con los suyos —y con un chère madame, madame de Trézac se puso en pie para recibir a la primera de sus señoronas que habían vuelto de nuevo.

Fue entonces cuando la señora Heeny llegó a París con Paul, y Undine pasó algún tiempo gratamente absorta en su hijo. La señora Heeny se quedó dos semanas con ellos, y Undine se distraía de sus ocupaciones escuchando con agrado los cotilleos que la masajista traía de Nueva York y sus comentarios sobre la organización social en el Viejo Mundo. Era su primera visita a Europa y le confesó que siempre había querido «conocer a la aristocracia», en el mismo tono que emplearía un naturalista, sin el menor rastro de pretensiones personales. La señora Heeny combinaba su naturalidad democrática con la más estricta discreción profesional, y jamás se le pasaría por la cabeza considerarse —ni deseaba que otros lo hicieran— algo más que una manipuladora de músculos, si bien en esta condición se sentía acreditada para acceder a los círculos sociales más elevados.

—Hay que reconocer que aquí hacen las cosas con estilo... pero van bastante por detrás de Nueva York, ¿verdad? ¿Esto es lo que ellos llaman su temporada? ¡Pero si la semana pasada cenaste en casa dos noches seguidas! ¡Tendrían que ir a Nueva York para que vieran! —Y derramaba en los oídos algo envidiosos de Undine una lista de las diversiones que habían animado las últimas semanas del invierno neoyorquino—. Supongo que empezarás a dar fiestas en cuanto tengas casa propia. ¿O es que no vas a tenerla? Bueno, en ese caso puedes ofrecer grandes fines de semana en tu shatter campestre. ¿No es allí donde va toda la gente fina en verano? Aunque no sé lo que habría dicho tu madre si hubiera sabido que vivirías con la familia de tu marido después de la luna de miel. Porque en los periódicos leímos que vivirías en alguno de los grandes hoteles... Ah, claro, es que ellos llaman hoteles a sus casas, ¿verdad? Tiene gracia; debe de ser porque alquilan una parte. Bueno, estás más guapa que nunca, Undine; al menos podré decirle eso a tu madre. Y él está locamente enamorado. Eso se nota; me recuerda a... —se interrumpió de pronto, como si algo en la mirada de Undine la obligara aguardar silencio.

Undine no quería evocar siquiera íntimamente la imagen de Ralph Marvell, y cualquier mención a él le producía una vaga sensación de angustia. Su muerte la había liberado, le había proporcionado lo que quería, aunque sinceramente no deseaba su muerte... al menos no una muerte así. La gente lo achacó al calor; eso dijo su propia familia: no había llegado a recuperarse del todo de la neumonía y el brusco aumento de la temperatura —una de las fuertes olas de calor que arrasaban Nueva York en verano— probablemente le había afectado al cerebro; a decir de los médicos ese tipo de casos no eran

infrecuentes... Undine guardó luto por espacio de algunas semanas, aunque no riguroso; algo que denotara decentemente su pena (los modistos empezaban a ofrecer prendas especiales para estas situaciones); y desde que se casó, de lo cual hacía ya un año, lamentaba haber tenido que pagar ese precio por conseguir lo que quería.

Un incidente muy poco agradable, ocurrido unos tres meses después de la muerte de Ralph, intensificó este sentimiento. Sus abogados le comunicaron que la Apex Consolidation Company había abonado a los administradores de Marvell la suma de cien mil dólares, y, ya que Marvell legaba en su testamento todas sus posesiones a su hijo, el patrimonio de Paul se vio sustancialmente incrementado por esta ganancia imprevista. Undine no renunció a reclamar sus derechos sobre Paul; por consejo de sus abogados, se limitó a no ejecutarlos hasta pasados unos meses desde la muerte de Ralph, con la indicación expresa de que esto era tan sólo una concesión temporal por consideración a la familia de su marido; y resistió todo intento de disuadirla de reclamar la custodia permanente. Antes de casarse había adoptado manifiestamente la fe de su marido, de ahí que los Dagonet, imaginándose a Paul como una presa de los jesuitas, cometieran el error de reclamar su custodia ante los tribunales. Esto reforzó la resistencia de Undine y su determinación de quedarse con él. Los tribunales fallaron en su favor, y Undine solicitó y obtuvo entonces una asignación de cinco mil dólares para los cuidados y la educación de su hijo. Esta cantidad, sumada a lo que su padre consintió en ofrecerle, le garantizaba unos ingresos que mejoraban apreciablemente su posición y explicaban las veladas alusiones de madame de Trézac a su riqueza. No obstante, era lo que menos le agradaba recordar a Undine cuando un comentario ocasional evocaba la imagen de Ralph. Desde luego estaba convencida de que el dinero era suyo, le correspondía por derecho, y ella creía fervientemente en los «derechos». Pero le hubiera gustado obtenerlo por otros medios; le resultaba odioso pensar en ello y lo veía como un ejemplo más de la perversidad con que siempre le venían las cosas que le correspondían legítimamente, como si las hubiera robado.

La llegada del verano y el fin de la temporada en París se llevó estos pensamientos. Contrastando su situación actual con la de la señora Undine Marvell, la plenitud y la animación de su nueva vida con los días de vacío y descontento que sucedieron a su regreso de Dakota, la condesa de Chelles olvidó la estrechez de su apartamento, la incómoda proximidad de Paul y su niñera, la interminable ronda de visitas con su suegra y las largas cenas en los solemnes hoteles de todas las conexiones de la familia. El mundo era radiante; las luces estaban encendidas y sonaba la música; seguía siendo joven y estaba más guapa que nunca, con su corona de condesa, un famoso château y un marido atractivo y popular que la adoraba. Pero un día las luces se apagaron de pronto y la música cesó cuando Raymond, rodeándola con un brazo, le dijo

en su tono más tierno:

—El mundo ya ha disfrutado suficientemente de ti, querida; ahora me toca a mí. ¿Qué te parece si nos vamos a Saint Désert?

Capítulo XXXVIII

La flamante marquesa de Chelles contemplaba la avenida de álamos bajo la lluvia de noviembre, desde una ventana de la larga galería del château de Saint Désert. Llovía con fuerza y persistencia desde hacía tiempo, más de lo que alcanzaba a recordar. Día tras día, al fondo del parque las colinas quedaban ocultas por una cortina de nubes inmóviles, los canalones de los abruptos tejados borbotaban incesantemente y la lluvia apedreaba sin tregua la superficie opaca del foso. El agua formaba charcos brillantes bajo los árboles y en los bordes anegados de los senderos del jardín, desprendía una neblina blanca de los campos y exudaba una humedad fría en los suelos de barro de los pasillos y en las paredes de las habitaciones de la planta baja. Todo olía a humedad en la gran casa vacía: la tapicería de las sillas, los pliegues deshilachados de las cortinas desvaídas, los espléndidos tapices que también empezaban a palidecer en la estancia donde Undine se encontraba de pie, y las amplias bandas de crepé que su marido había insistido en que siguiera llevando en sus vestidos negros hasta que concluyera el período de luto por el anciano marqués.

El verano fue más inclemente de lo habitual, y desde que Undine llegó al campo ya había vivido muchas temporadas de lluvia, pero ninguna había representado de un modo tan completo, había sintetizado en una opacidad tan inmensa, la imagen de sus largos meses en Saint Désert.

El año anterior, cuando a regañadientes soportó que le arrebataran las alegrías de París, se aferró a la idea de que su exilio no sería prolongado. Una vez perdió de vista la ciudad, incluso encontró cierto encanto en la pereza y la calidez de los largos días en Saint Désert. Sus suegros se quedaron en la ciudad y ella disfrutó de la soledad con su marido, explorando y apreciando los tesoros del enorme castillo semiabandonado y viendo a su hijo corretear por los prados de junio o trotar por los jardines en el pony que su padrastro le había regalado. Tras la partida de la señora Heeny, Paul se había mostrado crecientemente malhumorado y arisco, y a Undine le resultaba cada vez más difícil encajar su pequeña y exigente personalidad en el reducido espacio de sus habitaciones y en su vida ajetreada. Le irritaba verlo suspirar por su tía Laura, su abuelita Marvell y las divertidas historias del señor Dagonet sobre dioses y hadas; y sus nostálgicas alusiones a los juegos con los hijos de Clare

le parecían una lección que le habían enseñado para hacerle sentir lo poco que le pertenecía. Pero, al verse liberado de París y bendecido con conejos, un pony y la libertad del campo, Paul volvió a comportarse como un niño encantador y a ella le divirtió por algún tiempo compartir sus correteos y sus excursiones. Raymond parecía encantado con la imagen de la madre y el hijo, y las tranquilas semanas de actividad al aire libre devolvieron a Undine un esplendor que reflejaba el aspecto más sereno de su personalidad. Se resignó a este intervalo con la convicción de que no duraría mucho. Antes de salir de París buscó a un médico que dijera que Paul —cuyo aspecto era ciertamente abatido y pálido— necesitaba con urgencia la brisa del mar, y casi a punto estuvo de convencer a su marido para que alquilara un chalet en Deauville en los meses de julio y agosto, pero este plan, junto a cualquier otra posibilidad de evasión, se fue al traste con la repentina muerte del marqués.

En un primer momento Undine pensó que el cambio no podía ser sino favorable. La relación con su suegro —un caballero ceremonioso y distante para quien la personalidad de Undine era a todas luces un enigma irresoluble— había sido demasiado formal para que pudiera sentir su muerte más allá de las convenciones; y sin duda era «más divertido» ser una marquesa que una condesa y saber que su marido pasaba a convertirse en la cabeza del linaje familiar. Además, ahora tendrían el castillo para ellos solos —o al menos, cuando la anciana marquesa fuera por allí, lo haría en calidad de invitada y no de soberana—, y las primeras semanas de reclusión forzosa se iluminaron con visiones de elegantes fiestas y grandes cacerías. Las rígidas normas del luto francés cayeron entonces gradualmente sobre ella. Inmediatamente después de los prolongados ritos funerarios, la familia del fallecido —madre, hijas, hijos, yernos y nueras— acudieron a recluirse en Saint Désert, y Undine pasó esos lentos y calurosos meses oliendo a crepé, rodeada de figuras afligidas y silenciosas cuyos únicos puntos vivos parecían ser los ojos con que constantemente vigilaban hasta sus más leves movimientos. La esperanza de huir a la costa con Paul se esfumó ante la mirada de dolor con que su suegra acogió la propuesta. Al día siguiente, supo que la anciana marquesa había pasado la noche en vela y que las consecuencias habrían podido ser peores si no se hubieran explicado como un ejemplo inofensivo de rareza transatlántica. Raymond suplicó a su mujer que reparase esta légèreté involuntaria adaptándose de buen grado a las costumbres de su país de adopción, y los meses que quedaban de verano no le parecieron suficientes para dar por concluido este acto de expiación. Al recordarlos, Undine tan sólo veía una interminable sucesión de días idénticos, con asistencia a misa a primera hora de la mañana (en la galería que antaño le había descrito a Van Degen con tanto entusiasmo), muchas horas de conversación, excelentes comidas, alguna escapada ocasional a la ciudad más cercana tras un par de caballos profusamente engalanados, y largos atardeceres en los salones iluminados con

todas las ventanas cerradas y la presencia del enérgico cura en calidad de cuarto jugador asmático en la mesa de cartas de la marquesa.

Pero tampoco esta situación sería permanente y los últimos años le habían enseñado la disciplina de esperar y disimular. Terminado el verano y tras un prolongado cónclave familiar, se decidió que el estado de salud de la anciana marquesa aconsejaba que ésta pasara el invierno con la hija casada que vivía cerca de Pau. Los demás miembros de la familia regresaron a sus respectivas fincas y Undine volvió a quedarse a solas con su marido. Entonces ya sabía que ese invierno no podía ni pensar en París, y tampoco la primavera siguiente. Para colmo, acababa de descubrir que el ascenso de rango de Raymond no llevaba aparejada ninguna ventaja financiera. Habida cuenta de sus rudimentarias nociones sobre el derecho de herencia francés, recibió con consternación la noticia de que la división forzosa de la propiedad impedía a un padre beneficiar al hijo mayor a expensas de los demás. De ahí que Raymond fuera apenas más rico que antes, y ante la obligación de saldar las deudas de honor de un hermano menor problemático, además de la conservación de Saint Désert, su renta disponible se vio efectivamente mermada. Undine albergaba no obstante la esperanza de mejorar en un futuro, puesto que el anciano marqués había gestionado sus propiedades con un altivo desdén de los métodos modernos, y la aplicación de nuevas técnicas agrícolas y forestales sin duda arrojaría resultados más lucrativos. Sin embargo, este cambio exigía la supervisión constante del propietario durante al menos uno o dos años, sin que entre tanto se produjera ningún aumento en los ingresos.

Faire valoir las tierras de la familia había sido, al parecer, el más firme propósito de Raymond a lo largo de su vida, y la perspectiva de arar la tierra le despojó por completo de su frivolidad. No era pese a todo tan inhumano para condenar a su mujer a un exilio perpetuo. Se proponía, así lo aseguraba, que disfrutara de su visita anual a París en primavera, aunque la miró con preocupación cuando le sugirió que se instalaran en el codiciado premier del Hôtel de Chelles. Tuvo sin embargo la galantería de responder que ojalá estuviera en su mano ofrecérselo, pero no pudo ocultar la sorpresa que le causó el mero hecho de que lo hubiera propuesto en serio. Undine empezaba a darse cuenta de que su incapacidad constitucional para entender en asuntos de dinero era para su marido la principal diferencia entre ambos. Nadie esperó jamás que ella adquiriese esta competencia; de hecho incluso la animaron a tener su carencia por una gracia y a emplearla como pretexto. En el intervalo comprendido entre su divorcio y su nuevo matrimonio, había aprendido lo que costaban las cosas, pero no a pasarse sin ellas, y seguía considerando el dinero una corriente insegura y misteriosa que en ocasiones desaparecía bajo la tierra, aunque sin duda volvía a fluir a sus pies. Ahora, sin embargo, se encontraba en un mundo donde el dinero no era el medio para la gratificación individual sino la sustancia que amalgamaba distintos grupos de intereses y donde el uso que

de él debía hacerse en los próximos veinte años prevalecía sobre cualquier razón para gastarlo en el momento. Inicialmente creyó que podría reírse de la prudencia de Raymond o convencerlo hasta llevarlo a su terreno. No entendía que un hombre tan enamorado se mostrara tan difícil de persuadir en determinados aspectos. Undine se había enfrentado hasta entonces a dificultades de temperamento, pero ahora discutía por una política, y poco a poco fue comprendiendo que para Raymond de Chelles era tan natural adorarla y resistirse a sus deseos como para Ralph Marvell lo había sido adorarla y dejar que se saliera con la suya.

Empezó apelando al sentido común de su marido, con argumentos evidentemente extraídos de la experiencia acumulada. Pero los alegatos económicos de Raymond eran tan ininteligibles para ella como esos absurdos problemas de navajas y manzanas del «cálculo mental» de su infancia; y cuando él se mostró un poco más tierno y le habló de su obligación de proporcionar todo lo necesario al hijo que esperaba tener, ella lo abrazó y le susurró al oído: «Ten en cuenta que cuando eso suceda yo no debo preocuparme».

Después de esta conversación, Raymond siguió mostrándose tan encantador como siempre, pero actuó como si el asunto estuviera zanjado. Al parecer llegó a la conclusión de que sus argumentos eran incomprensibles para Undine, y ella advirtió el cambio que este descubrimiento producía en él a pesar de su ardor. Raymond no se volvió menos amable, si bien saltaba a la vista que su mujer había perdido importancia. Y Undine tuvo la aterradora sensación de que el día que ella dejara de complacerlo dejaría de existir para él. Ese día estaba muy lejos, desde luego, pero había sentido una ráfaga de aire gélido, y ya no pasaba por alto ese tipo de señales. Decidió cultivar el arte de la paciencia y la docilidad, un hábito que podría haberles ayudado a echar raíces si no hubiera sobrevivido un nuevo cataclismo.

Hacía apenas una semana que Raymond se había marchado a París para resolver un nuevo enredo del hermano problemático, cuyas trifulcas parecían formar parte de la tradición familiar. Sus cartas fueron apresuradas, sus telegramas breves y contradictorios, y Undine esperaba en ese momento ver llegar la berlina que debía traerlo desde la estación, y confiaba en que su llegada disiparía sus vagos temores. Seguramente habría gastos que afrontar —los fondos imposibles de conseguir para sus justas necesidades se hallaban siempre disponibles para saldar el escandaloso derroche de Hubert— y esto acarrearía un período de aislamiento en Saint Désert más prolongado, además de una nueva excusa para aplazar su hospitalidad tras el período de luto.

La berlina, tan grande y torpe como el par de caballos que tiraba de ella, entraba en el patio, y la figura azabache de Raymond (jamás había visto un hombre que viajara con unas ropas tan negras) subió de un salto los escalones

hasta la puerta. Siempre que lo veía tras una ausencia Undine tenía la extraña sensación de que regresaba de distancias ignotas, de que no le pertenecía, de que no correspondía a ningún estado de cosas que ella pudiera comprender. Después se imponía la costumbre y volvía a pensar en él con quejosa familiaridad. Pero había aprendido a ocultar sus sentimientos y nada más entrar Raymond le acercó la cara para que la besase.

—Sí... todo resuelto. —Su abrazo expresaba la satisfacción del hombre que vuelve para disfrutar del fuego del hogar una vez cumplida su tarea.

— ¿Resuelto? —preguntó Undine, con expresión de interés—. ¿No has tenido que pagar?

Raymond la miró, encogiéndose de hombros.

—Claro que he tenido que pagar. ¿Pensabas que los acreedores de Hubert se conformarían con pasteles de vainilla?

—Ah, se trata de eso. ¡Hubert no tiene más que poner un telegrama para asegurarse de que sus problemas se resuelven...!

Vio que Raymond apretaba los labios y arrugaba el ceño.

— ¿No sería buena idea que nos traigan un té? —propuso.

—Mejor en la biblioteca. Aquí hace mucho frío... y los tapices huelen a lluvia —dijo Undine.

Raymond se quedó un momento observando las largas paredes, cubiertas con los fabulosos azules y rosas de la magnífica serie de Boucher, que parecían auténticas rosas marchitas.

—Supongo que habría que descolgarlos y airearlos —dijo.

Y Undine pensó: «¡No creo que este aire les hiciera ningún bien!». Pero ya había lamentado su comentario sobre Hubert, y siguió a su marido hasta la biblioteca resuelta a no permitir que notara su malestar. En comparación con la larga galería gris, la biblioteca, con sus paredes forradas de libros, parecía cálida y acogedora, y Raymond se dejó influir por el ambiente hogareño. Se volvió hacia su mujer y la rodeó con un brazo.

—Sé que ha sido una dura prueba para ti, cariño, pero será la última vez que tenga que salvar a ese pobre chico.

Undine rio con incredulidad, sin poder contenerse. Las «últimas veces» de Hubert eran frecuente noticia en la casa.

Cuando les sirvieron el té y se quedaron a solas junto a la chimenea, Raymond reveló la novedosa información. Hubert había conocido a una heredera. Iba a casarse, de ahí que en lo sucesivo el asunto de pagar sus dudas

(que serían inevitablemente recurrentes, como los cambios de estación) correspondería a su novia americana, la encantadora señorita Looty Arlington, a quien Raymond había conocido en París.

— ¿Una americana? ¿Va a casarse con una americana? —Undine se debatía entre la rabia y la satisfacción. Le fastidió la llegada de una intrusa a su territorio (Looty Arlington. ¿Quién era? ¡Menudo nombre!), pero lo superó de inmediato aliviada porque en lo sucesivo, como había dicho Raymond, las deudas de Hubert ya no serían asunto suyo. Finalmente prevaleció una tercera consideración. Si está prometido con una joven rica, ¿por qué narices hemos tenido que salvarlo «nosotros»?

Su marido explicó que no había otra solución, pues aunque el general Arlington fuera inmensamente rico («el padre de ella era un general... un director general... a saber lo que eso significaba») le exigía a su futuro yerno lo que él llamaba una «hoja de servicios sin tacha», y los acreedores de Hubert (¡qué bruto era!) se hallaban en posesión de ciertos documentos que les permitían presionar para que el pago se realizara de inmediato.

—Tus compatriotas tienen puntos de vista muy rígidos sobre estas cuestiones... y dice mucho en favor del general que tenga idea de suspender la boda sin más consideraciones si saliera a la luz el más leve indicio de los escándalos de Hubert... en cuyo caso él seguiría dependiendo de nosotros toda la vida.

Sí... visto de ese modo, sin duda que lo mejor era pagar, mas por alguna oscura razón molestaba a Undine que, al hacerlo, ayudaran de paso a una compatriota desconocida a conseguir lo que los periódicos americanos a buen seguro ya anunciaban como «otra brillante alianza extranjera».

— ¿Y dónde ha conocido tu hermano a alguien respetable? ¿Sabes algo de su familia? Supongo que ella será horrible —dijo, dejando traslucir su irritación.

—Creo que Hubert la conoció en una pista de patinaje. Su familia es de uno de los nuevos Estados; el general se disculpó porque aún no saliera en los mapas, aunque le sorprendió que yo no lo conociera. Dijo que era famoso por ser uno de los «estados divorcistas», de ahí que su principal ciudad fuera en consecuencia una sociedad muy agradable. La petite n'est vraiment pas trop mal.

— ¡Seguro que no! Todas nosotras somos guapas. Pero será tremendamente vulgar.

Raymond parecía sinceramente incapaz de emitir enjuicio.

—Tenéis vuestras propias costumbres, querida...

— ¡Sí, ya sé que para ti todas somos iguales! —Una de las quejas de Undine era que su marido no se esforzara en hacer distinciones entre sus compatriotas—. ¡Tú no encuentras ninguna diferencia entre una chica con la que uno se promete en una pista de patinaje y yo!

Raymond eludió la provocación, replicando:

—La señorita Arlington arde en deseos de conocerte. Dice que ha oído hablar mucho de ti, y Hubert quiere venir con ella la semana que viene. Creo que debemos hacer lo que podamos.

—Desde luego. —Pero Undine seguía absorta en el aspecto económico del caso—. Si son tan ricos como dices, supongo que Hubert tendrá intención de devolverte el dinero poco a poco.

—Naturalmente. Ya lo hemos acordado. Me ha firmado un documento —dijo Raymond, cogiendo las manos de su mujer—. Como ves tenemos sobradas razones para ser amables con la señorita Arlington.

— ¡Seré todo lo amable que tú quieras! —respondió Undine, animándose ante la perspectiva de recuperar el dinero. Sí, invitarían a esa muchacha... Se acercó un poco más a su marido—. En ese caso, dentro de algún tiempo estaremos en una posición mucho más holgada... sobre todo si, como dices, no tenemos que volver a preocuparnos por las deudas de Hubert. —Se alejó lo suficiente para ofrecerle su amplia sonrisa y una vez más pidió el premier del Hôtel de Chelles—: Porque tú sabes que como cabeza de la familia deberías...

—Ay, querida, como cabeza de la familia tengo muchas obligaciones, y una de ellas es no perder un buen negocio cuando se presenta en mi camino.

Undine retiró las manos de los hombros de él y se apartó.

— ¿A qué te refieres con un buen negocio?

—Bueno, un golpe de suerte increíble... por eso me he quedado tantos días en París. El señor Arlington buscaba un apartamento para la joven pareja, y le he alquilado el premier por doce años, con el acuerdo de que él se encarga de instalar calefacción y luz eléctrica en todo el hôtel. Es una oportunidad estupenda, porque nos beneficiamos tanto como Hubert.

«¡Una oportunidad estupenda... nos beneficiamos tanto como Hubert!». A Undine le pareció como si su marido hablara en un idioma desconocido cuyas sílabas tuvieran un sonido familiar pero un significado totalmente incomprensible. ¿De veras se creía que ella iba a seguir confinada en un espacio tan reducido mientras Hubert y su novia, la patinadora, vivían a todo lujo en el codiciado premier? Todo el resentimiento acumulado durante largos meses de desconcierto, desde el momento de su boda, estalló de pronto en palabras:

— ¡Es increíble que hagas una cosa así sin consultarlo conmigo!

— ¿Sin consultarlo contigo? Pero, mi querida niña, tú has mostrado siempre una indiferencia absoluta por los negocios; muchas veces me pides que no te aburra con esas cosas. Puedes tener la certeza de que he contado con el mejor consejo, y mi madre, que tiene una cabeza tan buena como un hombre, opina que he hecho un magnífico acuerdo.

—Seguramente... pero yo no estoy siempre pensando en el dinero, como tú.

Tuvo una sensación de peligro inminente, pero estaba demasiado enfadada para contenerse, a pesar de percibir los riesgos. Raymond la sorprendió al abrazarla con una sonrisa.

—Hay muchas razones para que piense en el dinero. Una es para que tú no tengas que hacerlo; y la otra es que debo velar por el futuro de nuestro hijo.

Undine se sonrojó intensamente. Ya estaba acostumbrada a ese tipo de insinuaciones y la idea de tener un hijo no la aterraba tanto como antes de que naciera Paul. Puede que inconscientemente estuviera influida por un punto de vista distinto, y también que sus sentimientos hubieran cambiado, y verse convertida en la madre del futuro marqués de Chelles se tornaba una visión de felicidad cuando pensaba en darle un hijo a Raymond. Estos sentimientos, cuyas raíces eran aún débiles, fueron barridos sin embargo por la fuerza del rencor, y se apartó de él con un gesto petulante.

—Más vale que dejes la tarea de perpetuar la especie en manos de tu hermano. ¡En su casa habrá más espacio para cuartos de niños!

Esperó un momento, temblando de expectación ante la respuesta de su marido, pero como no hubo otra que un oscurecimiento silencioso en su expresión, llegó hasta la puerta y se volvió para decir:

—Por supuesto que puedes hacer lo que quieras con tu casa, y todos los acuerdos beneficiosos para tu familia sin consultarme, pero ¡no pienses que voy a volver a vivir en ese agujero mientras Hubert y su mujer derrochan sobre nuestras cabezas!

—Ah... dijo Raymond, en voz baja.

Capítulo XXXIX

Undine no cumplió su amenaza. En el mes de mayo volvía a ocupar las habitaciones que prometió no volver a pisar, y, tras la larga estancia entre los

reverberantes muros de Saint Désert, la exigüidad de su apartamento en París le pareció casi acogedora.

Entre tanto habían ocurrido muchas cosas. Hubert, a quien la entusiasmada familia permitió anticipar el fin del luto, se mostraba muy unido a su heredera; se dotó al Hôtel de Chelles de nuevas tuberías, calefacción e iluminación de acuerdo con los deseos de la novia; y, no contenta con estos cambios funcionales, la joven pareja movió puertas, abrió ventanas, derribó tabiques y dejó la decoración del salón de columnas y trofeos en manos de un pintor decorativo que albergaba una novedosa teoría de la anatomía humana. Undine asistió en silencio a este espectáculo que se representaba con la abyecta aquiescencia de la anciana marquesa; vio a la duquesa de Dordogne y a la princesa Estradina pasar de largo por su puerta para visitar el premier de Hubert, se maravilló ante las bañeras traídas de América y los adornos de annamita y asistió con su marido al banquete en el que el hermano de éste reveló a los atónitos habitantes del Faubourg los episodios prehistóricos representados en las paredes del salón. Aceptó todas estas obligaciones con el estoicismo que había desarrollado en los últimos meses, pues a medida que pasaban los días se sentía prisionera de las circunstancias con una fuerza mayor de la que cualquier esfuerzo suyo pudiera vencer. Aumentaba su sensación de impotencia el hecho de no recibir ninguna presión externa ni detectar groseras manifestaciones de autoridad por parte de su marido. Raymond se limitaba sencillamente a dejar que Undine dedujera que, si bien ella era importante para él en ciertos sentidos, en otros pesaba lo mismo que una pluma.

Su relación no había cambiado exteriormente desde el estallido de Undine al enterarse del matrimonio de Hubert. El incidente la había dejado mitad avergonzada, mitad asustada de su propio comportamiento, e intentó compensarlo con esas artes indirectas que eran para ella lo más parecido al reconocimiento del propio error. Raymond reaccionó de buen grado a sus acercamientos, y pasaron lo que quedaba del invierno en un aparente entendimiento. Al llegar la primavera fue él quien señaló que, al haber consentido su madre en que Hubert se casara antes de concluir el año de luto, no había ninguna razón para no ir a París como de costumbre, y sorprendió a Undine la prontitud con que se dispuso a acompañarla.

Un año antes ella habría interpretado este gesto como una prueba más de su poder, pero ya no se apresuraba tanto a sacar conclusiones. Raymond seguía siendo tan «encantador» como siempre y, sin embargo, en más de una ocasión durante esos meses en el campo, Undine había tenido la inquietante sensación de que no le daba todo lo que él esperaba de ella. Antes de casarse lo admiraba como modelo de distinción social; en su luna de miel fue el más ardiente de los amantes, pero desde que se instalaron en Saint Désert había

tenido que resignarse a la compañía de un caballero de provincias absorto en el deporte y en la agricultura. Y para su sorpresa, Raymond iba desarrollando un desconcertante parecido con su predecesor. En las largas tardes de invierno, después de repasar las cuentas con su administrador o de escribir sus cartas, se distraía con una caja de pinturas o ensayaba nuevas partituras al piano; después de cenar, cuando se sentaban en la biblioteca, le leía en voz alta las revistas y los periódicos que recibía a diario, y cuando caía en la cuenta de que Undine era incapaz de centrar su atención se enfrascaba en la lectura de alguno de los viejos volúmenes marrones que abarrotaban las paredes. Al principio intentó —igual que Ralph— comentar con ella lo que leía o lo que pasaba en el mundo, pero Undine no se sentía a la altura y cambiaba de tema, hasta que la conversación languidecía poco a poco y quedaba reducida a monosílabos.

¿Sería posible que, a pesar de sus libros, esas veladas fueran para Raymond tan largas como para ella, y que hubiera propuesto volver a París porque se aburría en Saint Désert? Ella se aburría y, no obstante, le ofendía sentir que su compañía no fuera suficiente para él, y se torturaba al descubrir que había espacios en la vida de su marido a los que no tenía acceso.

De vuelta en París Undine tuvo menos tiempos para pensar y Raymond para leer. Reanudaron su vida dispersa y ocupada y, pese a la ostentosa proximidad de Hubert, la perpetua estrechez económica y las inocentes cortapisas de Paul a su libertad, Undine, de nuevo en su elemento, olvidó sus tribulaciones. Disfrutaba saliendo con su marido, cuya presencia resultaba un perfecto ornamento. Raymond parecía de pronto más joven y animado, y cuando ella se fijaba en cómo lo miraban las mujeres, recordaba lo distinguido que era. Era divertido que la siguiera a todas partes; arrastrarlo a cenas y bailes, esperarlo en vestíbulos rebosantes de flores o desfilar a su lado en los teatros resplandecientes respondía al más íntimo ideal de intimidad conyugal de Undine.

Él parecía dispuesto a concederle más libertad que antes, y sólo de vez en cuando se le escapaba un breve recordatorio de las condiciones acordadas. Debía abstenerse de tratar con determinadas personas, no debía rebajarse frecuentando restaurantes y salones de té vulgares, debía acompañarlo para cumplir con ciertos compromisos familiares (acudir a numerosas y aburridas cenas); pero en otros aspectos Undine tenía libertad para ocupar sus días como quisiera.

—No creas que me queda mucho tiempo —le confesó a madame de Trézac—; entre visitar a su madre todos los días, no faltar nunca a las reuniones de sus hermanas y presentarme en el Hôtel de Dordogne siempre que la duquesa da una fiesta para esa gente tan estirada a la que Lili Estradina no puede soportar, hay días en los que ni siquiera veo a Paul y apenas tengo tiempo para

peinarme y hacerme la manicura; pero por lo demás Raymond es mucho más agradable y menos quisquilloso que antes.

Con el paso de los años, Undine había ido creándose la misma necesidad de su madre de tener una confidente, y madame de Trézac superaba en este sentido a Mabel Lipscomb y a Bertha Shallum.

— ¿Menos quisquilloso? —madame de Trézac alargó su pronunciada nariz con aire pensativo—. ¿Y tú crees que eso es buena señal?

Undine la miró y se echó a reír:

— ¡Ay, querida, qué rara eres! Ha dejado de mostrarse celoso.

—Eso es lo peor —sopesó madame de Trézac—. Es una gran lástima que no hayáis tenido un hijo.

—Sí; a mí me gustaría. —Undine se levantó, impaciente por concluir la conversación. Desde que percibió que la demora de su embarazo era vista por todos no sólo como una lástima sino como algo que vagamente le restaba valor, empezó a lamentarlo sinceramente, y le desagradaba cualquier alusión al respecto.

—Sobre todo —continuó madame de Trézac— ahora que la mujer de Hubert...

—Bueno, si lo que querían era eso es una pena que Raymond no se haya casado con la mujer de Hubert —replicó Undine; y ya en las escaleras murmuró para sí: «Nettie ha estado hablando con mi suegra».

Esta explicación, sin embargo, no la tranquilizó y por la noche, al volver con Raymond de una fiesta, sintió el impulso de hablar. Sentada muy cerca de él en la oscuridad del coche de caballos habría tenido que serle fácil encontrar la palabra justa, pero la indiferencia de Raymond levantaba una barrera entre ambos, y Undine fue dejando atrás calle tras calle y vio cómo a un lado se desplegaba la negrura brillante del río antes de acercarse para rozar la mano de él.

— ¿Qué pasa, querida?

Seguía sin encontrar la palabra, y el tono de Raymond le indicó que ya era demasiado tarde. Un año antes él no habría reaccionado así si ella le hubiera cogido de la mano.

—Tu madre me culpa por no tener un hijo. Todo el mundo me culpa. Raymond tardó unos instantes en responder, mientras Undine miraba su perfil al contraluz de las farolas junto a las que pasaban.

—Mi madre tiene ideas anticuadas, y que yo sepa eso no es asunto de nadie más que de ti y de mí.

—Sí, pero...

—Ya hemos llegado. —La berlina acababa de pasar bajo el arco del hotel y la luz de las altas ventanas de Hubert iluminaba el patio en penumbra. Raymond ayudó a Undine a bajar del coche y subieron las escaleras que Hubert había enmoquetado de terciopelo, en cuyo rellano una ninfa de mármol asomaba entre las azaleas.

Raymond se detuvo en el vestíbulo para quitarle la capa de los hombros y posó en ella su mirada con una leve sonrisa de aprobación.

—Estás más guapa que nunca; este vestido te favorece mucho. Buenas noches, querida —dijo, besándole la mano y dando media vuelta.

Undine no comentó con nadie este incidente; su orgullo herido le impedía confiarlo incluso a madame de Trézac. Estaba segura de que Raymond «volvería»; Ralph siempre lo hizo, hasta el final. En el curso de las siguientes semanas en París fortaleció su confianza con la idea de que cuando regresaran a Saint Désert recuperaría fácilmente el control perdido; y cuando Raymond sugirió dejar París no puso ninguna objeción. Sin embargo, una vez en Saint Désert, no se sintió más cerca de él. Seguía tratándola con invariable amabilidad, pero parecía cada vez más concentrado en la gestión de la línea, en sus libros, en sus dibujos y en su música. Empezó a interesarse en política y lo urgieron a presentarse candidato por su provincia. Esto exigía frecuentes desplazamientos: viajes a Beaune o a Dijon y ocasionales estancias en París. Undine no estaba sola cuando él se marchaba, pues la marquesa viuda pasaba el verano en Saint Désert y el trasiego de hermanos, cuñadas, tías, primos, amigos curas y otros parientes era constante en el amplio castillo. Sólo faltaban Hubert y su mujer. Alquilaron una villa en Deauville, y Undine leía en los periódicos matinales la crónica de los partidos de polo de Hubert y de los cuidados personales a los que se sometía la condesa.

Los días transcurrían con paralizante monotonía. La anciana marquesa y las otras damas se sentaban en la terraza con su labor de aguja mientras el cura o alguno de los tíos que estuviera de visita leía en voz alta el Journal des Débats, pronosticando oscuras maniobras de la República; Paul arrasaba el jardín o saqueaba el gallinero con los demás niños de la familia; los vecinos del castillo cercano pasaban de visita, y a veces se aparejaba a los lentos y pesados caballos para tirar de un landó tan torpe en su avance como la berlina, y las señoras de Saint Désert medían los kilómetros de polvo que las separaban de sus vecinos.

Por primera vez Undine se paró a considerar con detenimiento las condiciones de su nueva vida, y a medida que pasaban los días comprendió que así se sucederían eternamente, hasta el final. A su alrededor todo el mundo daba por sentado que de por vida pasaría diez meses del año en Saint Désert y

los dos restantes en París. Claro que si la salud lo requería podía ir a tomar les eaux con su marido; pero la anciana marquesa albergaba grandes dudas sobre los efectos de un tratamiento termal y tanto su tío el duque como su primo el canónigo compartían esta opinión. El pernicioso bullicio de los balnearios modernos anulaba sin duda los posibles beneficios de las aguas en el caso de las jóvenes casadas. Y, en cuanto a los viajes, ¿no habían estado Raymond y su mujer en Egipto y en Asia Menor en su luna de miel? ¡Una aventura tan insólita como insensata en los anales familiares! ¿No habían pasado numerosos días a lomos de un camello y dormido en tiendas de campaña con los árabes? (¿Quién sabía, a decir verdad, si no eran estas influencias la causa de la desilusión con que los cielos quisieron castigar a la joven pareja?). Ningún miembro de la familia se había alejado tanto en su viaje de bodas. Una novia estuvo en Inglaterra (y eso ya se consideraba extremo), mientras que la otra —la hija con dotes artísticas— pasó una semana en Venecia, lo cual demostraba que ninguna de las dos vivía por detrás de su tiempo ni albergaba prejuicios anticuados. Habían disfrutado de su viaje de bodas, puesto que ésa era la moda, pero ¿a quién se le ocurriría viajar en lo sucesivo? ¿Qué sentido tenía alejarse de la familia, de los amigos, de las propias costumbres? Era natural que los americanos, que carecían de un hogar, que nacían y morían en los hoteles hubieran contraído hábitos nómadas, pero la nueva marquesa de Chelles ya no era americana, y podía vivir en Saint Désert y en el Hôtel de Chelles como antes que ella vivieron todas las damas que llevaban su apellido.

Y así Undine veía planificarse su futuro —nunca de un modo directo o grosero, sino sesgada y afablemente— en las alusiones, las presunciones y las insinuaciones de las agradables mujeres con quienes compartía sus días. Sus interminables conversaciones fluían al compás de las agujas de tricotar, del ascenso y descenso de los dedos laboriosos sobre los bastidores de bordado; y, cuando contemplaba las uñas esmaltadas de sus propias manos ociosas, tenía la impresión de que su incapacidad para ocuparlas se percibía como una de las principales causas de su descontento. Las innumerables habitaciones de Saint Désert estaban decoradas con las colgaduras bordadas y las sillas tapizadas producidas por generaciones de diligentes châteleines, y las infatigables agujas de la marquesa, de sus hijas y de sus familiares continuaban aumentando la producción a ritmo constante.

Undine encontraba extraño que desearan seguir haciendo fundas para sillas y colchas de cama para una casa que en realidad no les pertenecía y que ella tenía derecho a organizar y remodelar a su antojo, pero esto era tan sólo un aspecto de esa incomprensible manera suya (no obstante sus múltiples ocupaciones personales y parroquiales) de considerarse miembros menores de un todo poderoso e indivisible, del gigantesco y voraz fetiche al que llamaban «La Familia».

Pese a sus teorías claramente definidas sobre cómo eran o dejaban de ser los americanos, saltaba a la vista que les sorprendía no encontrar en Undine un sentido de la solidaridad equivalente; y el desarraigo de Paul, su carencia de vínculos locales y familiares, les hacía reaccionar (por más que el pequeño ejercitara todo su encanto) con el encogimiento de los cristianos devotos ante un niño frágil y delicado. Y, por más que madre e hijo les causaran una extrañeza insuperable, ni remotamente imaginaban que no se fueran sometiendo poco a poco a las costumbres de Saint Désert. Habían caído dinastías, cambiado instituciones, sufrido las maneras y la moral, ¡ay!, una decadencia deplorable; pero hasta donde alcanzaba la memoria las damas del linaje de Chelles siempre se habían sentado con su labor de aguja en la terraza de Saint Désert, mientras los hombres de la casa se lamentaban de la corrupción del gobierno y el cura atribuía el infeliz estado del país al declive del sentimiento religioso y al aumento del coste de la vida. Era inevitable que, con el paso del tiempo, la marquesa llegara a comprender la necesidad fundamental de que todas estas cosas continuaran siendo como siempre habían sido; y entre tanto la familia de su marido ejercitaba su paciencia con la discreción y la sonrisa propia de los de su clase, mientras los días se sucedían sin acontecimientos reseñables.

Un día de septiembre esta rutina se vio interrumpida por la llegada imprevista de un tropel de automóviles que transportaban a la princesa Estradina y a un grupo elegido en algún balneario. Raymond estaba de viaje, si bien la lealtad familiar obligaba a la anciana marquesa a recibir a su sobrina y a los amigos de ésta, y Undine volvió a verse sumergida en el mundo del que su matrimonio la había alejado.

Al principio, la princesa parecía haber olvidado por completo la intimidad que en otro tiempo tuviera con Undine, haciéndole sentir a ésta que en un mundo tan agitado y variopinto como el suyo un episodio así difícilmente podía dejar huella. La noche anterior a su partida, sin embargo, la impredecible Lili, presa de uno de sus repentinos cambios de humor, se llevó a su antigua amiga al dormitorio para zambullirse en un intercambio de confidencias. Naturalmente contó primero su propia historia, tan plagada de incidentes que el reloj del patio ya había dado las dos antes de que al fin se interesara por Undine.

—Estás más guapa que nunca, querida; sólo has engordado un poquitín. ¿Será por la felicidad conyugal? ¡Ten cuidado! Necesitas un poco de emoción, de dramatismo... Las americanas sois extraordinarias. Parece que vivís en un permanente estado de cambio y excitación; y de pronto aparece un hombre, os pone un anillo en el dedo y nunca se os ocurre mirar lo que pasa fuera. ¿No te aburres un poco a veces? ¡No he vuelto a verte el pelo! Supongo que es por culpa de mi venerable tía... Nunca me ha perdonado por divertirme más que

sus hijas. ¿Qué le voy a hacer si no me parezco al paraguas del cura? Seguro que a ti tampoco te lo perdona. Pero ¿por qué consentes que te tenga aquí encerrada? Es una enorme lástima que no hayas tenido un hijo. Todos te tratarían de otra manera si lo hubieras tenido.

La misma condolencia de siempre. Undine se puso roja de ira mientras la escuchaba. ¿Por qué consentía que la tuvieran encerrada? No sabía responder a la pregunta de la princesa; le parecía sencillamente imposible romper la misteriosa trama de tradiciones, convenciones y prohibiciones que la atrapaba en su red impenetrable. Su vanidad le proporcionó sin embargo el pretexto oportuno y, riéndose, dijo:

—No me imaginaba que Raymond fuera tan celoso...

La princesa la miró sorprendida.

— ¿Es Raymond quien te tiene encerrada? ¿Y sus viajes a Dijon? ¿Y qué crees que hace cuando está en París? ¿Política? —Se encogió de hombros y dijo con ironía—: La política no tiene a un hombre ocupado hasta después de medianoche. ¿Raymond celoso de ti? Ah, merci! Querida, cuando la gente habla de americanas libertinas yo siempre digo lo mismo: sois las únicas mujeres inocentes que quedan en el inundo...

Capítulo XL

Tras la partida de la princesa Estradina los días se sucedieron en Saint Désert imposibles de distinguirse unos de otros, y Undine se sentía cada vez más arrastrada por la lenta y poderosa corriente alimentada por tantas vidas afluentes. Era como si un conjuro inefable emanara del viejo castillo que custodiaba desde hacía siglos una tradición inquebrantable: cosas ocurridas allí sin cambio alguno por espacio de tantas generaciones que el mero intento de alterarlas parecía tan fútil como luchar contra los elementos.

Llegó el invierno, y pasó, y una vez más el calendario marcó los primeros días de la primavera; y, cuando los castaños de indias de los Campos Elíseos empezaban a echar sus brotes, todavía quedaba nieve en las avenidas de hierba de Saint Désert y en las cumbres de las montañas más allá de los jardines. A veces, cuando miraba por las ventanas de la galería Boucher, Undine tenía la sensación de que sus ojos no habían visto nunca nada más que esa escena. Sus breves escapadas a París no dejaban una huella perdurable: la vida de las calles animadas se ensombrecía en cuanto el horizonte negro y blanco de Saint Désert volvía a cernirse sobre ella.

Aunque las tardes seguían siendo frías, últimamente le había dado por

sentarse en la galería. Las sonrientes escenas de las paredes y las altas cortinas que rompían su longitud creaban un ambiente más habitable que el de los salones; aunque la principal razón para preferir este lugar era la satisfacción del fuego en las dos monumentales chimeneas enfrentadas en su larga perspectiva. Y esta satisfacción tenía su origen en la desaprobación de la anciana marquesa. Jamás en la historia de Saint Désert había pasado el consumo de leña de una cantidad escrupulosamente calculada, pero desde que Undine ostentaba la autoridad en la casa se había duplicado. Si alguien le hubiera dicho un año antes que una de sus principales distracciones sería inventar distintas maneras de fastidiar a su suegra, Undine se habría reído de la ocurrencia de perder su tiempo en semejantes tonterías. Pero tenía tiempo que perder en abundancia y deseaba con fervor emplearlo en alterar las costumbres inmemoriales de Saint Désert. Su marido la dominaba en lo esencial, si bien ella había descubierto el modo de irritarlo y herirlo con un sinfín de pequeñeces, una de las cuales —y no precisamente la menos eficaz— consistía en hacer cualquier cosa contraria a los prejuicios de su madre. No es que él compartiera siempre la opinión de la anciana, ni tampoco que fuera un hijo particularmente servil, pero uno de sus principios fundamentales era que un hombre debía respetar los deseos de su madre y asegurarse de que todos los miembros de la casa los respetaran igualmente. Todos los franceses de su clase compartían este parecer y lo consideraban indiscutible: se sustentaba sobre algo mucho más inmutable que cualquier sentimiento personal, de tal modo que uno incluso podía odiar a la propia madre y no obstante insistir en que debían respetarse sus ideas del consumo de leña.

La anciana marquesa pasaba los meses fríos del invierno sentada en su habitación, y allí, entre la cama con dosel y la chimenea, se congregaba la familia en torno a la única lámpara de cristal esmerilado. Por la noche, si había visitas, se encendía la chimenea en la biblioteca; de lo contrario la familia volvía a sentarse junto a la lámpara de la marquesa hasta que el mayordomo llegaba a las diez con tisana y biscuits de Reims, tras lo cual todos daban las buenas noches y se desperdigaban por los corredores dispuestos a recorrer distancias heladoras, iluminadas por lamparillas de aceite.

Desde la llegada de Undine nunca se apagó el fuego en la biblioteca, y últimamente, tras experimentar con los dos salones y el llamado «estudio» donde Raymond guardaba sus armas y se reunía con el administrador, había elegido la galería como lugar más idóneo para la nueva y desconocida ceremonia del té a media tarde. Nunca se había servido ningún refrigerio en Saint Désert a media tarde, salvo que esperaran recibir visitas, en cuyo caso éste consistía invariablemente en una botella de oporto dulce y un plato de bizcochos de los que se conservaban por bastante tiempo. El hecho de que el complicado ritual del té, con su acompañamiento de delicias perecederas, se realizara para disfrute exclusivo de la familia resultaba tan insólito que Undine

disfrutó algún tiempo complicando aún más la ceremonia y arrancando las protestas del ancestral plato de bizcochos al verse desplazado por viandas más variadas; y cuando se aburrió de esto ideó el plan de trasladar el oficio a la galería y encender el fuego sagrado en las dos chimeneas.

Primero le dijo a Raymond:

—Es ridículo que tu madre se pase el día en su habitación. Dice que lo hace para ahorrar leña, pero si encendiéramos el fuego abajo podría estar aquí y dejar que su chimenea se apagara. No veo por qué razón tengo yo que pasarme la vida en la habitación de tu madre.

Raymond no respondió y la marquesa dejó que su chimenea se apagara. Pero no bajó; siguió en su habitación, sólo que sin fuego.

Esto también le resultó divertido a Undine, hasta que las críticas veladas empezaron a irritarla. Esperaba que Raymond hablara de la actitud de su madre: ¡tenía la respuesta preparada para el caso! Pero Raymond no hizo ningún comentario, no se dio por enterado; y los deseos de venganza de Undine se agotaron al chocar contra la negra superficie de su indiferencia. Él se mostraba tan amable y considerado como siempre; tan dispuesto, sin razón, a acceder a sus deseos y a satisfacer sus caprichos. En un par de ocasiones, cuando ella propuso ir a París para llevar a Paul al dentista o buscar una criada, se mostró de acuerdo y la acompañó en el viaje. Pero en lugar de instalarse en un hotel fueron a su apartamento, del que se habían retirado alfombras y cortinas y en el que un ama de llaves les preparaba una comida primitiva siempre a horas inciertas, de ahí que nada más ver las ventanas iluminadas de Hubert, Undine sintiera crecer su rencor y su sensación de impotencia.

Tal como madame de Trézac había predicho, Raymond se mostraba cada vez menos vigilante, y Undine podía entrar y salir a su antojo durante estas excursiones a la capital. Las visitas eran sin embargo demasiados breves para poder adaptarse al ritmo social y cuando se reunía con sus amigos se sentía como una provinciana fuera de lugar, como si también su ropa procediera de Saint Désert. Los vestidos seguían siendo pese a todo su principal preocupación; pasaba horas con los modistos en París y la llegada de una caja de vestidos nuevos era el mayor acontecimiento en el vacío de sus días en Saint Désert. Al desempaquetarlos sentía no obstante más amargura que placer, y los vestidos colgaban del armario como tantas promesas de felicidad incumplidas y le recordaban sus días en el Stentorian, cuando repasaba su ropa con la misma desilusión. Aun así multiplicaba sus encargos, escribía a los modistos para que le enviaran patrones y a los sombrereros para recibir sombreros, que se probaba y luego pasaba días sin ser capaz de elegir. De cuando en cuando enviaba incluso a su doncella a París a comprar un gran

surtido de velos, guantes, flores y encajes, y tras períodos de dolorosa indecisión terminaba por quedarse con la mayoría, por miedo a que los que devolviera fuesen precisamente los que estaban de moda en la ciudad. Era consciente de que gastaba mucho dinero y para entonces había perdido su fe juvenil en las soluciones providenciales, pero siempre había tenido la costumbre de comprar algo cuando se aburría y jamás se había sentido tan necesitada de este consuelo.

Era como si la monotonía de su vida se le hubiera metido en la sangre: su cutis perdía luminosidad y su pelo brillo. Alarmada por este cambio de aspecto, buscaba en las revistas de moda nuevas cremas y polvos, y probaba el vendaje facial, el masaje eléctrico y otros tratamientos renovadores. Despertaron en ella extraños atavismos que la llevaron a estudiar los anuncios de medicamentos patentados, a escribir a médicos y a profesores de educación física y a sopesar las ventajas de consultar con curanderos, adivinos y charlatanes análogos. Hasta escribió a su madre para pedirle las recetas de algunas de las panaceas olvidadas de su abuelo, e introdujo cambios en su rutina, en sus horarios de sueño, comida y ejercicio, en consonancia con cada nuevo experimento.

Su inquietud congénita se transformó en una apatía igual que la de su madre, y cualquier exigencia de actividad la sacaba de sus casillas. Soportaba infinitas molestias: discusiones con criadas descontentas, la dificultosa búsqueda de un tutor para Paul, el trastorno que suponía tenerlo distraído y ocupado para que no estuviera demasiado encima de ella. Paul empezaba a mostrar un gran parecido con Raymond, y en verano no se separaba de su padrastro en los establos y en los jardines. Pero Raymond se ausentaba con más frecuencia cuando llegaba el invierno, y Paul contraía un resfriado pertinaz que lo obligaba a pasar mucho tiempo en casa. El confinamiento lo volvía quisquilloso y exigente, y la anciana marquesa achacaba el cambio a la deplorable influencia de su tutor, un laico recomendado por uno de los antiguos profesores de Raymond. El propio Raymond habría preferido un abad; ésa era la tradición familiar y, aunque el niño no fuera de la familia, parecía más conveniente que se formara de acuerdo con estas costumbres. Además, cuando sus hermanas casadas pasaban una temporada en el castillo, protestaban por exponer a sus hijos a la influencia del tutor, e incluso insinuaban que la compañía de Paul podía ser nociva. Undine, que desde el primer momento se había mostrado dispuesta a abrazar la fe de su marido, se resistía con obstinación a dejar la educación de su hijo en manos de la Iglesia. Y el tutor se quedó; pero las fricciones que suscitaba su presencia eran tan irritantes que empezó a considerar la alternativa de enviarlo a un colegio. Aunque seguía siendo pequeño y tierno para el experimento, se convenció de que lo que su hijo necesitaba era «endurecerse», y cuando oyó hablar de un colegio al que la gente elegante enviaba a sus hijos, estableció

correspondencia con el director. La primera carta de éste la convenció de que su establecimiento era el lugar idóneo para Paul, pero la segunda incluía la lista de precios, y, tras compararla con el gasto que suponía la manutención y el salario del tutor, se excusó diciendo que su hijo era demasiado pequeño para enviarlo lejos de casa.

Hacía tiempo que Raymond había dejado de hacer comentarios sobre los gastos de Undine, aunque ella sabía que la consideraba una derrochadora y tenía la certeza de que vigilaba atentamente todos sus gastos; la luz que se proyectaba en Saint Désert sobre los detalles económicos era completamente distinta del resplandor con que quedaban velados en West End Avenue. Dedujo por tanto que el silencio de Raymond era deliberado y lo atribuyó a que también él tenía cosas que ocultar. El comentario de la princesa Estradina había dado en el blanco. Undine no creía que su marido estuviera realmente enamorado de otra mujer —no podía concebir que alguien se cansara de ella antes de haberse cansado ella—, pero su indiferencia le parecía humillante, y era más fácil imputarla a las artes de una rival que a cualquier defecto propio. Le exasperaba pensar que pudiera buscar consuelo externo para la monotonía de su vida, y decidió que cuando volvieran a París le haría ver que a ella tampoco le faltaban oportunidades.

Concluía el mes de marzo y se acercaba abril, y Raymond no había hablado de marcharse. Undine era consciente de que debía dejar en sus manos ese tipo de decisiones y ocultó su impaciencia no fuera a ser que eso indujera a su marido a demorar la partida. Un día, mientras tomaba el té en la galería, Raymond entró con su ropa de montar y dijo:

—He llegado hasta el otro lado de la montaña. Las lluvias de febrero han debilitado la presa del Alette, y las viñas corren peligro si no se reconstruye inmediatamente.

Undine contuvo un bostezo, pensando en lo aburrido que resultaba su marido cuando hablaba de agricultura. Le hacía parecer mayor, y se estremeció al pensar que probablemente a ella le sucedía lo mismo al escucharle.

Mientras le ofrecía una taza de té, él siguió diciendo:

—Lamento que ocurra precisamente ahora. Me temo que tendré que pedirte que renuncies a pasar la primavera en París.

— ¡Ay... no... no! —exclamó ella. Tantas quejas sólo a medias contenidas la asfixiaron de pronto; quería estallar en llanto como una niña.

—Sé que es una desilusión, pero este año hemos tenido muchos gastos.

—A mí me parece que siempre pasa lo mismo. No entiendo por qué

tenemos que renunciar a París para que tú arregles una presa. ¿Es que Hubert no va a devolverte nunca ese dinero?

Raymond la miró con leve sorpresa.

— ¿No entendiste en su momento que eso no será posible hasta que su mujer herede?

— ¿Quieres decir hasta que muera el general Arlington? ¡Si no parece mucho mayor que tú!

—Tal vez recuerdes que te enseñé la nota de Hubert. Ha pagado los intereses con regularidad.

— ¡Qué amable de su parte! —Se levantó, encendida de rebeldía—. Tú puedes hacer lo que quieras; yo pienso ir a París.

—Mi madre no irá. No tenía intención de abrir nuestro apartamento.

—Comprendo. Pero yo sí lo abriré... ¡y ya está!

Él también se había puesto en pie; estaba blanco.

—Preferiría que no fueras sin mí.

—En ese caso me alojaré en el Nouveau Luxe con mis amigos americanos.

— ¡Eso nunca!

— ¿Por qué no?

—No me parece propio.

—Que tú lo consideres impropio no significa que lo sea.

Se miraron, temblando los dos con la misma rabia; él se controló y en un tono más conciliador, dijo:

—No pareces darte cuenta nunca de que hay necesidades...

—Tú tampoco... ése es el problema. No puedes tenerme toda la vida encerrada aquí, interferir en todo lo que yo quiero hacer diciendo que es impropio.

—Nunca he interferido en cómo gastas tu dinero en lo que quieres.

Esta vez fue ella la que lo miró sinceramente sorprendida:

— ¡Dios mío! ¡Espero que no lo hagas, ya que tanto te cuesta darme un solo céntimo del tuyo!

—Sabes que no es verdad. Te llevaría a París encantado si tuviera el dinero.

—Siempre tienes dinero para gastar aquí. ¿Por qué no vendes esto, si es tan

terriblemente caro?

— ¿Venderlo? ¿Saint Désert?

La propuesta le pareció monstruosa, casi diabólica, como si ese comentario hecho al azar le revelara de pronto la clave de sus diferencias y su infelicidad. Undine adivinó esto sin comprenderlo, por el cambio que se produjo en su expresión: fue como si un disolvente mortal desfigurase de pronto los rasgos familiares de su marido.

—Bueno, ¿por qué no? —dijo, espoleada por su propio horror—. Al menos podrías vender algunos objetos. En América no nos avergonzamos por vender algo si no podemos permitirnos el lujo de conservarlo. —Dirigió la mirada a los tapices que Raymond tenía a sus espaldas—. Hay una fortuna sólo en esta habitación; podrías conseguir lo que quisieras por estos tapices. Pero ¡te quedas ahí parado, diciéndome que eres pobre!

Raymond siguió la mirada de Undine, miró los tapices y fijó nuevamente sus ojos en ella:

—Ah, tú no lo entiendes —dijo.

—Entiendo que todas estas antiguallas te importan más que yo, y que prefieres verme infeliz y desgraciada antes que tocar uno solo de los sillones de tu bisabuelo.

El color afluyó poco a poco al rostro de Raymond, transformando sus rasgos con una dureza que Undine jamás había visto. La miró como si el lugar donde ella se encontraba estuviera vacío.

—Tú no lo entiendes —repitió.

Capítulo XLI

Este incidente dejó en Undine la deprimente sensación de que ya no podía contar con ninguna de sus viejas armas de combate. En los enfrentamientos con la autoridad, la convicción de que su causa era justa se vio siempre atemperada por el poder de manejar a los demás a su antojo. Ahora, la firmeza de Raymond quebraba su fe en sus propias exigencias, y por primera vez el ciego deseo de herir y destruir sustituyó el pragmatismo habitual con que se concentraba en alcanzar su objetivo. Sus ironías, sin embargo, causaban tan poco efecto como sus argumentos, y la impasibilidad de su marido la enloquecía aún más al adivinar que algunas de las cosas que ella le había dicho le habrían herido de verdad si se las hubiera dicho otra persona: lo que las volvía inocuas era que vinieran de ella. Y cuando al final de la conversación

ella le espetó: «Ya que te molesta todo lo que a mí me importa será mejor que nos separemos», él se limitó a encogerse de hombros y responder: «Ésa es una de las cosas que nosotros no hacemos». Y su respuesta fue para ella como si le cerraran una puerta de hierro en las narices.

A la rebelión le siguió un intervalo de silencio. Undine no se atrevía a cumplir la amenaza de sumarse a sus compatriotas en el Nouveau Luxe; aún tenía demasiado vivo el recuerdo de su sublevación anterior. Pero tampoco podía someterse a su destino sin hacerle ver a Raymond que era egoísta y caprichoso. Y, si sus argumentos no lograban demostrarlo, había heredado la fe en el valor de la demostración empírica. Si lograba que su marido comprendiera lo fácil que era darle a lo que quería, tal vez llegara a compartir su punto de vista.

Con esta idea en mente se marchó a París, donde pasó veinticuatro horas con el pretexto de buscar una nueva niñera para Paul; y en la ciudad dio los pasos necesarios para poner en marcha su plan a la primera ocasión. La ocasión se presentó con el siguiente viaje de Raymond a Beaune. Salió una mañana temprano, anunciando que no volvería hasta la noche; y ese mismo día, por la tarde, Undine se encontraba en su puesto habitual en la galería, observando la larga avenida de álamos.

No llevaba mucho tiempo cuando vio un punto negro al final de la avenida, que creció hasta convertirse en un coche que se acercaba a la entrada. Al verlo llegar, se apartó de la ventana y recorrió la galería contemplando los grandes tapices, con sus infinitos tonos azules y rosas, con tanto placer como si fueran espejos que le devolvieran su propia imagen.

Seguía mirándolos cuando la puerta se abrió y un criado dio paso a un hombre moreno y de baja estatura que, no obstante su cuidada indumentaria londinense, tenía un aire exótico, como si alguna vez hubiera llevado pendientes en las orejas o dejado un puñado de especias en el umbral de la puerta.

Se inclinó delante de Undine, echó una rápida ojeada a la habitación y, volviendo la espalda a la ventana, observó atentamente la pared. El corazón de Undine latía con fuerza. Sabía que la marquesa dormía la siesta en su habitación, pero cada sonido en el silencio de la casa le parecía el de sus pasos en las escaleras.

—Ah... —dijo el recién llegado.

Había empezado a recorrer despacio la galería, con la cara pegada a los tapices, como un actor entre las candilejas.

—Ah... —repitió.

Para aliviar la tensión nerviosa, Undine empezó a decir:

—Se los regaló Luis XV al marqués de Chelles, quien...

—Esa historia está publicada —replicó escuetamente el visitante; y Undine se sonrojó por su metedura de pata.

Encajando unas gafas en una nariz que era como un instrumento de precisión, el desconocido procedió a una inspección más rigurosa de los tapices. Parecía completamente ajeno a la presencia de Undine, y hacía gala de tal altivez que ella se arrepintió de haberlo llamado. ¡En París se había comportado de un modo completamente distinto!

De pronto se volvió y se quitó las gafas, que desaparecieron en un pliegue de su ropa como uñas retráctiles.

—Sí —dijo, mirando a Undine sin verla—. Muy bien. He venido con un caballero...

— ¿Un caballero?

—El mayor coleccionista americano... sólo compra lo mejor. No estará mucho tiempo en París, y ésta era su única oportunidad de ver los tapices.

Undine se recompuso.

—No lo entiendo... Yo no dije en ningún momento que los tapices estuvieran a la venta.

—Precisamente por eso. Este caballero sólo compra objetos que no están a la venta.

La respuesta le pareció a Undine desconcertante, y la indujo a vacilar:

—No sé... Yo sólo le pedí que los tasara...

—Permítame que vea cómo los mira él; después les pondré precio —dijo, con una risita; y sin esperar respuesta se acercó a la puerta y la abrió. Al hacerlo apareció la espalda envuelta en pieles de un caballero que, en el extremo opuesto del vestíbulo, examinaba el busto de un mariscal de campo del siglo XVII.

El marchante se acercó respetuosamente a la espalda y dijo:

— ¡Señor Moffatt!

Moffatt, que parecía interesado en el busto, miró por encima del hombro sin volverse y dijo:

—Venga a ver esto...

Y, al ver a Undine, pasó de la perplejidad al apóstrofe:

— ¡Esto sí que es la repanocha! —Se acercó y cogió sus manos—. Pero ¿qué diablos estás haciendo tú aquí?

Ella se echó a reír y se ruborizó, estremecida por el giro que tomaba la aventura.

—Vivo aquí. ¿No lo sabías?

—En absoluto... no se me ocurrió preguntar el nombre —dijo Moffatt, volviéndose jovialmente al obsequioso marchante—. Y yo que le aseguré que merecería la pena el viaje para ver los tapices; ahora veo que no me equivocaba.

Undine lo miró con curiosidad. Moffatt tenía el mismo aspecto que siempre: igual de corpulento y rubicundo, los mismos ojos astutos bajo las mismas cejas sin malicia; pero su seguridad se había vuelto más agresiva, y Undine nunca lo había visto tan cómodo y galante.

—No sabía que te hubieras convertido en un gran coleccionista.

— ¡El más grande! ¿No te lo ha dicho? Creo que por eso me ha traído.

Ella titubeó.

—Bueno, verás, los tapices no están a la venta.

— ¿Y eso? Yo creía que era un truco para deshacerse de mí. Bueno, me alegro; así tendremos más tiempo para charlar.

El marchante, reloj en mano, dijo:

—De todos modos, eche un primer vistazo. Nuestro tren...

— ¡Mío no! —lo interrumpió Moffatt—. Siempre que haya otro más tarde.

Undine volvió en sí para decir alegremente:

—Claro que lo hay. —Abrió la marcha hacia la galería, con la esperanza de que el intermediario alegara alguna excusa para irse. Estaba emocionada y divertida por la inesperada aparición de Moffatt, pero le parecía humillante que él sospechara sus dificultades financieras. Sólo le gustaba verle cuando se sentía feliz y triunfante.

El marchante los había seguido hasta la galería, y por un momento todos guardaron silencio delante de los tapices:

— ¡Caramba! —exclamó al fin Moffatt.

—Ya sabes que son históricos: se los regaló el rey al bisabuelo de Raymond. Cuando estuve en París el otro día —se apresuró a explicar Undine — le pedí al señor Fleischhauer que pasara a verlos algún día y nos dijera cuánto valían... y al parecer me malinterpretó, pensando que queríamos

venderlos. —Y le lanzó una indirecta al marchante—: Lamento que haya hecho el viaje en balde.

El señor Fleischhauer se inclinó con elocuencia:

—No es en balde haber visto semejante belleza.

Moffatt lo miró con aire divertido y dijo:

—No me gustaría nada que el señor Fleischhauer perdiera su tren...

—No lo perderé; yo no pierdo nada —respondió el aludido. Le hizo una reverencia a Undine y volvió sobre sus pasos hacia a la puerta.

—Un momento —dijo Moffatt, cuando el marchante se encontraba en el umbral—. Permita que el coche lo lleve a la estación y cargue este viaje a mi cuenta.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Moffatt se volvió a Undine riendo.

—Bueno, esto sí que es increíble. Yo pensaba que vivías en París.

Undine volvió a sentirse incómoda.

—Bueno, los franceses... en fin, la gente como mi marido, pasan siempre una parte del año en sus fincas.

—Pero no ésta, ¿verdad? París es un hervidero en este momento. Anoche estuve cenando en el Nouveau Luxe con los Driscoll, los Shallum y la señora Rolliver, y allí estaban todos tus amigos aneando jolgorio.

¡Los Driscoll, los Shallum y la señora Rolliver! ¡Con cuánta naturalidad los nombraba! A juzgar por su tono, Moffatt era ahora uno de ellos y deseaba que lo supiera. Y no había nada que pudiera ofrecer a Undine una medida más exacta de su éxito... de la cantidad de millones que debía tener. Seguro que todo era muy reciente, y sin embargo ya parecía disfrutar a sus anchas de estos nuevos honores: había adoptado el tono metropolitano. Mientras lo examinaba con estas ideas en la cabeza, fue consciente del escrutinio al que él la sometía.

—Claro que ahora tendrás otros amigos —continuó Moffatt—. Siempre me has sacado ventaja. —Desvió la mirada a las señoriales dimensiones de la pared—. Me hace gracia verte en un sitio así; pero te va bien... ¡Es lo que siempre te ha ido bien!

Undine se echó a reír:

—A ti también... ¡Precisamente lo estaba pensando! —Sus miradas se cruzaron—. Supongo que eres inmensamente rico.

Moffatt también se rio, y sin apartar la mirada dijo:

— ¡Mucho más que eso! La fusión me ha salido redonda. Soy dueño de

casi todo Apex. He venido a comprar estos tapices para mi coche privado.

El tono familiar de la exageración provocó la risa de Undine.

—Supongo que si de verdad los quisieras no podría detenerte.

—Nadie puede detenerme ahora cuando quiero algo.

Se miraban con desafío y complicidad. La voz de Moffatt, su mirada, tantas cosas llamativas y enérgicas como representaba y expresaba, hacían latir la sangre de Undine con curiosidad.

—No sabía que Rolliver y tú fuerais amigos —dijo.

—Sí, Jim... —dijo Moffatt, adoptando un tono casi protector—. Es un buen tipo. Ahora está en el Congreso. Necesito a alguien en Washington. —Se había guardado los guantes en los bolsillos y, con la cabeza hacia atrás y los labios en posición para el familiar silbido inaudible, miraba a un lado y otro despacio y con actitud apreciativa.

Volvió a posar su mirada en Undine y dijo:

—Así que esto es lo que te ayudé a conseguir. Siempre quise venir para echar un vistazo. ¿Cómo te llaman? ¿Marquesa?

Ella palideció levemente y se ruborizó una vez más.

— ¿Por qué lo hiciste? —preguntó de pronto—. Me lo he preguntado muchas veces.

Moffatt se echó a reír.

— ¿Hacer qué? ¿Echarte una mano? Bueno, supongo que por instinto empresarial. Cuando te vi en París me di cuenta de que estabas en un aprieto... y no te guardaba ningún rencor. La verdad es que nunca he tenido tiempo para alimentar antiguas ofensas, y si las abandonas se mueren como los peces de colores. —Seguía mirándola serenamente—. Tiene gracia ver cómo te has instalado en esta vida; espero que tengas lo que buscabas. Vives en un lugar estupendo.

—Sí; pero lo veo demasiado. Pasamos aquí la mayor parte del año. —Se había propuesto ofrecer una imagen de éxito, pero un instinto de confianza latente arrancó esta confesión de sus labios.

—No me digas. ¿Y por qué no cortas y te vas a París?

—Bueno, Raymond está muy ocupado con sus negocios... y no teníamos dinero. Esta casa se lo come todo.

—Sí, eso suena muy aristocrático; pero ¿no está un poco pasado de moda? En estos tiempos cuando la gente bien tiene dificultades normalmente se

deshace de algunas reliquias de familia. —Se volvió para mirar de nuevo los tapices—. En esta pared tienes un montón de buenas temporadas en París.

—Sí... ya lo sé. —Undine intentaba controlarse, encontrar una buena evasiva, pero la expresión de Moffatt, su voz, las palabras que decía eran como martillazos que demolían el mundo irreal que la atrapaba. De pronto estaba con alguien que hablaba su mismo lenguaje, que conocía sus intenciones, que comprendía por instinto las carencias hondamente arraigadas para las que ella no encontraba nombre, y mientras charlaba con él volvió a sentirse inteligente, elocuente e interesante.

—Esto es muy solitario —empezó a decir; y por la abertura de este reconocimiento todas sus quejas se derramaron como una catarata. Intentaba transmitirle que su sacrificio no había sido en vano; señalaba las ventajas de su posición, adornaba las circunstancias en las cuales se consideraba una víctima, y mencionaba títulos, cargos y atributos para dar el máximo lustre a su relato, pero todo aquello de lo que podía jactarse se le antojaba insignificante y sin valor en comparación con el evidente poder de Moffatt.

—Pues es una pena que no salgas más a menudo —insistió él; y Undine se sintió avergonzada de la sumisión con que aceptaba su destino. Cuando hubo terminado de contar su historia quiso saber cuál era la de él, y por primera vez lo escuchó con interés. Al fin había conseguido lo que quería. El plan de fusión de Apex, tras un largo período de incertidumbre, fue aprobado y desarrolló ramificaciones gigantescas. Rolliver «aguantó» junto a él en el momento crítico, y entre los dos «botaron» al viejo Harmon B. Driscoll con todo lo que tenía y se hicieron con el control de la ciudad. Absorto en su narración, y olvidando que Undine no era capaz de seguirlo, Moffatt recitó una auténtica epopeya construida a base de tramas y contratramas, y ella, como una Desdémona rediviva, se quedó maravillada ante su conflicto con los nuevos caníbales. Carecía de importancia que se le escaparan detalles y tecnicismos; sabía que aquellas sílabas sin sentido hablaban de éxito, y lo que esto significaba era para ella claro como la luz del día. Todos los términos de Wall Street tenían su equivalente en el lenguaje de la Quinta Avenida y, mientras Moffatt hablaba de construir ferrocarriles, ella levantaba palacios y se imaginaba las múltiples vidas que él viviría en ellos. Las posesiones materiales eran para Undine la esencia de la existencia, y mientras lo escuchaba la visión de todo lo que él habría podido ofrecerle se desplegó ante sus ojos como el largo triunfo de un conquistador asiático.

— ¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó, casi sin aliento, cuando él hubo concluido.

—Bueno, hay mucho por hacer. Los negocios nunca duermen.

—Sí; quiero decir al margen de los negocios.

—Pues... todo lo que pueda, supongo. —Se recostó en su silla con la serenidad que otorga el poder, como si estuviera plenamente seguro de alcanzar lo que quisiera y no tuviera necesidad de apresurarse ahora que sus perspectivas eran gigantescas.

Undine siguió interrogándolo y él habló entonces de su creciente pasión por la pintura y los muebles, y del deseo de reunir una colección en la que tuviera cabida una muestra amplia y heterogénea, representativa de los mejores ejemplares. Notaba cómo se transformaba su expresión y cómo sus ojos rejuvenecían hasta parecer casi infantiles, con una mirada concentrada que evocó en ella el recuerdo de tantas cosas largamente olvidadas.

—Ya sabes que siempre he aspirado a lo mejor. No sólo para ir por delante de los demás, sino porque sé reconocerlo cuando lo veo. Creo que ésa es la única razón válida —concluyó; y mirándola con una sonrisa añadió al instante —: ¿No es eso lo que tú siempre buscaste?

Capítulo XLII

Undine se salió con la suya, y el entresol del Hôtel de Chelles abrió sus puertas para la temporada.

Hubert y su mujer, que esperaban el nacimiento de un heredero, se habían retirado al lujoso château alquilado para ellos por el general Arlington cerca de Compiègne, y Undine al menos no tenía que ver sus ventanas iluminadas y su animada escalera. No se libró sin embargo de la cuota de felicitaciones que el amplio círculo de amigos y familiares repartía entre todos los miembros de la familia de Hubert ante el inminente y venturoso suceso. Pero tampoco era ésta la peor de sus pruebas. Raymond había accedido a sus propósitos; se había enfrentado a las protestas de su madre, había desechado cualquier consideración de prudencia y había consentido en pasar dos meses en París, pero con la condición de que su estancia se sometiera a la más estricta economía. Como ofrecer cenas en casa representaba una importante carga presupuestaria, se suspendió toda hospitalidad, y cuando Undine quiso invitar informalmente a un pequeño grupo de amigos se le advirtió que en caso de hacerlo causaría una gravísima ofensa a tantos otros mercedores por genealogía de la misma atención.

La insistencia de Raymond en esta norma respondía a un complejo e inveterado sistema de «relaciones» (la vida social francesa dependía en su totalidad de la exacta interpretación de esta palabra), y a Undine le pareció inútil lidiar contra inhibiciones tan misteriosas. Su marido le había señalado

que, en todo caso, al no poder recibir tendrían más oportunidades de salir, y se mostró más dispuesto a la relación social que en el pasado. Esta concesión, sin embargo, no ofreció el resultado que ella esperaba. Recibían tantas invitaciones como siempre, pero a grandes cenas, a encuentros impersonales, a ese tipo de diversión de la que se considera un desaire ser excluidos, pero no un cumplido ser incluidos. A Undine le parecía el colmo de la desfachatez, y se lamentó sinceramente ante madame de Trézac.

—Claro que no cabe esperar otra cosa cuando llevas tantos meses encerrada en el campo. Estamos fuera de todo, y la gente que ofrece una buena fiesta está demasiado ocupada para acordarse de nosotros. Sólo nos invitan a esos encuentros que se planifican con una lista en la mano.

Madame de Trézac la escuchaba con simpatía, si bien no reprimió una respuesta sincera:

—Eso no es del todo así, querida; Raymond no es un hombre del que sus amigos se olviden. Creo que lo que pasa, si me permites decírtelo, es que tú, «tú» personalmente, no estás en el círculo adecuado.

— ¿El círculo adecuado? Bueno, estoy en el círculo de mi marido... el que se considera por encima de todos los demás. Tú siempre has dicho eso cuando yo te decía que me aburría.

—A eso me refiero... —se arriesgó madame de Trézac—. No es cuestión de que tú te aburras.

Undine se sonrojó; pero era capaz de encajar las peores estocadas cuando sus intereses personales estaban en juego.

— ¿Quieres decir que la aburrida soy yo?

—Bueno, no te esfuerzas lo suficiente, no perseveras. No digo que no te admiren... por tu aspecto; te consideran muy hermosa, les encanta exhibirte en sus cenas, entre la porcelana de Sévres y la plata. Pero una mujer debe ser algo más que guapa para tener la oportunidad de intimar con ellos: debe estar al corriente de lo que se habla. La otra noche te estuve observando en casa de la duquesa, y la mitad del tiempo no sabías de qué estaban hablando. Tampoco yo lo entendía siempre, pero yo tengo que soportar esas cenas a menudo.

Undine se dolió de esta crítica, pero nunca le faltó la capacidad de reconocer sus errores y ya había tenido alguna premonición de lo que madame de Trézac acababa de expresar con tanta franqueza. Cuando Raymond dejó de interesarse por su conversación ella concluyó que era cosa de maridos; sin embargo, desde entonces había notado poco a poco que en los demás producía el mismo efecto. Sus entradas eran siempre triunfales, pero nunca tenían consecuencias. En cuanto empezaban a hablar, los demás dejaban de verla. Y,

como le exasperaba la más leve sensación de insuficiencia y tenía una vaga noción de lo que significaba cultivarse, llegó al punto de pasar una mañana entera en el Louvre y de asistir a un par de conferencias impartidas por un filósofo de moda. Aunque regresó de estas expediciones cargada de opiniones, comprobó que al expresarlas no suscitaba el interés esperado. Sus juicios, pese a lo abundantes, eran confusos, y cuanto más hablaba más nebulosos se tornaban. Le desconcertaba además descubrir que todo el mundo parecía conocer las cosas que ella creía haber descubierto, y era obvio que sus comentarios producían más asombro que interés.

Al recordar la impresión que había causado al aparecer en el mundo de Raymond, se dijo que seguramente se había estropeado o había perdido gracia, y en lugar de pasar más tiempo en los museos y las salas de conferencias prolongó sus horas en los modistos y dedicó el resto del día al cultivo científico de su belleza.

—Supongo que me he convertido en una antigualla viviendo en ese páramo —se lamentó ante madame de Trézac; y ésta replicó inexorablemente:

—Nada de eso, estás tan guapa como siempre; pero aquí la gente no se pasa la vida mirándose eternamente, como hacen en Londres.

Los problemas económicos eran cada vez más acuciantes. Cuando cayó en manos de Raymond la apremiante carta de pago de uno de los acreedores de Undine, su marido le dejó muy claro que no contara con su ayuda para saldar deudas personales. Antes, todas las «escenas» por dinero que habían sido un motivo de preocupación terminaban siempre con la misteriosa solución de sus dificultades. Y por desagradables que fueran, a la postre siempre la compensaban, vulgarmente hablando; esta vez, sin embargo, era ella quien debía pagar. Raymond adoptó esta postura sin malhumor, pero también sin disculpas: se limitó a señalar los numerosos precedentes. Pero Undine era incapaz de comprender una organización social que no considerara los caprichos de la mujer como propósito fundamental, o de creer que quien sostuviera una opinión distinta de la suya no estuviese animado por la avaricia o por la maldad, y la discusión concluyó con un sentimiento de mutua acritud.

A la mañana siguiente, Raymond entró en su habitación con una carta en la mano.

— ¿Esto es obra tuya? —preguntó. Había en su voz y en su mirada una expresión desconocida: la rabia controlada del hombre educado en la contención de sus emociones, pero que las ve a punto de desbordarse.

La carta era del señor Fleischhauer, quien le rogaba transmitir al marqués de Chelles la oferta de un cliente dispuesto a pagar por sus tapices Boucher la importante suma citada, a condición de que se aceptara su oferta antes de su

inminente partida a América.

— ¿Qué significa esto? —insistió Raymond, al ver que ella no respondía.

— ¿Cómo voy a saberlo? Es muchísimo dinero —tartamudeó Undine, sintiéndose bruscamente privada de su control. No esperaba que la visita del marchante tuviera una consecuencia tan rápida, y se enfadó mucho de que éste se dirigiera a Raymond sin haber consultado con ella. Reconoció sin embargo la poderosa mano de Moffatt, y sus temores se disiparon ante el esplendor de la suma que ofrecía.

Su marido seguía mirándola.

— ¿Fue Fleischhauer quien llevó a un hombre a ver los tapices un día que yo estaba en Beaune?

Lo sabía... ¡Todo se sabía en Saint Désert!

Undine titubeó un instante antes de mirarlo.

—Sí... fue Fleischhauer; y yo lo llamé.

— ¿Tú lo llamaste?

Raymond hablaba con voz velada y contenida, consciente de estar refrenando un estallido premeditado. Undine percibió la amenaza, pero sintió que una llama se encendía al pensar en Moffatt, y las palabras que éste podría haber pronunciado afloraron a sus labios.

— ¿Por qué no? Había que hacer algo. No podemos seguir así. He hecho todo lo posible por economizar: he escatimado y arañado, y me he pasado sin montones de cosas que siempre he tenido. He pasado meses deprimida en Saint Désert, he renunciado a enviar a Paul al colegio porque era demasiado caro y a invitar a mis amigos a cenar porque no podíamos permitirnoslo. ¡Y tú esperas que siga viviendo así lo que me queda de mi vida, cuando sólo tienes que extender la mano para que te pongan en ella dos millones!

Su marido la miraba con frialdad y sorpresa, como si fuera una extraña aparición jamás contemplada por sus ojos.

— ¡Ah, ésa es tu respuesta! ¡Eso es lo único que sientes cuando te entrometes en asuntos que para nosotros son sagrados! —Se detuvo un momento, y su voz estalló de pronto con todo el volumen que ella supo que había estado reprimiendo—. Sois todos iguales —exclamó—. Todos vosotros. Venís de un país que no conocemos ni podemos imaginar, un país que os importa tan poco que antes de llevar un día en el nuestro ya habéis olvidado hasta la casa donde nacisteis... ¡eso si es que no la han derribado sin que lo sepáis! Venís aquí y habláis nuestro idioma sin saber lo que queremos decir; queréis lo que nosotros queremos sin saber por qué lo queremos; os burláis de

nuestra debilidad, exageráis nuestras locuras, ignoráis o ridiculizáis todo lo que nosotros valoramos; venís de hoteles que son grandes como ciudades, y de ciudades endebles como el papel, donde ni siquiera han tenido tiempo de poner nombres a las calles y donde los edificios son demolidos antes de que se hayan secado, y os enorgullece el cambio tanto como a nosotros conservar lo que tenemos... y somos tan idiotas que imaginamos que al imitar nuestras costumbres y adoptar nuestra jerga entendéis algo de las cosas que hacen que la vida sea decente y honorable para nosotros.

Guardó silencio, blanco y con las aletas de la nariz dilatadas, como un actor extremadamente distinguido en un momento de su interpretación en el que, pese a la intensidad de su emoción, hiciera con su silencio la pausa deliberada para la réplica. Undine le obligó a esperar lo suficiente para convencerle de que había perdido el hilo, y luego, con una mirada levemente incrédula, dijo:

— ¿Quieres decir que vas a rechazar una oferta así?

— ¡Ah...! —Se alejó de la puerta y, cogiendo la carta que había dejado sobre la mesa que los separaba, la rompió en pedazos y arrojó los pedazos al suelo—. ¡Así la rechazo!

Por la violencia de su tono y de su gesto Undine sintió los trozos de papel que volaron por el aire como latigazos en la cara, y una furia que era mitad fruto del miedo se apoderó de ella.

— ¿Cómo te atreves a hablarme así? Nadie se ha atrevido jamás a hablarme así. ¿Hablar así a una mujer es una de las cosas que tú llamas decente y honorable? Ahora que sé lo que sientes por mí no quiero seguir en tu casa un solo día más. Y no pienso hacerlo... ¡Pienso marcharme en este mismo momento!

Se quedaron un momento mirándose cara a cara, hasta que su mutua incomprensión asomó desde las profundidades en sus ojos igualmente enfurecidos; hasta que Raymond, apartando de ella la mirada, señaló los trozos de papel en el suelo y dijo:

— ¡Si eres capaz de eso eres capaz de cualquier cosa! —Y salió de la habitación.

Capítulo XLIII

Undine lo vio marcharse sumida en una especie de estupor, a sabiendas de que cuando volvieran a verse se mostraría tan controlado y cortés como si

nada hubiese ocurrido, de que las cosas continuarían pese a todo de la misma manera —la manera de Raymond— y de que derribar su resistencia o alterar su visión era tan imposible como transportar los sillares de piedra de Saint Désert, profundamente arraigados, con las grúas con que en Apex se ejecutaba el fácil tránsito de sus edificios.

Se apoderó de ella uno de sus arrebatos infantiles, barriendo todo sentimiento que no fuera el primitivo impulso de destruir y de hacer daño, pero por más que buscaba no lograba encontrar una sola grieta en la sólida armadura de los hábitos y prejuicios de su marido. Siguió un buen rato sentada donde él la había dejado, mirando los retratos en las paredes como si todos unieran sus manos para aprisionarla. Hasta entonces se había considerado generalmente a la altura de las circunstancias, mientras que ahora incluso los muertos se aliaban para derrotarla: gente a la que jamás había visto, cuyos nombres ni siquiera recordaba, parecía conspirar y conjurarse contra ella bajo las lápidas blasonadas de Saint Désert.

Volvió la vista hacia el mueble antiguo de tonos cálidos que había debajo de los retratos, pasó después a su propia imagen ociosa en el espejo situado sobre la chimenea. Incluso en aquella pequeña habitación había suficientes objetos de valor para liberarse de sus preocupaciones más urgentes; y la casa en su conjunto, de la que esta habitación era apenas una celda, junto a la otra casa de Borgoña, mucho más grande, albergaban tesoros que podían vaciar hasta un bolsillo como el de Moffatt. Le agradaba verse rodeada de estos objetos; aun sin tener una noción real de su significado, le parecían el escenario más indicado para una mujer hermosa, un símbolo de la rareza y de la distinción que siempre había creído poseer, y se dijo que, si hubiera continuado casada con Moffatt, éste le habría proporcionado un escenario idéntico, y el poder de vivir en él tal como le correspondía.

Sus recuerdos remontaron el vuelo hacia un pasado que durante años no había vuelto a recordar. Por primera vez desde las lejanas semanas que pasaron juntos, Undine se permitió revivir su breve aventura. Elmer Moffatt la atrajo desde el primer momento... desde el día en que Ben Frusk, el hermano de Indiana, lo llevó a una merienda de la iglesia en Mulvey's Grove y él se apoderó de Undine de inmediato, sentándose a su lado en el carro camino de la arboleda, para lo cual suplantó a Millard Binch (con quien ella, aunque de un modo intermitente y no definitivo, seguía prometida), la columpió entre los árboles, la llevó a remo por el lago, la atrapó y la besó jugando a las prendas, le concedió el primer premio en el Concurso de Belleza que organizó de la manera más divertida y celebró galantemente, y al fin (sin que nadie supiera cómo) consiguió que el viejo Mulvey le prestara una calesa y un potro ligero y se marchó con ella a tal paso que en dos minutos cuarenta recorrieron kilómetro y medio, mientras Millard y los demás se cubrían de polvo en el

carro abarrotado.

Nadie sabía en Apex de dónde venía el joven Moffatt, y él no daba ninguna información. Sencillamente, un día apareció tras el mostrador del Luckaback's Dollar, la zapatería, de allí pasó a la oficina de Semple y Binch, los comerciantes de carbón, reapareció como taquígrafo de la policía judicial y se abrió camino finalmente hasta la central hidráulica de Apex. Se alojaba en casa de la señora Flynn, en la calle Quinta Norte, que lindaba con el barrio chino; nunca iba a la iglesia ni asistía a conferencias ni mostraba deseo alguno de mejorar o cultivarse, pero lograba que lo invitasen a todas las meriendas en el campo y a todas las reuniones sociales, y en una cena de la Phi Upsilon Society tras ingeniárselas para afiliarse a esta sociedad, pronunció el mejor discurso que allí se había oído desde que el joven Jim Rolliver realizara sus primeros vuelos. Los hermanos de las amigas de Undine decían que era «fantástico», aunque a veces tuviera arrebatos de zafiedad que volvían más reticentes a las muchachas a la hora de aceptarlo. Pero ese día en Mulvey's Grove Moffatt parecía dominarlos a todos y, cuando Undine se marchó con él en la calesa, saboreó la victoria pública tan necesaria para su disfrute personal.

Después se convirtió en un líder juvenil de Apex y a nadie sorprendió que los Hijos de Jonadab (la Sociedad Antialcohólica local) lo invitaran a pronunciar su oración el 4 de julio. La ceremonia se celebró, como de costumbre, en la iglesia baptista, y Undine, vestida de blanco, con una rosa roja en el pecho, se sentó justo debajo de la tribuna, mientras Indiana la miraba con envidia desde un asiento metros privilegiado y el pobre Millard estiraba el cuello desde la fila de eminentes ciudadanos situados detrás del orador.

Elmer Moffatt estuvo espléndido, desplegó alternativamente sus dotes humorísticas y dramáticas, conmovió a su auditorio con emotivas referencias al Azul y el Gris, hizo que todos se desternillaran de risa con una nueva versión de la historia de Washington y el cerezo (en la que el niño patriota cortaba el árbol para comprobar la nociva proliferación del licor de cereza), los sorprendió con sus alusiones eruditas y sus citas pertinentes (a Undine le confesó que se había pasado media noche sentado delante de Bartlett) y cerró su intervención con una perorata que hizo llorar a los retirados del Gran Ejército de la Unión, sentados en primera fila, y decir a la mujer del ministro que muchos de los sermones pronunciados desde la misma tribuna habían sido menos edificantes.

Después de los «ejercicios» siempre se tomaban helados, y como estaban haciendo obras en el sótano de la iglesia, donde normalmente se celebraban las fiestas, el pastor ofreció su casa. La larga mesa cruzaba el vestíbulo, entre el salón y el estudio, y hubo que instalar otra en el pasillo, con un extremo debajo de la escalera. El pasamanos estaba engalanado con laurel de san Antonio y vara de oro silvestre, y las paredes cubiertas con textos sobre la

Abstinencia adornados con ramas de brezo. Despachado el primer plato, las jóvenes damas, cortésmente secundadas por los «Hijos» más jóvenes ayudaron a servir los helados, conservados en grandes cubetas en la alacena del sótano, y a rellenar las jarras de café y limonada. Elmer Moffatt cumplía estos servicios sin descanso, y cuando la mujer del pastor lo instó a que se sentara y probara bocado, declinó modestamente el lugar reservado para él entre los dignatarios de la noche y se retiró junto a algunos espíritus selectos al extremo en penumbra de la mesa situada debajo de la escalera. De este rincón llegaban frecuentes explosiones de carcajadas, y de cuando en cuando un tumulto de golpes y gritos de «¡Canta! ¡Canta!», seguidos de súplicas de «¡Suéltalo ya!» o «Déjala en paz», ahogados por los esfuerzos en pos de una conversación que se hacían en la otra mesa.

El alboroto menguaba y el grupo dejaba de atraer la atención, mientras que en la mesa principal la conversación decaía bajo las prolijas elucubraciones del pastor; y el presidente de la Sociedad Antialcohólica solicitó al orador del día algunas observaciones. Hubo unos instantes de risas y alboroto en la mesa de debajo de las escaleras, hasta que el pastor levantó la mano pidiendo silencio y Elmer Moffatt se puso en pie.

— ¡Salga de ahí para que las damas puedan oírle mejor, señor Moffatt! — dijo. Moffatt así lo hizo, sujetándose a la mesa y volviendo la cabeza a uno y otro lado como si tuviera rigidez en el cuello. Y, aunque la postura fuera vacilante, su sonrisa era inequívoca y no había rastro de inseguridad en la mirada que le dirigió a Undine Spragg cuando empezó a decir:

—Damas y caballeros, si hay, algo que me gusta más que otras cosas de emborracharme (y mira que me gusta todo, menos cómo me siento a la mañana siguiente), es la oportunidad que me han brindado de hacerlo precisamente aquí, en presencia de esta Sociedad que, a juzgar por su literatura, sabe del asunto más que nadie. Damas y caballeros —se enderezó, arrastrando consigo el mantel—, he estudiado asiduamente dicha literatura desde el momento en que me honraron con la invitación de dirigirme a ustedes desde la tribuna de la moderación, y a partir de sus pruebas he podido concluir que, como ya sospechaba, todos los bebedores convertidos se divertieron a lo grande antes de que ustedes los trincaran y... y muchos de ellos han seguido haciéndolo desde que...

Llegado a este punto se interrumpió, miró al auditorio con su sonrisa confiada y, acto seguido, perdió el equilibrio e intentó sentarse en una silla que resultó no estar donde debía, por lo que se hundió entre sus agitados seguidores.

Hubo un momento de pesadilla en el que Undine vio a Ben Frusk y a los demás cerrar filas en torno al orador caído entre un estrépito de loza y de

sillas, hasta que alguien dio un salto y cerró la puerta del salón, momento que un maestro de cuello largo de la escuela dominical, que aguardaba nervioso su oportunidad y ya casi se había dado por vencido, aprovechó para levantarse y recitar «Marea alta en Gettysburg» entre histéricos aplausos.

El escándalo fue notable, y aunque Moffatt desapareció del horizonte social, logró conservar su puesto en la central hidráulica hasta que se ausentó toda una semana y apareció de nuevo sin ser capaz de ofrecer una razón convincente para su ausencia. A partir de ese momento fue de empleo en empleo, tan pronto ensalzado por su agudeza y su capacidad empresarial como despedido por irresponsable y vago. Su cabeza estaba siempre llena de nebulosos planes para la ampliación y el crecimiento de cualquier empresa en la que estuviera empleado. Sus propuestas interesaban en ocasiones a sus jefes, si bien a la postre se revelaban inviables y poco prácticas; otras veces agotaba su paciencia, que terminaban por considerarlo un soñador peligroso. Y, en cuanto descubría que sus ideas no iban a ser tomadas en cuenta, perdía el interés por el trabajo, llegaba tarde y se marchaba pronto, o desaparecía varios días seguidos sin molestarse en justificar sus ausencias. Finalmente, incluso quienes tuvieron el cinismo suficiente para sonreír ante el escándalo que armó en la Sociedad Antialcohólica empezaron a considerarlo un auténtico desastre, y perdió el apoyo de la comunidad femenina cuando, un domingo por la mañana, justo cuando los vecinos salían de las iglesias baptista y metodista, se paseó por Eubaw Avenue con una joven desconocida en estos edificios sagrados aunque popular en los salones de la calle Quinta Norte.

Undine valoraba a los demás según su capacidad para conservar lo que querían, siempre y cuando sus aspiraciones coincidieran con la categoría de cosas que ella consideraba deseables. El éxito era para Undine sinónimo de belleza y de romance; sin embargo, fue en el momento en que el fracaso de Elmer Moffatt se reveló con mayor rotundidad cuando sintió de pronto la fuerza de su poder. Tras el escándalo de su aparición en Eubaw Avenue se le pidió que no volviera por la oficina del topógrafo, donde a la sazón había conseguido un empleo gracias a Ben Frusk; y el día en que fue despedido se encontró con Undine en la calle Mayor, a la hora de las compras, y la abordó alegremente para invitarla a dar un paseo. Ella estaba a punto de declinar la invitación cuando vio que la madre de Millard Binch la miraba con reprobación desde la otra esquina de la calle.

—Bueno, me parece bien... —dijo, y recorrieron toda la calle hasta el parque seco donde ésta concluía. Se sentía insatisfecha y nerviosa sin razón, harta de su compromiso con Millard Binch, decepcionada de Moffatt y un poco avergonzada de que la vieran con él, pero no lamentaba afirmar su independencia para elegir a sus compañeros, indiferente a cuál fuera el veredicto de Apex.

—Supongo que sabes que estoy acabado —empezó Moffatt; a lo que Undine respondió en tono virtuoso:

—Será porque has querido; de lo contrario no habrías hecho lo que hiciste el domingo pasado.

— ¡Caray! —exclamó Moffatt—. ¿Y eso qué más da, en un pueblo de mala muerte como éste? De no haber sido por ti me habría largado hace mucho tiempo.

Undine no recordaba lo que dijo a continuación: sólo conservaba el recuerdo de la intensidad con que expresó su profundo desprecio de Apex, y su propio desdén creció con las palabras de Moffatt, absorbido como una gota en el mar, mientras una ola de confianza en sí misma parecía transportarla sobre sus alas. Sus propios esfuerzos por alcanzar lo que quería habían terminado en nada, si bien siempre atribuía el fracaso al hecho de que nadie la secundaba. Era extraño que Elmer Moffatt, un holgazán proscrito incluso en ese pequeño mundo que ella tanto despreciaba, le diera, precisamente en el momento de su caída, la sensación de que él era capaz de triunfar allí donde ella había fallado. Era una sensación que Undine nunca tenía cuando estaba lejos de él, pero que revivía al instante con su presencia, y en ese momento Moffatt le parecía más cercano que nunca. Caminaron hasta el extremo del parque yermo y se sentaron en un banco detrás del quiosco vacío de la orquesta.

—Me presenté allí con esa chica a propósito; tú lo sabes —dijo de pronto—. Me pone enfermo ver cómo anda Millard Binch por ahí, como si te hubiera patentado.

—No tienes derecho a... —empezó ella; y al momento se vio en brazos de Moffatt, sintiendo que nadie la había besado antes que él...

La semana siguiente fue tremendamente confusa... el momento más vivo y salvaje en la vida de Undine. Y al octavo día se encontraban los dos en un tren; Apex quedaba atrás y con él todos los planes y todas las promesas de Undine, y un horizonte confuso, más amplio y más brillante, se extendía ante sus ojos; y en él se zambulleron hasta que el Limited se hundió en el crepúsculo...

Undine se levantó y miró a un lado y otro con desconcierto, como si acabara de regresar de un largo viaje. Elmer Moffatt seguía en París; estaba a su alcance, a una simple llamada de teléfono. Vaciló unos instantes; después entró en su tocador, abrió las páginas de la guía telefónica y buscó el número del Nouveau Luxe...

Capítulo XLIV

Undine estaba en lo cierto al suponer que para su marido todo continuaría igual. No hubo ningún cambio apreciable en la situación: sólo que Raymond se ausentaba más a menudo, hallando abundantes razones, agrícolas y políticas, para frecuentes viajes a Saint Désert, y que cuando se encontraba en París no mostraba ni preocupación ni curiosidad por las actividades o las relaciones de Undine. Vivían tan alejados el uno del otro como si su reducido apartamento fuera un palacio; y cuando Undine —como ahora hacía a menudo— cenaba con los Shallum o con los Rolliver en el Nouveau Luxe, o se sumaba al grupo para asistir a un petit théâtre, no necesitaba andarse con evasivas.

Su primer impulso tras esta escena con Raymond fue llamar a Indiana Rolliver e invitarse a cenar. Sucedió que Indiana (en pleno ascenso social y tras «acercarse» a Newport unas semanas para comprar vestidos) había organizado para esa noche un ostentoso y cosmopolita banquete en el que le encantaría incluir a la marquesa de Chelles; y, tal como esperaba, Undine se encontró allí con Elmer Moffatt. Cuando iba en el coche camino del Nouveau Luxe no tenía previsto un plan de acción determinado, pero nada más cruzar el mágico umbral su energía revivió como una planta al ser regada. Al fin volvía a encontrarse en su ambiente, entre amigos y convenciones que compartía y comprendía, y recuperó toda la confianza al oír los acentos familiares refiriéndose a las cosas de siempre.

Al margen de alguna que otra visita ocasional y de pasada, Undine no había hecho hasta entonces ningún esfuerzo por ver a sus compatriotas, y notó que Bertha Shallum y la señora de Jim Driscoll la recibían con cierta reserva, que se esfumó en cuanto se percataron de la cordialidad con que Moffatt la saludaba. Se sentó a la mesa a su lado y sintió que recuperaba la antigua sensación de victoria al percibir la importancia de Moffatt no sólo entre los miembros de su grupo sino también entre otros invitados. Era evidentemente un personaje notable en todos los mundos representados en las mesas abarrotadas, y Undine advirtió cuánta gente que no lo conocía personalmente lo reconocía y lo señalaba. Era consciente de recibir buena parte de la atención que él concitaba y, bañada una vez por el brillante aire público, se acordó de la noche en que la primera mirada de admiración de Raymond de Chelles le deparó la misma sensación de victoria.

No se alteró por este recuerdo inoportuno; casi le estaba agradecida a Raymond por conferirle esa nota de superioridad que sus compatriotas percibían claramente en ella. Y no era sólo su título y su «posición», sino las experiencias cosechadas a través de ambas cosas, lo que le otorgaba ventaja sobre la imprecisa y alborotadora compañía. Había aprendido cosas que ellos

ni siquiera adivinaban: matices de la conducta, giros del habla, ardidés de la actitud... y, por más que envidiara la naturalidad y la libertad del grupo, por nada del mundo habría vuelto a sumarse a ellos sin saber más que cualquiera.

Moffatt no hizo ningún comentario sobre su visita a Saint Désert, si bien cuando el grupo se reunió de nuevo en la terraza, en torno al café y los licores, se inclinó para preguntarle en tono confidencial:

— ¿Qué hay de mis tapices?

Undine respondió en el mismo tono:

—No deberías haber dejado que Fleischhauer escribiera esa carta. Mi marido está furioso.

Moffatt pareció sinceramente sorprendido:

— ¿Por qué? ¿No le he ofrecido lo suficiente?

—Le enfurece que alguien se atreva a hacer una oferta. Yo pensaba que al saber lo que valían tal vez se sintiera tentado, pero prefiere verme morir de hambre antes que separarse de una de las cajas de rapé de su abuelo.

—Bueno, ahora ya sabe lo que valen. Le ofrecí más de lo que Fleischhauer me aconsejó.

—Sí; pero te has precipitado mucho.

—No tenía alternativa; me marchó la semana que viene.

Undine sintió que se le velaban los ojos de desilusión:

— ¿Por qué? Yo esperaba que pudieras quedarte.

Se miraron con inseguridad por un momento, hasta que él bajó la voz para decir:

—Aunque me quedase, no creo que te viera mucho.

— ¿Por qué no? ¿Por qué no vienes a verme? Siempre he querido que seamos amigos.

Moffatt la visitó en su salón al día siguiente y se encontró con dos damas que le fueron presentadas como sus cuñadas. Se quedaron las dos largo rato, sorbiendo el té con mucho envaramiento y cuchicheando en voz baja mientras Undine charlaba con Moffatt; y cuando se marcharon, haciendo a Moffatt unas reverencias leves y laterales, Undine exclamó:

— ¡Ahora ya ves cómo me vigilan!

Entró en los detalles de su vida conyugal, recurriendo a experiencias de sus primeros meses en busca de ejemplos que apenas en nada se correspondían

con su actual estado de liberación. De ese modo, sin exagerar en exceso, podía describirse atrapada en un vínculo difícilmente concebible para Moffatt, que enrojecía de satisfacción mientras la escuchaba.

—Yo a eso lo llamo bajeza... una auténtica bajeza —interrumpía de cuando en cuando.

—Ahora salgo mucho más, por supuesto —concluyó Undine—. Pienso ver a mis amigos... y me da igual lo que él diga.

— ¿Y qué puede decir?

—Él desprecia a los americanos... como todos los suyos.

—Bueno, todavía somos capaces de quedarnos sentados y de alimentarnos.

Se echaron a reír y pasaron a hablar de episodios anteriores. Undine le pidió que aplazara el regreso —podían hacer un montón de cosas juntos; ver la ciudad o hacer excursiones—, y tal vez pudiera enseñarle algunas de las colecciones privadas que no había visto, ésas a las que no era fácil tener acceso. Esto captó al punto la atención de Moffatt y, cuando nombró un par de colecciones que ya había podido ver, ella contraatacó refiriéndose a una que le fue vedada y que estaba especialmente ansioso por conocer.

—Allí hay un Ingres que es una de las razones por las que he venido, pero me dijeron que ni me molestara en intentarlo.

—Bueno, yo podría arreglarlo sin dificultad: el duque es tío de Raymond. —Undine se sintió particularmente satisfecha de poder decir esto; tuvo la sensación de estar vengándose subrepticamente de su marido—. Pero esta semana la pasa en el campo, y nadie, ni siquiera la familia, tiene permiso para ver los cuadros cuando él está fuera. Desde luego que su Ingres es de los mejores de Francia.

Hablaba con gran elocuencia, a pesar de que un año antes ni siquiera había oído hablar del pintor en cuestión, y en ese momento ni siquiera recordaba si era uno de los Antiguos Maestros o uno de los más recientes, cuyos nombres la gente no había tenido tiempo de aprender.

Moffatt aplazó su partida, vio el Ingres del duque acompañado por Undine y visitó con ella otras galerías privadas inaccesibles para los extranjeros. Undine había vivido en una ignorancia casi completa de estas oportunidades, pero ahora que podía usarlas en su provecho hacía gala de una rapidez asombrosa para captar «informaciones», descubrir rarezas y echar un vistazo a tesoros ocultos. Incluso adquirió gran parte de la jerga que una mujer hermosa necesita para dar la impresión de estar bien informada, y Moffatt pospuso su viaje en más de una ocasión.

Se veían casi a diario, porque Undine seguía entrando y saliendo a su

antojo, y Raymond no daba muestras de sorpresa ni de desaprobación. Cuando los invitaban a una cena familiar, ella se excusaba en el último momento alegando dolor de cabeza y, tras llamar a Indiana o a Bertha Shallum, improvisaba una pequeña reunión en el Nouveau Luxe, mientras que en otras ocasiones aceptaba cualquier invitación como le venía en gana, sin mencionarle a su marido a dónde iba.

Y en ese mundo de espléndidos placeres perdió la escasa prudencia que la disciplina de Saint Désert había inculcado en ella. No podía reunirse con gente que disfrutaba de todo lo que ella envidiaba sin dejarse hipnotizar por la idea de que sólo tenía que extender la mano para conseguirlo, y una vez más volvía a sentir con acrecentada agudeza todo el rencor y toda la avidez sin mitigar de sus primeros días en West End Avenue. ¡Ahora era mucho más consciente de sus carencias y por tanto mucho más digna de las cosas que deseaba!

Ya no esperaba que su padre tuviera otro golpe de suerte en Wall Street. Las cartas de la señora Spragg daban la impresión de que esos días habían pasado para su marido, que había topado en la batalla con fuerzas que excedían a su capacidad. De haber continuado en Apex, la marea creciente de la prosperidad podría haberlo encumbrado a la riqueza, pero las enormes oleadas de éxito en Nueva York lo habían sumergido en lugar de sacarlo a flote, y la enemistad con Rolliver era una mano perpetuamente dispuesta a hundirlo cada vez más. En el mejor de los casos, la tenacidad permitiría al señor Spragg conservar el nivel en que se encontraba y, aun cuando él y su mujer hubieran simplificado todavía más su estilo de vida, Undine comprendía que los sacrificios de sus padres no bastarían para aumentar sus oportunidades. No tenía ningún reparo en seguir aceptando una asignación cada vez más modesta era el hábito heredado del animal ancestral de despojarse en beneficio de su progenie. Esta convicción no parecía incompatible con un sentimiento de compasión por sus padres. Al margen de cualquier motivo interesado, Undine deseaba verlos en una posición más holgada. Sus necesidades personales eran patéticamente limitadas, pero el hecho de recuperar su prosperidad acaso les procurara la felicidad de dar a su hija lo que ésta quisiera.

Moffatt se había quedado, aunque empezaba a hablar de su partida de un modo más perentorio, y Undine veía acercarse el día en que, por fuerte que fuera la atracción que ejercía sobre él, influencias más poderosas la romperían como un hilo. Sabía que despertaba su interés, que él la encontraba divertida, que halagaba su vanidad dejarse ver con ella y saber que ciertos rumores asociaban sus nombres; y al mismo tiempo él le hacía sentir más que nadie que ella no formaba parte de su vida, que no podía controlarla, y que sin debilidad ni vacilación elegiría cuál de sus llamadas obedecer. Si la llamada era la de los negocios —la de cualquiera de los grandes y peligrosos asuntos que manejaba como un encantador de serpientes que hacía girar alrededor de su cabeza a los

mortales reptiles—, Undine estaba segura de que caería de su vida como una hoja marchita.

La preocupación intensificaba el placer y marcaba aún más el contraste entre esas horas de chispeante actividad y los meses vacíos en Saint Désert. Por poco que entendiera las cualidades que convertían a Moffatt en lo que era, los resultados eran para ella palpables. Moffatt empleaba la vida exactamente igual que la emplearía ella si estuviera en su lugar. Algunas de sus diversiones quedaban fuera del alcance de Undine, pero incluso éstas las encontraba atractivas por la cantidad de dinero que exigía su satisfacción. Cuando lo llevaba a ver algún cuadro inaccesible, o examinaba en su compañía los tesoros de algún marchante famoso, lo veía emocionarse de un modo que no era capaz de comprender, y notaba cómo el tacto de aquellas raras texturas — del bronce, del mármol o de los terciopelos arrebolados en la flor de su edad— despertaban en él las mismas sensaciones que en otro tiempo su propia belleza. Moffatt volvía a reírse al momento de cualquier broma trivial, o quedaba absorto en un largo telegrama cifrado que le entregaban de regreso en el Nouveau Luxe para tomar el té, y sus emociones estéticas quedaban almacenadas en el oportuno compartimento de la gran caja fuerte de acero que era su mente.

Undine proseguía esta nueva vida sin comentarios o interferencias por parte de su marido, y comprendió así que éste aceptaba el cambio en su relación y sólo se proponía mantener una apariencia externa de armonía. Ella sabía lo importante que tal apariencia era para él; uno de los artículos de su complicado credo social estipulaba que un hombre de su clase debía aparentar que vivía en buenas relaciones con su mujer. Por distintas razones, esto tenía casi la misma importancia para Undine, quien no deseaba enfrentarse de nuevo al rechazo social que a punto había estado de destruirla. No podía sin embargo seguir llevando aquella vida sin más dinero, mucho más dinero, y la idea de limitar sus gastos ya no le resultaba tolerable.

Una tarde, pasadas algunas semanas, al llegar a casa la esperaba un representante con una factura. Se produjo un ruidoso altercado en el vestíbulo antes de que el hombre se retirara profiriendo amenazas, una escena que presenciaron los criados y que llegó a oídos de su suegra, a quien Undine encontró sentada en el salón al entrar.

La anciana marquesa visitaba a su nuera a intervalos largos pero regulares; pasaba a verla un viernes de cada dos a las cinco, y Undine había olvidado que ese día estaría allí. El olvido no favoreció que la cordialidad entre ambas fuera mayor, y el altercado en el vestíbulo fue demasiado sonoro para poder ocultarlo. La marquesa se levantó cuando su nuera entró en el salón, y al instante, bajando la mirada, dijo:

—Tal vez sea mejor que me vaya.

—Ah, qué más da. Puede contarle a Raymond que ha oído cómo me insultaban por ser pobre y no poder pagar mis facturas... ¡aunque él ya lo sabe perfectamente! —Undine formuló estas palabras sin pensarlo, pero una vez las hubo pronunciado alimentaron su ánimo desafiante.

—Estoy segura de que mi hijo te habrá recomendado mayor prudencia en más de una ocasión... —murmuró la marquesa.

— ¡Sí! ¡La lástima es que no se la recomendara también a su otro hijo! Todo el dinero que me correspondía a mí se ha ido en pagar las deudas de Hubert.

—Raymond me ha explicado que hay ciertas cosas que tú no llegas a entender... y no deseo discutir por ellas. —La marquesa se había acercado a la puerta y, con una mano en ella, añadió—: No diré una sola palabra de lo ocurrido.

Esta magnanimidad glacial dio la puntilla a la ira de Undine. Todos conocían sus extremos y en modo alguno se dejaban conmover. A lo sumo consentían en ocultarlos como una mancha en su propio honor. Pero la amenaza crecía por momentos, y no contaba con una sola mano que la ayudase...

Media hora antes Moffatt, a quien había acompañado a visitar una «exposición privada», la envió a casa en su coche, excusándose porque debía regresar rápidamente al Nouveau Luxe, a ver a su taquígrafo y firmar un montón de cartas para Nueva York. Era probable por tanto que siguiera en el hotel: si se daba prisa tal vez todavía lo encontrase. Un incontenible deseo de expresar su ira y su desgracia la hizo ponerse en pie y salir a la calle con intención de parar el primer taxi. Mientras este deseo la empujaba como un remolino por las calles radiantes y espolvoreadas por la luz ámbar del sol, sentía en la cabeza una palpitación de emociones confusas. No pensaba en Moffatt como en una fuerza de la que pudiera servirse; lo veía sencillamente como una persona a la que conocía y que comprendía su penosa situación. Era esencial en ese momento que alguien le diera la razón y se la quitara a todos los que se oponían a ella.

Una vez en el hotel preguntó el número de su habitación y fue conducida en el ascensor. Al llegar al pasillo se detuvo un momento, desconcertada: de pronto cayó en la cuenta de que tal vez no estuviera sola. Pero echó a andar con pies ligeros, encontró el número de habitación y llamó a la puerta. Moffatt salió a abrir, y mirando a sus espaldas, Undine comprobó que la gran sala estaba vacía.

— ¡Hola! —exclamó, con aire sorprendido; y al apartarse para dejarla

entrar Undine vio que sacaba el reloj y lo miraba de soslayo. Esperaba a alguien, o tenía un compromiso en otra parte... algo de lo que ella quedaba excluida lo reclamaba. Se sonrojó con súbita resolución al pensar en esto. Y entonces supo la razón por la que estaba allí: para apartarlo de todos los demás y poseerlo en exclusiva.

— ¡No me pidas que me marche! —le suplicó, poniendo sus manos en las de él.

Capítulo XLV

Dio unos pasos, mirando a un lado y a otro. La mesa de escribir de bronce forjado, grande y vulgar, se hallaba repleta de cartas y papeles. Destacaban entre ellos un cuenco de lapislázuli en un soporte de esmalte renacentista y un jarrón de cristal fenicio que parecía un fragmento de arco iris cubierto de telarañas. Sobre una mesa, al lado de la ventana, se alzaban las líneas puras de un pequeño mármol griego. En todos los rincones de la estancia algún objeto raro y exquisito parecía retroceder horrorizado ante los erróneos colores y los toscos contornos del mobiliario de hotel. No había libros a la vista, aunque en la florida consola de debajo del espejo se apilaban números atrasados de Town Talk y el Radiator de Nueva York. Undine recordó la deprimente habitación donde Moffatt se alojaba en casa de la señora Elynn, encima de los establos de Hober, y le latió con fuerza el corazón al reparar en las señales del cambio. Cuando volvió sus ojos hacia él, tenía los párpados humedecidos.

—No me pidas que me marche —repitió. Moffatt la miró y sonrió:

— ¿Qué hay? ¿Qué pasa?

—No lo sé... pero tenía que venir. Hoy, cuando hablaste de marcharte, sentí que no podría resistirlo. —Levantó la vista para mirar en las profundidades de los ojos de Moffatt.

Él se ruborizó un poco, pero Undine no detectó ni aplacamiento ni confusión en la mirada intensa y sagaz que le devolvió.

—Las cosas vuelven a ir mal... ¿es eso? —se limitó a señalar, con inflexión satisfecha.

—Siempre van mal; todo ha sido un tremendo error. Pero si estuvieras aquí y pudiera verte de vez en cuando no me importaría. Eres tan fuerte: así es como yo te siento, Elmer. Yo fui la única que se dio cuenta cuando todos se volvieron contra ti en Apex... ¿Te acuerdas de esa tarde, cuando nos encontramos en la calle Mayor y fuimos paseando hasta el parque? Yo supe

entonces que tú eras más fuerte que todos ellos...

Nunca había hablado Undine con mayor sinceridad. Por el momento no pensaba en absoluto en sus propios intereses, y una vez más sintió, como aquel día, el anhelo instintivo de fundirse con él. Algo en su voz debió de delatarlo, pues advirtió que la expresión de Moffatt se transformaba.

—Ya no eres la belleza de entonces —dijo sin darle importancia—; pero ahora eres mucho más atractiva.

Lo extraño del elogio hizo reír a Undine, con una mezcla de fastidio y placer.

—Supongo que habré cambiado mucho...

— ¡Eres perfecta! Pero tengo que volver a casa —dijo bruscamente—. Ya lo he aplazado demasiado.

Ella palideció y apartó la vista, sintiéndose de pronto indefensa y decepcionada.

—Ya sabía que dirías eso... Que me dejarías aquí... —Se sentó en el sofá junto al cual estaban, y dos lágrimas se desprendieron de sus pestañas.

Moffatt se sentó a su lado, y ambos guardaron silencio. Undine nunca lo había visto falto de palabras. No hizo ningún intento de acercarse a él, ni recurrió a sus artes de seducción; sin levantarse, dijo:

—Al entrar vi que mirabas el reloj. Supongo que alguien te espera.

—Eso no importa.

— ¿Otra mujer?

—Eso no importa.

—Me lo he preguntado muchas veces... aunque, claro está, no tengo ningún derecho a preguntar. —Se puso en pie despacio, consciente de que él la dejaría ir—. Sólo dime una cosa —añadió—. ¿Alguna vez me has echado de menos?

— ¡Claro, muchísimo! —dijo él, con repentina amargura.

Ella se acercó y bajó la voz hasta convertirla en un leve susurro:

— ¡Es la primera vez que de verdad me importa... en todos estos años!

Moffatt también se había levantado y se quedaron mirándose intensamente. Su expresión era seria y contenida, como la que Undine había visto en momentos que ahora revivía a gran velocidad.

—Yo pensaba que tú me echabas de menos —dijo él.

—Ay, Elmer... si lo hubiera sabido... ¡Ojalá lo hubiera sabido!

Él no respondió, y ella dio media vuelta, rozando con una mano inconsciente el borde del cuenco de lapislázuli entre sus papeles.

—Elmer, ahora que vas a marcharte no puede hacer ningún daño que me digas... ¿hay alguien más?

Moffatt soltó una carcajada que pareció liberarlo.

— ¿De esa manera? ¡Claro que no! ¡Demasiado ocupado!

Undine volvió a acercarse y le puso una mano en el hombro.

—En ese caso... ¿por qué no... por qué no podríamos...? —Echó la cabeza hacia atrás y lo miró a través de las pestañas humedecidas—. Puedo hacer lo que quiera... Mi marido lo hace. Aquí tienen una idea muy distinta del matrimonio; es como un contrato comercial. A nadie le importa lo que haga una mujer mientras no se ponga en evidencia. —Le puso la otra mano en el hombro, para obligarlo a mirarla—. Siempre, a pesar de todo, he tenido la sensación de que te pertenezco.

Moffatt no apartó las manos de Undine de sus hombros, pero tampoco levantó las suyas para cogérselas. Y ella creyó por un momento que lo había interpretado mal, y un terrible sentimiento de vergüenza la dominó. Entonces, él preguntó:

— ¿Dices que tu marido va con otras mujeres?

Recordó fugazmente la provocación de Lili Estradina y se aferró a ella.

—Eso me han dicho... sus propios parientes. Yo nunca me he rebajado a espiarlo...

—Y las mujeres de tu círculo... ¿se da por sentado que todas hacen lo mismo?

Undine se rio.

—Su vida está completamente regulada, igual que la de sus maridos, ¿no es así? ¿Nadie se entromete ni causa problemas si se siguen las reglas? —dijo Moffatt.

—No, nadie... es así de sencillo. —Undine calló, controló su leve sonrisa y quitó las manos de sus hombros al notar que él se apartaba.

— ¿Y eso es lo que me estás proponiendo? ¿Que tú y yo hagamos lo mismo que ellos? —Su rostro había perdido esa divertida redondez para volverse afilado y oscuro, como cuando el señor Spragg se la había llevado de Opake. Giró sobre sus talones, cruzó la habitación y se detuvo de espaldas a ella junto al alfeizar de la ventana. Estuvo ahí un minuto entero, con las manos

en los bolsillos, observando el incesante trasiego de automóviles en el luminoso escenario de la plaza. Al fin dio media vuelta y habló sin moverse del sitio.

—Verás, Undine, si pudiera tenerte otra vez, no me gustaría que fuera de ese modo. Esa vez en Apex, cuando todo el mundo estaba en mi contra y yo estaba acabado, tú te enfrentaste a todos y te pusiste de mi lado. ¿Que si me acuerdo de ese paseo por la calle Mayor? ¡Cómo no iba a acordarme! Y de cómo la gente nos miraba y salía corriendo, y de que tú seguías andando a mi lado, charlando y riendo, como si fueras vestida de domingo. Cuando Abner Spragg se presentó en Opake para llevarte con él, me dolió mucho que me abandonaras, pero con el tiempo me pareció natural. No eras más que una niña mimada, acostumbrada a tener todo lo que querías, y por aquel entonces yo no podía darte nada, y la gente en la que a ti te enseñaron a confiar te decía que jamás podría dártelo. Parecía un fracasado, y no te culpo por pensar así. Me lo decía a mí mismo una y otra vez, cuando pasaba las noches en vela dando vueltas a mis errores... Pero los días en que el viento soplaba en otra dirección, yo sabía que aún podía conseguirlo, y pensaba que tú tendrías que haber aguantado... —Se interrumpió, la cabeza ligeramente agachada y la mirada concentrada en el rostro ruborizado de Undine—. Bueno —continuó—, el caso es que tú fuiste mi mujer una vez, y lo fuiste en primer lugar... y si quieres volver conmigo tiene que ser de ese modo: nada de entrar por la puerta de atrás cuando nadie te vea, sino por la entrada principal y con la cabeza bien alta, con el mismo aspecto de ese día en la calle Mayor.

Desde los días en que le contaba sus grandes proyectos para hacer fortuna, Undine nunca le había oído pronunciar un discurso tan largo, y mientras lo escuchaba su corazón latía con una alegría y un terror desconocidos. Tuvo la sensación de que al fin había llegado el gran momento de su vida, el momento en que todos sus fracasos y sus éxitos menores se levantaban con manos infatigables y ciegas.

—Elmer... Elmer... —sollozó.

Esperaba descubrirse en los brazos de él, encerrada y a salvo de todas sus preocupaciones, pero Moffatt seguía dando vueltas por la habitación, incommovible.

— ¿Eso significa que sí?

Undine preguntó balbuciente:

— ¿Que sí...?

— ¿Si vas a casarte conmigo?

Se quedó atónita.

—Pero, Elmer... ¿casarme contigo? ¡Lo has olvidado!

— ¿Si he olvidado qué? ¿Que no quieres renunciar a lo que tienes?

— ¿Cómo iba a hacerlo? Aquí no se hacen estas cosas. Soy católica, y la Iglesia católica... —se interrumpió, leyendo el final en el semblante de Moffatt—. Quizás más tarde... las cosas podrían cambiar. ¡Ay, Elmer, sólo te pido que te quedes aquí y me dejes verte de vez en cuando!

—Sí... como se ven tus amigos. En Apex somos distintos. Cuando lo que quiero es eso voy a buscarlo a la calle Quinta Norte.

Undine se puso pálida al oír esta respuesta, pero se le aceleró el corazón. Lo que él le pedía era imposible... aunque su petición le sonara a gloria. Consciente de su poder, trató de ganar tiempo.

— ¡Si te quedaras al menos podríamos ser amigos y yo no me sentiría tan terriblemente sola!

Moffatt rio con impaciencia.

—No me vengas con frases de revista, Undine Spragg. Sé que los dos queremos lo mismo cada uno del otro. Sólo que tú tienes otras ideas. Estás hecha un lío desde que vives aquí entre un montón de estirados que consideran un oficio ir corriendo detrás de cualquier falda. Mi trabajo está en mi tierra, y mi sitio está junto a mi trabajo.

— ¿Es que piensas pasarte la vida atado a tus negocios? —preguntó Undine, con una sonrisa ligeramente despectiva.

—Creo que los negocios están atados a mí. Wall Street funciona como si no pudiera pasarse sin mí. —Se encogió de hombros y se acercó unos pasos—. Mira, Undine... eres tú la que no comprende. Si mañana lo vendiera todo para pasar lo que me queda de vida leyendo revistas de arte en una villa pintada de rosa, no estaría haciendo lo que tú esperas de mí. Y créeme que sé tanto de abandonar negocios como tú de contratar niñeras. Hay cosas que un hombre sencillamente no hace. Yo entiendo por qué tu marido no quiere vender esos tapices... hasta que no le quede otro remedio. Sus antepasados son «su» negocio; el mío es Wall Street.

Se detuvo, y los dos se miraron en silencio. Undine no hizo ningún intento de acercarse: sabía que si él cedía lo haría sólo para recuperar su ventaja y eso aumentaría su propia sensación de derrota. Alargó una mano para coger la sombrilla que había dejado al entrar.

—Supongo que esto un adiós —dijo.

— ¿No tienes valor?

— ¿Valor para qué?

—Para venir al lugar al que perteneces: conmigo.

Ella se rio primero y luego suspiró. Deseaba que se acercara un poco más, o que la mirase de otra manera: bajo aquella fría mirada no se sentía más atractiva que una mujer de cera en una vitrina.

— ¿Cómo voy a divorciarme? Mi religión no...

—Tú naciste baptista, ¿no es cierto? Tú ibas a esa iglesia mientras yo esperaba en la esquina los domingos por la mañana con una de las calesas de Hober. —Se echaron los dos a reír, y Moffatt continuó—: Si vienes a casa conmigo yo me ocuparé de que obtengas el divorcio enseguida. ¿A quién le importa lo que hacen aquí? Tú eres americana, ¿no? A ti te gusta el producto nacional.

Undine lo escuchaba, desanimada aunque fascinada por su inquebrantable obstinación pese a todos sus argumentos y objeciones. Moffatt sabía lo que quería, veía el camino por delante y ningún obstáculo podía detenerlo. La resistencia de Undine surgía de razones que él no alcanzaba a comprender, o se sustentaba sobre dificultades que para él no existían, y ella iba cediendo poco a poco a la firme presión de su voluntad. Las razones que él borraba de un plumazo regresaban sin embargo con redoblada tenacidad cada vez que hacía una pausa lo suficientemente larga para que ella imaginara las consecuencias de lo que le estaba exigiendo.

—No lo sabes... no lo entiendes —repetía Undine una y otra vez; pero sabía que la ignorancia era parte del terrible poder de Moffatt y era inútil intentar hacerle ver cuánto valía aquello a lo que él le pedía que renunciara.

—Mira, Undine —dijo Moffatt muy despacio, como si midiera su resistencia a pesar de que no lograba comprenderla—, creo que lo mejor es decir sí o no en este momento. No será bueno para ninguno de los dos prolongar esta situación. Si quieres venir conmigo, ven... De lo contrario, nos daremos la mano y asunto concluido. Tengo que estar en Apex para una reunión de directores el día veinte, y tal y como están las cosas tendré que enviar un telegrama para que me pongan un tren especial que me permita llegar a tiempo. No, no, no llores... las cosas no son así. Mañana mismo te reservaré una suite de cubierta en el Semantic si decides embarcar conmigo pasado mañana.

Capítulo XLVI

Paul Marvell se encontraba en la gran biblioteca de altos techos de un hotel privado en uno de los nuevos barrios de París, contemplando el atardecer con

apatía.

Los árboles echaban sus brotes simétricamente en la avenida, y entre las ventanas y las copas de los árboles veía un par de altas verjas de hierro con adornos dorados, el bordillo de mármol de una avenida semicircular y los arriates de flores plantadas en la turba. Ya era un niño grande, de casi nueve años, que estudiaba en un elegante colegio privado, y ese día había vuelto a casa para pasar las vacaciones de Pascua. No volvía desde las Navidades y era la primera vez que veía el nuevo hôtel que su padrastro había comprado y donde el señor y la señora Moffatt se habían instalado apresuradamente, semanas antes, a su regreso de un fugaz viaje a América. Nunca dejaban de ir y venir; los dos años que llevaban casados los habían pasado haciendo rápidas escapadas a Nueva York, o a Roma o a Engadine: Paul nunca sabía si estaban en casa salvo cuando un telegrama le anunciaba que se marchaban a algún lugar. Desconocía de hecho que existiera otro medio de comunicación entre madres e hijos menos lacónico que el del cable eléctrico; y una vez, cuando un compañero del colegio le preguntó si su madre le escribía a menudo, Paul respondió con absoluta sinceridad: «Desde luego... la semana pasada recibí un telegrama».

Estaba casi seguro —tan seguro como podía estarlo de cualquier cosa— de que la encontraría en casa a su llegada; pero lo recibieron con el recado (ella no había tenido tiempo de enviarle un telegrama) de que el señor y la señora Moffatt habían ido a Deauville para ver una casa que querían alquilar para el verano; tomarían un tren a primera hora de la tarde y estarían de vuelta para la hora de cenar: lo cierto es que esperaban un montón de invitados para esa noche.

Era esto en realidad lo que Paul debería haber esperado, pues a esto estaba acostumbrado desde que tenía uso de razón, y en general no le importaba demasiado, sobre todo desde que su madre se había convertido en la señora Moffatt y el padre al que había llegado a acostumbrarse y tanto le gustaba desapareció bruscamente de su vida. El nuevo hôtel era grande y extraño, y su habitación, en la que no había un solo juguete o un libro o alguna de sus maltratadas reliquias (ninguno de los nuevos criados —siempre eran nuevos— era capaz de encontrar sus cosas o de imaginar dónde las habían puesto), le parecía el lugar más solitario de toda la casa. Había subido tras almorzar solo en el inmenso comedor de mármol, atendido por un mayordomo que era tan grande como el propio comedor, e intentó entretenerse pegando postales en su álbum, pero se sentía incómodo en aquella habitación tan nueva y lujosa, donde las alfombras de piel blanca y las sillas de brocado parecían aguardar con malevolencia alguna mancha o salpicadura de tinta, y al cabo de un rato apartó el álbum y se puso a dar vueltas por la casa.

Fue recorriendo todas las habitaciones: primero la de su madre, el

dormitorio cargado de encajes, de sedas y terciopelos en tonos pálidos, de taimados espejos y de lámparas tenues, y el tocador que era tan grande como un salón, con cuadros sobre los que a Paul le hubiera gustado saber algo, y mesas y cómodas llenas de objetos que no se atrevía a tocar. Después pasó a las habitaciones del señor Moffatt, que eran más sobrias y oscuras, pero igual de espaciosas y espléndidas; en el dormitorio, sobre la pared de madera, colgaba un único cuadro —el retrato de un niño vestido de terciopelo gris— que a Paul le interesó más que ningún otro. La mano del niño reposaba sobre la cabeza de un perro enorme, y el niño parecía infinitamente noble y encantador, pero (a pesar del perro) tan triste y solo como si también él hubiese llegado ese mismo día a una casa extraña donde no encontraba sus cosas.

Bajó luego a la planta principal. La biblioteca era lo que más le atraía: estaba repleta de libros dispuestos en hileras, encuadernados en marrones pálidos y dorados, y otros antiguos de color rojo, desvaídos y exquisitos como el terciopelo; todos parecían contener historias tan espléndidas como sus cubiertas. Pero las estanterías estaban cerradas con unas celosías doradas, y cuando se estiró para abrir una de ellas, un criado le dijo que el secretario del señor Moffatt las tenía cerradas porque los libros eran demasiado valiosos y no se podían tocar. Esto hizo que la biblioteca le resultara tan extraña como el resto de la casa, y de allí se dirigió al salón de baile, al fondo. Oyó ruido de martillos a través de las puertas cerradas y, al tocar la manivela, un criado que pasaba por allí con una bandeja llena de vasos le comunicó que «ellos» aún no habían terminado y no se permitía entrar a nadie.

El misterioso pronombre incrementó aún más la sensación de soledad de Paul, y se encaminó hacia el comedor, avanzando prudentemente entre las sillas doradas y las mesas relucientes, preguntándose si los héroes con peluca y peto que veía en las paredes serían los antepasados del señor Moffatt, y por qué, en tal caso, se parecía tan poco a ellos. El comedor le pareció más divertido, porque los criados ya estaban atareados poniendo la larga mesa. Era demasiado temprano para la llegada del florista y el centro de la mesa estaba vacío, pero en ambos lados había cestos dorados rebosantes de suculentas frutas de verano: higos, fresas y grandes nectarinas sonrosadas. Entre los cestos vio jarras de cristal de vino tinto y blanco, y pequeñas fuentes con dulces; junto a las paredes había aparadores con grandes paneles de oro y plata, aguamaniles, teteras y candelabros de muchos trazos que salpicaban las paredes de mármol verde con sus reflejos semejantes a estrellas.

Se cansó al cabo de un rato de observar las idas y venidas de los mayordomos de guantes blancos, y de escuchar las vociferantes órdenes del mayordomo principal, y volvió a la biblioteca. Acostumbrado a la soledad, a Paul le fascinaba la página impresa, y si hubiera podido encontrar un libro en

alguna parte —cualquier clase de libro— se habría olvidado de las largas horas y de la casa vacía. En las mesas de la biblioteca no había sin embargo más que inmensos tinteros sin usar e inmensos secantes immaculados; ni un solo volumen había salido de su prisión dorada.

La soledad se le hizo insoportable y de pronto se acordó de los recortes de la señora Heeny. Alarmada por un insidioso aumento de peso, su madre se había traído a la masajista ele Nueva York, y la señora Heeny, con su gran bolso negro impermeable, se había instalado en uno de los grandes dormitorios forrados de espejos. Se alegró mucho de ver a su pequeño amigo esa mañana, pero habían pasado cuatro años desde su último encuentro y la señora Heeny era una desconocida para él. Veía a demasiada gente, que por lo general desaparecía y era sustituida por caras nuevas: sus desperdigados afectos habían acabado concentrándose en la agradable imagen del caballero a quien él llamaba su padre francés, y desde que éste se había esfumado nadie parecía importarle demasiado.

—Muy bien —le había dicho la señora Heeny, adivinando el recelo del niño bajo su saludo cortés—. Supongo que te sientes tan raro como yo aquí, y además apenas nos conocemos. Ve a dar una vuelta y verás qué casa tan preciosa tiene tu mamá, y, cuando te canses, sube a verme y te enseñaré mis recortes de periódico.

La invitación había despertado en Paul una cadena de asociaciones dormidas, y de pronto se vio sentado sobre una alfombra mugrienta, entre dos presencias familiares, ancianas y taciturnas, mientras él rebuscaba en las profundidades de una bolsa llena de trozos de papel de periódico.

Encontró a la señora Heeny sentada en un sillón rosa, su gorrito colgado de una lamparilla con la pantalla rosa, y sus numerosos frascos esparcidos sobre un inmenso tocador también rosa. Pese a lo vago que era su recuerdo de ella, su presencia le produjo al instante una sensación de tranquilidad que nada en la casa le había transmitido, y después de examinar sus numerosas tijeras, cremas y esmaltes de uñas, se volvió hacia el bolso, que descansaba en la alfombra a los pies de la señora Heeny, como si esperara la llegada de un tren.

— ¡Madre mía! —exclamó—. ¿Quieres ver eso otra vez? ¡Hay que ver lo que te gustaba revolver ahí para encontrar caramelos cuando tu papá te llevaba los sábados a ver a la abuela Spragg! Bueno, creo que ahora no hay caramelos, pero sí montones de recortes nuevos que no has visto.

— ¿Mi papá? —dijo Paul. Se quedó callado, con la mano entre los recortes—. Mi papá no conoce a la abuela Spragg. Nunca ha estado en América.

— ¿Nunca ha estado en América? ¿Tú papá nunca...? ¡Bendito sea Dios! —suspiró la señora Heeny, mientras su rostro amplio y cálido se teñía de

púrpura—. ¿Es que no te acuerdas de tu propio padre, Paul Marvell, del que te dio su apellido?

El niño también se sonrojó, consciente de que había hecho mal en olvidarlo y al mismo tiempo sin entender qué culpa tenía.

—Ese murió hace mucho tiempo, ¿verdad? Yo estaba pensando en mi padre francés —explicó.

— ¡Ay, Señor! —exclamó la señora Heeny; y para interrumpir la conversación se inclinó sobre él, crujiendo como un barco, y metió una mano fuerte y regordeta en el bolso—. Ahora vamos a ver estos recortes... seguro que encontramos muchas cosas sobre tu mamá. ¿Que de dónde los he sacado? Pues de los periódicos, ¿de dónde va a ser? —añadió, en respuesta a una pregunta de Paul—. Podrías empezar tu propio álbum... ahora ya tienes edad suficiente. Y podrías hacer una preciosidad sólo con recortes de tu mamá, con su fotografía en la cubierta... y otro sobre el señor Moffatt y sus colecciones. El otro día recorté uno donde se dice que es el mayor coleccionista de América.

Paul la escuchaba fascinado. Intuía que los recortes de la señora Heeny, al margen de su interés intrínseco, podían darle pistas sobre muchas cosas que no entendía y que nadie había tenido tiempo de explicarle. Los matrimonios de su madre, por ejemplo: estaba seguro de que encontraría muchísimas cosas sobre ellos. Su madre le decía: «Te lo contaré cuando vuelva». Pero cuando volvía siempre tenía que marcharse corriendo a alguna parte. Y así Paul seguía sin comprender sus cambios y tuvo que dar por sentado multitud de cosas que no tenían cabida en la experiencia de sus compañeros.

—Mira, aquí está —anunció la señora Heeny, ajustándose las grandes gafas con montura de carey que había empezado a llevar recientemente; y leyó despacio, como si entonara un cántico que a Paul le pareció proceder de algún lugar remoto de su infancia—: «Se dice en Londres que el precio pagado por el señor Elmer Moffatt por el celebrado Niño de gris es la mayor suma jamás alcanzada por un Van Dyck. En los círculos artísticos se estima que desde que el señor Moffatt empezó a comprar obras en gran número los precios han subido al menos un setenta por ciento».

A Paul no le interesaba el precio del Niño de gris, y dijo con ligera impaciencia:

—Prefiero oír algo sobre mi madre.

— ¡Pues lo vas a oír! Espera un momento. —La señora Heeny emprendió otra zambullida y una vez más extendió los recortes sobre su regazo, como cartas sobre una gran mesa negra—. Aquí hay uno sobre su último retrato... o mejor éste sobre el collar de perlas que el señor Moffatt le regaló las últimas

Navidades. «El collar, que perteneció a la archiduquesa de Austria, consta de quinientas perlas idénticas, que se ha tardado treinta años en reunir. Los comerciantes de piedras preciosas calculan que desde que el señor Moffatt empezó a comprar joyas el precio de las perlas se ha incrementado en torno al cincuenta por ciento».

Tampoco esto despertó el interés de Paul. Quería oír algo sobre su madre y el señor Moffatt, no sobre las cosas que tenían, pero no sabía cómo hacer la pregunta. Al ver que la señora Heeny lo miraba con cariño, se aventuró a decir:

— ¿Por qué mamá está ahora casada con el señor Moffatt?

—Eso ya debes saberlo, Paul. —La señora Heeny volvía a mostrarse amable y preocupada—. Se ha casado con él porque consiguió el divorcio... por eso. —Y de pronto tuvo otra inspiración—. ¿Nunca te ha enviado alguno de esos magníficos recortes que aparecieron cuando se casaron? Pues me parece imperdonable; pero seguro que tengo algunos por aquí. —Buceó de nuevo en el bolso, revolvió, seleccionó y sacó una larga tira de papel ajado—. Lo llevo conmigo desde entonces, y como todo el mundo quiere leerlo está muy roto. —Alisó el papel y leyó—: «Divorcio y nueva boda de la señora Undine Spragg de Chelles. Marquesa americana renuncia al antiguo título francés para casarse con el Rey del Ferrocarril. El vínculo se deshace y se rehace deprisa. Chico y chica reanudan su romance.

»Reno, 23 de noviembre. La marquesa de Chelles, de París, Francia, anteriormente señora Undine Spragg-Marvell, de Apex City y Nueva York, obtuvo anoche el divorcio en una sesión especial del Tribunal y quince minutos más tarde volvió a casarse con el señor Elmer Moffatt, el millonario Rey del Ferrocarril y primer marido de la marquesa.

»Nunca se había tramitado en los tribunales de este Estado una demanda de divorcio con mayor velocidad. Según declaró anoche el señor Moffatt, antes de subir al tren especial que los llevaría al este, su novia y él ya habían batido todos los récords. Ayer se cumplieron seis meses desde que la actual señora Moffatt llegara a Reno para solicitar su divorcio. Su abogado no pudo recibir a tiempo algunos documentos necesarios, por culpa de un retraso del tren, por lo que se temió que la decisión tuviera que aplazarse; pero el juez Toomey, amigo personal del señor Moffatt, celebró una sesión extraordinaria y procedió con celeridad para que la feliz pareja pudiera casarse de nuevo y tomar el tren especial a fin de que la señora Moffatt pudiera pasar el día de Acción de Gracias en Nueva York con sus ancianos padres. La vista comenzó a las siete y diez minutos de la tarde, y a las ocho los recién casados ya salían en su tren de la estación.

»La señora Spragg de Chelles, que vestía de terciopelo cobrizo y lucía

pieles de marta, ofreció pruebas de la brutalidad de su marido francés; tuvo que hablar deprisa, porque el tiempo apremiaba; el juez Toomey redactó la sentencia a la máxima velocidad y subió luego a un coche con los novios para conducirlos hasta la oficina del juez de paz, donde ofició como padrino del novio. De éste se dice que es uno de los seis hombres más ricos al este de las Rocosas. A la novia le ha regalado un collar y una tiara de rubíes rojo sangre de pichón que pertenecieron a la reina María Antonieta, además de un cheque de un millón de dólares y una casa en Nueva York. La feliz pareja pasará su luna de miel en la nueva residencia de la señora Moffatt, en el 5009 de la Quinta Avenida, que es una réplica exacta del Palacio Pitti de Florencia. El matrimonio tiene previsto pasar la primavera en Francia».

La señora Heeny suspiró profundamente, dobló el recorte y se quitó las gafas.

—Ahora ya sabes cómo pasó todo —dijo, con benévola sonrisa y acariciando la mejilla de Paul.

Paul no estaba seguro de saberlo, pero no hizo preguntas. Tenía la cabeza llena de pensamientos agitados. De la deslumbrante descripción de las últimas nupcias de su madre sólo sacó en claro una cosa: que decía cosas de su padre francés que no eran verdad. Él ya había sospechado algo, pero apartó estos pensamientos porque le daban miedo y le oprimían el corazón como un puño de hierro. Ella decía cosas que no eran verdad... Y eso era lo que él siempre había temido descubrir... Se había presentado delante de un montón de gente y había dicho mentiras terribles sobre su querido padre francés...

Al oír un motor que cruzaba las verjas la señora Heeny exclamó:

— ¡Ya están aquí! Y al momento Paul oyó que su madre lo llamaba. Se levantó de mala gana y se quedó inmóvil, temblando, hasta que reparó en la atónita mirada de la señora Heeny. Después oyó la voz jovial del señor Moffatt: «Eh, Paul Marvell, ¿estás ahí?»; y bajó corriendo las escaleras.

Al llegar al rellano vio que las puertas del salón de baile estaban abiertas y todas las luces encendidas. Su madre y el señor Moffatt, en el centro de la reluciente pista de baile, observando las paredes; y a Paul le dio un vuelco el corazón de la sorpresa, pues allí, sobre grandes paneles dorados, estaban los tapices que siempre habían colgado en la galería de Saint Désert.

—Es estupendo estrechar de nuevo su mano, senador —le dijo su padrastro, dándole un amistoso apretón; y su madre, que parecía más guapa, más alta y más magníficamente vestida que nunca, exclamó:

— ¡Dios mío! ¡Cómo le han cortado el pelo! —antes de inclinarse a besarlo.

— ¡Mamá, mamá! —estalló Paul, con la sensación, entre el rostro de su madre y los que veía en las paredes, igualmente familiares, de que al fin estaba de verdad en casa, y no en un lugar extraño.

— ¡Me ahogas! —protestó ella, liberándose de su abrazo—. Pero ¡estás espléndido... y cuánto has crecido! —Se alejó para inspeccionar los tapices con actitud crítica—. Aquí parecen más pequeños —observó, con una nota de desilusión.

El señor Moffatt soltó una risotada y recorrió despacio el salón, como si quisiera estudiar su efecto. Cuando dio media vuelta, su mujer dijo:

—Yo creí que no los conseguirías nunca.

Él se volvió a reír, esta vez más complacido.

—Bueno, no sé si los habría conseguido si el general Arlington no se hubiera arruinado.

Los dos sonrieron y, al ver la dulcificada expresión de su madre, Paul la cogió de la mano y empezó a contarle:

—Mamá, he ganado un premio de redacción...

— ¿De veras? Mañana tienes que contármelo. Ahora tengo que subir corriendo a vestirme... Ni siquiera he colocado las tarjetas de los invitados. — Se soltó de la mano de Paul y, cuando ya daba media vuelta para marcharse, éste oyó que el señor Moffatt decía:

— ¿Es que nunca puedes dedicarle un minuto, Undine?

En lugar de responder, Undine cruzó la puerta con la cabeza alta, como hacía cuando algo le molestaba, dejando a Paul y a su padrastro solos en el salón de baile iluminado.

El señor Moffatt sonrió amablemente a Paul y una vez más volvió a contemplar los tapices.

—Supongo que sabes de dónde son, ¿verdad? —preguntó en tono satisfecho.

—Sí, claro —respondió Paul con entusiasmo; y deseó que no se le escapara que, puesto que los tapices estaban allí, tal vez su padre francés también vendría.

—Si los recuerdas es porque eres un chico muy listo. ¿Verdad que no esperabas verlos aquí?

—No lo sé —contestó Paul, incómodo.

—Y no los verías si su propietario no estuviera en un buen aprieto.

Desprenderse de ellos fue para él como si le sacaran los dientes.

Paul se puso colorado y volvió a sentir el puño de hierro en su corazón. Lo cierto es que el señor Moffatt no le había disgustado hasta entonces, porque siempre estaba de buen humor, y parecía menos ocupado y distraído que su madre; pero en ese instante sintió que lo odiaba. Le dio la espalda y rompió a llorar.

—Eh... pero bueno, amigo mío... ¿qué pasa? —El señor Moffatt se arrodilló junto a Paul, abrazándolo con brazos cariñosos y firmes. Pero el niño era incapaz de responder: sólo podía sollozar, arrastrado por el fuerte oleaje de su soledad—. ¿Es porque tu madre no ha tenido tiempo para ti? Bueno, ella es así; ya lo sabes; y tú y yo tenemos que aguantarnos —continuó, incorporándose. Se quedó mirando a Paul con una sonrisa extraña—. Pero si nos unimos como buenos amigos no será tan malo... podemos darnos calor el uno al otro, ¿no lo ves? Tú sabes que me gustas un montón, y cuando seas mayor te meteré en mis negocios. Y creo que un día de éstos serás el niño más rico de América...

Las lámparas estaban encendidas, los jarrones llenos de flores, los mayordomos reunidos en la antesala del salón de baile y en el vestíbulo cuando Undine bajó al salón. Al pasar junto a la puerta miró, contenta, los tapices. Lo cierto es que quedaban mejor de lo que reconocía; convertían su salón de baile en el más elegante de París. Pero algo la había alterado en el camino de vuelta de Deauville y lo mejor para tranquilizar los nervios era fingir indiferencia ante los tapices. Casi había recuperado el buen humor y mientras echaba un vistazo a la lista de invitados se alegró de haberse puesto sus rubíes y suspiró satisfecha.

Por primera vez desde que se casó con Moffatt iba a recibir en su casa a la gente que más deseaba ver en ella. Los comienzos no habían sido fáciles; su primer intento en Nueva York había sido tan poco prometedor que temió que nadie olvidara nunca los sensacionales detalles de su reencuentro con Moffatt y había insistido en que su marido la llevara de nuevo a París. Pero sus temores eran infundados. Sólo tenía que dar tiempo a la gente para que fingieran que habían olvidado, y todos fingían ya estupendamente. Las resistencias fueron mayores en Francia, como es natural; había allí fortalezas que jamás conquistaría. Sin embargo, los secesionistas empezaban a hacerse notar y esa noche adornaban su lista de invitados los nombres de un duque auténtico y una condesa no demasiado deteriorada. Además, contaba por supuesto con los Shallum, los Elling, May Beringer, Dicky Bowles, Walsingham Popple y los demás neoyorquinos que frecuentaban el Nouveau Luxe; en el último momento incluso le pareció divertido incluir en la lista a Peter Van Degen. Durante la velada habría danza española y canto ruso, y Dicky Bowles le había prometido un gran duque para su próxima cena, si ella

garantizaba la presencia del nuevo tenor que siempre se negaba a cantar en residencias particulares.

Pese a todo, Undine no siempre era feliz. Tenía todo lo que deseaba y, sin embargo, a veces la embargaba la sensación de que desearía otras cosas si llegara a conocerlas. Y debía confesar que, últimamente, había momentos en los que Moffatt no encajaba en el cuadro. Se había sentido en un principio deslumbrada por su éxito y rendida ante su autoridad. Él le había dado todo lo que siempre había anhelado y más de lo que nunca había soñado tener: había resuelto todos sus errores y sus meteduras de pata, y a veces Undine aún percibía su dominio y se regocijaba en él. Pero, en otras ocasiones, se irritaba al ver sus defectos: sus modales llamativos, su cara colorada, su jovialidad cuando no venía al caso, su familiaridad con los criados, su manera de alternar la arrogancia y la ceremonia con los amigos de ella, le producían una crispación que se iba desarrollando de manera inconsciente. De vez en cuando se sorprendía pensando que los predecesores de Moffatt —que se fundían gradualmente en su memoria— habrían dicho esto o aquello de un modo distinto, se habrían comportado de otro modo en tal o cual circunstancia. Y la comparación era siempre desventajosa para él.

Esta noche lo veía sin embargo con indulgencia. Apreciaba la habilidad con que había conseguido los tapices de Saint Désert, aprovechando que la repentina bancarrota del general Arlington y el último escándalo de Hubert en el juego habían obligado a su propietario a desprenderse de ellos. Sabía que Raymond de Chelles les había dicho a los marchantes que vendieran los tapices a quien fuera menos a Elmer Moffatt, o a cualquier comprador que actuara en su nombre, y a Undine le hacía gracia pensar que, gracias a la astucia de Elmer, los tapices se encontraban finalmente bajo su techo y que tanto Raymond como el resto de su clan ya estaban al tanto de este hecho. Estas consideraciones la predisponían favorablemente a su marido y acentuaban la sensación de bienestar con que —fiel a su inveterada costumbre— se acercó hasta el espejo de encima de la chimenea y estudió la imagen que éste reflejaba.

Seguía absorta en esta grata contemplación cuando entró Moffatt, más corpulento y rubicundo que nunca, con un traje de etiqueta ligeramente ceñido. La pechera de su camisa brillaba tanto como su calva y lucía en el ojal el lazo rojo con el que le obsequiaron por renunciar a un Velázquez que se quería para el Louvre. Llevaba un periódico en la mano y se detuvo para mirar la habitación con gesto complacido.

—Bueno, me parece que esto está muy bien —dijo, y ella respondió brevemente:

—No te olvides de que tienes que recibir a madame de Follerive; y por el

amor de Dios no la llames «condesa».

— ¿Acaso no lo es? —repuso él alegremente.

—Me gustaría que dejaras ese periódico —continuó Undine, a quien le fastidiaba la costumbre de su marido de dejar los periódicos viejos desperdigados por el salón.

—Ah... eso me recuerda... —dijo, desdoblando el periódico en lugar de obedecerla—. Que lo traía para enseñarte algo. A Jim Driscoll lo han nombrado embajador de Inglaterra.

— ¡Jim Driscoll...! —exclamó Undine. Cogió el periódico y leyó el párrafo que le señalaba. Jim Driscoll... ¡esa insignificancia tan lamentable, con esa mujer tan gruesa, desconfiada y vulgar! Le parecía increíble que el gobierno captara a personajes tan ridículos. Y al instante tuvo una grandiosa y vaga visión de los esplendores que aguardaban a la pareja... de los banquetes, las ceremonias y los privilegios...—. No sé si a ella le habrá gustado, con tan pocas joyas como tiene... —dijo, soltando el periódico y volviéndose hacia su marido—. Eso es lo que tú tendrías que buscar si tuvieras una pizca de ambición. ¡Seguro que lo conseguías en un abrir y cerrar de ojos!

Moffatt se echó a reír y enganchó los pulgares en las sisas del chaleco, de ese modo que tanto disgustaba a Undine.

—Pues resulta que es casi lo único que no podría conseguir.

— ¿No podrías? ¿Por qué no?

—Porque tú estás divorciada. No quieren embajadoras divorciadas.

— ¿No quieren? ¿Y por qué no? Me gustaría saberlo.

—Bueno, supongo que las damas de la corte temen que haya demasiadas mujeres guapas en las embajadas —dijo, con aire jocundo. Undine soltó una carcajada de rabia y la sangre encendió su rostro.

— ¡Jamás había oído nada tan insultante! —exclamó, como si la norma se hubiera inventado para humillarla.

Se oyó ruido de motores que avanzaban y retrocedían en el patio, y las primeras voces sonaron en las escaleras. Se volvió para contemplarse por última vez en el espejo, vio el resplandor de los rubíes, el brillo de su pelo y recordó los rutilantes nombres de la lista de invitados.

Una pequeña nube negra acechaba sin embargo bajo tanto fulgor. Acababa de saber que había algo que nunca podría alcanzar, algo que jamás podría comprar, ni con su belleza ni con sus millones. Nunca podría ser la mujer de un embajador; y, mientras salía a recibir a sus primeros invitados, se dijo que en realidad ella había nacido para eso.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es